
PROHIBIDO
OBSESIONARSE CON ADA WALKER
LIA BELIKOV

Para la pareja más cursi, irritante, terca, amorosa, maravillosa y necia que he conocido: Adam y Anna.

Porque a pesar de todo siguen intentándolo, aprendiendo de sus errores (y volviéndolos a cometer una y otra ... y otra, y otra, y otra vez).

Para el más egocéntrico, estúpido, cretino, bastardo, charlatán, delicioso, hermoso e IDIOTA chico que he conocido: Adam Walker

Sinopsis

¿Qué puedo decirte acerca de Adam Walker que no haya dicho ya? Cierto, el chico comete errores más rápido que un cohete viajando a la velocidad de la luz, pero tengo que admitir que los sabe remediar con la misma facilidad.

No es difícil enamorarse de él, tampoco lo es obsesionarse. Nadie puede culparme por odiar a cada chica que respire su mismo aire, y más cuando últimamente llegan como mosquitos a la miel.

Pero, ¿hasta qué punto seré capaz de soportar toda la situación que se nos viene encima? ¿Hasta cuándo dejaré de tolerar las mentiras que parecen llover sobre nosotros? Y para colmo, un viejo conocido regresa… y no está muy feliz que digamos.

Las cosas se complican, las relaciones terminan, nada es seguro. Lo que sí te puedo decir es que, la única cosa peor que estar enamorada de un chico como Adam, es obsesionarse con él, y las obsesiones nunca, nunca son buenas… ¿O sí?

Tal vez haga una excepción por esta vez.

Parte I

Imposible NO obsesionarse con el idiota.

Obsesión: *Idea, deseo, preocupación, que no se puede apartar de la mente. Este pensamiento, sentimiento o tendencia persiste más allá de los esfuerzos por liberarse de él.*

Prólogo

Un bebé Alien

El primer golpe llegó de manera inesperada. Comenzó como un dolor sencillo que nacía desde mi vientre y se extendía hasta mis caderas, algo soportable comparado a lo que anteriormente me había tocado sentir. Pero cuando el segundo golpe vino, tuve que erguirme en la cama y sostener mi abultado estómago con una mano mientras que la otra se enredaba entre las sábanas.

Presioné mis ojos cerrados hasta que empecé a ver puntos rojos detrás de mis párpados. Dolía tanto que quería herir otra parte de mi cuerpo para que ese punto de mi vientre dejara de reclamar mi atención. Gemí en voz alta cuando no pude soportarlo.

Luego todo se calmó, dejándome agitada y jadeando momentáneamente; mi respiración era irregular y sabía por experiencia que este tipo de dolor venía por partes. Me levanté rápidamente y di unos pasos hasta llegar al baño, estaba a punto de echarme agua en la cara cuando el dolor atacó de nuevo.

Me agarré a los bordes del lavamanos, doblándome a la mitad, apretando mis dientes y llorando en voz alta porque no podía soportarlo. Respiré así como se me había indicado en esas clases que Shio insistió que tomara sólo porque a ella le gustaba el instructor, y me tranquilicé. Todo iba a estar bien, todo iba a… De repente sentí un líquido que comenzó a bajar de entre mis piernas. Me paralicé por unos segundos, asustada y en estado de shock, hasta que finalmente llevé mi mano hacia el lugar en donde sentí la fuga y comprobé que no fuera sangre. No lo era.

—Ay no, ay no… —comencé a hiperventilar realmente fuerte. Se suponía que yo tenía una cesárea programada para esto. No podía sucederme justo ahora. No en ese momento.

Hice un rápido recorrido hasta mi armario provisional y saqué el primer vestido suelto y sencillo que tenía a la vista.

Me cambié mi bata de dormir por el vestido, procurando asearme un poco antes de avisarles a los demás que precisamente acababa de romper fuentes.

Iba a dar a luz. Hoy sería mamá.

Tomé la maleta que tenía preparada desde hace meses y me encaminé lentamente hacia lahabitación de los dueños de la casa.

Toqué la puerta dos veces antes de que una somnolienta mujer de cabello canoso la abriera y me mirara en confusión.

Sonreí a medias, con mi frente sudada por el esfuerzo.

—¿Anna? —preguntó ella. Vi cómo buscaba sus lentes en la mesita al lado de su cama y regresaba junto a mí con ellos puestos.

—Yo… —respiré un par de veces, sintiendo que el dolor quería regresar en cualquier momento— creo que necesito que me lleven al hospital.

Apenas y podía decir las palabras, nunca había sentido tanto dolor en mi vida.

Ella abrió enormemente los ojos y llevó su mirada hacia mi enorme barriga de casi nueve meses.

—¿Rompiste fuente?

Asentí con la cabeza, balanceando mi maleta de un lado a otro para poder equilibrarme.

Ella se movió rápidamente, despertando a su marido, provocando que se cayera de la cama.

—¡Anna está lista para dar a luz! —gritó, emocionada.

—¿Ya? —su marido también dirigió su mirada hacia mi vientre así como ella lo había hecho anteriormente.

Él se apresuró a cambiarse de ropa, ambos lograron hacerlo en un tiempo record de cinco minutos y luego me ayudaron a bajar las escaleras cuidadosamente para evitar que diera un traspié.

Apenas y logré entrar en el vehículo todo terreno cuando el dolor comenzó de nuevo, y esta vez fue más fuerte que la anterior.

Cerré los ojos, y aunque trataba de respirar para tranquilizarme, terminé gritando y llorando mientras apenas era consciente del movimiento del auto.

Mi mano siempre presionada contra mi abultado estómago.

—Anna, respira, tranquila.

Aunque la señora Ross tratara de calmarme, no podía dejar de pensar en otra cosa que no fuera más dolor.

Grité y me arqueé cuando vino una contracción muy fuerte.

—¿Quieres que llame a alguien? —me preguntó ella en desesperación—. ¿No quieres que llame a Adam?

Negué rápidamente con la cabeza.

—Mi teléfono está en la maleta... busca mi última llamada, a la doctora Bagda... Tengo que avisarle…

Ella asintió y se apresuró a hacer como le pedí.

La escuché hablar brevemente con la doctora y luego le dijo el nombre del hospital al que nos dirigíamos.

Comencé a lloriquear de nuevo. La señora Ross tomó mi mano y me la apretó para tal vez infundirme valor. No estaba funcionando.

—Anna, cariño —preguntó ella— ¿Estás segura de que no quieres que le diga nada a Adam? Él es el padre, necesita saberlo. Y además creo que tú también necesitas de él.

Lo pensé durante unos segundos mientras intentaba hacer las estúpidas respiraciones y trataba de no mandarlas a comer mierda.

—Está bien, llámalo.

Tragué saliva con fuerza. El sudor haciendo enormes gotas que se escurrían por mi cuello y por el pequeño escote de mi vestido de flores.

Me recosté contra el asiento del vehículo y jadeé sintiéndome incómoda, siempre inhalando por la nariz y exhalando por la boca.

—¿Adam? —escuché que decía la señora Ross, hasta ahora fui consciente que ella se había venido en la parte trasera conmigo mientras su esposo manejaba pasándose varios semáforos en rojo—. No... Sí, escucha... ¡Espera! Estamos de camino al hospital, ella está a punto de dar a luz. Está bien... Sí. Te la paso.

Ella me alcanzó el teléfono y yo quise llorar, pero no tanto por el dolor (que a estas alturas logró volverse leve pero constante), más bien se debía a que lo extrañaba y quería escuchar su voz.

Me pegué el teléfono contra la oreja, sollozando levemente.

—¿Nena? —preguntó él inmediatamente.

Eso bastó para quebrarme. Lloré desvergonzadamente mientras lo escuchaba susurrarme palabras tranquilizadoras.

—Voy para allá, no desesperes. Nicole quiere verte, tus amigas están preocupadas porque te fuiste y no dijiste nada. Nena, estoy destruido. ¿Qué hice para que te alejaras así?

Yo sollocé, apoyándome en la puerta del auto.

—No fue tu culpa —le dije entre llantos— yo hice algo muy malo, Adam. Yo... Yo te oculté cierta información y ahora... —las contracciones regresaron. Traté de calmarme para no asustarlo, pero no funcionó. Me dolía la espalda y otras partes internas de mi cuerpo. Respiré hondo antes de hablar con él nuevamente. Las contracciones estaban viniendo cada vez más seguidas.

—No quiero estar sola —admití entre jadeos—. Te necesito.

—Key me está llevando. No te preocupes, jamás me perdería este momento. No tengas miedo, pequeña.

—Pero yo... Yo hice algo demasiado malo. Nunca me vas a perdonar.

Adam hizo un sonido estrangulado con la garganta y luego escuché cuando entre él y Key le gritaban obscenidades a un vehículo que aparentemente los estaba retrasando.

—Anna, no existe nada en el mundo que me haga amarte menos. Cuéntame lo que hiciste.

—Es que... yo estaba muy molesta contigo así que... Yo... —No podía encontrar las palabras para decirle lo que sabía desde hace meses—. Yo no voy a tener únicamente un bebé.

La línea quedó muerta del otro lado pero todavía podía escuchar su respiración a través del teléfono.

—¿Adam?

—Sí, sip. Aquí estoy. —Sonaba nervioso— ¿No vas a tener únicamente un bebé? ¿Qué significa eso? ¿Qué más vas a tener? ¿Un bebé alien? ¿Un unicornio? ¿Una...?

—Son gemelos —lo interrumpí, soltando el secreto que guardé tan incómodamente durante mucho tiempo.

—¿Cómo? ¿Ge...? ¿Gemelos?

—Sí —mi voz estaba desvaneciéndose debido a que me concentraba más en respirar y en apoyar mi frente contra el asiento delantero—. Vamos a ser padres de dos bebés, no solamente de uno.

Capítulo 1

Eso lo cambia todo

28 semanas atrás

Semana 9

La Dra. Bagda Kamali era proveniente de la India. Tenía un leve acento que la delataba, su piel era morena como el caramelo y mantenía un cabello fibroso de tonalidad marrón oscuro. Andaba como en sus cuarenta y tantos años, y siempre usaba ropa de colores llamativos debajo de su bata blanca con su apellido bordado a orillas del bolsillo.

Me caía bien, tenía un buen sentido del humor y me trataba de forma cariñosa, como si me conociera desde hace años. Se aseguraba de ser lo menos clínica posible conmigo, además, los títulos de postgrado que colgaban por todas las paredes de su consultorio, declaraban que fue una alumna sobresaliente en cada una de sus clases; hasta tenía un placa de reconocimiento de un hospital local, por traer la mayor cantidad de bebés en la zona... No que eso me tranquilizara del todo.

—Muy bien, Anna. ¿Cómo ha ido ese embarazo? —me preguntó ella mientras me untaba un gel helado en el estómago y encendía unas cuantas máquinas a su alrededor.

—Siguen las náuseas —afirmé. Pensé que se detendrían a estas alturas pero estaban ahí, siempre puntuales en las mañanas.

—Eso es completamente normal —dijo—. Cada mamá tiene diferente duración en los síntomas.

Ella movió un aparato sobre mi estómago, causándome estremecimientos y cosquillas.

La primera vez que Adam y yo vinimos a su consultorio, ella me hizo exámenes y confirmó lo que ya sabíamos: que estaba embarazada. Se limitó a prescribirme vitaminas, ácido fólico, y me dio un gran sermón con lo que tenía y no tenía que hacer durante el embarazo. También me había hecho una ecografía para revisar que todo estuviera bien con el bebé, y como todo salió normal, me programó otra cita para las siguientes semanas, sólo por revisión de rutina.

—Y cuéntame, ¿dónde está tu hermoso y atractivo chico? —me preguntó mientras tocaba mi vientre con moderación.

—No lo sé —admití con cierta vergüenza—. Quedamos en vernos aquí pero supongo que no pudo llegar a tiempo. No sé dónde está y ya le marqué varias veces.

Me sentía muy preocupada y un poco molesta porque se estaba perdiendo lo que serían las primeras imágenes del bebé.

—Es una lástima, de mi parte lo esperaría pero tengo el tiempo ajustado. Después de ti tengo una cita con otra madre de corta edad. Oh, allí está, tu pequeño.

Ella cayó en silencio mientras miraba con fascinación hacia la pantalla.

Yo miré también.

Lo único que pude captar en medio del mundo gris fue una mancha de luz similar a la forma que tenía un frijol o un garbanzo. Lo extraño fue que la mancha no estaba sola, había otra idéntica a la par. Tal vez ese era el cuerpo del pequeño.

Me entró un sentimiento nostálgico, y por primera vez en todo este tiempo que supe que estaba embarazada, me recayó el peso de la enorme realidad que cargaba: en unos meses iba a tener un bebé. Un bebé de Adam. Y ahí estaba, sus primeras fotos vistas desde una pantalla.

Vi cómo la Dra. Bagda comenzaba a tomar mediciones de su cuerpo y de su cabeza, todo a través de la computadora y su otro equipo.

Quería llorar. Tenía sentimientos encontrados, agridulces.

La doctora empezó a explicarme qué era cada cosa, me dijo que existían ecografías más claras en 3D y 4D que me mostrarían mejor al bebé en su crecimiento. Pero tenían un precio aún más elevado de la que estaba haciendo, y como Adam todavía no aparecía, el dinero tenía que ponerlo yo, tuve que conformarme con ver de esta forma al bebé. Pero sin importar de qué manera, quería verlo.

Ella continuó moviendo el aparato sobre mi vientre y las imágenes en el monitor cambiaron. Hasta que de repente ella se quedó en silencio y comenzó a arrugar la frente, haciendo que una multitud de líneas le surcaran el rostro.

—¿Hay algo mal? —pregunté después de unos eternos segundos de silencio. ¿Qué si le había pasado algo al bebé?

Clavé la vista de nuevo en la pantalla pero no pude distinguir absolutamente nada anormal, ¿qué miraba?

Regresé hacia el rostro enigmático de la doctora.

—¿Le pasa algo a mi bebé? —le pregunté cuando noté que se quedaba demasiado tiempo callada.

Ella reaccionó y salió del trance. Negó rápidamente mientras se movía para presionar algunas teclas en su ordenador. Congeló la imagen de mi garbanzo y empezó a hacer algunas mediciones más. Fruncía el ceño ocasionalmente y no dejaba de examinar lo que veía.

—¿Qué tiene de malo mi bebé? —pregunté, asustándome por su reacción.

Ella me dio una sonrisa de empatía.

—Mira esto —dijo simplemente, la imagen anterior de los dos garbanzos seguía congelada en la pantalla.

—¿Qué ocurre? —tragué saliva.

—Bueno, cariño, no me queda más que felicitarte: ¡Vas a tener un parto múltiple! Estos de aquí son gemelos.

Me paralicé durante unos segundos y parpadeé varias veces.

—¿Có... có… Cómo?

—Sí, claramente hay dos bebés ahí —señaló el monitor—. Lo que veo es que ambos están en el mismo saco, provienen del mismo óvulo, son idénticos. Esperaba que no fuera así porque con esos se corre más riesgo, pero no por eso hay que preocuparse...

Ella procedió a señalar el cuerpo de uno, y luego el del otro bebé.

Yo seguía estupefacta, todavía continuaba repitiendo mentalmente: ¿Dos? ¿Dos bebés? ¿Riesgos? ¿Qué? ¡¿Esta mujer estaba drogada?!

¿Cómo pudo haber visto dos?

Comencé a hiperventilar repentinamente.

—Yo no... —tragué saliva e intenté respirar con normalidad—. Yo no puedo... No puede... ¿Dos? ¿En serio? ¿No estará leyendo mal eso?

La Dra. Bagda comprendió lo sorprendida que estaba por la noticia y me tomó inmediatamente de la mano.

—Oh no, Anna, no te pongas así. Es algo bueno, algo milagroso. No he traído a muchos gemelos al mundo pero estoy ciertamente segura de lo que veo. Aunque una vez tuve a una madre de cuatrillizos…

Eso no me hizo sentirme más tranquila.

—No entiendo. En mi familia... nunca... gemelos... Yo no...

—¿Y en la de Adam? Esta cuestión de la genética es así de impredecible. Eres una madre joven, es compresible que reacciones de esta forma, pero no te quiero ver más estresada. Desde ahora puedo decirte que tienes que tener mayores cuidados que con un embarazo normal; como te dije, existen más riesgos para un embarazo múltiple que para uno de un solo feto.

Señaló el monitor en donde los garbanzos reposaban. Uno en una esquina y el otro en el lado opuesto.

—Esos de ahí son tus bebés. Y estos de aquí —le dio una palmadita leve a mi vientre— son dos regalos maravillosos que se adelantaron unos años pero que estarán felices de formar parte de esta nueva familia que se está creando. No te pongas mal. Además, ¿no se supone que entra más, mejor?

Escuchar sus palabras me puso demasiado nostálgica. Tal vez era el exceso de hormonas pero quería llorar tan fuerte.

La doctora siguió como si no me hubiera dado la noticia del siglo. Continuó tecleando en su computadora y comenzó a pausar otra vez la imagen que ahora yo veía atentamente.

Estaba congelada.

Iba.a.tener.dos.bebés. ¡Gemelos!

Sin poder evitarlo comencé a llorar silenciosamente. Hasta que los sollozos subieron de volumen y fueron imposibles de detener.

—Oh Dios —gemí, sollozando más fuerte— ¡Son dos bebés!

La doctora me sonrió y comenzó a quitarse los guantes de sus manos.

—Eso lo cambia todo, ¿verdad?

Asentí porque no podía ponerle palabras a lo que estaba sintiendo.

Absolutamente lo cambiaba todo.

Llevé mis manos a mis ojos y limpié la humedad que empezaba a excederse en ellos.

—¿Quieres que te imprima una imagen? Así le das las buenas noticias a tu chico lindo.

Asentí, todavía sin poder contener las lágrimas silenciosas que se acumulaban en mis ojos.

Ella se alejó por unos segundos y pronto tuvo lista la impresión.

Me la entregó junto con unos cuantos pañuelos descartables.

Vi la imagen una vez más: mis dos garbanzos estaban ahí.

¿Eran dos Noahs? ¿Dos Noelias?

Me sentía muy abrumada como para pensarlo demasiado.

Los observé durante unos largos minutos hasta que la realidad me golpeó como una roca pesada.

Yo no podía... ¿Dos bebés? ¿Cómo era posible eso? ¿Dos en lugar de uno?

¿Cómo hizo el otro para escabullirse dentro?

La doctora continuó diciéndome cosas a las que apenas y le prestaba atención. En todo ese tiempo me preguntaba cuál iba a ser la reacción de Adam al enterarse.

Mierda.

Me obligué a tranquilizarme, dando respiraciones cortas y profundas.

La cita con el médico pronto finalizaba, pasé unos buenos minutos sin decir nada hasta que la doctora limpió de mi vientre el gel, y me dejó un momento para hacer más anotaciones en su escritorio. Estaba a punto de levantarme para irme, cuando, la puerta del consultorio se abrió y Adam entró hasta donde la doctora y yo nos encontrábamos.

Estaba jadeando y sudaba mucho; seguramente vino hasta aquí corriendo.

Se detuvo al verme y abrió la boca para decir algo, pero la cerró casi al instante en el que prestó especial atención a mis ojos, todavía húmedos por llorar. Ni siquiera sabía por qué lloraba, tal vez porque si antes pensaba que la vida con un bebé iba a ser difícil, ahora con dos sería un poco más complicada. Estaba asustada. ¿Cabían dos bebés en mi vientre?

—¿Qué pasa? —me preguntó Adam. Podía ver sus ojos ampliándose y buscando respuestas en los míos o en los de la Dra. Bagda.

Aparté la mirada.

—¿Está bien nuestro bebé? ¿Qué ocurre? —esta vez se alarmó, y en dos zancadas ya estaba delante de mí; me rodeó la cintura con un brazo, poniendo sus dedos bajo mi barbilla para elevarla y que pudiera ver sus ojos verdes.

—Todo está bien —la voz me tembló ligeramente. ¡¿Cómo detenía las lágrimas?! No podía dejar de llorar al ver la mirada preocupada de Adam.

—¿Nena? ¿Qué pasó? —se giró hacia la doctora que nos observaba con atención—. ¿Por qué nadie me dice nada? Mierda, hablen ahora o me voy a imaginar lo peor. Nena tú no... Tu no... perdiste al bebé, ¿verdad?

Negué rápidamente con la cabeza.

—No, no, no. Estas son lágrimas hormonales —me expliqué. Él miró también a la ginecóloga y ella asintió, optando por no decirle nada a Adam.

—La próxima cita de Anna será dentro de tres semanas, solo para monitorearla y para ver el crecimiento de esa barriga. Nada de qué preocuparse —le aseguró ella. Me guiñó un ojo, suponiendo que me dejaba a mí toda la responsabilidad por decirle a él lo de los gemelos.

Le agradecí silenciosamente.

Adam no parecía muy convencido así que me levanté de donde estaba, me acomodé la ropa y lo arrastré fuera del consultorio, no quería que se enterara del embarazo doble. No todavía.

Despidiéndome de la doctora, quien nos miraba con simpatía, salimos tomados de la mano para dirigirnos a la recepción.

Yo seguía muda, sin decir palabra.

—¿Qué ocurrió? —él me detuvo en mitad de un pasillo transitado, sólo para tomarme de los hombros.

—N... Nada —Mi voz sonó ronca. No se parecía a la mía.

—Anna, estás haciendo que muera lentamente por dentro. Dime qué te pasa.

—Solo... —tomé una profunda respiración y me tranquilicé para poder decirle acerca de los gemelos. Abrí la boca para contarle pero me silencié al recordar la imagen que me había dado la doctora.

La saqué del bolsillo de mis jeans y se la tendí.

—¿Ella te dio una imagen del bebé? —preguntó cuando la tuvo en sus manos—. ¿Por eso llorabas?

Asentí levemente, aún sin decirle nada.

Con un poco de aprehensión le mostré al par de garbanzos creciendo en mi vientre.

Me mordí el labio ante la anticipación por saber qué diría al notar que eran dos y no uno.

—Mmm... ¿Anna? No entiendo nada de esto. ¿Dónde está el bebé?

Sonreí un momento al ver la mirada perdida en sus ojos.

Tomé la imagen y le di la vuelta.

—Para empezar —dije— la tenías al revés.

—Oh.

Esperé unos segundos pero su ceño se pronunció más.

—¿Sigues sin verlo? —pregunté. Estaba de repente divertida por su reacción.

—Agg, soy un mal padre. Solo veo formas sin control pero no a nuestro hijo.

—O hija —o gemelos. Adam despegó la vista de la imagen y me besó en la cabeza.

—¿Entonces no llorabas por nada grave? —me preguntó en el oído.

Negué y me sequé lo último de mis lágrimas.

—Solo me emocioné al ver la imagen. Quería que estuvieras ahí, ¿por qué llegaste tan tarde? Te esperé desde temprano.

Él se mordió el labio y soltó un largo suspiro.

—Lo siento mucho nena —bajó la vista y se rascó el brazo tatuado—. No hay justificación para lo que hice. Déjame disculparme contigo y con el bebé por actuar como el idiota que juré dejaría de ser. Lamento habérmelo perdido.

—¿No me vas a decir qué era lo que estabas haciendo?

Hizo una mueca mortificada y evitó verme a los ojos cuando dijo:

—Te vas a molestar cuando lo sepas.

Me crucé de brazos y no dejé de verlo fijamente.

—¿Qué hiciste? —le pregunté finalmente, no pude aguantar la desesperación por saber.

Él me sonrió de lado y me tomó del brazo para reanudar nuestro camino.

—Lo que hice fue necesario y urgente de realizar. Eso es todo lo que necesitas saber.

Mientras avanzábamos, choqué accidentalmente con una chica de largo cabello rubio que caminaba distraída y viendo al suelo.

Adam me salvó de dar un traspié y caer sobre mi trasero, y justo cuando iba a abrir la boca para disculparme, noté cómo a la rubia se le abrieron los ojos al ver a mi novio.

—¿Adam? —tartamudeó ella.

—¿Rosie? —respondió él, sin podérselo creer.

La chica rubia asintió con la cabeza e hizo lo impensable: corrió a abrazarlo.

—¡Adam! —gritó de alegría.

Yo sólo los miraba sin perder atención a ninguno de los dos. No me gustaba la forma cariñosa con la que se abrazaban, pero no iba a pensar mal, probablemente eran amigos y llevaban años sin verse.

Pronto ambos se separaron y la chica, Rosie, lució avergonzada.

—Lo siento. Me pongo emocionada cuando veo a Adam —se disculpó ella, tratando de parecer menos mortificada.

—Anna, ella es Rosie. Rosie, ella es Anna —Adam se apresuró a presentármela. La rubia me dio la mano y puso lo que parecía una sonrisa genuina en su rostro.

—Mucho gusto Anna, lamento ponerme tan efusiva pero es imposible olvidarte de tu primer amor —sonrió y le guiñó un ojo a Adam—. En especial cuando hace años tuvimos una muy bonita recepción de boda. ¿Recuerdas, Adam?

Detuve mi mano en seco.

¿Boda? ¿Pero qué mier... ?

Miré hacia él con miles de preguntas en el rostro, pero no volteó a verme en ningún momento; en su lugar, su sonrisa se amplió y su mente parecía recordar viejos tiempos.

—Es cierto, ya no recordaba eso —le dijo a la rubia—. Te quejabas porque la música estaba a todo volumen y por los sándwiches de pepinillos que terminaban en la basura porque nadie se los quería comer.

Ella rió levemente, pasando sus dedos por las puntas de su cabello perfectamente lacio.

—Sí, y luego golpeaste a todos los que botaron mi comida.

Ahora fue él quien rió.

Al parecer ambos me estaban ignorando y se centraron en hablar de ese día. Yo todavía no me podía creer que Adam no me haya dicho que estuvo casado.

Necesitaba una explicación, y rápido.

—¿Nos vamos? —dije interrumpiéndolos. Quería sonar calmada pero fue imposible dejar el tono malhumorado de lado.

La rubia se sonrojó, recordando por fin mi presencia.

—Lo lamento. Mi culpa. ¿Vienen de ver a la doctora Bagda?

Quería decirle que se metiera en su propio asunto pero ella no me había dado suficientes motivos para tratarla mal, así que fui sincera.

—Sí, por verrugas —Aunque tal vez no tanto.

Adam no pudo hacer otra cosa sino reír.

La chica rubia alzó ambas cejas y me miró abiertamente en silencio.

—Oh. Yo estoy embarazada. Voy a tener gemelos.

Y ahora era yo la que me quedé sin habla.

—¿Qué? —solté repentinamente.

¿Gemelos?

La rubia se echó a reír después de eso.

—No, era broma. Yo no podría ser madre de gemelos… me moriría cuidando a dos niños a la vez. Sería una pesadilla.

—¿Vas a ser mamá? —le preguntó Adam después de unos segundos.

Ella sonrió enormemente y asintió con la cabeza.

—Y será mejor que me vaya antes de que llegue tarde a mi cita con la doctora.

La chica se despidió efusivamente de Adam, dirigiéndose hasta el final del pasillo y haciendo sonar sus tacones por todo el solitario lugar.

Él tomó mi mano y continuamos caminando hasta que llegamos al lobby de la clínica.

Antes de poder ir hacia la salida, él me retuvo del brazo y me giró para encararlo.

—Nena, ¿te pasa algo? Estás seria.

Hice un puchero.

Ladeó la cabeza para examinarme y yo me crucé de brazos.

—¿Eso que noto son celos?

—¡No me dijiste que te habías casado!

Él tuvo el descaro de reírse.

Eso me enfadó aún más.

—Sí, estás celosa —afirmó una vez que terminó con sus risas—. Anna, me casé con ella cuando tenía unos ocho o diez años. No recuerdo cómo pero terminé en una boda junto con otros niños y con cientos de osos de peluche como testigos.

—¿Entonces no fue real?

—No, amor. No tienes por qué ponerte así. La única boda real a la que he querido asistir... es a la del príncipe William, pero...

Lo golpeé en el hombro.

—¡No seas tonto!

—De acuerdo, de acuerdo. Te amo —susurró en mi oído. Llevó sus manos a mi espalda y me pegó cerca de su cuerpo—, y aunque disfruto ver cómo cada poro de tu cuerpo se sonrosa debido a los celos, debo aclararte una cosa: Rosie y yo sólo éramos amigos hace varios años. Ella y su hermana fueron mis vecinas. Luego se mudaron y ya después no las volví a ver tan seguido, nunca fue mi novia y nunca la vi de otra forma. ¿Eso tranquilizó un poco a esos celos locos?

—Algo.

—Nena, no tienes por qué estar celosa de nada ni de nadie. ¿Cuántas veces te he dicho que soy tuyo?

Él bajó sus manos hasta llegar a la base de mi trasero y me devoró la boca como si no hubiera un mañana.

Me separé unos centímetros para verlo a la cara.

—Prométeme que de ahora en adelante dejarás los celos. No tienes fundamentos para tenerlos —me susurró, sus labios tocando ligeramente los míos.

Suspiré largamente.

—De acuerdo —levanté mi mano derecha—. Prometo dejar los celos… pero sólo si tú los dejas también.

—Nena… yo no soy un tipo para nada celoso. No necesito hacer promesas que no pienso cumplir.

Resoplé.

—La vas a hacer. Y por cierto —dije una vez que salimos del lobby— vas a ser padre de gemelos.

Capítulo 2

Jodidas Hormonas

Me hubiera gustado no haberle susurrado la última parte. Ahora no estaría preguntándome cuál habría sido su reacción; pero era mi jodida culpa.

Es que había algo que me impedía contarle que ahora íbamos a ser padres de dos niños y no simplemente de uno. Tal vez quería guardar el secreto, ocultarlo como una especie de venganza por esconderme tantas cosas en el pasado, pero no estaba segura que fuera eso.

Así que durante todo el viaje a casa, ninguno habló. Adam manejaba la camioneta blanca de Key en un silencio atronador, roto únicamente por la canción que sonaba en la radio y que ocasionalmente él cantaba.

Mientras que yo, por mi parte, examinaba a fondo mis uñas pintadas en un tono suave de malva y me devanaba los sesos por querer saber quién era Rosie y por qué se le ocurrió decirme que Adam fue su primer amor.

Finalmente me llevó a casa con las chicas y me dejó en las afueras del portón dorado de hierro. Normalmente él entraría y devoraría toda la comida en mi refrigerador, pero esta vez lo notaba un poco distante, casi nervioso.

—¿No vas a entrar? —le pregunté.

Negó distraídamente.

—Tengo unos asuntos que resolver, volveré en unas horas.

Entonces se inclinó y me besó en la frente sin decir nada más.

Observé cuando arrancó el vehículo y se marchó con una nerviosa actitud que decidí ignorar por los momentos.

Cuando entré por la sala, inmediatamente fui asaltada por Shio quien me agarró del brazo y me llevó a su habitación en donde yacían desordenadas muchas piezas de su ropa.

Me senté a orillas de su cama con cobertores rosa pálido.

—Cuéntamelo todo —dijo— ¿Qué es? ¿Niño? ¿Niña?

Mi mente todavía nadaba hacia lo que me había dicho la Dra. Bagda. *¡Felicidades, vas a tener un parto múltiple!*

Shio me sacudió un poco y regresé a la realidad.

—¿Entonces? ¿Cómo está mi sobrina?

Sonreí a medias.

—Saludable.

Sentía mis labios resecos mientras pasaba mi lengua para humedecerlos.

—Qué bueno, ¿pero entonces? ¿No te dijo si iba a ser niño o niña?

—Todavía no. Recuerda que también le dijimos que íbamos a esperar hasta que nacieran... naciera el bebé.

—Oh... Me hice ilusiones. Supongo que Adam debe estar ansioso por saberlo, ¿no?

Hice una mueca y me removí incómodamente en la cama.

Entonces admití lo que había sucedido en el consultorio:

—Él no llegó a tiempo para ver al bebé. No me dijo dónde estuvo o con quién para que lo hubiera atrasado tanto.

Shio llevó una mano a mi hombro.

—Oye, no te deprimas y te pongas toda insegura, ese hombre tiene escrita la palabra Enamorado por toda la cara. Te ama, van a tener un hijo juntos y realmente tuvo que ser algo magistral para haber llegado tarde y perderse la primer fotografía del pequeño o la pequeña.

Me entraron repentinas ganas de llorar.

—Tienes razón, supongo que hoy amanecí muy hormonal... y muerta de hambre.

—¡Excelente! Mindy cocinó lasaña de pollo y aún está en el horno. La chica está loca pero sabe cómo cocinar delicioso. ¿Quieres un poco?

Asentí con la cabeza, incapaz de hablar porque estaba segura que iba a soltar grandes lágrimas.

Tenía a las mejores compañeras de casa.

—Por cierto —dijo ella, levantándose de la cama— no vas a adivinar el grandioso sitio que encontré hoy ¡Era un gimnasio con un área especial para embarazadas!

—¿Existen?

—Siiii, y lo mejor es que el instructor es tan apetitoso como un brownie de chocolate bañado en chocolate blanco.

—No me siento muy convencida.

—¡Oh, vamos! Acompáñame. Diré que estoy embarazada también con tal y me dejen entrar. Lo mejor de todo es que sabe cómo dar clases de asistencia durante el parto... ya sabes, con las respiraciones y eso.

Fruncí el ceño.

—Apenas tengo dos meses y medio de embarazo. ¿Para qué ocupo el ejercicio ahora?

—No digo que lo hagas hoy, simplemente es algo para pensar a largo plazo.

—De acuerdo, a largo plazo. Ahora, realmente podría comerme una vaca bebé entera.

Ella se rió y juntas fuimos a la cocina.

Estaba muy hambrienta. Probablemente lo vomitara todo después pero no me importaba. No mentía cuando dije que podía comerme una vaca.

—Ni siquiera te he preguntado cómo lo estás llevando —dijo Shio mientras me extendía un plato lleno de lasaña— ¿Todo bien? ¿Te dijo algo la doctora acerca de tus náuseas y cuándo se iban a quitar?

Comí el primer trozo, tanteando el movimiento en mi estómago para saber si tendría que salir corriendo después a vomitarlo todo. Por el momento me encontraba bien.

La Dra. Bagda me había dicho que las embarazadas de múltiples bebés tenían mayor cantidad de hormonas que una con un embarazo normal; lo mismo iba para los síntomas. Puede que me duraran más por ser el doble.

—Dijo que era completamente normal que todavía las tuviera —respondí encogiéndome de hombros—. También mencionó algo de mis hormonas revolucionadas pero creo que estaba exagerando…

Comí otro trozo de lasaña y estaba tan buena que, inexplicablemente, comencé a llorar sin control. Pero tampoco podía parar de comer así que me turnaba entre masticar la comida y sollozar débilmente sin saber muy bien por qué.

Shio puso una cara mortificada, no sabía qué hacer conmigo.

¡Yo tampoco lo sabía!

Todo esto era realmente extraño.

—¿Anna? Me preocupo. ¿Estás bien?

Respiré hondo mientras me llevaba a la boca otra porción de comida.

—No pasa nada... Solo... ignórame. Son las hormonas… y esta lasaña está muy buena también —parecía tonta llorando, pero no podía detenerlo.

Traté de limpiar mis ojos pero era inútil; a estas alturas parecía loca.

—En serio, Anna, ¿qué ocurre?

Sorbí mocos hasta que fui capaz de controlarme un poco.

—Estoy llorando porque extrañaba comer sin vomitar todo —dije, en parte era verdad.

Shio suspiró y se sentó a mi lado, comiendo una porción de lasaña igual de grande que la mía.

—De acuerdo, culpa a las hormonas. Estás en tu derecho... No se le puede recriminar nada a una chica que lleva en su vientre el hijo de Adam. Come más lasaña…

Asentí con la cabeza y volví a mi labor.

Estaba un noventa por ciento segura que más tarde lo vomitaría todo pero… aún así, tal parece que yo siempre me comía el postre primero y después pensaba en las consecuencias.

—Y hablando de tu novio… —dijo Shio— ¿Dónde está? A esta hora ya estuvieran discutiendo sobre no dejarte ir al trabajo e impedirte caminar más allá de dos pasos.

Bufé mientras raspaba el queso derretido en mi plato y cortaba de una vez por todas con el mar de lágrimas.

—Tenía “cosas que hacer” No me dijo nada.

—Oh. Pero no vayas a pensar mal… creo que él tiene sus motivos…

—¿Lo estás defendiendo? ¿Debo preocuparme por eso?

—N…no. Para nada, yo solo digo que…

—¡Estoy cansada que él siempre me haga lo mismo! Un día de estos voy a explotar y voy a ser yo la que termine yéndose de su lado… así como siempre lo ha hecho.

Mi repentino ataque de ira se fue desacelerando y terminó de nuevo en lágrimas.

¿Qué pasaba conmigo?

—Anna… Adam en realidad no está en nada malo. ¿Quieres contarme qué es lo que te agobia? ¿Qué más nos has estado ocultando?

—Cuando conocí a Adam —comencé— mi prima Marie me dijo que él era un ladrón. Que él no trabajaba porque vivía de estafar a la gente…

—Oh, uh… puedo verlo totalmente como el tipo de The Withe Collar, continúa.

—Luego él me dijo que no era un ladrón, e incluso me contó básicamente su vida entera… me tomó meses pero finalmente lo dijo todo. Pasaron tantas cosas que me hicieron dudar de él, y ahora me siento una idiota por dudar una vez más.

Shio suspiró y tomó un sorbo de agua.

—¿Y cuál es el problema entonces?

—El problema es que sé que guarda tantos secretos que nunca termina diciéndomelos. Jamás supe de qué trabajaba en realidad.

—¿Y eso te molesta? Tal vez él no trabaja de nada y simplemente tiene el dinero. Ya sabes, como un Christian Grey moderno y sin traumas de sadomasoquismo. Tal vez a él le dé pena decírtelo porque podrías imaginar que es un vago sin oficio… literalmente.

Resoplé.

—No es eso, Shio. Adam heredó el dinero que tiene… sus padres murieron. Lo entiendo. Pero hay cosas en las que desvió el tema y nunca supo cómo contármelas. O a alguien más.

—Deberías hablar con él. Que te saque de la duda.

—Si tan solo fuera así de fácil…

—¡O deberías obligarlo a que vea a un psicólogo! Si es para su beneficio, no sé cómo se puede negar.

—Tal vez tengas razón. Le voy a sugerir que lo vea.

Comimos el resto de la lasaña en silencio hasta que Shio volvió a hablar:

—Todavía no puedo creer que estés embarazada. Ya quiero que llegues a la semana veintinueve; los bebés tienden a dar patadas en esa temporada… Oh, te vas a ver hermosa con tu pancita.

Sonreí a medias.

Yo sabía que un embarazo así de repentino como el mío no era algo por lo que pudieras disfrutar, al menos no en los primeros meses. Todavía había familiares que no tenían ni idea que yo estaba esperando un hijo… bueno, dos.

Peor a mi corta edad. La gente no se miraría particularmente feliz con ninguna de mis decisiones, pero no podía ser todo lo que ellos quisieran. Debajo de todas las voces criticando mis actos, estaba la mía, clamando por ser escuchada. Y lo iba a hacer. La escucharía por esta vez.

Y aunque pareciera bonito estar embarazada, tenía miedo de escarbar más profundo en la realidad de mi situación porque me aterraba pensar en los hechos: sabía que las cosas no iban a ser fáciles, sabía que tendría que poner una larga pausa a mi carrera, también tendría que crecer más rápido porque, aunque yo no estuviera lista, los bebés no nos darían un tiempo de preparación suficiente como para hacer un mejor trabajo siendo padres… pero haría que funcionara. No tenía idea de cómo pero lo haría.

—¿Anna? ¿Me estás escuchando? —Shio sacudió su mano frente a mi cara y yo parpadeé.

—¿Sí?

—¿Ya pensaste en el ultimátum que te dio Adam?

Me mordí el labio inferior mientras negaba con la cabeza.

Hace unos días Adam me dijo que tendría que renunciar a mi trabajo porque, y lo digo con sus propias palabras, no quiere que jodidamente mueva un dedo mientras esté embarazada. Tampoco era como si Laura me pusiera a cargar cajas pesadas alrededor de la librería y me hiciera correr en círculos por doce horas.

¡Lo mío era atender a la clientela y ordenar los libros! No requería de toda mi energía. Por eso me negaba a darle gusto renunciando.

Tal vez llegaría el tiempo en que me tocaría desistir, pero aún no quería hacerlo. Me negaba a depender de alguien más económicamente.

—No sé si sólo soy yo o se debe a mi continua pereza pero… —Shio hizo una pausa—estaría más que encantada que un chico rico me mantenga. Viviría la vida loca. Y aunque no lo creas, sé que hay riesgos con esa clase de chicos; ellos empiezan a creerse los dueños de tu trasero. Pero secretamente como que lo amo…

Rodé los ojos.

—Tú y Rita fueron cortadas con la misma tijera —murmuré.

—¡Rita! —gritó Shio—. La vi el otro día, iba de la mano de un guapo y caliente chico que cargaba una guitarra en la espalda. Se miraba tan sexy… se encontraron con otra pareja. Pero ¿sabes algo? Después de unos minutos, y cuando la pareja ya no los veía, ellos se soltaron las manos y comenzaron a insultarse mutuamente. Fue extraño.

—¿Qué? Yo pensaba que ellos eran novios… no entiendo por qué…

De pronto un incesante chillido nos desvió del tema a ambas y logró hacer que saltara de mi asiento.

El ruido provenía de la jaula de los hámsters de Mindy.

—¡No puedo creerlo! —susurró Shio, viendo hacia la jaula.

—¿Qué?

—Ricky está arrinconando contra la pared a Shakira. Lo juro, si ese hámster pudiera ser una persona, sería la ninfómana de tu prima.

—Creo que es temporada de apareamiento —me encogí de hombros.

—¿Temporada de apareamiento? ¡Esos dos tienen más movimiento en una tarde de lo que yo tengo en un año!

En esta última semana, Ricky Martin trató de aparearse con la hámster hembra, pero ella terminaba mordiéndole la oreja porque era bastante agresiva. Mindy tuvo que ponerles una división de cartón en la jaula para que Ricky no se le lanzara de nuevo, contrario a lo que creía Shio, Mindy no quería pequeños hámster reproduciéndose como plagas en la casa que una vez fue de su abuela.

—¿Otra vez es Ricky intentando morder el cartón para llegar a Shakira? —pregunté limpiándome la boca de lo último de mi lasaña.

Shio puso cara afectada.

—Es peor. Ya logró entrar al espacio personal de ella... Pero creo que ambos están disfrutando el momento. Juh, ¡Pero mira qué tenemos ahí! Anna, creo que ya no vas a ser la única embarazada en la familia.

Le lancé una sobra de lasaña de forma juguetona.

Ella se rió y fue a separar a los hámsters antes de llenar de bebés la casa.

Mientras limpiaba mi plato, decidí soltarle a Shio lo que tanto quise guardar para mí misma. Llegué a la conclusión, que era mejor decírselo a alguien antes de volverme loca y tratar de ocultar el secreto a Adam.

—Shio... —la llamé, pero ella no se dio la vuelta, todavía observando a los hámsters soltando chillidos espeluznantes; ella me indicó con la mano para que continuara hablando—. Van a ser gemelos.

Ahora ella sí volteó a verme, confundida por mi recién confesión.

Me mordí el labio esperando su respuesta.

—¿Qué quieres decir con que van a ser gemelos? ¿Cómo sabes si los hámsters tienen hijos gemelos?

Malentendió completamente lo que dije.

Negué con la cabeza.

—Van a ser gemelos —dije esta vez señalando mi vientre.

Finalmente lo comprendió y abrió exageradamente la boca.

—¿Qué... ? ¡Santo conejo de pascua! ¡¿Qué?! ¡¿Vas a tener gemelos?! ¿No estás jugando conmigo?

Yo negué y ella se puso a dar gritos y brinquitos como niña. Luego se detuvo y se sostuvo contra el borde de la mesa en la cocina.

—¡No puedo creerlo! ¡Dos bebés! ¡Dos! Oh... Eso va a ser un infierno de parto. ¿Te imaginas dar a luz el doble que una madre normal? ¿Y cuando nazcan…? ¡Tu próximo día libre va a ser dentro de dieciocho años! y ni hablar de tu dinero… les pertenece a ellos de aquí hasta que se casen o dejen de vivir contigo, o se divorcien y tengan que regresar de nuevo a vivir con ustedes. O lo que venga primero… No digamos si uno de ellos embaraza a su novia antes de tiempo. Uff… gran responsabilidad. Aprecio el ser soltera en estos momentos. Oh, acabo de tener una revelación divina. Definitivamente no hace falta un hombre para sobrevivir…

—Shio, no me estás ayudando.

—Yo… lo siento. Es que es una noticia impactante. Uff, no me puedo ni imaginar cuál fue la reacción de Adam cuando se lo dijiste.

Aparté la mirada, avergonzada por haber dudado en no contárselo a él en primer lugar; merecía saber que iba a ser padre de gemelos, merecía saber que su vida de ahora en adelante sería cambiar pañales y no enloquecer con el doble de responsabilidad que se nos venía encima.

—¿Anna? ¿Qué te ocurre? —Shio fue a mi lado. Ni siquiera noté cuándo comencé a llorar... de nuevo.

Jodidas hormonas.

—No se lo he dicho —admití—. No sé por qué pero aún no le digo nada.

—¿Y eso es malo? Yo que tú, esperaría hasta el día del parto para que se lleve una sorpresa.

—¿Estás hablando en serio? Eso sería cruel. No podría hacerlo.

—Anna banana, no te pongas triste; dale la noticia cuando te sientas lista. Como te dije, es algo bonito que le salgas con la sorpresa una vez que llegue el momento. Además, él se lo merece si te ocultó tantas cosas en el pasado. Se llama karma.

—¿Tú crees?

—Definitivamente. ¡Oh, ojala sea la parejita de niño y niña! ¡O dos niñas! Qué emoción.

Me sequé las lágrimas con el dorso de mi mano.

—¿Entonces no estaría mal que no le dijera justo ahora?

Ella negó con la cabeza.

—Para nada. Dale la sorpresa… o recurre a la venganza, como sea.

Sonreí con renovadas ganas.

—Bien entonces.

—¿Sabes qué te ayudaría a llevar lejos las penas? ¡Pastel de arroz que compré de esa repostería francesa!

Hice una mueca, pero sorprendentemente, me dio más hambre.



Vomité todo después de dos horas. Mi estómago se sentía vacío y mi garganta quemaba como ácido. El olor del vómito nunca me iba a abandonar por el resto de mi vida… era asqueroso.

Pasé toda la mañana con Shio, parecía que me estaba escondiendo algo a medida que avanzaba el día y nos preparábamos para ir a la librería y tomar el turno de la tarde.

Ella estaba nerviosa y se mordía las uñas constantemente. Cuando finalmente subí a mi habitación para ponerme el uniforme de trabajo, supe de inmediato qué la puso en ese estado tan ansioso.

Corrí al baño para asegurarme y, sí, todas mis cosas habían desaparecido.

Parpadeé varias veces tratando de cubrir todo el dormitorio, pero veía lo mismo: apenas mi cama tamaño personal cubierta por una simple sábana verde que ni siquiera era mía.

—¿Qué...? —abrí y cerré la boca.

Revisé mi armario y, la ropa que una vez colgaba allí, ya no estaba.

—¡Shio! ¡Shio, ¿dónde están mis cosas?!

Comencé a alterarme, abriendo y cerrando gavetas en donde antes se apilaba mi ropa interior.

—Esto no es gracioso —murmuré.

Llevé mis manos a mi costado. No había nada. Ni un bote de perfume, o una sombra del escaso maquillaje que mantenía en una mesita de tocador. Nada.

¿Nos habían robado?

—La idea no era que fuera gracioso —dijo una voz a mis espaldas. Adam se apareció por detrás.

—¿Qué…? ¿Qué haces aquí? Pensé que vendrías más tarde.

Él estaba apoyado contra el marco de la puerta, viéndome con una sonrisa ladeada y casi tímida.

—¿Tu sabes donde están mis cosas? —pregunté con cautela.

—Bueno…

—Adam, ¿qué hiciste con mi ropa y todo lo demás? —ni siquiera podía encontrar mis zapatos.

—No te vayas a enojar —dijo él, dando pasos lentos logró entrar al dormitorio—. Llevé tus cosas a mi casa. Más específicamente a mi habitación.

—¿Cómo?

—Anna… —me tomó de las manos y me obligó a sentarme sobre la cama mientras él se ponía en cuclillas frente a mí—. Estás esperando un hijo mío, ¿no crees que sea absurdo que no vivamos juntos mientras tanto?

Abrí mi boca pero la cerré rápidamente.

—Quiero ser parte de todo el proceso, estar contigo durante el embarazo. No quiero que pienses que soy como el resto de chicos que dejan embarazadas a sus novias y nunca se hacen cargo.

—Pero eso no significa que tengas que estar las veinticuatro horas del día conmigo. Yo no podría irme a vivir… yo no… ¡¿Has pensado en lo que mis padres van a decir?! ¿Lo que tu abuela va a pensar de mí? No puedo dejar a las chicas, yo…

—Ellas me dieron la idea. Aprovechamos esta mañana, mientras estabas en el consultorio de la Dra. Bagda, para sacar tus cosas. Por eso me tardé en llegar a tiempo; eso y que Shio no aseguró bien una de tus maletas de ropa y tuvimos que detenernos a recogerla porque se cayó en medio de la calle.

Hice una mueca.

Llevé mis manos a mi cara para cubrir mi vergüenza.

—¡Adam!

—Nena, no pongas peros. Ven a vivir conmigo, por favor.

—Oh, ahora me lo preguntas, ¿verdad?

Resoplé.

—Por favor… Nicole también te necesita.

—Yo… no puedo.

—¿Por qué?

Me acarició el estómago con los dedos, haciendo círculos y ochos en mi vientre, por sobre la ropa.

—¿No quieres despertar todas las mañanas conmigo, nena? —se movió entre mis piernas para darme un ligero beso en la nariz—. ¿No quieres tener la oportunidad de tomar largas duchas a mi lado? Prometo no llevar nada de ropa.

Me mordí el labio. Mi frente estaba sudando y me costaba mucho resistir el impulso de agarrar su cabello y jalarlo a mi gusto.

—Tal vez no sea lo mejor —susurré. Yo no quería perder mi independencia, pero admitía que ya la había perdido desde que conocí a Adam. Me había vuelto peligrosamente dependiente a él.

—El día que quieras enojarte conmigo por ser el mayor imbécil del planeta… entonces yo mismo me aseguraré que tengas un lugar al que recurrir. No me gustaría que sucediera, pero sé que no soy perfecto y que probablemente lo arruine todo en algún momento, y entiendo que necesites tu espacio. Pero por lo que más quieres, ven a vivir conmigo para ahorrarme un mundo de dolores de cabeza, ¿qué dices?

Capítulo 3

Vida Vampiro

No podía soportar cuando Adam me miraba de esa forma: como si su vida dependiera de mi respuesta.

La verdad era que no quería irme a vivir con él porque me sentía avergonzada que la gente pensara que yo era una aprovechada y me embaracé a propósito sólo para retenerlo.

Si él jamás me hubiera buscado aquel día en el restaurante del hotel donde tuve mi primera cita real con Seth, apuesto a que nunca le hubiera dicho ni una sola palabra sobre nuestro bebé... o bebés. Me hubiera mentalizado para criarlos yo sola, con el apoyo de mis padres y mis amigas, aunque al principio fuera demasiado difícil y complicado.

No sabía si estaba haciendo lo correcto, pero finalmente le di mi respuesta con un asentimiento de cabeza. Se lo haría fácil para tratar de darle algo de paz mental.

—Está bien —dije sin mucho entusiasmo.

Él me dio una sonrisa lobuna y luego encajó sus brazos alrededor de mi cintura, levantándome de la cama y abrazándome en el proceso.

—Muy bien, hermosa, tu habitación... o mejor dicho la nuestra, ya está apta para los dos. Logré desocupar algunas de mis gavetas y quedan a tu completa disposición.

Me dio un corto beso en los labios.

—No te arrepentirás —me susurró antes de mordisquear mi cuello.

—Mmm… ojala —admití entre murmullos. Su boca pronto subió hasta mis labios y esta vez me besó con intensidad renovada. Lo detuve repentinamente—. Espera, ¿nuestra habitación?

Él sonrió ampliamente.

—Sí —me dio un besito en el hombro—. Dije nuestra.

—¿Estás loco? ¿Qué va a pensar tu sobrina si nos mira durmiendo en la misma cama?

—Va a pensar lo que una niña de diez años pensaría: que estamos haciendo una pijamada.

—¡Adam!

—Una pijamada de besos que involucran el uso de la lengua.

Pasó su lengua por mi mejilla para probar su punto.

—Hablo en serio.

—De acuerdo, de acuerdo. Pensará que es una fiesta pijama que involucrará el uso de la lengua… y otras partes del cuerpo.

Esta vez lo golpeé en el hombro.

—¡Está bien! —se rindió finalmente—. Le diré que mami necesita dormir con papi para mantener al bebé calientito —Su mano viajó hacia mi vientre—. Algo me inventaré.

—Anna, ¿es verdad que Noah les habló desde el vientre y les dijo que quería que durmieran juntos? —Nicole veía con curiosidad hacia mi vientre. No llevaba ni cinco minutos en su casa cuando ya estaba hipnotizada con mi estómago.

Miré hacia Adam y lo fulminé con los ojos.

—Eh… —cuatro pares de ojos estaban viéndome: los de Adam, los de Nicole, su abuela, y por supuesto, el perro.

—¿Es cierto que se pueden comunicar sólo con el pensamiento? ¿Qué tal si me pasas a Noah cuando te hable y le digo que quiero que mejor se llame Zayn Malik? —Ella se acercó a mi oído y susurró—: él me recuerda al tío Adam. También tiene un tatuaje y me parece muy lindo. Un día me voy a casar con él. ¿Entonces, puedes decirle?

—Es que verás, el bebé se comunica únicamente… una vez. Y ya perdimos la oportunidad de decirle más cosas

Si yo fuera Pinocho, mi nariz ya estaría por Irlanda... La de Adam tal vez ya le hubiera dado la vuelta al mundo... dos veces.

—¡No puede ser! Es una lástima —dice la niña, pasándose una mano por el entretejido de sus cicatrices— ¡Entonces tengan más bebés y listo!

Si tan sólo supiera…

—Basta de plática —dijo su abuela, salvándome de dar más explicaciones—. Anna, bienvenida, espero que te sientas como en casa.

Y así lo hice durante un buen tiempo.

Semana 13

—¡Todo esto es tu culpa! —grité, furiosa. Miraba rojo y apretaba demasiado mi mandíbula.

—¿Anna? ¿Qué pasa?

Le lancé un cojín en la cabeza y comencé a gritarle cosas sin sentido.

—¡Me embarazaste a propósito! —mis fuerzas me dejaron mientras iba por el tercer cojín para lanzarle y, en lugar de continuar gritándole, me puse a llorar con todo y el cojín en mano.

—Nena… —Adam hizo el intento de acercárseme pero retrocedí. Ahora él me miraba con cautela, como si fuera un animal rabioso al que había que ponerle su sedante en el plato de comida. Grrr.

—¡No me vuelvas a decir nena! —estallé, me lancé contra él pero me agarró de las muñecas, forzándome a soltar el pequeño cojín de mis manos.

—Tranquila, ne… Anna. ¿Qué te pasa?

—¡La comida! —balbuceé con mi voz llorosa.

—¿Qué ocurre con la comida?

Sollocé y me sorbí los mocos con valentía, escabulléndome de su agarre.

—Me la comí toda.

Señalé mi plato y luego señalé el gabinete en donde Nicole y yo guardábamos las golosinas extra que ocultábamos de Adam.

Él tuvo el descaro de reírse de mí.

Llevé mis manos hacia mis caderas y me planté frente a él.

—¿Te estás riendo de mí?

Apretó sus labios para evitar ensanchar su sonrisa, pero no le sirvió, igual podía ver que continuó con la diversión a mis expensas.

—¡¿Por qué te ríes?! No es gracioso.

—Nena… ¿puedo seguirte llamando nena?

—No.

—De acuerdo, bebé…

—No me digas bebé. No quiero sentirme más joven de lo que ya soy.

—Bien —él levantó sus manos en señal universal para hacer las paces—. Puedes comer todo lo que quieras, no me molesta. Se supone que si estás embarazada, terminas comiendo por dos.

O por tres, pero no iba a decírselo en un futuro cercano, no seguía actuando como asno.

—No entiendes —resoplé, comencé a caminar de un lado a otro en la sala— llevo dos días sin náuseas… presiento que me convertiré en un volcán de vómito en cualquier segundo, y lo único que hago ahora es comer.

—También se supone que llegado un tiempo, las náuseas se van —me explicó pacientemente.

Lo fulminé con la mirada.

—No estuviste la vez anterior en el consultorio de la doctora Bagda, no sabes cuáles son los síntomas o cuándo se van.

—No, pero internet me dio una buena pista. Además, mañana tienes cita nuevamente y no pienso perdérmela.

—¿Qué? —Me paralicé en el centro de la habitación.

Adam no podía ir a mi cita con la ginecóloga; yo no quería que, al enterarse que tendríamos gemelos, se fuera de mi lado y me apartara como una cosa barata y sin cuidado.

Tragué saliva, sintiéndome ridícula ante el pensamiento. Él jamás negaría a nuestros bebés, no lo haría, y tampoco me apartaría de su lado aunque lo haya hecho anteriormente. Pero ahí estaba esa gota de inseguridad filtrándose en mis pensamientos... creando un moho muy difícil de quitar en mi mente. Por esa misma razón no le conté de mi cita hace dos semanas atrás, no quería ahuyentarlo.

—Necesito salir —dije en un murmullo suave. Tenía que pensar en lo que iba a hacer para evitar que fuera. Tal vez cancelar la cita y programarla para otro día sin que él lo supiera…

—¿Ya no estás enojada por lo de la comida? —preguntó él con cautela.

Hice una mueca al recordar todo lo que me había metido a la boca. Era imposible detenerme, todo el tiempo estaba demasiado hambrienta, como si no hubiera probado bocado en días o como si necesitara llenar un vacío existencial en mi estómago.

Ahora entendía la vida de un vampiro: ¡El hambre nunca se iba!

—Voy a salir —dije de manera brusca. También me irritaba con facilidad, pasaba enojada la mayor parte del tiempo.

—Espera… —él me agarró del brazo y me detuvo—. No vas a ir sola; déjame ir contigo.

—Quiero ir sola —soné arrogante.

—No.

Y él sonó mandón y posesivo.

Le fruncí el ceño. Adam continuó hablando:

—He notado que últimamente pasas muy enojada, ¿sucede algo?

—Estoy bien. Ahora suéltame para que pueda ir a caminar… ¿o no tengo permitido ni siquiera eso?

Adam logró reducir mis ya cortas horas de trabajo en la librería; ahora no hacía nada en las tardes y me aburría cuando la pequeña no estaba en casa porque recibía clases privadas de ballet en un estudio de baile. Siempre que quería acompañarla, Adam me obligaba a caminar a su lado… y caminar a su lado significaba que me tomara de la mano, y no por motivos románticos, sino para más bien para tener "medidas de seguridad" conmigo y el bebé. Me sentía como una prisionera en mi propio palacio, uno en el que llevaba viviendo un mes. Papá no estaba nada contento.

—Nen… Anna, no quiero que te sientas incómoda, pero es imposible que te deje sola. No quiero que nada les suceda a ambos.

Con facilidad logró acercarse a mí y envolver sus brazos en mi cintura, cepillando mi vientre en el proceso.

Deslizó su mano bajo mi camiseta de tirantes y masajeó mi estómago con los pulgares.

—Estás siendo demasiado sobreprotector —me quejé. Llevé mis brazos hacia su pecho y comencé a trazar las líneas de hilo en su camiseta de color azul marino.

—¿No me vas a decir qué te pasa?

Mi mal humor regresó ante su pregunta.

Quise apartarme pero él no me soltó. Bajó su boca para besar mi cuello y luego dejó pequeños mordiscos hasta mi mentón.

—Es solo que… —dudé por unos segundos—, siento que todo se sale de mi control. No sé qué me pasa. Extraño ver a las chicas, todavía no me acostumbro a no tenerlas cerca.

—Pero si vinieron hace dos días, creo que hasta revisan entre mi ropa interior porque noto que me faltan un par de calzoncillos…

Me reí en voz alta y luego le di un golpecito en el hombro.

—¡Es en serio! Extraño a esos estúpidos hámsters, a Rody la serpiente, aunque me daba miedo; a Gina, la cacatúa que le compraste a Mindy, incluso me hace falta tu estúpido zorrillo.

Comencé a sollozar. Sólo el recordar a Steve, la mofeta, me daba nostalgia.

Lo encontré la semana pasada demasiado tieso, con los ojos abiertos y la lengua apretada entre sus dientes; el veterinario dijo que murió por un paro cardiaco. Ni siquiera logró terminar de cavar un hoyo que se encontraba escarbando.

Todavía me dolía recordarlo.

—Nena…

—No me digas nena —dije recuperando parte de mi enojo.

—Mmm… noto a alguien frustrada.

Adam se quedó en silencio por unos segundos, entonces maldijo por lo bajo y se separó de mi cuerpo para poder verme a la cara.

—No sé cómo no me di cuenta antes, soy un descuidado.

—¿Qué…?

—Vamos —tomó mi mano y me llevó escaleras arriba.

—¿Qué pasa? —mi voz sonaba nuevamente normal.

No dijo nada pero continuó llevándome a través de las habitaciones. Finalmente nos detuvimos frente a la nuestra, en donde los viejos muebles que Adam tenía en su apartamento todavía se conservaban a la perfección.

Me llevó dentro y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué ocurre? —pregunté. Le dije que quería tomar aire, no encerrarme.

—Ocurre que te he dejado descuidada. ¿Ves esa cama? —señaló la cama en la que hemos estado durmiendo todo el mes desde mi llegada, la única diferencia era que no estaba Nicole metida entre las sábanas. A la pequeña le gustaba meterse con nosotros y dormir acurrucada conmigo.

—¿Qué pasa con la cama? —dije, confundida.

Otra lobuna sonrisa se desplegó en la cara de Adam. Lentamente se acercó a mí, hasta que estuvo a tan sólo un aliento de distancia.

—Pasa que no le hemos estado dando mucho uso, pero prometo que eso va a cambiar.

De repente me dio un arrebatado beso y me tomó del trasero para elevar mis caderas y alinearlas a las suyas.

Oh. De *esto* hablaba.

No era como si lo hubiera suprimido de mi vida, simplemente pensé que Adam no quería tocarme para ser más cuidadoso con el bebé… seguramente le daría un ataque enterarse que son dos, eso significaría doble protección para mí.

Me separé de sus labios por unos segundos.

—No sigas haciendo eso —le dije mientras recuperaba el equilibrio. Sus manos se volvieron traviesas y se metieron bajo mi camiseta, comprobando el hecho de que no llevaba sujetador.

—¿Qué cosa? —su voz sonaba pastosa y dormida. Sus ojos verdes estaban viendo directamente a mis labios, sin parpadear una sola vez, todavía acariciando mi espalda.

—Eso. —Lo señalé—, siempre te aseguras de ganar mi aprobación por medio de la distracción.

—¿Cuál distracción? —bajó su rostro hasta mi cuello y luego lo mordisqueó.

—¡Eso! ¡Besarme hasta perder el control!

—¿Mis besos te hacen perder el control? Nunca me cansaré de oír eso.

Estampó mi boca contra la suya, haciendo que su lengua jugara con la mía.

Su mano se movió a mi costado, rosando uno de mis pechos con sensualidad, pero fue breve; luego la bajó y la llevó a mi trasero, dándole un firme apretón.

—Adam, ¡basta! —lo regañé.

Él comenzó a reír mientras lamía el lóbulo de mi oreja.

—¿De qué me sirve tener una cara bonita si no la puedo aprovechar o emplear en mis tácticas para que aceptes todo lo que quiero?

—No es justo q… —me callé cuando su mano, en mi trasero, comenzó a hacer círculos que me hacían presionar mis caderas contra las suyas.

Jadeé ante la reciente necesidad descubierta.

—Solo.quiero.salir —dije entre jadeos.

Su mano traviesa volvió a subir por debajo de mi camiseta y aplastó uno de mis pechos, dándole un tratamiento especial con su dedo pulgar.

Eché mi cabeza hacia atrás y suspiré con fuerza. Él aprovechó y plantó un beso en la base de mi garganta.

—¿En serio quieres eso? Sé que puedo ayudar a calmar la frustración…

—¡No! ¡Adam…! —Su mano se deslizó sin previo aviso hacia la cintura de mi pantalón de ejercicios y siguió su camino hasta mi ropa interior. Haciendo su camino intrusivo en medio de mis piernas.

Suspiré en su pecho, aferrándome a sus hombros con mis manos.

—¿Mi nena no quiere esto? —preguntó en mi oído.

—Imbécil —logré tartamudear—. Y no me digas nena.

Lo siguiente que supe, fue que él me llevó hacia la cama y… oh, las utilidades que le dimos a ese simple colchón recubierto en tela… Me sentí infinita.



Yo era un monstruo devorador de comida. También un tornado succionador. Pero no podía evitarlo, las papas fritas me tentaban y se convertían en mi debilidad.

Necesitaba de más energía gracias a que Adam había corrido a Nicole del dormitorio por las últimas dos noches, además, ¡estaba comiendo por tres personas! Nadie podía culparme.

Justo hoy estaba sentada en la mesa del comedor, viendo en dirección a la cocina y olfateando lo que sería el almuerzo que preparaba Rita (a quien Adam le había pedido venir para que no comenzara con mis extraños arranques de furia). También vendrían Shio y Mindy después del trabajo, más o menos en unos minutos.

—¿Y ya te acostumbraste a vivir con tu hermoso adonis? —me preguntó Rita mientras salteaba el arroz en una fridera de gran tamaño.

—Un poco —admití. Los primeros días de mi estadía se sintieron raros. Me daba vergüenza abusar de la amabilidad de la señora Gertrude, la abuela de Adam, ya que ella cocinaba el mayor tiempo posible; si no estaba en su clase de aeróbicos para la tercera edad, se encontraba haciéndome pasteles, helado casero y papas fritas (que era en su mayoría mi dieta).

—La casa es muy bonita, me esperaba algo al estilo mansión derrochadora de dinero, pero tu novio me sorprendió eligiendo un lugar modesto —dijo Rita después de unos minutos.

Me levanté de mi lugar y me escabullí a su lado para ayudarla a picar pimientos verdes.

—Yo sé, lo mismo le dije cuando me obligó a venir y me prometió mi propia habitación. La propuesta duró una noche y después acampé en su dormitorio el resto del tiempo.

Una vez que terminé con los pimientos, inconscientemente tomé una manzana de la cesta de frutas, y le di una mordida.

—Por cierto —Rita carraspeó— no sabía que Adam tuviera una sobrina.

Antes de irse a su clase de las tardes, Rita había logrado conocer a Nicole. La primera impresión de la niña siempre era la misma: sorpresa al ver su hermoso rostro cubierto de cicatrices.

Luego el impacto pasaba una vez que ella hablaba tan seriamente de la vida y las cosas positivas de vivirla… o de One Direction y sus planes para casarse con Zayn. La niña nos pasaba preguntando a Adam y a mí cuándo nos íbamos a casar.

Yo no tenía idea de qué responderle.

—Bueno, yo me enteré hace unos meses pero no sin antes armarle una guerra a Adam para que me dijera.

—Espero que él te esté tratando bien. Tienes que decirme si se pone en plan de huida. Le dije que castraría sus pelotas si te hería de alguna manera… hasta prometí mostrarle mi certificado y mi licencia en donde me autorizaban a ejercer dicho procedimiento.

—¿Y qué hizo?

—Se puso verde.

Me reí con ella.

—Luego me puse a afilar mi navaja frente a él. Esa con la imagen de la mujer semi desnuda que me regaló mi abuelo.

Sonreí ampliamente. Era bueno ver a Adam asustado de vez en cuando.

Di otro mordisco a mi manzana.

—Oye… hace días quería hacerte una pregunta —le dije con cuidado, tanteando el terreno—. ¿Qué ha pasado entre tú y Key?

Ella se puso rígida y dejo de mover el cucharón con el que revolvía unas verduras salteadas con ajo y aceite de oliva.

—¿Entre Key y yo? Nada, ¿por qué?

—Pensé que ustedes salían —le di otro mordisco a mi manzana.

—Lo hacemos. Ya sabes, como amigos.

—¿Cómo amigos? ¿Pero qué pasó cuando…?

—¡Mira! Allá vienen Mindy y Shio —me interrumpió y me señaló la ventana de la cocina que tenía una vista hacia el patio.

Desde donde estábamos se podía ver la larga cabellera rosada de Mindy, y una Shio furiosa venía tras ella.

Antes que tocaran el timbre, Rita corrió a abrirles, escabulléndose de mi mirada preocupada.

Pude ver cómo ambas entraban y eran asaltadas por Carlo, el enorme perro de Adam.

Adam me dejó sola con las chicas, argumentando que yo necesitaba más tiempo con ellas, pero no se llevó a su perro con él.

Mindy fue la única que se encariñó con el animal. No me sorprendía.

Sin darme cuenta, me había comido toda la manzana en cuestión de minutos. La boté a la basura antes que lo notaran.

—¡Anna! ¡Te traemos una sorpresa para después del almuerzo! —gritó Shio mientras pasaba directamente a la cocina y me abrazaba con fervor. Ella olía a algo floral y sofisticado. Todavía usaba el uniforme de trabajo de la librería.

Después Mindy se acercó y me tendió una cajita blanca con hoyos en la superficie.

—Traje a Ricky —dijo ella, con voz monótona y dormida.

—¿Trajiste a Ricky?

Asintió con la cabeza una vez.

—Es un regalo. Te lo ganaste.

—¿Me estás dando a Ricky? —podía escuchar la nostalgia en mi propia voz.

Mindy volvió a asentir, lamiendo su piercing y mostrándome una sonrisa sincera.

Casi me pongo a llorar al notar cómo extrañaba verla hacer ese gesto.

—Es todo tuyo, además es un pervertido. Shakira no está a salvo con él —dijo finalmente.

Entonces Shio hizo acto de presencia y rodó los ojos.

—Te lo regala porque ya tiene uno nuevo... se llama Iker, como el jugador de fútbol. Además, creo que Shakira está embarazada y esperamos pequeños bebés hámsters corriendo por su jaula en unos días. Pero, espera, la sorpresa no es el hámster.

Ella se apresuró a sacar una computadora portátil de su bolso, y la levantó con ambas manos para que todas pudiéramos verla.

—¡Ta-da! ¡Hoy veremos unos videos caseros! —chilló, emocionada— pero claro, ¡videos caseros de partos de bebés! Es para preparar a Anna en el nuevo camino de ser madre.

Sonreí forzadamente. Aun no estaba lista para ver esa clase de cosas.

Tragué saliva incómodamente.

—Oh, Anna —dijo Shio, de repente con sus ojos enormemente abiertos— ¿Ese es un chupón lo que veo en tu cuello?

Capítulo 4

¿Y las mariposas?

No sabía si sentir asco o llorar de la conmoción.

Shio eligió las lágrimas; Rita se tapaba los ojos y maldecía cada dos segundos mientras todas mirábamos cómo la cabeza del bebé salía por… por la vagina de la mujer dando a luz.

De ella salió también un líquido marrón expulsado como bala, y luego la sangre… Agg, la sangre era lo peor de todo. Ésta se acumulaba en la sábana de la camilla ¡y no dejaba de salir!

La mujer alemana del video parecía una máquina de bebés. Lo expulsó con eficiencia y apenas hizo un sonido de dolor. A pesar de que estaba completamente desnuda, y que cada persona que tuviera acceso a Youtube y escribiera “partos de bebés” pudiera verla, a ella pareció no importarle y hasta se abrió más para la cámara.

Finalmente un par de enfermeras corrió a cortar el cordón umbilical del niño una vez que nació y comenzó a llorar frenéticamente.

Simultáneamente otro video, de otra mujer dando a luz, se reprodujo en la pantalla de la laptop de Shio. Este era el cuarto video que veíamos.

La mujer hizo maravillas intentando expulsar a un niño del tamaño de una sandía super desarrollada. Ella sí gritó y se aseguró de ampliar mi repertorio de groserías. Entonces, de nuevo, el líquido marrón se disparó como dardo al aire y la sangre…

—Creo que me estoy enfermando —anuncié a nadie en particular.

—¿Enfermándote? Anna, esto es precioso, es el milagro de la vida —dijo Shio aún con lágrimas en los ojos—. ¿No ves que hasta Rita está llorando?

—Lloro del asco —respondió ella— ¿Acaso esas mujeres no notan que se les ve todo? Si mi esposo tratara de filmarme en un momento como ese y luego sube el video a Youtube… probablemente le dispararía con una escopeta mientras duerme.

De repente tuve la urgencia de ponerme de pie; parecía una completa loca pero empecé a negar con la cabeza.

—No —dije mientras me paseaba de un lado a otro de la habitación—. No voy a permitir que eso me pase.

—¿Qué te pase, qué? —dijo Mindy con su voz monótona—. ¿Que des a luz a un bebé de forma natural o que tu vagina esté filmada en calidad HD?

—¡Todo! —respondí, frenética—. No estoy capacitada para tener un bebé; una sandía no cabría por… ahí. Es imposible que un bebé lo haga…

—O dos —dijo Shio sin pensar —. Oh, esperen, ¡quiero que veamos ahora partos de gemelos!

Rita rodó los ojos mientras yo trataba de no ahogarme con mi saliva.

—¿No es suficiente que torturaras a Anna con partos tan… así, como para que ahora quieras que vea el dolor y la asquerosidad por doble? No es necesario, evitémosle ese sufrimiento.

Shio buscó mi mirada, confusión y sorpresa cruzaron por los rasgos de su cara con forma de corazón.

—¿Ellas no lo saben? —me preguntó no tan discretamente.

Negué con la cabeza, lanzándole miradas envenenadas para que no fuera a abrir la boca y decirle al resto que yo estaba esperando gemelos.

—¿No sabemos el qué? —inquirió Mindy.

—No saben que me mareo con facilidad —respondí, dando por sentado el tema—. Ahora, ¿soy sólo yo o hace mucho calor aquí?

Comencé a soplarme el rostro con la palma de mi mano.

—Eres pésima mintiendo Srita. Green —dijo Rita—. Oh, perdón, Sra. Walker ahora. Anna Walker... Annabelle Walker, suena bonito.

—¿Te vas a casar finalmente con él? —preguntó Mindy, olvidando el tema anterior.

—No, no me voy a casar con Adam. Me parece una decisión apresurada.

—¿Pero por qué? —dijeron todas al unísono.

—Es que no quiero que tome esa decisión de casarse conmigo sólo porque me dejó embarazada, no sería sincero.

—Tienes razón —dijo Rita—. Y antes de seguir con los temas serios, Shio, por favor cambia de video. No soportaría ver más mujeres en labor de parto por el resto de mi vida.

—¡Pero Anna necesita ver estas imágenes! Así se llevará una idea de lo que le espera más adelante.

—Si continúo viendo eso voy a vomitar.

—De acuerdo, de acuerdo. Listo, pondré algo de música; aunque hizo falta ver partos múltiples, partos en el agua y cesáreas. Lo bueno con los videos de Youtube es que no tienen censura.

Las chicas se quedaron por unas horas más, hablando del trabajo, de los novios, las relaciones... y los hámsters. Por suerte, no siguieron tocando el tema de la boda.

Shio me dejó la tarjeta del instructor que daba clases de preparación para embarazadas, y ejercicios de bajo riesgo; comenzaríamos a asistir la próxima semana. Rita me comentó que Mirna esperaba que la visitara lo más pronto posible, creo que ella y Gustavo estaban haciendo nuevas apuestas para saber si sería niña o niño. Los echaba de menos.

En todo ese tiempo que estuve con mis amigas, no pude dejar de pensar en lo inexperta que era en cuestión de niños, embarazos y cuidados responsables.

Empecé a cuestionar mis habilidades como madre. Tal vez me convertiría en la mía y empezaría a usar turbantes y trabajaría de vidente en puestos de comida callejeros; puede que hasta comenzaría a coleccionar el cabello o las uñas de mis hijos sólo para no sentirme nostálgica en el futuro. Sacudí esos pensamientos de mi cabeza, no me convertiría en esa clase de mamá.

Esa noche Adam trajo pizza y Nicole estuvo encantada contándome acerca de su día en el ballet y cómo conoció a más gente agradable ya que Adam finalmente decidió dejarla tener contacto con otras chicas de su edad.

—La maestra, la señorita Candy, es muuuuy bonita —dijo la pequeña mientras me encargaba de servirles porciones de pizza a cada uno—. Aunque creo que tenía un problema en el ojo porque no dejaba de mover las pestañas cada vez que Adam la miraba. ¿Verdad tío Adam?

Ella retiró una pequeña porción de jamón de una de las pizzas y se lo llevó a la boca, masticándolo con sus dientes frontales, como si fuera un ratón.

—¿En serio? —pregunté sin ver a Adam a la cara, quería contenerme de lanzarle una mirada pateadora de intestinos.

—Sí —la niña asintió—. Candy le dijo que ella fue modelo de ropa interior en Bul… Bulgaria, aunque yo lo miro asqueroso. En fin, después ella le mostró fotos de su trabajo…

—¡Basta con eso! —Adam llegó tras la niña, la levantó del suelo y la cargó en un hombro—. Me vas a meter en muchos problemas, piraña. Ve a ver una película, te alcanzamos luego.

La depositó en el suelo y la corrió de la cocina.

—Anna… —comenzó a explicar.

Levanté la mano derecha antes de que siguiera hablando, y lo silencié con mi gesto.

—No quiero hablar contigo —respondí secamente.

—No es lo que crees…

—Solo puedo decirte que más te vale no poner celosa a una chica embarazada. Imbécil.

Me aparté de su lado y me llevé mis porciones de pizza conmigo.

Adam me retuvo del brazo y presionó su cuerpo contra el mío, dejándome atrapada entre la mesa informal de la cocina, y su pecho.

—Te dije que no habían razones para ponerte celosa, y tú prometiste no hacerlo. Me alejé de ella después de enseñarme su tercera foto.

Tomé un poco de distancia y lo golpeé en el hombro.

—¡¿Después de la tercera?!

—¿Qué querías que hiciera? Las puso en mi cara y las iba pasando a la velocidad de la luz.

Suspiré.

—De acuerdo, lo siento. Toda esta cosa del embarazo me ha afectado. Era más fácil cuando te quería en silencio y desde lejos; cuando eras prohibido.

Recosté mi frente contra su pecho y él envolvió sus brazos en mi cintura, enlazándolos detrás de mi espalda.

—¿Era prohibido?

Asentí aun con mi rostro enterrado en su camiseta con olor masculino.

—Ya veo —dijo en tono de broma—. Como ya descubriste mis secretos y me desnude en más de un sentido para ti, ya no te parezco interesante, ¿verdad? El misterio acabó.

Sonreí a medias.

—Tienes razón. Ahora quiero probar un nuevo sabor.

—¿Qué te parece el sabor “Adam cubierto en chocolate”? ¿O en miel y caramelo?

—Mmmm… Espera, creí que no necesitabas cubrirte de chocolate para conquistar a una dama.

—Chocolate y osos de peluche, recuérdalo.

—Chocolate y osos de peluche —repetí de mala gana.

—No los necesito, pero si mi nena los quiere, puedo dárselos.

—¿No crees que es demasiado tarde para pensar en conquistarme? —le dije señalando mi vientre—. De cierta forma ya no es obligatorio.

—Nunca es demasiado tarde, jamás lo vería como una obligación y nada será suficiente para tratar de convencerte en que no botes mi trasero flojo a la calle cuando pienses en las cosas malas que he hecho.

Alcé mis ojos a los suyos y aparté cuidadosamente mi plato con la pizza. Llevé mis manos detrás de su cuello y besé su mandíbula aún rasposa debido a que no se la había afeitado.

—No hiciste nada malo. Aquí el que debe convencerse eres tú.

Él desvió la mirada y pasó su lengua por su labio inferior.

—Te mentí sobre muchas cosas —dijo con voz melancólica—. Y cuando pienses realmente en eso, sé que vas a querer dejarme.

Rodé los ojos.

—Detente ya. No sigas diciendo eso, me pones nerviosa cada vez que dices sobre lo mucho que me has mentido… No quiero saberlo…

—Pero, Anna…

—No. Y nada de lo que le pasó a Emilia fue tu culpa, repítelo.

Adam puso mala cara pero finalmente logró murmurar:

—Nada de lo que le pasó a Emilia fue mi culpa. Solo dejé que fuera violada y cerré el pico.

Su buen humor cayó en picada.

—¿Has hablado de esto con un psicólogo? —pregunté temerosa—. Sería bueno que consultaras a uno sólo para…

—No, Anna. Ya he hablado con algunos, la verdad me parece una pérdida de tiempo. Mejor cambiemos de tema. ¿Estás lista para tu cita con la doctora?

—Mmmm… ¡Cambio de tema! ¿Qué te parece si me dejas a mí llevar a Nicole a sus clases de ballet? Así conozco a la señorita búlgara en persona y ella y yo platicamos sobre algunas cosas. Entonces le diré dónde puede meter sus fotos en ropa interior.

—Wow, veo que has pasado mucho tiempo con Rita.

—Algo.

—Cambio de tema, ¿estás nerviosa por ver a nuestro bebé? ¿Es por eso que no me quieres responder la pregunta anterior?

Desvié la mirada. Si tan solo supiera que cambié la cita para la semana pasada… y fui sin él. La culpa me estaba comiendo viva.

—Cambio de tema —rebatí— Mañana es mi turno en el trabajo. Pedí uno temprano…

—Yo te llevo. Cambio de tema: el viernes quiero que vengas conmigo a Hipotermia, los chicos de Ósmosis van a lanzar un nuevo álbum y ese día son las prácticas. El sábado es el lanzamiento al público; los van a dejar tocar en una radio local.

—¿De verdad? Claro, de acuerdo. Estoy segura que Rita querrá compañía también.

—Ahora dime, la cita con la doctora Bagda, ¿a las tres o a las cuatro?

Me atraganté con mi propia saliva.

—Cambio. Mindy y Shio me van a llevar la otra semana a un gimnasio para recibir clases sobre cuidados antes del nacimiento del bebé…

—Anna —levantó mi barbilla y me obligó a ver sus ojos verdes—. ¿Qué me estás ocultando?

Tragué ruidosamente.

—¿Acaso tú eres el único que puede tener secretos? Quiero… sorprenderte con algo.

—¿Sorprenderme?

Asentí lentamente.

Inclinó su cabeza y llevó su nariz a mi cuello, oliéndolo y gruñendo desde el fondo de su garganta.

—Mereces tener tus secretos, solo no me excluyas para siempre de ellos.

Entonces pasó su lengua por mi clavícula y lamió todo un recorrido hasta mi mentón.

—Tampoco me excluyas para siempre de los tuyos —dije inquietamente. Adam despertó a todas mis hormonas y ahora me iba a costar tranquilizarlas.

—Sólo… sólo dame algo de tiempo —le pedí—. Así como yo te estoy dando tiempo con tu lado misterioso y secreto.

—Creí haberte dicho que no tengo un lado misterioso o secreto.

—Sé que lo tienes. Lo acepto.

—¿No has oído que antes de firmar el contrato tienes que leer la letra pequeña? —dijo en un hilo de voz.

—Entonces pagaré muy caro no haber hecho caso de la advertencia.

Sonrió con tristeza.

—De acuerdo. Dejaremos esta plática de los secretos para otra ocasión. Ahora come tu pizza, se enfría.

Asentí y me dirigí a la sala en busca de Nicole.

Para aligerar el ambiente mencioné:

—Ah, y más te vale no haber memorizado ninguna de esas fotos de “la señorita Candy”.

Dije su nombre en un tono despectivo.

Adam solamente se rio y me acompañó a la sala, deteniéndome antes de llegar para darme un beso posesivo.

—Prometo no guardarte ningún secreto, pero por ahora...

—Lo sé, lo entiendo —dije. Y era cierto, entendía que él debía tener sus secretos, siempre y cuando dejaran de afectarlo de la manera en que lo afectaban.

Adam simplemente asintió y me sonrió genuinamente.



El bar Hipotermia era tal y como lo había visto la primera vez: de paredes grises y lisas con detalles de líneas en verde menta y con siluetas de notas musicales y otras imágenes que evocaban al baile y la música.

Una barra con forma de L se extendía al fondo, dejando las mesas en la parte frontal del local, a la par de la tarima en donde ahora ensayaban los del grupo Ósmosis.

Las mesas estaban siendo removidas para que la gente pudiera estar de pie el día del show, y un pequeño hombre en traje marrón estaba supervisando a la banda mientras ensayaban una canción de buen ritmo y letra realmente pegadiza.

Pude visualizar a Key tocando la guitarra y acompañando ocasionalmente al vocalista de pelo rubio llamado Brandon.

Adam se encontraba casi a su lado, ayudando al hombre de traje a coordinar la discreta ubicación de la publicidad para la banda. Había tanto ruido que apenas y se podían escuchar mis pensamientos, pero eso no me impidió oír la voz femenina que se unió en mi mesa.

—¿Y... todavía sigues con Adam?

Volteé en su dirección y me encontré cara a cara con Elena. Llevaba su negro cabello suelto y con un flequillo que cubría sus cejas. Su boca era de un rojo coral, y su camiseta (con la frase "Soy una loba, muerdo") tenía un escote provocador que dejaba a la vista sus grandes pechos.

Miré hacia otro lado.

—Sí —respondí dando un sorbo al jugo de manzana que me había comprado Adam antes de venir.

Sintiéndose invitada, ella se sentó a mi lado y comenzó a seguir el ritmo de la canción haciendo sonar sus uñas acrílicas contra la superficie de la mesa.

—Me enteré por ahí que él te dejó embarazada, ¿es cierto?

Hice una mueca antes de girarme hacia ella y responder.

—Sí.

—Oh por Dios —empezó a reír fuerte y claro— ¿Fuiste tan estúpida como para embarazarte? No, olvida eso. No eres estúpida, eres lista e ingeniosa. Ahora él stá comiendo de tu mano, ¿no es así?

Se volvió a reír, matando la poca paciencia que me quedaba.

Evite decirle algo y continué ignorándola, bebiendo pequeños sorbos de mi jugo.

—Oye, no te culpo —dijo ella al notar que no iba a decir nada—. Cuando él y yo nos acostamos, unas cuantas veces, yo robaba los condones que tiraba a la cesta de basura y trataba de usarlos para quedar embarazada.

Inmediatamente comencé a toser y a expulsar el trago de jugo que acababa de llevarme a la boca.

Elena me dio palmaditas en la espalda, como si tratara de ayudarme de alguna manera.

—Creo que hasta robé su ropa interior para comprobar una teoría... pero nada —continuó hablando.

—¿Por qué estás diciéndome eso? —gruñí cuando pude tragar con normalidad.

—Pues para que no te sintieras sola. Probablemente utilizaste el mismo método, no te culpo. Yo lo intenté pero no me funcionó; tal vez simplemente debí inyectarlo en mi...

—No quiero seguir escuchando esto —me puse de pie pero no hice el intento de moverme. Llevé mis manos a mis bolsillos y busqué a Adam con la mirada; él seguía hablando o discutiendo con el tipo bajito, no miraba en mi dirección.

—Eres una suertuda —murmuró Elena—. Lo que daría yo por cargar en su vientre a su bebé millonario.

—¿Cómo? ¿Piensas que es divertido estar embarazada? ¿Las náuseas, mareos, vómitos y el cansancio que viene con eso? No serías capaz de manejarlo.

Ella resopló, haciendo una señal al chico detrás de la barra para que le trajera una bebida. Él asintió y comenzó a prepararle algo; entonces ella regresó su atención hacia mí.

—Mira, sería capaz de soportarlo todo con tal de recibir el dinero que ese bebé va a ganar sólo por nacer.

Me perdí.

—¿Cuál dinero? ¿De qué estás hablando?

—¿No lo sabes? ¿Adam no te lo ha dicho? —ella sonrió, divertida de ver mi mirada confundida—. Hace años escuché a Key hablar con Adam y contarle que su padre había dejado un testamento en caso de morir. Le dejo la mitad de sus bienes a uno de sus hijos, y la otra a Adam, ¿si sabías que él no es hijo único, verdad?

Asentí con la cabeza, retomando lentamente mi asiento y tratando que las manos no me temblaran o sudaran en exceso.

—Bien, su padre murió y… no sé qué ocurrió con el hermano mayor de Adam, pero la cuestión es que todo el dinero le quedó a él, a Adam. Lo que no sabía era que gran parte de ese fondo monetario iba a estar congelada porque su padre dejó la condición de usarlo únicamente cuando naciera su primogénito.

—No tiene sentido —bufé después de unos segundos.

Su bebida finalmente llegó a la mesa y ella dio un gran sorbo al líquido de color verde.

—¿Crees que lo estoy inventando? —preguntó, ofendida.

—Si Adam hubiera querido embarazarme para obtener dinero, ¿por qué no lo hizo antes, o con alguna de sus ex novias? Esta vez no soy tan tonta como para creer algo de eso.

Elena tuvo el descaro de reír.

—De acuerdo, pobre de ti que no me crees. Pero tampoco nadie se traga el cuento de que tu embarazo fue accidental y dado de manera natural.

—¿Qué?

—Yo pienso que también robabas sus condones usados. ¿Qué método usaste? Sólo mírate, pareces tan inocente pero estoy segura que hasta lo drogaste para aprovecharte de él. ¿Acaso era esa tu única manera ingeniosa de retenerlo a tu lado?

—Te equivocas, esa era tú manera no la mía —mis manos se convirtieron rápidamente en puños y muy pronto estuve sintiendo mis uñas clavadas en mis palmas—. Ahora aléjate porque no quiero escuchar nada de lo que me digas. No creo el drama que estás queriendo inventar.

—Oye, no te sofoques. Yo solo quería advertirte, de todas maneras, es divertido jugar contigo.

Perra.

Por el rabillo del ojo fui capaz de ver a Adam moviéndose hacia nosotras; lucía confundido pero rápidamente se le pasó cuando notó mi sonrisa y cuando vio que no lo apartaba de mi lado.

Me tomó del brazo y me separó de Elena.

—Elena —saludó formalmente y después me sujetó del codo y me llevó cerca de la tarima.

Key me sonrió en la distancia y yo lo saludé con la mano.

—¿Qué ocurre? —pregunté en voz baja. Pensé que había escuchado por accidente parte de la plática que tuve con Elena, pero él simplemente pegó su boca en mi oreja y respondió:

—Escucha esta canción.

—¿Ésta? ¿Por qué?

—Quiero que le prestes especial atención a la letra.

Me quedé en silencio mientras el chico de la batería empezó a golpear el pedal, y luego le siguió el guitarrista, comenzando a entonar las primeras notas de la canción. El ritmo no era del todo lento, y te daban ganas de mover los pies y querer desplazar las caderas de un lado a otro.

Entonces la letra empezó a ser cantada por Key y el vocalista de la banda, y rápidamente entendí de qué iba todo esto:

Es una noche hermosa

Estamos buscando algo tonto que hacer

Hey, nena

Creo que quiero casarme contigo.

¿Es la mirada en tus ojos?

¿O acaso es como bailas?

¿A quién le importa, nena?

Creo que quiero casarme contigo ***[1]***

Mis ojos se abrieron en sorpresa y busqué la mirada de Adam. Él estaba sonriéndome de manera espectacular mientras la canción continuaba avanzando.

Cierto, ya me había pedido matrimonio otras veces, pero eran más como una broma que una realidad.

Ahora parecía serio. Con su rostro lleno de rasgos decididos.

Conozco una pequeña capilla

En el boulevard

Donde podemos ir

Nadie sabrá

Oh, vamos, chica.

¿A quién le importa si estamos en la ruina?

Tengo un bolsillo lleno de dinero

Que podemos malgastar

Tragos de Patrón

Y es todo, nena.

Me reí en silencio al escuchar cómo la letra encajaba a la perfección con él y yo.

No digas no, no, no, no

Sólo di sí, sí, sí, sí, sí

E iremos

Si estás lista

Estoy listo.

Y la canción continuó con más de "nena, quiero casarme contigo". Adam me agarró de la cintura y empezó a bailar conmigo mientras el grupo seguía entonando el coro; él cantó junto con ellos la siguiente parte:

Sólo di "acepto"

Sólo di "acepto"

Hey, nena, creo que quiero casarme contigo.

Me dio la vuelta y dirigió el baile por completo. Cantando en ciertas partes que hacían que se me erizara la piel.

Me reí junto con él cuando repitió que tenía bolsillos cargados de dinero.

En la parte final, me inclinó hacia atrás y me sostuvo con un solo brazo. Sacó de su bolsillo trasero algo brillante y lo puso frente a mi cara.

—Nena, cásate conmigo —pronunció.

Todos a mí alrededor se fueron borrando, hasta que quedamos Adam y yo frente a frente.

Observé la pieza de joyería que sostenía en la mano y noté que ya no era el mismo anillo que antes me ofrecía. Este era de platino y tenía una línea perfecta de diminutos brillantes. Era algo más simple pero perfecto.

Luego dirigí mis ojos a los suyos y abrí la boca para responder pero nada salía de mi garganta.

Finalmente logré balbucear algo:

—¿Estás hablando en serio?

Echó su cabeza hacia atrás y comenzó a reírse.

Enderezó mi cuerpo, y me sostuvo demasiado cerca, haciendo que mi pecho se presionara contra el suyo.

—Más en serio no puedo hablar, hermosa.

Besó únicamente mi labio inferior y continuó moviéndose al ritmo de lo que quedaba de las últimas notas de la canción.

—¿Entonces? ¿Aceptarías casarte con este chico que no deja de cometer idioteces y que probablemente las seguirá cometiendo a pesar de que prometió no seguir haciéndolas?

Tragué saliva y después de unos segundos tratando de aclarar mis ideas… acepté.

—Sí. Está bien, me casaré contigo.

No había terminado de decir la frase cuando él ya estaba besándome y estrechándome contra su cuerpo.

Al momento de separarse (y de dejarme con los ojos bizcos) pregunté:

—¿Hiciste todo esto para proponerme matrimonio?

Él asintió con la cabeza.

—Aún falta más —susurró.

—¿Qué? ¿Trajiste también palomas amaestradas?

—Traje mariposas para que volaran justo cuando dijeras que aceptas.

Fruncí el ceño, siguiéndole la broma.

—Ya dije acepto. No las veo por ningún lado.

—¿No? Es que creo que tenías que gritarlo. A ver, grítalo.

Sonreí enormemente.

—¡ACEPTO! —grité. Lo único que recibí fueron silbidos por parte de los amigos de Adam y uno que otro chico gritando cosas acerca del lado femenino y cursi que tenía mi chico.

Sólo pude reír.

—¿Entonces? ¿Las mariposas?

—Creo que se escaparon. No estaban seguras si ibas a aceptar mi propuesta.

—No importa —respondí— no las necesito.

—¿Así que… estás dispuesta a aceptarme por completo? ¿Aún si no te traje mariposas o palomas amaestradas, o no te propuse matrimonio en medio de un jardín de flores o…?

—Está bien. ¿Desde cuándo eres tan inseguro? Además te acepto con todo y tus contratos de letra pequeña.

—Pilas no incluidas.

—También.

—De acuerdo, entonces nos vamos a casar. Nena, ¡nos-vamos-a-casar!

[1] Canción original de Bruno Mars, “Marry You”

Capítulo 5

Pervertido

Estaba muy emocionada. Pensé en todo lo que podría salir mal por aceptar tan apresuradamente la propuesta de Adam, pero la verdad era que el amor me tenía ciega… y sorda, y muda. Me fue imposible decirle que no, o contarle todas mis inseguridades al respecto (aunque él ya las sabía). Simplemente acepté sin pensar; dejaría que el destino cobrara después la factura por mis acciones apresuradas, mientras tanto, iba a disfrutar mi momento de felicidad, aunque eso sonara como si estuviera condenando nuestra relación.

Adam no soltó mi mano cuando los chicos de Ósmosis se bajaron del escenario para abrazarnos y felicitarnos.

—¡No sabía que tenías un lado femenino muy desarrollado! —bromeó uno de sus amigos—. ¿No te gustaría planificar mi propuesta de matrimonio también? A mi novia le gusta la temática bajo el agua.

Varios se echaron a reír.

—Te la tenías muy bien escondida, Walker. Finalmente alguien logró domesticar a la bestia.

Otro se acercó para besar mi mejilla y darme las felicitaciones. Key también se puso a mi lado y esperó su turno para poder abrazarme.

—Demuéstrale quién manda, hermosa —me dijo una vez que tuvo la oportunidad—. Es testarudo, pero el hijo de perra se convierte en líquido cuando le hablas; se merece arrastrarse un poco más. Hazlo rogar.

Me reí de sus palabras y dejé que los demás también bromearan sobre Adam siendo un cursi suertudo, y sobre mí como la chica más bella con la que él salió.

Inmediatamente empezaron a contar historias de otras fallidas conquistas de Adam, haciéndome retorcerme de risa cuando sacaron a colación algunas de los amores secretos de mi futuro marido. Se sentía la diversión detrás de cada palabra y broma que hacían sus amigos.

Incluso la bruja de Elena se acercó y aprovechó para abrazarme y darme un cínico beso en la mejilla mientras los chicos estaban distraídos y bebiendo de sus botellas de cerveza.

—Felicidades —murmuró ella, pegó una sonrisa falsa en su rostro— finalmente lo tienes todo para ti. Pero no te preocupes, no ando detrás de él, ya tengo a mi chico en la mira.

Señaló disimuladamente hacia Key y le guiñó un ojo mientras él alzó la vista en nuestra dirección.

Para mi sorpresa, Key le respondió con una sonrisa coqueta.

—¿Es que nunca puedes detenerte? Key es novio de mi amiga Rita —dije en modo furioso.

—¿Rita? —escupió su nombre con desdén—. Pues ella no presentó ningún problema cuando le pedí una cita a Key. Anna, los hombres se aburren rápido, ellos quieren tener el juguete de la semana actualizado; Rita es como esas computadoras viejas que pesaban una tonelada. Yo en cambio soy la nueva marca mejorada de lo moderno. Hay que ver que ella y tú tienen mucho en común.

Tensé los músculos de mis brazos, mi rostro estaba rojo de la cólera.

—¿Por qué insistes en pelearte conmigo y comportante como una autentica molestia? ¿Qué te hice?

—No, tú no hiciste nada. Fue el idiota que tienes por novio; él provocó todo esto, y por asociación te vas en la olla con él.

—¿Todo bien por aquí señoritas? —Adam se apresuró a ponerse a mi lado, entrelazando sus dedos con los míos, seguramente presintiendo mi ira a través de mi postura rígida.

Key y los demás chicos se nos acercaron también. Algunos viéndose simpáticos, y otros, como el rubio vocalista (y hermano de Elena) mirándome de los pies a la cabeza sin ningún grado de interés.

Sonreí maliciosamente mientras trataba de dulcificar el tono de mi voz para decir tranquilamente la siguiente parte mientras todos aún estaban escuchando:

—Elena me estaba contando cuando tú y ella tenían relaciones y, al terminar, robaba tus condones usados del cesto de la basura para quedar embarazada.

Oí a alguien silbar por lo bajo, y otro chico más, empezó a ahogarse con su bebida y a reír.

Adam se tensó a mi lado. Se miraba completamente pálido.

—Pregúntame a qué conclusión llegué —presioné.

Nadie hablaba y Elena tenía los ojos tan abiertos que parecía que se le saldrían de sus cuencas.

—Anna, no es ne...

—Pregúntame a qué conclusión llegué.

Él no dijo nada, pero el chico de pantalones cortos, el que tocaba la batería, preguntó:

—¿A qué conclusión llegaste? —parecía realmente feliz y divertido por la situación.

—Llegué a la conclusión de que Elena es una persona poco cuerda y con demasiados traumas personales. ¿Qué clase de desesperada hace lo que ella hizo? Sólo una sin educación. ¿Qué tratabas de hacer? ¿Tener a su bebé millonario? No lo entiendo, estás loca.

Y sin previo aviso, Elena extendió sus manos y me empujó con fuerza.32

Caí sentada sobre mi trasero, y antes de que me pusiera a protestar, Adam ya estaba sujetándole el brazo y haciéndola retroceder.

—¡Jamás se te ocurra volver a ponerle un dedo a mi novia! —gritó él.

Alguien me ayudó a levantarme por detrás mientras observaba cómo el hermano de Elena se ponía a su lado para defenderla.

—Suelta a mi hermana —dijo el rubio, oprimiendo su mandíbula mientras concentraba una mirada llena de odio en mi dirección.

—Entonces dile que piense mejor antes de actuar —respondió Adam.

—Suéltame. Me estás lastimando —se quejó la bruja.

—No te quiero volver a ver cerca de Anna, ¿entendido? Eres simplemente desagradable.

La soltó e inmediatamente ella se masajeó la zona del brazo donde Adam la había agarrado con demasiada fuerza.

Mis rodillas temblaron cuando me di cuenta que estuvo mal haberla atacado de la forma en que lo hice; eso sólo provocó que, la bestia que ella llevaba dentro, saliera. Lo pude ver en sus ojos.

—Gracias, chicos, por el favor. Les debo una —dijo Adam en voz baja. Luego me tomó de la mano y se despidió de todos menos de Brandon y Elena. Comenzamos a caminar en un silencio abrumador, con todos los ojos puestos en nosotros dos.

Apenas habíamos cruzado las puertas del local cuando Adam se detuvo en seco y comenzó a inspeccionarme de arriba abajo.

—Lo siento —me disculpé antes de quitarme el impulso— fue mi culpa. Sólo la provoqué más.

Él negó con la cabeza, atrayéndome en un abrazo que me hizo aspirar su olor tan reconfortante.

—No te disculpes. Ella se lo merecía; tú estabas en el derecho de defenderte. ¿Estás bien? ¿No te sientes mal? Lamento que Elena te haya dicho esas cosas tan asquerosas. Juro que no tenía idea de lo que estaba haciendo. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—No quiero que el bebé o tú salgan lastimados. Prométeme que me dirás si algo te incomoda.

Lo pensé por unos momentos, haciendo control de daños.

Tenía que tener más cuidado cuando intentara provocar a alguien, no estaba en condición como para ganarme enemigos o chicas locas obsesionadas con Adam.

Quería preguntarle acerca del bebé millonario, pero simplemente carecía de sentido para mí. Era una completa pérdida de tiempo… además, sonaba tonto, tan de telenovela. En la actualidad era algo dramático y exagerado de hacer que me costaba creerle.

Suspiré y me sentí aliviada por demostrar que podía confiar en él.

—Estoy bien —repetí— aunque estaría mejor si tuviera algo de tarta de manzana.

Adam me sonrió, aun mostrando vulnerabilidad y preocupación en sus ojos verdes.

Asintió lentamente y comenzamos a caminar de nuevo. Sus dedos siempre entrelazados con los míos.

Después de unos minutos en los que ninguno habló, lo escuché aclarar su garganta antes de romper el silencio entre nosotros.

—Sabes que mataría por ti, ¿verdad?

Miré su perfil y estudié sus tatuajes por un momento; recordando cuando me enseñó a Bambi y cuando me hizo besar el interior de su muñeca para tatuar mis labios. ¿Acaso él no se acordaba de la regla principal en cuestiones de tatuajes? Nunca te tatúes algo en nombre de alguna de tus novias porque ellas pueden llegar a convertirse en tus ex y luego sale caro intentar borrarse el recuerdo de tu piel.

¿Querría Adam mantenerme a su lado por un largo tiempo, o mis tatuajes terminarían como los de Marie: siendo cubiertos por colibrís?

Lo miré una vez más, borrando todo pensamiento de inseguridad: ¡Me había pedido matrimonio! Eso significaba que me amaba, ¿cierto?

—Lo sé —dije finalmente—. No lo hagas sin embargo, no quieres añadir otro delito a tu lista de infracciones.

—Mi lista siempre está dispuesta a ampliarse; y no bromeo cuando digo que me tienes loco… obsesionado. Soy un bastardo sin juicio y sin carácter cuando estoy cerca de ti. Tal vez no sepas la gravedad de lo que has hecho, pero me he vuelto un enclenque por ti.

—Estoy sorprendida —murmuré con una sonrisa en mi cara, olvidando el momento amargo de hace unos minutos atrás.

—¿Por qué? ¿Por lo bien que se me dan las palabras o por lo hermoso que se ve mi rostro cuando sueno inteligente?

Mi sonrisa se amplió más.

—Porque sepas el significado de enclenque.

—Oh, eso. Es que he llegado a la conclusión de que me veo más atractivo cuando menciono palabras poco usuales. No quieres tener a un cavernícola como esposo, ¿o sí?

—Noooo. Aunque eres un poco posesivo… ¿ese es otro síntoma de cavernícola?

—Para nada. Y yo no soy posesivo, te dije que dejé eso atrás.

Convenientemente pasó un chico a nuestro lado que se quedó viendo en dirección a mis piernas y a mi trasero. Creo que hasta murmuró unas cuantas cosas rápidamente mientras pasaba junto a nosotros.

Adam gruñó por lo bajo.

—Tiene que ser una broma —dijo enojado— ¡Oye, ¿me estás jodiendo?! ¡Deja de ver el trasero de mi esposa! Así es, imbécil, es mi esposa. Si estuviéramos en un país musulmán ya te habrían colgado de los pulgares. Imbécil.

—Y dices que no eres posesivo…

—¡No lo soy! Soy impulsivo, es muy diferente. Ahora bien, vamos a casa para que pueda sacarte de esa faldita que enseña demasiado, y para que pueda devorarte los pechos de la manera más eficiente.

—Eres todo un pervertido —murmuré en su boca. Pero igual no me opuse a eso y nos movimos con mayor rapidez. Riéndonos en el camino y tratando de llegar hacia la casa lo más pronto posible, tropezando entre los muebles, y finalmente, no siendo capaces de llegar más allá del vestíbulo antes de que la ropa estuviera regada sobre el piso.

Gracias a Dios no había nadie, sino Nicole dejaría de pensar que los bebés eran producto de un beso de treinta minutos de duración.



—No pienso dejar que te cases con un sujeto que vive como presidente —dijo papá rotundamente—. ¿De dónde saca el dinero? ¿Vende droga? ¿Estafa bancos? ¿Es sicario? ¿Qué hace?

Desvié la mirada incómodamente, entrelazando mis dedos y viendo la punta de mis zapatos, justo en donde empezaba a desgastarse el material.

Adam se aclaró la garganta y respondió a sus preguntas:

—Realmente hago de todo un poco. Nada ilegal, señor.

—Mmm... —papá entrecerró los ojos en su dirección—. Tienes cara de llamarte Ilícito, y como segundo nombre, pecado. Hijo de la lujuria y hermano de la arrogancia.

Tosí, tratando de patear a papá bajo la mesa pero mi pie no llegaba tan lejos.

Susan y mamá estaban sentadas una junto a la otra, charlando distraídamente a pesar de no llevarse realmente bien entre ellas.

Ambas eran inconscientes del interrogatorio que hacía mi padre; dicho interrogatorio que tenía sudando gravemente a Adam.

—Ayudo a promover la banda de un amigo —respondió él de forma solvente— también me contrata un club nocturno para diseñarles dispositivos de alta tecnología en iluminación y sonido...

Elevé mis cejas ante eso. Él jamás me dijo nada de lo que le estaba diciendo a papá.

Ladeé mi cabeza mientras dejé de prestarle atención a mi comida.

—He hecho varios trabajos pequeños, nada constante como para dedicarme a una sola cosa por mucho tiempo —puntualizó.

De mala gana, papá agarró un tenedor y comenzó a devorar su plato lleno de ensalada de lechuga romana y almendras.

Masticó alrededor de unos segundos antes de volver a hablar:

—¿Por qué no fue Anna la que me respondió a esas preguntas?

Moví mi pie incómodamente, y pasé distraídamente mi mano detrás de mi cuello.

—Porque no eran acerca de mí. Eran cosas que sólo Adam podía responderte —le dije.

—Si se van a casar, ¿no se supone que ya tendrían que saberlo todo del otro?

Para evitar responder, llevé el tenedor a mi boca y comencé a masticar.

—Dime, muchacho —continuó diciendo papá—. ¿Cuál fue el nombre de la primera mascota de Anna?

—¡Papá!

—No, quiero que responda. Entiende que nadie es lo suficientemente bueno para mi hija, al menos quiero saber si este tipo con genes criminales es capaz de merecerte al menos un poco.

Adam encontró mis ojos por un segundo antes de despegarlos y aventurarse a responder.

—¿Fabio el conejo?

Papá resopló audiblemente, llevándose su copa de vino a los labios antes de continuar con el interrogatorio.

—Se llamaba Ginger, y era un canario. Ahora, ¿a qué edad dejó las ruedas de entrenamiento en su bicicleta?

—Basta con el interrogatorio —supliqué. Ninguno de los dos me prestó atención.

—A los ¿ocho años?

—Iiiiii, error. A los seis. Ese mismo día se cayó y se raspó contra el pavimento, tuvieron que hacerle cinco puntos de sutura en la rodilla. ¿Cuál fue su programa favorito cuando era niña?

Supliqué con los ojos para que se detuviera de interrogarlo, pero nada estaba saliendo como quería. Cuando Adam me dijo que iba a hablar con mis padres, imaginé distintos escenarios. Al menos ninguno estaba dándose de golpes… aún.

—¿Barney el dinosaurio?

—Por esta vez acertaste… fue suerte. Ahora te daré opciones y tienes que elegir la correcta.

—¿Esto es un examen? —lo interrogué perdiendo la compostura.

—Sí, veamos si tu novio pasa o no la prueba. —respondió papá—. Cuando Anna sacaba buenas notas en sus clases, hacía lo siguiente: a) Dejaba las calificaciones bajo nuestras almohadas para que las notáramos y luego la felicitáramos b) Las pegada en la nevera para que todos las vieran ó c) Era modesta y no se las enseñaba a nadie.

Adam lució pensativo por unos momentos, sopesando la respuesta correcta.

—Diría que es la C.

—¡Error! Las pegaba en la nevera. También pegaba los dibujos de su clase de artes plásticas. Siguiente pregunta…

—Papá, no hagas esto —supliqué una vez más—. Son preguntas que ni siquiera yo recuerdo.

—¿Qué es esto? —interrumpió mamá cuando al fin nos prestó atención. Agradecí silenciosamente porque ella sí sería capaz de parar toda esta locura—. ¿Están jugando a algo?

—Estoy interrogando a este mafioso —dijo papá a secas.

—Oh, yo quiero jugar también, tengo una pregunta —contestó ella emocionada.

¡Se suponía que los tendría que detener, no unírseles! Pero estaba claro que lo que sea que implicara locura, ella lo haría sin dudar.

—No, no lo harás. Me toca a mí seguir llevando las preguntas —dijo papá—. Entonces… ¿Cuál es el segundo nombre de Anna?

Mamá bufó terriblemente.

—Rick, estás haciendo las preguntas equivocadas —habló ella. Tomó un sorbo de su vino y continuó diciendo—: no es como si Anna hablara todo el tiempo acerca de sus años de niñez. Creo que lo menos hace con Adam es hablar, o no sé si tomas en cuenta que sea en susurros o jadeos… con algo más de trabajo corporal.

Mis mejillas se volvieron rojas inmediatamente.

Papá apretó tanto los dientes que fui capaz de escuchar el sonido aún a una distancia lejana de él.

No podía creer que mi madre haya dicho una cosa como esa. La vergüenza me quemó de forma viva y poderosa.

—¿Por qué dices eso? No es gracioso, te recuerdo que soy su padre —dijo él arrastrando las palabras.

—¡No seas dramático! Además, creo que accidentalmente Anna marcó a mi número ayer y… ufff, por los sonidos que hacían los cuerpos y por los constantes jadeos dirías que el ambiente se calentó. Fue algo extraño de oír sabiendo que era mi hija quien los hacía…

—Ay por Dios —me levanté de mi asiento. Esto ya rayaba en lo ridículo—. Por una vez en tu vida apreciaría que pensaras antes de hablar.

Mi voz se fue debilitando mientras que la de papá se elevó cada vez más.

—¡Hijo de puta hormonal y pervertido! —gritó, furioso en contra de Adam—. Te vas a arrepentir por haberle arruinado la vida a mi hija. Eres un pedazo de…

—Ok, ya basta —dijo Susan con su voz calmada—. Todos vamos a tranquilizarnos y respirar hondo. Cariño, no sé de dónde viene tanta ira; si dejamos de comer carne, la ira es suprimida de nuestras vidas…

—Ahora no, Susan —suspiró mamá—. Lo siento, no era mi intensión generar conflicto. Es que no puedo creer que mi pequeña niña, a la que apenas hace unos nueve años atrás le estaba explicando las reglas básicas de la adolescencia, ahora esté embarazada y se vaya a casar.

Para mi sorpresa, ella comenzó a llorar.

—Fue hace diecinueve años cuando te iba a tener, y tu padre y yo habíamos adquirido una casa del tamaño de una caja de zapatos con olor a ratonera. Recuerdo que nos pusimos a pintar tu habitación de color rosado y tu padre se quebró el pulgar por querer armar tu cuna y tuvimos que ir a urgencias. Cuando llegamos a casa nos dimos cuenta que accidentalmente dejamos caer el bote de pintura en el suelo y todo el piso quedó con una mancha rosada permanente y nos reímos hasta más no poder, y fue ahí cuando pateaste por primera vez en mi estómago —ella sollozó brevemente—. También recuerdo la felicidad que me trajiste cuando naciste y mi dedo no cabía en tu mano entera. Eras tan pequeña y vulnerable, no sabías nada de la vida… y yo siempre te cantaba esa espantosa canción sobre el mamut que no podía volar, era con la única que me prestabas atención y te quedabas quieta.

Otro largo sollozo provino de ella, y la ira momentánea de papá, se esfumó.

Me paré a su lado y comencé a acariciarle el hombro mientras sus ojos seguían llenándose con lágrimas no derramadas.

—Perdóname si llego a avergonzarte, hija, pero esa es mi forma de llamar tu atención. ¡Quiero que vuelvas a ser mi bebé! Quiero que me dificultes el trabajo de alimentarte con papilla, y todo porque no comías si no era con esa cuchara de Barbie que tu papá te había regalado. Quiero que me dejes vestirte de nuevo, llevarte a concursos en donde nunca nos íbamos con las manos vacías… Por eso quiero nietos. Muchos.

Todo indicaba que su llanto pronto se iba a acabar, pero entonces me sujetó fuertemente y me abrazó hasta que yo también me puse a llorar.

—Quiero que disfrutes tu embarazo y por ningún motivo dejes que alguien te llegue a amargar —dijo ella contra el hueco de mi hombro—. Y es obligatorio que dejes al pequeño por lo menos una semana entera conmigo.

Sonreí a través de las lágrimas.

—De acuerdo, pero no quiero que le metas ideas raras en la cabeza.

Me separé e inmediatamente ella me sonrió; los mocos haciendo mella en su nariz, y sus ojos rojos de tanto llorar.

Adam me sostuvo en sus brazos una vez que logramos tranquilizar el llanto. Se veía incómodo por toda la revelación de sentimientos pero no protestó ni dijo nada.

Papá, por otro lado, carraspeó para llamar mi atención, y en cuanto la obtuvo, noté que fulminaba con la mirada el brazo que Adam mantenía ahora en mi cintura.

Puse un poco de distancia entre ambos.

—Bien —dijo él en voz alta—. Dejando el drama de lado, Anna, me preocupo por ti y por tu salud. Además creo que sería bueno dejar que tu madre te ayude con algunas cosas; así que… ya no puedes vivir con este tipo. No hasta el día en que estés casada con él.

—¿Cómo… ? Pero…

—No quiero repetir órdenes. No voy a permitir que sigas viviendo en su casa; en primer lugar nunca debiste de ir sin consultarme primero a mí. Te vas a quedar en casa de tu madre: espero que los dos traten de mantener las manos fuera del cuerpo del otro. Al menos hasta que se casen y finalmente se ganen ese derecho.

Adam se tensó a mi lado, parecía dispuesto a noquear a mi padre, pero mamá se adelantó y se puso entre papá y nosotros.

—¿Acaso has olvidado lo que se siente estar enamorado? ¿Las ganas de querer tocarse tan locamente? —le dijo ella—. Porque déjame recordarte que tú y Susan se portan como dos adolescentes… y ni siquiera están casados.

—Eso es diferente. Yo soy un adulto experimentado; no quiero que vaya a cometer más errores de los que ha cometido —dijo viendo en dirección a mi vientre—. Solo deseo que un día no te vayas a arrepentir por todo esto Anna. Eres demasiado joven e ingenua como para darte cuenta que lo único que quiero es protegerte.

Casi me pongo a llorar nuevamente. Se sintió tan mal para mí que dijera eso de mi embarazo; aunque era claro que en algún momento lo iba a escuchar muy a menudo. Simplemente no estaba preparada para escucharlo tan pronto… Dolió.

—Siento decir esto —habló Adam— pero no pienso…

—¡Acabo de dar una orden! —gritó mi padre. Todos en la habitación se quedaron callados—. Y pienso hacer que se cumpla, ¿o quieres que envíe a Anna lejos, con mis padres?

Nadie dijo nada después de eso.

Capítulo 6

Tengo celos, tengo celos

—Hola, me llamo Anna y tengo un problema con la comida —admití en voz alta.

—Hola, Anna —coreó un grupo de mujeres jóvenes con sus barrigas de embarazo en distintas etapas.

Retorcí los dedos en la tela de mi camiseta de tirantes, y agaché la vista, ocultando la vergüenza que teñía de rosado mis mejillas.

—Soy una adicta —confesé—. Ayer ataqué a mi novio con mi bolso sólo para que me diera la mitad de su sándwich; además tengo una obsesión extraña con las manzanas… especialmente las verdes.

Esperé a que alguna dijera algo, pero murmullos eran lo único que oía. Continué:

—La noche pasada me levanté a las tres de la madrugada para comer sobras de pavo que dejó la abuela de mi novio, y esta mañana, antes de venir aquí, devoré varios rollitos primavera del restaurante japonés al que mi madre adora ir. No sé qué me pasa, no puedo contenerme. La comida me llama y es taaaan tentadora…

Me detuve de inmediato. Fuego subiendo directamente de mi cuello hasta mis mejillas.

Shio, quien estaba a mi lado, llevó su mano a la mía y le dio un apretón de apoyo.

La fulminé con la mirada, deseando tener rayos láser en los ojos.

—Es tu culpa —pronuncié silenciosamente con los labios mientras el grupo comenzaba a aplaudir levemente.

Ella se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo Will, el atractivo chico por el que Shio me inscribió al famoso curso para mujeres embarazadas. Podría decir que yo era la más joven del grupo… aunque como Shio fingió también estar embarazada para darme apoyo, ella me ganaba por un año—. No hay que avergonzarse, gente. Es normal sentirse deprimidas por su peso, para eso estamos, para ayudar a futuras madres en el proceso de embarazo, o como a mí me gusta llamarlo: AFUME (Ayuda para las Futuras Madres Embarazadas). Anna, es normal que sientas el hambre todo

el tiempo, estás cargando otro pequeño ser vivo en tu vientre y también necesita de todos los alimentos que tú consumes para poder sobrevivir. Siéntete libre de culpa al morder otra manzana; además es bueno que tu alimento de obsesión sea una fruta, es más saludable para ti y para el bebé. Agradece que no te obsesionaste con los dulces… esos sí pueden generar problemas.

Un sollozo ahogado salió de una mujer al otro lado de nuestro círculo en el suelo, inmediatamente la atención de Will se centró en ella. Él me sonrió una última vez, haciendo que su rostro se pareciera más al de Chase Crawford, antes de girarse hacia la chica que lloraba desconsoladamente.

Aproveché a que Sarah (el nombre de la sollozadora) estaba contando su propio episodio con la comida, y me incliné hacia Shio, acercándome a su oreja para susurrarle.

—Estas no me parecen clases de ejercicios para embarazadas.

Ella no me miró a los ojos cuando contestó.

—Puede que haya adornado un poco la realidad. Él aprendió técnicas de psicología alternativa-pasiva en la universidad de Australia… o eso me dijo.

—Te voy a matar —dije enojada.

Llevábamos cerca de unos veinte minutos de estar confesando nuestras inseguridades y ya estaba harta de oír quejas. Adam me había acompañado al principio, pero Will hizo que cada madre se separara del padre para tener tiempo a solas.

Ahora él estaba en la habitación contigua (dividida por una pared de vidrio) haciendo equipo con los demás hombres que habían acompañado a su pareja, y que ahora parecían distraídos con la hermosa instructora/coreógrafa/modelo-de-lencería que los informaba sobre qué papel juega un padre a la hora del parto.

Los celos me estaban comiendo viva y nadie debería provocar a una chica embarazada, enojada, con constante hambre y en estado de ebullición como me estaba sintiendo en esta última semana después de que mi padre impusiera la regla "Prohibido Asociarse a Adam Walker". Dicha regla que nadie cumplió, ni Adam o yo. Papá estaba furioso.

—Muy bien, bellas damas —dijo Will después de escuchar a todas y cada una de las mujeres del grupo —, les dejaré una tarea. Quiero que hagan una lista con todo aquello que sea su objeto de obsesión de la semana, luego, a la par de cada cosa que escriban necesito que le den una valoración de importancia, siendo el número uno el de mayor puntaje, y el número cinco el más bajo. Tal vez ahora no le encuentren sentido pero eso las va a ayudar más adelante para definir sus prioridades y su problema con la comida. En la siguiente clase hablaremos un poco más y haremos una mayor cantidad de ejercicio para cuidar de sus figuras y de su bebé; ahora son libres de irse.

La clase culminó con una última ronda de aplausos, e inmediatamente me puse de pie para salir lo más rápido posible.

Shio me detuvo antes de que avanzara a la siguiente habitación en busca de Adam.

—Oye, tranquila. No es una carrera para ver quién sale primero —sus manos se pusieron a limpiar la tela de su pantalón deportivo y ella no dejaba de hacer pucheros—. Creo que me senté en un chicle.

Un pequeño parche de goma de mascar rosada se le pegó en el muslo de la tela, y ella comenzó a despegarlo metódicamente, haciendo muecas de asco cuando levantaba una pequeña capa de la superficie.

Mientras Shio continuaba retirándose la suciedad, volví mi cabeza hacia la siguiente habitación y comencé a escanear con los ojos a mi novio que, al parecer, no estaba por ninguna parte.

Fruncí el ceño al repasar por segunda vez todo el lugar y no fui capaz de encontrarlo.

—No veo a Adam —dije con cierta frustración.

Shio se colocó a mi lado, intentando buscarlo por sus propios medios.

—Oh, creo que lo veo —me señaló una puerta al costado, en donde él venía precisamente saliendo, acompañado con la señorita instructora/modelo. Ambos estaban riendo y él tenía la camiseta levantada mostrando su abdomen a cualquiera que tuviera ojos y pudiera ver. Mis manos hicieron puños inconscientemente, y mis dientes rechinaron con fuerza.

—Esto será un desastre —murmuró Shio a mi lado.

—Claro que lo será —dije con ira.

—No, yo me refería a mi pantalón. El chicle se expandió por la pierna.

Ni siquiera aparté la mirada de Adam. Ahora la mujer estaba tocando su brazo, pasándolo por sus hombros y masajeando su cuello con sus largos y femeninos dedos.

Una ira arrolladora empezó a cocerse en mi interior, quemando mi torrente sanguíneo y ahumando mi visión.

—Lo voy a matar —murmuré entre dientes apretados.

—Oh no, no lo harás. Anna, es probable que ellos dos sólo estén comparando músculos. ¿Ya viste los bíceps de esa chica? Creo que en su vida pasada fue un hombre. No tienes por qué ponerte celosa.

—No estoy celosa —mentí.

—Ajá, y yo soy la sirenita que vive bajo el mar —respondió sarcásticamente—. Ten un poco más de confianza; si Adam pudiera, ya hubiera creado una nueva religión en la que adorarte fuera el pan de cada día.

—Es que... no sé qué me pasa. Esta semana he estado furiosa con todo el mundo; hasta el perro quiso morder mi pierna por lo rabiosa que me puse.

—Deben ser las hormonas —aseguró ella—. Lo juro, hasta hacen que te veas radiante. Hay como un aura brillante rodeándote todo el día... ¡hasta cuando sudas! Apuesto a que te sientes cachonda la mayoría del tiempo.

—¿Qué? No, no me siento cachonda. Deja de decir eso.

—Mmm... Por eso te pones tan posesiva y celosa con Adam. Estás cachonda.

—Shio...

—Estás cachonda, estás cachonda —comenzó a tararear—. Cachonda, cachonda...

—¡Shio! —le grité—. Detente ahora.

—Oh... Uh, allí viene Will. Rápido, ¿me veo peinada?

Rodé los ojos ante su cambio de tema.

—¿Crees que él se va a fijar en ti, sabiendo que le dijiste que estabas embarazada? —mencioné, reprochándole.

—Le dije que era madre soltera. Él puede ser el papá de mis gemelos cuando quiera.

—¿Y qué pasó con Giulio, el hijastro de Laura?

—¿Bromeas? Vive en Italia, apenas y nos mantenemos en contacto por Skype. Yo quiero atención piel con piel. Además esa víbora de dos cabezas y cinco colas no me perdonaría que me involucrara con su hijo ¡Oh, allí viene Will, allí viene!

Y como si lo hubieran invocado, Will se detuvo a nuestro lado, haciendo que la conversación sobre Giulio, y mi cachondez, quedara cerrada.

—Damas —saludó cortésmente—. Espero que hayan disfrutado de la clase; no era mi intención que nos lleváramos los noventa minutos en charlar, pero el próximo jueves prometo que iremos directo a la acción.

—Uh, me encanta la acción —dijo Shio—. Yo estoy de acuerdo... Oiga, ¿le han dicho el parecido increíble que tiene con Chase Crawford? ¿El chico que salió en aquella serie? ¿Gossip Girl?

Él echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reír.

—En realidad casi no veo televisión así que normalmente no sabría de qué serie hablas —admitió con cierta vergüenza—, pero me han dicho tanto que me le parezco, que fue imposible no buscar información de él.

—¿Y bien? ¿Qué opina?

—Absolutamente, tienen razón —rio y cambió de hombro la maleta de lona que cargaba—, ahora entiendo esas veces en las que se me acercaban mujeres y me lanzaban lápices y servilletas para que les diera un autógrafo. Y yo que pensaba que era por los anuncios que puse en el periódico…

Entonces él abrió un compartimiento de su maleta, y extendió ante nosotras una copia del periódico de esta mañana, justo en la sección de anuncios en donde su cara era la protagonista.

—Salen todos los jueves y viernes —explicó encogiéndose de hombros.

—Si esos anuncios fueran a color… —Shio comenzó a decir— y en vez de usar una camiseta sin mangas no usara nada, apuesto a que tendría mayores ganancias en este lugar.

—¿Tú crees?

Ella asintió solemnemente.

—Se lo aseguro.

Mientras Shio se debatía con él para que empleara una mejor publicidad y sacara provecho a su hermoso físico, mis ojos vagaron hacia la siguiente habitación en donde Adam permanecía todavía hablando con la mujer. La mayoría de hombres ya estaban buscando a su esposa, pero él seguía entretenido riendo con la instructora y dejando que lo tocara.

Ahora entendía la necesidad que él tenía por querer marcar territorio con cada hombre que me miraba. Precisamente quería hacer lo mismo con cada mujer que se atreviera a respirar su mismo aire.

La voz de Shio pronto me sacó de mi trance.

—¿Lo ve? —escuché que le dijo a Will—. El objeto de obsesión de esta chica se llama Adam y se apellida Walker.

Despegué los ojos de Adam, y me giré hacia Shio para mirarla con perplejidad. No podía creer que le dijera eso al instructor.

—No es cierto —traté de murmurar a mi favor.

Yo no estaba obsesionada con Adam. Pffft. Tenía lo que se llamaban: celos típicos que vienen con las hormonas, ¿verdad?

—Oh, sí lo es —se burló Shio—. Tus ojos te delatan, estás celosa, celosa de la chica de allá hablando con tu novio.

Will comenzó a mirarme con diversión.

—¡Shio! No estoy celosa —mentí.

—Ujum… yo le dije que no tenía nada que envidiarle a esa mujer —le comentó a Will—. Además, ella parece hombre. Solo le falta el bigote y la voz para ser uno; estoy segura que bebe una buena porción de esteroides para antes de cenar.

Mi rostro se puso rojo. Will tenía que conocer a esta mujer, seguramente eran compañeros de trabajo y Shio acababa de insultarla.

—¿Por qué no le muestras la ecografía de tu bebé? —le pregunté a ella para desviar el tema—. Puede que ella parezca madre primeriza pero en realidad está en su tercer embarazo.

—Claro que no —respondió—. Ni que me hubiera embarazado a los catorce; Anna sin embargo…

Justo estaba abriendo la boca para responder, cuando una cabeza rubia se asomó por la puerta de entrada del salón, e hizo un sonoro estruendo cuando las bisagras de dicha puerta crujieron. Ella recorrió minuciosamente a todos con la vista y se detuvo inmediatamente en Will, luego salió corriendo hacia él.

Agrandé los ojos cuando reconocí a la chica; tuve que cerrar la boca y apartar la mirada cuando ella comenzó a caminar hacia nosotros.

—Perdón por interrumpir, llego tarde —dijo ella cuando nos alcanzó— ¿Tú eres el chico de la fotografía? ¿Contigo tengo que comunicarme para inscribirme? —comenzó a respirar ruidosamente, como si hubiera corrido una maratón y estuviera cansada—. De verdad que no pude llegar antes, había un desfile de carros afuera de mi casa y… oye, ¿tú no eres la novia de Adam?

Finalmente ella reconoció mi rostro y puso una sonrisa enorme.

—Reconocería un cutis tan hermoso como el tuyo —continuó—. Por cierto, felicidades por la boda. ¿Cuándo será?

Mi mente se cerró por unos segundos antes de parpadear y abrir la boca para intentar responder.

—¡¿Boda?! —aunque fue Shio la que habló—. ¿Cuál boda? Anna, no me has dicho nada.

La rubia, ¿Rosie?, hizo una mueca y desvió la mirada.

—Era una sorpresa —le dije a Shio—. Adam y yo queríamos anunciarlo una vez que papá se calmara y dejara de inspeccionarnos cada cinco minutos.

—¿Te propuso matrimonio y no me lo contaste?

—Shio…

—Yo de verdad lo siento —dijo Rosie—, Adam me había comentado el otro día lo de la boda. No pensé que era un secreto, yo…

—¿Dónde está el anillo? —gritó Shio, volviéndose loca por un momento.

En realidad no lo llevaba conmigo porque me imaginé que sería lo primero que ella vería.

—Pensamos que sería una mala idea que alguien me viera usándolo mientras aún no diéramos la noticia —le expliqué.

—¡No puedo creer esto! Pensé que éramos amigas.

—Shio, no te exaltes. Siempre ibas a saberlo esta u otra noche.

—Sí, pero ella lo supo primero.

—Yo en serio que lamento esto —trató de explicar Rosie—. Yo… Adam fue quien me contó todo; el otro día almorzamos juntos y me lo dijo. Lo siento, hice mal en abrir mi boca y preguntar así de la nada.

Mis pensamientos estaban dispersos dentro de mi cabeza, ¿Adam y ella habían almorzado juntos?

Cierto, él podía almorzar con quien quisiera, pero esperaba que al menos mencionara algo del asunto. Me sentí más celosa que antes.

Se hizo un incómodo silencio entre el grupo, y Will tuvo que carraspear su garganta antes de hablar:

—Um, ¿piensas inscribirte en las clases? Por hoy terminamos con la introducción, pero te esperamos el próximo jueves.

Ella asintió, y ambos desaparecieron hacia otro lado para hacer el papeleo y las inscripciones. Cuando no estuvieron cerca, Shio se giró hacia mí.

—No puedo creer que no me lo dijeras —dijo ella, aun molesta conmigo.

—Lo siento, queríamos mantenerlo en secreto por un tiempo.

—Apuesto a que Rita ya lo sabe.

—En realidad, no. No se lo he dicho a nadie más que a mis padres.

—No puedo creer la poca confianza que me tienen. Como si fuera a decirle a alguien más.

—Shio, no es eso…

Ella asintió, dando por terminada la conversación, y fue a buscar su bolso de donde lo había dejado al inicio de la clase.

Me encontré sola por un momento, mirando a mi amiga enojada y furiosa conmigo; y observando furtivamente a mi novio que era todo sonrisas con la chica, al otro lado de la habitación. De pronto me sentí mal del estómago, no podía ponerme celosa de toda persona que quisiera hablar con Adam, era injusto pedirle que intentara darme un voto de confianza cuando aparentemente yo tampoco demostraba confiar en él… o en mis amigas.

Mi estómago gruñó y tembló de nuevo. Llevé mis manos hacia mi vientre y me apreté un poco con los dedos. El dolor pasó rápido.

Tal vez simplemente tenía hambre o me encontraba muy estresada.

Caminé hacia la salida, y estaba por partir del local para esperar a Shio y a Adam afuera, cuando una mano me sujetó del codo y me dio un suave apretón. Era Will.

—Anna… —se relamió los labios antes de seguir—. No te pongas mal a causa de él —señaló en dirección a Adam—. Una chica tan hermosa como tú no tiene porqué estar celosa; te puedo asegurar que tu prometido no está coqueteando con ella.

Le fruncí el ceño mientras me cruzaba de brazos.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—Porque ella es mi esposa.

Me atraganté en mi propia saliva.

Mierda. Shio había abierto de más la boca.

—Yo… Lo siento —dije, sintiéndome miserablemente con cada segundo que pasaba.

Él solo me sonrió.

—No te preocupes. Estoy acostumbrado a que muchas mujeres celosas de sus maridos me digan cosas feas de ella. Por esta vez lo pasaré por alto, la próxima, las mandaré fuera a ti y a tu amiga. ¿Quedó claro?

Me sonrojé salvajemente antes de asentir con la cabeza y apartar la mirada.

—Entonces sin problemas —me sonrió, transformándose en el mismo Will de antes—. Y de nuevo te repito, no tienes por qué ponerte celosa. Matybel es una chica genial una vez que logras conocerla, y sinceramente nos amamos demasiado como para sernos fieles mutuamente.

Asentí una vez más y salí a toda prisa cuando tuve la oportunidad.



Cuando llegamos a casa de Adam, me fui directamente a la cocina.

Shio estaba molesta con nosotros, y me dio un tratamiento de silencio durante todo el retorno. Adam estuvo también poco comunicativo y tenía una sonrisa boba pegada al rostro.

Tuve que retorcerme los dedos para evitar agarrarlo del pelo y darle una cachetada de novia celosa. Papá probablemente estaría llegando pronto para supervisarnos y para recordarnos el ultimátum de tres días que me había dado para mudarme con mamá, no quería darle más razones para aumentar su paranoia con Adam. Incluso se había quedado a dormir en casa de Adam en estos días, obligándolo a acompañarlo a dormir en el sofá mientras que Nicole y yo aprovechábamos a dormir juntas.

Lancé mi bolso hacia el sofá y luego me introduje a la cocina, abriendo la refrigeradora y yendo directamente hacia el chocolate con maní que guardaba justo al fondo.

Adam llegó por atrás y me arrebató el chocolate antes de que pudiera obtener un pedazo.

—¡Oye! —le grité, furiosa.

—Nop —dijo él simplemente. Mordió un gran trozo y masticó haciendo sonidos placenteros.

Me lamí los labios mientras lo veía. Repentinamente me dio calor.

Mis ojos bajaron a su brazo tatuado, y vi en su muñeca, mis labios, situándose de forma permanente en su piel. Su camiseta se ceñía a la perfección y fue difícil mantener mi mente alejada de los recuerdos de lo bello que era su cuerpo sin ropa.

—Adam —tartamudeé. Mi garganta estaba reseca—. Eso es mío, dámelo.

—Oh, ¿quieres chocolate?

Asentí con la cabeza. Me encontraba aturdida y furiosa, todo al mismo tiempo.

—Entonces vas a tenerlo de la única forma en que yo te lo dé.

—No entien… —su boca chocó contra la mía, y sus manos fueron directo a mi cintura para presionarme contra su cuerpo.

Saboreé el chocolate cuando abrió la boca y su lengua jugó con la mía. Poco después se separó, dejándome más aturdida y enojada de lo que estaba.

—Imbécil —dije cruzándome de brazos.

Él suspiró mientras mordía otro pedazo.

—Estás enojada —aseguró—. Me dijeron que ibas a estar de todos los humores pero no me imaginé esto…

—¿Qué? ¿Estás hablándole a alguien más de esto? ¿Cómo si fuera una loca con una enfermedad que hay que controlar? ¡Imbécil!

Estiré la mano para agarrar el chocolate pero Adam fue rápido y lo quitó de mi alcance.

—Tranquila…

—¿Me estás hablando como si fuera un animal sin control?

—Nena…

—¡Agg! ¡No me vuelvas a llamar nena! Estoy muy molesta contigo.

—No de nuevo —murmuró por lo bajo.

Me quité una de mis zapatillas y se la lancé al estómago.

—¡Auch!

—¡Eres un coqueto! ¿Cómo se te ocurre quedarte hablando horas con esa mujer! Además, ¿le contaste a tu esposa-de-mentira que me iba a casar contigo? ¡Habíamos quedado en no anunciar nada hasta que papá se calmara!

—¿De qué esposa de mentira me estás hablando?

—De esa jodida Rosie. Ella me contó que ustedes almorzaron juntos y que le dijiste todo.

Su rostro se suavizó un poco.

—Sí, me la encontré el mismo día que te iba a pedir matrimonio. Le pedí ayuda para elegir una canción…

—¡¿Qué?! ¡¿Ella escogió la canción?! Jodidamente genial.

—Anna, escúchate. Basta de esto. Desquítate conmigo pero no sigas estando enojada. Y no, ella no escogió la canción, fui yo. Ella me dijo que algo más cursi iba a gustarte pero seguí mis instintos.

—Eso no te hace menos imbécil… ¡y devuélveme mi chocolate!

—¿Lo quieres? Ven a traerlo, y usa solo la boca —se llevó un trozo entre los labios y me desafió a alcanzarlo.

No entendía porqué de repente era todo juguetón pero le seguí la corriente; me puse de puntillas, y antes de arrebatarle el chocolate con los dientes, se lo quitó de la boca y mis labios se encontraron con los suyos.

Era un imbécil… pero uno de lo más encantador.

Sus labios masajearon los míos y sus manos movieron mi cabeza para que su lengua tuviera mejor acceso a la mía. Fue el beso más largo que ambos nos habíamos dado, y pronto llegué a olvidar porqué estaba tan furiosa con él.

Agarré un puñado de su camisa y lo presioné hasta que nuestros cuerpos pudieran estar fusionados. Adam me agarró de las caderas y me subió sobre el mesón de la cocina; demandando con su boca y separando mis piernas.

—Sabes a chocolate —dije cuando él liberó mi boca de su cautiverio, y en cambio, sus labios pasaron a mi cuello.

—Bésame —susurró contra mi clavícula. Levantó el rostro y comenzamos a devorarnos la boca una vez más.

Sus manos se metieron bajo mi blusa y sus dedos comenzaron a presionar contra mi vientre.

Se separó de repente, podía ver disolverse el hilo de saliva que ambos habíamos formado durante nuestro largo beso.

Mis ojos se pusieron bizcos durante un buen rato y fue difícil traerme a la normalidad, esta vez Bambi me golpeó fuerte en la cara.

—¿Qué pasó? —pregunté con voz dormida.

—¿Sientes esto? —dijo presionando suavemente en mi vientre.

—¿El qué?

—Nuestro bebé está creciendo. Siente cómo se está comenzando a formar el bultito en tu estómago.

Él llevó mi mano hacia mi vientre y puso encima la suya mientras me guiaba hacia donde se formaba una pequeña protuberancia.

Me mordí los labios, sonriendo. Pensé que me iba a sentir culpable porque aún seguía ocultándole lo de los gemelos, pero en cambio me sentí divertida al pensar en la gran reacción que tendría al enterarse.

Besé su cuello y mordí el lóbulo de su oreja.

—Dentro de unos meses estará acompañándonos —susurré.

Él asintió con la cabeza, su rostro estaba impasible, sin demostrar ninguna emoción en absoluto. No sé si lo imaginé, pero lo vi tragar saliva antes de plantar una extraña sonrisa y besarme de nuevo.

—Deberíamos comprarle ropa. Quiero encontrarle una mini chaqueta para que luzca como yo.

Sonreí ante el pensamiento.

—De acuerdo, le compraremos una.

—Y muchos zapatos, de esos diminutos que he visto en las tiendas.

Comenzó a besar mi mandíbula y a mordisquear mi cuello.

Después de unos segundos siguió con su atención a mi boca.

—¿Quieres que nos encerremos en la habitación y salgamos únicamente para tomar agua? —me preguntó, bajando el rostro para olisquear entre mis pechos. Plantó un beso sobre mi seno izquierdo, y yo morí de entusiasmo.

—De acuerdo. Pero esta vez cierra bien la puerta. Me dio pena tener que explicarle a Nicole el por qué estabas muy emocionado con mi cuello.

—Piénsalo de esta manera: pudo haber sido peor. Ella pudo haber entrado en otro momento, uno en el que ni en un millón de años podríamos explicarle.

—Estoy segura que tú lograrías inventarle algo ingenioso.

Rodé los ojos y comencé a deslizarme del mueble de cocina, antes de poder tocar el suelo, Adam me tomó en sus brazos y me cargó hacia la sala, pasando por las escaleras para ir a nuestra habitación.

—¡Bájame! Puedo caminar perfectamente.

—No ahora. Déjame llevarte.

En el camino encontramos a su abuela, y mi rostro enrojeció diez tonos a la vez cuando vio la urgencia de su nieto por querer llegar hasta la habitación.

—Que nadie nos moleste por el resto de la tarde —dijo él mientras aún me llevaba hacia arriba—. Estaremos ocupados entre las sábanas.

¿Dije diez tonos? Quise decir noventa.

—Adam, no digas eso, me da vergüenza —dije en su oído.

Continuó caminando hacia la habitación.

—¿Qué? Es normal en una pareja que se ama, o no se ama… como sea, lo quiera hacer todo el tiempo. Además, no creo que tenga el valor de oponerse a estas alturas, ¿qué dices?

—Mi papá sí se va a oponer. Solo recuerda que viene a las seis a cenar.

—Oh, se me olvidó decirte. Tu papá no nos va a joder la vida nunca más.

—¿Qué?

Pateó la puerta del dormitorio y luego entramos, todavía no me bajaba al suelo.

—Pues que él y yo tuvimos unas cuantas palabras ayer por la tarde. No podía soportar que pasara las noches aquí, tratando de hacerme dormir en el sofá de la sala mientras nuestra cama estaba solitaria y vacía.

—¿Qué le dijiste?

Finalmente me bajó al suelo y enganchó mis brazos para que rodearan su cuello.

—No fue necesario decir nada. La situación habló por sí sola.

Ladeé la cabeza.

—¿Cuál situación?

Él me miró por un largo rato antes de soltar un suspiro y darme un beso rápido en los labios.

—Lo encontré haciendo *cosas* en el sillón de su casa.

—¿Cosas? ¿Cómo…?

Mi cara estaba horrorizada mientras varios escenarios se juntaban en mi mente.

—Pues él estaba bastante desnudo… con tu mamá.

—¿Qué? —parpadeé— ¿Qué?

—Sí, él y tu mamá estaban bastante cariñosos para ser todavía horario familiar.

Sin poder evitarlo, comencé a reír.

—Estás bromeando. Mi mamá odia a mi papá; es imposible que ellos dos…

—Lo chantajeé, dije que iba a contárselo a Susan si no dejaba de jodernos la existencia. Créeme, aceptó rápido.

Allí murió mi sonrisa.

—O sea que… ¿mi mamá y mi papá…?

—Síp. Juntos de nuevo.

Negué con la cabeza.

—Pero llevan cinco años de estar divorciados. Es… imposible…

—Pues créelo. En la cena de esta noche te mencionará su aprobación para casarnos. Y eso significa que no hay excusas para que no uses el anillo que asegura que eres de mi propiedad; hoy vi demasiado encariñado a ese tipo con cara de lame bolas, quiero que le quede bien claro que estás comprometida.

Rodé los ojos.

De repente recordé por qué estaba tan enojada con él.

—Oye, tú también te hallabas bien “encariñado” con esa mujer, con la instructora. Y nunca me dijiste qué hacías con esa tal Rosie.

—¿Estás celosa?

—No me hagas enojar de nuevo.

—Uy no, no quiero revivir a la bestia.

—¡¿Me acabas de llamar bestia?! ¡¿Y además te comiste mi chocolate?! ¡¿Y chantajeaste a mi papá?! Agg, te odio —Lo empujé y le di un golpe en el hombro.

—¡Nena!

—¡Que no me llames así!

—No otra vez… ¿por qué a mí?

Le lancé una almohada a la cara, y me encerré en el baño.

Lo pude escuchar murmurando una maldición mientras iba a buscarme.



Al principio, papá se ponía bastante tenso estando cerca de Nicole. Pero cuando la niña demostró la gran confianza y sabiduría que tenía, él la amó de inmediato.

—¡Abuelo! —gritó ella al ver a papá esa noche en la cena. Se le lanzó a los brazos, y él le sonrió enormemente. Creo que estaba secretamente encantado de ser llamado así.

—Hola hermosa. Cuéntame, ¿cómo se han portado estos dos? —preguntó señalándonos a Adam y a mí.

La niña se rió y le susurró algo al oído.

El rostro de papá se puso serio, y cuando Nicole se apartó para saludar a mamá, él nos fulminó con la mirada.

—¿Estuvieron haciendo ruidos extraños en su habitación? ¿Todo el día? —preguntó, perplejo.

Me ruboricé por completo.

Adam vino a mi rescate y puso su brazo sobre mis hombros.

—Así es. Jugábamos Twister, ciertamente hubo partes del cuerpo enredadas —dijo él con voz arrogante.

Mi rostro era capaz de calentar la sala completa en esos momentos.

—No tientes al destino, muchacho. No lo tientes…

—No señor, no lo tiento. Estoy bailando con él…

Buscaba una excusa para retirarme y dejarlos solos, hablando como mafiosos que se retan mutuamente, cuando justamente tocaron el timbre.

—¡Yo voy! —grité a nadie en particular y me zafé de los brazos de Adam. Me apresuré a abrir la puerta y, una vez que lo hice, me detuve al ver que no había nadie al otro lado.

Estaba a punto de cerrar cuando mis ojos captaron una caja de papel color blanco puesta en el suelo. Me agaché para recogerla y noté que tenía mi nombre completo impreso en la superficie: “Annabelle Green”.

Inmediatamente la abrí, y dentro de capas y capas de fino papel, encontré algo que parecía ciertamente un vestido de color blanco.

Lo extendí y una nota cayó al suelo.

Tuve que agacharme de nuevo para recogerla, pero me quedé a mitad de camino cuando unos zapatos negros entraron en mi campo visual.

Lentamente miré hacia arriba, sorprendida al encontrarme un par de ojos marrones frente a mí.

Me incorporé nerviosamente y tragué saliva mientras él se agachaba y recogía la nota que se me había caído.

Tendió su mano con la nota y la depositó en la mía. Pasaron unos segundos antes de que me decidiera a leer el papel; decía únicamente:

“Quiero hacer las paces contigo”

Mason

Alcé de nuevo los ojos, y Mason me sonrió amablemente. Su cabello estaba más largo y se enredaba con sus pestañas.

Inmediatamente revisé su frente, y con la misma velocidad, regresé mis ojos a los suyos. Su sonrisa titubeó.

—¿Entonces? —preguntó— ¿qué opinas?

Capítulo 7

Promesas y Conejos rosas

—Mason —tartamudeé— ¿Qué crees que haces aquí?

Él miró sobre mi hombro primero, y luego respondió con tranquilidad:

—La nota lo dice todo. Vengo en busca de tu perdón.

Sacudí mi cabeza para salir del shock inicial que me provocó verlo.

—¿De qué estás hablando? Pensé que te había quedado claro que no eres bienvenido en mi vida.

Me fijé en su frente una vez más. No podía ver nada parecido a un tatuaje, o si lo tenía, lo estaba cubriendo muy bien.

Mis manos temblaron ligeramente, y en todo este tiempo me quedé con el vestido blanco aferrado entre los dedos. Cuando me di cuenta, lo solté y cayó al suelo.

—¿Y por qué me estás dando un vestido blanco? ¿Esta es tu manera de "hacer las paces" conmigo? Me estás asustando —le dije con la voz más valiente que pude evocar.

Él recogió el vestido y acarició la tela.

—Es la única forma que conozco —respondió—. Es simbólico, como la bandera blanca de la paz.

Agitó el vestido en el aire.

—De todas formas, ¿no se te ocurrió que sería demasiado críptico regalarme un vestido? Si tu intención no era asustarme, entonces fallaste. Esta es la segunda vez que tratas de darme algo como eso y todavía no entiendo porqué. Además, Adam está en la sala —añadí rápidamente—, mi papá también. Sólo te advierto que ellos quieren despellejarte vivo; así que ni se te ocurra propasarte conmigo. Si no estás en la cárcel es porque tuve consideración por tu madre.

Mason tragó saliva, notándose claramente por la forma en que bajó su garganta.

—Lo entiendo. Ahora, por favor acepta mi regalo —dijo. Intentó acercar el vestido a mi mano, pero di un paso hacia atrás para que no me tocara. Resopló de disgusto—. Tengo una buena

razón para dártelo; siempre soñé con verte vestida de blanco y nunca tuve la oportunidad… Además, míralo como una ofrenda de paz.

—No lo quiero. Me voy a casar con Adam.

No sé por qué se lo dije pero mi mente no podía pensar en otra cosa. Estaba lo suficientemente nerviosa como para vomitarle en la cara. Los gemelos se estaban revolviendo en mi estómago. Mason tampoco les caía bien a ellos.

En mi memoria todavía seguía fresco el recuerdo de sus manos sujetando mis brazos en aquella mesa. La manera en la que me sostuvo para dejar que… dejar que otro tipo me violara… aunque haya resultado una broma al final, era algo difícil de olvidar.

—¿Te vas a casar? —preguntó, extrañado.

Asentí con la cabeza, subiendo la barbilla y retándolo a decir algo.

—¡Ni siquiera tienes veinte! —explotó—. Es ridículo; ¿es que acaso el tipo no puede aguantar sus pantalones y esperar a que termines una carrera en la universidad? ¿Tan preocupado está de que se quede viejo, soltero y solo con su motocicleta, cuidando un asilo de gatos o alimentando ancianos?

—Basta, no digas nada. No tienes el derecho de meterte —dije apretando los dientes—. Será mejor que te vayas. Lárgate. No sé cómo conseguiste esta dirección, pero te advierto que, si te vuelves a aparecer…

—No, Anna, escucha. Tienes razón, no debo meterme en tus asuntos, aun cuando dichos asuntos arruinarán por completo tu futuro pero… Moví cielo y tierra para encontrarte; no tienes ni idea de los favores que tuve que hacer; sólo vine porque creí que merecías mis disculpas. Lo lamento. Me porté como un cretino, y lo pagué muy caro. Tu noviecito se desquitó conmigo de la peor manera y de nuevo lo siento, no vine para juzgarte.

Se llevó una mano a la frente y se retiró el cabello que tapaba el tatuaje más feo visto por el hombre. Decía claramente: Lame Pollas. La letra parecía ser hecha a mano alzada, incluso me atrevería a decir que la hizo el mismo Adam. Estaba segura que él fue quien lo tatuó personalmente.

Abrí la boca y, con la misma velocidad, la cerré.

—Esto lo hizo él —murmuró Mason con cierta vergüenza.

No pude evitarlo, comencé a reír.

Había que reconocerlo: Adam podía llegar a ser muy ingenioso en algunas ocasiones.

—¡No te rías! Ese imbécil me dejó inconsciente en un bar de intercambios sexuales y no sabes la cantidad de hombres que querían hacer lo que les indicaba mi tatuaje. Me jodió la noche completa.

Reí más fuerte.

—Algo me contaron —logré decir entre risas.

—No es gracioso —se quejó Mason. Su mirada se afiló, y volvió a acomodar su pelo para cubrir el tatuaje una vez más—. ¿Tienes idea de lo caro que va a salir removerlo? ¡Ah, y ni hablar de lo mucho que dolió! Tuve dolor de cabeza durante una semana completa.

Pronto mi risa fue sustituyéndose por la ira.

Dejé de reírme abruptamente y me crucé de brazos.

—¿Y tú? ¿Tienes idea del daño que me causaste? —le grité— ¿Sabías que tuve pesadillas durante meses? Aun ahora me da miedo entrar en lugares completamente cerrados.

Él se miró arrepentido por unos instantes.

—No pude disculparme antes —dijo con voz suave—. Estuve en casa de mi tío Blaz durante una buena temporada. Anna, es horrible. Está loco.

—Es lo menos que te mereces —respondí sombríamente—. De todas formas, no era necesario que vinieras. Yo no quiero verte, ahora por favor vete. Si solo venías a disculparte entonces ya has cumplido con tu misión. Ahora vete.

—Merezco tu indiferencia. Estoy arrepentido…

—¡Lárgate!

—Anna, no seas injusta…

—Y por tu propio bien, será mejor que no vuelvas a aparecer otra vez por aquí. Olvídate de la dirección y no vengas más.

Él apretó la mandíbula y comenzó a cerrar sus puños.

Dio unos pasos adelante, y pronto disminuyó la distancia entre ambos.

Me paré más erguida y traté de dar un paso hacia el interior de la casa.

No entendía cómo Adam no se había aparecido todavía; pensé que ya me había tardado mucho para la cena y que alguien notaría mi ausencia, pero ni siquiera podía escuchar pasos dirigirse hacia el exterior.

—Solo vine para que las cosas volvieran a ser como antes —dijo entre dientes— ¿Sabes? Una gran parte de mí todavía extraña el olor de tu cabello.

—No te acerques más o voy a gritar —susurré. Me hubiera gustado sonar más convincente pero mi voz era apenas audible hasta para mis oídos, mi coraje se estaba esfumando a gran velocidad—. Y... apártate, estás muy cerca para mi comodidad.

—Puedo entender la fascinación que ese tipo tiene contigo —murmuró. Tomó uno de mis cabellos y lo enrolló en su dedo índice.

Retrocedí todo lo que pude.

—Sin embargo, yo no puedo entender cuál es tu fascinación conmigo —dije.

—Eres especial. Tienes este aire de inocencia que resulta muy tentador…

—Estoy embarazada —solté— Adam es el papá.

No debí decir eso, pude ver cómo sus ojos se agudizaron y hasta parecieron cambiar de color. Estábamos tan cerca, que pronto lo tenía agarrándome del brazo, clavando sus dedos en mi carne, presionando con profundidad.

—¡¿Estás bromeando conmigo?! ¡¿Ya logró embarazarte?! —gritó en mi oído— Tuviste que haber mantenido tus piernas cerradas hace mucho tiempo. No puedo creer que estés embarazada…

Bajó su vista a mi vientre e inmediatamente la presión en mi brazo disminuyó.

—¡Ese imbécil te embarazó! —Mason retiró su agarre a mi brazo, y comenzó a dar golpes a la pared tras de mí.

En un lento y desesperado intento por avanzar hacia el interior de la casa, me golpeé el hombro contra la puerta, percibiendo apenas el dolor.

—Todos esos meses de terapia de basura con el tío Blaz no me van a ayudar ahora —murmuró más para sí mismo que para mí—. No puedo creer que fueras tan ingenua o estúpida como para quedar embarazada de él…

Volvió a tomar mi brazo, sujetándolo con fuerza, haciendo que tuviera que ponerme de puntas para que no doliera tanto.

Estaba paralizada, mis ojos vagando hasta su mano, y su frente, en donde se asomaba parte de su tatuaje mal hecho.

Iba a exigirle que me soltara, pero ni siquiera llegué a abrir la boca cuando Mason estaba, literalmente, volando desde la entrada hasta la acera de la calle.

Cayó de espaldas, con la nariz ensangrentada y con un grito enojado.

Apenas pude registrar que Adam estaba detrás de mí, y fue él quien lo había golpeado.

Lo vi avanzar hacia Mason, y lo tomó del cuello de la camisa, levantándolo del suelo y golpeando una vez más su nariz y su mandíbula. No estando conforme, golpeó también su estómago, sin soltarlo del cuello, impidiendo su caída.

—¿No te dije que tenías que mantenerte lejos de ella? —gritó Adam. Le propinó otro golpe en la cara, ni siquiera dándole tiempo a parpadear.

Escuché un jadeo colectivo a mis espaldas, y me giré para encontrarme con los ojos preocupados de mamá. Papá estaba a su lado, cargando a Nicole, y a su vez, estaba la abuela de Adam, observando con horror el intercambio de golpes.

Podía escuchar los gritos de dolor de Mason, los reclamos que hacía.

Ahora Adam lo tenía en el suelo, golpeando su rostro en repetidas ocasiones, llenándose los puños de sangre. El vestido se encontraba hecho una bola cerca de su dueño.

—¡La dejaste embarazada, imbécil! —gritaba Mason. Él se turnaba entre escupir sangre y tratar de levantarse del suelo pero Adam no lo soltaba del cuello de la camisa.

—Deténganlo —supliqué—. Lo va a matar.

Papá bajó a Nicole, e inmediatamente corrió al lado de Adam y lo tomó de los hombros para que dejara de luchar. Pensé que la pelea terminaría con eso, pero ocurrió todo lo contrario. Papá comenzó a golpear a Mason él mismo.

Sus puños crearon más sangre de la que Adam había dejado.

Comencé a entrar en pánico.

—¡Basta los dos! —grité. Mason no hacía nada para defenderse porque no podía entre tanto golpe; papá lo atacaba con todo.

Comencé a acercarme hacia ellos, pero mamá me tomó de los hombros y me obligó a darme la vuelta.

—Creo que deberías entrar —me sugirió—. Si por accidente alguno de ellos llega a golpearte...

—Está bien —la interrumpí—. Por favor, detenlos. Son capaces de matarlo.

Mamá asintió con la cabeza.

—Lleva a la niña adentro. No es bueno que vea tanta violencia.

Nicole estaba de pie en la entrada, llorando y aferrándose al marco de la puerta.

Rápidamente me dirigí hacia ella, y la tomé de la mano.

Antes que entráramos a la casa, noté que entre mamá y la abuela de Adam, intentaron disolver la pelea.

Papá lucía furioso. Adam se miraba aterrador.

Finalmente entré con la pequeña y la llevé hacia la sala.

Me senté y la puse a mi lado, observando sus ojos llorosos y sus suaves quejidos de angustia. Entonces la abracé, sentándola en mi regazo y acariciando su cabello castaño claro.

—Ya, todo está bien. El tío Adam solo trataba de hacer lo correcto —mi voz se quebró. No sabía ni qué decirle para que dejara de llorar. O por qué estaba llorando en primer lugar.

—¡Pero no me gusta verlo así! —chilló la niña, sus ojos verdes se nublaron detrás de una cascada de lágrimas—. ¿Por qué estaban golpeando a ese tipo? ¿El tío Adam y el abuelo mataron a ese hombre? ¿Lo mataron?

Comenzó a llorar con más fuerza, inevitablemente me entraron deseos de llorar con ella.

—No, claro que no hizo eso. Ese hombre está bien, sólo cometió cosas malas por las que tu tío se molestó.

Ella hipó mientras las gruesas lágrimas bajaban por sus mejillas y morían en su boca. Su cara se puso roja, casi empatando con el color de sus cicatrices en la frente.

—No quiero que pelee, dile que no lo haga. Prometo no obligarlo a cantar más conmigo. Dile que prometo ya no casarme con Zayn, o que nunca me llamaré la señora de Styles —un

sollozo se escapó de su boca y la abracé más cerca de mí, reconfortándola y reconfortándome al mismo tiempo. Sonriendo ante lo que consideraba sus grandes preocupaciones.

—Ya, tranquila —ella pegó su rostro a mi pecho.

—Prometo esperar hasta los veintisiete… o los treinta, antes de besar a alguien, pero no lo quiero ver peleando con nadie más.

Iba a reconfortarla con palabras, cuando, una sombra cayó frente a nosotras. Alcé la vista para encontrarme directamente con los ojos verdes de Adam; presioné el hombro de Nicole y, cuando se despegó de mi pecho, le indiqué que se girara. De inmediato vio a Adam y se lanzó a sus brazos, llorando ahora sobre su camisa.

—No tienes por qué renunciar a ese chico… ¿cuál era su nombre? —dijo él, agachándose hasta que estuvo a nuestra altura. Sus nudillos rotos acariciaron las mejillas de la niña.

—Zayn —respondió ella en un sollozo.

—Exacto. Tampoco quiero que prometas nada que me aleje de nuestro pasatiempo favorito, sé cuanto amas que cante esas canciones tan fuera de mi época. Además, solo estaba defendiendo a Anna de ese sujeto malo, ¿no quieres que me porte como un caballero?

Finalmente la niña detuvo el llanto, limpiándose los ojos contra la camiseta de Adam.

Él me agarró de la mano al mismo tiempo que vocalizó un ¿Estás bien? en mi dirección.

Asentí con la cabeza, y desvié la mirada. A pesar de todo lo que había hecho Mason, todavía seguía sintiendo lástima por él… o al menos una pequeña parte de culpa.

Nicole terminó de llorar y miró a su tío con adoración.

—¿Estabas defendiendo a Anna? ¿Así como un príncipe azul? —preguntó más animada.

—Sí, la estaba defendiendo como su príncipe azul.

—¡Genial! ¿Entonces ese sujeto era malo?

—Mucho.

La niña frunció el ceño y volteó a verme.

—¿Qué te hizo, Anna?

Abrí la boca para responder pero Adam se me adelantó:

—Él se portó muy mal con ella. Lo dejaremos hasta allí, no más preguntas, piraña.

—Pero hay algo que quiero saber —Nicole hizo un puchero— ¿Siempre me puedo casar con Zayn?

Adam rodó los ojos.

—A los veintisiete, recuerda.

La niña asintió solemnemente, como si la palabra de él fuera la ley; luego le rodeó el cuello con sus manos.

—Está bien —respondió tranquilamente—. ¿Pero todavía sigue en pie la promesa que me hiciste? ¿Me vas a llevar a uno de sus conciertos para que pueda conocerlo?

—Sí —dijo Adam de mala gana, casi pude escucharlo gruñir—. Te prometí conocer a tu banda de chicos favorita.

La niña chilló con ánimo, olvidando que hace solo unos segundos estuvo llorando desconsoladamente.

—De acuerdo, pero tienes que convencerlo para que no se case con nadie más, solo conmigo.

Él gruñó algo incomprensible para mis oídos, y asintió forzosamente. Era divertido ver cómo contenía sus celos. Me preguntaba si él cumpliría su promesa y llevaría a la niña a un concierto… ni siquiera la dejaba salir a ningún lado más que a sus clases privadas de ballet por las tardes. No me lo imaginaba dejando que cientos de chicos y chicas la miraran mal por un segundo; era más probable que le pagara un concierto privado antes de exponerla en público.

Después de unos segundos, Adam me puso en pie, cargando a la niña y sonriendo para disipar el mal humor.

—¿Alguien quiere pudín de manzana? —me miró directo a los ojos cuando hizo la pregunta. Él sabía que últimamente me daba por comerlas como si la vida se me fuera en ello.

—¡Yo quiero! —gritó Nicole aun con su voz ronca por haber llorado— ¡Y Noah también quiere! A Noah le encantan las manzanas, ¿verdad que sí, Anna? Te hace comer muchas porque son sus favoritas.

Asentí y le sonreí tentativamente.

—De acuerdo, pequeña piraña, carrera a la cocina —dijo Adam bajándola al suelo. Inmediatamente la niña comenzó a correr, pero él, en lugar de ir tras ella, se quedó a mi lado, tomándome de la mano y deteniéndome por un segundo.

—¿Qué quería ese lame vacas aquí? ¿Por qué te estaba buscando?

—¿Mason sigue afuera? —pregunté a cambio—. Por favor dime que mi papá no continúa golpeándolo.

—¿Tan interesada estás en su bienestar? Espero que no me digas que de repente te encuentras de su lado y que lo perdonas por todo lo que te ha hecho.

Fruncí el ceño.

—Me dio lástima —murmuré—. ¿Qué querías que hiciera? Me dijo que vino para pedirme perdón.

—Una persona normal no viene a pedirte disculpas y luego trata de dislocarte el brazo.

Bajó la vista para observarme detenidamente. Acarició la piel irritada de mi brazo en donde Mason me había sujetado muy fuerte.

—Quiero matarlo —murmuró después de un momento. Sus nudillos tenían sangre y traté de tocarlos pero él retiró la mano antes que pudiera acercarme.

—No soy tan frágil como parezco —quise tranquilizarlo.

—De acuerdo, no lo eres. Pero no seas temeraria, ahora llevas a nuestro hijo y también tienes que pensar en él.

Fruncí el ceño por un segundo, luego asentí sin mostrar otra expresión. Adam niveló su rostro con el mío, pegando nuestras frentes.

—Si ese degenerado te hizo algo, o al bebé... —tragó duro— juro que no descansaré hasta averiguar cómo sacarle el cerebro por la nariz.

Negué con lentitud.

—No hizo nada. Sí, me agarró muy fuerte del brazo pero eso es todo. Hasta allí llegó... Entonces apareciste y lo mandaste a volar. La verdad es que siento lástima.

—¿Y qué pasa si no hubiera llegado justo a tiempo? ¿Qué crees que hubiera hecho? Anna, no tengas ninguna clase de consideración con él, ese degenerado no aprendió la lección con lo que le hice; voy a tener que tatuarle hasta por debajo de las bolas para que entienda que el dolor se va a multiplicar si no te deja en paz. No te preocupes por él, simple y sencillamente deja todo en mis manos. ¿Lo harás?

—No seas muy brusco, le tengo cariño a su madre… ya es demasiado vergonzoso para ella tener que verlo con ese tatuaje en la frente cada día. Trata de no ser…

—Anna, déjalo en mis manos, ¿sí?

Lo pensé durante unos segundos, hasta que por fin asentí de mala gana.

Sentía que debía explicarle la situación desde el principio, pero papá escogió ese momento para aparecer por la sala. Venía agarrado de la mano de mamá y ambos se miraban como si quisieran desnudarse el uno al otro. Vomité un poco en mi boca.

Se soltaron cuando notaron que Adam y yo permanecíamos muy cerca del otro, y compartieron una mirada enigmática entre ellos que sólo pude interpretar como un “lo haremos más tarde”.

Por los momentos, y para no perjudicar mi salud mental, decidí ignorar qué era lo que harían más tarde.

—¿Qué ocurrió con Mason? —le pregunté a papá, sacándolo de su burbuja de felicidad.

—Ese infeliz hijo de puta ya está de camino a enfrentarse con la ley —me contestó muy molesto.

Nicole justo venía apareciendo de la cocina, comiendo pudín de manzana y lamiendo la cuchara. Ella jadeó cuando escuchó a papá, y se llevó ambas manos a la boca.—¡El abuelo dijo una mala palabra! ¡El abuelo dijo una mala palabra! —chilló.

Adam se rió de él.

—Sí. Ahora al “abuelo” le va a tocar lavarse la boca con el jabón especial para las malas palabras —dijo simplemente.

—Ya te gustaría, ¿verdad, muchacho? —respondió papá, a secas—. Yo soy un adulto, no necesito el jabón especial.

La niña hizo un puchero adorable.

—¡Ya quiero cumplir la edad adulto! Hacen muchas cosas divertidas, como tener bebés ¡y darse besos! ¡Oh, y pintarse la piel como el tío Adam! Yo quiero que dibujen un conejo rosado en mi brazo.

Papá exterminó a Adam con la vista antes de posar sus ojos en la pequeña.

—Tú no necesitas de esos “dibujos especiales” solo los delincuentes se manchan la piel.

—¿El tío Adam es un delincuente? —preguntó ella inocentemente— ¿Qué hizo?

—Me robó una joya —contestó papá mirando en mi dirección—. Y ahora el egoísta la quiere solo para él.

—Papá —le advertí.

—¿Te robó algo? —habló la pequeña—. Tío Adam tienes que devolverlo.

Adam se agachó frente a la niña.

—No pienso devolverla cuando es tan valiosa; no hagas caso de lo que diga el “abuelo”. Por cierto, suegro, ¿dónde está Susan? ¿No pudo acompañarnos esta noche?

Papá se crispó, y la sonrisa de autosuficiencia se le borró de la cara.

—¿Suegro? —repitió él, atónito.

—Oh, ¿prefiere papá? Papá, ¿dónde está Susan?

—Mira, hijo de pe…

Mamá carraspeó e interfirió entre las groserías que estaban por lanzarse ambos.

—Umm —dijo ella— a mí me puedes decir Cecile, ya sabes —le guiñó un ojo a Adam—, cualquier chico tan guapo como tú, no tiene permitido decirme mamá, sería un pecado.

Luego ella tomó a Nicole de la mano para sacarla de en medio de la confrontación.

—Vamos cariño, muéstrame tu colección de fotos.

La niña nos miró a todos por un rato antes de girarse hacia mamá y emocionarse con el tema de las fotos.

—Sí, tengo muchas —dijo extasiada— ¿Sabías que cuando sea mayor me casaré con Harry Potter? Y Zayn será mi amante escondido bajo la cama… Por cierto, ¿qué es un amante? La bisabuela me dijo que en el matrimonio siempre era saludable tener uno secreto.

Justo a tiempo, su bisabuela interfirió y se la llevó apresuradamente, pidiendo disculpas a todos y amenazando a la niña con que sería la última vez que la dejaba ver Beverly Hills 90210.

Mamá las siguió a ambas y se perdieron en la cocina.

Cuando finalmente salieron de la sala, me giré hacia papá y hablé a toda velocidad.

—De acuerdo, los dos, deténganse —miré a Adam.

—Nena, tu papá empezó. No me mires a mí como si fuera el malo.

—Delincuente abusivo —atacó papá—. Quiero hablar con Anna en privado.

Adam me atrajo a su costado.

—El combo de cajita feliz viene conmigo incluido, y soy un juguete no reembolsable.

—Quiero hablar con mi hija… a solas.

—Soy un juguete adhesivo…

—Necesito preguntarle unas cosas.

—Prácticamente estoy cosido a ella…

—Son cosas personales las que quiero discutir…

—Entonces, suegro, va a tener que aceptarme en la conversación. Podemos discutir toda la noche de ser necesario… soy un juguete que incluye pilas de larga duración…

—¡De acuerdo! —gritó papá—. Jodido muchacho, seguramente fue así como lograste convencer a mi hija de aceptarte en primer lugar.

—Oh no, le hice un baile de mesa y ella no pudo resistirse a mis encantos —me guiñó un ojo.

Después de argumentar por un rato, los dos se cansaron de pelear y finalmente se quedaron callados para tratar el tema en cuestión.

Papá me hizo un gesto para que me sentara frente a él, pero Adam se sentó primero y luego me atrajo a su regazo para tenerme en sus piernas.

Me ruboricé, evitando mirar fijamente a mi padre mientras me acomodaba y pegaba mi espalda contra el pecho fuerte y firme de mi novio.

—¿Qué ocurre? —pregunté finalmente, aunque ya tenía una buena idea de lo que quería hablar: Mason.

—Quiero saber para qué vino ese infeliz. Sé sincera.

Suspiré con cansancio.

—Me dijo que quería hacer las paces conmigo. Luego se puso muy frenético cuando le conté que estaba embarazada y que Adam era el papá. Sinceramente no sé cómo consiguió la dirección… ni sé cómo se enteró que estaba viviendo aquí y no en otro lado.

—No me gusta nada de esto —comentó papá—. Aunque sospecho que tu madre puede tener algo que ver… ella está emocionada con esto del matrimonio que le cuenta a todo el mundo. Incluso a un vagabundo de la calle…

—¿Por qué no le preguntaste a Mason cómo se enteró?

Papá se puso nervioso, empezó a acomodarse los lentes y a limpiarse el sudor de la frente. Evitó mi mirada cuando dijo:

—Porque no estaba en condiciones para hablar en ese momento —se encogió de hombros—, sinceramente no lamento haberle roto un par de dientes. Se los merecía. Ah, y será mejor que seas tú la que presente una denuncia oficial para que den una orden de alejamiento en su contra. Ese chico está perturbado.

—Iremos los dos —aseguró Adam. Creo que dijo algo más pero yo sólo me quedé viendo a papá que no ocultaba su nerviosismo. Nunca contestó mi pregunta directamente.

—No quiero presentar cargos —dije en voz baja—. Estoy segura que él está arrepentido. Eso no significa que quiera volver a verlo pero…

—¿Estás bromeando? —Ese fue Adam—. Si él cree que puede generar problemas y que no va a tener consecuencias, entonces está muy equivocado. No puedes absolverlo de esto, Anna. Claro que vas a presentar cargos, ahora mismo.

—¿Podemos enfocarnos? —pidió papá—. Anna, lo cierto es que necesito que levantes esa denuncia contra Mason inmediatamente. Sólo tienes que dar testimonio ante el oficial y él emitirá la orden de alejamiento. Conozco un buen fiscal que puede ayudarme para que pase una buena temporada en prisión.

Adam y mi padre discutieron un poco más el tema pero mi mente estaba en otro lado. Ni siquiera logré preguntarle a Mason si sus disculpas eran sinceras. Lo cierto era que me estaba cansando del tema; no quería volver a verlo pero no le deseaba los males del mundo.

De pronto sentí una mano sacudiendo mi hombro.

—¿Anna, nena? —Adam me susurró al oído.

Finalmente regresé al presente.

—¿Sí? —respondí sintiéndome aturdida. Había estado ausente por un momento, divagando y no prestando atención a lo que papá y él hablaban. Finalmente me centré en la conversación.

—Con respecto a la boda, y aprovechando que está tu papá presente, ¿qué te parece si la hacemos en dos semanas?

Cualquier tema en el que estuviera pensando, se desvaneció de mi mente por completo.

Parpadeé para saber si había escuchado bien.

—¿Dos semanas? —me giré para ver a Adam a la cara—. ¿Estás bromeando? Es muy poco tiempo…

Él se encogió de hombros.

—Tengo prisa —murmuró—. Y creo que será difícil cuando tu estómago empiece a aumentar y no quieras moverte, o te quejes del vestido y… ¿o prefieres que sea después del nacimiento del bebé? Para mí no hay problema.

Acarició mi vientre, provocándome, y muy probablemente, provocando a mi padre que ahora estaba rojo de la cólera.

—Pero hay muchas cosas por hacer… el vestido, las flores, reservar el lugar…

—Es muy poco tiempo —se quejó papá—. Pero lastimosamente estoy de acuerdo con el delincuente tatuado, prefiero que mi nieto nazca en un matrimonio, a que sea llamado bastardo.

Me estremecí por un momento, preguntándome cuándo había tomado este giro la plática.

Comenzaron hablando de Mason, y ahora estaban haciendo planes de boda.

Dos semanas era casi nada. Tendría que estar preparando las cosas desde ahora. No podía planificar todo en poco tiempo, o conseguir que alguien lo hiciera por mí, pero lo cierto era que quería que los gemelos nacieran teniendo el apellido de su padre y al menos la ilusión de una familia formalmente hecha, o la idea de una. Pero dos semanas era muy poco tiempo.

Sabiendo que nunca cambiaría la posición de Adam, intenté negociar.

—¿Qué tal en dos meses? —sugerí.

Adam negó rápidamente.

—Mucho. Dos semanas.

—¿Un mes?

—Dos semanas.

—¡Tres semanas, por lo menos! —protesté.

—Eso es algo más razonable. Perfecto —Adam sonrió como el Grinch—. En tres semanas serás una Walker.

Papá gruñó mientras se cruzaba de brazos.

—Me parece demasiado rápido —dije en voz baja—. ¿Al menos puedo pensarlo primero?

—Nena, ¿qué es lo que tienes que pensar? —besó mi hombro mientras papá hacía muecas para nada disimuladas.

Quería decirle que tenía que pensar en si estaba lista para confiar en que él no huiría de mi lado. No había desaparecido en todo este tiempo, pero era claro que podía cambiar de opinión en cualquier momento.

¿Acaso él había olvidado los meses que me dejó abandonada? Porque a mí todavía me dolían, y tenía miedo… miedo de despertar una mañana y ver una nota pegada en donde me decía que se iba. Pero sacudí mi cabeza y me mentalicé a no ser una tonta. Adam me quería, él quería casarse conmigo y papá estaba aceptando… lo que significaba que el anillo de compromiso regresaría a mi dedo más pronto de lo que pensaba.



—¡Qué emoción! —dijo Shio cuando vio el anillo—. Es tan bello… perfecto. Oh, vamos a tener que hacerte una despedida de soltera… y luego un baby shower.

La chica con frenillos en los dientes, de cabello claro, a la que Shio estaba interfiriéndole el paso para agarrar una copia del libro “Sinsajo”, estaba rodando los ojos al escuchar las divagaciones de mi amiga.

Empujé un poco a Shio para que no interrumpiera con el tráfico de clientes que pasaban por esa sección, y la tomé de la mano para llevarla a la bodega (en donde Romeo abría una caja de libros nuevos).

Ambas lo saludamos y Shio regresó su atención hacia mí.

—Se me había olvidado decírtelo antes, pero Seth, el guapo chico al que le destrozaste el corazón, estuvo preguntando por ti la semana pasada.

—¿Ah, sí?

—Sí. Quiere discutir contigo algunas cosas de la universidad. Algo así como que quiere ser tu tutor en su tiempo libre…

—¿De verdad? —pregunté con genuino interés.

Shio asintió.

—Piénsalo de esta manera: tienes a tu prometido caliente, y Seth es un buen respaldo por si las cosas se ponen feas con Adam…

—Shio, sabes que no siento eso de Seth.

—De acuerdo. No me pongas atención a mí.

Ella tomó una pila de libros de cocina y empezó a cargarlos en sus brazos para hacer el intento de ponerlos en los estantes de exhibición.

—Oye, y no me has dicho nada de mi pelo —dijo ella agitando la cabeza, enseñándome su nuevo cabello color borgoña—. Me lo pinté especialmente para ese bombón de Will. Estudié comunicaciones por un año y medio, y estoy segura que puedo ayudarle en algo con respecto a la publicidad. Nos acercaremos más y espero causarle buena impresión.

—Umm… tengo que decirte algo en cuanto a eso —dije tomándola del brazo antes de que se internara en la librería— ¿Recuerdas la mujer con la que Adam hablaba?

—¿Con la que te pusiste celosa? ¿La chica que toma esteroides?

—Bien, pues ella es la esposa de Will. Y no le hizo nada de gracia ninguno de tus comentarios.

Todos los libros de cocina que cargaba Shio cayeron al suelo.

Maldijo en voz alta y luego comenzó a recogerlos antes que Laura la viera.

—¡No puedo creer que sea la esposa! ¿Es que estoy condenada de por vida a permanecer soltera, Señor? Y tampoco puedo creer lo boca floja que fui. ¡Le dije que su esposa era un hombre! Oh… Anna, mátame. Pínchame con un tenedor y acaba con mi sufrimiento. Debería empezar a fijarme en chicos feos… como Romeo, al menos son leales…

Romeo, quien recientemente estaba con la cabeza metida en una caja, fulminó con la mirada a mi amiga.

—Puedo escucharte —dijo él con amargura.

Shio rodó los ojos y continuó hablando de lo humillada que se sentía y de cómo nunca volvería a poner un pie en el gimnasio de Will.

—No te preocupes, dijo que se lo pasaría por alto —la tranquilicé—. Pero amenazó con echarnos si seguíamos hablando mal de su esposa.

Shio resopló.

—Ya decía yo que él era demasiado perfecto como para ser soltero. Es oficial, me quedaré solterona y viviré a base de crema de maní y mermelada de frambuesa, conviviendo eternamente con Mindy y sus animales extraños. O al menos seré la dueña de cincuenta gatos persas... y yo odio los gatos.

—Ay, no seas tan dura contigo misma...

—No —Shio me interrumpió y comenzó a negar con la cabeza—. No sigamos con el tema; ya sé la solución perfecta, voy a meterme a un gimnasio. A los chicos les gustan las chicas sin carne en los huesos, ¿verdad? Me voy a poner a dieta. Eso es todo.

Traté de decirle algo pero me interrumpió de nuevo.

—Ya no sigamos hablando de mí, mejor concentrémonos en ti. Tenemos una semana o dos para planificar tu despedida de soltera. ¿Ya elegiste a tus damas de honor? Y espero estar incluida, por supuesto.

Asentí rápidamente con la cabeza.

Salimos de la bodega, cargando cuentos infantiles de autores rusos.

Shio se mantuvo pegada a mi lado mientras me los pasaba y yo los acomodaba, sustituyendo a las viejas novedades por ellos.

—Rita, Mindy y tú serán mis damas de honor. Oh, y la sobrina de Adam será la que lleve los anillos... o eso me gustaría. Adam elegirá a los padrinos, por supuesto.

—Me encanta. Entre las tres te organizaremos una despedida de soltera de lo más caliente. Conozco una empresa de hombres de alquiler que están dispuestos a vestirse con apretados uniformes... ¡Agg! Estoy ansiosa por verlos.

—Espera ahí. No vayas a hacer algo salvaje, no estoy de muchos ánimos para nada en estos momentos.

—Sin problemas. Vas a pasar un buen rato, sin arrepentimiento.

Me guiñó un ojo y continuó arreglando estantes y ayudando a clientes que preguntaban por libros antiguos o especificaciones.

Quedé parada por un momento, en mitad del pasillo. Preguntándome si era una buena idea que me casara con Adam de esta forma tan apresurada. Probablemente estaba actuando como una tonta, pero de verdad sentía que estaba haciendo lo correcto.

Mientras me quedaba detrás del mostrador, junto a Mindy, un mensaje cayó en mi teléfono y discretamente lo revisé. Era de Adam.

¿Adivina a quién le dieron arresto domiciliario por una larga temporada? Al lame vacas.

Capítulo 8

Citas, piedras mágicas y ballenas de peluche

Semana 18

Últimamente tenía problemas para mantener las manos quietas y lejos del cuerpo de Adam.

Estaba segura que él lo disfrutaba al máximo.

A veces simplemente quería empujarlo contra la mesa del comedor y subirme a horcajadas para conectar sus caderas contra las mías, o sentir el maravilloso roce entre su pecho desnudo y el mío (sí, era una descarada hambrienta). Pero entonces recordaba que había más gente en la habitación y, milagrosamente, lograba contenerme. Aunque era obvio que no podía disimular mis vacilaciones. Por eso, él disfrutaba de mi tormento y trataba de provocarme acariciando mi muslo por debajo de la mesa en lugares públicos; o se llevaba mis dedos a su boca para limpiar cualquier resto de chocolate o crema que quedaba de ellos cuando terminaba de comer.

Me estaba torturando lentamente.

Lo odiaba por eso.

Y también lo amaba.

Justo estábamos sentados lado a lado, con nuestros brazos rozándose entre sí, poniéndome más caliente de lo que imaginé que un roce de piel provocaría, cuando, la puerta de la pequeña oficina se abrió por completo.

Una chica de piel pálida y de trenzado cabello color rojo se acercó hasta nosotros, extendió su mano para que la saludáramos, y tomó asiento frente al escritorio metálico adornado con muchos retratos de un perro chihuahua aparentemente llamado Thor.

—Es un gusto conocerlos —dijo ella con optimismo—. Mi nombre es Evelyn Blur, como ya saben; espero poder ayudarlos en lo que pueda.

Sonrió ferozmente. Tenía dientes perfectos, todos alineados y completamente blancos; seguramente pasó horas y horas en dolorosa cirugía dental… o eso me obligaba a creer para no aplastar mi ego.

Cada hebra gruesa de su cabello rojo estaba en su lugar, como si no les fuera permitido moverse un milímetro de su posición.

Evelyn apoyó el mentón entre sus manos y nos observó animadamente... demasiado animada para mi gusto.

Fue Adam quien se aclaró la garganta y habló por ambos:

—Soy Adam, y ella es Anna… mi futura esposa. Hablamos por teléfono.

—Oh, sí —ella se dio un golpecito en la cabeza como si fuera una tonta por no haberse dado cuenta antes— ya lo recuerdo, ¡son la pareja joven! Tengo entendido que la boda será al aire libre, ¿verdad?

Me miró directamente con esos ojos color zafiro; asentí con debilidad mientras trataba de no desvanecerme cuando Adam comenzó a trazar círculos en mi rodilla.

No me quedaba otra opción más que usar vestidos porque los pantalones ya no me cerraban; el bulto en mi estómago se estaba expandiendo y él se aprovechaba de eso.

—¿Y bien? —preguntó la organizadora después de unos segundos—. ¿Tienen un presupuesto que deba respetar?

—No hay presupuesto —contestó Adam.

Evelyn se echó hacia atrás en su asiento, reorganizando de forma inconsciente uno de los retratos de su perro.

—¿Sin presupuesto? ¿Eso quiere decir que aún no se han puesto de acuerdo en cuánto quieren gastar para la boda?

—No, no —negó Adam—. Eso quiere decir que no importan los gastos.

A ella se le ampliaron los ojos de emoción y casi le crecieron alas en la espalda.

Yo por mi parte estaba con la cabeza en otro lado; Adam apretó mi rodilla con más fuerza, y tuve que cerrar las piernas cuando subió su dedo por mi muslo. Comencé a morderme el labio inferior.

—Oh por… ¡Tenemos el infinito a nuestra disposición! —Chilló ella— hay tantas posibilidades. Pienso en hacer una entrada para la novia, montada en un caballo blanco…

Adam tosió para disimular la risa.

—Ella está embarazada —dijo.

Evelyn borró la sonrisa de su rostro. Parecía como si alguien le hubiera dicho que los unicornios no existían, o que las hadas no eran reales.

—De acuerdo, la idea de los caballos queda descartada. ¿Cuántos meses de embarazo tienes?

Intenté salir de la bruma de deseo que trepaba por mi piel, y finalmente encontré mi voz para responder.

—Cuatro meses y medio.

—Bueno, eso ciertamente limita mis opciones —contestó, llevándose una mano para peinar su larga trenza de sirena—. Pero no se preocupen; todo estará a la altura.

Sonrió y comenzó a abrir su agenda de cuero color negra, luego se puso a garabatear con un lápiz morado sobre una de las hojas en blanco.

Miré de reojo a Adam y aparté su mano de mi pierna.

—¿No hay presupuesto? —susurré recordándolo de repente—. Creo que debemos fijar uno.

—Estoy de acuerdo con la futura señora Walker —habló Evelyn, ampliando su sonrisa. Ella me recordaba a las hadas de los cuentos que leía de niña; todo, desde su cabello rojo fuego hasta su actitud extremadamente positiva, me hacían pensar que tenía rasgos de un hada o ninfa del bosque—. Hasta el cielo tiene un límite.

Adam se removió en su asiento para mirarme de frente.

—Anna, de verdad no me importa gastar lo que sea para que tengas una boda de ensueño.

Escuché un profundo suspiro por parte de la planificadora.

—Pero yo no quiero algo demasiado pretensioso. Me gusta la sencillez...

—¿Cómo? —interrumpió Evelyn— toda chica quiere parecer una princesa en ese día especial. Vamos, te lo mereces. Ambos se lo merecen. Mi dicho siempre ha sido: es mejor hacer algo a lo grande, o no hacer nada... Míralo como un presupuesto alto, pero siempre con un límite.

Adam asintió y enlazó su mano con la mía.

—Déjame gastar en ti —susurró él cerca de mi oído, mostrando confianza en sus ojos. Sabía que si rechazaba su dinero estaría hiriéndolo y pisoteando sus buenas intenciones, y yo de verdad quería complacerlo.

Con un suspiro de resignación asentí con la cabeza.

—De acuerdo. Lo merecemos —dije finalmente.

Evelyn aplaudió animadamente y luego comenzó a hablar de sus honorarios.

Más valía que esta mujer fuera mágica e hiciera llover dinero del cielo porque cobraba lo que yo difícilmente ganaba en seis sueldos.

Cuando terminamos, ella disparó pregunta tras pregunta sobre todo aquello que nos gustaba o disgustaba a Adam y a mí. Incluso nos pidió fotografías de cuando éramos niños para hacer una presentación que podría usar en la boda.

Curiosamente, aprendí más del misterioso Adam Walker de lo que nunca hubiera aprendido si se lo preguntaba directamente a él.

—No puedo creer que seas alérgico a las aceitunas —le dije una vez que salimos de la claustrofóbica oficina de la planificadora de bodas. Todavía no podía olvidar la expresión de

su cara cuando le dijimos que nos íbamos a casar en tres semanas, casi le dio un paro respiratorio.

Adam se encogió de hombros, como si fuera normal que la gente se intoxicara con aceitunas. Continuó tomándome de la mano y caminando conmigo mientras pasábamos una plaza con múltiples tiendas de ropa de marca.

—Lo descubrí de la peor manera cuando era niño. Mi cara se inflamó, mi garganta se cerró y todo mi cuerpo se sentía en llamas.

Negué con la cabeza, sintiéndome protectora con él.

—Pobre bebé —le toqué la mejilla y luego le di un beso corto en los labios.

Una de las esquinas de su boca se elevó.

—Y yo no puedo creer que le tengas miedo a la gente que es contorsionista —se burló de mí.

Le di un golpecito en el hombro como regaño por traerlo a colación. Había soltado ese pedazo de información en caso de que a Evelyn se le ocurriera contratar a contorsionistas exóticos para que bailaran mientras se daba la marcha nupcial. Esa mujer tenía ideas locas.

—No soporto verlos —admití con cierta vergüenza—, ¿acaso tienen huesos de goma?

Me estremecí de solo pensarlo. Antes que pudiera dar un paso más, Adam puso sus manos en mis hombros, deteniéndonos en medio de la calle

—Espera —me dijo— ¿No llevas puesto sujetador?

Noté que él miraba fijamente en dirección a mis pechos. No sabía cómo lo supo ya que el vestido era muy discreto, así que bajé la vista para ver si algo se asomaba entre la tela, pero no encontré nada extraño.

—No, ¿por qué?

Adam tragó saliva.

—Porque puedo ver tus pezones, están saludándome firmes y dispuestos.

Me sonrojé diez tonalidades más de lo normal. Todavía no me acostumbraba a su descarada manera de verme.

Él acercó sus manos a mi cintura y presionó su pecho contra el mío.

—Adam... estamos en medio de la calle —murmuré por si no se acordaba.

Al parecer no me escuchó y comenzó a besar mi cuello sensualmente. El viento levantaba un poco mi vestido, haciendo que la tela rozara detrás de mis rodillas. Agradecí no llevar zapatos altos o ya me hubiera caído al suelo de lo abrumada y delicada que sentía cada zona de mi cuerpo.

—¿Por qué no te pusiste sujetador? Aunque créeme, no me estoy quejando de la vista — preguntó él.

Volvió a besar mi cuello.

Las personas que pasaban a nuestro alrededor, o nos ignoraban, o sonreían al vernos.

Respondí con disimulo.

—Pues porque me molestaba. Si no te has dado cuenta, estas —señalé entre nosotros a mi pecho— están más grandes y pesadas.

Él sonrió de forma depredadora.

—Oh, sí. Las noté esta mañana, y el día anterior, y el anterior a ese —lamió cerca de mi oreja.

Justo cuando iba a comenzar a ronronear como gato y restregarme contra su pierna, él nos separó y me tomó de nuevo de la mano.

—Entonces vamos —dijo, empujándome en dirección a una de las tiendas de ropa femenina que recién habíamos dejado atrás—. Déjame consentirte y comprarte algo de ropa. No acepto un no por respuesta, necesitas nuevos sujetadores.

—¿Ahora? —pregunté—. Pensé que íbamos a casa lo más pronto posible.

—Tenemos tiempo de sobra. Ahora entra en esa tienda y comprémoste ropa.

—Pero yo quiero ir a casa... Llévame a nuestro dormitorio —me quejé como una niña.

Él negó con la cabeza, luciendo divertido por mi reacción.

—Adam... —supliqué.

Pero no me escuchó y me arrastró de todos modos a la tienda.

Dos horas después, iba con tres bolsas de papel en la mano y Adam cargaba otras seis.

Me hizo probarme un montón de vestidos de maternidad innecesarios, y luego se dedicó a comprarme zapatos confortables y sexys, así como muchos accesorios de los que iba enamorándome en el camino. Para cuando llegamos a la próxima tienda, ya tenía tres colgantes de la torre Eiffel, dos pares de pendientes de plata con forma de alas de ángel, y una hermosa pulsera decorada con pequeños libros y gafas de lectura que casi me hacen llorar de la emoción.

Cuando finalmente llegamos a la última tienda del día, me paralicé por completo.

—No puedo creerlo —murmuré asombrada desde la entrada del lujoso y moderno local—. Es ropa para bebé.

—Pensé que ya era hora de comprarle sus primeras cosas al pequeño —dijo Adam acariciando el bultito en mi vientre.

—Wow.

Eso fue todo lo que pude murmurar. Cuando salí de mi estupor, me enfoqué en ver a mi hermoso y tatuado chico, y besar su mejilla.

—No puedo creer que me hayas acompañado toda la tarde —le dije—. Por lo general los hombres se desesperan cuando hay que ir de compras.

—Admito que sí me desesperé —sonrió disculpándose—, pero reservé lo mejor para el final. Valió la pena la espera... Oh, pero ya verás lo que conseguí. Quédate aquí y yo te muestro.

Adam caminó dentro de la tienda (seguido de cerca por mí), y se dirigió hacia una dependienta, sonriéndole y señalando enfáticamente hacia un corto pasillo que llevaba más allá de las estanterías de zapatos.

Ella asintió y le pidió que la siguiera.

—Quédate aquí —me dijo él. Luego desapareció con ella y me distraje viendo todo lo que había a mi alrededor.

No solo había ropa, sino que también muebles y lo posiblemente importante para la vida del bebé.

Me acerqué sigilosamente hacia una estantería de mamelucos pulcramente doblados. Tenían un mensaje en la parte frontal que inmediatamente llamó mi atención: Hace nueve meses, mi mamá leyó 50 Sombras de Grey.

Había un dibujo de unas esposas justo por debajo del mensaje.

Me puse a reír en plena tienda.

Habían cientos de esos mamelucos en todos los colores con diferentes mensajes; algunos parecidos al que me regaló Key algunos meses atrás.

Tomé uno blanco y lo acaricié con la yema de los dedos.

Sacudí la cabeza y dejé el pequeño traje junto a los demás; y fue justo a tiempo ya que Adam venía corriendo en mi dirección.

—¿Qué opinas? —preguntó cuando estuvo frente a mí. Llevaba las manos ocultas tras su espalda, cuando la sacó, me enseñó una mini chaqueta negra, muy parecida a una que él tenía, y luego, de la otra mano sacó un par de Converse rojos tamaño miniatura—. El otro día pasé por aquí y los vi a través de la vitrina. Le pedí a la chica que los apartara para mí, quería enseñártelos antes de tomar la decisión de comprarlos. ¿Qué opinas? Todo el look de chico malo.

No pude evitarlo. Me puse a llorar.

La sonrisa de Adam titubeó y bajó los brazos con la ropita de bebé. Dio un paso más cerca de mí y me hizo alzar la barbilla con un dedo.

—¿Anna? ¿Qué ocurre?

Negué lentamente, viéndolo a través de mis lágrimas.

—¿No te gusta? —me preguntó, alarmado— siempre podemos cambiarlas, sé que aun no sabemos el sexo del bebé, y estoy totalmente dispuesto a exigirla en color rosado si resulta ser una niña pero no es necesario que...

—No es eso —lo interrumpí entre sollozos—. Me encanta.

—¿Entonces qué es?

—No puedo creer lo pequeño que es el conjunto. Se va a ver adorable... —rompí a llorar de nuevo.

La dependienta, una mujer como de treinta años y de figura menuda, me ofreció un pañuelo desechable; me miraba con simpatía, como si fuera normal que las mamás entraran llorando todo el tiempo en la tienda.

—Nena, deja de llorar. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Agua, una soda? ¿Una manzana?

Me pegué a su pecho y escondí mi rostro de las otras personas que intentaban comprar. Los brazos de Adam me rodearon instantáneamente.

—Quiero chocolate —dije contra su duro estómago.

—De acuerdo, iré a traértelo. ¿Crees que puedo dejarte sola por un rato? Como verás, no traigo chocolate conmigo.

Asentí, restregando mi cara en su camiseta, sin decir nada más.

—Bien. No tardo mucho. Deja de llorar y mira más ropa.

Volví a asentir.

—Y también ve a la crepería de unas calles abajo —dije sorbiéndome la nariz—. Quiero un crepé de Nutella con fresas.

Alcé la cabeza e hice un puchero.

Él sonrió adorablemente y me besó en los labios antes de asentir y darle a la empleada la mini chaqueta y los Converse.

—Me va a tomar unos minutos. Vuelvo cuanto antes.

Con un último beso partió de la tienda hacia la calle.

Era un buen chico. Lo amaba y no tenía duda alguna.

En cuanto salió de mi visión me giré hacia la dependienta y me sequé las lágrimas lo mejor que pude.

—De acuerdo —dije con voz calmada pero firme—. Esto es lo que vamos a hacer: estoy esperando gemelos, él no lo sabe —la mujer amplió enormemente los ojos—. Así que por cada cosa que él o yo apartemos, usted va a tomar otra igual y la va a cobrar y a esconder muy bien dentro de las bolsas sin que él se dé cuenta, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —aceptó ella, dudando por unos segundos—. Se va a llevar una enorme sorpresa cuando lo sepa. ¿Quiere que busque otra chaqueta del mismo color?

Extendió la que tenía en la mano.

—Sí, definitivamente.

La mujer comenzó a avanzar hacia donde estaba el resto de chaquetas, pero antes de seguirla, me volví en dirección a los mamelucos que había visto primero, y tomé dos de color blanco.



—¿Y si tenemos una cita? —me preguntó Adam al oído mientras acariciaba mi espalda desnuda. Estaba a punto de dormirme y descansar perezosamente sobre las sábanas que llevábamos horas sudando, pero al oírle decir “cita” me desperté.

Giré de lado para verlo a la cara, y lo noté distraído, trazando círculos alrededor de uno de los lunares de mi hombro.

—¿Una cita?

—Nunca tuvimos una —dijo encogiéndose y observando atentamente mi piel.

—¿Una cita como: cine, comida y paseos a la orilla del mar?

Frunció los labios y dejó de atormentar mi piel. Sus ojos verdes se alzaron para ver los míos.

—Puesto así suena cursi. ¿Qué tal pizza, juegos, cerveza y chicas?

Lo golpeé de inmediato en el hombro.

—¡Ay! Solo estaba bromeando… tranquila. No más chicas para mí.

Sonreí afirmativamente.

Él encajó sus brazos en mi cintura y rápidamente nos dio vuelta para dejarme arriba, sobre su pecho.

La sábana que tapaba modestamente mi desnudez se fue deslizando hasta quedar sujeta únicamente por mis caderas. Adam aprovechó para acariciar mis brazos y mirar sin ninguna vergüenza o pudor mis senos antes de encontrarse con mis ojos.

—Tengamos una cita. Prometo comprarte flores —besó mi clavícula— chocolates, y te traeré a casa antes de las diez.

—Mmm... No salgo con chicos mayores. A mi papá no le va a gustar.

—Entonces veámonos a escondidas —besó mi cuello mientras su mano bajó a mis caderas y retiró la sábana que tapaba poco—. Me gusta el peligro, y al parecer, te gusto más cuando soy prohibido.

Escondí mi cara en su cuello y reí como idiota.

—Deja de decir esas cosas. No me gustabas más por ser prohibido y anduvieras con mi prima.

—¿Ah, no?

—No, creo que me empecé a enamorar desde que me lanzaste comida en el restaurante.

—Pensé que fue por mi baile candente en esa mesa. Lo puedo recrear para ti.

Él sonrió brillantemente, besando mi boca y saboreándome con su lengua.

Reí en voz alta.

—¿Puedes recrearlo? —levanté una ceja, desafiándolo.

—Claro que sí, dame un minuto y me muevo como Jagger.

Me guiñó el ojo, saltó completamente desnudo de la cama, y alcanzó su celular para poner la misma canción que estuvo bailando aquel día cuando hizo un estriptis: Moves like Jagger.

La canción comenzó a sonar y él se puso a mover las caderas. Mientras tanto, mi cara ardía en calor al tener una vista de primera mano de su cuerpo desnudo.

—No puedes hacer un buen baile —dije con la voz ronca—. No tienes ropa, se supone que necesitas estar vestido para hacer un estriptis.

Me aclaré la garganta y me aferré a la sábana.

Adam notó mi rubor y sonrió ampliamente sin disimular su satisfacción.

Se acercó hasta mí y me tomó de las manos, obligándome a ponerme de pie.

—Ven aquí, Annabelle.

Él nunca me llamaba por mi nombre completo; se sentía increíble cada vez que lo hacía.

Intenté levantarme con todo y sábana para tapar mi cuerpo, pero él me la arrebató y la lanzó hacia la cama.

—¡Adam! —todavía sentía vergüenza estando desnuda ante él. La última vez que no intenté cubrirme fue aquella noche cuando me corrió de su apartamento y no dejó que volviera de nuevo. Ese día bien pudo ser cuando me quedé embarazada de los gemelos.

Suspiré y traté de no taparme con las manos.

Adam se puso a bailar a mí alrededor, siempre moviendo las caderas y los pies mientras la canción continuaba sonando.

—Baila conmigo.

—¡Estamos desnudos!

—Sí, y es una vista de millón de dólares. Ahora muévete, no vas a querer que repitamos lo que sucedió en aquella ocasión.

Traté de recordar qué había hecho antes, cuando me negué a subir a la mesa y bailar con él.

—Me cargaste en tu hombro y me sacaste a la calle —dije finalmente recordando—. Luego prometiste llevarme hacia tu lugar de trabajo.

Él echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reír con fuerza.

—Es cierto. Mi trabajo.

Hice un puchero e intenté quitarle el celular de la mano para que apagara la música. Fue en vano.

—Este no es un buen momento para mencionarme eso —me crucé de brazos, sentándome en la cama.

—De acuerdo señorita Green, futura señora Walker, no hablemos de eso. Pero, ¿qué tal si salimos a una cita? Trataré de no ser tan cursi.

Apagó la música y se subió a la cama conmigo, llevándome a su regazo en donde coloqué mis piernas a ambos lados de sus caderas.

Observé atentamente sus tatuajes en medio de la penumbra. Repasé mis favoritos con el dedo y le di un beso a Bambi con su mirada desenfocada y bizca.

—Bien, aunque no es necesario que me lleves a ningún lado extravagante y caro —tomé su mano y besé también el tatuaje de mis labios que se había hecho en la muñeca.

—Te llevaré a un lugar especial. Ya verás, no te preocupes por el dinero. Deja que yo me encargue —murmuró apartando el pelo de mi frente.

Sonreí y lamí su barbilla, sintiéndome más juguetona de lo que me sentí en los primeros meses del embarazo, donde la doctora Bagda me aseguró que los deseos de mi cuerpo se iban a intensificar.

—De acuerdo, pero recuerda que mañana en la tarde debo ir a trabajar. Creo que soy la única empleada en toda la librería que recibe más vacaciones de lo normal.

—Pero te dije que no era necesario que trabajaras. El dinero de mis padres aumenta con cada año en las inversiones, y me hace feliz gastarlo en algo bueno.

—¿Uh? ¿Algo bueno? ¿Quiere decir que cuando le pagabas a Cliff estabas haciendo un buen uso del dinero? —Lo miré con reproche.

—Claro que estaba haciendo buen uso. Cada cosa que tenga que ver contigo es buena inversión.

Adam besó mi boca una vez más, atrayendo sus caderas con las mías, moviéndose a los lados para buscar una posición cómoda en la cama.

—Mañana te llevaré a un buen lugar, y pedirás día libre en el trabajo. Te lo deben… por maternidad y eso —dijo mientras besaba mis pechos y arrastraba pequeños lametazos en mi cuello— pero ahora, prefiero que hablemos menos y hagamos más.

Pronto nuestros susurros se convirtieron en silencio, jadeos, y una noche completa de desvelo.

Para tener un embarazo de cuatro meses, mi vientre se encontraba hinchado y un poco abultado; parecía como si mis pechos también hubieran aumentado de la noche a la mañana porque los podía notar más llenos que hace dos semanas atrás.

Tenía que hacer pausas constantes mientras intentaba ordenar la casa y las habitaciones ya que me dolía la espalda, y mis caderas sufrían de pequeñas punzadas. Pasé sentada en la cama de Nicole durante una hora hasta que mis huesos dejaron de doler y me levanté sin

ningún problema, despidiéndome de los cientos de pósters de artistas masculinos, bailarinas, y cantantes que decoraban las paredes de su habitación color rosa. Últimamente ella pasaba en clases de ballet o con su tutora (que me daba miedo); o intentando convencer a Adam para que la dejara tomar deportes y enviarla a un campamento de verano para conocer más gente de su edad que compartiera su misma pasión por la música y los ositos de goma.

La abuela de Adam también casi nunca se encontraba en casa, y el siguiente mes se iría a un crucero en el Caribe. Llegaría para la fecha destinada del nacimiento de los bebés y se quedaría para ayudarme en lo que quisiera. Ella nunca dejaba de ser amable conmigo y me palpaba el vientre mientras me abrazaba en los desayunos. Sospechaba que ella sabía algo de los gemelos; no dejaba de verme como si supiera que yo tenía un secreto y esperaba pacientemente a que se lo contara, pero cuando le preguntaba si algo andaba mal o trataba de despistarla, ella se limitaba a sacudir la cabeza y a decirme que su nieto no pudo haber encontrado una mejor chica.

Adam era otro ausente por las mañanas y también en algunas tardes, pero como me había prometido una cita, esperó a que todos en la casa se marcharan y nos quedamos solos (acompañados de su perro, Carlo, y Ricky Martin, el hámster que me regaló Mindy).

Dentro de unas semanas me tocaría reunirme con la doctora Bagda y pensaba en llevar a Adam para finalmente revelarle la noticia; no quería mantenerlo para siempre en la oscuridad y privarlo de saber esa gran información. Era hora de conocer su reacción cuando supiera que eran dos bebés en lugar de uno.

—Nena —me llamó él desde la cocina, estaba de pie, desnudo de la cintura para arriba y lamiendo una cuchara de lo que parecía crema de maní.

—¿Qué ocurre? —pregunté sentándome frente a él, tomando primero un poco de yogurt de frutas de la refrigeradora, devorándolo con avidez.

—Evelyn quería vernos esta tarde. Le cancelé porque tú y yo tenemos una cita.

—No era necesario cancelar. No vamos a estar todo el día en la cita, y ocupamos hablar con ella o si no va a intentar contratar al Circo du Soleil para la boda… o quizás intente liberar flamingos rosas cuando diga acepto.

—Pero lo que tengo planeado dura muchas horas…

—¿Y qué es lo que tienes planeado? Ya me dio curiosidad.

—No, no, no. Lo sabrás hasta que estemos allí… por cierto, llamaron los de la tienda de ropa para bebés. La chica que nos atendió dijo que tenían la camiseta que les pediste el otro día, la que decía “Ángel de mamá”. Te la van a enviar junto con otras cosas que solicité.

—¿Qué pediste? —removí mi yogurt con curiosidad, sintiéndome insatisfecha con el sabor. De repente me entraron ganas de comida china.

—Una cuna.

Al escucharlo casi me pongo a llorar. Mis hormonas estaban más revueltas de lo usual.

No pude terminar el yogurt porque rápidamente mis ojos se llenaron de lágrimas al pensar en una cuna para los bebés.

Dormirían juntos y abrazados, así como estaban durmiendo y formándose en mi vientre.

Adam corrió a mi lado, abrazándome y acariciándome el pelo.

—¿Por qué lloras? ¿Todo está bien?

Asentí sin muchas fuerzas.

—A veces pienso que seré una terrible madre —admití—, pero esos pensamientos se van cuando imagino lo pequeño que será nuestro bebé, o lo confiado que estará en que nosotros hagamos un buen trabajo. Ya quiero tenerlo conmigo, aun cuando sé que no estoy preparada al cien por ciento.

—Anna… yo tampoco estoy preparado, pero aprenderemos las cosas, juntos. Además tenemos unos cuantos meses de preparación. Y yo aprendí bastante criando a Nicole; hace unos tres años la hubiera dejado alimentarse de pasteles y pizza. Ahora la consiento con conciertos de niños lindos con nombres raros.

Sonreí aunque no quería hacerlo.

—¿Niños lindos? ¿Sabes que ella un día se enamorará de alguien y se va a casar? No puedes ponerte celoso y sobre protector todo el tiempo.

—Todavía tengo unos años más… hasta que tenga veintisiete, no lo olvides, tienes un colgante que te lo demuestra.

No fue sino hasta que se alejó de mi cuerpo, para que le diera un beso en la barbilla, que noté una cosa.

—¡Adam! ¡Estás desnudo! ¡En la cocina! Ve a ponerte pantalones inmediatamente.



—¿Qué hacemos aquí? —pregunté cuando nos detuvimos en el estacionamiento de lo que parecía ser un parque de atracciones mecánicas, la música a alto volumen se podía escuchar desde donde estábamos— ¿Sabes que no podré montarme a ninguna de esas cosas?

Señalé la montaña rusa y luego a otro juego que tenía la forma de un martillo. Eso sin duda reorganizaría mis intestinos o seguro intercambiaría de lugar a los gemelos.

—Lo sé —dijo Adam estirando su brazo y pasándolo encima de mi hombro—. Pero no te puedes perder la experiencia de las demás cosas. Comida frita, manzanas acarameladas, algodón de azúcar y algunos juegos en los que no necesitas hacer más que un movimiento de brazos.

—De acuerdo —sonreí al ver el primer puesto de manzanas cubiertas en caramelo—. Quiero una de esas… oh, y tienes que ganar un enorme oso de peluche para mí.

Él me dio un beso en la frente.

—Ganaré todos los que quieras.

Nos pusimos a caminar hacia la fila de manzanas, y en cuanto tuve una en las manos, le di una mordida enorme. Mi fascinación por ellas nunca se iría.

Luego pasamos la mayor parte de la tarde jugando a tiro al blanco con las pistolas de agua.

Adam ganó un pez dorado y un cocodrilo de peluche. Nos parábamos en los puestos de comida callejera y volvíamos a jugar otra cosa.

Intentamos derribar bolos y botellas, pero mi brazo era torpe y tenía una mala puntería. Adam por su lado, ganó la popularidad entre la gente, haciendo pequeños bailes cada vez que obtenía un nuevo peluche u otro pez dorado.

Pronto me encontré con demasiado por cargar, y tuve que ir regalando algunos de los premios en el camino.

Mi prometido era bastante solicitado y llamativo entre las chicas. Más de una intentó ponerle los brazos encima, pero rápidamente me acercaba a él y limpiaba el sudor de su frente o le acariciaba los bíceps para marcar territorio. No podía dejarlo solo porque la competencia estaba dura.

Después de unos minutos mi vejiga no soportó más y me urgió ir al baño lo más pronto posible.

—Tengo que ir al baño —le susurré mientras él intentaba encestar aros de plástico en cientos de botellas con premios.

Inicialmente Adam llegó usando una camisa de manga corta, pero se la había quitado desde hace horas, dejándose únicamente la camisa sin mangas que llevaba por dentro. Su torso estaba sudado y su cabello negro se encontraba revuelto.

Sus tatuajes lo hacían ver peligroso, y atractivo como un chocolate de origen suizo.

—¿Quieres que te acompañe? —apartó un mechón de pelo de mi frente.

Negué con la cabeza y le di un casto beso en la mejilla.

—Los tienes encantados a todos —le señalé la pequeña multitud que había atraído. Él sonrió y se mordió el labio de manera sexy.

Por inercia mordí también el mío.

—De acuerdo, pero si en cinco minutos no has aparecido iré a buscarte y no me importa meterme en ninguno de esos baños hasta encontrarte, ¿de acuerdo? ¿Llevas tu celular?

Asentí con la cabeza y palpé el bolsillo de mi vestido floreado.

—Bien. Llámame si no logras ubicarme.

Estaba a punto de irme, cuando, una chica en diminutos shorts y camisa escotada se paró a su lado y le miró descaradamente el trasero. Ella se sentó frente a la mesa de lanzamientos y no dejó de lamerse los labios mientras lo observaba de los pies a la cabeza.

Perra.

Le di una mirada de advertencia a Adam antes de lanzarme hacia adelante y tomarlo del cuello para que sus labios bajaran y se golpearan con los míos en un beso exhaustivo.

Saqué mi lengua y mordí su labio inferior, haciendo movimientos que nunca pensé que se podían hacer con la boca.

Luego lo solté y sonreí malévolamente hacia la chica de shorts (y a cualquier chica en general) para que supiera que este chico ya estaba reservado y apartado para mí.

—Procura alejar a las moscas —dije lo más fuerte que pude.

Adam se rio con fuerza y me miró lleno de orgullo.

Finalmente, y después de dar vueltas durante unos minutos, encontré los baños portátiles ubicados cerca del estacionamiento. Cuando salí, una mujer con afro y ropa colorida estaba esperando su turno a pesar de que los otros baños estaban desocupados.

Me hice a un lado para evitarla, pero ella se movió al mismo sitio que yo, y no me dejó salida. Volví a repetir el movimiento pero ella me bloqueó el paso.

Finalmente me crucé de brazos y busqué sus ojos.

—Tranquila —me dijo con una voz inocente e hipnótica—. Pensé que eras una persona con cierta creencia en lo sobrenatural… leo las cartas y hago predicciones muy acertadas sobre el futuro. ¿Te interesaría saber algo?

Rodé los ojos y me aparté de su lado.

—No se preocupe, mi madre “trabajó” de eso durante mucho tiempo. No lo necesito.

Ella frunció el ceño, y por alguna razón examinó mi rostro con cautela.

—¿Tu eres la hija de Cecile? —su cara se iluminó—. Claro, Annabelle, ¿cierto? ¿No te acuerdas de mí? Yo te cargué cuando eras una miniatura de cuatro años; en ese entonces usabas mucho estampado de leopardo.

Hice una mueca y traté de reconocerla de alguna parte pero su rostro no se me hacía conocido.

—Soy hija de Cecile —le confirmé— pero lo siento, no me acuerdo de usted.

—Oh, dime Renata, cariño.

Me tomó del brazo y me encaminó de nuevo a la feria, pasando un puesto de algodón de azúcar y palomitas.

Pasamos varias carpas de venta, y finalmente se detuvo ante un puesto de lectura de mano. “Renata Sabe tu Futuro” se leía en letras doradas sobre un fondo rojo.

—Oh, Renata, yo de verdad tengo que volver…

—No te preocupes, no te cobraré nada —aseguró—. Vamos, entra, te haré una lectura completamente gratuita. Nunca le cobraría a la hija de Cecile.

—Eso me halaga pero…

—Ven, vamos. Apuesto a que quieres saber lo que te dice el futuro. Tu madre me enseñó todo lo que sé.

Y eso era preocupante.

Entré a regañadientes, y Renata me indicó que me sentara en una felpuda silla de tela dorada que se situaba frente a una mesa redonda que lucía intimidante.

Quería explicarle que yo no creía en ninguna de esas cosas, pero ella se emocionó tanto que encendió unas velas con aroma a cerezas y puso a Justin Timberlake como música de fondo.

—Bien. Comenzaré lanzando las piedras mágicas —sacó un bolso de terciopelo y lo puso sobre la mesa. De ahí tomó unas piedras de diferentes colores y con distintos grabados. Pude visualizar un pez antes que ella revolviera las piedras y tratara de mezclarlas.

—Me siento orgullosa de decir que yo inventé este pequeño pero asertivo juego —sonrió enormemente—. Indica con calidad y precisión tu futuro y hasta tu presente. Comenzaremos con este. Voy a meter estas piedras de nuevo a su bolsa, y las separaré. En una bolsa hay colores sólidos, y en la otra, símbolos o animales. Haré que tomes ocho; cuatro serán de la bolsa que contiene las piedras de colores, y las otras cuatro serán los animales. Las colocarás sobre la mesa y entonces podré leerlas e indicarte cómo funcionan. Tienes que colocarlas justo como las agarraste de la bolsa.

Metió las piedras de nuevo, y las removió hasta que estuvo satisfecha con el resultado.

Abrió la bolsa y me indicó a que metiera la mano y tomara cuatro.

Todo me parecía absurdo pero me vi incapaz de ignorar el brillo en los ojos de la mujer.

Finalmente saqué las primeras tres piedras, y cuando iba a colocar la última, mi celular interrumpió el acto.

La canción de Lenka, Dangerous and Sweet, empezó a sonar en toda la pequeña habitación.

Era Adam.

Accidentalmente lancé la piedra al suelo, cerca de la mesa. Iba a recogerla cuando Renata pegó un grito agudo.

—¡NO! No la muevas, es el destino quien quiso que esa piedra fuera a parar al suelo. Déjala allí.

—De acuerdo —pronuncié lentamente—. Lamento interrumpir la sesión pero tengo que responder esta llamada. Es de mi novio.

—¿De tu novio dices? Oh, esto también es obra del destino. Seguramente todas las predicciones de las cuatro piedras sean de tu futuro junto a él. No respondas.

—Pero ya me tardé más de cinco minutos y él es capaz de llamar a las fuerzas armadas si no me encuentra en los baños…

—Querida, es hora de comenzar. Es mejor que él no esté cerca, créeme. Soy la experta.

Dudé por un instante. Luego apagué el celular y me apresuré a relajarme. Cuanto más rápido acabara ella, más cerca estaba de mi libertad y de Adam.

—Bien. Pero por favor sé rápida.

—Claro, claro. Ahora, toma cuatro piedras de esta otra bolsa. Aquí sólo habrá colores. Las colocarás debajo de las piedras con símbolo que sacaste primero.

Y así lo hice.

En la primera piedra se podía ver el dibujo de un caballo, y bajo esta coloqué una de color rojo que saqué de la bolsa.

En la segunda se podía observar un león, y debajo de esta había una piedra naranja. La tercera era un gato, y su piedra de color era la marrón. La última piedra estaba en el suelo pero no podía apreciarla desde donde estaba, pero su color era el violeta.

—Ahora, a leer —dijo Renata muy entusiasmada—. El caballo es símbolo de fidelidad… pero combinado con el color rojo significa peligro —hizo una mueca y luego me dio una mirada de disculpa—. Lamento decirlo pero creo que tu fidelidad está en peligro. Ya sea de tu parte o de tu pareja… y el siguiente que es un león, claro indicador de un animal que espera, observa y luego actúa, mezclado con el color naranja que es resistencia y la determinación… me temo que pueden venir tiempos difíciles en los que tendrás que perseverar y ser cautelosa como león. Es importante que recuerdes no ceder ante tu propia impulsividad, tienes que ser paciente y esperar el momento adecuado para actuar.

Ella se aclaró la garganta, y en lo profundo me pregunté si tenía algo que ver con la noticia de los gemelos y mi decisión de contárselo a Adam. Pero me resultaba un poco imposible, él era el padre, claro que tendría que saberlo.

—El gato —continuó Renata. Antes que pudiera decir más, la voz de Christina Aguilera cantando CandyMan desde su equipo de música, interrumpió el aire de intimidad en el ambiente—. Lo siento —Renata se apresuró a levantarse y acercarse al estéreo. Comenzó a reproducir la siguiente pero era otra igual de movida que la primera—. Lo lamento, de verdad. Mi hija suele manejar la música… —dándose por rendida, ella dejó puesta la canción de CandyMan—. Sigamos. El gato: Independencia. Marrón es acción. Tendrás que ponerte en acción dentro de poco tiempo; tienes que aprender a ser una persona independiente porque creo que te tocará serlo por un largo periodo de tiempo. No dudes. Y por último… —ella corrió al suelo, como vio que no la seguía, me impulsó a que la acompañara y me arrodillara frente a la piedra. Me puse en cuclillas con mucha dificultad—. ¡Es un mono! El mono representa, y ya que tiene que ver con tu novio porque la tomaste cuando él te estaba hablando, quiere decir que él tiene una personalidad curiosa, divertida y con gran poder de convencimiento. Ahora, el color por otro lado… —se puso de pie y corrió a la mesa para ver el color. Ni siquiera pude moverme con velocidad cuando ella ya estaba diciéndome qué color era—. Violeta… relacionado al amor.

Rodé los ojos. Claro, cuando era sobre Adam las cosas salían exactas.

—Te enamorarás de este muchacho… si es que no estás enamorada ya.

—Nos vamos a casar dentro de poco —dije aun con mis rodillas en el suelo. Renata se fue a colocar a mi lado y me ayudó a ponerme de pie.

—Wow, las predicciones son ciertas.

—Y… estoy embarazada de su bebé —acaricié mi vientre en proceso de formación.

A ella se le ampliaron los ojos enormemente.

—Tu madre no me dijo nada.

—Sería un milagro, creo que no hay familiar o pariente que no sepa que lo estoy a estas alturas. En fin, agradezco la… ¿lectura de piedras? Fue… entretenido. Me temo que tengo que irme.

—No te vayas —suplicó tomándome del brazo—. Te haré una rápida lectura de manos.

—Es que debería estar moviéndome porque…

—Por favor.

No sabía cómo pero terminé dejando que me hiciera una lectura de manos, una segunda lectura de piedras y también de cartas (que ella misma había inventado).

Pasaron muchos minutos hasta que finalmente me dejó salir de su tienda, no sin antes prometerle que la invitaría a la boda… y le dejaría acampar su tienda para que los invitados tuvieran una lectura de mano privada. A este paso tendría que hacer la boda en un país extranjero para que ella no nos encontrara.

Caminé hacia el puesto donde había dejado a Adam jugando, y encendí mi celular justo cuando varias notificaciones de mensajes aparecían en la pantalla.

Todas de Adam. Estaba furioso porque no podía encontrarme.

Ni siquiera revisé cuántas llamadas perdidas me dejó porque inmediatamente estaba llamando.

—¿Anna?

—Lo siento, cariño…

—¡Me diste el susto de mi vida! Envejecí diez años en una sola noche. Nena, dónde estás. Te busqué en los baños pero no te encontré.

Cuando iba a responderle, un grupo de chicos en una de las atracciones, empezaron a gritar desde el juego. Tuve que taparme los oídos para escucharlo hablar.

—¿Dónde estás? —pregunté por sobre los gritos—, voy a buscarte.

—… cerca de donde compramos las manzanas…

—¿Qué? —los gritos y la música que resonaban a todo volumen no me dejaron escuchar bien.

—… manzanas, en donde…

—Oh, ya sé dónde estás. No te muevas, yo te busco.

Colgué y me apresuré a través de toda la feria para encontrarlo.

Había mucha gente y no podía verlo por ningún lado.

Después de unos minutos visualicé a un atlético chico de cabello negro, cargado con muñecos de peluche y dos bolsas con peces dorados. Esas eran las cosas que le dejé antes de ir al baño, aunque parecía que había acumulado más osos pandas y una ballena de peluche. Era Adam, sin duda.

Me acerqué hasta él mientras lo veía ofrecerle un oso panda a una niña que se le quedó viendo con fascinación, y luego la saludó con la mano.

Él era como un niño grande y bello. Un mono como lo había descrito Renata.

Estaba a dos pasos de llegar a su lado, cuando noté la mano con manicura francesa que le sujetaba el bíceps. Era la chica de pantaloncillos cortos y blusa reveladora, la misma que se quedó sentada frente a él mientras yo iba al baño.

Adam no reconocía la presencia de la chica, y ella aprovechó a darle la vuelta y sonreírle atractivamente. Como él iba cargado con toda la parafernalia que ofrecía la feria, no pudo retraerse cuando ella se le acercó y le plantó un beso en la boca.

Vi todo rojo a partir de ese momento.

Me acerqué hecha una furia hacia ellos, dispuesta a romper algunos cuellos.

El primero en notarme fue Adam, con sus ojos verdes abiertos en miedo… miedo a lo que pudiera creer de él y del beso que la chica indecente le había dado.

La tipa me notó después, lo que fue un grave error porque la agarré del pelo y le obligué a separar su brazo esquelético del cuerpo de Adam.

—¿Por qué estás besando a mi marido? —le grité, aun sujetaba su grasoso cabello.

—¿Tu marido? No lleva anillo —dijo ella, liberándose de mi agarre. Sacudió su cabeza y se llevó ambas manos a sus caderas—. Además, él me pidió que lo besara.

Rodé los ojos.

—Esa es la excusa más patética que he escuchado. Es.mí.esposo. y soy muy posesiva con él. No te atrevas a mirarlo, porque si no, me veré en la obligación de sacarte los ojos. No lo respires porque te patearé en los pulmones… y definitivamente no lo toques.

—Insensible asquerosa —me dijo, echándose a correr en la dirección contraria a la mía.

—¿Cómo me llamó? —gruñí—. Oh, no. Esto no se queda así.

Intenté seguirla pero Adam me sujetó de la cintura. No dejaba de sonreír como si se sintiera orgulloso de mí.

—Nena, tranquilízate. Déjala ir.

—Oh claro, y tú encantado besándola. ¡¿Por qué no la escupiste?! Tuviste la oportunidad de golpearla con el pez dorado y no lo hiciste. ¿Qué pasa contigo?

—Wow, Anna, la pregunta aquí es ¿qué pasa *contigo*? Ni siquiera sabía que ella estaba ahí. Tranquilízate y habla conmigo.

Noté que había dejado caer varios de los animales de peluche al suelo, comencé a recogerlos para llevárselos a Nicole.

Adam me ayudó con los peluches y me obligó a alzar la vista para que hablara con él.

—Annabelle… por favor no creas que lo hice a propósito. A la única a la que le pertenecen mis labios eres tú.

—Lo sé —dije haciendo un puchero—. No se te vaya a olvidar. Es que… ¡Aggg! Tú eres aquí el celoso, no sé por qué estoy invirtiendo papeles. Sé que me eres fiel, lo entiendo. Te amo, y al parecer te ama casi toda la población femenina.

—¿Casi toda?

—No me tientes.

—De acuerdo. Vamos, es hora de llevarte a comer comida decente.

Extendió su mano para que yo la tomara, y luego besó mis dedos.

—Por cierto, mira lo que le conseguí a Nikky —entre la ballena y un oso panda se encontraba una camiseta doblada.

La tomé y la extendí para ver la imagen que abarcaba toda la pieza.

—Ese es uno de los niños bonitos que le gustan a ella, ¿verdad? —me preguntó, inseguro.

Me reí en voz alta.

—Claro que no.

—¿No? —dijo con una sonrisa en el rostro—. ¿Entonces quién es esa dulzura que sale en la camiseta?

Reí más fuerte.

—Este eres tú. ¿Dónde sacaste esto? No parece un regalo para Nicole.

—No, me pillaste. Es para ti.

La camiseta era de color púrpura y tenía grabada una fotografía de Adam justo con la ropa que tenía puesta ahora. Arriba de la imagen se leía: Yo soy la nena #1 de… (Aquí la fotografía) Adam.

No pude evitarlo y reí de nuevo.

—La usaré a todas horas. Pero me gustaría también que usaras una camiseta con mi foto, así esas víboras come hienas aprenden a no violarte con los ojos.

Creo que gruñí, y Adam se enorgulleció todavía más de mi actitud.

—Encantado usaría una con tu bella cara. Iremos ahora.

—¿En serio?

—Claro, por qué no. Vamos.

Así fue cómo ambos, al final de la noche, parecíamos idiotas llevando camisetas a juego. La de él admitiendo estar locamente enamorado de (insertar mi fotografía) Anna. Y la mía diciéndole al mundo entero que era su nena. No podía estar más estúpidamente feliz.

—Espero que conserves la camisa de aquí a varios años —dijo él cuando salimos de la feria tomados de la mano—. Valdrá oro. Por cierto… ¿le dijiste a esa chica que yo era tu esposo?

—Ah… pensé que a estas alturas olvidarías eso.

—Nunca. Entonces, ¿soy tu esposo ahora? No sabes lo bien que se siente escuchar eso.

—Por favor, que no se te vaya a subir el ego; lo hice en un momento de debilidad.

—Tu esposo…

Rodé los ojos mientras sonreía hasta que mis mejillas dolieron de incomodidad.

Capítulo 9

Anna +2 +1

Semana 20

Faltaban aproximadamente siete días para la boda y mis nervios saltaban y se agitaban en el fondo de mi estómago.

Evelyn ayudaba y planificada lo más rápido que podía, siempre aportando ideas exóticas y extravagantes.

Le había comentado que me gustaba leer, y ella se emocionó dándome ideas acerca de hacer esculturas de hielo con la forma de mis libros favoritos; luego reflexionó y me preguntó si podía mandar a hacer esculturas de Adam y algunas mías.

Obviamente le dije que no, aunque creo que de igual forma encargó una para la boda y otra para ella, alegando que quería inmortalizar a su perro con una estatua en hielo. En los pocos días que tenía de conocerla sabía que adoraba a su perro, Thor, con toda el alma. Siempre me mostraba fotografías del chihuahua enredado en algún suéter de cachemir o en algún gorro de lana. Cuando ella iba a casa, se encargaba de llevar al perro para que jugara con Carlo y para que Nicole lo cargara y vistiera a su antojo.

La pequeña estaba feliz de hacer nuevos amigos y conocer nuevas personas.

Evelyn siempre se aseguraba de tratarla bien y de no mirarla fijamente a la cara, en donde sus cicatrices se exponían en mayor grado y formaban un patrón que ocupaba la mitad de su rostro. Siempre la trató como a una igual, y eso nos gustó tanto a Adam como a mí.

Por su parte, Nicole no dejaba de darle sugerencias a Evelyn para que contratara a sus cantantes favoritos, y, aunque técnicamente podía pagar por algunos de ellos, le impedí gastar tanto dinero.

Mi mamá también quiso ser parte de todo, y se sintió herida cuando supo que habíamos contratado a una organizadora de bodas para planificar el evento antes de haber acudido a ella y su "excelente gusto en decoración".

Ella tenía cierto recelo contra Evelyn. Decía que una persona no podía tener el cabello tan rojo sin que una parte de los químicos del tinte no le hubieran afectado el cerebro.[4]

Justo nos encontrábamos ubicando a los invitados en las que serían sus mesas, cuando mamá sugirió que quería sentarse junto a papá, y dejó caer una bomba: Susan y él habían terminado su relación.

—Oh, y ¿cariño? —dijo también, aprovechando mi estado de completo shock—. Tu tía Charlotte habló conmigo hace unos días. Dijo que no sabía si su invitación, y la de Marie, se perdieron entre los papeles, porque resulta que nunca las recibió.

La miré con ojos perplejos durante unos segundos, olvidándome de la amable Susan con su carismático acento francés y sus recetas de cocina vegetariana; concentrándome en lo último que dijo.

Tragué el enojo antes de responder:

—No recibió la invitación porque sencillamente no se la envié. A ninguna de las dos.

Mamá hizo una mueca.

—Pero, calabaza, son parte de la familia. Sabes que la abuela Rose no permitirá esta desunión entre…

—Mamá —la detuve— ¿crees que sería capaz de invitarlas como si nada hubiera pasado? Me hicieron mucho daño, en especial Marie. No pienso compartir con ellas mi momento especial.

—Pero, pastel de calabaza…

—No, no digas más.

—De acuerdo, aunque yo… accidentalmente les di la ubicación de la boda —se disculpó con un encogimiento de hombros.

—No puedo creerlo —murmuré, molesta. Mi humor estaba cayendo en picada. Últimamente me la pasaba muy enojada, acalorada y frustrada por cada pequeña cosa que me pasaba, hasta por el tiempo perdido intentando ir al baño a vaciar mi vejiga. Ni siquiera Adam se atrevía a llevarme la contraria en estos días y lo había mandado a dormir en el sofá como unas diez veces durante la semana pasada. ¿Ahora mamá se atrevía a decirme que invitó “accidentalmente” a Marie y a mi tía? Bien. Que se atuviera a las consecuencias si se le ocurría decir algo más.

—Lo siento, Anna —se disculpó—, entiéndeme que...

Levanté la mano, deteniendo lo que sea que fuera a decir.

—¡Pero claro que te entiendo! Siempre dejaste que ella te pisoteara y nunca te defendiste. Estoy cansada de agachar la cabeza como si fuera un ratón asustado. Si digo que ellas no vienen a mi boda, es porque no vienen, y punto. A menos que quieras ofrecer tu lugar por el suyo, ¿estás dispuesta a no venir a la boda?

—Agg, eres imposible —dijo ella—. Estás demasiado irritada, lo sé porque yo también me puse así cuando te esperaba. Tu padre durmió en el sofá más veces de las que puedo contar con los dedos de mis manos. Pero no seas mala, no tienes un hueso de malvada en tu cuerpo, no dejes de invitarlas…

—No, no, no. Detente ahí, ¿estás hablando en serio? —alcé la voz.

Evelyn, quien se había quedado anonadada viéndonos discutir, finalmente se repuso del shock y parpadeó varias veces antes de sonreír y obligarnos a detenernos. Guardando varios esquemas de cómo iban a estar ubicadas las mesas, ocultando los papeles lejos de nosotras, como si fuéramos a generar un tornado en cualquier momento.

—De acuerdo, las dos —dijo ella titubeando y pareciendo neurótica—, hagamos una tregua. No sé quiénes sean ellas, tu prima y tu tía, pero…

—Son unas desquiciadas —la interrumpí—. Una es ninfómana que se mete entre las piernas lo que sea que le provoque movimiento, y la otra es una tacaña egoísta que tiene más dinero que su hermana menor pero nunca quiso contribuir en nada.

—Alto ahí, jovencita —se metió mamá—. Tu tía nos ayudó mucho al hacernos el favor de darte trabajo cuando lo necesitabas y…

—¡Me trataba como un trapo sucio! Ni siquiera le importaba, simplemente se alejaba de los problemas, siempre con su trasero levantado.

—¡Eso no te lo permito! Charlotte fue muy considerada…

—¿Considerada? ¿Cuándo? ¿Cuándo me regalaba la ropa que le sobraba a Marie? ¿Cuándo me permitió vivir en el departamento de su hija aun sabiendo que ella era una psicópata que intentó hacer que mi ex novio me violara?

—Ay, Dios —dijo Evelyn por lo bajo—. ¿Están hablando de una novela o es vida real?

Ni siquiera me molesté en responderle.

—¡Claro que Charlotte no lo sabía! Ella me llamó pidiendo disculpas, avergonzada de que su hija actuara de esa manera.

—Deja de ponerle excusas, mamá. Fue un asco contigo, no la defiendas ahora.

—No la estoy defendiendo, es que…

—¡Basta! —grité sintiéndome cansada repentinamente—. Ya no quiero seguir hablando de ella.

Mi voz fue bajando hasta que se hizo un susurro, y el silencio fue presente entre las tres. Mis ojos comenzaron a empañarse y mi fuerza de voluntad se evaporó por completo.

—Lo siento —me disculpé con mamá después de unos segundos. Ella no merecía que la tratara de esa forma—. Sé que solo querías —sollocé— hacer algo bueno, pero no…

Dos grandes gotas de lágrimas se escaparon de mis ojos. Ni siquiera sabía por qué estaba llorando, solo tenía en mente que necesitaba llorar más hasta desahogarme por completo.

—Calabacín —susurró ella—. Tengo cuarenta y cuatro años, en los cuales, veinte, fueron los que conviví con mi hermana. No la estoy defendiendo y no la quiero defender… Lamento haberme puesto de esa manera. Sé que ella ha dejado que Marie se le saliera de las manos, pero por eso quiero que me entiendas. Tú, mejor que nadie, sabe que es difícil ignorarlas. Solo quería que... quería que... Aggg. Gimió de repente.

—Siento pagarlas contigo —repetí. Mamá se quedó estupefacta en su asiento, viéndome con la boca abierta y al borde de las lágrimas—. No tengo excusa.

Ella negó vigorosamente.

—Es mi culpa. Parte de mí todavía cree que mi hermana sigue siendo la misma chica que se crió conmigo. O para el caso, cada vez que pienso en Marie, me cuesta creer lo maliciosa que puede llegar a ser una persona. Solo pido que me escuches.

—Lo siento —dije una vez más—. No sé qué me pasa; por un momento pensé que todo se me había venido abajo; no quiero ver a Marie en la boda y eso me pone irritada. O tal vez se deba a que me duele la espalda, y mis tobillos se ven hinchados y enormes... O a que no tengo ningún control sobre mi vejiga, ¡necesito ir al baño cada diez o veinte minutos! Lo detesto; así como también detesto sentir calor todo el tiempo. A veces solo quiero meter mi cabeza en la nevera y no salir nunca. —Lloré sin pudor. Sorbiendo los mocos contra la palma de mi mano—. Y para variar, están todos estos temores de ser madre… en especial cuando son dos bebés en lugar de uno... como si yo hubiera aceptado alguna ganga o una oferta especial.

—Calabaza, lo entiendo. Ya te dije que... Espera, ¿qué? —mamá balbuceó entre lágrimas— ¿Do… do… dos?

Lloré un poco más, sintiéndome estúpida porque no podía detenerme. ¡Se lo había contado finalmente a alguien que no era Shio! De alguna manera no se sentía liberador; era más bien como gritarle al mundo lo patética que era mi situación. Me sentía torpe y algo tonta por ser la chica que se embarazó de su novio… y que de remate tendría gemelos.

Yo era ridícula.

—¿Pero qué haces todavía ahí sentada? —le urgió Evelyn a mamá cuando notó que ésta no se movía— ¡Ve a abrazarla! Ay pero cuánto drama se hacen en las bodas… Ufff, mi mascara no es a prueba de agua —agitó sus manos frente a sus ojos llorosos—. No puedo creerlo.

Mamá se levantó con pasos temblorosos. Se sentó a mi lado, tomando mis manos para acariciarlas y darme suaves masajes como solía hacer cuando era pequeña.

—¿Por qué dos bebés? ¿De qué hablas?

Tragué saliva antes de responder cualquier cosa.

—Son gemelos. Los bebés.

—Ay por… —llevó sus manos a la boca, dejando la frase a la mitad—. No puedo creerlo. ¿Estás bromeando conmigo? ¡Gemelos!

Lanzó un chillido que casi me dejó sorda.

Negué con la cabeza, confirmándole que no era una broma.

—Está bien —dijo ella, inhalando y exhalando aire rápidamente para tranquilizarme, o para tranquilizarse, como sea, no estaba funcionando—. Lo sobrellevaremos. No hay problema.

—Adam no lo sabe todavía —comenté—. ¿Estoy haciendo bien o mal? ¿O simplemente me estoy portando como una estúpida?

—Mmm, ¡¿y por qué no se lo has contado?! Merece saberlo. Seguro se pone contento... ¡Dos bebés! —chilló de nuevo—. No sabes lo feliz que me haces.

—No es tan fácil decirle a Adam... Sé que un solo bebé es mucha responsabilidad. Dos, son una catástrofe a punto de suceder. Tengo diecinueve años, mamá. No sé ni cómo cuidar un pez… muchísimo menos un bebé. Y Adam… Bien, no quiero que huya de nuevo cuando sepa la noticia; él es lo suficientemente inmaduro por los dos; además, soy una cobarde miedosa... O simplemente no quiero perderlo.

—Oh, cariño, no lo eres. Está bien estar asustada… Él de verdad lo echó a perder todo cuando te dejó. Ese cabrón guapo, todavía no se lo perdono. Lloraste mucho en su ausencia; pero aquí me tienes para ayudarte. No estás sola, ¿sabes? Yo también pasé por un momento difícil en el que no sabía nada de nada. Nunca dejaría de ayudarte con esta situación.

Evelyn nos interrumpió con un sollozo muy fuerte.

—Lo siento —dijo cuando volteamos en su dirección—, es que amo las comedias románticas. Anna, tú y Adam serían perfectos para una película. La llamaría: “Ella sabe algo que él no” ¿No les parece perfecto el título?

—Creo que esta sería la secuela —sonreí sin querer—. La primera se llamaría “Él sabe algo que ella no”.

—Pero, chica, no sé por qué te preocupas por eso. Hay madres que ni siquiera se enteran que van a tener gemelos hasta la hora del parto. Eres muy afortunada por tener esa anticipación.

Me encogí de hombros, y retiré todo el exceso de lágrimas que había acumulado. Mis manos estaban temblorosas cuando las puse sobre mi vientre y acaricié mi estómago.

—No puedo creerlo —murmuró mamá viendo la dirección a la que habían parado mis manos— ¡Voy a ser abuela de dos pequeños! Aww, serían tres si contamos a Nicole.

Sonreí enormemente.

Por supuesto que consideraba a la pequeña como una más de la familia; ella y todos los chicos lindos de los que estaba enamorada.

—Y ahora voy a casarme —dije cuando la realidad de la situación me golpeó con fuerza—. Me voy a casar a los diecinueve… y embarazada. Me siento estúpida.

¿No era todo esto muy apresurado? Primero bebés, luego boda. Lo siguiente sería… no, no podía imaginar qué más pasaría.

—No tendrás dudas con la boda, ¿verdad? —saltó a decir Evelyn.

Me apresuré a negar con la cabeza.

—Para nada. Tal vez sea demasiado joven, pero no, no se siente un error con Adam. Seré tonta porque lo quiero de esta forma… No lo sé.

—Oye, no importa lo que los demás digan, si crees que la luna es de queso, entonces lo es —dijo Evelyn con una enorme sonrisa que opacaba hasta la luz del sol—. Es normal que las novias se sientan nerviosas unas semanas antes de la boda; es válido. No te agobies por

cosas de las que después te puedes arrepentir, cielo. Además, ya mandé a esculpir los arbustos del jardín con la forma de ustedes dos. No me hagas deshacerlo, no cuando el jardinero no dejaba de verme las piernas y de coquetearme en un idioma que, creo, era el alemán.

Se estremeció de forma graciosa, llevándose lo último de mis lágrimas y de mis dudas.

Sonreí y negué con la cabeza. Esta mujer era difícil. Ni siquiera me había dejado ver un vistazo de lo que tenía planeado para la boda; nada.

—¿Arbustos? —preguntó mamá reponiéndose de las lágrimas al igual que yo—, ¿pensé que habíamos quedado en estatuas reales? Quiero el rostro de Anna esculpido en piedra, señorita. Y recuerda que los invitados tienen que llevar máscaras…

—Alto ahí —dije, seria—, ¿máscaras? ¿Qué están planificando? ¿Una fiesta del siglo XIX o una boda?

Mamá y Evelyn comenzaron a hablar al mismo tiempo, restándole importancia al asunto.

Rodé los ojos y me llevé una mano a la cabeza mientras las escuchaba discutir sobre el color de los manteles para las mesas.

Esa tarde tenía cita con la doctora Kamali, para una revisión de rutina y el chequeo normal de los bebés. Pasé toda la semana desojando margaritas para saber si debía o no revelarle el secreto a Adam, pero finalmente decidí que lo mejor sería decirle. Quería conocer su reacción de una vez por todas, nada de esperar hasta que fuera demasiado tarde; necesitaba saber cómo le caería la noticia, y qué mejor que saliendo de boca de la doctora; o al menos cuando viera la ecografía.

Así que esa mañana, antes de que saliera de casa, le había dicho que me harían un ultrasonido y que podría escuchar latir el corazón de los bebés. Le dejé en claro que lo quería a mi lado y que al final de la consulta le daría una pequeña sorpresa. Estaba emocionada y no dejaba de comentárselo. Él también se emocionó, y podría jurar que estaba aliviado cuando finalmente le permití ser parte de las visitas al médico; por lo que en realidad fue una gran sorpresa cuando esperé para que me llevara con la ginecóloga, y no hubiera aparecido todavía esa tarde.

Marqué por quinta vez su número de teléfono hasta que me saltaba al buzón de voz.

—¿Todavía no viene Adam por ti? —me preguntó su abuela. Solo estábamos ella y yo en casa.

—No —dije revisando mi teléfono una vez más—. Ya va a ser hora de que me vaya. Pediré un taxi.

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario… tal vez él aparezca en el consultorio. Es muy probable que llegue con cientos de flores y me pida perdón por no llegar a tiempo —sonreí para quitarle peso al asunto—. De verdad que no es un problema.

—Bien. Pero me sentiré mejor si te acompaño. Déjame ir por un abrigo y llamamos a ese taxi.

Ella se apresuró a subir las escaleras, tarareando una melodía romántica mientras avanzaba.

Suspiré y le envié un mensaje de texto a mi desaparecido prometido.

«Me voy con tu abuela a donde la D. Bagda. Aparece pronto, TQ»

No respondió.

Llegamos a la clínica, y la sala de espera estaba repleta de mujeres en sus avanzadas etapas del embarazo. La mayoría estaba siendo acompañada por sus parejas, sonriendo u hojeando revistas sobre productos de limpieza y comida para bebés.

Reconocí a una de las mujeres que iban conmigo a las clases de Will. Ella me saludó con la mano cuando me reconoció, y luego volvió a hacerle arrumacos al hombre a su lado.

Gertrude me hizo señas para que me sentara en el único asiento vacío en la habitación.

Me senté, y al instante alguien le cedió la silla de al lado a ella.

—¿Ves a mi nieto por alguna parte? —me preguntó analizando a todos en la sala.

—No —dije con un tono de voz lastimero—. Tampoco me responde el celular. Intenté llamarlo durante todo el viaje en taxi pero…

—Annabelle Green —interrumpió la voz de una de las enfermeras ayudantes. Alcé mi mano para que sus ojos me encontraran—. ¿Tienes cita con la Dra. Kamali? —no esperó a que respondiera y simplemente volvió a hablar—. Ella está en sala de operaciones ahora mismo, atendiendo un parto de emergencia. Te va a atender la otra doctora de turno. Consultorio 75B

No me dejó responderle cuando ya estaba llamando a alguien más para que pasara a su cita con uno de los otros médicos que también trabajan en el lugar.

Me levanté con dificultad de la silla, mis pies dolían demasiado y mi cuerpo se sentía cansado y pesado.

Gerty me ayudó a caminar, apoyando su mano por mi cintura, mientras le sonreí con una disculpa dibujada en la cara.

Intenté llamar una vez más a Adam, pero no me respondía. Sólo a él se le ocurría desaparecer cuando le quería contar acerca de los gemelos. Estaba por enviarle otro mensaje de texto, cuando, la misma enfermera que me había nombrado en la sala de espera, apareció frente a mí con el ceño fruncido.

—Aquí no se permite el uso del celular —dijo amargamente—. Tampoco se permite otra persona aparte de tu pareja en el consultorio —le lanzó una mirada agria a mi acompañante antes de enfocarse de nuevo en mí—. La Dra. Gray te atenderá ahora.

Me tomó del brazo y me apresuró hacia el pasillo.

—¡Oiga! —gritó la abuela Gertrude—, ¿cómo sabe que ella no es mi pareja?

La malévola mujer vestida de blanco se detuvo a mitad de camino y se giró hacia ella, elevando una ceja y haciendo una mueca en los labios.

—¿Su pareja?

—Sí, en estos tiempos ya no se sabe quién es quién, y qué es quién. Me estaría ofendiendo si ella fuera mi pareja.

—De acuerdo —dijo la mujer todavía sujetando mi brazo—. Entonces… ¿es usted o no pareja de la señorita Green?

—No, pero sería bueno que la próxima vez preguntara.

—Me acaba hacer perder un valioso minuto de mi tiempo —dijo ella secamente—. Espere en la sala. Y tú —miró en mi dirección— al consultorio y te quitas la ropa inmediatamente.

—¿La ropa? —me quejé—. Espere, ¿qué?

—Sí —dijo caminando a toda prisa—, y espero que venga con la vejiga llena. Ayuda con la claridad de la imagen.

—¿Qué? —dije mientras caminaba con velocidad para igualar su paso, dejando atrás a la abuela Gerty—. La Dra. Kamali no me pide que me desvista por completo. Lo suficiente para mostrar mi abdomen pero…

—Ella misma pidió la ecografía transvaginal. Desvístase de la cintura para abajo.

—¿Ecografía transvaginal? ¿Qué es eso?

Ella me ignoró mientras finalmente ralentizaba el paso. Le volví a hacer la misma pregunta, hasta que finalmente suspiró en voz alta.

—Eso significa que meterán una sonda por tu conducto vaginal —miró en dirección a entre mis piernas mientras suspiró una vez más—. Niñas. Piensan que se pueden embarazar a los quince y no tener consecuencias.

—No tengo quince —me defendí.

—Adelante —dijo señalando una puerta blanca en donde se leía el nombre de la obstetra Gina Gray—. Estamos faltos de personal, así que espero que sepa lo que se va a hacer ahí adentro. Entonces, ¿vejiga llena sí o no?

Mi rostro se encontraba totalmente rojo a esas alturas de la conversación. Todavía no podía superar la incomodidad que sentía de tener a alguien revisando en mis partes privadas... o hablando de ellas.

—No —negué con la cabeza—. Fui al baño antes de venir aquí.

Ella suspiró con cansancio.

—Bien, vendré con dos botellas de agua. Pase de una vez.

Con eso se fue, apretando su impecable pantalón de tela mientras apresuraba el paso.

¿Por qué justo hoy la Dra. Bagda tenía que ir a un parto de emergencia? ¿Por qué Adam no estaba a mi lado?

Me demoré en abrir la puerta, intentando revisar alguna llamada perdida en mi celular, pero sintiéndome fracasada cuando no encontré nada.

—Consultorio —gritó alguien a mi lado. Era la amargada mujer de hace rato—, aquí hay agua. Tómala toda. Las dos botellas enteras.

Me pasó el agua, y yo balbuceé algo entre dientes.

—¿De verdad me tengo que tomar todo esto? —me quejé.

—Exacto —dijo ella mientras desaparecía por el largo pasillo.

Rodé los ojos y entré finalmente al consultorio.

Lo primero que vi fue un bonito y elegante mueble de escritorio que parecía antiguo y caro. Lo segundo, a una hermosa mujer de mediana edad, de cabello blanco, sentada frente al elegante objeto.

Ella despegó la vista del papel en el que estaba escribiendo, y sonrió con calidez genuina al verme.

—Adelante, siéntate —dijo con voz amable—. La Dra. Bagda me dijo que me encargara hoy de la cita. Le surgió una emergencia con una de sus pacientes —entonces vio las dos botellas de agua en mis manos—. Ah, y veo que ya conociste a Patricia.

Tomé asiento en una de las dos sillas, e intenté relajarme mientras asentía con la cabeza.

—Perdona lo tosca que es —habló en tono suave—. Siempre es así con chicas de tu edad; su hija tenía dieciséis cuando se embarazó y tuvo complicaciones en el parto. Murió de una hemorragia y no se pudo hacer nada por salvar al bebé. Fue algo trágico.

Hice una mueca y destapé una de las botellas para beber un sorbo. Seguro entendía su amargura ahora.

—Y bien, vamos a revisarte después de que bebas tu agua. No es necesario que la tomes toda —se rio en voz alta—. Patricia es una exagerada.

Hablando de ella estábamos, cuando la mujer apareció de repente y se paró frente a mí.

—¿No se ha bebido el agua? Querido Dios… esta juventud desobediente —suspiró y se movió alrededor de la doctora, alcanzando una bata para lanzármela en el hombro—. Póngase esto, jovencita.

Ella se dirigió hacia el área de consulta y empezó a mover algunas máquinas mientras yo me tomaba el agua obedientemente. Ya no quería beber más, pero esa mujer me daba miedo.

—Bien, Anna —dijo la doctora—. En tu informe dice que esperas gemelos. ¿Cuántas semanas más o menos?

Tragué un poco de agua antes de responder.

—20.

Empezó a hacerme otras preguntas de rutina. Chequeó mi nivel de azúcar en la sangre, me preguntó por casos de diabetes en mi familia, palpó mi vientre algo abultado y finalmente terminé la primera botella de agua (aunque seguía sin entender en qué me iba a servir eso).

Me cambié en el baño privado, despojándome de mi vestido y revisando a escondidas por si Adam me respondía siquiera el mensaje. No quería preocuparme, pero él seguía sin dar señal de vida. Marqué su número una vez más, y como se hacía usual, me mandó al buzón de voz.

Finalmente salí con la bata puesta, desnuda de cintura para abajo; con los pies descalzos pisando las baldosas del frío suelo, y con ambas manos tratando de cerrar la gran abertura de la parte trasera de la bata.

—Excelente, ahora sube aquí —dijo la doctora al verme; palmeando el extraño mueble en el que iba a acostarme—. Cuando estés cómoda, abre bien tus piernas y pon tus pies sobre los esbirros de metal. Tu doctora me dijo que hoy haríamos una ecografía transvaginal para tener un bues vistazo de tu matriz, y descartar extrañezas en los ovarios. Así que no tienes de qué preocuparte, linda, no sentirás nada de dolor. Será algo intrusivo pero nada más, prometo que ni sentirás la sonda.

Me recosté así como me lo pidió, y me concentré en mirar hacia el techo, respirando hondo para tranquilizarme y no sentirme nerviosa mientras vergonzosamente me abría de piernas para otra persona.

La enfermera malhumorada seguía en el consultorio, regañándome con la mirada por dejar un bote lleno de agua cuando se suponía que me lo iba a terminar.

Escuché cómo la doctora se colocaba los guantes y empezaba a mover la famosa sonda en mi dirección. Tarareé mentalmente mientras ella observaba a la pantalla del monitor con bastante interés y enfocaba la imagen en blanco y negro de mis bebés.

—Veamos, ¿qué tenemos aquí? —se mordió el labio inferior mientras trataba de apreciar la imagen—. Los latidos suenan fuertes, se miran seguros y… Espera un segundo.

Ella congeló la imagen en blanco y negro, ladeando la cabeza como si se encontrara en un dilema.

—¿Te dijo la Dra. Bagda que tendrías gemelos? —preguntó finalmente.

Asentí repetidamente.

Ella hizo una mueca exagerada.

—Sí, son gemelos, pero también está este por aquí —señaló hacia un punto en blanco en la imagen—. No sé cómo se le pasó por alto.

—¿Qué se le pasó por alto? —inquirí en un tono preocupado. Me levanté sobre mis codos y observé su rostro pragmático.

—Mmm, querida, vas a tener tres bebés. Dos están en el mismo saco —señaló la imagen— y el otro está en uno diferente. Probablemente a ella se le pasó por alto, o estaba demasiado pequeño todavía como para ser visto. Pero claramente son trillizos.

Boqueé por un momento, ¿dijo tres? ¿Trillizos?

—M… ma… ¿qué? —solté angustiada—. Per… ba… co…

—¿Annabelle? ¿Estás bien? Está muy pálida.

Su voz se escuchaba lejana a mis oídos.

¿Ella había dijo tres?

—¿Tres bebés? ¿Có… cómo? ¿Caben tres? —balbuceé fuera de control.

De pronto me faltaba el aire y me costaba respirar.

¿Tres?

Mierda, mierda, mierda, mierda.

Mi visión se fue oscureciendo lentamente.

—Patricia, trae agua, creo que se va a desmayar —fue lo último que escuché de la doctora porque, efectivamente, me desmayé.

Capítulo 10

El Fenómeno Walker

Mis ojos se abrieron lentamente y con cuidado; mi cabeza dolía y sentía mi cuello tenso y con calambres.

Intenté recordar dónde estaba o qué fue lo último que estuve haciendo, cuando, me encontré con la mirada preocupada de la doctora Gray, e inmediatamente toda la información de lo que pasó en los minutos anteriores entró en mi cabeza como un rayo.

Me llevé una mano a la frente y comencé a cerrar los ojos de nuevo, negando repetitivamente y boqueando como pez.

Trillizos. ¿Trillizos? Iba a matar a Adam… lo.iba.a.matar.

¿Cómo era posible que estuviera esperando tres bebés? Ni siquiera podía pensar con claridad acerca de tener dos... ¿cómo iba a hacer con tres?

Me quejé en voz alta, estirando mis brazos y tratando de doblar mis dedos con fuerza.

—¿Annabelle? ¿Ya estás mejor? Patricia, agua, rápido —dijo la doctora sin dejar de morderse el labio inferior.

—¿Ya despertó? —escuché otra voz viniendo desde el fondo. Mi cabeza dolía y me palpitaban las sienes—. ¿Anna?

Parpadeé repetidamente hasta que me acostumbré a la luz del consultorio. La ecografía de los trillizos todavía estaba congelada en la pantalla, haciendo un recordatorio permanente del por qué me había desmayado en primer lugar.

Tragué saliva y casi me eché a llorar frente a la mujer que no dejaba de verme con preocupación. Tenía ganas de preguntarle si es que acaso yo estaba castigada de por vida, pero dudé en el último minuto.

¿Qué iba a hacer con tres niños? ¿Cómo…? Ni siquiera podía imaginar qué cuidados necesitaba un bebé, mucho menos tres al mismo tiempo.

—¿Anna? Ay, corazón —la otra voz tomó forma delante de mis ojos, era Gertrude, acariciando mi mano derecha mientras se acercaba a mi rostro para darle un beso a mi frente—. ¿Cómo te sientes?

Deprimida. Cansada. Abatida.

—Con un poco de dolor en la cabeza —dije en su lugar.

La doctora rápidamente se puso a mi lado, alcanzándome una botella de agua y pegándola a mis labios para que diera pequeños sorbos.

—No sabes cuánto lo siento —se disculpó ella apresuradamente—. Mandé a llamar a tu familiar de la sala de espera para que no te despertaras viendo gente extraña en una habitación. Lo siento…

Arrugué la frente, apoyándome en mis codos para tener una buena vista de la imagen en la pantalla, sintiéndome una vez más en pánico y en shock. No lograba ver con claridad a ninguno de los bebés, lo único que divisé fueron círculos que tomaban forma si lograba entrecerrar los ojos… o al menos distinguí a los gemelos, que eran los principales en la fotografía. Pero de ahí no lograba encontrarle forma a la tercera mancha que se había colado por sorpresa. Habían dos círculos, solo eso.

La Dra. Gray notó en dónde tenía puesta mi atención, y su rostro enrojeció desde la punta de las orejas hasta el mentón.

—De acuerdo. Todo esto es mi culpa —dijo ella con severidad—. No debí decir esas cosas así, tan a la ligera. Me disculpo.

Tragué saliva y negué con la cabeza, sintiendo un nudo en la garganta.

Mierda. ¿Qué iba a hacer con tres bebés? Debería ir buscando un nuevo trabajo. Tres bebés agotarían los recursos económicos de Adam, más si se parecían a él.

—Es que la noticia me tomó muy, muy por sorpresa —contesté en voz baja. Era una madre terrible, ni siquiera podía distinguir bien entre mis hijos de cinco meses.

¿Por qué tenían que ser tres? ¿Esto era una prueba acaso? Porque de verdad me sentía jodida. Mi cuerpo sufriría ciertos daños, por no imaginar que Adam iba a dejarme… lo sabía. Él me dejaría después de esto.

¿Qué chico joven, en sus plenos veinticuatro años querría atarse a una mujer con trillizos?

Nicole estaría encantada, su banda de chicos estaba en proceso de formarse.

Bufé y comencé a sollozar débilmente. Tenía que ser fuerte, tenía que ser fuerte…

—No, no entiendes, cielo—confesó repentinamente la doctora, se miraba avergonzada—. Soy pésima haciendo esto, pensé que ya sabías cómo lucía una ecografía normal. Solo intentaba bromear un poco. Siempre lo hago con mis pacientes… es claro que vas a tener gemelos. Ese hecho no se puede cambiar, y no hay manera de meter uno más en el paquete…

Mis oídos escucharon la noticia pero a mi cerebro le costó procesar la información.

—¿Cómo? —pregunté, insegura.

—Son gemelos, cariño.

—Pero, ¿y el tercero? —señalé la mancha blanca que ella me había mostrado en primer lugar.

—Ese es el útero, no un bebé —dijo agachando la cabeza—. De verdad me siento arrepentida, pensé que ya lo sabrías diferenciar. Obviamente no es así… Simplemente quise bromear. Si fueran trillizos, la doctora Bagda ya te lo hubiera dicho sin ninguna duda.

Miré en dirección a la abuela de Adam, tenía los ojos húmedos y no dejaba de sonreír, como si estuviera orgullosa de mí. Regresé la vista a la doctora.

—No entiendo.

—Ay, cielo. Yo solo intentaba romper el hielo; son gemelos y ambos están en perfecto estado de salud.

Parpadeé unas millones de veces antes de fruncir el ceño.

La gente vivía haciéndome bromas no tan graciosas. Ella y mi prima tenían un sentido raro del humor.

Entonces me enojé.

—¿Era una broma? —negué con la cabeza—. No lo creo… ¿cómo alguien puede bromear con eso? No es gracioso.

—De verdad lo siento. Pregúntale a Patricia si quieres; me conocen por mi variado sentido del humor. En serio creí que te reirías conmigo… pero en su lugar te desmayaste. Nunca me había pasado esto… bueno, algunas madres no se lo toman con agrado…

—Está bien. Quiero irme.

Hice el intento de levantarme pero una mano callosa se apoderó de mi codo y no me dejó moverme de lugar.

—Anna. No hagas tanto esfuerzo; te vas a cansar muy rápido —me dijo Gerty, ayudándome a recostar mi cabeza.

—Es que no entiendo por qué alguien haría una broma como esa —fruncí el ceño y miré de forma asesina hacia la canosa mujer que todavía lucía roja y avergonzada—. Es tan poco ético y profesional. No es justo… estoy muriendo porque son gemelos, y luego "bromean" conmigo y me dicen que son trillizos… ¿Quién hace eso?

La furia pronto se transformó en gruesas lágrimas, y las lágrimas dieron paso a una culpabilidad enorme; la culpabilidad trajo más lágrimas, y finalmente llegó la furia de nuevo.

Me bajé del incómodo asiento y regresé corriendo hacia el baño en donde había dejado mi ropa.

Esa clase de broma no se le hacía a una chica con los tobillos hinchados que recientemente había ganado algo de peso gracias a tanta deliciosa comida.

Que Adam se preparara porque no me sentía muy contenta con absolutamente nadie. Tenía ganas de buscar pelea, y él definitivamente la tendría por no estar a mi lado y no responder mis llamadas.

Pronto mi furia se opacó, y lloré desconsoladamente en el baño, recriminándome por no ser esa clase de chica que se alegraría por tener un hijo menos. Pero la tristeza fue efímera, y de nuevo la furia se hizo cargo.

Salí echa un huracán de ese consultorio y de la clínica, ignorando a la amargada Patricia, y a la arrepentida Dra. Gray que no dejaba de repetir que ella siempre hacía las mismas bromas a sus pacientes.

Lo único que quería hacer era perderme y salir corriendo; pero mis pies eran lentos y tenía hambre.

La abuela de Adam no había dicho nada en todo ese tiempo, tal vez notando mi estado de ánimo por los suelos, siguiéndome dos pasos atrás mientras yo no dejaba de expulsar humo por las orejas y de darle miradas sucias a todo el que se pusiera enfrente. Finalmente ella me agarró del codo y me encaminó hacia una cafetería justo en frente de la clínica, cruzando la calle de dos carriles.

Inmediatamente entramos y el aire acondicionado nos recibió… eso, y una chica de metro cincuenta llamada Ally que nos sentó cerca de la ventana.

Ordené un croissant de chocolate y una bebida sin azúcar, todo eso dicho con voz amarga y resentida. Quería llorar o golpear cosas.

—Anna… —finalmente habló Gerty, rompiendo el silencio incómodo. Dudó antes de continuar hablando—. Déjame platicarte de algo curioso que me gusta llamar “El Fenómeno Walker”

Fruncí el ceño, confusa porque no estábamos discutiendo el pésimo humor de la no tan profesional doctora.

La observé fijamente durante unos segundos, preguntándome si ella llegaría a indagarme sobre los gemelos porque, quisiera o no, se enteró de mi pequeño secreto al final de cuentas.

—Es algo muy peculiar que sucede y ha sucedido durante generaciones dentro de los Walker —continuó diciendo, recortando pedacitos de la servilleta que se encontraba puntualmente doblada sobre la mesa—, e involucra ojos verdes… y gemelos.

Tragué saliva, evitando mirarla porque me sentía nerviosa al respecto.

—Te apuesto a que identificarías a un Walker aunque lo vieras durante solo un segundo. Tienen rasgos característicos, similares, y todos son portadores de hermosos ojos verdes; algunos en distintas tonalidades. Tal vez claros como los de Nicole, y otros aún más profundos que los de Adam.

—¿Todos? —pregunté con cierta duda, comenzando a romper pedacitos de mi servilleta al igual que ella.

Gertrude asintió fervientemente con la cabeza.

—Y los hombres… Oh mi Dios, son testarudos —se rio en voz alta— yo me casé con uno, el abuelo de Adam. Atractivo, peligroso y posesivo… sencillamente me atrapó cuando se enfrentó a mi padre y pidió mi mano.

Sonrió, perdida en sus recuerdos. Mi mal humor disipándose por los momentos.

—¿Y qué tienen que ver los gemelos en todo esto? —pregunté con interés.

—Pues que los gemelos siempre han sido parte de los Walker. Ha habido excepciones, como Adam… o Nicole que resultó ser hija única debido a la… tragedia —se aclaró la garganta y comenzó a pasarse los dedos de manera nerviosa sobre sus uñas—. Pero entre hermanos siempre hay similitudes. Tenías que haber conocido a Aarón; era siete años mayor que Adam pero el parecido era sorprendente aun desde niños. Ambos con ojos de distintos tonos de verde, igual que mi marido y su hermano mellizo.

Entonces de ahí venían los gemelos.

Suspiré y me pasé una mano por la frente, quitando un poco de sudor que se acumulaba discretamente.

—Creo que tengo una foto por aquí —se apresuró a decir, rebuscando en su enorme cartera de cuero. Sacó su billetera y vació el contenido en la mesa, en donde centavos y chapas se esparcieron en la madera.

—¡Aquí están! —gritó triunfalmente. Acercó a mi cara una foto en blanco y negro de un hombre joven y muy apuesto que llevaba una abundante barba y gafas que tapaban sus ojos—. Este era mi esposo; murió de cáncer de próstata en el 2005. Nicole estaba muy pequeña como para recordarlo, pero Adam lo amaba con locura. Su nombre era Vincent Tadeus Walker, y le heredó a Adam parte de sus acciones en compañías que invirtió antes de casarse conmigo. Él era su nieto favorito.

Hizo una pausa para sacar otra fotografía, esta vez a color.

—Y aquí está con su hermano, Jonathan.

En la foto se miraban perfectamente los rasgos idénticos entre un gemelo y el otro. El parecido era sorprendente.

—Tuvo un accidente y perdió la vista. No está muerto pero se aisló de todos sus familiares; ahora vive en algún país de Sudamérica. También han habido mujeres —rebuscó en su billetera hasta que sacó una pequeñísima foto tamaño carné. Eran un par de chicas idénticas, con flequillos abultados y con pecas.

—De acuerdo, eso quiere decir que desde un principio Adam ha sido portador del gen —murmuré. Sabía que él era peligroso de alguna manera, si no hubiera sido yo, sería otra la que llevaría a sus gemelos en el vientre… la idea me causó náuseas—. Pero de igual forma me siento agradecida de que solo sean dos y no tres. ¿El fenómeno Walker incluye trillizos?

Ella lo pensó por un momento, entrecerrando los ojos mientras intentaba recordar algo. Finalmente negó con la cabeza.

—No, nada de trillizos. La mayoría, bebés de ojos verdes… y uno que otro de ojos azules verdosos, pero es muy raro que pase.

—¿Y Adam no tiene más familia? Es para invitarlos a la boda, él solo invitó a sus amigos cercanos nada más.

—Ah, sí, existen tíos y él tiene una camada de primos por parte de su madre y mi hijo, su papá —ella sonrió entrañablemente—, pero ninguno quiso ayudarle mientras pasaba por toda la complicación en la que se había convertido su hermano. Nadie quiso lidiar con un adulto esquizofrénico… lamentablemente era muy peligroso estar cerca de él.

De repente, lo que me había dicho Adam hace algún tiempo atrás, me golpeó con fuerza: su hermano había violado a su novia de trece años, y él no hizo nada para detenerlo.

Me invadió la tristeza al pensar en lo que tuvo que pasar. Y, como si su abuela escuchara mis pensamientos, tocó el tema de la chica.

—Y entonces lo de Emilia también se supo… La bomba estalló. No sé si Adam te lo contó pero las cosas se fueron a peor desde entonces. Su hermano hizo cosas por las que debería estar en prisión, aunque creo que el castigo que tiene es suficiente. Mucha familia nos dio la espalda cuando mi hijo y su esposa sufrieron un accidente fatal; y Adam se resintió con ellos, obligándonos a mudarnos y a tratar de educar a la niña porque nadie de sus parientes quería hacerlo. Por eso evitamos contarle a Nicole que su padre está vivo, ella querría verlo y puede ser peligroso… peor ahora que se ha puesto agresivo.

La mesera que nos atendió desde un principio, apareció con mi croissant de chocolate y con mi bebida y el café de Gerty. Los dejó en la mesa y sonrió, dejándonos regresar a la conversación.

—¿Ahora? —pregunté dudosa—. Mmm, Adam me comentó que él estaba muerto.

—¿Te dijo, qué?

Parecía desconcertada, ajena por completo al tema.

—Sí —murmuré con desconfianza. ¿Por qué él me mentiría?—. Adam dijo que... que su hermano había muerto. Lo mencionó hace meses.

Ella torció el gesto, tomando un sorbo de su café, sopesando contarme o no lo que sabía.

—Bueno... —sorbió una vez más— está vivo. ¿A dónde crees va Adam por las tardes? Tiene que ir a visitarlo al menos tres veces a la semana; yo lo acompaño cuando creo conveniente.

—¿Está vivo? ¿Pero por qué me iba a mentir al respecto?

Ella se encogió de hombros, realmente viéndose incómoda con mi pregunta.

Y como siempre, el Sr. Ciento cincuenta misterios atacaba de nuevo. No podía creerlo.

—Tal vez quería ahorrarte ese mal trago. Aarón no está respondiendo muy al tratamiento; resulta doloroso verlo sufrir de esa manera —se detuvo, ahogando lo que bien podría ser un sollozo—. Es una persona muy peligrosa…

—Quisiera conocerlo —solté de repente.

Gerty se quedó paralizada por un momento, sorprendida y asustada.

—Anna, no sabes lo que me estás pidiendo. De verdad que si Adam te dijo que él estaba muerto fue para protegerte; cariño, él no está bien de la cabeza…

—Quiero verlo —exigí de manera terca— no es necesario que Adam se entere. Me parece un poco injusto que la niña no sepa que su padre está vivo pero… lo entiendo. Y no soy ella, creo que puedo manejar la situación. Por favor, quiero conocerlo.

Ella sopesó por un momento mi petición, torciendo el gesto y mirando en dirección a su café.

—No sé… si mi nieto se entera, me mata. Tienen controles de visitas, él podría darse cuenta y…

—Por favor —supliqué— solo será por esta vez. Yo misma le diré a Adam que fue mi culpa, en caso de que pregunte.

Gertrude se miraba vacilante, mordiéndose el labio mientras asentía con la cabeza.

Sonreí con suficiencia cuando finalmente aceptó presentármelo.

—Entonces vamos ahora —ofrecí.

—¿Qué? —Su rostro se volvió blanco papel—. Anna, no… ahora no. ¿No crees que deberías pensarlo mejor?

—No, quiero conocerlo ahora. A menos que Adam se encuentre ahí; no me ha respondido ninguno de los mensajes que le envié.

Ella resopló, como si estuviera utilizando mi última carta a favor; y de hecho, lo estaba haciendo.

—Bien. Hablaré a la institución. Pero eso sí, es media hora de viaje, ¿estás dispuesta a hacerlo?

—Definitivamente.

—Mmm… sigo sin estar segura. Creo que esto no es buena idea, querida.

—Necesito conocerlo, hablar con él —entender un poco más a Adam y su reticencia a decirme cualquier cosa sobre su hermano.

En esos momentos aceptaría cualquier trato o pequeña dosis de información que él me regalara; olvidé momentáneamente mi enojo por el asunto de los trillizos, y me enfoqué en lo que no me estaba diciendo Adam en todo este tiempo.

—De acuerdo, pero te recomiendo mejor que vayamos mañana —volvió a insistir ella.

—¿Por qué? —pregunté con cierta sospecha.

—No puedo decírtelo. Me hicieron prometer que no te diría nada…

—¿Nada de qué? ¿Qué está pasando?

—Oh, no te alteres, no es algo malo. Tus amigas te tenían una sorpresa para esta noche, y visitar a Aarón nos puede tomar mucho tiempo. Yo sé lo que te digo.

—¿Una sorpresa? ¿Qué…?

—Mis labios están sellados —ella cortó con un movimiento de mano.

—¿Cómo? No, yo no soportaría otra sorpresa por el resto de mi vida —negué con la cabeza—. Nop.

—Pues…



—¡Sorpresa!

Miré aturdida a los rostros de mis amigas mientras interrumpían en la casa de Adam. Él todavía brillaba por su ausencia; dejándome preocupada por su desaparición de más de cuatro horas. Tal vez yo era paranoica.

—¿Qué hacen aquí? —pregunté dejándolas pasar. Ya había sido advertida por la abuela Gerty, pero no dejaba de aturdirme momentáneamente.

—Venimos sin ningún otro motivo más que el de verte —dijo Shio animadamente. Detrás de ella venía Rita y Mindy.

—¿De acuerdo? —balbuceé—, la sala es un desorden. Evelyn vino más temprano para enseñarme muestras de tela para usar en las carpas que piensan colocar en caso de que llueva.

Rodé los ojos y las invité a entrar, pero ellas se quedaron todavía cerca de la puerta, sin darme espacio a cerrarla.

—¿No piensan entrar? —pregunté cuando noté que se miraban unas entre otras.

Rita negó con la cabeza.

—Tenemos un mejor plan. Esta noche saldremos a dominar la ciudad —sonrió malévolamente.

Fruncí el ceño y comencé a abrir la boca para hablar, pero un silbido, que provenía detrás de ellas, me interrumpió.

—¡¿Se van a quedar ahí para siempre?! Quiero desvestir hombres lo más rápido posible —gritó una voz femenina.

Mi cabeza se alzó al ver a la vieja y agradable Mirna, asomando su cara por la ventana de lo que parecía un autobús estacionado en la calle. Ni siquiera lo había notado, aunque parecía imposible de evadir: ¡era rosado!

Mi ceño se frunció en profundidad.

—No entiendo —tartamudeé.

—¡Anna, es tu despedida de soltera! —dijo Shio agitando las manos en el aire y tarareando una melodía pegajosa.

De pronto lanzaron sobre mi cuello una cantidad insana de collares de cuencas brillantes, y me colocaron una máscara color marfil en el rostro.

—Chicas, no…

—Shhh —me silenció Rita, poniendo algo sobre mi cabeza.

—Vamos a llevarte con nosotras. Tu neandertal-futuro-marido no sabe, y ni pensamos decírselo, o si no, no te deja ir para que veamos hombres hermosos con poca ropa —gritó Shio entusiasmadamente—. Esperamos que no te importe pero lo dejamos encerrado en la oficina de Laura. El pobre debe estar molesto.

—¿Qué? ¿Encerraron a Adam?

Ella asintió enérgicamente.

—Le dijimos que te llevaríamos a ese nuevo club nocturno, Énfasis, y estalló por completo. Se puso rojo de los celos; pero se me ocurrió la gran idea de dejarlo por un par de horas hasta que se calmara.

—¿Todavía está ahí? —pregunté preocupada.

—No te preocupes, lo vamos a soltar una vez que nos pongamos en marcha.

Me guiñó un ojo y me aplicó labial de color rojo en los labios.

—Shio —la alejé de mi boca—, ¿qué hicieron con él?

—No te preocupes, novia, no le pasa nada. Tiene a Giulio haciéndole compañía. Además, contratamos al doble de Channing Tatum para que moviera el trasero al ritmo del tecno

Rita suspiró mientras me tomaba del codo y me llevaba hacia el autobús.

—Adam está bien, Anna —me tranquilizó ella— Pero no puedo decir lo mismo de tu amiga aquí; Shio, ¿cuánto alcohol haz bebido hasta ahora?

Ella hizo un pronunciado puchero.

—Ni una gota, ¿por qué?

Mindy rodó los ojos mientras caminó tras nosotras.

Rita seguía acomodando algo entre mi cabello y comenzó a tirar de él.

—Anna, quédate quieta. Te estoy poniendo un velo de novia —me regañó—. Ahora sí, estás lista para subir al autobús de la perversión… No apto para menores.

Sorprendentemente el bus estaba lleno. Un tipo que no reconocí lo manejaba, mientras que, la parte que era destinada a los asientos, había sido sustituida por un tubo de acero pulido. Mi madre estaba bailando su propia interpretación de la canción Three de Britney Spears, y se jactaba de su buen manejo de las caderas.

—Todo está en la pelvis —no dejaba de gritar por sobre la música—, el truco es mover primero el trasero hacia atrás, empujar las caderas y luego impulsarse arriba con la rodillas.

Hizo la demostración, e inmediatamente me sonrojé de la vergüenza.

¡Mi mamá estaba haciendo movimientos pélvicos!

Aggg.

Todas gritaron cuando me vieron acercarme a ellas; Mirna corrió a abrazarme y no dejó de acariciar mi abultado vientre que no se podía esconder con facilidad bajo la tela de mi vestido.

—¿Qué es? —me gritó al oído—. ¿Niño o niña?

Negué con la cabeza.

—Decidimos esperar hasta el nacimiento para saberlo.

—Mírate —chilló—, hablando en plural y casándote con el chico dorado. Bien, solo asegúrate de que sea niña… mis apuestas están seguras.

Me guiñó un ojo y luego se desplazó a su asiento, agitando las caderas y acercándose al tubo para hacer sus propios movimientos, compitiendo con mamá.

Avanzando en el autobús me encontré con viejas compañeras de la escuela, primas lejas, y con antiguas compañeras de trabajo.

Noté que todas usaban una gran cantidad de collares de carnaval, máscaras con lentejuelas, y boas de plumas que rodeaban sus cuellos.

Había bebidas alcohólicas en cubetas heladas, y los carteles con chicos en ropa interior tapaban la mayoría de las ventanas.

El autobús pronto arrancó, aumentando el volumen de la música, y haciendo que las chicas gritaran al unísono. Me reí cuando todas comenzaron a bailar y a agitar las caderas.

Rita se acercó a mi lado, moviendo sus hombros al ritmo de la canción, impulsándome hacia arriba para que bailara con ella.

Comencé a bailar con las demás, riendo animadamente cuando hicieron un círculo a mi alrededor.

—¡Guardamos lo mejor para el final! —gritó Mirna subiéndose la falda y dejando a la vista sus pantorrillas—. Míralo nada más.

No me había fijado antes, pero un chico encapuchado estaba parado en la parte trasera del autobús, sonriendo y distribuyendo bebidas a cualquiera que se le acercara.

—¡Leo! —gritó ella, haciéndole señas al atractivo moreno—. Esta es nuestra novia, por favor hazle un baile antes de que lleguemos al club.

Todas rieron, y el rugido de gritos se volvió ensordecedor mientras “Leo” se acercaba con pasos decididos hacia mí.

—Ay no —me quejé—, no hagan eso. No quiero ningún baile…

—Esta es tu noche de soltera, disfrútala —me gritó alguien.

La música cambió inesperadamente, volviéndose sensual y animada.

El encapuchado se quitó su camisa, revelando un rostro no mayor de veinte años y un cabello cortado a la rapa. Tenía ojos azules y me sonrió sin vergüenza mientras se inclinaba para besarme el talón del pie.

Mis mejillas se pusieron rojas al instante.

—Bien, que la novia disfrute —dijo él mientras me daba pequeños toques para que tomara asiento en uno de los pocos lugares que habían para sentarse.

No podía moverme y mis amigas se habían reunido a mi alrededor. Mi madre no dejaba de agitar al aire billetes de baja denominación, lanzándole unos cuantos al chico mientras éste comenzó a sacudir sus caderas.

—Oh por… —tragué saliva—, chicas, yo no…

Pero nadie me escuchaba. Shio era una de las que estaba realmente en trance viendo cómo el bailarín tanteaba sus dedos en la pretina del pantalón y hacía movimientos obscenos con su mano sobre su… miembro.

Alguien gritó en mi oído, al voltear mi rostro vi que era la abuela Gertrude. Ni siquiera sabía que ella había entrado al autobús… Espera, ¿esa de la esquina era Nicole? ¿vendada de los ojos con una cinta negra?

—¿Qué hace Nicole aquí? —pregunté frenéticamente.

La abuela solo me hizo un gesto sin importancia, poniendo una sonrisa deslumbrante cuando miraba al bailarín exótico.

De alguna manera, en cuestión de minutos él se quedó únicamente en ropa interior muy erótica: un tanga café con estampado de leopardo.

Mi madre no dejaba de gritar, lanzando dinero al aire y bailando con el muchacho de cuerpo bronceado.

Mis ojos se dirigieron hacia donde la pequeña estaba todavía con los ojos tapados.

Esto iba a terminar mal, muy mal.

Intenté ponerme de pie, pero el chico aprovechó mi movimiento y se deslizó en mi regazo, sacudiendo su pelvis con profesionalismo y sensualidad. Noté que estaba lleno de una sustancia aceitosa, y algunas gotas de su sudor me cayeron a la cara.

—¡Ahhhhhhhhh! Sonríe, Anna, esto está siendo grabado para tu chico en especial —gritó la voz de mi madre; llevaba una cámara de video en su mano, enfocada en los movimientos de Leo en mi regazo.

Mier-da. Mi madre iba a ser mi perdición.

—¡Mamá! ¿Qué hace Nicole aquí? —señalé en su dirección.

—¡No podíamos dejarla sola! —me gritó en respuesta.

Iba a protestar, pero de nuevo, el cuerpo sudoroso de Leo comenzó a cambiar de posición, poniendo un pie en el asiento a mi lado, se elevó de tal forma que su entrepierna estuviera a punto de rozar mi cara.

Me hice hacia atrás, golpeándome contra la base del asiento. Esto era demasiado.

La abuela Gerty aprovechó para meter uno de los billetes en el diminuto tanga del chico; el resto de las chicas siguieron su ejemplo y el caos se desató en cuestión de minutos.

Unos brazos me empujaron en dirección a Leo, y éste se desató a poner su trasero a la altura de mis caderas.

Iba a morir de combustión espontánea. Eso era seguro.

—¡No seas tan mojigata! —me regañó Shio—. Espera que conozcas a los chicos del club; vas a caer desmayada al suelo.

Diez minutos después estábamos entrando a Énfasis, un club sólo para damas en donde los meseros usaban ropa ajustada y no llevaban camisa. Usaban únicamente un corbatín en el cuello, y sonreían como si fueras la sensualidad hecha carne. Muy pronto iba a terminar cuestionándome si mi decisión de casarme era la correcta.

Un grupo de hombres, todos con grandes pectorales y apariencia atractiva, nos guió hacia una sala VIP.

En el camino no perdí de vista a la pequeña que tenía plantada en la cara una enorme sonrisa; ella no era tonta, presentía que ya sabía lo que estábamos haciendo. Adam me iba a matar si se llegaba a enterar que la habíamos traído a un club de striptease.

Yo era chica muerta.

—Espera a que veas la temática que te tenemos preparada —susurró Shio, comiéndose con la vista a los hombres que se cruzaban con nosotras.

Yo debería lucir exótica: con mi máscara en la cara, mi velo de novia, y mi barriga de embarazado de cinco meses. Pero para ellos no había ninguna diferencia, como si se hubieran acostumbrado hace mucho tiempo a este ritmo de trabajo.

Pronto llegamos al salón privado, rodeado de tubos de acero y hombres en trajes pequeños y ajustados. La mayoría parecían modelos, y tenía que admitirlo, mi boca se hizo agua.

Entonces noté la temática de la que Shio me hablaba: todos los hombres dentro de la habitación, tenían un hermano gemelo a su lado.

Miiieeerrdaa.

Si cualquiera tenía dudas sobre lo que estaba esperando, ya podrían hacerse una idea al ver el cuarto rodeado de unos muy guapos gemelos.

Mi frente comenzó a sudar instantáneamente.

—Shio —lloriqueé—, ¿qué has hecho?

—Nos cobraron un extra… pero definitivamente valió la pena —susurró ella de vuelta—. Ahora sí, déjame presentarte a los hermanos Jared y Sammir. Son Colombianos… —chilló con fuerza—, esta noche promete mucho.

¿Ella estaba loca? Mis hormonas se dispararían al máximo y ya había cumplido mi cuota de sorpresas por el día.

—No te preocupes —me tranquilizó cuando vio mi cara de estupefacción—, si mis cálculos no me falla, Adam estará aquí en 3, 2, 1…

La puerta detrás de nosotras se abrió con fuerza, golpeando contra la pared y asustando a unas cuantas chicas que babeaban sobre algunos de los gemelos.

Adam tenía una mirada mortal que se volvió más tortuosa a medida que encontraba mis ojos.

—¿Ves? —murmuró Shio aún a mi lado— te lo dije. Pero no estará aquí por mucho tiempo, eso tenlo por seguro. Lo van a regañar en cuestión de segundos antes de que llegue a nosotras.

Ella sonrió con malicia.

Al principio no comprendí a qué se refería con ese comentario, pero entonces me fijé en lo que estaba usando; era exactamente el mismo "uniforme" de trabajo que los demás chicos llevaban.

Él se apresuró a llegar a mi lado. Tenía los ojos abiertos y no dejaba de fulminarme con la mirada.

Cuando se detuvo frente a mí, y bajé la vista para examinar su cuerpo, una idea del por qué llevaba la misma ropa que los otros empleados se formó en mi cabeza.

Al principió negué, no pudiendo creer lo que miraba. Entonces tuve que forzarme a preguntar lo que imaginaba que hacía allí:

—Adam —tartamudeé, tragando saliva nerviosamente—, ¿trabajas aquí?

Capítulo 11

Sufre, Adam, sufre

Algo de cabello negro se enredó en su frente, ocultando de mí su mirada furiosa. Él parecía no creer lo que estaba viendo. Entonces se percató de Shio, y su expresión se tornó aún más violenta; las fosas de su nariz se ensancharon, sus ojos verdes se dilataron y sus mejillas se pusieron de un tono rojo cereza.

—¿Qué hace Anna aquí? —gruñó él—. Dije que no quería verla en un sitio como este. ¿Y por qué rayos me encerraron en una bodega?

Su abuela se dio cuenta del estado de su nieto, y rápidamente se paró frente a él, tomándolo de los hombros para calmarlo.

—Tranquilízate, hijo —le respondió—. Sabíamos que te pondrías así si te decíamos que queríamos traer a Anna a un club nocturno. Estás reaccionando de manera exagerada.

—¡¿Exagerada?! ¡¿Dices que estoy reaccionando de manera “Exagerada”?! —gritó él, haciendo que el ambiente se pusiera tenso al instante.

Gloria, una de las chicas que trabajaba conmigo en el restaurante, quitó la atención del chico que estaba a punto de invitar a bailar, y su mirada se volvió agria mientras fulminaba a Adam.

Mi madre, que se venía tambaleando con dificultad, se detuvo frente a nosotros, con su bebida en la mano y luciendo medianamente borracha.

—¡Adam! —lo regañó ella—. Deja a mi niña disfrutar de su despedida de soltera… ¿Qué crees que va a pasarle estando con nosotras? Pfftt —al final soltó un largo eructo y luego se rio a carcajadas—. ¿Dónde están los chicos colombianos? —chasqueó los dedos e inmediatamente dos apuestos morenos se acercaron hacia ella—. Oh, mis niños —les acarició la cabeza—, quiero que me carguen y luego le den un baile privado a mi pequeña de aquí… Esperen, primero el baile y luego me cargan y me llenan de tequila. ¿O mejor hacen un baile especial para mí…?

¿Dije medianamente? Corrección: ella ya estaba muy borracha.

Me giré de nuevo hacia Adam, todavía no había respondido mi pregunta. ¿Él trabajaba allí? Pero no necesitaba que él me lo dijera para saber que la expresión de su cuerpo lo decía todo.

Cada cosa empezó a encajar en su lugar: el primer baile que me había hecho, la mirada pícara que se le formó aquella vez que me dijo que me mostraría su lugar de trabajo, el dinero que siempre cargaba en sus bolsillos… ¡Eran sus propinas!

De repente me sentí enferma.

Estaba a punto de decirle que me explicara lo que sucedía, pero un escuálido brazo se coló sobre mis hombros: el de mamá.

—¡Toda mujer embarazada necesita un baile en el regazo, hecho por un extraño! —interrumpió ella, ignorando mi enojo que aún se palpaba en el aire—. Anna, siéntate y deja de hablar tanto. Ah, y espera a ver los regalos tan atrevidos que te compramos.

—La tocan, y son hombres muertos —advirtió Adam, sus puños cerrándose con fuerza; entonces su mirada se enfocó en algo detrás de mí—. ¡Alto todo el mundo! —gritó, conmocionado—. ¿Esa de ahí es Nicole, con los ojos vendados?

Me encogí de hombros, asustada por su reacción, deseando desaparecer en el aire. Él lucía maniático… peor que cuando se peleó con Mason mientras se apareció en mi puerta.

Adam era capaz de prenderle fuego al lugar con solo parpadear.

—Yo no sabía que venía con nosotras hasta que… —me callé al ver su mirada fulminándome con potencia; pero entonces alguien me tomó de la cintura, levantándome del suelo y haciéndome gritar instantáneamente.

Adam devolvió su atención hacia la persona que me sujetaba, y su expresión cambió a una mortalmente destructora. Iban a rodar cabezas, lo sabía.

—Suél-ten-la-in-me-dia-ta-men-te ahora. ¡Está embarazada, imbécil! —su gruñido se escuchó por todo el salón a pesar de que la música estaba a un volumen alto.

Su mandíbula se apretaba demasiado, y los músculos de sus brazos comenzaron a flexionarse.

—Oye —habló el chico que me cargaba en brazos—; ya pagaron por las horas de ella, ve a atender las mesas de allá afuera.

Sentía cómo esos mismos brazos fuertes se cerraron sobre mi abultada cintura, y me cargaban en contra de mi voluntad, llevándome lentamente hacia el centro del escenario levemente iluminado.

Miré a Adam, pidiendo ayuda con la mirada, pero mi madre (junto con Mirna y el resto de las chicas), se encargaron de retenerlo en su lugar, formando una barricada que mi chico trataba de romper.

—Muy bien cariño, te vas a divertir mucho —susurró el chico en mi oído mientras me depositaba suavemente en el suelo una vez que alcanzamos el escenario.

—No, no, no. Alto, de verdad no estoy de ánimos para un baile… —protesté—. ¡Espera! ¡El bebé acaba de patear!

—Bueno, está a punto de querer salir a la superficie después de que te mostremos lo que sabemos hacer mejor.

—No…

Las luces se apagaron de repente, y quedó solo una parpadeando en mi dirección.

Me sentaron en una silla, y un atractivo y musculoso rubio, con micrófono en mano, habló, anunciando que el show estaba a punto de comenzar. Todas las chicas que venían conmigo en el autobús se agitaron y gritaron hasta quedar roncas.

—Y aquí tenemos a nuestra hermosa novia —dijo el rubio una vez que la lunática de mi madre dejó de gritar algo sobre un baño de cerveza—. Esta noche es sólo para ella, ¿verdad, damas? Quiero oírlas gritar cuando vean lo que esta novia va a experimentar de primera mano. Pero antes, quiero saber si ella desea ser seducida.

Acercó el micrófono a mi boca, y yo me quedé pasmada sin saber qué hacer.

—Eh…

Miré de nuevo hacia donde Adam se encontraba, pero ahora un enorme sujeto lo tenía agarrado de los hombros: el guardia de seguridad.

Tragué saliva mientras regresé la mirada hacia el rubio. Sin decir nada, él quitó el micrófono de mi cara e hizo un sonido de protesta.

—Al parecer nuestra novia es tímida. Vamos a hacer que entre en calor entonces…

Acto seguido se arrancó los pantalones, enseñando su diminuto calzoncillo decorado con la bandera de Estados Unidos, y comenzó a mover las caderas, de adelante hacia atrás, todo al ritmo de una canción tecno que comenzó de manera sincronizada justo cuando se arrancó la ropa.

Los gritos aumentaron así como habían aumentando al ver a Leo hacer su número en el autobús… pero fue peor, mucho peor. Al menos éste chico sabía cómo moverse; Leo era un aficionado comparado con él.

La luz blanca estaba directamente sobre mi cara, dificultándome el trabajo de ver algo más que no fuera al sudoroso chico que no dejaba de apoyar la mano en el respaldo de mi silla. Mover su entrepierna en mi dirección era lo único que parecía saber hacer; eso, y guiñarme el ojo mientras transpiraba por todos lados. En otra persona seguramente se vería asqueroso el exceso de sudor, pero debía admitir que, en él, quedaba bien… bastante bien.

No podía ver a Adam por ningún lado, pero sabía que estaba furioso, abriéndose paso entre las chicas alborotadas que no dejaban de lanzar billetes hacia los gemelos que rodeaban la habitación y que hacían su acto personal.

—¡Anna! Baja del escenario ahora mismo —escuché que gritaban. Sí, ese era mi chico celoso, retenido por Rita y Dulce.

El guardia de seguridad también lo sostenía de la parte trasera, todavía agarrándolo por los hombros.

Intenté, de verdad intenté, ponerme de pie, pero el rubio tenía una fuerza de hierro en sus muslos. Me empujó suavemente contra el asiento, sonriéndome y dándome la espalda por un momento para acercar su trasero a mi cara y agitarlo.

—En confianza —gritó él por sobre la música—, toca lo que quieras, bombón. Las tímidas son las mejores…

—Ay, Dios… —tragué saliva. ¿Qué hacía yo allí?

El chico acercó demasiado su trasero que, si mis labios se estiraban, lo estaría besando.

No me gustaba que otro me diera bailes privados; yo sólo quería los de Adam, en la intimidad de nuestra habitación, no en frente de mi madre y… ¿dónde estaba Nicole?

Busqué a Shio con la mirada, pero ella estaba distraída gritando como las demás.

Conté exactamente a los gemelos en la habitación, eran un total de doce chicos para aproximadamente veinte de nosotras; y esos mismos doce subieron al escenario y lentamente comenzaron a rodearme.

Como si estuviera coreografiado, los doce se quitaron los pantalones de un solo tirón con una mano, y la música subió de potencia. Todos usaban únicamente calzoncillos con banderas de otros países; suponía que usaban las de su país de origen. Había una diversidad cultural enorme.

—¡Que bailen los colombianos! —gritó alguien, seguramente mi madre.

Entonces ambos hermanos se acercaron hacía mí, moviéndose expertamente en sus muy diminutos calzoncillos con la bandera de Colombia. Jamás se me ocurrió que a una bandera se le podía dar ese uso… o ni siquiera sabía que se podía hacer. Todavía recordaba las clases de civismo en mi escuela mientras la maestra nos recalcaba una y otra vez que la bandera no podía tocar el suelo, y si lo hacía; la quemaban inmediatamente. No podía imaginar qué harían si supieran que la bandera tocaba… esas… partes.

—¡Anna, que ni se te ocurra mirar más allá de ese pedazo de tela! —rugió una voz furiosa.

La misma voz obtuvo un rostro cuando lo vi a un paso de llegar al escenario.

Adam seguía enojado, y ahora cargaba a Nicole con un brazo mientras que con el otro empujaba a las hormonales mujeres de su camino. El guardia de seguridad estaba justo detrás de él, intentando atraparlo. Pero Adam no pudo llegar más lejos porque inmediatamente las chicas se encargaron de agarrarlo por las pretinas de su pantalón. Lo empujaron lejos, dejando que lo último que viera fueran sus tatuajes en blanco y negro que tomaban posesión de su torso y su brazo.

La marea de gemelos aprovechó para acercase a mí y hacer unos movimientos en los que sentí que me robaban un pedacito de inocencia. Uno de ellos me sujetó del muslo y me hizo rodear su cintura estrecha con mis piernas.

Parpadeé muchas veces intentando desviar la vista, pero estaban por todos lados.

Fue difícil concentrarse cuando el chico que estaba entre mis piernas comenzó a moverse enfáticamente.

Iba a morir aquí. Lo sabía.

Ni siquiera fui capaz de notar los gritos a mi alrededor, principalmente los de Adam que eran más fuerte que los demás.

Finalmente me pusieron de pie, rodeándome y comenzando a agitar de adelante hacia atrás sus pelvis; mi rostro se puso demasiado caliente y no pude cerrar la boca a tiempo cuando uno de los atrevidos chicos se acercó demasiado a mí y me tomó por la nuca, bailando sensualmente al ritmo de la música.

Por un momento llegué a pensar en finalmente soltarme y hacerles caso a las chicas, pero justo en ese instante de vacilación, Adam finalmente llegó hasta mí, apartando a los chicos que me rodeaban como aves de rapiña en busca de su presa.

Le dio un golpe en la nariz a aquel que me había tocado del muslo, y me tomó posesivamente del brazo, haciendo que me pusiera detrás de él.

—Te vienes conmigo —gruñó con ira.

Comenzó a arrastrarme por el escenario, bajando rápidamente las pocas gradas que nos separaban de las demás chicas.

—No puedo creer esto —masculló cuando mi madre se puso frente a nosotros, cruzando sus brazos y apuntando a Adam con un dedo acusador.

—A mi hija no te la llevas de aquí hasta que no hayamos terminado y abra sus regalos al final de la noche. Ya que no puede beber, al menos vamos a emborracharla de strippers.

—Recuerdo que dije muy claramente que no quería que la trajeran a este lugar en específico —respondió él—; además, ¿qué hace la niña en un lugar como este? ¿Cómo las dejaron entrar con ella?

—La escondimos —dijo mamá tajantemente—. No es como si pudiéramos dejarla afuera; ah, y tiene puesta una venda. No sabe nada de lo que estamos haciendo aquí… ¡já!

—Me llevo a Anna, y punto.

—Adam, la jodiste de por vida (no solo hablo del sentido físico). Me refiero a que la arruinaste para cualquier posible pretendiente o chico que se le presente en el futuro. No tienes por qué sentirte celoso cuando ella apenas y se atrevería a mirar a otro chico que no fueras tú. Ahora, salgan, hablen y luego traes a mi hija de regreso.

Mi madre no puso objeción y nos dejó el camino libre después de eso. De hecho, nadie había puesto resistencia.

Adam renovó su agarre y me sacó del salón privado, dirigiéndonos a la zona general que estaba igual de abarrotada que cuando entramos hace unos minutos.

Me ruboricé por millonésima vez mientras veía todo, y apreté el paso cuando Adam nos llevaba a mí, y a una Nicole vendada, fuera del local.

—¡Les dije que aquí no! ¡Mieeerda! —explotó él una vez que estuvimos en la calle. Se jaló una buena porción de cabello negro antes de hacer un sonido exasperado.

Escuché a Nicole jadear cuando oyó a Adam maldecir, y al parecer él también se dio cuenta.

—Lo siento —dijo inmediatamente. Se agachó para quitarle la venda de los ojos a la niña y le frotó la cabeza mientras intentaba forzar una sonrisa.

Nicole parpadeó, mirando a su alrededor y luego mirando entre Adam y yo.

—¿Por qué estás sin camiseta? —le preguntó ella—. ¿Y por qué Anna tiene un velo en la cabeza? ¿Se van a casar?

Adam me fulminó con la mirada, como si yo tuviera la culpa de su estado, y luego se giró hacia la pequeña, ofreciéndole una sonrisa.

—Pues nos vemos así porque venimos de una fiesta de disfraces —mintió.

Bufé inconscientemente.

—¿No querrás decir que es porque trabajas aquí? —lo acusé—. Increíble. No sabía de tu doble vida.

—Anna…

Él se oía furioso todavía mientras decía mi nombre, pero yo tenía más razones para sentirme enojada. Al menos no me podía culpar por lo de esta noche, no sabía qué planeaban las chicas.

—¿Trabajas aquí, Adam? Te empeñas en no responder mi preguntar.

—¿Por qué siquiera estamos discutiendo esto? No quiero comenzar a enumerar los cientos de cosas que me hicieron molestar esta noche. Juro que me va a explotar una vena… ¡Aggg!

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que…?

Pero él gruñó una vez más.

Al ver su reacción, Nicole se apresuró a añadir:

—Nunca van a adivinar lo que aprendí hoy en casa de la abuela Cecile.

Todavía estábamos de pie, en las afueras del local de baile exótico, con un Adam furioso que en cualquier momento se transformaría en ogro de lo enojado que estaba.

—¿Me lo puedes decir después? —le contestó él a la pequeña—. Ahora quiero hablar con Anna; pero primero, ¿tienes hambre? Vamos a comer.

—¡Pero la abuela me dijo por fin de dónde venían los bebés! —gritó ella para que le prestáramos atención.

Esta vez sí la escuchamos, ambos.

—¿Qué te dijo? —preguntó Adam, si es posible se oía más furioso todavía.

—¡Ustedes son unos mentirosos! Los bebés no vienen de besarse durante media hora —hizo un puchero y se cruzó de brazos—. ¡Los bebés vienen cuando, la pareja, pasan la noche entera juntos!

—Mmm, este no es lugar para discutir eso —respondió Adam—, lo hablaremos después, ¿sí?

—No, yo quiero saber ahora. Ella dijo que los niños y las niñas somos diferentes y que esas diferencias en nuestros cuerpos se conectaban para hacer un nuevo bebé. ¿Cómo hicieron tú y Anna con Noah? ¿Durmieron juntos Ya había escuchado algo de eso en internet pero todavía no entiendo algunas cosas. ¿Ustedes qué conectaron? ¿Esas partes que los hacen ser chico y chica?

Me ruboricé. Rojo tomate. Rojo cereza… rojo chillón.

—Y como siempre tu madre: metiendo la pata —gruñó Adam, comenzando de nuevo a halarse el cabello.

—Ella se iba a enterar tarde o temprano —murmuré, enojándome de igual forma—. Sé que no es la mejor manera de saberlo, pero no puedes culpar a mi madre de todo.

—No, cierto. También te culpo a ti.

—¿A mí? —alcé la voz—, ¿de qué me estás culpando? ¿Qué hice?

—¡Te viniste corriendo detrás de ellas! Cualquiera pensaría que querías escapar de mí.

—¿Qué..? ¡Estamos hablando de Nicole, grandísimo idiota!

—Cierto, hablamos de cómo tu madre la está depravando.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan enojado? ¿Porque vinimos a tu lugar de trabajo?

—No.me.provoques.

Los dos explotábamos de ira. Me sentí realmente cabreada de que me echara la culpa por algo que no tenía sentido.

—¡Yo no sabía que estábamos viniendo a un sitio como este! ¡No me culpes! Además, estuve como idiota llamándote y dejándote mensajes todo el día… ¿pero me respondiste uno? ¡NO!

—No tenía mi celular a mano… tus amigas me encerraron con ese tipo con mal acento italiano que…

—¡Claro, y tuve que pasar yo sola por la espantosa noticia de enterarme que esperaba trillizos! ¿Y dónde estabas tú? Probablemente bailándole en las piernas a una gata arrastrada. Exacto, todo tiene sentido para mí ahora: eres muy bueno bailando striptease. Además, cuando intentabas impresionarme comprando a todo el mundo con tu dinero, siempre andabas llenos los bolsillos; imagino que esas eran tus propinas. ¡Este es tu trabajo! ¡Por eso no querías que me trajeran aquí! ¿Pero qué…?

Me detuve cuando observé la reacción de la pequeña: sus cejas se habían elevado, y su boca se abrió bastante.

Miré a Adam que bien podía simular ser una estatua por lo quieto y rígido que se encontraba.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —pregunté cuando noté que ni un solo músculo de su cuerpo se movía.

Me preocupé. Mi ira iba aplacándose momentáneamente.

Pasaron por lo menos unos tres minutos enteros hasta que él finalmente dio señales de vida… o al menos su boca, que no dejaba de abrirse y cerrarse.

—¿Dije algo malo?

Miré a Nicole, preguntándole silenciosamente con la mirada.

Ella me sonrió enormemente.

—¿Trillizos son tres bebés? —preguntó ella al fin—. ¿Vas a tener tres bebés? ¿Cómo te caben tres en el estómago? ¿Tiene eso algo que ver con las partes de tu cuerpo que se conectan con las del tío Adam? La abuela Cecile me dijo que sus partes nacieron para pertenecerse… aunque no entiendo cómo funciona. ¿Entonces? ¿Cómo haces para tener tres bebés?

Ahí me di cuenta de mi error.

Me llevé ambas manos a la boca y la tapé con mis dedos, negando con la cabeza.

Nicole aprovechó mi estupefacción y me abrazó desde la cintura, rodeándome con sus manos que no llegaban siquiera a tocar mi espalda.

—¡Voy a formar una banda de chicos! Espera, ¿son tres Noahs? ¿Alguna es una niña?

No pude responderle nada a la pequeña; todavía estaba preocupada por Adam: tenía una mirada distante, casi cómica. Pero podía ver el terror dentro de sus ojos; estaba asustado... en pánico.

Negué nuevamente.

—No es eso… Adam, escúchame.

El músculo de su mandíbula se tenso visiblemente. Comenzó a negar con la cabeza.

—No estoy listo para esto —susurró, apenas audible para mis oídos.

Entonces empezó a caminar lejos, dándome la espalda y alejándose de mí.

Ahora la que abría y cerraba la boca era yo.

¿A dónde iba?

¿Me estaba…? ¿Me estaba dejando?

Entonces se detuvo y se dio la vuelta, yendo de regreso hacia donde Nicole y yo seguíamos paradas.

—Adam, lo de los trillizos fue simplemente una…

—Me llevo a Nicole —me cortó, evitando verme a los ojos—. Si quieres, puedes regresar a tu fiesta. Lamento arruinarla para ti.

Tomó a la niña del brazo, arrastrándola lejos de mí.

Inmediatamente lo seguí.

—Espera —supliqué—, ¿qué estás haciendo?

Él no se tomó la molestia de mirarme a los ojos al responderme:

—Necesito espacio ahora mismo. Entra allí con tus amigas... No puedo ni verte a la cara en estos momentos.

¿Qué?

—Estás malinterpretando todo...

—Es suficiente —me interrumpió, apretando el paso y cargando a la niña en brazos mientras ella nos miraba con tristeza.

Me detuve en mi lugar, sin saber muy bien por qué había reaccionado de esa manera. Cuando estaba a unos buenos pasos de distancia, y vi que él estaba demasiado lejos, lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos.

Por eso no me contuve cuando le grité con fuerza:

—¡Eres un imbécil! ¿Simplemente te vas y me dejas botada?

Él no paró, ni siquiera se giró para verme.

—¡No son trillizos, idiota! ¡La doctora me dijo que estaba bromeando!

Pero él ya estaba muy lejos como para escucharme. Las lágrimas salieron fluidamente, perdiendo el control. ¿No podía verme a la cara? ¿Tan malo era para él tener trillizos? No es como si los tuviéramos... Aunque sí que eran gemelos.

Ni siquiera intenté seguir a Adam; la furia continuó y no esperé a que él regresara de ninguna manera.

Me abrí paso de nuevo dentro del local. No me importaba lo maniática que podía verme luciendo un velo de novia en mi cabeza, con lágrimas en los ojos y con un embarazo que presentía no iba ser muy bien aceptado.

Lo odiaba. ¿Por qué se fue de esa manera? Entendía que se sintiera abrumado por la noticia, pero no esperé que reaccionara de esa forma.

Apostaba que la psíquica que me leyó las piedras nunca vio venir esto.

Pensé en seguirlo, pero simplemente me sentí muy cansada como para lidiar con eso.

Lloré un poco más en mi camino al baño.



Las chicas fueron muy amables al no preguntarme qué había sucedido conmigo o por qué lucía destrozada. Tampoco se molestaron en ponerme de frente con otro hombre y se limitaron a disfrutar de la noche (una noche que no incluía a Adam); y aunque albergaba la esperanza de verlo cruzar el salón para venir a buscarme, la desilusión se hizo aplastante cuando pasó más de una hora y no lo vi atravesar esas puertas.

Finalmente, decidí que lo mejor era tranquilizarme y pasar la noche en casa de mamá.

Arruiné por completo la despedida que Shio se esmeró en hacer, y ya nada fue lo mismo mientras nos reunimos en una mesa alejada del bullicio y se repartieron los regalos. Al finalizar la noche tenía un buen número de lencería atractiva y para nada inocente, junto con otros materiales que ni siquiera me atrevería a nombrar.

Mamá no preguntó nada cuando le dije que me quedaría con ella, y simplemente se limitó a asentir, cayendo sobre los múltiples cojines que aún mantenía en la sala en lugar del típico sofá.

Se quedó dormida instantáneamente, roncando boca abajo y nombrando a la abuela Rose en sus sueños.

Aproveché para revisar mi teléfono y comprobar si Adam me había enviado al menos un mensaje, pero lo dejé caer cuando sentí un pequeño movimiento en mi estómago. Tuve que apoyar mis manos en la mesa del comedor porque toda la habitación comenzó a dar vueltas repentinamente, y respiré hondo mientras los mareos cedían.

Podía sentir cómo aumentaba el movimiento en mi barriga, como si los bebés se estuvieran agitando por algo, o intentaran dar sus primeras patadas.

Me incorporé poco a poco, recuperando el equilibrio mientras mi mano acariciaba mi vientre.

—Ya, ya —dije con voz ronca—, tranquilos. Todo está bien. Mami quiere sentir sus pataditas, no sean tímidos.

Los acaricié por unos minutos más, hasta que después de eso parecieron calmarse y me dejaron agacharme para recoger el teléfono.

No había ninguna llamada del engreído Walker. Ni un mensaje de texto.

Resoplé mientras apagaba el estúpido aparato.

Me senté en una silla del comedor para seguir frotando mi barriga por sobre la tela de mi vestido.

Si Adam creía que iba a ser la primera en ceder y llamarlo, estaba muy equivocado.

Era un idiota por haberse ido de esa manera, era un idiota por no decirme que trabajaba en un club de striptease; pero sobre todo, era un idiota por pelear conmigo sabiendo que mis revolucionadas hormonas me hacían llorar hasta por... ¡por el estúpido Bambi!

Solo pensar en Bambi me recordó a las muchas veces que Adam provocaba ese efecto en mí... El efecto Bambi. Ya nunca podría ver la película sin pensar en él; o ya nunca podría escuchar Dangerous and Sweet sin sentir que es él llamándome. Y definitivamente me arruinó para Adam Levine y sus futuras canciones.

Él me arruinó por completo... Me llevó a la ruina. Sus palabras ahora se estaban volviendo realidad: él sería mi perdición.

Ya ni siquiera podía pensar en el virus ébola y no dejar de imaginármelo a él diciendo esas palabras cuando creía que lo iba a juzgar por esas cosas que le pasaron con su hermano o con Emilia. De acuerdo, ya no podría escuchar absolutamente nada sin primero no acordarme de él.

Lo detestaba en estos momentos.

Esa noche lloré mientras me iba a dormir sola.

Los bebés estuvieron muy agitados durante toda la noche, moviéndose e intentando dar pataditas sin parar, creando pequeños calambres en mi estómago.

No pude dormir nada debido a lo incómoda que me sentía, no importaba la posición en la que me pusiera. Además, un dolor agudo punzó en mi vientre, despertándome del poco sueño que logré en la madrugada. El dolor desapareció después de unos minutos.

A la mañana siguiente, cuando me levanté como zombi y me dirigí a la cocina, no era la única que parecía destrozada: mamá se miraba aterradora. Con su lápiz labial embadurnado más allá de su boca, y el delineador de sus ojos formando una raya por su mejilla. Además de que hoy estaba caminando algo encorvada mientras preparaba café y arrastraba los pies por la cocina.

Me vio cuando me acerqué para beber un vaso de leche, y sus ojos se ampliaron con sorpresa.

—¿Anna? —preguntó, casi temiendo que yo no fuera real—, ¿estás aquí?

No pude rodar los ojos como quería porque el cansancio me impedía hacer otro movimiento que no fuera hablar o sentarme.

—Sí, me quedé contigo toda la noche —respondí finalmente.

Me moví para buscar fruta en la refrigeradora, pero en su lugar encontré una bolsa con bagels y croissants. Ahí se fueron las intensiones que tenía de comer sanamente.

—¿Te quedaste toda la noche? Bien, casi no recuerdo nada... —se llevó una mano a la cabeza—. Por favor, no dejes que beba de nuevo.

Bufé en voz alta.

—Si logro que sueltes una botella de cerveza en una noche, ese sería el mayor logro que habría hecho en la vida.

—Shhh, no hables tan fuerte. No puedo creer que me dejaras dormir en los cojines de la sala. Mi espalda está deshecha. Estaré caminando encorvada de aquí al nacimiento de los gemelos.

—Hablando de gemelos —dije, dándole la primera mordida a mi croissant—, anoche no me dejaron dormir tus nietos. Estuvieron agitados hasta altas horas de la madrugada.

Me sobé la espalda, estirándome mientras volvían los calambres en mi estómago.

—Mastica despacio… Y deberías comer más, estás muy delgada. Por eso se quejan los bebés, porque no te estás alimentando bien. Pero no sabría decirte lo que pasa; te recomiendo ir al médico. Oh, se me olvidaba: oficialmente les quiero dar a mis nietos su primer regalo.

Ella no esperó a que preguntara qué era, cuando ya estaba moviéndose hacia su habitación.

Salió tres minutos después, caminando de forma encorvada, cargando una maleta gigante que tenía un bordado de flores azules y rojas.

—Aquí está la bolsa que usé cuando viniste al mundo. La encontré el otro día y le repuse el contenido necesario para que te ayudes en la difícil tarea. Hay ropa de bebé —inmediatamente sacó un par de vestidos de color magenta—, hay pañales extra y toallitas húmedas para un aseo rápido. Talco —levantó la botella—, loción de primera mano, un termómetro, toallitas de tela, biberones y peluches para distraerlos.

Me enseñó un pequeño venadito café en su mano izquierda, y un cocodrilo púrpura en su mano derecha.

Casi lloré al ver el parecido enorme que tenían los ojos del venado con Bambi. Increíble, jamás pensé que un animal fuera la causa de las lágrimas en mis ojos.

—También hay estos pequeños aros a base de gel para cuando le salgan los primeros dientes y quiera morder algo —ahora sus ojos también se nublaron. Mierda—. Empaqué un termo para cuando salgas con los pequeños y quieras darles la leche calientita. Y esto de aquí —sacó unos parches extraños de color piel—, son para proteger los pezones… a ti te gustaba morderlos y protestabas cuando no había más comida en ellos. Créeme, te ayudarán.

Rió por lo bajo, y yo hice una mueca pensando en mi madre y en “pezones” en la misma oración.

—Por último, y aunque esto no cabe en la maleta —continuó—, un extractor de leche materna —levantó un aparato que parecía mas bien una mascarilla de plástico conectado con un tubo, y lloró más fuerte—. Estoy tan orgullosa de lo valiente que has sido, mi niña hermosa.

Corrió a abrazarme, ignorando su dolor de espalda, y me apretó en sus brazos, contándome emocionada todas las cosas en las que pensaba invertir con los bebés.

—Y si es niña… —dijo cuando terminó de sollozar en mi hombro—, espero que la llames con al menos uno de mis dos nombres: Cecile o Leharitt. O a ambas nómbralas como yo. Nunca te pediría nada en esta vida. Palabra de madre.

—Mamá…

—Oh, y otra cosa: ¿qué ocurrió con Adam? ¿Por qué te quedaste esta noche en mi casa y no con él? ¿se enojo bastante por llevarte a ese lugar? Si es así, es un exagerado dramático.

Antes que pudiera decirle algo, un golpecito que provino desde mi estómago, nos sobresaltó a ambas.

Mamá se separó inmediatamente, buscando mi mirada y luego atrayéndola a mi estómago. Colocó una mano en mi vientre, y otro golpecito vino en consecuencia.

—Un bebé está pateando —chilló—, ¡está dando patadas!

También coloqué la mano junto a la de ella y sentí las pataditas débiles que lanzaba contra mi estómago. Pronto, mi costado izquierdo empezó a agitarse y hábiles golpecitos comenzaron a reproducirse por ese lado.

—Ahora están pateando los dos —dije con melancolía en mi voz.

Automáticamente los ojos de mamá se pusieron llorosos.

—Se siente muy extraño —confesé—. Como si palomitas de maíz estuvieran reventando en mi estómago.

Pasaron varios minutos haciendo esto, y luego se calmaron.

—Ay, ya vienen mis bebés en camino —chilló mamá—, ¿y dónde está el padre de los niños? Ausente. ¿Me dirás qué pasó finalmente?

De pronto ella se puso bastante seria y se cruzó de brazos.

—Pues resulta que Adam es stripper.

Hasta ahí duró su seriedad.

—¿Qué? Jooooder. Con razón el cuerpo… y la actitud… ¡y el dinero!

Asentí con la cabeza mientras terminaba de comer mi croissant y comencé a devorar el bagel con jalea.

—No puedo estar con una persona tan mentirosa.

—¿Por qué no dejas que sea yo quien juzgue si soy un mentiroso? —preguntó alguien a mis espaldas.

Casi me atraganté con la comida. Cuando volteé mi rostro, vi a Adam de pie en el marco de la puerta. Llevaba lentes oscuros y una chaqueta negra.

—¿Podemos hablar? —preguntó de manera hosca.

Me metí un trozo de bagel en mi boca, saboreando la jalea de frambuesa.

—No en estos momentos —dije, regresando la vista a mi delicioso bocado—. No sé cómo entraste pero…

—La puerta estaba abierta. Vine hace media hora, tu madre estaba babeando un cojín rosa.

Mamá rápidamente agarró su taza de café y salió corriendo de la cocina, como ratón asustado.

—Alto ahí —dijo Adam señalando a mamá—. Anoche tuve que explicarle a una niña de diez años, casi once, de dónde vienen los bebés y si las mujeres pueden dar a luz por la boca. No estoy de buen humor esta mañana.

—¿Qué quieres Adam? —lo ataqué. Mamá nos miró de uno a otro.

—Quiero saber por qué no estabas en mi cama anoche.

—De acuerdo —interrumpió mi madre—, es hora de que yo me vaya.

Avanzó por la cocina, dejándome sola con el neandertal.

—¿Por qué? —bufé— ¿Por qué? Como si no te hubieras ido cuando te dije que tendríamos tres…

—Es tu culpa —me acusó—, a un hombre no le das noticias como esas, de esa forma.

—¿Dijiste que es mi culpa? Oh, no —en un arrebato, le lancé mi bagel justo a la cara. La jalea comenzó a escurrirse por su mejilla y a bajar por sus lentes—. ¡Eres un stripper y ni siquiera tuviste el valor de decirme! ¡Ahora me culpas!

—No me diste el tiempo de explicarte —se quitó los lentes y se lamió un poco de la jalea que tocaba su boca.

—¡Para todo tienes una explicación! ¡Para todo! —grité.

Empecé a agitarme y a moverme en el mismo lugar. Hasta que vi una bolsa en el suelo, cerca de la puerta, de la cual se asomaba un pedazo de tela roja.

Caminé hasta la bolsa y saqué apresuradamente su contenido: una tanga roja con un muy diminuto sujetador de encaje a juego. La prenda era de tela tan fina, que era imposible que cubriera algo una vez que me la pusiera; fue un regalo de Mindy, y aunque no era uno de los más atrevidos, era muy sensual

Se la lancé a Adam en el rostro.

—Ahora sufre, Adam, sufre porque no vas a volver a verme en ropa interior. ¡Y desaparece de mi vista!

Su mandíbula se apretó bastante, y tomó la pequeña prenda entre dos de sus dedos, examinándola atentamente.

—¿Entonces así me vas a tratar de ahora en adelante?

—Es lo que te mereces.

—Bien.

Se dio la vuelta, con intenciones de irse, pero de último momento cambió de rumbo y se apresuró a ir en mi dirección.

—¿Qué estás…?

Me agarró de la cintura y llevó una de sus manos detrás de mis rodillas. Me levantó del suelo, caminando hacia afuera de la casa.

—No me voy a ir contigo —protesté golpeando su pecho—. Bájame.

—Nena, no te molestes conmigo…

—Es que no puedes venir aquí como si nada y no responderme directamente a la cara. Tengo que enterarme de cosas malas gracias a otras personas. Odio que no me digas la verdad.

—Anna, no soy stripper… pero lo fui.

Parte II

Aprendiendo a ser ESPOSA del idiota.

“Tengo que confesar que a veces, no me gusta tu forma de ser,
luego te me desapareces y no entiendo muy bien por qué.
No dices nada romántico cuando llega el atardecer, te
pones de un humor extraño con cada luna llena al mes.
Pero todo lo demás le gana lo bueno que me das, solo
tenerte cerca, siento que vuelvo a empezar.”

Limón y Sal – Julieta Venegas

Capítulo 12

Algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul.

Dejé de golpear su pecho y me quedé muda durante dos minutos enteros, simplemente observándolo como boba.

¿Stripper? ¿Qué?

—¿Acabas de decir que fuiste stripper? —balbuceé.

—Así es —confirmó—. Las propinas eran buenas y las chicas me amaban. Era dinero fácil... además, fui empleado del mes... tres veces.

Mi boca se abrió ligeramente.

—¿Qué? —balbuceé—. ¿No me estarás mintiendo?

Negó con la cabeza, aún cargándome en brazos hacia la salida.

Intenté soltarme pero se convirtió en una difícil tarea a lograr. Terminó apoyándome contra un vehículo de color azul eléctrico parqueado detrás de nosotros.

—Si fui un stripper… —contestó una vez que me sentó en el capo y llevó obligatoriamente mis piernas alrededor de su cintura— ¿Hay algún problema con eso? Es parte de mi pasado, ya lo superé.

Su mano derecha inmediatamente comenzó a trazar triángulos en mi muslo poco cubierto.

—Es tu pasado pero... No sé si pueda... No sé si... ¿Eso quiere decir que moviste el trasero y meneaste tus partes para otras chicas?

El sinvergüenza asintió descaradamente.

Me enojé y comencé a deshacerme de su apretado agarre para correr de nuevo a mi habitación, pero sus dedos presionaron contra mis piernas y subieron hasta mi cintura, impidiendo que me deslizara del automóvil.

—Espera ahí, no te vayas.

—¿Para qué? ¿Para seguir escuchando la segunda vida que tenías a mis espaldas?

—No hice nada a tus espaldas. Escúchame…

Me llevé las manos hacia mis oídos, tapando mis orejas para evitar oír las excusas que tenía para mí.

Lo único que provoqué fue que gritara alto y fuerte, y que sus manos tomaran mis muñecas para que dejara de actuar como niña inmadura y lo escuchara.

—Venían chicas jóvenes, de edad madura, y hasta abuelas... —contestó cínicamente—. Esas daban las mejores propinas. Pagaban más cuando creían que tenía un rostro parecido al de sus difuntos esposos.

—¿Cómo pudiste? Pensé que tus padres tenían dinero y que...

—Dinero manchado, ¿recuerdas? Y no te atrevas a juzgarme, en ese momento me pareció buena idea. Incluso pensé en llevarte para que conocieras mi lado secreto. Me pareció divertido. Ya que no podía andar contigo, al menos era feliz siendo tu amigo… Me conformaba con pequeñas cosas antes de probar lo grande.

Ignoré sus últimas palabras. Palabras encantadoras que tenían como propósito engatusarme y hacerme olvidar sus ofensas.

—¿Así que ese era tu famoso trabajo? —le reclamé—. Pero dijiste que el dinero que siempre cargabas era el de tu herencia y... ¡Eso fue hace unos meses! ¿Todavía andabas conmigo cuando hacías esas cosas?

—Por supuesto —encogió un hombro, sonriendo de manera tranquila y despreocupada—. No sería yo si no tuviera una vida secreta que tú desconoces; una vida que incluye alcohol, mujeres y bailes calientes. Mi uniforme de trabajo fue mayormente una corbata y un tanga a juego.

Rió en la última frase, mordiéndose la lengua para evitar reírse más.

Estreché los ojos, cruzándome de brazos, viéndolo amenazadoramente.

—No es un buen momento para que me digas cosas como esas. Ahora bájame para que pueda ignorarte de ahora hasta siempre.

—Nena…

—Nada de nena. Es hora de que el estúpido efecto Bambi muera.

—¿Efecto Bambi?

—Bájame, Adam. No estoy de humor para discutir contigo.

—Nena, no entiendo cómo no puedes aceptar el hecho de que solía enseñar mi cuerpo para conseguir dinero.

Entonces lo noté: la forma tan tranquila con la que hablaba del tema y parecía bromear sobre el asunto.

Después de unos segundos en silencio, suspiré.

—Estás mintiendo —dije finalmente—. No estarías hablándome tan tranquilo justo ahora. Deja de jugar conmigo.

—No estoy diciendo mentiras. ¿Por qué crees que no quería que te llevaran a ese club en específico? Porque yo trabajé ahí. Me da vergüenza admitirlo pero... yo también fui un stripper. Shio me sacó la verdad a golpes.

Levantó su mano derecha, sonriendo descarada y juguetonamente.

Lo golpeé en el hombro al instante.

—¡Te estás riendo de mí!

—Claro que no —su sonrisa se ensanchó—. ¡Mi foto está colgada en la pared principal de empleados! Deberías empezar a tomarme en serio.

—¡Eres un tonto! —forcejeé para que me bajara del auto, pero me lo impidió una vez más, sujetándome de las caderas.

—¡Mi tanga dorada está enmarcada como un trofeo en una vitrina! Soy una leyenda en ese lugar —me guiñó un ojo.

—¡Adam!

Comenzó a hacerme cosquillas en los costados y no pude mantener la seriedad por mucho tiempo.

—Basta ya. Te odio por esto. Eres un insensible y...

—Un ex stripper. Otros dirán que fui a la luna, también es cierto... Oh, y tengo super poderes: puedo derretir objetos con la mente.

—¡Deja ya las bromas! Y no me hagas reír cuando intento mostrarme enojada contigo… Ahhh —siguió con las cosquillas, haciendo que me doblara y me retorciera de la risa. Mi estómago estaba ardiendo.

—¿Quieres estar enojada conmigo? ¿Por qué? No entiendo cómo lo primero que se te viene a la mente cuando me viste usar lo mismo que los otros chicos, fue que yo trabajaba allí.

—Adam… detente —dije entre lágrimas de risa.

Él no paraba y yo no podía protegerme. Mi estómago se estaba revolviendo, y unos pequeños calambres me golpearon desde el interior.

—Adam… basta… creo… que… voy… a… vomitar —golpeé su pecho pero él no se apartó—. En serio, voy a… vomitar.

Lágrimas salían de mis ojos, y no podía evitar reír con malestar.

—Dijimos cero secretos entre los dos. Así que he venido cumpliendo mi promesa desde que te lo dije. No tengo... —continuó con las cosquillas— nada... de... misterioso.

—¡Adam! Voy... a...

Llevé una mano para cubrir mi boca. Notando mi reacción, él me soltó justo a tiempo para apartarse. Aproveché a deslizarme sobre el vehículo y corrí hasta la franja de jardín más cercano antes de soltar todo el contenido de mi estómago sobre las pocas rosas que mamá sembraba en el pedazo de terreno frente a la casa.

—Lo siento —Adam llegó detrás de mí, acariciando mi pelo y envolviéndome con sus brazos—, ¿ya estás mejor? ¿Se fueron las ganas de vomitar? ¿Quieres agua? ¿Algo?

Él parecía estar más nervioso que yo en esos momentos.

—Tranquilo —lo apacigüé abrazándolo de vuelta—, lo mejor es que me acueste un rato. Me siento muy cansada… y no creas que no sigo enojada contigo. Estoy molesta, pero eres fuerte como un tronco y hueles delicioso y quiero desesperadamente que me cargues hasta mi habitación.

Él no esperó a que dijera más y me levantó en sus brazos sin ningún problema.

—Y será mejor que no me provoques —advertí—, ayer te fuiste y me dejaste sola. Me sentí mal, me sentí herida. Y hoy...

—Lo lamento, es solo que... Es solo que...

—Es solo que fuiste un cobarde. Necesito sentirme segura. No, *quiero* sentirme segura. Tal vez debería darte un tiempo para pensarlo.

Él no dijo nada por un momento.

—No tengo nada que pensar —murmuró cuando se detuvo frente al auto azul de nuevo—. Anna, te necesito en mi vida y eso no es cuestionable.

Guardó silencio por unos momentos, después volvió a hablar, relamiéndose los labios con la lengua:

—Cariño, estás muy delgada ¿no quieres comer algo primero?

Fruncí el ceño mientras veía cómo rebuscaba en los bolsillos delanteros de su pantalón; difícilmente logrando dar con su objetivo cuando todavía me llevaba en brazos.

—¿Qué estás haciendo? Te dije que me llevaras a mi dormitorio.

—A la única habitación que irás, es a la nuestra.

Dicho eso sacó un juego de llaves, y la alarma del auto azul se desactivó.

—¿De dónde sacaste el vehículo? ¿Te lo prestó Key?

—No, yo lo compré. Es para ambos pero no quiero que conduzcas en ese estado…. O camines, o trabajes… Dios, estás pálida. ¿Segura que estás bien?

—Sí, sí, estoy bien —parpadeé por un rato—. ¿Lo compraste?

Abrió la puerta del pasajero con dificultad, sosteniéndola con la cadera.

—Sí. Ya era hora de tener un auto y dejar de pedir prestado el de Key. De todas formas, mi motocicleta es demasiado insegura para llevarte a ti y a… —tragó saliva, como si le costara

sacar las palabras de su boca— y a los bebés. Quiero que mi chica se sienta segura a mi lado. Espero que te guste el color... Es mi favorito.

Me depositó suavemente en el bonito asiento de cuero, dándome un beso en la frente. Pensé que iba a cerrar la puerta, pero para mi sorpresa, su mano se puso en mi barbilla, y la levantó para que mis labios se encontraran con los suyos.

Me rehusé a devolverle el beso, moviendo mi rostro para que se detuviera.

Él suspiró.

—¿Qué sucede? ¿Sigues enojada conmigo? —preguntó, cauteloso.

—Acabo de vomitar —admití con cierta vergüenza—, tengo sabor a vómito en la boca. No me beses todavía.

—No me molesta.

Se acercó de nuevo para presionar sus labios contra los míos, pero volteé mi rostro antes de que pudiera llegar demasiado lejos.

—Sigo enojada contigo —dije esta vez.

Volvió a suspirar audiblemente.

—Bien. No, no soy un stripper. Resulta que conozco el lugar porque ayudo con algunas reparaciones electrónicas y doy mantenimiento a la zona robotizada del bar. Conozco a un par de los chicos allí presentes… y conozco también al gerente. Si me enojé más temprano fue porque tu presión sanguínea iba a estallar en ese lugar. Sé cómo de cachondos esos imbéciles suelen ponerse. Y no creas que me gustó la manera en la que mirabas fijamente al de bandera de México; me sentí enfermo solo de ver a otro tipo dándote bailes calientes. Espero que perdones mis faltas así como yo perdono las tuyas.

Resopló.

Agaché la cabeza, fijando la vista en el asiento de cuero.

—Me parece justo, y de verdad lamento no haberte entendido antes. Sé que te pones celoso e irritante cuando me ves con otros chicos. No me gustaría que pasara al revés, y te quedaras como tonto viendo a otras mujeres —me disculpé con sinceridad—. Aunque hay una cosa que todavía no entiendes. No tiene nada que ver con lo que hagas (bueno, tal vez un poco), pero me daría igual que te dedicaras a vender cigarrillos en las calles, o a confeccionar calzoncillos para hombres, entiende que lo único que necesito es la sinceridad en tus respuestas. Así podría creerte hoy y siempre cada vez que me dices que me amas y que no vas a dejarme. Y en cuanto a los bebés...

—No quiero disculparme —dijo Adam después de unos segundos—. Siento que lo he hecho mucho desde que te conocí. Te advertí que iba a cometer mil y un estupideces. Solo necesito que me entiendas, tengo razones para reaccionar de la forma en la que lo hice cuando me dijiste que serían tres. Yo no… no me tomo muy bien las sorpresas como esa. No estaba pensando… por eso te dejé. No sé hacer otra cosa más que alejarme cuando no puedo soportar la presión. Necesitaba no verte a la cara por un momento; fui inmaduro e idiota. No me hago a la idea de compartirte con... —tragó saliva— tres personitas más.

Además, es muy arriesgado para tu salud. No quiero perderte... aunque suene cursi, soy realista: no sabría ni cómo levantarme en la mañana si te fueras de mi lado.

Suspiró por un momento, pasándose una mano por su abundante cabello negro.

—También fue inmaduro que lanzara ese bagel en tu cara —dije después de unos minutos de silencio, mirando hacia mi abultado estómago para evitar darle la cara—. Todavía tienes jalea en el cuello.

Y de verdad quería lamerla. Pero se suponía que yo estaba enojada con él, no podía sacar la lengua y lamer ese pedacito de piel que rogaba ser saboreado porque mi orgullo todavía se sentía pisoteado de muchas formas.

—Y también te mentí —confesé—. No estoy esperando tres bebés... La doctora simplemente quiso jugarme una broma; supongo que reaccioné igual que tú cuando me lo dijo...

Ni siquiera había terminado de hablar cuando Adam se inclinó frente a mí, tomándome de la cintura y volteando mi rostro para besarme una vez más. Esta vez no me opuse.

Él presionó más fuerte, finalmente haciendo que mis labios le correspondieran con la misma pasión.

—Me asustaste tanto —dijo finalmente despegándose de mis labios—. Morí y reviví, todo en un segundo.

Me besó de nuevo.

Pronto se puso demandante contra mi boca, sacando la lengua y pasándola sobre mis labios.

Se retiró mordiendo mi labio inferior, y cuando pensaba que me soltaría, volvió a besarme con fuerza.

Me soltó después de unos momentos, y finalmente pude respirar.

Parpadeé en repetidas ocasiones, y luego pude escucharlo mientras se subía al auto por el lado del conductor.

—¿Quieres comer algo? —preguntó con voz ronca— ¿O es muy pronto después de haber vomitado?

No dije nada, saboreando todavía ese beso.

—¿Entonces? ¿Nena? ¿Comida? Me preocupa verte tan pálida.

Mi mente regresó a la actualidad, y sorprendentemente no me disgustó la idea de comer.

Suspiré mientras me ajustaba el cinturón de seguridad.

—Quiero comer —respondí—. Pero todavía sigo enojada contigo.

—Bien, vamos a desayunar. Y puedes estar enojada conmigo todo lo que quieras.

Puso el auto en marcha, y antes de que avanzara muy lejos, recordé que había dejado ciertas cosas en casa de mamá.

—¡Detente! —grité eufóricamente—. Olvidé la lencería que me regalaron mis amigas.

Él se quedó inmóvil por un rato, pasando los pulgares sobre el timón.

Rápidamente comenzó a retroceder hasta que regresó a casa de mamá.

—¿Eso significa que ya me perdonaste y dejarás que deje de sufrir?

—Ni por un segundo, Walker, ni por un segundo.

Ahora el que suspiró fue él.

Salí del auto y avancé al interior de la casa, recogiendo las bolsas de ropa interior seductora que me regalaron las chicas.

Mi rostro todavía se ponía rojo al pensar en la vergüenza que me dio cuando lo saqué de la bolsa de regalo.

—¿Qué más te regalaron anoche? —preguntó Adam una vez que estuve de nuevo en el asiento del copiloto.

—Oh, mucha lencería coqueta que lastimosamente nunca me voy a llegar a poner porque el chico con el que estoy saliendo se empeña en actuar como tonto y hacerme enojar.

—Suena como si tu chico fuera un perdedor.

—Lo es. Vive haciéndome rabiar.

—Supongo que lo odias en este momento, ¿no?

—Definitivamente.

—Te propongo algo: deberías darle una lección. Creo que él nos tendría que ver juntos para que se ponga celoso. Yo digo que nos besemos en un lugar público y dejemos que los rumores lleguen a sus oídos.

—Oh, no. Sus celos llegan al extremo; si te ve conmigo se le va a reventar esa vena que siempre se le marca sobre la frente cuando se enoja. No es buena idea.

—Apuesto a que ni siquiera es tan guapo como yo.

—Será guapo pero me hace enojar demasiado. Ahora llévame a comer, quiero panqueques. Luego necesito dormir y reponer las horas que pasé en vela.

—Sí, señora. Estoy a sus órdenes.

Después de eso, condujo, llevándome a un restaurante para saciar mis ganas de comer panqueques y bañarlos en miel y mantequilla.



—Y así, cariño, se van formando los bebés en el vientre —dije con voz monótona.

Nicole entrecerró los ojos, haciendo un mohín y rascándose la nuca mientras trataba de entenderme.

—¿Entonces los bebés no salen por la boca?

Negué con la cabeza.

—Tampoco salen por el ombligo —confirmé.

—¿Y solo nacen de... allí? —señaló la parte de donde salen los bebés en cuestión.

Esta vez asentí con la cabeza.

—Sólo de ahí.

—¿Y si se me va a los pies? ¿Qué harías si uno de los Noahs, que cargas en el estómago, se te va a las piernas?

—Eso sería imposible. Recuerda lo que hablamos: ellos están en una bolsita, apretados en mi estómago para que no se salgan hasta que sea su hora.

—¿Y cómo saben ellos cuál es su hora?

—Mmm... Pues la bolsita en la que duermen comienza a sentirse apretada y pequeña para ellos; eso les indica que es hora de salir de mami para que los conozca.

—¿Y cómo los miras? ¿Ellos se comunican contigo?

Lo pensé por unos segundos antes de responder:

—Bueno, a veces patean.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡¿Te patean?!

Evelyn entró en la sala en ese mismo momento, interrumpiendo mi conversación con una Nicole muy confundida.

—¿Son agresivos entonces? Así no juego —se quejó la niña—, ya no quiero tener bebés.

Evelyn se detuvo frente a mí, examinando fijamente mi rostro y entrecerrando los ojos mientras miraba un punto directo en mi mejilla.

Su mirada se desvió a la niña, y luego frunció la boca al sentarse a mi lado, cruzando las piernas muy recatadamente y alisando su falda de color borgoña.

Nicole se quedó muy callada después de eso. Procesando toda la información que acababa de darle.

—Nadie me dijo que anoche era tu despedida de soltera —soltó de repente Evelyn, luciendo incómoda.

Aparté la libreta en la que trataba de apoyarme visualmente para explicarle a la niña sobre cómo surgían los bebés, y me enfrenté a la organizadora de la boda. Adam me había obligado a hablar con Nicole, pero después de media hora de intentar suavizar las cosas, se tuvo que encerrar en el baño para echarse agua y continuar con la parte más difícil: explicarle qué era el sexo.

—Ni siquiera yo lo sabía —comenté después de unos segundos, respondiendo a lo que dijo la chica pariente de elfos—. Fue algo sorpresa.

—No puedo creer que no me pidieran, como mínimo, diseñar las invitaciones —acto seguido abrió su bolso y sacó una tarjeta hecha con papel cartón blanco, decorada en tonos morados.

Me la pasó y la leí al instante: "Despedida de soltera para la futura Sra. Walker"

Fruncí el ceño al leer la última frase: Traer regalos traviesos. Se aceptan juguetes pervertidos.

Mi rostro se volvió rojo.

—¿Quién repartió esto? —pregunté de inmediato.

—Fue tu amiga, la gordita de cabello oscuro.

—¿Shio? ¿Ella repartió esto? No tenía idea.

—Bueno, siendo así no me sentiré ofendida porque no me hayas invitado o pedido asesoramiento con el diseño. Ya conoces lo bien que quedaron las invitaciones de la boda... que por cierto envié desde hace días atrás.

Me pasó esta vez el diseño minimalista en blanco y plateado que ambas habíamos escogido para las invitaciones de la boda.

Invitamos a las personas más cercanas, evitando a familiares poco deseados y a personajes locos. Era una tarjeta sencilla pero elegante y bella.

—Todos confirmaron asistencia. Ah, y otra cosa —hizo una breve pausa—: ¿me podrías explicar por qué hay una señora llamada Renata “la adivina” que quiere confirmar su presencia en la boda? No ha dejado de preguntarme en dónde va a colocar su puesto de lectura de manos.

Su ceja se elevó cómicamente, y se abstuvo de decir otra cosa ya que repentinamente un pequeño ladrido provino de su bolso de diseñador. Ella se apresuró a sacar de la cartera a su perro chihuahua, Thor. Inmediatamente se lo pasó a Nicole.

—Juega con él, ¿quieres, preciosa?

La niña asintió, con su mente todavía procesando el gran misterio de la vida: de dónde venían los bebés... Y cómo lucían en el vientre.

—¿Entonces? ¿Renata?

—Ah... —Renata ¿La mujer que aseguraba ser amiga de mamá y que me dijo que mi novio iba a engañarme con otra? —. No sé cómo se enteró que tú eras la organizadora. La conocí en mi cita con Adam, cuando fuimos al parque de diversiones.

—Annabelle, la boda es dentro de unos días, cerca de setenta y cinco horas, y hay una mujer que no ha dejado de llamarme (ni siquiera sé cómo tiene mi número de teléfono) para preguntarme cuál es su lugar en la boda y recepción.

—De verdad lo siento. Yo no lo dije nada, no le di direcciones o números de teléfono. Nada. No es mi culpa.

—Bien. Te creo. Estoy algo frustrada últimamente, no es tu culpa. Los lirios blancos y rosados que pedí en la florería no estarán listos sino hasta una hora antes de la boda. Me preocupa. Los ocupamos como centros de mesa… Además tu ramo de flores tiene que tener lirios.

Ella comenzó a resoplar mientras pasaba sus uñas por la piel de su rodilla.

—Ah, y tenemos que repasar unas cuantas cosas más —hizo otra pausa y sacó una agenda de su bolso—, ¿ya tienes todo lo tradicional para ese día?

—¿Lo tradicional? ¿Qué es lo tradicional?

—Algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul.

—No, no tengo nada.

Hizo una mueca mientras se ponía de pie y me tomaba de la mano.

—Entonces tenemos que conseguirlo cuanto antes… ¡y recuerda que mañana es la prueba de tu vestido de novia! Debimos haber ido hoy.

—Pero yo no puedo, tengo que… —ver al hermano de Adam. Gertrude no quiso llevarme en todo el día, protestando que no era lo correcto de hacer.

Iba a ir con o sin ella, necesitaba confirmar algo, verlo con mis propios ojos. La idea seguía aferrándose a mi piel hasta que finalmente la sacara de mi sistema.

—¿Qué tienes que hacer que sea más importante que probarte tu vestido de novia? Cariño, me quitas el aliento.

—A mí también —agregó Adam que venía entrando por la sala justo en ese momento—, pero de una forma completamente diferente a la tuya.

Se acercó para besar mi frente y para sentarse a mi lado.

Me obligué a no mirarlo a los ojos.

Su rechazo de ayer todavía dolía mucho. Aunque sorprendentemente, sentía que ya lo había perdonado.

—¿De qué hablaban? —preguntó él—, pero, ¿saben qué? No importa lo que sea, estoy dentro. Todo con tal de no seguir con el tema de las flores y las abejitas… ugg.

—O la anguila y la cueva —le recordé.

Él hizo una mueca.

—Claro que no estás dentro —refutó Evelyn—, es algo exclusivo de la novia… y de su organizadora de bodas.

—Pues nadie me puede obligar a alejarme de ella —Él puso su mano sobre mi hombro—, pelearé a muerte si es necesario.

—¡Se tiene que probar su vestido de novia! Jamás dejaría que lo vieras y... ¡Santa Madre Teresa! —exclamó viendo fijamente la mano que Adam apoyaba en mi hombro—, no puede ser. ¡No tienes tu anillo todavía! Me va a dar un derrame... y soy demasiado joven como para estresarme.

Amplió mucho los ojos y la boca, abanicando su cara con una mano.

—Dime que lo tienes listo —le dijo ella con voz más calmada.

—Lo tengo todo preparado. Es más, creo que Anna debería venir conmigo para escoger el diseño.

Evelyn gimió, llevándose ambas manos a la frente, tirando de la trenza de su cabello rojo y rodando los ojos.

—Claro que no. Todo debe ser sorpresa. La novia no tiene que ver todavía tu anillo de matrimonio.

—Quiero que Anna lo escoja —respondió él rotundamente—. Vamos nena, la tienda no cierra hasta dentro de un par de horas.

Me tomó de la mano, entrelazando nuestros dedos.

—Ustedes escupen en las tradiciones —se quejó Evelyn. Su voz ya sonaba al borde de un colapso.

—No creo que sea una tradición —respondió Adam—. La novia tiene que conocer al menos el diseño de mi anillo, que combine con el de ella. Que todas sepan que estoy fuera del mercado —él sonrió malévolamente—. Ahora la pregunta es, ¿vienes con nosotros o te quedas a estresarte por las flores?

Ella murmuró una maldición por lo bajo, y finalmente asintió con la cabeza.

—Bien —se quejó—, voy a ir. Pero solo porque tenemos que conseguirle a Anna los objetos tradicionales para la boda. Será mejor que lo busquemos desde un principio porque no tenemos nada.

—¿Estás lista, nena?

—Creo que deberíamos llevar a Nicole —sugerí.

Él negó inmediatamente con la cabeza.

—Mala idea. No quiero tener que repartir palizas a todo aquel que se le quede viendo de manera equivocada.

—Pero siempre la dejas encerrada...

—Por tu culpa irá a la escuela el próximo año, es suficiente con eso. Ahora vamos, no tenemos todo el día.

Rodé los ojos y sentí la grave necesidad de patearlo, pero de igual forma lo seguí.



—¿Se puede saber qué hacemos en este lugar?

Parpadeé repetidamente ante el nombre de la tienda.

Habían tres tipos en uniforme monitoreando la puerta.

Adam no respondió a la pregunta de Evelyn sino que continuó caminando directo al local, y saludó cortésmente a los tipos uniformados, como si los conociera desde hace mucho tiempo atrás.

Una vez dentro, comencé a comprender de qué se trataba todo.

—Bien, creo que por aquí hay un catálogo de diseños de anillos —dijo él, ajeno a mi expresión de asombro y a mis ojos nublados.

Evelyn se quedó sin habla, sentada de mala gana entre unos tipos musculosos que ocupaban los únicos asientos en toda la tienda.

Adam abrió el catálogo, y me señaló un par de ellos mientras pasaba las páginas pero mis ojos nublados hacían que fuera imposible ver cualquier cosa.

Una enorme sonrisa me partió los labios al instante, me sentí abrumada y feliz al verlo pasar las páginas de la revista.

—¿Qué? —él levantó la cabeza y notó inmediatamente mis ojos—, ¿Qué pasa? ¿No te gusta nada de lo que ves. ¿Pasa algo?

Rápidamente negué con la cabeza, intentando dejar de llorar de una vez por todas.

—¿Por qué lloras? —me abrazó de la cintura y luego bajó sus manos hasta mis caderas y mi abultado vientre.

—Son lágrimas buenas, lo prometo.

—Está bien. No me gusta que llores. ¿No te gusta la tienda? Uno de mis buenos amigos es el dueño del local.

—No es eso... Es que... —no pude continuar y aplasté mi cabeza en su pecho—. Me encanta.

—Ah, con que es eso —suspiró aliviado.

Asentí con la cabeza.

Todavía no comenzaba a hablar cuando escuché que alguien se aclaraba la garganta.

Inmediatamente mis ojos fueron a parar en los de un sujeto gordo, tatuado de la punta de las orejas hasta el último espacio libre entre los dedos de sus pies (o al menos eso parecía).

Sonrió al ver a Adam y la saludó chocando los puños.

—Adam Tadeus Walker —dijo su nombre completo—, ¿qué te trae por aquí? —preguntó.

—Hoy vengo con mi prometida por un anillo —levantó su mano izquierda y le enseñó su desnudo dedo de compromiso.

El chico finalmente reparó en mí, y me sonrió amablemente.

—¿Alguien logró atrapar al gran Sr. Walker? Felicidades. Ya era hora de que le dieran caza.

Sonreí, todavía con algunas lágrimas saliendo de mis ojos.

—Y es toda una preciosura —su sonrisa se extendió aún más al repasarme de pies a cabeza.

Acto seguido, Adam me atrajo suavemente a su costado y su brazo se puso sobre mis hombros, de una manera posesiva.

—Cuidadito —advirtió él entre dientes.

—Bien —el hombre tatuado le dio una mirada de arrepentimiento—. ¿Ya tienen el diseño en mente?

Adam se movió para observarme.

—¿Ya elegiste uno, nena? ¿Alguna frase que quieras que graben?

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera sé porque te dejo hacer esto —lo regañé—, pero la verdad es que una de las cosas más bonitas que has hecho por mí.

Lo besé espontáneamente en la mejilla.

—¿Tienes algo en mente? —pregunté.

—Unas cuantas opciones, sí.

—Entonces sorpréndeme.

Evelyn, que estaba a nuestras espaldas, sentada muy incómodamente en una de las sillas de plástico, rodó sus ojos y mascculló algo como: paciencia.

—Quiero que lleve su nombre —dijo Adam, señalándome—. Algo bonito y delicado, como ella.

—¿Algún símbolo en especial? —preguntó el tanque humano.

Adam hizo como que lo pensaba con esfuerzo y se acarició la barbilla.

—Quiero que se lea: "Y la culpa de todo la tiene Bambi"

Lo miré fijamente. Mi boca abriéndose de la sorpresa.

—¿Por qué Bambi tiene la culpa? —pregunté con verdadero interés.

—Porque Bambi es de ojos realmente favorecedores.

—¿Por eso es su culpa? Ya lo tienes tatuado en tu brazo —acaricié dicho tatuaje—, ¿para qué quieres llevarlo en tu anillo de bodas? La gente va a pensar que tienes algún fetichismo con el pobre animal.

—Annabelle, quiero que ese anillo lleve cada cosa que me recuerde a ti.

—En ese caso también deberías agregarle una foto mía. No creo que te quepan muchas cosas en un solo anillo tatuado.

—Entonces me aseguraré de tatuarme cada parte del cuerpo, para que todas me recuerden a ti.

Sonreí, conmovido con sus palabras.

El tatuador sonrió también, y le preguntó a Adam si estaba listo para sentarse y comenzar a tatuar su anillo de bodas en el dedo.

Todavía no podía creérmelo: ¡Adam se iba a tatuar el anillo! Mis ojos aún se nublaban por esa idea.

Mordí mi labio inferior para detener la tonta sonrisa que partía mi boca, pero fue imposible quitarla de su lugar.

—Bueno, quédate con Evelyn —me dijo él—. Te vas a aburrir esperando a que terminen el tatuaje. Si quieres, vayan adelantando cosas…

Ni siquiera había terminado de hablar cuando Evelyn ya me tenía agarrada de la mano para sacarme de la pequeña tienda de tatuajes.

—¡Excelente! —gritó ella—. Vamos a ver si podemos hacer la prueba del vestido y luego miramos lo del pastel y otras cosas que nos hacen falta.

—¿Seguro que no quieres que me quede? Una palabra tuya y yo no me muevo de este sitio —le aseguré.

Él sonrió encantadoramente.

—Cuando te estés probando el vestido, te tomas una foto y me la mandas —levantó su celular—, esperaré recibirla.

—¡El novio no puede ver a la novia con el vestido antes de la boda! —gritó Evelyn—. Por favor, entiéndelo. Nos vamos.

Comenzó a arrastrarme del brazo, pero me detuve a mitad de camino para volver junto a Adam.

—Si tú te tatúas el anillo… yo también quiero tatuarme el mío —susurré.

Él negó inmediatamente con la cabeza.

—De eso nada.

—Pero yo también quiero llevarte tatuado…

—Estás embarazada. No puedes.

—Pues me lo haré cuando no esté embarazada, listo.

—Entonces me voy a asegurar de embarazarte cada año, todos los meses seguidos.

Me crucé de brazos.

—Estás siendo injusto. ¿Qué de malo hay con que me tatúe el anillo? Tú estás lleno de tinta por todos lados y yo no te digo nada.

—Porque es diferente.

—¿Cómo de diferente?

—Diferente. Yo soy el "chico malo" en esta relación. No podemos haber dos.

—Bien. Me tatuaré a escondidas… y me haré algo realmente feo para que te arrepientas por varios días.

—Nena… no discutas conmigo —me dio una nalgada para nada disimulada, y le dirigió una mirada cautelosa a Evelyn—. Cuídala. Si se siente cansada, deja que se relaje. Si tiene hambre: la alimentas. Toma dinero, nena.

Sacó una tarjeta de crédito y la depositó en la palma de mi mano.

—Tal vez sienta la necesidad de gastar en zapatos —me quejé—. Cuando una chica está deprimida tiende a querer llenar el vacío con cosas materiales.

—Entonces gasta en lo que quieras. Cualquier cosa que ocupes, no es un gasto para mí, es una inversión. Compra algo para el bebé.

Arrugué la cara.

—Sobre eso… —¿qué me pasaba a mí que no quería decirle que ahora no eran tres sino dos bebés? Él todavía seguía creyendo que era uno.

—Ya hablarán más tarde —interrumpió Evelyn—. Vámonos ahora, querida.

Finalmente me logró sacar de la tienda.

***

—¡Déjame verte, Anna! No tenemos mucho tiempo —gritó Evelyn desde el otro lado del probador.

No pude evitar observarme una vez más en el espejo y llorar silenciosamente. Ya no podría mandarle la foto a Adam, mostrándole el vestido que había elegido.

—Annabelle, es tarde —siguió diciendo ella—. La repostería cierra en una hora. Tenemos que apresurarnos… pero no vamos a ningún lado si no me muestras antes el vestido.

Mamá, Rita, Shio y Mindy habían venido conmigo hace unas semanas para elegir el modelo. Era sencillo, con encaje de la cintura para arriba y con una serie de cintas de seda que se ataban en la espalda. Era de caída simple, al estilo sirena.

Mi estómago casi no se notaba en el momento que me lo probé, pero a pesar de haber hecho algunos cambios y de agrandarlo para el bebé que venía en camino, sentía que todavía me quedaba pequeño y yo me veía gorda en él.

—Annabelle… —Evelyn descorrió la cortina en el probador y vio las lágrimas en mis ojos. Inmediatamente se acercó a mi lado—. ¿Qué sucede?

Sollocé un poco antes de enseñarle la parte trasera del vestido. Las cintas ya no podían atarse porque mi barriga había crecido considerablemente.

—Me veo muy gorda —señalé ahora la parte frontal, por donde mi estómago se marcaba y se acentuaba contra la delicada tela del vestido. Se ceñía de manera obvia y se miraba mal.

Evelyn se apresuró a acariciarme el pelo, mordiéndose su labio inferior, observando el desastre de cintas que colgaban por mi espalda descubierta.

—Pero podemos hacer que lo arreglen —prometió—. Por eso es bueno hacerse una prueba final.

—¿Y agrandar aún más esto? Me veo como una vaca…

—Es que estás embarazada. No sé qué esperabas que sucediera pero…

—Ya no quiero casarme así. No quiero que la gente recuerde mi boda con todo y mi barriga llena de bebés.

—Anna, no puedes cancelar nada ahora. Por favor entiende…

—Amo a Adam. De verdad lo hago, aunque a veces me saca de quicio y quiero golpearlo pero… lo amo. Si no me quiero casar no es por él, es porque no quiero que la gente mire mi embarazo durante toda la noche.

—Ya te dije que podemos cambiar el vestido. Hacer que te quede flojo para que no se marque tu estómago, alargar las cintas… —ella bajó la vista a mi abultado vientre y no pudo evitar fruncir el ceño—. Tal vez una bonita falda en forma de A para que ayude a disimular tu barriga. No te sientas mal... ¿sabes? Todo tiene arreglo en esta vida, menos la muerte. Ya mismo me encargo de hablar con la diseñadora.

Salió corriendo fuera de los probadores, y me dejó sola con mis lágrimas.

Observé mi figura en el espejo: mis ojos grises lucían cansados y rojos por el simple esfuerzo de llorar, mis brazos lucían escuálidos y se notaba que ya casi no podía soportar el peso en mi espalda porque me encorvaba de una manera graciosa.

Jamás me había sentido tan fea usando algo tan bonito.

Pasados unos segundos en los que no pude detener el llanto, de la nada, un pañuelo descartable apareció frente a mí.

Por un momento pensé que era Evelyn, pero al alzar la vista, no era su rostro el que se reflejaba en el espejo.

Hice un recorrido visual de la persona, desde su brazo, su hombro, hasta llegar a su cara y mirar directamente a sus ojos.

Nos quedamos en silencio por unos momentos. Viéndonos cara a cara.

Finalmente me atreví a hablar primero.

—¿Qué haces aquí? —me limpié las lágrimas con los pulgares y respiré hondo una última vez.

—¿Qué? ¿No te agrada verme de nuevo? —una de sus cejas se elevó.

—De todos los lugares, ¿por qué te encuentro en este?

Ella suspiró.

—Porque, por casualidades de la vida, yo también estoy comprando un vestido.

Marie mordió su labio inferior y miró de arriba a abajo mi cuerpo, deteniéndose por unos largos segundos en mi barriga.

—Parece que en cualquier momento vas a explotar. ¿Cuántos meses llevas? —preguntó.

—Cinco y medio.

Su ceja volvió a alzarse.

—Estás inmensa. En fin, felicidades por tu boda, supongo. Ni siquiera eres capaz de enviarme una invitación —frunció la boca—, eso no se hace. Pensé que era tu prima favorita.

Miré hacia otro lado, rogando porque Evelyn llegara pronto. Mi mirada volvió a encontrarse con la de Marie.

—¿Estás comprando un vestido para tu propia boda? Pensé que ya estabas casada con Eder —cambié de tema al instante.

Ella sonrió y se sentó tranquilamente en la butaca de piel que residía en el amplio probador.

Cruzó sus piernas y volvió a ofrecerme la caja de pañuelos de papel.

—Vamos, toma uno. No muerden, lo prometo.

Agitó la caja frente a mí.

Tomé uno, y lo pasé por mis llorosos ojos.

—Eso está mejor —dijo asintiendo con la cabeza—. Y al final, Eder y yo no nos casamos.

—¿Ah, no?

—Nop. Me descubrió retozando en el suelo de nuestra cocina con otro hombre... Más específicamente con *su* hombre. De todas las personas en el mundo tuvo que ser con él.

Rió en voz alta y se echó hacia atrás en la butaca, apoyándose con los codos para alzar su cabeza y verme mejor.

—Se enfureció tanto que me golpeó en la cara.

Señaló el lugar en cuestión. Una cicatriz roja le cruzaba la mejilla y se escondía detrás de su oreja.

Ni siquiera sentí lástima.

Quería quitarme el estúpido vestido, pero no quería lucir más débil de lo que ya lucía frente a ella.

—Es una lástima —logré balbucear—. Él era un buen chico. Lo provocaste demasiado.

Marie se encogió de hombros, su cabello naranja rizado se movió con ese simple acto.

—Tuvieron que hacer cinco puntos. —volvió a reír sin humor—. ¿Quién lo iba a pensar? Conocí al chico en un bar. Pensé que me estaba siguiendo, pero resulta que lo seguía a él, a Eder. Me acosté de todas las formas posibles con él, al final, ni siquiera recordaba su nombre.

Sonrió como si fuera una gran hazaña.

—Necesitas ayuda —sugerí—, estás fuera de control.

—No, lo que está fuera de control es tu barriga. ¿Cuánto va a pesar ese bebé? Por un momento deberías no alimentar al bastardo para que no desarrolle obesidad prematura.

Cerré mis manos en puños y comencé a presionar la tela del vestido. Respiré hondo para tratar de contenerme y no intentar partirle la cara en dos.

No necesitaba decirle que eran gemelos los que esperaba.

—Insisto: ¿qué haces aquí?

—Pero qué antipática. Vengo porque me pareció una idea graciosa seguirte y comprar el mismo vestido que tú. Luego aparecer en la boda y causar polémica

Sonrió con elegancia.

—¿Qué opinas al respecto? —preguntó después de unos momentos.

—Ni siquiera estás invitada a venir.

—¿De verdad? ¿Entonces por qué... ? —sostuvo su cartera en lo alto, sacando una de las invitaciones que Evelyn se había encargado de diseñar— ¿Por qué tengo esto?

Agitó la invitación en el aire.

—¿Quién te lo dio? De todas formas no vas a poner un solo pie en la boda.

Marie lanzó la tarjeta en el aire, dejando que cayera en el suelo, cerca de mis pies.

Se rió con voz alta, echando su cabello hacia atrás, exponiendo su cuello de cisne.

—No pienso ir. Solo te estaba jugando una pequeña broma —guiñó el ojo—. Ese día tengo planeada una noche entera junto a unos muy atractivos peruanos que vienen de visita por el país. Mi tiempo vale oro, ¿lo sabes?

—Me parece perfecto.

Me giré y comencé a limpiar nuevamente mi cara, ocultando cualquier prueba de haber estado llorando anteriormente.

—¿No me vas a preguntar si tengo algún plan para detener tu boda?

Ni siquiera le di el gusto de contestar.

—Pues por si tenías curiosidad: no pienso hacerlo. No soy nadie para decirles en lo que se están metiendo. De todas formas, siento envidia de lo bonito que lucen juntos.

Como no dije nada, ella continuó hablando:

—En fin, mis padres me castigaron porque terminó lo mío con Eder. Se enojaron mucho. Ahora estoy buscando un lugar donde vivir.

—Entonces no pierdas el tiempo aquí y ve a buscar.

—Ese es el problema —rodó sus ojos azul hielo—. No van a pagar por nada de lo que yo gaste o consuma. Papá me ofreció un trabajo en uno de sus restaurantes, pero tengo que comenzar desde abajo.

Arrugó su cara e hizo una mueca.

Los ojos de Marie repararon en la bandeja con copas de champaña ubicada en una esquina del vestidor. Se levantó para agarrar una, y regresó a su asiento.

—Tú no puedes beber éstas —dijo agitando la copa, haciendo que un poco de la bebida cayera al suelo—. Como sea, tu amiga, Rita, se está divirtiendo a lo grande haciendo el papel de mi jefa —sorbió de la copa y se la tomó de un solo trago. Se levantó para agarrar la segunda copa de la bandeja—. ¿Sabías que ella escupía en mi comida cada vez que yo iba a almorzar allí? Perra.

Vació de un solo trago la segunda copa y suspiró con alivio cuando la terminó.

—¿Rita hizo eso? Creo que te lo estás inventando.

Ella negó con la cabeza.

—La muy desgraciada aprovechaba para escupir en mi hamburguesa todo el tiempo. Una vez puso algo crujiente en mi comida… y hasta hace poco confesó que eran… —una risa loca se apoderó de ella— eran… uñas de los pies de la gorda cachonda que está enamorada de Cliff.

Se dobló a la mitad, partiéndose de la risa.

No pude evitarlo, yo también me reí.

—Debo admitir que al menos ella ha tenido los ovarios para hacerme algo como eso —se encogió de hombros y fue por la última copa apostada en la bandeja. Tambaleaba un poco al caminar—. Pero el verdadero acto de venganza en mi contra fue cuando me dejó encerrada en el baño de la oficina, sin papel. Tuve que ser realmente ingeniosa para ideármelas.

Se tomó la última de las copas y parpadeó durante un buen tiempo antes de sonreír estúpidamente.

—Y el verdadero motivo para encontrarte hoy… es que quería pedir disculpas —hizo una reverencia y se sentó sin ninguna elegancia sobre el taburete—. Lamento haber sido una bruja contigo. Ahora lo entiendo todo… Me quedé sin nadie, y yo necesito tener a alguien conmigo. Necesito el calor de un cuerpo humano… necesito la presión en mis caderas. Alguien que quiera romperme hasta llegar a mis huesos.

Se rió como si le pareciera gracioso.

La lástima comenzó a invadirme lentamente.

—Lamento haberte hecho esa broma… —continuó diciendo—, aunque tienes que admitir que tu cara no tenía precio —sonrió ante los recuerdos—. Siento haberme puesto territorial con Adam. Hubo un tiempo en el que noté cómo te observaba; sentí celos al descubrir la forma tan natural con la que te hablaba, la forma en la que él nunca perdía la oportunidad para pescar información sobre ti. Él jamás se mostró así conmigo.

Sus ojos se volvieron llorosos por unos segundos.

—De todas formas, será mejor que me vaya —se levantó, tambaleándose en sus pies—. Ahora soy yo la que ocupa los pañuelos —los arrebató de mi mano y se dio la vuelta para marcharse—. Solo vine para disculparme. Depende de ti si aceptas o no. Y no te enojes conmigo, te seguí desde la casa de Adam hasta que por fin él te dejó sola… Ah, y me parece romántico que quiera tatuarse el anillo. Al parecer lograste quedar permanentemente debajo de su piel. Felicidades.

Salió del probador, sin decir una palabra más.

Quedé en silencio por unos momentos, mis pasos eran lentos cuando me acerqué para comprobar que en verdad se había ido.

En ese instante, Evelyn dio un paso dentro de los vestidores, estirando la cortina y mostrándose reservada. Tenía los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—No quería entrometerme pero escuché algo de lo estuvieron hablando tú y ella —dijo después de unos segundos de silencio—. Aunque voy a olvidar lo que oí, por el bien de ambas. Además… yo no lo envié esa tarjeta —observó la tarjeta en cuestión, estaba tirada en el suelo donde Marie la había lanzado—, no sé cómo la consiguió.

—No te preocupes por eso. Dijo que no iría…

Evelyn asintió con la cabeza.

—Entonces —empezó a balbucear—, nos vamos a ir al primer centro comercial que encontremos… faltan los zapatos que acompañen el atuendo.

Sonrió amablemente y me ayudó a levantar el vestido para que me lo sacara del cuerpo.

—Hablé con la diseñadora. Dice que tiene otro vestido ideal preparado para ti. Vendremos mañana, espero que lo tengan listo para entonces.

Asentí con la cabeza. Todavía pensando en lo que me dijo Marie.

¿Ella me pidió disculpas? Algo grave tendría que pasarle para que lo haya hecho.

Evelyn se aclaró la garganta para llamar mi atención.

—Todavía no encontramos lo tradicional para la boda. ¿Deberíamos ir a casa de tu madre también? Ella debe tener un montón de "cosas viejas" que puedas usar.

—Solo si quieres que esas cosas sean con estampado de leopardo. De ahí, dudo mucho que tenga algo.

—Aun así… probaremos.

Algo raro ocurría en casa de mamá. Todas las luces estaban apagadas, excepto la de la sala, y un olor a incienso de canela se elevaba en el aire y penetraba todo a su alrededor.

—¿Seguro que hay alguien en casa? —preguntó Evelyn que venía detrás de mí.

—Estoy segura.

—Parece como si no hubiera nadie.

—No, ella siempre está aquí a esta hora. No sé por qué… —pegué un grito cuando asomé mi cabeza por la ventana de la sala.

—¿Qué sucedió?

Evelyn llegó por detrás y se apoyó en mi hombro para ver lo que me había asustado.

—Ay Dios mío… ¿esos son tus padres? ¿En el suelo de la casa?

Hice una mueca y dejé de verlos inmediatamente, girando sobre mis pies y tapándome la cara con una mano.

—Eso es asqueroso —tosí— esa imagen mental se quedará grabada por siempre. ¡Qué horror!

—En verdad están concentrados —comentó Evelyn que seguía viéndolo todo, con su cara pegada a la ventana—. No se están fijando que hay una vela al borde la mesa cercana a ellos. Si siguen moviéndose así, esa vela les caerá encima. Oh, ahora tu padre está arriba, están practicando la postura del "dragón", a él le va a caer la cera de la vela en la espalda.

—No mires eso… y deja de contarme.

—Lo siento —dijo pero siguió viendo de igual forma—. Mmm… esa vela ya se les cae… ups, ya cayó. Apuesto a que eso mató la pasión.

—Evelyn...

—Ya, ya. Wow, tu madre tiene buen cuerpo. Cualquiera diría que intentan recrear todo el kamasutra.

Comencé a hacer sonido de arcadas, pero rápidamente Evelyn me tomó del brazo para arrastrarme directamente hacia la puerta principal.

—Yo no quiero entrar y verlos así —me quejé.

—Tranquila. Tu mamá le echó agua en la espalda a tu papá... Es malo tener velas cerca cuando estás desnudo. Este es el mejor momento para entrar.

Tocó el timbre de la puerta, y aproximadamente tres minutos después mamá estaba abriendo.

Llevaba una bata desabrochada puesta por encima de manera desprolija. Su sostén rojo estaba pegado a una de sus sandalias, y papá se encontraba por detrás de ella, sentado en una de las sillas del comedor, usando otra bata, con la cara y el torso mojados.

—¡Pastel de calabaza! —chilló mamá, envolviéndome en un abrazo—. Qué bueno que vienes.

La casa todavía tenía un ligero olor a canela.

Mamá presionó más fuerte alrededor de mi cintura, como si de un momento a otro me fuera a desaparecer.

—Mamá, esta mañana también estuve contigo, me asfixias.

Finalmente me soltó y me dio una enorme sonrisa.

—Igual te extrañé… y a mis nietos —sobó mi estómago—. ¿Han dado más pataditas?

—Han estado moviéndose mucho.

Papá tosió detrás de nosotras para llamar la atención.

—Anna —saludó con un asentimiento de cabeza. Sonaba malhumorado y un poco amargado—. Estás pálida, ¿ese guardián de criptas que tienes por “prometido” te alimenta al menos?

Rodé los ojos.

—No seas infantil. Claro que lo hace.

—Perdona a tu padre, cariño —dijo mamá—. Se acaba de quemar con… algo. Está de mal humor —ella se rió un poco a costillas de él.

Él puso cara seria y se cruzó de brazos.

—¿Dónde está el malnacido de tu… prometido ? —preguntó él—. Pensé que estaban unidos como hierro y el imán.

—Está consiguiendo su anillo de bodas —contesté con una sonrisa estúpida—. Termina en una hora y viene por mí.

—Eso está bien. ¿Quieren un poco de té helado? Acabo de preparar bocadillos —ofreció mamá.

Asentí con la cabeza, y Evelyn procedió a seguirla, dejándome un momento a solas con papá.

Me acerqué a su lado, tomando un taburete para sentarme y descansar mis adoloridos pies.

—Entonces... —titubeé—. ¿Tú y mamá volvieron? ¿Ya en serio?

Mi padre se puso incómodo, evitando mirarme a los ojos.

—Algo así —contestó de mala gana.

—Pues lo siento por Susan, me hubiera gustado despedirme de ella.

—Ella está bien. Por lo que pude escuchar dejó de dar clases en la escuela y va a terminar su maestría de literatura en Canadá.

—Debo admitir algo: no extrañaré sus comidas.

—Ni yo tampoco. Siempre tenía que parar primero en algún restaurante de comida rápida antes de cenar en casa.

Reí un poco.

Luego caímos en un cómodo silencio, escuchando a mamá y a Evelyn hablar a través de la puerta.

—¿Cómo estás? —susurró— Ya casi se acerca el día de la boda. ¿Nerviosa?

—Un poco.

No le conté que vi a Marie… o que ella me siguió. De cualquier forma no iba a ser de utilidad para nadie saber que ella se había disculpado.

—Te ves mal —escupió papá.

—Vaya, ¿gracias?

—Lo digo en serio. Luces delgada y pálida… y enferma.

—Estoy bien. Probablemente sean los nervios.

—Si ese imbécil te está dando algún problema sólo dime y yo mando sus bolas directo a su garganta.

Sonreí de lado y me imaginé a papá haciendo algo como eso.

—¿No crees que es algo muy exagerado?

—Es lo menos que le haría. Aunque debo admitir… el tatuaje que le hizo a Mason fue… brillante. Jamás se me hubiera ocurrido escribirle “Lame Pollas” en la frente. En serio, en cierto modo lo respeto por eso.

—¿Cómo supiste que había sido Adam el del tatuaje? Tal vez Mason quiso decorar su frente.

—Na, fue él —hizo una pausa mientras mamá entraba cargando una bandeja de vasos con té helado, y con la misma rapidez se volvía hacia la cocina—. Me dirás si ese pervertido aparece de nuevo ¿verdad?

Asentí con la cabeza, deseando no tener que encontrármelo en absoluto.

—Bueno —continuó papá—. ¿Qué clase de anillo está consiguiendo ese hijo de la lujuria?

—¿Hijo de la lujuria?

—Sí, ya me dijo tu madre que ese imbécil te embarazó con dos de una vez. No estoy muy contento, esperaba que me lo dijeras.

—Lo siento, era algo así como sorpresa. Y está consiguiendo un anillo tatuado.

—¿Tatuado? No me gusta… es muy de ladrones tatuarse la piel. Dime, Anna, ¿Adam pertenece a una mara o grupo de infractores de la ley? No creo que le quede espacio libre entre tantos dibujos que se tatúa. ¿Sabías que se hizo el dibujo de un venado en el brazo? ¿Qué clase de persona normal haría eso? Solo un pederasta.

—Deja de criticarlo —sonreí cuando mencionó a Bambi.

—De todas formas, ojala mis nietos hereden tu cara y no la del guardián de criptas.

—¿Por qué lo sigues llamando así?

—Porque, cualquier sinvergüenza que embarace a mi hija de diecinueve años, tiene que ganarse el título que yo quiera imponerle.

—Pero Adam es muy hermoso como para ser comparado con un guardián de criptas.

—No me importa lo lindo o no que sea, no tiene derecho a raptar a mi niña pequeña para depravarla y enseñarle cosas impuras. Apuesto que te dijo que tenía un caramelo entre las piernas y tú le creíste.

Mis mejillas comenzaron a sentirse calientes.

—Papá, no empieces.

—Claro, y luego con Bambi en el brazo, ¡Bam! Irresistible para una niña tan decente como tú. Y hablando de niñas… una de tus compañeras de trabajo te dejó algo hoy. Dijo que lo enviaron a tu antigua dirección, que tienes que actualizar tu nuevo lugar de residencia.

Papá se levantó de la mesa y regresó un minuto después con un gran sobre tamaño carta.

Lo puso en mi regazo, y por un momento parecía avergonzado.

—Bueno… yo… tuve curiosidad y lo abrí. Lo siento…

Miré el sobre más detenidamente. El logo de la clínica en la que me examinaba la Dra. Kamali aparecía repetidamente en varias de las esquinas del papel.

Tenía mi nombre y la dirección de la casa de Mindy y Shio.

Como el sobre ya estaba abierto (por culpa de papá) noté que únicamente había una hoja, y adjunto, una imagen de la ecografía de los bebés.

En la nota decía:

"Lamento mucho mi broma pesada. No pienses mal de mí, por favor. Como muestra de mi arrepentimiento, te obsequio la siguiente consulta gratis.

Te envío la imagen de tu último ultrasonido (te fuiste muy rápido y no tuve tiempo de dártela).

¡Felicidades por la nueva adquisición en la familia! Que esas niñas crezcan grandes y fuertes.

Atte:

Dra. Gina Gray"

¿Niñas?

Escuché a papá suspirar y luego habló:

—Ya quiero ver a tu "hermoso" prometido cuidando a dos niñas. Va a enloquecer.

¿Él iba a enloquecer? ¿Qué había de mí?

Ya me estaba sintiendo enferma de nuevo.

Capítulo 13

De pastelitos y escritorios de cien años

Había una ardilla observándome desde la ventana. Sus enormes ojos negros me miraban sin perderse un solo detalle de lo que estaba haciendo con mis manos; siguiendo mis movimientos cada vez yo arrancaba uno de los extremos de mi pastelito de mora azul con relleno de frambuesa y lo masticaba lentamente.

Mientras tanto, Evelyn hiperventilaba en el suelo, gritando ordenes a través de su celular.

—¡Dije rosa pálido, no lila! —gritó encolerizada. Jaló con una mano su usual y ordenada trenza y comenzó a desenredarse el cabello, liberándolo para cayera en capas sobre su espalda —. ¡Idiota! No, las otras flores se colocan en el... —me miró de reojo, susurrando el resto de la frase para que yo no escuchara ningún detalle de la decoración. Me había prohibido mirar el lugar en donde se celebraría la boda y no quiso revelar una sola pista de lo que me esperaba una vez allí.

Pedía mi opinión en cuanto a colores y gustos en general, pero la verdad era que mi participación en la preparación de la boda había sido nula (no que me molestara, sinceramente, yo era un asco tratando de organizarme).

Ahora había una mujer de aspecto regio tomando las medidas de mi cuerpo semi desnudo, asegurándose de disimular muy bien mis cinco, casi seis, meses de embarazo en mi vestido de novia.

Tenía una cinta métrica en el brazo, midiendo desde mi codo hasta mi cuello, desde mi cuello hasta mi cintura, y de allí a mis tobillos; sacando medidas de todo lo que pudiera.

Mis pies dolían por mantenerme tanto tiempo de pie, pero, según la mujer, faltaba poco para terminar.

Di otra mordida a mi delicioso pastelito, viendo a la ardilla cuando se acercó aun más hacia la ventana, ladeando su cabeza y tratando de transmitirme algún mensaje secreto para que le compartiera de mi comida.

Bufé en silencio y continué siendo testigo del ataque de pánico que tenía Evelyn, viendo cómo maldecía y lanzaba por el aire una insana cantidad de tarjetas con pintura y telas de muestra, descargando su ira contra el pobre sujeto al otro lado de la línea telefónica.

Finalmente gruñó y colgó la llamada, contando hasta diez para serenarse antes de mirar la habitación entera.

—¡Mañana es la boda, gente! —gritó a todas las personas que estábamos reunidas a su alrededor (que esencialmente eran: mi mamá, Rita, la diseñadora que había sido contratada a última hora, y una desconcertada Nicole que aplicaba algún producto a las cicatrices y quemaduras de su cara)—. Todas conocen su misión en este día: el novio no puede, por ningún motivo, mirar a la novia. Mucho menos puede hacerlo estando Anna en su vestido; quiero un día entero sin contacto entre ambos.

Las tres asintieron seriamente; hasta la pequeña Nicole en su vestidito verde, a juego con sus ojos. Todas parecían bastante compenetradas con el papel de ser mis vigilantes.

—Anna —Evelyn pronunció mi nombre como si fuera una advertencia—: nada de escaparte para estar con él. Estás bastante ocupada por este día... Y aún nos falta encontrar lo nuevo y lo azul para completar las tradiciones.

Me fulminó con la mirada, retándome a llevarle la contraria.

Rodé los ojos mientras sumergía otro pedacito del pastelillo a mi boca.

—No es como si no pudiera mantener las manos fuera de Adam —murmuré aún con la boca llena—, pasamos meses distanciados, no habrá problema con que no nos veamos por un día.

Me encogí de hombros, aunque extrañamente comencé a echarlo de menos. Si estuviera en la habitación con nosotras, seguramente ya hubiera soltado alguna broma que le causaría más espasmos a mi corazón idiotamente enamorado.

La ardilla, que antes vagabundeaba cerca de la ventana, ahora estaba en el alfeizar, olisqueando en dirección al vidrio, como si tratara de hallarse un hueco para entrar.

Evelyn notó que miraba al animal con atención, y al verlo ella misma también, corrió a espantarlo.

—¡Chú, chú! —gritó histéricamente agitando las manos con desprecio—. Odio esos animales, me recuerdan a murciélagos caminando en dos patas.

Ella se estremeció mientras seguía asustando a la pequeña ardilla.

El animal terminó por irse corriendo a través de los cableados que había en la casa vecina.

—Pero a mí me parecen adorables —dijo mamá cuando la ardilla se perdió de la vista—, deberíamos tenerlos en la boda. ¡Podríamos hacer que lleven los anillos! ¡O tal vez mejor un par de palomas grises que suelten los anillos en la mano de cada uno!

Nicole gritó, secundando la idea.

—¡Tenemos a Ricky Martin! Él puede llevar los anillos también —dijo ella con entusiasmo.

Desde que Mindy me había regalado a Ricky, Nicole se apropió de él y se encargó de hacerle espacio en su habitación, limpiando su jaula y alimentándolo mejor de lo que yo hubiera podido alimentarlo.

Evelyn le dedicó una de sus miradas mortales a mamá, esas que decían: no jodas conmigo. Y luego miró soñadoramente a la pequeña.

—¿Tienen a Ricky Martin? ¿De verdad harían que llegue a la boda y lleve los anillos? —ella comenzaba a sonar maravillada.

—Sí, claro —respondió Nicole—. De hecho está en mi habitación, no ha dejado de comer desde que despertó. Si quieres, te lo presento.

A Evelyn casi se le salieron los ojos.

—¿Por qué nadie me dijo que Ricky Martin estaba en la casa? —comenzó a arreglarse el pelo, ordenó su camisa para lucir más profesional y revisó su aliento, soplando sobre su palma para comprobar el olor.

La detuve antes que Nicole la llevara más lejos.

—Ricky es nuestro hámster. No te engañes.

—¿Qué? ¿Un hámster?

Asentí, avergonzada por derribar sus ilusiones.

—¿No estás jugando conmigo? —pronunció cada palabra con una ira ciega—. Pffftt, este es el colmo.

Ella fulminó a ambas, a mi madre (quien se reía descaradamente) y a la niña.

Después de eso mamá se calló y Nicole notó la incomodidad entre ambas.

—Hablando de anillos —Rita carraspeó para cambiar de tema—, ¿cómo es el anillo de Adam? Ya hemos visto el tuyo, pero él no ha dado señales de ninguno.

Sonreí de lado al recordar la tarde pasada.

—Es porque se lo tatuó.

Mamá, Rita, y hasta la misma diseñadora, abrieron los ojos como platos.

—¿Se lo tatuó? —chilló Rita—. Vaya, y yo que pensaba que iba a huir a última hora...

—¿Qué cosa se tatuó? —interrumpió mamá—. Ay, qué romántico.

—Esa es la cuestión —dije encogiéndome de hombros—: él no quiso enseñarme lo que se hizo al final. Se cubrió el tatuaje con una curita de Hello Kitty que le pertenecía a Nicole. Dijo que lo vería hasta el día de la boda.

Pude escuchar a mi madre suspirar con emoción para luego decir:

—Ojala tu padre marcara varias partes de su cuerpo con recuerdos míos. ¿Sabes que si ustedes dos se separan, Adam tendrá mucho material para nunca recuperarse? Te vería cada vez que observara su muñeca o simplemente bajara la vista a su brazo.

—¿Si nos separamos? —pregunté, incrédula—, qué buenos deseos de tu parte, mamá —dije con sarcasmo.

—Lo siento, pero tengo razón.

—Pues no veo por qué tendríamos que separarnos. Haremos que esto funcione, lo sé.

Me mostré optimista por un momento, olvidando lo poco sincera que me había vuelto. Aparte de ocultarle que seríamos padres de gemelos… gemelas, en realidad, él no sabía que lentamente estaba convenciendo a su abuela de llevarme hacia el lugar donde tenían a Aarón, su hermano.

Cualquiera pensaría que estaba loca por querer conocerlo, pero existía algo realmente fuerte que me pedía verlo. Quería creer que era real, que Adam no me había mentido al respecto como me había mentido en tantas otras cosas.

Quería verlo con mis propios ojos.

La idea se había apoderado de mí, y hasta no llevarla a cabo no podría dormir con tranquilidad. Sí, yo debía estar loca.

Después de unos largos minutos de silencio y de escuchar cómo la anciana mujer tomaba mis medidas y ajustaba su cinta métrica, Nicole comenzó a reír.

—A mí sí me enseñó el anillo —comentó entre sonrisas—, es muy bonito.

—¿Cómo? —preguntó mamá—. Tienes que decirnos cómo es.

Sentó a la niña en sus piernas y comenzó a acariciarle el cabello para que ella soltara la información.

Nicole sonrió abiertamente, y negó con la cabeza.

—Tío Adam me dijo que no dijera una palabra —ella hizo el ademán de poner un zipper en su boca.

—Bueno, la ventaja es que la boda es mañana —comenté—, y que podremos ver el diseño del anillo hasta e...

—¡Ni hablar! —gruñó mamá—, quiero saber cómo es. Anda, habla pequeña.

La sonrisa de Nicole se hizo más amplia.

—Bueeeeno... —se inclinó cerca del oído de mamá, y a ella se le nublaron los ojos de inmediato mientras la pequeña le susurraba las cosas.

Mi madre se llevó una mano a su pecho, tratando de contener una lágrima.

Fruncí el ceño. ¿Por qué lloraba? Solo esperaba que Adam no hubiera hecho nada muy romántico porque últimamente me encontraba ultra sensible y me ponía a llorar con facilidad. No quería llorar en mi boda... Bueno, lo sé, decir que no iba a llorar era una gran farsa. Lloraría. Mucho.

Estaba a punto de preguntarle a mamá el por qué de sus lágrimas, cuando un golpecito en la puerta nos distrajo a todas.

—¡¿Quién es?! —gritó Evelyn. En sus manos tenía un catalogo de modas.

—Soy Key, el amigo de Adam —respondió él por el otro lado de la puerta.

Inmediatamente Rita se tensó como un cable y maldijo por lo bajo.

—¿Qué quieres? —gruñó Evelyn—. Estamos ocupadas.

—Traigo un regalo… para Anna, lo envía Adam.

Evelyn negó con la cabeza.

—Increíble. Bien, ya abriré.

Me apresuré a colocarme una bata de seda para cubrir mi cuerpo mientras le lanzaba miradas interrogantes a Rita, ella me evitó como la peste.

Entonces Evelyn lo dejó pasar.

Key entró a la habitación, usando una de sus ya conocidas camisas a cuadros y sus hebillas enormes; pero con lo que nadie contaba, era con ver a Adam que caminaba en un andar confiado, tras él.

Evelyn gruñó como loba poseída.

—¡¿Qué te dije, Walker?! —gritó—: ¡La verás hasta mañana! ¡LÁRGATE!

—Woa, tranquila, mujer. Solo vengo a ver a mis chicas en la habitación —me guiñó un ojo.

—Lár.ga.te —espetó Evelyn una vez más, estirándose para que de alguna manera él no me viera.

Adam la ignoró, inclinándose frente a Nicole para darle un beso en la frente.

—¿Has estado cuidando a Anna por mí? —le preguntó.

La niña sonrió mientras asentía con la cabeza.

—Sí. Todas quieren saber cómo es tu anillo, pero solo le conté a la abuela Cecile.

Adam levantó el dedo tatuado, cubierto ahora por una curita de un dinosaurio.

—Mañana será el gran día… mañana lo verán, especialmente tú, nena.

Por el rabillo del ojo pude ver a Evelyn con la cara roja, murmurando acerca de pisotear tradiciones.

—Antes de que lo olvide… —comentó él—, mira lo que te conseguí, piraña.

Le tendió un libro de cubierta rosada que escondía tras su espalda.

La niña chilló cuando vio el título.

—¡Me lo compraste! Eres el mejor papá del mundo.

La niña estaba tan consumida viendo su nuevo libro, que no notó cómo Adam se quedaba con la boca abierta cuando ella por error lo llamó papá.

—¿Me llamaste...?

Ella no lo dejó terminar porque lo asfixió en un abrazo apretado. Con la misma velocidad lo soltó y corrió hacia mí.

—Mira, Anna, para que me leas en las noches —me entregó el libro—. ¡Y la chica tiene mi nombre! Ya quiero que lo leas conmigo.

Adam se recuperó del shock y sonrió con orgullo.

—Pero ya sabes —le advirtió a Nicole—, esa historia es ficticia... no es verdadera, más si incluye chicos. Las chicas en la vida real esperan hasta los veintisiete para involucrarse con ellos. Anna se saltó esa regla porque tiene una mente más acelerada que el resto, y porque no se pudo resistir a mis encantos, ¿entendido?

La pequeña rodó los ojos pero de igual forma repitió:

—Entendido —y salió corriendo con su libro en mano fuera de la habitación.

Key se rió en voz alta, y noté cómo Rita lo fulminaba con la vista.

Evelyn gruñó con desesperación, más cuando notó que Adam ladeaba la cabeza para verme mejor. Luego ella se alteró cuando él se acercó para darme un beso en el cuello.

—Me rindo —gritó, desesperada—. Ustedes no se comportan.

No le presté atención, concentrándome únicamente en el delicioso olor de Adam, intensificándose mientras él se paraba detrás de mí y llevaba sus manos a mi vientre en un abrazo perfecto.

—¿Nena? —susurró en mi oído—, te ves bien. ¿Cómo está mi pequeño? ¿Ya comió allí adentro?

Sonreí de lado.

—Manzanas verdes como siempre, y esta cosa deliciosa que encontré a mi lado esta mañana cuando me desperté —levanté el pastelito a medio comer. Adam le dio una mordida gigante, haciendo sonidos placenteros mientras masticaba.

—¿Esta mañana? —preguntó aun con la boca llena—. Pues yo no lo dejé.

Me giré en sus brazos para verlo a la cara. Lucía realmente confundido.

—¿Cómo que no me lo diste tú? Estaba en tu lado de la cama.

—Tal vez fue mi abuela quien lo puso.

Inmediatamente mis mejillas enrojecieron.

Esta mañana yo apenas y tenía puesta, escasamente, una sábana. Nada más. Sin ropa.

Si hubiera sido su abuela la que entró furtivamente… estaría muerta de vergüenza.

Adam rió al notar mis mejillas enrojecidas.

—Es broma, amor, fui yo quien lo puso ahí.

Me besó el hombro y mordió otra porción del pastelillo, mordiendo también uno de mis dedos.

—Hay momentos en los que te odio con desesperación —dije.

—Sí, pero también me amas con locura, y eso lo supera todo. Ahora dime, nena, ¿tienes ropa puesta debajo de esa bata?

Me ruboricé de nuevo, esta vez porque todos los ojos estaban puestos en mí y en la forma en la que Adam parecía querer desnudarme con un solo chasqueo de dedos.

—Es poca —susurré todavía más bajo que antes.

Hubo un fuerte silencio de su parte, hasta que comenzó a aplaudir para llamar la atención de la habitación completa.

—Muy bien, todos —gritó él, agitando sus manos hacia Rita y Key que permanecían sentados uno junto al otro—. Será mejor que nos dejen solos a mí y a mi dama.

Mamá rodó los ojos pero mantuvo la sonrisa permanente en su rostro mientras se ponía de pie y dejaba la habitación no sin antes mirarme de una forma sugestiva.

Evelyn, a mi lado, bufó, lanzando miradas groseras a mi prometido.

—Ni siquiera se te ocurra hacer lo que pienso que vas a hacer, Walker —amenazó ella, elevando una de sus cejas pelirrojas.

—Y según tú, ¿qué es lo voy a hacer?

—Vas a... alborotar las hormonas de Anna. Exijo que respetes mis reglas. Les pedí solo un día, ¡un día! para que ambos conservaran un poco del misterio antes del matrimonio.

—Pues, verás, yo no soy alguien que siga las reglas. Además, no me gusta el misterio.

—Ya veo. ¡Aminda! —gritó hacia la diseñadora—. Deja a la Sra. Walker con su futuro esposo. Quieren "privacidad" para hacer solo Dios sabe qué cosas. Vámonos.

Adam sonrió complacido cuando la habitación se quedó sola.

Sus labios regresaron inmediatamente a mi cuello, sus manos desatando el nudo de mi bata.

—Adam —murmuré entre risas—, ¡en cualquier momento puede aparecer Evelyn para ensartarte un tenedor en la espalda! No sigas provocándola.

Él lamió mi clavícula, haciendo que mis rodillas temblaran. Se alejo sólo para comer lo último que quedaba de mi bocadillo.

Una vez que terminó de comer, me acarició la mejilla y susurró:

—No importa. Siempre y cuando pueda hacer esto —se acercó cuidadosamente a mi costado y acto seguido se inclinó sobre mi seno izquierdo y lo mordisqueó ligeramente sobre la tela de mi bata.

Tuve que cruzar mis manos detrás de su cuello para evitar caer echa pudín al suelo.

—¡Ahí está, mi pequeña de ojos bizcos! —dijo él, sonriendo. Su mano bajó por mi muslo, apartando la tela de la bata que aún se interponía entre él y mi piel—. No necesitas de mucho para que tu Bambi interno salga a la luz.

Mordisqueó mi cuello, sus dientes clavándose en mi piel.

—Creo que me voy a derretir en el suelo, mis pies no pueden conmigo.

—¿Te duelen?

Asentí con la cabeza, pegando mi nariz a su cuello para olerlo sin vergüenza.

—Bueno, esto amerita que cambie mis planes.

—¿Tus planes? —murmuré mientras agarraba puñados de su cabello negro y lo jalaba solo porque tenía el poder y el derecho de hacerlo.

—Sí, vamos a tener que follar sobre el escritorio de cien años de antigüedad de la abuela, ya no podremos hacerlo contra la pared, como yo quería.

Mis ojos se ampliaron. Mis oídos jamás se acostumbrarían a escucharlo hablar de esa forma.

Ambos miramos, al mismo tiempo, el espacio donde dicho escritorio se encontraba.

—¿Estás bromeando? —pregunté—. Esa cosa parece que se va a caer en cualquier momento.

—Tiene cien años, es resistente. Perteneció al bisabuelo...

—Y ahora lo vamos a "hacer" ahí.

—¿Vamos a *"hacer"* ahí? ¿*"Hacer"* el qué, nena? —su boca buscó mi garganta para mordisquearla otra vez, y pasar su lengua sobre la marca que dejaron sus dientes anteriormente.

—No empieces con eso —lo regañé. Mi voz sonaba ronca.

—De acuerdo, Srta. Green, agárrese de mis hombros porque la pienso cargar a usted, y a mi hijo o hija, para luego tomarla sobre el escritorio una última vez antes que cambie de apellido y use el mío.

Me reí en voz alta, con las mejillas sonrosadas. Hice como me dijo y dejé que me llevara al escritorio. Mis pies enlazados en su cintura.

El mueble rechinó con un crujido cuando me depositó sobre la madera de cien años; traté de acomodarme lo mejor que pude mientras Adam comenzó a deslizar la sedosa bata por mis hombros, dejando que cayera hasta mis codos para apreciar mi ropa interior (que consistía únicamente en mis braguitas y una banda elástica que tapaba mis pechos).

Le dio un beso sonoro a mi barriga y luego susurró en voz baja:

—Muy bien, a cubrirse los oídos porque no quiero traumar esa mente pequeña de bebé.

Me sonrió cuando sus ojos estuvieron a la altura de los míos.

—Cuando nos vayamos de luna de miel —habló muy cerca de mi boca, retirando las únicas piezas de ropa en cuestión— no quiero que empaques nada de ropa interior... y no bromeo.

—¿Vamos a tener luna de miel? —pregunté algo escéptica.

—Por supuesto, nena —lamió cuidadosamente mis senos expuestos.

—¿Aunque ya nos hayamos comido el pastel antes de tiempo? —señalé mi vientre.

—Aunque nos hayamos comido el pastel, los dulces y las galletas. Claro que no te llevaré muy lejos, no quiero que mi pequeño Noah se maree y haga que su mami vomite en el camino.

Me ruboricé por completo.

Ni siquiera le había dicho que esperábamos niñas. Las posibilidades que fuera un pequeño Noah ahora eran tan escasas... Yo era una terrible persona por no decirle nada.

—Adam hay algo que no sab... —mi boca enmudeció cuando rápidamente me besó, su lengua demandando entrada entre mis labios.

Tuve que reclinarme contra él para no caerme de espaldas.

Sus labios pasaron de demandantes a tiernos en cuestión de segundos.

Luego de un momento tomó espacio y se separó de mi boca.

—De verdad... —murmuré sintiéndome mareada por sus besos—, deberías dejarme hablar...

Su boca regresó a la mía. Sus manos tomando mis caderas, sus dedos trazando patrones cerca de mi ombligo un poco abultado.

—Y tu deberías entender que difícilmente puedo pensar en momentos como este. Nada de hablar.

Sus besos siguieron torturándome, empujándome cada vez más cerca de la orilla del escritorio. Hasta que el patrón de la tela de su camisa se plasmó sobre mi piel desnuda.

Sus caderas comenzaron a chocar contra las mías, con sus dedos sujetándome firmemente en mi lugar.

Me aparté esta vez para detenerlo.

—Estás demasiado vestido.

Él sonrió de lado, encantando con la idea de quitarse la ropa para mí.

Mis ojos no pudieron evitar comérselo entero mientras subía sus manos y tiraba de su camisa para luego lanzarla al suelo.

Me perdí observando desde el más pequeño de sus tatuajes hasta su ombligo, por la línea de su pantalón.

—¿Quieres algo de música mientras me desnudo? —preguntó, divertido al ver que no podía estar menos absorta en su cuerpo—. ¿Moves like Jagger?

Negué con la cabeza, esperando a que regresara a mí.

—Se va a llevar mucho tiempo. Apresúrate.

A propósito comenzó a quitarse lentamente sus pantalones, quedando en ropa interior.

Oh, mi... madre con tres gatitos.

A esta altura ya debería aburrirme verlo siempre de esta forma, pero no. Adam Walker no era alguien aburrido de ver.

Definitivamente escribiría esa novela sobre él, claro, lo haría menos idiota, y a mí me daría un poco más de valor... pero la escribiría solo para detallar unas buenas dos páginas de sus tatuajes y su cuerpo... y ese cabello espeso, y su forma de hacer sonidos graciosos cuando besaba mi vientre y hablaba con nuestro pequeño. O la manera en que trataba de tomarse la vida con humor y calma, riendo aún en los malos momentos. O...

Él llegó rápidamente hacia mí, mirándome con anhelo y adoración. Pegó su frente contra la mía, cubriendo el pequeño jadeo que salió de mi boca cuando bajó su bóxer y me llevó más al borde del escritorio para que nuestros cuerpos comenzaran a unirse sin la interrupción de la ropa.

—Me dices si estoy siendo muy brusco —susurró en mi oído, besando después mi mejilla, acariciando mi nuca con su mano.

Su boca se tragó otro de mis jadeos cuando comenzó a empujar lentamente sus caderas contra las mías, abriendo mis piernas hasta que estuvo dentro por completo.

—¿Anna, me escuchaste? —habló casi ahogadamente, me sujetó de la barbilla para que abriera los ojos que, de alguna manera, sabía estaban bizcos.

Vagamente asentí, embelesada por sus caricias.

De pronto sus manos bajaron por mi costado, sus dedos se detuvieron para pellizcar mis pezones y luego descendieron un poco más, recorriendo caminos que ya habían sido besados por su boca: mi espalda, mi cintura levemente perdida a causa del embarazo.

Sus manos también fueron a mi trasero, levantándome para acomodar entre nuestros cuerpos mi barriga. Me inclinó levemente hacia atrás, haciendo que mis codos tocaran la madera del escritorio.

Sus caderas pronto empezaron con su ritmo tentadoramente lento, sus empujes fuertes y precisos, aumentando después la velocidad hasta que el único sonido que se escuchaba era el de nuestras respiraciones aceleradas y nuestros cuerpos explorando su unión, él siempre siendo cuidadoso por los bebés.

Mis caderas se encontraban las suyas, mi labio fue salvajemente mordido cuando él se detuvo e hizo un movimiento que me provocó más jadeos. Nuestro sudor se mezclaba, dejé de pensar y mi mente quedó en silencio.

Cuando finalmente logramos detenernos una media hora después, sonreí como siempre lo hacía cuando me sentía así de satisfecha con él.

Sus manos seguían aferrándose a mis caderas, evitando que mi cuerpo abandonara el suyo.

Pasó su mano por mi frente sudorosa y sopló cerca de mi boca.

—Tengo que admitir —dijo él, intentando recuperar el aire—, ahora me gustas un poco más con curvas rellenas.

—¿Curvas rellenas? —jadeé cuando se movió a su derecha—. ¿Quieres decir... que te gusto más estando gorda?

—¿Gorda? No estás gord... ¡Santo cielo, Anna! ¿Cuántas hamburguesas comiste ayer? No había notado este pequeño rollito de carne bajo tus brazos. Eso es nuevo.

Tocó el brazo en cuestión.

Lo golpeé en el hombro, queriendo separar sus caderas de las mías.

Él no lo permitió, sus dedos hundiéndose en la piel de mis muslos.

—Anna, solo bromeaba. En realidad... Me gustas flaca, me gustas gorda. Me gustas verde, me gustas rosa. Entiende que me gustas de cualquier forma.

No pude evitarlo, reí un poco. Mi respiración trabajando con dificultad.

—¿Acabas de hacer un poema para mí? —pregunté entrelazando mis manos detrás de su cuello.

Se encogió de hombros.

—Estás viendo mi lado poético en su estado más puro.

Sonreí con facilidad.

—A ver, qué más tienes en el repertorio...

Él negó con la cabeza.

—Eso fue "Poema improvisado" que sucede muy raras veces. Además soy de los que piensan que la mejor poesía que te puedo dedicar es la que dice mi cuerpo. Más que palabras, son acciones de lo mucho que te amo y me importas. ¿Entonces, dejas hablar a mi cuerpo una vez más, mi futura Señora Walker?

—¿Otra vez? —pregunté con incredulidad.

Él sonrió y asintió con la cabeza.

—Déjame enseñarte los mil usos de un escritorio de cien años... —palmeó dicho mueble. 3

Sonreí también, recordando cuando me dijo lo mismo sobre el uso de las camas.

—¿Y de repente todo tiene mil usos? ¿Por qué no mil dos?

—Puedo considerarlo... ¿Entonces? ¿Mil dos usos del escritorio de cien años?

Asentí, contenta.

—De acuerdo —murmuré apretando mis pies alrededor de sus caderas—. Probemos los mil dos usos.

—Bien. Ahora solo dame un minuto mientras tomo aire.

Respiró hondo, inconscientemente haciendo movimientos que causaron que me estremeciera por dentro. Luego la lujuria se hizo cargo de nuevo.

Lastimosamente no pudo enseñarme todos los trucos bajo su manga porque, curiosamente, un escritorio de cien años de antigüedad no era una superficie muy estable para hacer "movimientos pélvicos" o darse el lujo de tener un tórrido arranque de pasión sin provocar quebrarle al mueble una pata, haciendo que el efecto dominó se desatase y termináramos sobre el suelo, encima de trozos de madera.

La abuela de Adam se quedaría sin su escritorio por un buen tiempo… y no llegué a descubrir todos sus usos.



Había visitado a la Dra. Bagda Kamali una vez más, contándole (y suplicándole) que nunca jamás me reasignara a otros médicos a menos que se cerciorara que eran estables mentalmente.

Ella se disculpó y actuó de manera profesional, lamentando el hecho de haberme enterado de esa forma el sexo de los bebés. Pero todo era cierto, ya estaba confirmado: serían niñas.

Adam se volvería loco.

Yo me volvería loca.

Pero de igual forma no dejé de sonreír cuando salí del consultorio y miraba con adoración el ultrasonido de las bebés.

Últimamente les daba por dar pataditas en la noche, moviéndose como si estuvieran listas para salir corriendo. Y ahora sostenía la prueba contundente de los cuerpecitos que llevaba en el vientre; al final metí la imagen en mi cartera mientras regresaba a casa, dispuesta a dársela a Adam como un pequeño regalo para la boda.

Me pasé toda la mañana pensando en posibles nombres, sonriendo como estúpida y tarareando de felicidad.

El resto de la tarde pasó en un borrón, y finalmente llegó el tan esperado día de la boda.

Decir que Evelyn estaba loca era decir poco; ella estaba demente, desquiciada. Incluso su cabello rojo fuego, que por lo general permanecía inmaculado, ahora se encontraba hecho un desastre.

Sus ojos estaban llenos de delineador mal aplicado, y ojeras moradas aparecían bajo sus párpados remarcados de corrector facial.

Me dio una mirada mortal cuando vio que mi mano buscaba instintivamente otro trozo de manzana verde condimentada que había dejado en un cuenco de cristal justo al lado del tocador, donde, el hombre más gay del planeta estaba arreglándome el pelo.

—Anna, no quiero que ensucies tus manos y después toques tu arreglado cabello —dijo ella. Parecía necesitar un exorcista por la cantidad de veces que me gruñó. Faltaba poco para que su cabeza comenzara a dar vueltas—. Además, Aminda, la diseñadora, traerá personalmente tu vestido de novia por el cual se desveló toda la noche confeccionando con su equipo de trabajo.

Dejé que el trozo de manzana se deslizara de mis dedos y cayera de nuevo al bol.

Cuando Evelyn se dio vuelta para atender una llamada, agarré de nuevo la fruta y rápidamente la metí en mi boca, masticando a toda prisa.

—Come un poco más —me susurró Octavio, el estilista—. Quedará entre nosotros.

Me guiñó un ojo y procedió a poner pinzas en mi cabello para rizarle las puntas. Lo usaría suelto, con la mitad cubierta por el velo.

Octavio, quien muy amablemente me había pedido que lo llamara Ocho, me pasó el bol con los trozos cortados de manzana y lo escondió bajo unas revistas de estilo para que pudiera tomar cuanto yo quisiera, libremente.

Evelyn regresó cuando "Ocho" miraba mi rostro desde todos los ángulos frente al espejo.

—Octavio —llamó ella—, te dije que solo las puntas irían rizadas. Y esta vez pon bastante fijador, no quiero que se repita el error de la boda Davadi-Hamilton.

Él puso los ojos en blanco, haciendo una mueca que provocaba que su espeso bigote rubio se moviera de manera graciosa (hacía eso bastante).

—Ya te dije que soy Ocho, no Octavio. Vi esta película hace unas semanas: el chico tenía el nombre de un número, no pude evitar pensar en lo bien que me quedaría a mí también. Ocho es más profesional que Octavio. Además, el cabello de esta adorable chica está siendo rizado solamente en las puntas. Sé lo que hago.

Evelyn murmuró algo acerca de lo fuerte que la menopausia les daba a algunas personas, y se retiró de la habitación para supervisar el servicio de cáterin.

Ocho también me maquillaría, y a pesar de parecer un tipo de cuarenta años con un mal tinte de pelo, estaba mejor actualizado que yo en cuanto a tendencias.

—Evelyn me enseñó lo espectacular que está quedando el sitio —comentó mientras aplicaba un poco de fijador en mi cabello—. Hay un pequeño altar al aire libre, hermosísimo, de madera, pintado de blanco. No tienes idea, del techo cuelgan estas… —se calló abruptamente—. Ups, lo siento. Se supone que no debo decir nada. Debes verlo con tus propios ojos. Solo puedo decir que Evelyn se lució con este trabajo.

—Cuelgan, ¿qué? —pregunté, ansiosa y nerviosa al mismo tiempo. No quería nada extravagante. Sólo pedía que fuera sencillo.

Ocho le restó importancia, agitando una mano y moviendo su bigote de lado a lado.

—Nada. Te aseguro que te va a gustar, tú tranquila.

Estaba a punto de coger otro pedazo de manzana y de pasar por alto las ganas que tenía de saber cómo estaba decorado el sitio, cuando Rita, Shio y Mindy abrieron la puerta de la habitación, haciendo una entrada ruidosa.

—Buenas, buenas, casi Sra. Walker —saludó Shio con un beso en el aire—. Ya estamos aquí tus damas de honor.

Les sonreí a todas, viéndolas por el espejo.

—¿Tienen ya sus vestidos?

Mindy levantó de mala gana un vestido strapless verde claro envuelto en una lona plástica.

—Voy a parecer fenómeno —dijo ella, viendo al suelo y haciendo una mueca.

Rita se rió por lo bajo, observando a Ocho con curiosidad mientras él les sonreía animadamente a todas.

—Mindy se volvió a pintar el cabello —anunció Shio—. Piensa que se va a ver como un elfo del bosque encantado.

—¿Qué color te lo pintaste? —le pregunté.

Ella llevaba un gorro rojo que tapaba cualquier hebra de su pelo. Se la quitó para dejarme ver.

—Me gusta cómo te queda —sonreí—, ¡blanco!

Combinaba con su piercing de aro ubicado en su boca, y el otro que tenía en la nariz. Incluso había decolorado un poco sus cejas. El cabello blanco realmente realzaba su belleza, más cuando le caía en hondas hasta la altura de su cintura.

—Vestido verde, cabello blanco —mascculló ella, su voz se escuchaba más desinteresada y adormitada que nunca—. Seré el fenómeno entre los niños. Solo me faltarían las condenadas alas y… listo: hada del bosque. Pero no me interesa, si me dicen algo, los mando a comer lodo con mierda de cabra.

Reprimí una risa cuando vi lo sensible que se puso.

—Y cambiando de tema —agregó—, mi regalo de boda está trepando por las cortinas de la sala.

—¿Trepando?

Rita se echó a reír cuando vio mi expresión.

—Sí, es una iguana traída de Honduras. La llamé Sebastián. Pero claro, puedes cambiarle el nombre.

De acuerdo, este no era momento de preocuparse porque una iguana estuviera suelta en la sala de la casa. Era momento de preocuparse porque mi estómago era el que más ruido hacía en la habitación… y porque ya faltaba poco para la boda.

Ignoré la sensación de hambre combinado con nervios y me concentré en jugarle bromas a Rita (con Key) y a escuchar las relaciones fallidas de Shio.

Las horas de la mañana pasaron rápido, el equipo de Ocho apareció al medio día para peinar y maquillar a las damas de honor, y Evelyn finalmente había limpiado su maquillaje mal aplicado pero no se despegaba del teléfono. La boda sería a las cinco para aprovechar los rayos del sol y recibir la noche al aire libre. Todos podían percibir que el gran momento se acercaba.

Una chica asiática limaba y pintaba mis uñas con un tono rosa pálido, mientras Ocho se dedicaba enteramente a mi cabello, dejándome unos rulos plásticos con algún producto para mantenerlos naturales una vez que los retirara. Él se movía entre mi mamá y la abuela de Adam, secando, planchando, alisando y estirando el cabello de alguna que otra de mis amigas.

Aproximadamente unos minutos después que Evelyn nos dejara almorzar y tomar un descanso de toda la laca para el cabello, alguien dio un tirón a mis pantalones elásticos.

Cuando bajé la vista se encontraba Nicole, con el rostro bañado en lágrimas. Su peinado estaba sin terminar y su camiseta se encontraba mojada.

Inmediatamente me agaché para estar a su altura. La pequeña se lanzó a mis brazos en el instante.

—¿Qué ocurre? —mi imaginación voló a posibles y trágicos escenarios.

—Anna… —solo pudo decir esa palabra antes que se echara a llorar de nuevo, con fuerza. Sus sollozos cada vez fueron más ruidosos.

La tomé en brazos y la llevé a la sala en busca de privacidad; la senté en mis piernas y dejé que cubriera mi camisa con sus lágrimas.

—Nikky, ¿qué pasó? ¿Todo está bien? ¿Qué ocurrió?

Acaricié su cabello sin molestarme en arruinar o no su peinado.

Finalmente despegó su cabeza de mi pecho y me miró a través de las lágrimas frescas que aún descendían por sus mejillas rosadas.

—¿Es verdad que vas a tener niñas? —hipó.

—¿Quién te lo dijo?

—La abuela Cecile. Entonces, ¿es verdad?

Fruncí el ceño.

—¿Qué tiene que ver eso con el que estés llorando, pequeña?

—Porque si son niñas… si son niñas… ¡vas a dejar de quererme a mí!

—¿Qué? ¿Por qué piensas esa cosa tan terrible?

—Porque ya vas a tener a dos niñas de qué ocuparte. No me necesitarías y no me dejarías vivir contigo y con el tío Adam.

Se echó a llorar una vez más.

Besé su frente y limpié sus lágrimas con mi pulgar hasta se detuvo y pude hablar.

—Eso es mentira. Yo jamás te dejaría de lado. ¿Por qué dices que no te voy a necesitar? ¿Que no te voy a querer? Te quiero con toda mi alma, jamás le haría algo así a alguien que amo tanto. Tú te quedas con nosotros.

—Es que… Adam me dejó siempre con la abuela, y ella se va a un crucero después de la boda, y… ¡nada de esto hubiera sucedido si fueran niños y no niñas! Yo quería dos Noahs, no dos niñas.

Gimió con un nuevo sollozo, sus ojos rápidamente se llenaban de lágrimas que caían hasta su camiseta y la mía.

—Tranquila, preciosa —le susurré, devastada por verla en ese estado—. Yo no puedo ordenarles a las bebés que sean niños. Pero no tienes por qué ponerte celosa, voy a quererte a ti como las querré a ellas —llevé una de sus manitos a mi vientre—. Tú eres parte de esta familia y ellas estarán felices de tener una hermana mayor que les enseñe posibles trucos para evadir a su celoso y posesivo padre mientras intentan salir con chicos que él no apruebe.

Nicole rió con eso, dejando salir las últimas lágrimas de sus ojos.

—¿Entonces no me van a mandar lejos? —preguntó con cautela.

—Claro que no. Eres parte de la familia, a la familia no se le manda lejos… a menos que tengan colas, ¿recuerdas lo que hablamos de la gente con colas?

Ella asintió con la cabeza, mostrándose un poco más animada con la idea.

—¿Estás segura? Tendrás dos niñas de quienes ocuparte.

—Jamás he hablado tan en serio.

—¿Lo prometes? ¿Prometes nunca dejar de quererme?

—Lo prometo. Eres mi niña hermosa, Ni Adam o yo podríamos funcionar sin ti.

Sorbió unos pocos mocos.

—¿Yo seré su hermana mayor? —acarició mi estómago— ¿Y tú serás mi segunda mamá?

Le di besitos en ambas mejillas. Mi corazón ablandándose con la idea.

—Por supuesto que sí. No esperaría menos.

Sonrió ampliamente esta vez, besando también mi mejilla.

—Bien. Lo entiendo. ¿Pero de verdad no van a abandonarme? ¿Aunque ya tengas dos niñas?

—Siempre estaremos a tu lado, pequeña.

—De acuerdo.

Sonrió aun con los ojos hinchados.

—Ahora sí, a bañarse y cambiarse para la boda —le dije—. Mi chica de las flores tiene que verse bellísima.

Su sonrisa creció más.

—Y no quiero oír esas locas ideas de nuevo. Tú eres como una parte vital de mi cuerpo. Recuérdalo.

La niña asintió y pronto comenzó a caminar lejos. Se detuvo mientras estuvo a punto de subir las gradas, se giró una vez más, y corrió para abrazarme.

Luego se marchó.

Después de eso todo sucedió de forma rápida. Sin darme cuenta, ya era hora de ponerme mi vestido (dicho vestido que aún no había visto) y la mayoría de mis damas ya se encontraban arregladas.

La diseñadora llegó con un “elegante” retraso de una hora, y ya casi eran cerca de las cuatro de la tarde. Evelyn estaba traumatizada.

—Anna, desnúdate. Tengo que seguir supervisando a los chicos que dejé arreglando los últimos detalles en el lugar de la boda —me gritó ella frente a varios empleados que corrían de arriba para abajo cargando flores y maquillando a todo aquel que lo necesitara.

—¿Cómo? ¿Aquí?

—Entra en una habitación. Aminda, “Ocho” y yo te vamos a ayudar a entrar en el vestido sin que te arruines el peinado.

Por supuesto que no quería que se me arruinara. Era tan perfecto (de verdad lo era). El estilista pasó horas perfeccionando mi rostro y mi cabello.

Mi peinado estaba arreglado para que luciera suelto. Ocho hizo una trenza que cruzaba la mitad de mi pelo, casi cerca de mis orejas. Colocó unas pequeñas flores rosadas y roció un brillo plateado sobre ella. Lo demás caía en rizos sueltos hasta llegar cerca de mis omoplatos.

Cuando Evelyn entró con un grupo de cuatro para ayudarme con el vestido, mis nervios se multiplicaron al nivel máximo.

Respiré hondo mientras la diseñadora abría el impermeable donde se encontraba escondida la pieza en cuestión.

Poco a poco comenzaron a sacar la impecable tela blanca con encaje. Finalmente Evelyn lo extendió para que lo viera por completo, y... me quedé sin palabras. Era absolutamente hermoso.

—Te va a quedar perfecto —susurró la anciana mujer.

No pude decir nada y me limité a asentir con la cabeza.

Rápidamente me despojaron de mi ropa, sin poder protestar por dejarlos verme en mi lencería blanca.

El vestido no era vaporoso pero se ajustaba a la perfección con mi cuerpo y con mi barriga abultada. Era de espalda descubierta, con finos tirantes apenas visibles en mis hombros.

Caía hasta el suelo para cubrir mis pies. La zona de mi vientre no lucía desagradable sino más bien disimulada.

El vestido era… sencillo, elegante, hermoso. Con encaje en la parte superior y con un material sedoso en la parte inferior. Era perfecto para mí. Entonces la diseñadora llegó por detrás, con una cinta del color de las flores en mi cabello y la colocó en unas pretinas bien escondidas, justo donde el escote de la espalda terminaba, atándola en un moño que realzaba de buena manera mi trasero. Sonreí cuando noté que ese toque de color le daba vida al vestido.

Me acerqué al primer espejo de cuerpo entero que encontré. No podía ni siquiera reconocerme; las lágrimas casi se salían de mis ojos. Si no fuera porque Ocho insistió en que soportara hasta las fotografías oficiales para después llorar todo lo que quisiera una vez que mi día especial estuviera registrado en imágenes, ya hubiera soltado todas las lágrimas de emoción.

Sonreí enormemente, viéndome con atención. Jamás me sentí tan hermosa como me estaba sintiendo en esos momentos.

Mi maquillaje estaba listo.

Mi vestido lucía grandioso.

Mi ramo de flores era una combinación ideal entre los colores de los trajes de mis damas de honor y mi vestido. Incluso Evelyn, a última hora, había añadido un toque especial para incorporar lo "azul" a mi ramo: clavó un pastelito de mora azul en el centro del mismo. Lucía adorable y único.

Todo estaba listo. Solo faltaba ponernos en marcha.

Mi corazón casi se salía de mi pecho.

Hoy me casaría. ¡Me casaría con Adam!

Traté de no morder mis labios para no echar a perder el maquillaje en ellos, y volví a sonreír como idiota cuando Evelyn se situó detrás de mí, sonriendo conmigo.

—Ya es hora, querida. Tu novio te está esperando.

Colocó el velo sobre mi cabeza, haciendo que una de las flores de mi trenza se asomara por un lado.

—¿Preparada? —preguntó siempre con esa sonrisa.

Asentí con la cabeza.

—Nerviosa pero preparada —confirmé. Ella asintió y sonrió una vez más, luego se dio la vuelta y dejó que saliera primero.

Así fue como hice mi camino a través de la habitación, hacia las gradas, lejos de casa para casarme con el idiota encantador que tanto amaba.

Capítulo 14

Bienvenido a la boda, Bambi

Mensajes de incógnito entre la pareja, horas antes de la boda:**7**

¿Estás nerviosa, nena?

Se supone que no deberíamos estar hablando en estos momentos. Evelyn parece la chica del exorcista, me da miedo.

Tú tranquila ;)

Claro, lo dices porque no la tienes a la par.

Dime qué estás usando. Quiero leer todos los detalles. Pieza por pieza. Siempre quise intercambiar mensajes de texto "sucios" con mi nena.

Pues te vas a quedar con las ganas. Estoy usando una bata andrajosa mientras me peinan y me maquillan un grupo de estilistas que tus bolsillos cargados de dinero me patrocinaron.

Mis bolsillos están siempre a tu disposición para ser saqueados; al igual que otras partes de mi cuerpo ;)

Sucio.

Demasiado. Ocupo un baño, ¿estás dispuesta a tallar la suciedad con jabón? Estoy sucio en tooodas partes.



*jjakdsfhsiwuln***53**

¿Qué significa eso? ¿Sí o no?

jjdaaaaaaabbsbsbbsbsbbdemwn

¡¡¡¡!!!!

Oo2pi2edjwjbs2hxbnjnaknsa

Annabelle…

wuwuwuuwas nmmxmmxm

Me estoy sintiendo frenético. ¿Se descompuso tu teléfono?

kalklalkdbnsaanksnmkks

…

*¡Lo siento! Evelyn estaba cerca, tuve que ocultar el celular dentro de mi brasier. Se marcó solo.***23**

Ahora sí estamos llegando a una buena parte. ¿De qué color es?

¿De qué color es el qué?

Tu ropa interior.

Blanco.

¿Sabes lo que dicen de las chicas que usan ropa interior de color blanco?

Tú y tus chistes sin gracia… A ver, ¿qué dicen de ellas?

Van a un entierro chino.

¡¿?!

Van.a.un.entierro.chino.

No entiendo.

Nena, hemos hecho de todo para quitar la inocencia de tu mente. No entiendo por qué todavía no captas la broma. Como pista te diré: en China usan el blanco en los funerales.

¿?

Así que van a un entierro… ¡con un chino! Es gracioso.

Jnjsnjdfnjndekjnnknskn

Jajajaj

Laskajbsdkajnlaxmmxl

*¿No te da risa?***2**

Jghagshagjadhsgajhslka

¿Por qué respondes de esa forma? ¿Evelyn está cerca de nuevo?

No, esta vez lo hago a propósito para ignorarte. No me escribas ahora con tus chistes malos. Ve presentable a la boda. No quiero sorpresas.

Oh, pero tendrás muchas, muchas sorpresas… eso es imposible de evitar.

Adam…

Kakjnsjsnjnans

¡Adam! Nada de sorpresas, dije.

Lknkwnnajbsakjshajgagaggaagsjshka

Solo yo puedo hacer eso, tú no. Grrrr…

Akslkakjqijjkanjcbsn

Dije que nada de sorpre… ¡¡¡Los dos!!! RESPETEN TRADICIONES. Te advertí a ti, Walker, que no llamaras a Anna. Voy a apagar el teléfono. No puedo creer esto, como si fueran dos niños a los que tengo que regañar.

Noooo…

Teléfono sin señal.

***

El lugar donde me casaría quedaba a unos cuarenta y cinco minutos.

No sería en una iglesia (según lo dijo Evelyn) pero sí se haría toda la ceremonia oficial al aire libre, cerca de un campo de flores.

Evelyn había rentado una limosina para que todas las damas de honor, y yo, nos fuéramos al sitio sin ningún problema. Pero al final mis damas se multiplicaron y la limosina quedó llena.

Tenía a Nicole por un lado, tocando las flores de mi trenza y comparando la suya propia, y tenía a Mirna del otro, que no dejaba de llorar y hablar acerca de lo hermosa que me veía y de lo mucho que se sentía celosa porque su boda no fue igual de romántica que la mía.**6**

Rita, Shio y Mindy no dejaban de pelear sobre a quién le quedaba mejor el vestido, y Dulce se negó a usar otra cosa que no fuera negro para la boda.

Mamá y Gerty nos acompañaban también. Mi madre nunca paró con el llanto desde que me vio en mi vestido de novia.

El interior de la limosina era un caos, todas bebiendo champaña y riendo ocasionalmente de alguna broma, Evelyn gritando al teléfono, y algunas maquilladoras que decidieron hacernos compañía por si necesitábamos un retoque.

Pero a pesar todo el ruido y la diversión, yo no había hecho otra cosa más que preocuparme y enterrarme las uñas en la palma de la mano.

Tenía el estómago revuelto a tal punto que nos tuvimos que detener a mitad de camino para que yo pudiera vomitar en un recipiente plástico (lo que nos atrasó quince minutos en la carretera).

Estaba demasiado nerviosa y me temblaban un poco las manos. Nunca había sido el centro de atención por más de un minuto, así que me sentía incómoda solo de imaginar todas las miradas sobre mí y sobre las pequeñas que crecían en mi vientre.

Evelyn me dio Ginger Ale para calmar mis nervios y me puso a hacer respiraciones en una bolsa de papel.

—…Y todavía recuerdo cuando Anna aprendió a decir mamá —pude escuchar que mi madre decía mientras nos faltaban diez minutos para llegar al lugar y yo iba por mi tercera respiración profunda en mi bolsa de papel—, o cuando llegó de la escuela sin un diente porque se le cayó mientras jugaba. Era una cosita que no llegaba a medir ni un metro. Ahora… ahora mírenla, hermosa y… radiante en su… vestido de… novia.

Lloró con fuerza en la última oración, derrumbándose emocionalmente cada vez que me veía. Ella también contagió a la pequeña Nicole que ahora lloraba junto con mamá.**1**

—No lloren, por favor —suplicó Mirna al ver a ambas—. Me van a hacer llorar a mí… también… ¡Mierda! Ya estoy llorando de nuevo.

Se abanicó la cara con la mano, y pronto fue obvio para todas que no pudo evitar las lágrimas.

Rápidamente se le unieron Rita y Shio.

—¡Nunca me voy a casar! —confesó entre sollozos ésta última—, seré por siempre soltera… y pareceré mayor que Anna…

Lloró de nuevo.

—Muy bien —grité—, basta todas. Dejen de llorar.

Pero fue inútil. Para cuando la limosina se estacionó frente a lo que parecía un castillo de la edad media, todas, excluyéndome, salieron con los ojos rojos y marcas de maquillaje escurrido por todo el rostro.

Llegábamos tarde a la ceremonia y Evelyn se descontroló, pasando pañuelos descartables y haciendo que sus maquillistas retocaran el maquillaje de todas.

Arregló a mamá y la obligó a que tomara asiento antes que comenzara la ceremonia. Mi madre puso resistencia y no se quiso apartar de mi lado, pero finalmente se fue, no sin antes darme un beso en la mejilla y decir que me amaba.

Mirna y Dulce también ocuparon sus lugares, dejándome con mis damas de honor y con la pequeña a la que quería como una hija.

—Este lugar es increíble —dijo Shio viendo el espacioso vestíbulo en el que nos encontrábamos. Todo estaba combinado con la piedra y la madera de la fachada. El amueblado era acogedor y de buen gusto. El lugar era tan grande que bien pudimos haber hecho la boda y la recepción sólo en ese espacio.

Parecía demasiado lujoso, tuvo que costarle una pequeña parte de su fortuna a Adam.

Había dos amplios caminos de gradas de piedra que daban a un segundo piso, en donde Evelyn me dijo que tenían habitaciones. Era bello y perfecto, pero todavía no alcanzaba a ver los jardines o el patio en donde se haría la boda, aunque con el interior yo ya me encontraba fascinada. Incluso había arte de buen gusto en las paredes; reconocí algunas obras y algunos artistas famosos que decoraban el vestíbulo.

—Muy bien todos —gritó Evelyn aplaudiendo, su voz hizo eco—. Quiero que las damas de honor hagan una fila frente a esta puerta y esperen por su pareja —señaló la puerta en cuestión—. Avancen cuando la música comience, recuerden los pasos que ensayamos en la tarde. Nicole entra primero lanzando los pétalos de flores, luego las damas, en orden. Por último Anna y su papá…

Justo cuando lo mencionaron, el susodicho apareció detrás de Evelyn, usando un traje negro y una corbata gris que combinaba con sus ojos. Se detuvo cuando me vio, y si pudiera adivinar, diría que parecía querer llorar justo en ese momento.

Evelyn siguió hablando pero yo dejé de escucharla cuando papá se acercó casi al borde de las lágrimas.

—No me digas que tú también vas a llorar —murmuré con voz ronca—, ya vi demasiadas lágrimas como para ser saludable.

Él no dijo nada pero se apresuró a abrazarme, estrechándome con fuerza.

—Te vez increíblemente hermosa—susurró en mi oído. Se separó un poco para verme a la cara y luego besó mis mejillas—. Ese hijo de puta es un afortunado por tenerte.

Rodé los ojos y evité hacer otra cosa que no fuera concentrarme en su rostro, o me pondría a llorar sin ningún control.

—No puedo creer que mi pequeña se casa hoy —dijo él después de unos segundos—. Si ese degenerado te hace algo sólo tienes que decirme y yo le rompo la cara.

—De acuerdo. Yo te aviso si el degenerado hace un movimiento en falso.

—Oh, y otra cosa más… Voy a golpearlo si veo algún tipo de contacto con la lengua mientras se den el beso oficial de casados.

—¡Papá!

—Solo estoy advirtiendo.

Ambos seguíamos tan compenetrados en la conversación, que no escuchamos a Evelyn llamándonos.

—Ya informé a los invitados para que se sentaran —gritó ella—, y los músicos ya comenzaron a tocar para que las damas hagan su entrada. Afuera de esa puerta estarán sus parejas para acompañarlas hacia al frente. Recuerden los pasos… luzcan felices y por favor que nadie vaya a vomitar.

Una por una, mis damas de honor atravesaron la puerta, Evelyn les iba a dando a cada una un pequeño ramo de flores que combinaba con sus vestidos verdes primaverales. Cuando todas salieron, unos minutos después, ella se volteó hacia mí.

—Anna, es hora. Te toca salir.

Miré hacia la puerta, viendo cómo las chicas desaparecían ante mis ojos. Era mi turno.

Las mariposas en mi estomago crecieron y se agitaron. Tuve ganas de vomitar una vez más.

Toda esa gente… viéndome. Probablemente tropezaría y haría el ridículo.

Papá me extendió su brazo y dejó que lo tomara con tranquilidad.

Sujeté mi ramo de flores (y pastelito azul) muy fuertemente, ocultando el leve temblor de mis manos y mis rodillas.

—No me importa lo que digan —dijo papá mientras caminábamos hacia la puerta—, eres mi pequeña y siempre lo serás. Y ahora respira, tranquila, te estás poniendo blanca como papel.

Besó mi mejilla y nos detuvimos un momento en el marco antes de dar cualquier paso.

—Espera ahí —susurró él. Sus manos fueron a mi cabello, más específicamente a mi velo, y lo acomodó frente a mis hombros—. Listo. Ahora vamos a que ese hijo de lujuria siente cabeza de una buena vez.

Abrió la puerta para mí, y finalmente tuve un vistazo del lugar en el que me iba a casar.

Mi boca se abrió levemente. Todo el aire que estaba reteniendo se expulsó de repente. No sabía dónde mirar primero.

Mis ojos estaban puestos en la alfombra de pétalos blancos en el suelo, luego se desviaron hacia las rosas color rosado antiguo que cubrían todo el jardín. Había flores de todos los estilos, por todas partes; pérgolas de color blanco marcaban el área por la que se suponía debía caminar. Las sillas de los invitados tenían pequeñas cintas amarradas en el respaldar, una del mismo tono que la que yo tenía en mi vestido. Pero lo más impactante fue el pequeño kiosko que formaba el altar. Desde donde estaba podía observar claramente cómo colgaban lirios y rosas del techo, cubriendo toda la superficie; donde sea que mirara, el blanco y el rosa salmón dominaban.

Era hermoso.

Y más porque cierto chico de ojos verdes me esperaba al final.

Él no despegaba la vista de mi rostro, incluso irguió su postura y su boca se abrió ligeramente al verme. Yo no pude despegar mi mirada de la suya, él se veía apuesto en su traje de color negro con una sola rosa blanca adornando su bolsillo delantero. Sonreí sin pensarlo, y los miedos y nervios se disiparon milagrosamente de mi mente.

Detrás de él se encontraba un hombre vestido con lo que parecía una túnica de color celeste tradicional y un pequeño libro negro en su mano.

Más allá de ellos, y del kiosko de madera, había un grupo de músicos tocando la guitarra y cantando lo que parecía una versión acústica de una canción que nunca había escuchado. Las voces de los chicos sonaban melodiosas y suaves mientras caminaba hacia el altar, me entretuve escuchando la letra y sonriendo con todas las partes.

Es asombroso cómo
le sabes hablar a mi corazón.
Sin decir una palabra
puedes iluminar la oscuridad
Por mucho que lo intente,
nunca podría explicar
lo que oigo aun cuando
no dices nada…

La sonrisa de tu cara
me dice que me necesitas
La sinceridad de tus ojos,
dice que nunca me dejarás
La fuerza de tu mano

me dice que me agarrarás
siempre que me caiga...

Sonreí demasiado fuerte y me aferré al brazo de papá cuando comenzamos a dar el primer paso.

El lugar estaba lleno. Había personas a las que no había visto en más de diez años. Tíos, primos, e incluso la abuela Rose (aunque ella no era mi persona favorita en el mundo), se encontraban ocupando cada asiento, tomando fotos o simplemente sonriendo cuando pasaba junto a ellos.

Podía ver cómo mis damas de honor fueron escoltadas por amigos de Adam y cada una tomaba su lugar a los costados del kiosko improvisado como altar.

No pude evitar soltar un par de lágrimas mientras observaba la pasión que salía de los ojos de Adam. Todo era de ensueño, bello y sencillo, tal como quería.

Lloré un poco más al escuchar partes de la canción que me recordaban a mi chico de cabello negro. Mi maquillaje estaba arruinado.

—¿Anna? ¿Estás bien? —susurró papá, obligándome a detenerme en medio del camino de pétalos de rosas y césped—. Lo estás pensando mejor, ¿verdad? Ya no te quieres casar. Vamos, tengo un contacto que nos espera en la entrada. Él te puede llevar cerca de la frontera de Guatemala en tan solo un parpadeo.

—¿Qué…? No, no es eso. Lloro sencillamente de felicidad.

La gente pronto comenzó a notar que yo no me estaba moviendo y empezaron a murmurar en voz baja.

—Bien, espero que sea sólo por eso. Nunca, jamás, volveré a admitir esto, pero, él te hace feliz. Y una persona que te hace feliz no puede ser tan mala como su apariencia de lujurioso lo indica —susurró para que sólo yo lo oyera.

Miré a papá fijamente, sorprendida porque de su boca salieran esas palabras.

—Pensé que tenías un contacto esperando por mí, ¿ahora, de verdad, quieres que me case?

Él suspiró y me obligó a dar un paso al frente, luego otro y otro.

—Tengo que dejar ir a mi pequeña para que se convierta en toda un mujer.

—Vaya, sí que has avanzado notablemente.

—Y tú también. Ya casi llegamos —sonrió. Podía ver las lágrimas que se acumulaban detrás de sus ojos.

Dirigí la mirada hacia el frente y ciertamente estaba cada vez a poca distancia de Adam. Se podía decir que estaba a cinco pasos de casarme con este hombre.

Mi mano viajó a mi vientre, pensando en que también tendría sus bebés. Él era mi debilidad.

Finalmente los pasos se convirtieron en cero y me encontraba antes unas cuantas gradas por subir; la música seguía sonando como un suave fondo de acompañamiento. Tenía ganas de llorar de nuevo pero me controlé.

Papá lentamente fue soltando su mano de mi brazo y me dio un último beso antes de entregarme a los brazos de Adam.

Sostuve su mano con fuerza, no queriendo soltarlo. Había un nido de mariposas creciendo en mi vientre, a punto de liberarse y saltar.

—Luce usted hermosa, futura Sra. Walker —murmuró él en voz baja contra mi oído—. No sabes lo mucho que esperé ver este día. Casi el mismo tiempo que esperé ver tu ropa interior negra.

—No me hagas sonrojar —le di un golpecito en el hombro.

Él inclinó su rostro y con una mano retiró el velo que caía por uno de mis costados y lo acomodó por detrás de mi hombro.

—Tu familia me va a matar después de esto pero… es algo que tengo que hacer.

Entonces me tomó de la nuca y sus labios descendieron a los míos. Su beso no fue dulce o gentil, fue urgido y apasionado.

Instintivamente llevé mis manos a su cuello, casi botando el ramo de flores.

Fue hasta que escuché aplausos y silbidos que logramos separarnos.

Mi lápiz labial de color coral ahora se encontraba también en su boca. Sonreí al verlo.

—Caminemos antes que tu padre me destroce la cara por haberte besado antes del sí acepto.

Avanzamos y nos detuvimos frente al hombre de túnica que nos iba a casar. No tenía idea de quién era pero no dejaba de sonreírnos y de asentir con la cabeza.

Noté que tomaba impulso para hablar, pero Adam lo detuvo con una señal de su mano. Él se giró hacia los invitados e hizo señas a sus padrinos para que se acercaran.

Todos se movieron con precisión, al igual que mis damas de honor, como si ya hubieran ensayado sus movimientos desde antes.

Ellos rodearon el kiosko y empezaron a desatar unas cintas de seda que se encontraban atadas a los costados, y dejaron caer una tela alrededor de todo el lugar.

Quedamos completamente envueltos, la tela que rodeaba las pérgolas y las mallas ahora se encontraban ocultándonos de la vista de los invitados, los músicos y hasta de los mismos padrinos y madrinas de boda.

Por donde sea que volteara, todo estaba bien cubierto. Nadie podía vernos y no podía ver a nadie.

—¿Qué…? ¿Qué estamos haciendo? —pregunté, confundida a la décima potencia.

—No quiero que nadie nos interrumpa en un momento como este. Además de eso nos saltaremos la parte de “si hay alguien que se opone” y toda esa mierda que no necesitamos justo ahora.

—Pero… ¿qué va a hacer toda esa gente que vino a vernos?

—Nos verán, claro —señaló a su izquierda y miré a un chico de cabello naranja colocar una cámara de video en una base—. Van a grabarnos en vivo. No se van a perder de nada.

—¿Entonces por qué…?

Me silenció con un beso y me estrechó lo más cerca que pudo con mi barriga en medio de los dos.

—No quiero que nada salga mal, que nadie se entrometa. Si quieren vernos, solo tienen que levantar la vista a una pantalla gigante que está a su alcance, pero nada más.

Me sonrió antes de devorarme la boca de nuevo.

Una garganta aclarándose fue lo único que me trajo de vuelta al presente.

Ni siquiera habíamos dicho los votos pero yo ya estaba bizca por el beso.

Bienvenido a la boda, Bambi.

Me separé con dificultad y observé todo a nuestro alrededor.

Sinceramente se sentía como nuestro espacio íntimo para pronunciar los votos. Me encantó. Me hizo sentir menos nerviosa.

—Mi papá de verdad te va a llevar a la cárcel por esto —dije viendo su boca. Adam en un traje negro… era la cosa más deliciosa que mis ojos hubieran visto.

—Entonces que así sea.

Mis ojos se desviaron por un momento hacia el techo, y lo que vi me dejó sin aliento una vez más. Había cientos de rosas y lirios con todo y sus hojas y sus tallos que colgaban a unos cuantos metros de nosotros. Era hermoso. Como si alguien hubiera plantado un jardín en el cielo falso.

—Comencemos o sino el rabino greco-ortodoxo que contrató Evelyn nos va a fulminar —susurró Adam, acomodándose la chaqueta de su traje.

—¿Greco-ortodoxo? —pregunté. Él negó con la cabeza e indicó al… ¿rabino? para que continuara con la ceremonia.

El hombre con la túnica azul se aclaró la garganta y pronunció unas palabras en hebreo para luego cambiar a nuestro idioma.

Desde donde estábamos podía escuchar la conmoción de los invitados que se susurraban cosas y que parecían tratar de calmar a mi papá.

No le presté atención y centré mi mirada en Adam.

—Este día es un día de celebración, de amor y de nuevos comienzos. Este es el día en el que ésta joven pareja decidió dejar de tomar rumbos separados y unir sus caminos para ser una sola carne, un solo matrimonio y una sola familia…

Él ¿rabino? continuó con su discurso sobre la institución familiar y sobre lo que la iglesia opinaba acerca que el hombre no debía estar solo. Sonaba motivador cuando habló de los problemas a los que una pareja de recién casados se enfrentan, y sin darnos cuenta llegó a la parte importante de los votos.

Mis nervios regresaron otra vez.

Adam acarició mi mejilla antes que el hombre en túnica siguiera hablando.

—No te pongas nerviosa —susurró en mi oído—. Solo estamos tú y yo aquí.

Besó lentamente mi cuello y sus labios pasaron a mi mentón antes de apartarse.

Asentí, dándome valor y sonreí de vuelta.

—Muy bien. Repite después de mí —dijo el rabino en dirección a Adam—. Yo, Adam Tadeus Walker, te tomo a ti, Annabelle Green, como mi futura esposa…

Adam repitió exactamente esas palabras.

—Mi futura amante… —prosiguió el hombre.

—Mi futura amante…

—Mi futura compañera de vida…

—Mi futura compañera de vida.

—En este largo camino que quiero recorrer junto a ti.

—En este largo camino en el que seguro me equivocaré más de una vez —continuó Adam por su cuenta. Sostenía entre sus dedos un anillo de platino con pequeños diamantes—. Pero aunque cometa cientos de errores, y diga cientos de chistes malos, prometo hacerte la mujer más feliz. A ti y a nuestros hijos, los que vengan. Prometo honrarte en la salud y en la enfermedad. Cuidaré de ti en todo momento, anteponiendo mis necesidades por complacer las tuyas. Y…

Hice un puchero.

Él rodó los ojos.

—Y prometo también cuidar de tus libros —continuó— los buenos y los malos. Los nuevos y los más gastados. Procurando tratarlos con respeto y veneración… y jamás intentar meter de nuevo uno entre mis pantalones, o bromear sobre lo irracional que es enamorarte de un chico que vive entre páginas. O hacer cualquier intento de broma con respecto a ese libro erótico que tanto te gusta… aprendí mi lección la primera vez, muchas gracias. Todo esto, hasta que el sueño eterno nos separe.

Sonreí con aprobación y algo de vergüenza, asintiendo con la cabeza cuando terminó.

Puso el anillo en mi dedo, y me besó tiernamente en los labios.

El rabino tosió para nada disimuladamente.

Sonreí y me aparté de Adam antes de atraerlo para otro beso.

—Ahora Anna, con el anillo en tu mano, repite después de mí…

Mis ojos cayeron al dedo de Adam, en donde todavía tenía una bandita tapando su anillo tatuado. ¿Cómo pensaba simbolizar el dárselo?

—Solo retira la bandita —susurró él con clara diversión en su rostro.

Tomé una de las esquinas de la bandita de su dedo y comencé a levantar un poco el material.

—Yo, Annabelle Green…

—Yo, Annabelle Green…

— Te tomo a ti, Adam Tadeus Walker, como mi futuro esposo…

—Te tomo a ti, Adam Tadeus Walker, como mi futuro esposo… mi futuro amante, mi futuro compañero de vida —El rabino me instó a proseguir por mi cuenta. Y así pensé hacer mientras miraba a Adam a los ojos—: Mi futuro dolor de cabeza y el futuro padre de mis hijos. Prometo cuidar de no enojarme por tus locuras, o por tus chistes que nunca logro entender con facilidad. Cuidaré de tu hermoso cuerpo en la salud y en la enfermedad, procurando alejar a las moscas que quieran interponerse en nuestro camino y hacernos separar. Prometo ante… esta cámara y la gente que nos está viendo a través de una pantalla, amarte en la riqueza y en la pobreza. Todo esto hasta que el sueño eterno nos reclame y nos separe.

Él sonrió, de acuerdo con mis palabras.

Finalmente, y con mucha curiosidad, quité la bandita de su dedo para ver lo que se había hecho como anillo.

Mi boca se abrió ligeramente y mis ojos se empañaron con lágrimas.

—No puedo creer que hicieras esto —murmuré.

—Por ti nena, quemaría el mundo entero —susurró llevando sus labios a los míos.

Y yo de verdad creía que así podría ser si se lo proponía.

Su tatuaje de anillo llevaba mi nombre en letra cursiva y artísticamente diseñada.

“Anna”, se leía en grande y con claridad.

—¡Te tatuaste mi nombre!

—Y no solo eso —dijo él misteriosamente. Dio vuelta a su dedo para que leyera la frase que se enrollaba alrededor de éste, la que se había tatuado también en conjunto: “Propiedad de…” que se unía perfectamente con el “Anna” de la parte frontal de su dedo.

—Es hermoso —susurré—. ¿Qué pasó con Bambi?

—Lamentablemente no tengo dedos anormalmente enormes, por lo que la frase no cabía por completo.

Se encogió de hombros.

—Es lo de menos. Igual me encanta —le aseguré.

El hombre de la túnica azul volvió a carraspear su garganta como por enésima vez, y sonrió cuando finalmente le prestamos atención.

—Bien. Por el poder que me declara el patrimonio greco-ortodoxo, y con el cual he sido bendecido desde los mismísimos y sacrosantos cielos, los declaro marido y mujer. Ahora sí, por favor señor Walker, bese a su esposa.

No tuvo que decir más porque Adam ya se había apresurado a tomarme del cuello y a encontrar la distancia perfecta entre mi barriga para besarme a su gusto. Llevó una de sus manos a mi vientre y le dio un apretón a mi estómago. Estuve tan perdida en ese beso, que no noté cuando corrieron las cortinas de seda blanca y la gente comenzó a aplaudir con entusiasmo.

Nos separamos y sonreímos estúpidamente y nos tomamos de la mano, como esposos.

Un pequeño ataque de pánico hizo que mi corazón se acelerara el doble con solo pensar que yo era la esposa de este hombre. Yo era la esposa de alguien. Yo era la esposa de Adam.**10**

Los nervios me atacaron y no pude evitar presionar más fuerte contra su mano. No podía parar de repetir mentalmente que yo era su esposa.

—¿Estás bien, nena?

—Creo que estoy a punto de desmayarme… o vomitar. O desmayarme y vomitar.

—Tranquila —dio un beso en mi frente—. Ahora viene la mejor parte.

—¿Entonces? —pregunté— ¿Ya estamos casados?

—Eso creo… a menos que el sacerdote, cura o pastor que contrató Evelyn no sea legal. De cualquier forma, tú y yo somos esposos ahora… le guste a quien le guste.

Besó mi mano y luego procedió a acariciar mi vientre con la yema de sus dedos. Seguidamente su mano se trasladó a mi espalda descubierta y la tocó a su antojo.

—Amor —susurró cerca de mi oído, haciéndome cosquillas cuando sus labios chocaban contra mi oreja—, este vestido enseña demasiado. No quiero que otro esté… morboseandote.

—¿Morboseandome? ¿Esa es una palabra real?

—Lo es para mí. Si alguien se entusiasma demasiado mientras te abraza, solo dime y me encargo de que no utilice esas manos por al menos dos años.

Me reí en voz alta.

—Nadie va a morbosearme mientras tenga esta barriga por delante. Tranquilízate.

—Oh, créeme. Ahora hay de pervertido en pervertido…

Me tomó posesivamente de la cadera y sonrió cuando comenzamos a movernos.

Las damas de honor y sus parejas ya estaban formando una fila para abandonar el jardín, dirigiéndose hacia el lugar contiguo a donde nos encontrábamos.

Por mi parte yo no quería abandonar este sitio, todo era hermoso y no era justo dejar ese precioso altar con flores en el techo. Quería quedarme pero no sabía a dónde nos iríamos después.

Adam me ayudó a bajar los pocos escalones frente a nosotros y me tomó del brazo para caminar conmigo, dejándose arrastrar por familiares que desde ya querían saludarnos.

Se miraba atractivo y poderoso en su traje negro y su chaleco a juego. No, la palabra correcta era comestible. Él se miraba comestible… besable, abrazable, adorable… y todas esas otras cosas pecaminosas que terminaban en able.

No había duda, todo hombre debería vestirse al menos una vez en la vida con buen traje hecho a la medida. No sabía si era solo yo, pero ellos se miraban más apetecibles vestidos de forma elegante que viéndose informales.

Mamá fue la primera en llegar corriendo desde el público, lanzándose a mis brazos para llorar como niña pequeña. Papá estaba detrás de ella, acariciando su espalda. Después de unos segundos él también se unió al abrazo y a los sollozos de mamá.

Pronto sentí unas manitos tocándome por la espalda, abrazando mis piernas. Al bajar la vista noté que era la pequeña Nicole.

Alguien más se unió al abrazo. Esta vez lo sentí desde el fondo, era Adam.

—No sabía que esto era un abrazo grupal —dijo él con entusiasmo.

De alguna manera, conté varias cabezas uniéndose paulatinamente al abrazo. Entre ellos estaban mis amigos y la abuela de Adam. No sabía cómo, pero el grupo fue en aumento.

Llegó un momento en el que comencé a sofocarme por falta de aire.

—Oigan —murmuré, la mitad de boca estaba aplastada contra el hombro de mamá—. No puedo respirar bien.

Inmediatamente Adam comenzó a separar gente, a quitar a papá y a mamá de mi hombro, y a ponerse frente a mí.

—Muy bien todos. Todo fue muy romántico y eso pero… no dejan respirar a Anna y al pequeño Noah. Apártense.

Me sonrojé horriblemente cuando mencionó al bebé Noah. Hoy era el día en el que finalmente le revelaría todo; ya me sentía cansada de ocultárselo en primer lugar.

El abrazo grupal se fue diluyendo y comenzaron los abrazos individuales.

Mis mejillas fueron más besadas que las mejillas del papa. Hubo varios que depositaron sobres blancos en mis manos; Adam también estaba lleno de ellos. Me imaginé que eran o felicitaciones, o dinero. No sabía qué hacer con ellos.

Evelyn había contratado a una joven fotógrafa que no desaprovechaba el momento para fotografiar todo el suceso. Alguien apartó a Adam de mi lado, y ella lo siguió como fiel mascota.

Tendría que hablar con ella más tarde. No podía ir detrás de mi marido cada vez que le diera la gana.

Oh, ahora lo llamaba “mi marido”.

Me sonrojé nuevamente.

—¡No puedo creerlo! Todo fue tan romántico —dijo alguien a lo lejos, apartándome de mis pensamientos distractores. Había tanta gente rodeándonos que al principio no pude distinguir muy bien la voz.

Poco a poco una mata de pelo anaranjado se hizo paso entre la gente que me felicitaba, contoneando sus caderas y sonriendo coquetamente a su alrededor, enseñando sus pechos en el grosero y vulgar vestido que usaba.

Se detuvo frente a mí y me tiró a su encuentro para un abrazo, abrazo que yo no le devolví con mucho entusiasmo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, sonando estupefacta.

—¿Acaso ya no puedo saludarte, prima?

—Creí escuchar que ya no vendrías, que no te interesaba asomarte a la boda.

Se separó y se encogió de hombros, apartándose un poco el flequillo de la cara. Sus rizos naranja caían libremente detrás de sus hombros. Lucía, para mi pesar, muy hermosa.

—Somos familia. No podía faltar, pero no creas, si no venía probablemente mis padres me hubieran asesinado. Creen que tú y yo hacemos las paces.

Me abrazó una vez más sonriendo en dirección a mis tíos que estaban bebiendo alcohol en una esquina, junto a un seto con flores.

—Bien. Ya terminaste, ahora sería bueno que te retiraras —murmuré armándome de valor.

—No puedo —dijo sonriendo hipócritamente—, hay barra libre para el alcohol y ya encontré a alguien con quien pasar el rato en una de las habitaciones. Por cierto, muy bonito todo, un poco cursi, pero muy bonito.

Antes que ella pudiera decir una palabra más, un brazo ya se estaba enrollando sobre mi cintura.

—Marie —habló Adam muy secamente. Asintió con la cabeza para lucir educado, pero en sus ojos se podía ver lo enojado que estaba—. Creo que invitamos únicamente a gente deseable y eso no te incluye.

—Adam —le guiñó un ojo—. Bonita… fiesta. Y si mal no recuerdo, yo solía ser deseable para ti hace mucho tiempo. Deseable en la cama, en los muebles de la cocina, el comedor...

Sus ojos azules bajaron hacia el anillo tatuado en el dedo de Adam.

Carraspeó su garganta y se enfocó en sonreírnos de manera sobreactuada.

—Incluso recuerdo… —continuó— recuerdo que eras impulsivo. Te gusta tatuarte lo que sea que identifique a tu nueva novia de turno. ¿Qué le pasó a mi tatuaje? ¿Lo cubriste? Lo cierto es que no importa cuánto intentes tapar una cosa, siempre queda el recuerdo de lo que originalmente fue.

—Si pudiera, me habría quemado la piel para eliminarlo —respondió él con los dientes apretados—. Ahora, si terminaste con tu cizaña, tengo que llevarme a mi esposa a otro lado.

Marie hizo un gesto despreocupado.

—Llévatela, no importa, tengo a alguien con quien pasar el rato mientras tú y Anna juegan a la casita. Oh, antes de que lo olvide, Anna, Mason pasó el otro día por mi casa. Te deja saludos y te desea recordar que él siempre estará vigilándote muy de cerca.

Me guiñó un ojo y luego se echó a reír.

Noté a Adam listo para golpear algunas quijadas, pero se mantuvo estoico y se abstuvo de soltar la ira que lo envolvía como neblina.

—Lo siento —dijo Marie después de un rato—, fue divertidísimo ver tu reacción. No he visto a ese perdedor desde hace unos meses. Me contaron que te hizo una visita y que no te lo tomaste muy bien.

—Marie —dijo Adam—, vete a comer mierda… Ah, y no vuelvas a hablar con Anna, ni siquiera parpadees en su dirección.

Adam me tomó de la mano y me llevó casi a rastras fuera del radar de mi prima, dejándola con la palabra en la boca.

Cuando volteé hacia atrás para ver a Marie una vez más, ella se estaba riendo.

Adam me llevó siempre por el camino de grava en el jardín, conduciéndome hacia un gran patio donde había carpas por todos lados. Se colocaron mesas decoradas de manera elegante, y sillas que combinaban con el moño de mi vestido y con el traje de las damas de honor. Había una improvisada pista de baile con vista a un lago artificial, y la banda de chicos que cantó más temprano para nosotros en la ceremonia ahora nos deleitaban con música más conocida.

—Adam, más despacio —me quejé cuando noté que él no reducía la velocidad.

Se detuvo abruptamente y bajó la vista hacia su mano, en donde sus dedos se aferraban a mi muñeca, apretándola con fuerza y haciéndome un leve daño.

Me soltó inmediatamente y comenzó a suspirar demasiado fuerte.

—Lo siento, nena. Lo lamento demasiado —se disculpó—; es que Marie me saca de quicio. La noté entre el público y…

—¿Y mandaste a envolver todo el altar para que ella no interrumpiera?

Él me miró, sorprendido de haber acertado con facilidad.

Ahora la que suspiraba era yo. Pasé una mano sobre mi estómago y me rasqué la ligera comezón que sentía cerca de mi ombligo.

—Adam… —comencé, pero él me interrumpió.

—Yo no la invité. Jamás hubiera deseado que estuviera aquí, pretendiendo ser alguien que no es y amargando un día tan especial como este.

Llevé una mano a sus labios, deteniendo el flujo de palabras que sabía estaban por venir.

—No pienses más en ella. Estamos aquí, solo disfruta y no sientas remordimientos. Te amo, no dejes que nos amargue la noche.

Pegó su frente con la mía.

—Y yo te amo a ti. Solo me sentí molesto con ella; no merecías pasar un mal rato. Pero se acabó, no la mencionaré jamás.

Su nariz jugó con la mía por un momento antes de robar un pequeño beso de mis labios.

—Además, te tengo una sorpresa —le dije, recordando la pequeña tarjeta que escondí con mamá y que contenía todas las ecografías que tomé de las gemelas. Probablemente Adam se desmayaría pero no importaba porque al fin saldría de ese secreto. Hoy le diría que esperábamos niñas y que ahora él cuidaría celosamente de ellas así como cuidaba de mí.

—Estoy ansioso por ver mi sorpresa. Y sería mejor si dicha sorpresa estuviera envuelta en encaje y en algo realmente pequeño para cuando vayamos a nuestra luna de miel.

Me separé un poco para ver directo a su cara.

—¿Entonces sí vamos a tener una luna de miel?

Su sonrisa se ensanchó y se volvió arrogante.

—Por supuesto. Ni loco desaprovecho ocho días enteros solo los dos.

¿Ocho días? Podrían pasar cien y no sería suficiente, hasta lo secuestraría por más tiempo.

La gente de servicio, que vestía de blanco y negro, se encontraba moviéndose entre las mesas, cargando bandejas y llenando vasos con agua o vino. La mayoría de invitados había tomado asiento, algunos comentando lo bello de la decoración y del inmenso lugar que se morían de ganas por conocer.

Todo lucía hermoso. Decorado a la perfección.

—¿Te gustó lo que hizo nuestra psicópata organizadora de bodas? —preguntó Adam en un tono meloso, dejando el asunto de Marie en el olvido.

Asentí con la cabeza, aun divagando sobre lo que miraba a mi alrededor.

—Aun no has visto lo más loco.

Señaló una esquina que no había notado cuando entramos.

Había gente rodeando lo que sea que estuviera allí.

—¿Qué es? —pregunté. Pero Adam se limitó a tomarme de la mano y llevarme directamente al lugar.

Mis ojos no podían creer lo que estaba viendo mientras nos abrimos paso entre los invitados que no dejaban de tomar fotos con su celular.

¿Adam estaba bromeando?

—¿Estás bromeando? —articulé.

—No, mira de cerca.

Abrí y cerré la boca. De verdad, ¿bromeaba?

—Me pareció increíble incluirlos —dijo besando mi cabeza.

Había cerca de siete venados bebés en un pequeño corral; todos eran de color caramelo con manchas café, y se veían pequeños y frágiles, como si acabaran de nacer. La mayoría de ellos estaban recostados en sus patas delanteras, apoyando la cabeza sobre el suave pasto verde.

—¿Trajiste venados a la boda? —pregunté, incrédula.

—Corrección: traje Bambis a la boda.

—¿Aun sabiendo que a Evelyn probablemente le daría un ataque nervioso?

—Lo hice por ti, no por ella.

—¿Lo hiciste por mí?

—Claro.

Comencé a reír repentinamente. La gente seguro pensaría que estábamos locos. Tal vez sí lo estábamos.

—Nena, ¡míralos! Tú tienes la mirada de aquel —señaló uno en especial que no dejaba de dar vueltas y de retroceder tímidamente de las personas que se le acercaban. Era adorable.

—¡Yo no miro de esa forma! —me defendí— ¿Desde cuándo nos volvimos locos por Bambi?

Reí un poco más, sin poder creer que él hubiera hecho algo como eso sin darle una buena batalla a Evelyn.

—No tengo idea. Tú me contagiaste seguramente.

—Yo no te contagié con nada, mentiroso.

Él rió conmigo.

—¿Observaste al que te dije? —asentí y él me tomó de la mano—, pues ese mismo venado se llama igual que tú: Annabelle. Lo acabamos de adoptar.

—¿Qué? —mi risa se congeló—, ¿cómo?

—Lo que oíste, Nicole ya se encariñó con él.

—¿Él? ¿Es un “él” y le vas a poner nombre de niña?

—Bien, piensa en otro nombre.

—No tengo que pensar en otro nombre; simplemente no lo vamos a adoptar. ¿Sabes cuántos animales hay en nuestra casa?

—Aggg —gruñó cerca de mi oído—, me encanta cuando dices “nuestra casa”. Repítelo.

Rodé los ojos.

—No cambies de tema, no lo vamos a llevar. ¿No se supone que los venados bebés deben estar cerca de su madre?

—Son huérfanos. Su madre falleció a manos de un tigre.

Hice una mueca.

Adam se encogió dentro del corral que protegía a los animales y se acercó lentamente hacia el más asustado de todos. Lo tomó en sus brazos y, aunque el pequeño se quejó al principio, supo acomodarse a los brazos de Adam.

Y… wow, él se miraba amoroso con el ciervo.

—Es un animal salvaje…

—¿Esto se ve salvaje? —preguntó haciéndole cariñitos al animal—. Es tierno.

—No estoy jugando. Es peligroso tenerlos cerca… además necesitan cuidados especiales y me parece muy triste mantenerlos encerrados en lugar de darles su libertad.

Adam devolvió el venado a su lugar y se sacudió las manos.

—Solo bromeaba. Estos pequeños pertenecen a un refugio. Cuando son mayores y pueden valerse por sí mismos, son llevados al bosque para que puedan seguir haciendo las cosas de venado que suelen hacer.

—Bien. Te creo. De igual forma siempre quiero darle nombre.

—Creo adivinar cuál será… ¿Bambi?

—¿Soy tan predecible?

—Es normal. Ahora vamos, nuestros invitados están deseosos porque nos presenten una vez más como marido, mujer y bebé.

Tomó mi mano con delicadeza y me llevó a la fiesta.



Había más gente de la que podía recordar.

Evelyn se hizo cargo de los sobres que seguían llegando como si fuera una locura de moda, y las bebidas y la música sólo se detuvieron cuando dejaron el micrófono abierto para quien quisiera hablar y expresar algunas palabras para Adam y para mí.

Mamá y papá fueron los primeros en dar inicio al evento tan vergonzoso:

—Anna estaba muy deprimida cuando se enteró que estaba embarazada —comenzó mi madre—, en ese momento él la había abandonado y ella se sentía usada. Recuerdo que no sabíamos qué le estaba causando los malestares y al principio surgieron unas teorías muy raras…

O cuando mi yerno estaba celoso y se inventó que Anna estaba embarazada y, en ese entonces mi ex esposo, lo persiguió con un rifle…

Y no se me olvida la vez que ella lo llevó a mi casa y le di a probar mi poción especial para el amor… dicha poción que estará a la venta en el estacionamiento de afuera. Pregunten por Renata, ella es mi distribuidora…

Papá tampoco se quedó atrás:

—… Y yo le aconsejé a mi princesa que lo pensara bien. Es aún joven y bonita y sé que puede casarse de nuevo… Tengo contactos, Walker, mis ojos están puestos en ti, vagabundo…

Shio también parecía nostálgica:

—Anna sabes que te quiero; y Adam, tienes mi número, por cualquier cosa que quieras, ya sea para presentarme a tu gemelo o a tu doble o a cualquiera con un perfil de facebook decente y nada de esa bazofia de chicos que me pasan enviando invitaciones de juegos como si yo fuera esa clase de chica que pasa pegada a las redes sociales…

Rita fue un poco más normal:

—Los conocí por separado —dijo con una sonrisa amplia—, y desde un principio, cuando Adam comenzó a mostrar los síntomas de amor por Anna, me preocupé. Me preocupé como una amiga se preocupa por otra; creo que hasta lo amenacé con un cuchillo y lo llamé tiburón en más de una ocasión. En ese momento creí que no podían existir personas más diferentes la una de la otra, me pareció imposible verlos juntos… pero supongo que estaba equivocada, porque ahora, al verlos, pienso que nunca podrán haber dos personas que se correspondan tanto como ustedes lo hacen. Y aunque las circunstancias no fueron normales desde un comienzo, les deseo un poco de normalidad en sus vidas. Y como dije al principio: los conocí por separado, ahora me parece inconcebible no verlos juntos. Felicidades a la pareja Walker.

La gente aplaudió y yo estaba al borde de las lágrimas. Nicole también subió al escenario, luciendo tímida y asustada como aquel pequeño venado bebé. Ella sonrió y saludo a todos los presentes, y luego procedió a cantar una canción de su banda de chicos favorita.

Después de eso más personas siguieron pasando, y hasta pude ver a una pequeña cantidad de la familia de Adam ser presentada y deseando lo mejor para nosotros.

Me pregunté si ellos sintieron al menos algo de remordimiento al no darle apoyo a su sobrino. Algunos se mostraron sorprendidos al reconocer a Nicole y al ver su cara con la señal del fuego que una vez la atormentó. Una de sus tías incluso lloró y prometió estar en contacto.

En general su familia era muy seria y enigmática. Los pocos que llegaron se mostraron simpáticos y amables, pero parecían ajenos con el humor del lugar. Tal vez el ver a Adam les traía desagradables recuerdos; recuerdos que querían dejar en el pasado.

Me encontraba tan metida en mis pensamientos que ni siquiera me di cuenta cuando Adam desapareció de mi lado y se detuvieron las palabras con buenos deseos y extrañas canciones que mamá cantó en el escenario.

Empecé a buscarlo entre la multitud de personas, pero me detuve cuando escuché que me llamaban desde el escenario.

Era Key.

—Le pido a la hermosa novia que se ponga de pie para lo siguiente. ¿Alguien podría colocar una silla justo ahí —dijo señalando la mitad de la improvisada pista de baile—. Muy bien, traigan a la novia. Sra. Walker, acérquese por favor, su esposo le tiene una sorpresa.

Sentí unas manos ayudándome a ponerme en pie, y Shio me permitió apoyarme en ella cuando mis pies parecían no reaccionar ante la ansiedad de estar en el centro de atención.

Finalmente tomé asiento en la silla que reservaron frente al escenario y los invitados se levantaron también para ver.

—Damas y caballeros, porque lo pidieron, el novio tiene un baile preparado para su esposa.

Inmediatamente comenzó a sonar por los altavoces una canción ya familiar y conocida.

—No puedo creerlo —murmuré para mí.

Key bajó de su puesto como anfitrión y se acomodó junto a los demás padrinos del novio que hacían una entrada espectacular en medio de la pista de baile.

Todos ellos usaban lentes oscuros y únicamente se encontraban en sus chalecos, dejando de lado la chaqueta de su traje formal.

—¿Van a bailar Moves Like Jagger? —preguntó Rita en mi oído.

Ella me dedicó una sonrisa conocedora. Claro, ella estaba ahí cuando Adam la bailó para mí hace meses atrás, cuando se subió a la mesa del restaurante de Cliff y se comenzó a quitar la ropa para mí.

Mis mejillas se volvieron de tono rosa.

La canción continuó, y los chicos hicieron una formación en V, dejando a Adam al frente. Todos comenzaron a mover las caderas al mismo tiempo, de un lado a otro, perfectamente coreografiados.

—Ay Dios —susurré.

Algunas celulares fueron sacados de sus bolsos para grabar el acto completo y se podía palpar la expectación entre la gente.

Cuando el cantante de Maroon5 empezó a cantar, los chicos comenzaron a desabotonarse el primer botón del chaleco, siempre moviendo sus caderas y luego sus pies; arrancaron varios gritos femeninos y algunos masculinos con ese simple gesto.

Solo llegaron a desabotonarse hasta mitad porque se pusieron a hacer pasos de baile más complicados y coreografiados.

Se agacharon hacia atrás, imitando el efecto Matrix, y luego dieron una sacudida a sus caderas.

No pude evitar reír y aplaudir con los demás que estaban aplaudiendo.

Movían sus caderas y sus codos al mismo tiempo, esta vez hacia adelante y atrás. Luego, sin esperarlo por completo, se quitaron abruptamente los lentes y los mandaron a volar.

Adam me miró seriamente, igual de serio como cuando bailó para mí en aquella mesa.

No pude evitar sonrojarme como siempre hacía.

Entonces vocalizó una parte de la canción, mirando directamente a mis ojos:

Look into my eyes and I own you

Luego hicieron un paso doble y todos simultáneamente movieron sus hombros al ritmo del bajo.

Cuando la canción mencionaba una lengua, ellos sacaban la suya e imitaban lamer un helado. Justo en el coro, sacaron unos sombreros de sus chalecos y se los llevaron a sus cabezas. Todos se miraban realmente apuestos haciendo el baile.**5**

Se movían primero a la izquierda y luego a la derecha cuando la canción mencionaba a Jagger.

Adam se acercó hasta mi silla y en ese momento terminaron de desabotonarse los chalecos; lanzándolos al aire, dando vueltas y haciendo pasos de jazz. Tomaron sus sombreros e hicieron un poco de malabares con ellos, descartándolos en el acto.

No sabía de dónde, pero cada uno cargaba repentinamente una flor en sus manos, moviéndose en fila para entregármela. Adam fue el último en dármela y aprovechar también a tomarme de las manos, haciendo el intento para que yo me pusiera de pie y bailara con él.

Al principio me negué, pero ya lo conocía, iba a ser imposible discutir al respecto.

Me levanté gracias a su ayuda y para mi sorpresa bailé con ellos.

Key se fue por Rita y ella también bailó, mi mamá aprovechó y se movió hacia uno de los amigos de Adam y lo obligó a que la tomara de la cintura. Los otros buscaron a sus respectivas parejas y las incluyeron en la coreografía.

En algún punto la música se detuvo pero rápidamente pasó a otra canción, y luego otra y otra. Todos se encontraban bailando y riendo con ganas, como si la noche no fuera a terminar y el día de mi boda se sintiera eterno.

Todavía no podía creer que Adam encontrara el tiempo y el esfuerzo para dedicarme todo un baile, lo aprecié aun más de lo que ya lo hacía. Se requería de valor para mostrar esa confianza mientras intentas mover solemnemente las caderas al ritmo de la música.**1**

Bailé con él mientras mis piernas me lo permitieron, y justo cuando la canción finalizaba, me di cuenta que este era nuestro primer baile como pareja. Nuestro primer baile como los Walker.

Si alguien viniera del futuro y me dijera que las cosas se iban a poner feas más adelante, lo hubiera seriamente dudado. Pero es bueno siempre dudar y cuestionarse ante tanta felicidad. Y tal vez ese fue mi problema: no quise dudar a tiempo.

[2] Canción original en inglés: When You Say Nothing At All – Ronan Keating.

Capítulo 15

No existen las coincidencias

Las nauseas me tenían hecha un nudo.

Adam debía detener el auto cada quince minutos porque yo no soportaba llegar tan lejos sin antes no haber vaciado mi mareado estómago.

Me sentía mal y la mitad del viaje sorpresa que preparó me la pasé durmiendo... y vomitando. El recorrido duraba unas tres horas en total, aunque con cada parada que tenía que hacer, gracias a mí, tardamos cinco horas en llegar a nuestro destino.

Adam lucía preocupado y no dejaba de tocarme la frente o el estómago para comprobar mis síntomas. Finalmente mis malestares cesaron una hora antes de ver el lugar al que me traía, y de notar la orilla de una hermosa playa frente a mí, mientras entrabamos a un estacionamiento privado de un hermosísimo hotel al que conocía solo gracias a una revista de turismo.

—¡Nuestra luna de miel es en la playa! —grité emocionada.

Como no escuché ninguna respuesta de él, me giré desde mi asiento y lo descubrí examinando mi vientre hinchado a través del espejo retrovisor; su mandíbula estaba tensa y había sudor en su frente.

—Adam... ya me siento mejor.

—Estás pálida —musitó, preocupado.

Sonreí para tranquilizarlo.

—Se me pasaron el mareo y las náuseas. Estoy bien, lo juro. Además mira —señalé un pequeño letrero que indicaba que había un zoológico en el recinto y que el lugar se especializaba en criar tortugas marinas que, según la foto del anuncio, jugaban amigablemente con los niños y era permitido tocarlas—. Yo también quiero jugar con las tortugas.

—No.

—¿No?

—No.

—Pero... ¿por qué?

—Son peligrosas.

—¿Las tortugas son peligrosas?

—Exacto. Y recuerda que estás embarazada; no voy a permitir que te sometas a riesgos innecesarios.

—Miden lo mismo que mi pie. No van a mutar y atacar Tokio, ¿lo sabes?

Pude ver que una pequeña sonrisa se asomaba por la comisura de sus labios.

—Pueden transmitir enfermedades. Es peligroso para tu condición.

—Adam...

—Estuviste vomitando durante casi todo el viaje, definitivamente estoy loco, en primer lugar por no llevarte de regreso a casa y a que te examine un doctor, y en segundo porque sigo exponiéndote a esta locura.

—Si así te sientes más tranquilo podemos buscar un doctor local...

Suspiró, pasando incontrolablemente sus manos por el volante del auto.

—Lo haremos —afirmó—, pero mientras tanto nada de animales y potenciales actividades peligrosas. Debimos haber esperado para tener una luna de miel más segura.

—¿Te das cuenta que me hiciste sentarme en el asiento de atrás del vehículo? Esta luna de miel se ha vuelto segura desde que me obligaste a memorizar todo un folleto de embarazos con alto riesgo.

—Nena... el folleto de seguridad para el bebé lo indica de esa forma.

Él se apresuró a buscar el dichoso folleto en la guantera del auto.

Rodé los ojos mientras Adam se volvía paranoico. Me había enseñado ese folleto al menos unas trescientas veces. ¡Hizo que me lo aprendiera de memoria, cada nota al pie y cada apéndice!

—Parte 4.a, "de no nacidos y viajes en carretera" —citó—: la madre embarazada, y a cierta fecha de concebir, debe evitar, ante todo, ir en la parte delantera del auto en caso de accidentes y choques al viajar en carretera…

—No me digas —murmuré de mala gana mientras miraba por la ventana. El hotel era realmente bonito y tenía su encanto colonial. Era apenas el final de la tarde pero las luces del exterior estaban todas encendidas y poco a poco fui reconociendo el lugar. Había restaurantes a orillas de la playa y el olor de la comida se percibió hasta mi nariz, y como mi estómago se la pasó haciéndome sufrir todo el camino, al parecer ahora se le daba por tener hambre. Me podría comer, sin ningún problema, un burrito de pollo del tamaño de un camello.

Estaba tan concentrada en mis fantasías culinarias que dejé de escuchar a Adam, por lo que ahora me miraba con una sonrisa de suficiencia en los labios.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Tienes hambre?

—Sí, ¿es muy obvio?

—Tu estomago está haciendo ruidos extraños de ballena.

—Seguramente se está comiendo a sí mismo... Deja de darme sermones del folleto y por favor lléname de comida.

No dijo nada más pero guardó el folleto de nuevo a su lugar y buscó un sitio para aparcarnos; finalmente apagó el vehículo en el puesto más cercano a la entrada del hermoso hotel.

—No comas nada pesado… y déjame abrirte la puerta.

Resoplé ruidosamente y me crucé de brazos.

—Claro —murmuré enojada— como activaste el seguro contra niños en la puerta... ahora solo abre por fuera.

Resoplé de nuevo.

—Y no sabes cuánto lo lamenta el protector de mi cámara. Si la puerta no hubiera tenido seguro no habrías vomitado sobre el pobre.

—¡Pensé que era una de esas bolsas ecológicas!

—¡Decía "aquí va la cámara"! Nadie lo hubiera confundido.

—Pues yo lo confundí. ¿Contento? Perdón por vomitar en el estuche de tu cámara.

—A mí no deberías pedirme perdón... a la cámara sí. La dejaste sola y desprotegida.

Me ayudó a abrir mi puerta y yo me cercioré de quitar el estúpido seguro.

Tomé la mano de Adam para apoyarme en él mientras bajaba, e inmediatamente lo lamenté cuando di el primer paso.

Me detuve en seco.

—¿Qué está mal? —preguntó Adam—. Anna...

—Es que... no puedo verme los pies.

Sonreí y abracé mi estómago. Mis niñas estaban creciendo cada vez más grandes.

Adam suspiró a mi lado.

—Casi me da un mini infarto. Pensé que dirías que romperías fuentes.

—¿Qué? Todavía faltan unas semanas para eso, no seas exagerado. Vamos, muero de hambre.

—Bien. Solo no vayas a olvidar las fotos, no las he visto.

Apuntó hacia el vehículo, justo a la par de mi asiento en donde había estado distrayéndome en el camino viendo las fotografías de nuestra boda de hace tres días.

—Uuuh, tienes que ver las imágenes que tomó esa chica, la fotógrafa, cuando hiciste tu baile; definitivamente ella estaba enamorada de ti porque hay diez tomas, únicas y exclusivas, de tu trasero.

—Todas aman un buen trasero.

—Pero solo yo tengo permitido tocar este, ¿entendido?

—Sí, señora. Soy de su propiedad, no lo olvide —me guiñó un ojo y comenzó a bajar nuestras maletas.

Justo en ese momento el viento levantó mi vestido veraniego de color amarillo, unos centímetros más allá de mis muslos. Adam procuró devolverlo a su lugar, no sin antes recorrer con sus manos mis pantorrillas y apretar mi trasero.

—Seee —murmuro cerca de mi oído—, todos aman un buen trasero.

Le dio otro buen apretón seguido de una palmadita y luego me ajustó el vestido.

—Ujum... supongo que ahora estoy disculpada con la cámara, ¿verdad?

Él tomó el mentado aparato, y sin pensarlo, apuntó en mi dirección para tomar una foto.

Como era de modelo instantáneo, la fotografía salió disparada un segundo después.

Adam la observó antes de mostrármela.

—La cámara te perdona —dijo, sonriente.

Yo le regresé la sonrisa y me apresuré a su lado para ver la imagen y de paso agarrar las otras que se desperdigaban por todo el asiento. Pronto nos movimos para registrar nuestra habitación.

Según el folleto informativo que tomé en el área de recepción, el hotel contaba con un spa de lujo y con una piscina techada apta para todo público. Hablaban de paseos por la playa y hacían referencia del zoológico que noté desde que leí aquel cartel.

Había otras actividades de alto riesgo, y tuve que pasarlas de lado porque no eran cosas aptas para una chica embarazada.

Una pelirroja parecida a Evelyn nos saludó en el vestíbulo y aceptó gustosamente la tarjeta de crédito de mi esposo.

Nos ofreció una infinidad de servicios y, al final, nos dio la llave de la suite “luna de miel”.

Un chico en traje de botones nos ayudó con las maletas mientras Adam me sujetaba de la cintura y le daba besitos a mi cuello cuando subimos por el elevador.

—¿Quieres cenar en nuestra habitación o quieres comer algo afuera? ¿A orillas de la playa?

—Mmm… ambas cosas suenan tentadoras, pero digo que comamos en nuestro cuarto. Hoy no tengo ganas de compartirte con nadie. Además, te daré permiso de masajear mis pies.

—De acuerdo… y yo te daré permiso de poner acondicionador a mi cabello —le dio otro besito a mi cuello y no disimuló para nada su gruñido de molestia mientras el pobre botones trataba de hacernos salir del elevador.

Cuando finalmente nos movimos, tomamos el corto pasillo a la izquierda, hasta detenernos rápidamente frente a la última de las tres únicas puertas que había en ese pasillo. El botones se apresuró a dejar nuestras cosas en el suelo y Adam se aseguró de darle una buena propina antes de irse.

Me estrechó en sus brazos luego de asegurar la puerta y de darme un buen apretón.

—Muy bien Sra. Walker, pida lo que quiera en servicio a la habitación mientras yo me doy un baño. Luego quiero ver las fotos de la boda. No me dejaste tocarlas en todo el día.

—Es que salgo fea en varias.

—Más fea de lo que salió Marie con todo ese lustre azul… no lo creo.

Ambos reímos al recordar ese momento: cuando lancé el ramo de flores y mi prima lo ganó. Lastimosamente había olvidado por completo el pastelito azul que Evelyn colocó en el centro; todo el lustre fue a parar a la cara de Marie cuando el ramo se estrelló de frente.

—Y no más feo que el enano que tenías por compañero cuando se ganó el liguero y casi se desmaya —siguió diciendo Adam—. ¿Cuál era su nombre? ¿Gonzalo? ¿Augusto?

—Gustavo. Por cierto, a mi papá se le bajó el azúcar cuando metiste la cabeza bajo el vestido, intentando sacar la liga.

Ambos sabíamos que hizo más que intentar quitar la pequeña liga de encaje con los dientes. Su nariz se había frotado contra una zona que no debería frotarse cuando estabas en público. Frente a mucha gente. Frente a tus padres. Frente a menores de edad.

Lo bueno fue que papá sobrevivió y no se dio cuenta de lo que sucedía.

—El suegro no me dijo nada.

Adam se encogió de hombros mientras procedía a quitarse los zapatos.

—Sabes que te odia y que apenas te tolera.

—Creo que se va a acostumbrar. No te preocupes, nena. Todos terminan amándome tarde o temprano.

Después de decir esto se quitó la camisa, dejando ver cada pedacito de ese delicioso cuerpo; su pecho tatuado, su brazo marcado con tinta.

Me sonrió como un sinvergüenza porque sabía que yo no podía dejar de verlo.

—¿No tenías hambre, preciosa?

—¿Quién?

—Tú, ¿no dijiste que serías capaz de comerte un burrito de pollo del tamaño de un camello?

—¿Qué? Yo no dije eso… en voz alta —me sonrojé.

—Claro que sí lo hiciste. Te escuché a la perfección. Ahora… ¿dónde conseguiremos un burrito de ese tamaño?

Me lanzó su camiseta echa una bola y yo se la regresé con la misma velocidad.

Él rió en voz alta y continuó desabrochándose los pantalones.

—¿Entonces? ¿Prefieres comer o quieres acompañarme con una ducha? Encantado pido servicio al cuarto y pregunto si tienen burritos de pollo…

—¡Basta! No estaba siendo literal cuando lo mencioné.

—De acuerdo… —bajó la vista a sus dedos que seguían con la ardua labor de abrir la bragueta de su pantalón. Pero por alguna razón todavía no se los quitaba.

Empezó a mover sus caderas de forma seductora y casi se me doblan las rodillas al notar su concentración en dicho movimiento.

—No puedo bajar esto, se quedó trabado a mitad de camino. ¿Quieres ayudarme? —preguntó.

Yo aún no decía nada y parecía que tampoco hacía ningún movimiento.

Adam seguía intentando bajar el cierre mientras yo admiraba su concentración.

Un mechón de su cabello negro se detuvo en su frente y se pegó allí gracias a una gota de sudor.

—¿Nena? —él alzó la vista y, sin poder evitarlo, notó mis ojos bizcos.

—¿Eh? —parpadeé varias veces intentando concentrarme, pero no podía apartar la mirada sobre sus dedos.

—Anna, ¿quieres ayudarme o me tengo que duchar con todo y los pantalones puestos?

Al fin regresé a mis cinco sentidos y me ruboricé al ver su sonrisa de sujeto arrogante.

—Lo siento —murmuré y corrí a ayudarlo.

No sentía las manos y mis dedos parecían dedos de pollo. Para tranquilizarme, Adam besó mi frente y con sus brazos rodeó mi barriga.

—¿Por qué estás nerviosa, nena?

—Créeme, no son nervios.

—¿Entonces qué es? Tus dedos están temblando.

Me mordí el labio e hice un mohín.

—Es que…

—Te escucho.

—Es que… si no me controlo soy capaz de saltarte encima y… seguro que me aprovecho de ti durante toda la noche.

Se rió en mi cuello, dejando besitos húmedos en mi clavícula.

—No le veo el problema a eso.

—No lo entiendes —respiré hondo y me olvidé de sus pantalones para besar su pecho—. Tengo deseos de esposarte a la pata de la cama para poder aprovecharme cuantas veces yo quiera y a la hora que me apetezca.

Él rió en voz alta.

—Tengo toda una pequeña pervertida.

—Es tu culpa, me has convertido en esto.

—Bien. Entonces aprovecha y toma lo que quieras.

Extendió sus brazos y me sonrió con malicia.

—¿Estás loco? Obviamente no soy de las que esposan a sus maridos…

—Pero sí de las que se aprovechan. Así que ven, hazme tuyo, Sra. Walker.

Se rió un poco más, seguramente pensando en que yo bromeaba. Pero no. Yo no lo hacía.

—Eres muy guapo —dije para mi pesar, alimentando su ego aún más de lo que era alimentado—. Deberías temer porque quiera secuestrarte.

—Temo porque no quieras hacerlo —contrarrestó.

Entonces sin pensarlo demasiado me lancé a sus brazos y lo tomé de la nuca para bajar su cabeza y que sus labios estuvieran a la altura de los míos.

Lo besé con fuerzas y presioné mi barriga contra su estómago plano.

—¡Ou! Mi pequeña pervertida hablaba en serio —murmuró.

Le zampé un beso en la boca para evitar que siguiera hablando.

Pronto su lengua se asomó y comenzó a jugar con la mía.

Ni siquiera me había dado cuenta cuando mis pies dejaron de tocar el suelo y se encontraban alrededor de sus caderas, moviéndose con voluntad propia. ¡Por Dios! Yo parecía un animal en celo.

—Anna… espera ahí —me detuvo, rechazando mi boca cuando fue en busca de la suya—, recuerda lo que dice el libro para embarazos…

—No es momento para pensar en libros.

—Hace solo unas horas todavía te encontrabas mal.

—Me dijiste que me aprovechara. Pues bien, esta soy yo aprovechándome.

Lo agarré de la nuca y volví a aplastar mis labios contra los suyos, pero fue inútil ya que volvió a apartarme en cuestión de segundos.

—Recuerda no ser muy agresiva. Es peligroso que hagas…

—Cosas arriesgadas, ya lo sé.

Busqué una vez más sus labios pero me apartó.

—Escúchame —susurró—. Iremos lento pero seguro.

Resoplé horriblemente.

—Adam, estás matando el momento.

—¿Sabes qué olvidé? El folleto en el auto, así puedo comprobar las actividades que sí se pueden realizar…

Rodé los ojos y me bajé de sus caderas.

—No me hagas desear de verdad tener unas esposas de metal.

—No te puedo exponer, nena. Tendremos que comportarnos. Soy todo tuyo pero solo si procuramos hacerlo con cuidado.

Y como si estuviera recalcando un punto, una de las gemelas decidió patear en ese momento. Pateó tan fuerte que hasta Adam pudo ver cómo saltó el costado derecho de mi estómago.

Inmediatamente mi espalda comenzó a doler.

Tal vez no fue buena idea lanzarme de esa forma a los brazos de Adam, como si yo tuviera quince y… como si no estuviera cargando el peso de dos personitas en mi estómago.

—¡Ves! A eso me refiero. Tenemos que ir con cuidado —dijo—, con calma.

Suspiré resignada porque él tenía razón.

Cada día se volvía insoportable cargar el peso de los bebés y mis pies hinchados pagaban la cuenta.

Mi cuerpo ya no soportaba que estuviera demasiadas horas de pie, o movimientos bruscos e inesperados.

—Bien, acepto. Pero por favor ya deja de hablar y pasemos a la otra parte en donde me quitas la ropa.

—Eso está mejor.

Pegó su frente contra la mía y comenzó a levantar mi vestido hasta llegar a la cintura.

Se detuvo en cuanto vio mi ropa interior y acarició el borde de mis braguitas.

—Creo que estas no las vamos a necesitar.

Y dicho eso procedió a quitármelas con lentitud, deslizándolas por mis piernas.

Nop. No las necesitamos.

Sus manos subieron y vagaron por donde les dio la gana; sujetando especialmente mi trasero y ahuecándolo entre sus dedos. Sus labios descendieron a mi pecho para dejar más besitos húmedos y para pellizcar mi cuello.

Me hizo levantar las manos para sacar el vestido, y como no llevaba sujetador, se le facilitó el trabajo de llevar uno de mis pechos a su boca.

Mi busto estaba creciendo en gran tamaño y Adam parecía apreciar su sensibilidad y su buen ajuste entre las palmas de su mano.

Me hizo jadear cuando mordió demasiado fuerte entre mi carne.

—Lo siento —murmuró—, se me olvida que hay que controlarnos. Es más difícil de lo que creía.

Su boca siguió lamiendo mis pechos mientras yo echaba la cabeza hacia atrás. Noté vagamente que nos habíamos trasladado a la cama, Adam quedó sentado y yo me encontraba sobre su regazo.

No quería perder ningún segundo así que me apresuré a acomodarme entre sus piernas, pero así como cuando lo besaba, me tomó de las caderas y me prohibió avanzar más.

—Nena, cuidado, ante todo. Recuérdalo.

—Tú y tus cuidados. Por favor, solo déjame disfrutar por un momento.

Negó con la cabeza y sujetó con fuerza mis caderas rebeldes que querían presionarse contra las suyas.

—Espera, Anna…

Pero me moví un poco más para que el sudor de mi cuerpo me ayudara a hacerle resbalar las manos. No funcionó y me frustré inquietamente.

—Con cuidado y lentitud. No te vayas a lastimar. Si te empiezas a sentir mal inmediatamente paramos.

—De acuerdo —murmuré de mala gana—. Iremos lento.

Claro que odié el modo “lento” al que me obligó Adam.

Lo detestaba.

Era tan frustrante que muchas veces quise llorar. Pero si lloraba sabía que él se detendría sin más razón, pensando que me encontraba adolorida o sufriendo.

Después de una lenta sesión caliente en la cama (y otra en el baño), finalmente pudimos pedir servicio a la habitación y quedarnos desnudos sobre las sábanas de tela suave, comiendo pasta a la carbonara, ñoquis aderezados con crema de yogurt y alimentándonos con bolitas de queso y pesto muy deliciosas. Incluso pidió una pizza de frutas para el postre.

El tema era todo italiano, por lo visto.

—Y este eres tú en traje. Te ves muy apuesto —murmuré pasándole la foto en donde él aparecía junto a Key en la recepción. Chupé uno de mis dedos cuando la salsa de los ñoquis goteó en mis manos.

Había fotos de la ceremonia regadas sobre el colchón; también los platos de comida se acumulaban sobre las almohadas y un poco de salsa caía en las brillantes sábanas. A veces Adam me alimentaba, a veces lo alimentaba yo.

Miramos las fotos de cuando decíamos los votos, o cuando Adam me ponía el anillo y me enseñaba el suyo. Claro, fueron tomadas desde el proyector gigante que mandaron a instalar ese mismo día, improvisadamente, pero la calidad era efectiva y precisa.

Incluso había una muy clara de su dedo tatuado y de la leyenda en su “anillo”. Propiedad de Anna.

—Ah, aquí está nuestro primer baile —dijo Adam, levantando la fotografía de cuando bailó para mí y para el resto de los presentes—. Me veo muy sexi con sombrero. Debería dejarme crecer la barba y usar uno.

Su mandíbula se apoyaba en mi hombro desnudo y de vez en cuando daba pequeños besitos a mi cuello, ojeando las imágenes que yo iba pasando.

—¿Ves? ¿Qué te dije de tu trasero? Esa chica tomó cerca de veinte fotos mientras bailabas.

—¿Solo veinte? Yo esperaba unas cincuenta, como mínimo.

—¡Y esto! La foto más fea de todas —ni siquiera quería pasarle dicha imagen para que la viera, pero él se apresuró a quitármela.

Solo la vio y comenzó a reír.

—¡Devuélvemela! Es injusto.

—Te capturó justo cuando ponías los ojos bizcos —se rió aun más alto—. Es hermosa. Yo me quedo con esta.

La llevó fuera de mi vista, poniéndola sobre lo que parecía la mesita de noche.

—Tú tienes las mejores fotos —me quejé viendo una de mis favoritas: Adam sujetando un bebé venado.

—No es cierto. Mira qué guapa te ves aquí, luciendo tan embarazada.

Me señaló la imagen.

Era cierto. Me miraba irreconocible en mi hermoso vestido de novia, con mis seis meses y medio de embarazo, estaba radiante.

—La verdad es que Evelyn superó mis expectativas.

Ella se había despedido de nosotros a la mañana siguiente. No sin antes asegurarle que tendría una participación en la organización y decoración del baby shower. Ella misma me advirtió que no dejara pasar más tiempo para decirle a Adam sobre las gemelas; al menos tenía que hacerlo porque le debía la plena confianza que él me estaba mostrando.

Quería (en serio que quería con todas mis fuerzas) enseñarle las imágenes que la Dra. Bagda me había dado en las últimas revisiones, pero mamá (a quien se las había encomendado para cuidarlas) las perdió.

Me aseguró que las tenía bien guardadas en su bolso; pero que después, cuando se las había pedido esa misma noche, ya no las encontraba. Ella me juró que solo se descuidó un momento en el baño, cuando le pidió a alguien sostenerle el bolso, pero nunca notó que ya no las tenía consigo.

Mi pregunta era: ¿por qué alguien las podía querer? ¿y para qué?

Ahora más que nunca tenía miedo de decirle a Adam sobre el secreto que estuve guardando tan estúpidamente desde el principio. Tal vez esto era una señal para que no le dijera nada.

Era una tonta por no confesarle antes.

—¿Ya no quieres más comida? —me susurró Adam cuando notó que no tocaba los alimentos.

—No, quiero decir sí. Quiero más comida, gracias.

Llevó una pequeña albóndiga a mi boca y la mastiqué con gusto.

—Estás muy pensativa. ¿Sucede algo?

—Solo divagando.

Se puso a alimentarme con más pasta y a darme besitos robados en el cuello.

Como mi espalda me estaba matando, cambié de posición y me senté de lado, para tenerlo cara a cara.

—Si te digo un secreto, ¿no te vas a enojar?

—¿Por qué me enojaría?

—Porque es algo he estado escondiendo desde hace… meses.

—Mmm… no me digas, ¿estás embarazada?

—Sí, ¿cómo lo supiste? —respondí sarcásticamente.

—Porque puedo leerte el pensamiento.

Me guiñó un ojo mientras alcanzaba una rebanada de la pizza de frutas.

Logré agarrar una uva verde antes que se llevara el trozo a la boca.

—¿Qué es, entonces?

—Oh, sí. Es que… yo… —me ahogué con la uva y comencé a toser. Inmediatamente Adam me dio palmaditas en la espalda para que se me pasara—. Yo… —tosí de nuevo y me aclaré la garganta cuando la uva finalmente pasó—, la doctora Bagda me dijo el sexo del bebé.

—¿Qué? ¿En serio?

Su mano se paralizó mientras intentaba tocar mi espalda.

—No te lo dije antes porque no quiero que te desilusiones si no es lo que querías… Además hay otra cosa.

—¿Qué es? ¿Es niño o niña? No, espera. No quiero saberlo. Aunque… ¿hicimos bien en comprarle una cama/cuna de color blanco?

Asentí con la cabeza.

—El blanco es neutral. Claro que no hubiera importado… más cuando son niñas.

—¿Entonces qué es?

—¿Quieres saberlo?

Asintió con la cabeza, de repente interesado en mi estómago.

—Ya te lo dije. Son… Es niña.

Una de mis hijas probablemente iba a odiarme por negarla.

La reacción de Adam fue épica: se quedó inmóvil como estatua y su boca se abrió ligeramente. Parecía como si lo hubiera golpeado hasta dejarlo en blanco.

Ni siquiera parpadeaba.

Me recordaba a los pescados exhibidos en los supermercados: tiesos, con los ojos bien abiertos y la boca sin expresión.

—¿Estás bien? —pregunté después de unos segundos en los que pensé que le había dado catalepsia.

Él no respondió, pero para mi buena suerte comenzó a parpadear.

Me acomodé en la cama durante unos segundos, esperando que regresara en sí, y finalmente lo escuché tragando.

—Estoy jodido —dijo después de un rato.

—¿Y por qué crees eso? —dije, ofendida. Mi corazón latió demasiado rápido.

—Tres chicas viviendo bajo el mismo techo. Me volveré loco. Debería ir cotizando el precio de armas de alto calibre, o empezar a ejercitar más los brazos para echar músculos y dar miedo a cualquier hijo de puta que se atreva a ver a alguna de mis chicas —se pasó una mano por el cabello y la cara—. Tal vez me convenga asociarme a un club de boxeo… especialmente cuando tú ayudes a alguna de las otras dos, Nicole y mi hija, a huir con algún patán sin futuro que quiera tomar sus virginidades…

Al decir esto último su cara se ensombreció y su labio se enrolló en un extraño mohín.

—Estás exagerando. ¡Y me ofendes! Yo jamás dejaría que nuestras hijas salieran con patanes sin futuro…

—Si descubro algo como eso… —me interrumpió. Seguramente ni siquiera escuchó alguna de las palabras que le dije— juro que mataré al desgraciado. Lo mato y no me importa nada. Veré si convenzo a tu padre de ayudarme a darle una paliza al hijo de pu…

—Adam —reí un poco—, tranquilízate. No está sucediendo en la actualidad; relájate.

Le toqué el brazo y esperé a que dejara de morderse el labio.

—Cierto —logró decir mientras suspiraba varias veces—. Tienes razón. De igual forma estoy jodido: tarde o temprano me convertiré en la única persona en este mundo que no quiero ser.

—¿En quién? ¿En tu padre?

—No, en el tuyo. Nena, ¡me pareceré a tu padre! Probablemente pierda el pelo cuando una de mis hijas empiece a tener citas… y eso es muy pronto. Nicole me dijo el otro día que conoció a un niño de su edad mientras la llevaba a clases de ballet. ¡Por eso insisto en educación en casa! Así evitan conocer “chicos” antes del tiempo adecuado. Y no digamos con la que viene en camino… quedaré calvo. Lo sé.

—Creo que estás teniendo un caso de ataque de pánico. Relájate. No pienses en eso. Además, Nicole algún día va a tener que casarse y criar hijos propios…

—¡MIERDA! —lanzó un puño contra la pared—. Soy un sucio irresponsable.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¿Seguimos hablando del mismo tema?

—Anna, nena, ¿estás bien conmigo? ¿Te sientes cómoda? Yo… yo no robé los años de tu juventud, ¿o sí?

—¿Por qué viene esa pregunta?

—Es que… no quiero ni pensar en lo que le haría al chico que embarazara a mi hija de corta edad. ¡Dios mío! Entiendo ahora a tu papá. ¡Entiendo a tu padre! Lo siguiente que pasará es que me volveré ciego como él y dejaré que se case con el patán que la embarazó. Soy un irresponsable…

—¿Quieres detenerte? Claro que no serás igual. Además yo estaré allí para apoyarte y gritarte cuando te estés pasando de sobre protector y celoso con nuestras hijas. Y serás un padre respetado y querido… deja ya el tema. No te pareces a papá en nada.

—Cierto. Mis tatuajes les darán miedo a la mayoría.

—Menos el de Bambi. Ese sí que los hará preguntarse si te lo hicieron como broma mientras estuviste en la cárcel; porque con tanto tatuaje de seguro creen que fuiste a una.

—Será mejor que lo crean.

Suspiró una vez más y sus ojos verdes miraron a los míos con adoración.

—Entonces… —susurró minutos después, acercándome a su cuerpo, ya más calmado. La comida siendo olvidada—: tendremos una niña —corrección: dos. *Vamos Anna, abre la boca y dile*—. Me gusta. El pequeño Noah lo dejaremos para después, porque te lo digo desde ahora, no pienso olvidarlo hasta que lo tengamos entre nosotros.

Asentí, presionando mi nariz con la suya, dejándole besitos esquimales.

—¿Y ya has pensado en el nombre? —preguntó después de un rato—. ¿Tienes alguno en mente?

Negué con la cabeza, dejando que sus manos acariciaran mi vientre y que sus dedos jugaran con mi ombligo salido.

No quería decirle que los nombres sería bueno pensarlos para que combinaran. Como todas buenas hermanas gemelas que serían.

—¿Qué te parece si le ponemos el tuyo? —respondió.

—¿Anna?

—Annabelle.

—Creo que solo generaría confusión. Y no es necesario que uses mi nombre. ¿Y por qué de repente usas mi nombre para todo?

—Porque yo quiero que lo lleve; ¿qué tal si llegamos a un acuerdo y le ponemos Belle? Así ya hay en casa una Anna y una Belle.

—¿Belle? ¿Le quieres poner así? —esperé a que asintiera con la cabeza—. Bien, no me disgusta del todo. Belle Walker. Habrá que pensarlo.

Al menos una de las gemelas ya tenía posible nombre.

Adam me sonrió con gusto, inclinándose para darle besitos a mi barriga.

—Creo que ya era hora de llamarla por su nombre. Hola Belle…—susurró en mi estómago— tendrás que soportarme en medio de tus citas. Una cosita tan pequeña como tú no debería salir con chicos idiotas hasta tener, como mínimo, treinta.

Me reí en voz alta.

—¿No eran veintisiete?

—No, ya no. Treinta es el nuevo veintisiete.

—Si tú lo dices…

Una foto de la bonita y arreglada mesa de los regalos se pegó en mi brazo. Adam la notó a tiempo para quitarla y para seguir distrayendo su mente lejos del tema de una de nuestras hijas no nacidas: Belle.

Juntos miramos las locuras que capturó la joven fotógrafa y nos reímos al ver las poses de nuestros amigos y conocidos.

Las damas de honor se tomaron cientos de fotos; con y sin nosotros. En una de ellas, todas decidieron cargar a Adam y tratar de lanzarlo al lago artificial que se encontraba cerca de los jardines.

Los chicos por su parte se tomaron fotos con un cocodrilo de piedra que decoraba una de las entradas. También posaron junto a la estatua de un león y todos se pusieron de acuerdo

en pegarse un bigote falso para la siguiente toma mientras llevaban puestos sus sombreros.

Se encontraban, junto a estas, las fotografías de cuando Marie tenía la cara teñida en azul gracias al pastelito. Y en la siguiente se miraba a Gustavo, luciendo nervioso sin saber qué hacer con una liga entre dos de sus dedos.

Había otra de Adam entre mis piernas mientras quitaba el pedacito de encaje. Y otra más de cuando Nicole pasó al escenario a cantar una canción de su banda favorita, a petición del público. Esa noche escuchamos mucho de Selena y Justin.

Miramos también las imágenes que capturaron el momento en que mis padres lloraron juntos y luego se daban un beso. La abuela de Adam aparecía en muchas de ellas, repitiendo comida en el bufet y rellenando su vaso de vino.

Rita, Key, Mirna, Dulce, Mindy y Shio, todos mis amigos posaron en otra foto para salir en el kiosko con el techo lleno de flores. Había varias para distraerse.

—Dime… —saqué el tema mientras observábamos más fotografías juntos—: y si tenemos otra hija, ¿cómo le pondríamos?

—Mmmm —él apartó la foto para luego tomar otra de la pila de imágenes—. No lo sé. ¿Qué tal algo que rime con el nombre de nuestra Belle? ¿Elle?

—¿Elle?

—Sí. ¿No creerás que se irá a resentir porque las llamemos de forma parecida?

—No creo… aunque no tengo experiencia. Soy hija única, ¿recuerdas?

—De acuerdo. Oh, ¡lo tengo! ¿Qué te parece si la llamamos Bella? Belle y Bella… y Nicole… y Noah. Tendríamos dos B y dos N. Me gusta. Así como tú y yo: A y A. Habrá que trabajar en esa otra bebé también, pero para eso ya tendremos tiempo.

Me dio un largo beso en la boca.

—Me parece bien Bella. Suena a novela romántica de vampiros.

—Pero nuestra Bella será distinta. Yo me encargaría de matar al susodicho que quiera clavarle el diente; de eso estoy seguro.

Reí en voz alta, estirando el brazo para tomar una rebanada de pizza y llevarla a mi boca.

—Tal vez después decidamos cambiarle el nombre… no sé. Hay tantas protagonistas dentro de las páginas de mis libros que admiro. Pensaré en algunos.

Suspiré contenta. Tal vez los nombres fueran improvisados, pero me gustaban: Bella y Belle.

Sí, ya podía imaginármelas.

—Pero por ahora soy feliz con sólo una pequeña en camino —dijo Adam de repente, acariciando mi estómago—. No creo que podría aguantar con otra; me volvería loco antes de cumplir los treinta. Aunque hay una ridícula tradición en nuestra familia… La mayoría de bebés Walker vienen en parejas. Pero no te asustes, es solo un mito. ¿Te imaginas

embarazada de gemelos? ¿Cuán ridículo sería? Pensaría que estamos de mala suerte. Sería el colmo si hubiera pasado.

Aparté la vista, herida por su comentario.

—No es tan malo —murmuré débilmente.

—Oh, sí es malo. Agradece que no nos pasó… ¡Mira esta! —chilló, distrayéndose del tema central cuando pasó a otra fotografía de él y yo besándonos.

Asentí vagamente con la cabeza. Todavía con la mente en el tema de los gemelos.

¿Por qué Adam pensaba que era ridículo?

Para mí no lo era.

Quería gritarle que sí, efectivamente sería padre de dos niñas. Pero por alguna razón me volví cobarde al verlo tan feliz.

Pasados unos minutos decidí mejor seguir pretendiendo que veía las fotografías, aunque en realidad no lograba sacar sus palabras de mi mente.

¿Por qué sería tan malo tener gemelos? De todas formas yo no había pensado en embarazarme al doble.

Perdí el apetito repentinamente cuando mi estómago dio un vuelco y me entraron ganas de vomitar.

Logré calmarme a tiempo antes que Adam notara mi reacción o sino me enviaría a casa y no podría darle de una manera discreta la noticia del embarazo.

A la mañana siguiente ya me encontraba mejor.

Incluso descorrí las cortinas de la gran pared de vidrio con vista espectacular hacia la playa, dejando que el sol entrara a la habitación e iluminara las paredes de color coral.

La noche anterior me encontraba tan cansada que después de ver todas las fotos, ya había cerrado automáticamente mis ojos. No pude seguir interrogando a Adam y su repentina fobia por los gemelos.

Además ya sabía que él sería un buen padre; no tendría que dudar que su comentario lo hizo, más bien, por su salud mental y para beneficio de no quedar calvo antes de los treinta.

Le daría una nueva oportunidad para reivindicarse.

—Hoy quiero nadar con las tortugas —le dije cuando apenas se levantaba. Sus ojos parecían desenfocados y sus piernas estaban todavía enredadas entre las sábanas.

Lo escuché bostezar por un rato y luego me sonrió con torpeza.

—¿Qué dijimos ayer de las tortugas? —preguntó con voz ronca.

—Que no van a mutar y a comerme viva. Vamos, levántate. Ya pedí el desayuno y esta mañana confirmé de qué tamaño eran. Tienen todo un estanque.

—Hoy estás madrugadora.

Me encogí de hombros.

Las bebés me patearon desde temprano, una de ellas fue más fuerte que la otra… además de insistente. Tuve que levantarme en contra de mi voluntad.

Reconocía que mi espalda me estaba matando, pero me encontraba entusiasmada con la idea de las tortugas. Siempre me gustaron.

—Vamos, abuelo, levántate.

Él se levantó de un salto, dejando caer la sábana al suelo y mostrándome una completa toma de su cuerpo desnudo. Desde temprano se notaba que se encontraba firme y dispuesto.

No pude evitar los pensamientos sucios que me atravesaron.

—Oh, oh. Ahí está de nuevo la mirada de pequeña pervertida. ¿Estás segura de que aun quieres que veamos a las tortugas o prefieres hacer algo de actividad física a cambio?

Parpadeé varias veces para concentrarme.

—Quiero…

—Piénsalo bien —dijo estirándose como gato.

No fue una decisión difícil, y a pesar de que ya me encontraba cambiada y lista, no me importó cuando Adam quitó de nuevo cada capa de mi ropa.

Y para mi malestar, volvimos a lo “lento pero seguro” que tanto me sacaba de quicio.

Unas horas más tarde, cerca del almuerzo, finalmente nos pusimos en marcha para ver el estanque de las tortugas.

Me encontraba entusiasmada mientras caminábamos tomados de la mano y dejaba que la brisa fresca ventilara mis pantorrillas descubiertas.

Había toda una fila de niños y padres esperando para pasar al hábitat marino. Tomé la mano de Adam aun más fuerte y me apresuré hasta colocarnos al frente.

—No entiendo por qué estás tan emocionada. Tranquila… no corras.

Mientras entrabamos, y Adam pagaba por lo boletos, observamos un acuario entero lleno de peces de colores. Al otro lado había un centro dedicado solo para los pingüinos.

Pero cuando me giré para llevar a Adam hacia la sección que tanto quería, me encontré con su sonrisa boba… y no precisamente me la dedicaba a mí sino a la chica rubia con un avanzado embarazo que se detuvo frente a nosotros.

—¡Rosie! —gritó Adam, se movió a abrazarla y a estrecharla con fuerza—. ¿Qué haces aquí, de todos los lugares?

Ella sonrió mostrando sus dientes completos.

—¡Adam! —dijo ella, echando sus manos detrás el cuello de él y dándole un enorme beso en la mejilla—. Vine de vacaciones, ¿qué tal estuvo tu boda? Lamento con toda el alma no haber podido asistir a pesar de que me invitaste personalmente.

Y como si yo me hubiera materializado de la nada, ella me notó con sorpresa en sus ojos, sonriendo con menos fuerza que cuando lo hizo con Adam.

—¡Ambar! —dijo a modo de saludo.

Apreté los dientes y me obligué a sonreír forzadamente.

—Es Anna —corrigió Adam. Al parecer no podía quitar esa estúpida sonrisa del rostro cuando lo dijo—. Tú siempre fuiste pésima con los nombres. No puedo creer esta coincidencia.

¿Coincidencia? Pffft… las coincidencias no existían.

—Perdón —se disculpó viéndome fijamente—. Adam tiene toda la razón, soy mala con los nombres.

Murmuré un hola vagamente, pero ella no lo escuchó porque fijó su atención en Adam.

—¿Y a dónde iban?

—Llevaba a la pequeña per… a Anna a ver a las tortugas.

Rosie abrió exageradamente la boca.

—Oh no, pero son enormes. Yo me llevé el susto de mi vida cuando una pegó su boca en mi mano.

Adam entrecerró los ojos en mi dirección.

—¿Ah, sí?

—Sí, son gigantes. Bien te podrías sentar en una de ellas pensando que es una piedra.

Bien. De acuerdo. No había sido totalmente sincera con él. Pero en mi defensa, hasta esa mañana lo descubrí.

—¿Y tú? ¿viniste con alguien? —preguntó Adam, cambiando de tema.

—Vine con Mia, mi hermana. ¿La recuerdas?

Él asintió con la cabeza.

—Justo iba al comedor del restaurante para verla. ¿Quieren venir?

—Íbamos a ver… —comencé a decir pero Adam me interrumpió.

—Claro. Vamos.

Le di una mirada sucia mientras intentaba tomar mi mano para llevarme afuera. Me negué y me paré en seco cuando me vio de manera mortal.

—Pero íbamos…

—Yo de verdad no lo recomiendo —dijo Rosie de manera teatral—, el olor del estanque hizo que me mareara. Creo que se me bajó hasta el azúcar.

Y no podría decir que mentía porque se miraba echa un asco.

Tenía ojeras bajo sus ojos y se encontraba tan pálida como un fantasma.

De pronto dio un traspié, y Adam inmediatamente la sujetó de la cintura.

Él me miró con una disculpa en sus ojos.

—Creo que tenemos que llevarla con su hermana. Después considero si es saludable para ti ver o no a las tortugas —dijo mientras dejaba que Rosie se apoyara en él.

Me crucé de brazos por un momento, odiando comportante de manera tan egoísta porque yo no sentía las ganas de ayudarla en lo más mínimo.

—Anna —llamó Adam cuando vio que no me movía—. Ve adelante por favor. No quiero que te pierdas.

Rosie me dio una sonrisa llena de simpatía, haciéndola lucir más amable de lo que mi mente aceptaba.

—Lamento de verdad arruinar su paseo —murmuró ella con voz débil.

—No es ningún problema. Tenemos ocho días para recorrer todos los lugares.

—¿Ocho días? ¡Qué coincidencia! Yo también me quedo por ese tiempo.

Resoplé audiblemente.

Como dije, las coincidencias no existían. De eso estaba segura.

Capítulo 16

Rosie debe morir

Esta era la peor luna de miel de la historia.

Mi marido se encontraba consolando a una mujer que definitivamente no era yo, rodeando con su brazo la cintura de la chica y tratando de hablarle con voz suave en caso de que ella se fuera a desmayar sobre el pavimento.

Llámalo celos, pero me sentía furiosa de ver lo íntimos que lucían ambos. Y tal vez sonará mal pero deseaba que acabara de una vez con el drama y nos dejara continuar con nuestro camino hacia las tortugas. Me hice ilusiones de verlas.

Mientras caminábamos, de la nada, la rubia se retorció incómodamente y dobló el cuerpo.

—¡Ahh! —gritó ella, llevándose una mano a su vientre.

Adam se detuvo en seco y vi cómo entraba en pánico sin saber qué hacer.

—¿Rosie? —preguntó—, ¿qué sucede? ¿Quieres que te lleve al hospital o llame una ambulancia?

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—Estoy bien. Todavía no es la fecha de parto. Solo son algunos dolores típicos, no te preocupes, no es nada que requiera atención médica. Llévame con mi hermana y todo estará bien.

Sonrió cansadamente.

Tal vez yo estaba siendo demasiado egoísta con ella porque sinceramente la chica parecía como si no hubiera dormido bien durante semanas. Debería ser más compresiva.

—¿No te ha dolido la espalda últimamente, Ambar? Porque yo estoy que no aguanto —murmuró.

Olvidé lo de ser amable e hice una mueca.

—Es Anna —aclaré de mala gana—. Y sí, tengo que dormir de lado porque sino el bebé patea mucho y mi espalda duele.

—Lo siento —se disculpó—, siempre cambio los nombres. A Adam lo llamé Andrés durante un par de meses hasta que un día se enojó y me dijo que nunca lo volviera a llamar de esa forma.

Ambos, Adam y ella, se echaron a reír.

Yo no lo encontré gracioso. No habían pasado ni cinco minutos cuando le dije mi nombre, y a menos que ella tuviera memoria a corto plazo, pensaría que lo hacía a propósito.

—Pues estos dolores no son precisamente caídos del cielo. Más adelante es —susurró con voz débil.

Resoplé disimuladamente, deseando no volver a encontrarnos con Rosie en lo que quedaba del día… o del viaje.

—¿Qué les parecería almorzar más tarde? —preguntó entonces la rubia.

Me abstuve de rodar los ojos y cerrar la boca para evitar mandarla al carajo, pero para mi sorpresa, Adam negó con la cabeza:

—Lo siento Rosie pero hoy vamos a pasar el día juntos.

—Oh, claro. Cierto, cierto… por un momento olvidé que estaban de luna de miel. ¡Torpe de mí!

Mi mueca se transformó en sonrisa y sentí como si hubiera ganado una pequeña batalla.

Anna: 1, Rosie: 0

—Además —continuó Adam, estirando su brazo libre para tomarme la mano—, le prometí a alguien que veríamos las tortugas y eso es precisamente lo que voy a hacer; aunque la chica en cuestión mintió sobre el tamaño de las mismas.

¡Veríamos las tortugas!

No podía creerlo. Casi me echaba a llorar.

Anna: 2, Rosie: 0

La rubia lucía impresionada. Sus manos aferrándose a la tela de la camisa de Adam, como si no quisiera dejarlo ir nunca.

Apreté con más fuerza la mano de mi marido.

—¿Qué tal una cena? —insistió ella—. Tengo deseos de saber cómo fue su boda. ¿Les gustaría cenar conmigo?

Adam me miró por aprobación… aprobación que definitivamente me rehusaba a dar. Pero de igual forma no fue necesaria porque él ya se encontraba asintiendo en esta ocasión.

—Claro, nos vemos en la cena entonces —respondió por ambos—. Tenemos fotografías, las llevaré.

—¡Excelente! —chilló—. Yo también tengo unas cuantas, de cuando éramos apenas unos críos y jugábamos sobre las ramas de los árboles.

Adam y ella rieron con fuerza, recordando viejos tiempos al parecer.

—¡No me digas que tienes aquellas imágenes de cuando te caíste del árbol!

Rosie asintió entusiasmada.

—Las tengo todas. Hasta la que tomó mamá cuando me diste mi primer beso como disculpa por haberme roto el brazo.

Ella rió y Adam se ruborizó profundamente.

Fruncí el ceño e hice una mueca. ¿Primer beso? ¿Tenía una foto de su primer beso con Adam?

Ahora quería golpearla.

—Oh, espero que eso no te haga sentir incómoda —ella me examinó con sus ojos azules.

Le di mi mejor sonrisa hipócrita y me quedé en silencio el resto del viaje mientras ellos conversaban sobre lo bonito de su niñez y cómo Adam comenzó a darle besos (en los labios) cada vez que ella se astillaba sus dedos gordos o cuando simplemente obtenía un pequeño raspón o le dolía la uña del pie.

Aggg. Me sacaba de quicio.

Justo antes de entrar al hotel y dejarla en el restaurante, ella nos aseguró que ya se encontraba en condiciones para caminar sola el resto del camino e insistió que la dejáramos en la entrada.

Al parecer lucía arrepentida por haber hecho que nos desviáramos de nuestro destino.

Se despidió de Adam con un jugoso beso en la mejilla que le dejó todo el cachete marcado con su lápiz labial rosado, y a mí me hizo un saludo insignificante con la mano.

—Nos vemos esta noche. Por cualquier cosa, tienes mi número —le guiñó un ojo.

La vimos entrar al restaurante y sonreír al camarero, caminó hasta que ya no pudimos distinguirla a lo lejos entre los comensales.

—Así que… —comencé— ¿besos cada vez que se hería? Debiste ser su héroe todos esos años.

—Nena…

Alcé mi mano, callando lo que fuera que saldría de su boca.

—Ni te molestes. Estoy enojada. Iré a ver las tortugas yo sola.

—No deberías sentirte celosa por cosas que ocurrieron hace más de doce años atrás.

—¿Celosa? —resoplé—. Já, yo no estoy celosa. ¿Furiosa? sí.

Miré de forma recelosa hacia su mejilla estampada con lápiz labial y, sin pensarlo demasiado, llevé mi dedo pulgar a mi boca para humedecerlo y luego repasarlo sobre la estúpida marca en un intento por borrarla.

Escuché la risita de Adam justo cuando me tomó de la cintura para evitar que tropezara con las puntas de mis pies.

—Anna, entiende que ella solo me tiene en esos momentos del pasado. Esos recuerdos de cuando éramos niños es todo lo que siempre será entre ella y yo; en cambio tú me tienes para toda la vida. No deberías estar celosa o enojada.

Me rehusé a verlo a los ojos y admitir que me convirtió en papilla con esas palabras. Yo era demasiado fácil de impresionar.

—Pasado o presente, no importa, te dejó marcado con lápiz labial caro. Costará que se borre a menos que ponga más saliva o raspe con fuerza —murmuré con enojo.

—Nena —apartó mi insistente dedo pulgar y luego lo besó y lamió—. Tus labios están marcados permanentemente, no se comparan con esos —levantó su muñeca, mostrando el tatuaje de mis labios—. ¿Lo ves?

Quería decir algo inteligente, pero lo que salió de mi boca fue un: baggsh.

Carraspeé hasta apartarme un poco de él, alisando las arrugas imaginarias de mi vestido.

—Bien. Vamos pronto o perderemos la oportunidad de ir al acuario —dije con voz ronca.

Antes de que pudiera avanzar, Adam me tomó de los hombros y se inclinó para presionar sus labios contra los míos, besándome tiernamente.

—Por algo me tatué lo que me tatué en el dedo —susurró besándome una vez más—. No te quedan bien los celos.

—¿Pero a ti sí?

—A mí me queda bien todo, incluso los celos.

Me guiñó un ojo y me ofreció esa sonrisa seductora que me hacía ver de forma bizca automáticamente.

—Si sigues haciendo eso te vas a arruinar la vista y luego ocuparás lentes —susurró, divertido.

—Tal vez primero deberíamos subir a la habitación —cambié rápidamente de tema.

Las cejas de Adam se elevaron hasta el nacimiento de su cabello.

—¿Ahora? ¿No querías ver a las tortugas? Pensé que había saciado todas tus necesidades esta mañana, pero no me quejo…

Lo golpeé en el hombro.

—¡No es eso! —mis ojos recorrieron en busca de oyentes indiscretos—. Es que tengo toallitas desmaquillantes para quitarte ese feo color de lápiz labial que no te queda bien.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo que mi nena quiera.

Asentí y comencé a caminar en dirección a los elevadores en el lobby.

Me tomó de la mano y nos pusimos en marcha juntos.

Mientras esperábamos el ascensor, no aguanté la curiosidad para salir de dudas en cuanto a un tema en particular que moría por conocer:

—Hay algo que quiero saber —murmuré— ¿Quién es el papá del bebé que espera Rosie?

—Mmm…

Adam se quedó callado repentinamente.

—Tú debes saber. ¿Quién es? —insistí.

Y aunque probablemente yo no lo conociera o nunca hubiera oído hablar de él, quería que mi curiosidad fuera saciada.

—Es… —dio un suspiro largo y me soltó la mano para ponerla sobre mi barriga—, es algo entre ella y el padre.

—¿No piensas decirme? ¿Qué acaso conozco al chico?

—De hecho, sí, lo conoces.

—¿Lo conozco? —mis ojos se ampliaron—. Con más razón, dime quién es.

—Es Key.

Me quedé paralizada por un momento. Mi mente no procesaba lo que acababa de escuchar, mucho menos me imaginé que Adam fuera a decírmelo así de fácil.

—¿Key? ¿Tu amigo Key es el padre?

Asintió con la cabeza.

—Fue sin querer. Al parecer ambos habían bebido y las cosas se fueron de control… Rosie terminó embarazada y Key se hizo responsable de todo, aunque no se quiso casar con ella.

Mi boca seguía abierta desde que me dijo el nombre.

—Pero… pero ¿Rita y él?

El ascensor indicó que ya estaba en el primer piso y luego se abrieron sus puertas. Subí en modo automático.

—Exacto —murmuró—. Presiento que Rita es la razón por la que él no se está casando ahora con Rosie.

Otras dos parejas jóvenes se subieron al mismo elevador y presionaron los números de sus pisos mientras yo aún lucía congelada.

Rita no me había dicho ni una sola palabra al respecto. Ella no me había contado nada.

¿Qué clase de terrible amiga debía ser yo como para que ella no sintiera la confianza de decirme? Claro, por eso la notaba muy distante con Key últimamente.

Me sentía herida y sorprendida a partes iguales. Y yo que pensaba que tenía en alta estima a ese desgraciado con camisas de vaquero.

—Promete que no dirás nada —dijo Adam después de un momento—, Key no quiere que nadie sepa lo que ocurrió con Rosie. Ni siquiera la misma hermana de Rosie lo sabe.

—¿Por qué no quiere que se sepa nada?

—¿No has tenido secretos que quisieras conservar antes de divulgarlos aunque sea a la persona más cercana?

Sus ojos verdes me miraron con expresión determinada.

¿Acaso él…? ¿Él? ¿Él sabía lo de las gemelas y por eso me decía esa frase mística sobre secretos?

Abrí y cerré la boca repetidamente hasta que Adam me tomó de la barbilla y me besó en los labios.

La pregunta sobre la confianza rebotó de nuevo en mi contra: ¿qué clase de persona exigía confianza pero no le demostraba al chico que amaba que, de hecho, confiaba en él?

Me sentía hipócrita.

Llegamos rápidamente a nuestro piso y bajamos en un silencio incómodo. Mi estomago decidió revolverse en ese instante.

Llevé una mano a mi boca para detener las ganas de vomitar, pero no sirvió de nada.

—Anna, ¿qué…?

Me apresuré hasta detenerme frente a una gran planta de base rectangular y vomité todo el contenido de mi estómago, haciendo ruidos fuertes de arcadas.

Unas grandes manos acariciaron mi espalda y apartaron mi cabello mientras yo buscaba apoyo en la pared y limpiaba mi frente sudada.

—Estoy bien —murmuré apenada—. Ya se me pasó.

—Olvídate de las tortugas por hoy, por favor —suplicó Adam—. Vamos a la habitación, llamaré a un médico.

Intenté negar con la cabeza pero las ganas de vomitar no me abandonaron del todo. Vomité una segunda vez, esta vez sobre la fina alfombra.



Gripe estomacal. Eso dijo el doctor que tenía. ¿Lo peor de todo? No podía tomar ningún medicamento para aliviar mi malestar debido al embarazo.

No afectaba a las bebés pero sí podía llegar a deshidratarme con facilidad ya que mi sistema inmunológico se encontraba desprotegido.

Adam procuraba que estuviera confortable mientras me recostaba en la cama e intentaba masajear mis pies.

—Sabía que teníamos que haber esperado —murmuró como por décima vez—. Soy un tonto, perdóname. En cuanto te sientas mejor nos vamos a casa.

Negué con la cabeza, con mis manos elevadas sobre la almohada.

—No te lo permitiré. Voy a mejorar y… —bostecé con fuerza, me sentía cansada—, y quiero ver las tortugas.

—Tú y tus tontas tortugas. Prometo que vendremos después del embarazo. O mejor, te compraré una docena de ellas cuando lleguemos a casa.

Quería negar enfáticamente pero cada vez se me hacía más difícil mantener mis párpados abiertos.

—Ya tenemos mucho animales —dije casi de manera incoherente—. No quiero ser otra Mindy. Además Ricky es muy celoso con Nicole y… Nicole quiere ver a su banda de chicos favorita. El otro día yo le hice un comentario sobre eso… con bananas y todo.

Me costaba concentrarme y buscar las palabras adecuadas. Cada vez mis ojos querían cerrarse un poquito más.

—Cancelaré la cena con Rosie.

Sentí que se inclinó para besar mi sudorosa frente y luego acomodó mi almohada.

—No —intenté abrir los ojos pero fue inútil—. No la canceles, voy a mejorar. Quiero restregarle en la cara que tu eres mío y no de ella.

Escuché su risa y quise reír con él.

—Ya se lo restregarás después, ahora descansa.

En un intento desesperado lo tomé de la camiseta.

—Lo siento —murmuré—, no era mi intención. Te amo, de verdad lo hago pero… soy una terrible mentirosa. Tus hijas… mereces saberlo todo.

Podía sentir a Adam a mi lado, absorbiendo cada palabra que salía de mis labios. Quería disculparme por mentirle sobre las gemelas pero mi boca se puso pastosa y mi cabeza se sintió nublada.

—Duerme tranquila. Mañana me cuentas —susurró él.

Eso fue lo último que escuché antes de perder la conciencia en un sueño muy profundo.

***

Cuando abrí de nuevo los ojos alguien había colocado un recipiente plástico al lado de mi cama, inmediatamente vomité y luego volví a caer dormida en un santiamén.



Pasaron lo que se sintieron días, y yo me intercalaba entre lo consciente y lo inconsciente, vomitando una vez y a la siguiente sintiendo algo fresco en mis labios. Agua.

La segunda vez que pasé consciente por más tiempo noté que me encontraba desnuda en la gran bañera de nuestro baño en el hotel. Sentí una mano sosteniéndome de la cintura mientras mojaba mi cuello y mis pechos, y parpadeé hasta ver la firme expresión en el rostro de Adam.

—Ey —saludé con voz débil y quebradiza—. ¿Por qué esa cara?

Su rostro se suavizó al verme despierta y sus manos inmediatamente fueron a parar a mi cara.

—Qué bueno que despertaras. Temí lo peor.

Sonreí quedamente, sintiendo mis huesos como fideos temblorosos.

—Ya estoy mejor.

—Todavía tienes fiebre —murmuró.

—Claro que no. Admite que solo querías tenerme desnuda en la bañera.

—Ojala fuera solo eso, nena. ¿No tienes ganas de vomitar?

Esperé un segundo para saber si mi estómago se revolvía, pero nada pasó.

—No. Nada de ganas.

—Bien. Ya tuve que pagar para que remodelaran una de las alfombras.

Mi cara se calentó de vergüenza al recordar que había vomitado en una de ellas.

—No puede ser cierto. ¡Qué pena!

—Solo bromeaba —me besó en la cabeza mientras se ponía de pie y alcanzaba el gel de baño—. La mancha sigue allí, pero solo tú y yo sabremos lo que significa.

Untó un poco del gel con esencia a caramelo en sus manos y luego las pasó por mis hombros.

—¿Cuánto tiempo estuve así? —pregunté cerrando los ojos, dejando que me diera un delicioso masaje.

—Sólo ayer y hoy. Si te sientes hambrienta preparé sopa de pollo.

—¿Preparaste?

—Bueno, pedí servicio a la habitación… pero igual cuenta como un gran gesto.

Sus manos se posaron enseguida en mi cuerpo y sus dedos limpiaron y masajearon hasta el punto de volver a quedarme dormida.

Todo iba de maravilla hasta una voz chillona empezó a maldecir en la otra habitación.

Los músculos de mi cuerpo se tensaron y mis ojos buscaron los de Adam casi instantáneamente.

—¿Esa… es Rosie?

Él asintió muy a mi pesar.

—Ella ha estado ayudándome contigo.

Rechiné los dientes y quise meterme bajo el agua de nuevo. ¿Por qué ella de todas las personas en el mundo?

Estaba a punto de hacer la pregunta en voz alta, cuando, un golpecito en la puerta del baño me sacó de mis pensamientos.

—¿Adam, tienes un minuto?

Era ella. Y ni siquiera esperó a que él respondiera sino que abrió la puerta de un tirón.

—Lamento tener que decirte esto pero… —ella cerró la boca en cuanto vio que me encontraba despierta… y desnuda… con los manos de Adam presionadas en mi barriga, un poco más debajo de mis senos.

—Oh por… ¡Lo siento tanto! Pensé que la meterías a la bañera con todo y ropa. Puedo entrar después.

Se dio la vuelta y corrió lejos del baño.

Miré con cierto recelo hacia el chico de ojos verdes y lo fulminé con la mirada.

—¿Ella estaba usando una de tus camisas?

—No malinterpretes. La vomitaste encima y su hermana tiene una fiesta en su habitación, no podía cambiarse ahí.

—¿Y tenías que darle una de tus camisas? ¿Ni siquiera una de las mías, de las de maternidad?

Él se encogió de hombros.

—Ella la agarró. Mira, veré qué es lo que quiere y luego te meteré directo en la cama. Todavía tienes que reponer fuerzas porque mañana nos iremos a casa.

—No quiero irme, es nuestra luna de miel.

—Anna, por una vez en tu vida escucha lo que tengo que decir.

—Y tú escucha cuando te digo que tu amiga no me cae bien.

—Entendido. Ahora deja que vaya con ella y luego te saco de esta bañera. No te muevas o hagas mucho esfuerzo.

Se limpió el resto de gel de ducha en el lavamanos y a continuación se marchó dejándome sola.

Me sentía realmente frustrada tratando de decirle mis sentimientos sobre la chica. Apostaba lo que fuera a que ella armó un complot para engañar a Key y tratar de separar a Rita.

Las chicas silenciosas podían llegar a ser letales.

Lo único que podía decirse que valió la pena fue saber que había tenido el gusto de vomitarla encima.

Anna: 3, Rosie: 0

Pasados unos diez minutos, y cuando el agua se puso demasiado fría como para mantenerme dentro, me puse de pie e intenté tomar una toalla limpia de uno de los muebles de baño. La puerta se abrió inmediatamente y un Adam muy furioso entró azotando todo a su paso.

Cuando me vio de pie, desnuda e intentando estirar mi brazo para alcanzar la toalla, su enojo simplemente creció.

—Mierda —maldijo—. Anna, simplemente continuas haciéndolo, ¿no?

Furioso como estaba alcanzó la toalla y me cubrió con ella. Fue brusco al sacarme de la bañera y yo me quejé con gemido débil. Mi estómago continuaba delicado como para hacer movimientos bruscos.

—¿Adam, qué sucede?

Su mandíbula se tensó y la vena de su frente y la de su cuello se pusieron de acuerdo en aumentar de tamaño en ese instante.

—Ahora no, Anna.

—Pero por qué…

—Lo sé todo, de acuerdo. Lo sé. Lo que no entiendo es ¿cuándo pensabas decírmelo? ¿Hasta cuándo querías seguir mintiendo al respecto? Pensé que de ahora en adelante no habría secretos entre nosotros y apareces con esto.

—¿Qué?

Ay Dios, lo sabía. ¡Él lo sabía!

Casi resbalé en el suelo pero sus manos inmediatamente sujetaron mis muñecas.

—No puedo creerlo —murmuró mientras intentaba secar mi cabello con otra toalla—. No sabía que me odiaras tanto como para hacerme esto.

Abrí la boca para decirle lo mucho que lo sentía, pero ningún sonido salió de mis labios.

Mis ojos se nublaron y quise contener las lágrimas para que no las notara.

—Vamos —me dijo, siempre sonando brusco—. Te puedes resfriar y no es bueno.

Hizo una mueca antes de tomarme del brazo y llevarme al dormitorio donde Rosie seguía de pie, usando su camiseta. Ella lucía avergonzada y evitaba encontrarse con mis ojos.

¿Qué le habría dicho?

—Tal vez yo… ¿debería irme? —dijo la rubia, terminando la frase con una pregunta—. Esta es una discusión de pareja y no tengo por qué entrom…

—¡No! —gritó Adam—, quédate. Al parecer ahora somos una pareja de secretos. Tal vez sea hora que esos secretos salgan y se divulguen a los cuatro vientos.

—Pero es que yo no quise… que ocurriera esto —sus ojos buscaron los míos por primera vez desde que puse un pie en la habitación, lucía avergonzada y parecía que trataba de encogerse o esconderse.

—¿Podrías al menos decirme qué fue lo que pasó? —le susurré a Adam—. No entiendo qué es lo que sabes y te hace pensar que te odio como para no decírtelo.

Él apretó sus dientes y pude ver cómo tensó su mandíbula.

—Ahora no, Anna. Simplemente… descansa por los momentos.

Fruncí el ceño y me aparté justo cuando él intentaba tomar mi brazo para dirigirme a la cama.

—¿Por qué sigue usando tu camisa? —estallé de rabia—. ¿Qué te dijo para que te pusieras de esta manera?

—¿Qué me dijo? —repitió él, su voz sonando contenida y profunda—. Me dijo la verdad.

—¿La verdad de qué? ¿Qué hice?

—Eh… ¿chicos? —interrumpió Rosie—, ¿será que pueden hablar de esto más tarde? De verdad que no fue mi intensión. Ah, y lo de la camiseta de Adam es porque no me quedaba ninguno de tus vestidos, soy un poco más ancha de los brazos.

—Para eso es que existen los vestidos sin mangas —la fulminé con la mirada.

Intenté sostener la toalla, haciendo un gran esfuerzo para no perder el control y salir corriendo lo más lejos posible de este Adam que no se parecía en nada con el que me casé.

—Necesitas dormir primero —me regañó el susodicho—. Todavía tienes fiebre y, enojado o no, no soy tan animal como para discutir en estas condiciones.

—¿Qué condiciones si tu no me estás diciendo nada?

—Hablaremos más tarde, Anna. Ahora déjame escoltar a Rosie a su habitación. Cámbiate, ponte algo abrigado y luego paso para hablar a solas.

Suspiró audiblemente y se llevó una mano por toda la cara, como para sacarse la preocupación, y luego me miró fijamente.

—Espero que todo esto haya sido un simple malentendido —amenazó. Nunca lo había escuchado tan enfadado.

Sin dejar de mirarme se acercó a la puerta de la habitación y dejó que Rosie pasara primero. Cerró con fuerza, casi dando un portazo.

Temblando me senté en la orilla de la cama, con mi cabello aún húmedo y mi fiebre en aumento.

Vaya luna de miel la que pasábamos. No me quería imaginar lo que sucedería si nos seguíamos quedando junto a la rubia que aparentaba ser inocente pero en realidad era peor que un lobo que asechaba sigilosamente.

Mi estómago se agitó repentinamente, sintiendo el malestar que me tendría vomitando en aproximadamente unas horas si no tomaba reposo y lograba tranquilizar mis nervios.

Pasada una media hora Adam entró por la puerta; si era posible estaba más enojado que antes. Mis nervios aumentaron con terror.

—¿Podrás explicarme qué sucede ahora? Estoy confundida —dije con una voz neutral.

Él me observó de pies a cabeza, desde mi cabello mojado, pasando por mi vestido con estampado florar hasta las rodillas, y mis pies descalzos.

Mis ojos se pusieron húmedos con solo mirar su postura tan tensa, recordando la vez que me pidió que me fuera de su departamento porque ya no me quería cerca. Se sentía como si volviera a repetirse en cualquier momento.

—¿Entonces? —presioné un poco más.

—Lo siento Anna, pero estoy tan enojado contigo que justo ahora no deseo verte. Dormiré en otra habitación y mañana saldré con Rosie; al menos ella sí trata de actuar con sinceridad.

Las lágrimas en mis ojos se salieron de control y no las pude contener.

—No hagas esto —supliqué—. No fue mi intensión ocultarte las cosas…

—Por favor, ahora no, Annabelle. No empeores esto y sólo deja que entre algo de aire en mi cabeza mientras decido si casarnos de verdad valió la pena.

—¿Si de verdad valió la pena casarte conmigo? ¿Estás escuchándote?

Solté un sollozo horrible desde el fondo de mi garganta.

Él hizo una mueca, como si no pudiera creer lo que acababa de decir.

—Yo…

—Oh, no. Ahora ya no puedes retractarte de tus palabras —lo acusé. Mis ojos húmedos por las lágrimas y voz ronca.

—¡Bien! ¿Quieres saber qué me molesta? —explotó en un arranque de ira.

—Pues ya es hora de que alguno de los dos hable de una vez por todas. ¿Tan malo fue lo que hice como para que quisieras reconsiderar nuestra boda?

—No quise decirlo de esa forma.

—¿Y de qué forma se puede decir algo como eso? Deberías pensarlo mejor antes de soltar cosas que hieran a propósito.

Él lucía arrepentido mientras miraba las grandes gotas de lágrimas bajar por mis mejillas.

—¿Es verdad que tenías una cita la próxima semana para ver a mi hermano? —preguntó finalmente con voz ansiosa.

Me tensé de inmediato y tuve que sujetarme el estómago para no vomitar todo ahí mismo, del alivio. Pensé que él sabría sobre las gemelas y mi estúpida decisión de no decirle nada, decisión que me estaba comiendo viva.

—¿Eso te dijo ella? ¿Cómo supo eso?

—Responde, Anna. No quiebres mi paciencia. ¿Es verdad?

Asentí con la cabeza.

—Es cierto. No es ningún delito, además tuve que escuchar por boca de tu abuela la noticia de que él en realidad no estaba muerto.

—¡Por supuesto que ella está metida en esto! —reflexionó más para sí mismo—. Pero claro, te contó todo. Y tú ignoras el hecho de que no te lo dije por una justa razón. Sabía que me harías llevarte a conocerlo, por eso te mentí, porque me imaginé que sucedería exactamente esto.

—No tiene nada de malo. Él ni siquiera iba a acercarse a mí, tendría a la abuela Gertrude, a los asistentes de la clínica, a…

—No sigas diciendo más, por favor. Detente.

—Pero…

—Solo estás empeorando la situación.

—¿Qué te dijo Rosie? ¿Por qué te enojas tanto con algo de lo que tú mantenías en secreto en primer lugar?

—Porque eso no fue lo único que me contó.

—¿Hay más? ¿Podrías hablar conmigo, escucharme al menos por una vez? Sería agradable que quisieras saber mi opinión antes de juzgar por lo que te diga tu gran amiga del alma. ¿Cómo sabes siquiera que ella es de buen corazón? ¿Cómo estás tan seguro de que Key es el padre del bebé que carga en su vientre?

—Basta de acusaciones. ¡Ella es una gran persona! El hecho de que estés celosa no significa que me tengas que ocultar las cosas que me ocultaste.

—¡No son celos! —tal vez un poco—. ¿Le crees más a ella que a mí, tu esposa?

Él se quedó en silencio, con los brazos cruzados y sin revelar otro sentimiento más que el enojo. Se dio la vuelta y caminó hacia el armario empotrado en la pared, sacando una toalla de un estante alto.

Se acercó hacia mí y se quedó unos pasos alejado. Me tendió la toalla y empezó a secar mi cabello.

—¿Qué estás haciendo? —me aparté dándole un manotazo en el hombro.

—Te puedes resfriar.

Me aparté un vez más cuando hizo un segundo intento con la toalla.

—Sí, lo admito, quise conocer a tu hermano. Sentía curiosidad, pero es más que eso —hablé cuando finalmente se rindió con mi pelo mojado.

—¿Qué más puede ser? ¿Por qué querría una mujer embarazada conocer a un psicópata que no está bien del cerebro, que mató a su esposa e intentó también matar a su propia hija? Es porque dudas de mi palabra, todavía dudas de si lo que digo es verdad, ¿no es cierto?

Si lo ponía de esa forma sonaba escandaloso y feo.

Agaché la cabeza, sintiéndome tonta por un momento.

—No es eso… Yo lo siento —dije finalmente—. Pero me duele que la palabra de ella pese más que la mía.

—Y a mí me duele que mi palabra entre por un oído y salga por el otro, me duele que sea descartada.

Touché.

No podía verlo a la cara ahora que él sonaba más tranquilo y menos déspota como hace unos momentos atrás pero todavía no olvidaba sus palabras: *“dormiré en otra habitación… decido si casarnos debió valer la pena… no deseo verte”.*

Él se agachó para estar al mismo nivel de mis ojos y me tomó de la mano.

—Ahora entiendes parte de mi enojo. Lamento sonar de esta manera tan dura pero no entiendes lo difícil que es para mí saber que estuviste a punto de entrar en un lugar peligroso con una persona peligrosa.

—¿Y la otra parte?

Adam abrió la boca pero la cerró al instante.

—¿Cuál otra parte?

—Dijiste que ahora entiendo parte de tu enojo. ¿Cuál es la otra parte que no estoy entendiendo?

—La otra parte es la que más me enoja. Solo espero que me lo digas con sinceridad y que no te molestes por esto.

Mis nervios volvieron al ataque y las palmas de mis manos se pusieron sudorosas al instante.

—Anna… ¿Soy yo el padre de esa bebé que esperas?

Abrí y cerré la boca al menos unas veinte veces antes de atragantarme con mi propia saliva.

—¿Qué? —pregunté en estado atónito.

—Rosie no lo hizo con mala intención pero… yo le conté lo que pasó esa noche, con Mason y Marie…

—Detente —finalmente encontré mi voz para hablar en más de una palabra—. Es suficiente. Sé de qué hablas y no puedo creer que me estés preguntando esto.

—Sé que puede sonar una locura pero ella me dijo…

—No me interesa lo que te haya dicho. No puedo entender cómo es que se te pasó por la cabeza preguntarme algo como eso. ¿Ahora dudas que eres el padre?

—Yo no he dudado; es que Rosie me preguntó si no existía la pequeña posibilidad de que hayas entrado en shock y hubieras suprimido el evento traumático y…

—Por favor detente. No sigas —las lágrimas se reunieron una vez más por mis ojos, sollocé en silencio—. ¿Crees que Mason es el papá?

—Yo, a diferencia de lo que puedas pensar, no salto a conclusiones apresuradas. Nunca dije nada parecido.

—¿Me preguntaste si eras el papá? Además, ¿por qué tenías que contarle a ella sobre esa situación vergonzosa?

—Tú tienes a las chicas: Rita, Shio, Mindy… yo la tengo a ella como amiga.

—No es ni de cerca lo mismo. Mis amigas, a diferencia de la tuya, no quieren cogerme hasta que amanezca como se nota que Rosie quiere hacer contigo. ¡Estás ciego por ella! Y eso me hiere más que todo lo que me has dicho hasta ahora. ¿Qué pasaría si te dijera que este no es tu bebé? ¿Siempre te hubieras querido casar conmigo?

—¡No desvíes el tema! Sabes perfectamente que yo daría hasta mi piel para evitarte cualquier dolor.

—Pues no se nota —lloré—, porque el dolor aquí lo estás causando tú mismo. Respóndeme ahora, ¿siempre te hubieras casado conmigo? Porque sino, todavía estamos a tiempo de separarnos y hacer como si nunca nos hubiéramos visto.

—Me casé contigo porque te quería… porque te quiero, te amo. No digas esa clase de tonterías y no dudes nunca de lo que siento.

—Pero tú si puedes dudar de lo que yo siento, ¿verdad? Tú sí dudas de mí por lo que te dijo la zorra de sonrisa carismática. Dios me perdone si llego al día de mañana sin haberle dejado marcada mi huella en su estúpido rostro a esa “tu amiga”.

—Estás sobre actuando, no es así.

—¿Sobre actuando? —resoplé, poniéndome de pie y sosteniendo mi agitado estómago—. Bien, has de cuenta que Mason me embarazó… o mejor, has de cuenta que fue Mason quien me vio sangrar en nuestra primera relación sexual.

—¡Ya, basta! —gritó, llevándose ambas manos a los oídos, bajándolas rápidamente—. Es suficiente, Anna. No lo dije porque dude de tu palabra o desconfíe de lo que me dijiste pero sé que puede ser traumático y pudo haberse borrado de tu memoria, como esos recuerdos de memoria selectiva. Quería que recordaras muy bien todo, que pensaras en los hechos ocurridos ese día, no es que ame menos a esa bebé… es que quiero matar al hijo de puta si el rumor es cierto.

—¿Rumor? —sequé las lágrimas de mis ojos, con mi corazón latiendo apresurado y mi garganta cerrada en un nudo—. ¿Ahora hay rumores de eso? Seguro Rosie y tú hacen apuestas sobre quién es el verdadero padre, ¿no?

—Claro que no.

—¿Sabes qué? Ya no quiero seguir escuchando nada más. Dijiste que dormirías en otra habitación así que… creo que deberías de hacerlo. Estoy cansada y quiero dormir.

—Lo siento Anna pero, sí, pienso que embarré las cosas con lo que dije aunque…

—Adam, por favor vete. Sal con Rosie o haz lo que quieras, ya no me importa. Tal vez sí fue un error habernos apresurado con la boda y… todo esto —señalé a la habitación entera.

—No digas eso, nena.

—Ahora resulta que soy “nena”. No era tu nena cuando me gritabas enojado y hacías reclamos inútiles.

—No eran inútiles, al menos no el que concierne a mi hermano. Él es peligroso y tú no lo entiendes.

Negué con la cabeza, secando el nuevo lote de lágrimas que no paraban de caer.

—Ahora lo hago. Es un gen que viene de familia; ambos son peligrosos solo que tú lo eres de distinta manera.

—Te dije que era peligroso y estuviste bien con eso.

—Sí, y me advertiste que eras peor que el ébola y no pensé adecuadamente en ese entonces… me doy cuenta ahora que es una enfermedad de las peores.

—Y eso que todavía no has escuchado el resto.

—¿El resto de qué? ¿El resto de mierda que Rosie te dijo en mi contra? Ni siquiera quiero oírlo. En lo que a mi concierne, Rosie debe morir.

—Me dijo cosas interesantes.

—Pues deberías dejar de escucharla. Seguro quiere un padre para su hijo y está tan desesperada que hasta al pobre de Key lo desea entrometer.

—Me enseñó…

—No quiero saberlo —lo detuve—. Por favor, vete ahora.

Ambos nos quedamos en silencio por un momento antes de escuchar un suspiro ruidoso y el arrastrar de unos zapatos por el suelo. La puerta se cerró después de eso y yo me eché a llorar aún más fuerte de lo que ya lo hacía.

Tal vez era mejor de esa forma, él y yo nunca debimos habernos casado con tantas cosas que poníamos primero antes que la relación.

Al día siguiente, sin pensarlo demasiado, tomé mi maleta y escapé del hotel por mi cuenta.

Tomé un taxi, evitando que alguien pudiera reconocerme, y probé a jugar de la manera que Adam había jugado conmigo en el pasado: huyendo cuando las cosas empezaban a ser demasiado pesadas como para soportarlas.

Capítulo 17

Siete unicornios y un enano

Por alguna extraña razón no podía despegar mis ojos del abstracto gato de color fucsia pintado sobre un lienzo que adornaba la sala de la habitación del hotel; al menos para mí parecía un gato aunque no podrías saberlo con exactitud a menos que inclinaras la cabeza en un ángulo poco saludable para el cuello y entrecerraras los ojos con rapidez.

Estuve cerca de diez minutos observando el extraño cuadro cuando una mano se puso en mi hombro y me sacó de mi trance.

—¿Dormiste bien anoche?

Era la voz femenina de Rosie.

Le fruncí el ceño y me encogí de hombros disimuladamente para tratar de sacarme su mano de encima. Tomé asiento en el simple sofá de tres plazas y contesté secamente:

—Fue una mierda. Me siento como el idiota más grande del planeta.

—Lo siento mucho —dijo ella en voz baja, sentándose en el asiento frente a mí. Su cabello rubio era tan largo que las puntas tocaban su estómago con ocho meses de embarazo mientras agachó la cabeza—. De veras lamento todo. No pensé que tu esposa reaccionaría de esa manera. Yo y mi gran boca...

—No fue tu culpa, yo fui el imbécil que la alteró. Deberías haber visto su cara cuando le pregunté... —un nudo se hizo en mi garganta al recordar la estúpida pregunta: ¿Soy yo el padre de esa bebé que esperas?—. Soy un imbécil.

Me levanté de un salto y comencé a avanzar hacia la puerta de la habitación, desesperado por disculparme y sentirme de nuevo bien con Anna, con volver al tiempo en el que nuestra única pelea era en ver o no a las tortugas (que dicho sea de paso no eran de mi agrado), o cuando cenábamos despreocupadamente en la cama después de haberla desordenado un poco. Tenía que buscarla.

—Adam, espera —la voz de Rosie me detuvo antes que llegara más lejos—. ¿No estarás pensando en buscarla, o sí?

Me quedé inmóvil por unos segundos, a punto de alcanzar la puerta.

—No debí dejarla sola anoche —murmuré—, Anna era mi responsabilidad y ayer me enojé bastante con lo que me contaste sobre visitar a mi hermano… y sobre lo demás.

El recuerdo de eso trajo ira a mis pensamientos. Anna no se iba a acercar ni a mil metros de él.

—Créeme, ella necesita tiempo para lamer sus heridas —contestó Rosie—. Soy una chica y creo saber cómo funciona esto. Si la buscas ahora mismo simplemente te cerrará la puerta en la cara. Dale tiempo y luego discuten esto juntos.

—¿Cuánto tiempo más tengo que esperar? Ya fue suficiente tortura por una noche. No debí alejarme de ella. La herí demasiado.

—Adam, cariño, no hiciste nada malo. Deberías mentalizarte a no creer que siempre tienes la culpa de todo; eres un gran chico y definitivamente daría lo que fuera por tener a alguien como tú a mi lado. Por eso te estoy diciendo esto, no dijiste nada que ella no pudiera contestar con sinceridad. Creo que fue estúpido que se enojara.

Escuché cómo hizo el esfuerzo por levantarse del sofá y caminar a mi lado hasta que su mano apretó mi hombro y lentamente me giró para que mis ojos se encontraran con su cara. Sus dedos se deslizaron por mi brazo y se detuvieron en mi muñeca.

—Eres un gran chico pero creo que aparecer ahora no sería realmente justo para ella.

Ella me guió de nuevo hacia el sofá, frente al retrato del gato abstracto.

—Además —añadió como si fuera una ocurrencia de última hora—, son las seis de la mañana. Probablemente esté durmiendo todavía.

Desvié la vista hacia el enorme reloj de la pared opuesta y comprobé que Rosie decía la verdad. Anna estaría aún dormida... y yo debería haber dormido junto a ella.

Era un cabrón, estábamos en nuestra luna de miel pero de repente se convirtió en una luna de vinagre desde el instante que Rosie recibió la llamada de una de las enfermeras de Aarón. Llamaron para confirmar si la visita de Annabelle Green era aprobada para el paciente. Inmediatamente reaccioné, aunque lamentaba la forma en la que perdí el control de todo.

—No tenía que haberle dicho lo que dije. Hubieras visto su rostro, estaba devastada y lastimada.

Rosie dio un largo suspiro, abrazándose a sí misma mientras trataba de envolver su suéter sobre sus hombros. No lo había notado antes pero ella seguía en bata y con el cabello adorablemente revuelto.

—¿Tampoco pudiste dormir? —pregunté observándola.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Mia no ha regresado todavía —dijo encogiéndose. Mia era su hermana mayor y antigua novia de Key.

Sí, Rosie estaba embarazada de Key aún cuando Mia fue el amor de su vida durante años.

—Lo cierto, Adam —habló ella, rompiendo el silencio—. Anna debió consultar contigo primero antes de arrebatadamente presentarse ante tu hermano. Lamento decírtelo pero ella parece que quiere esconderte todo, y eso duele porque sinceramente me pareció una buena persona. No sé si es el embarazo que alborota sus hormonas pero sigo pensando que sobreactuó este asunto.

Resoplé. Rosie no tenía idea de lo mucho que Anna y yo empezamos a ocultarnos cosas.

—Es mi culpa también. Las mentiras nos alejaron a ambos.

—Pues es hora de empezar a decir la verdad. De nuevo te digo, no creo que ella debió de reaccionar de esa forma. Tu solo querías saber y tenías todo el derecho a preguntar. Eso no significa que ames menos a ese bebé; significa que aunque no fuera tuyo siempre le darías tu amor y respaldo.

Su mano encontró de nuevo mi hombro y apretó con fuerza una segunda vez.

Ella tenía razón. Anna no tenía por qué reaccionar de esa forma.

Hablaría con ella dentro de unas horas y seguiríamos con nuestra luna de miel ahora que se sentía mejor y ya no seguía vomitando.

Todo estaría bien.

—Ahora duerme un poco más —ella se acercó hasta sentarse a mi lado, poniendo su cabeza en mi hombro y envolviendo una de sus manos sobre mi estómago—. Te ves cansado y patético.

Traté de sonreír un poco pero los músculos de mi cara no ayudaron en nada. Ellos estaban en huelga y al parecer se negaban a sonreírle a nadie más que no fuera Anna.

Pero estaba a punto de compensarlos en unas horas. Claro que lo haría.

///////

Mi intensión de haber pasado la noche en el hotel era para dormir con tranquilidad antes de marcharme, pero con lo que no conté fue con las pesadillas y el llanto que no me dejaron en ningún momento de la madrugada. Ahora, a plenas diez de la mañana me encontraba cansada, malhumorada y con hambre, sentada en un comedor a menos de veinte minutos del hotel.

El fastidioso taxista se negó a llevarme más lejos cuando se enteró, de mi propia boca, que había olvidado mi billetera en la mesita a la par de la cama y que me negaba a regresar por ella porque, a esas alturas, Adam ya se habría enterado que había escapado.

Llevaba más de dos horas sentada en la misma silla, frente a la misma mesa con mantel cuadriculado y cerca de las mismas camareras que se arreglaban sus sostenes de coco y subían sus faldas fabricadas con una tela tan transparente que enseñaban más allá de sus piernas, como si los lujuriosos comensales necesitaran ver más pechos de los que ellas ya exhibían con su atrevido atuendo.

Moría de hambre pero no me atreví a pedir nada muy costoso porque apenas y tenía lo suficiente para una botella de agua tamaño miniatura y una barrita de arroz con jengibre (“especialidad de la casa”).

Me dolía la espalda y todavía seguía sumamente herida al recordar cada palabra de Adam, preguntándome dónde estaba aquel chico que en sus votos matrimoniales había prometido cuidarme y protegerme.

Lo quería de vuelta. No, lo necesitaba de vuelta conmigo.

Mis ojos se estaban cerrando y sabía que tenía la boca ligeramente abierta pero no podía hacer nada que no fuera concentrarme en no caer dormida de la silla. Hasta que de repente, y de manera sorpresiva, alguien depositó un trozo de pastel de chocolate en mi mesa.

Abrí mis ojos, instantáneamente alerta y despierta. Una mano tocó mi espalda mientras se inclinaba para susurrarme.

—¿Desearías algo más?

El dueño de la voz, gracias al cielo, no era Adam. Pero al igual que él, se trataba de un chico.

Mis ojos se movieron al pastel frente a mí; olía delicioso y tenía un relleno de chocolate puro que se derretía por los costados del abundante trozo. Fruncí el ceño.

—Lo siento, yo no ordené eso.

—Lo sé —dijo el chico a mis espaldas, todavía no le había visto el rostro—. Me tomé el atrevimiento de prepararte una rebanada cuando vi cómo casi vomitabas la barrita de arroz.

Señaló con la mano la barrita en cuestión y se rió con cierta familiaridad. Entonces giré el rostro para verlo claramente y me sorprendió encontrarme con unos ojos azules como el cielo. El chico tenía cabello marrón, nariz ligeramente rota y un piercing atravesando su ceja izquierda. Era apuesto, o al menos lo era entre los estándares del gusto popular. Usaba un uniforme de camisa abotonada blanca y pantalón de tela negro que marcaba unas potentes y musculosas piernas de deportista; obviamente trabajaba en el local ya que llevaba el logo impreso del restaurante en el costado de su camisa.

—Lo siento —volví a repetir, tragando saliva cuando observé una vez más el delicioso trozo de manjar en la mesa—, pero yo no puedo pagarlo.

—La casa invita —sonrió ampliamente.

Yo negué con la cabeza, alejando el pastel.

—No estoy segura de que deba.

—Oh, vamos —tomó la silla vacía frente a mí y le dio la vuelta para sentarse al revés, de manera que sus codos se apoyaran en el respaldar—, sé que quieres devorarlo. Además es gratis, no te cobraré nada por él.

Miré a mi alrededor en busca de alguna mesera que me mirara recriminatoriamente, pero ninguna observaba nuestra mesa, prestaban más atención al grupo de hombres que preferían desnudarlas con la vista a plena hora del desayuno.

—¿Estás seguro que tu jefe no te regañará? —pregunté ya con la cuchara en mano, acercando el platillo que despedía olor a chocolate y pan casero.

—Estoy seguro ya que el jefe es mi mejor amigo, somos socios. Además yo soy el chef, así que si dice algo, simplemente me pongo en huelga y la cena de hoy la dejaría en manos de "Las Cuatro Fantásticas" que no saben ni freír un huevo —señaló a las cuatro camareras que se dividían por todo el lugar, retocando sus labios con más lápiz labial y ajustando sus sostenes de cocos.

—Bien —murmuré—. Me lo comeré.

No esperé a escuchar su respuesta cuando ya estaba engullendo el pastel casi con los dedos.

—¿Tú lo hiciste? —pregunté con la boca llena, el trozo era celestialmente sabroso.

—Sí, es una de mis especialidades.

—Está delicioso.

Tragué con fuerza y continué con la labor. Mientras comía la mitad, noté a la olvidada barrita de arroz aún sin tocar en el plato.

—Lamento lo del otro platillo —me disculpé—, las barras de arroz no son lo mío. Pero definitivamente tienen buen sabor.

—Yo sé que me estás mintiendo —bromeó—, esas barras son horribles. Fueron un experimento mal hecho que se quedaron simplemente porque de vez en cuando, cada luna llena, atraen a hermosas jovencitas de ojos… —se acercó a mi cara para ver mejor mis ojos, al parecer— grises.

—Claro, y seguro ese comentario te hubiera funcionado de no ser por este pequeño detalle —señalé mi redondeado vientre.

Esperé ver la sorpresa cruzando su rostro, pero en cambio se rió y negó con la cabeza, como si lo hubiera subestimado o como si ya se hubiera percatado de mi embarazo desde el momento en que entré al local.

—Sí —habló con una sonrisa en los labios—, ya lo había notado. Es algo bastante pequeño a tomar en cuenta pero aún así logré verlo bien. También logré ver ese otro pequeñísimo detalle.

Señaló el dedo donde mantenía mi anillo de bodas.

Hice una mueca cuando recordé el por qué me encontraba comiendo sola en primer lugar: Adam.

Sonreí sin enseñar mis dientes llenos de chocolate y asentí con la cabeza.

—Se supone que estoy en mi luna de miel —comenté con cierto rencor.

—¿Y dónde está el novio y, supongo, padre de tu hijo?

Resoplé.

—Está con la señorita “trasero frondoso y pelo color más amarillo que el sol”.

—¿Auch?

—Así es.

—Pues sí que se lo pierde en grande. Comes muy divertido, incluso haces agradables sonidos de gatito cuando tragas.

Me sonrojé un poco y disminuí la velocidad con la que consumía el pastel.

—No, por favor, continúa. Es agradable —dijo él cuando vio que me detuve.

—Lamento mis modales, en verdad, pero es que a veces mi estómago se desenfrena y la única manera de apaciguarlo es con comida, en muchas cantidades.

—Entiendo, no te preocupes. ¿Quieres algo de beber? ¿Qué tal una soda? La casa invita, claro.

—De acuerdo —respondí con cierta confusión.

—Por cierto, no nos hemos presentado. Soy Diego —extendió su mano para que la tomara—, veintidós años, Sagitario y fanático de los sándwiches de helado.

Se levantó de la silla y se movió hacia la barra de pedidos, de donde sacó dos sodas de uva en lata y luego regresó a su asiento y me entregó el refresco.

—Soy Anna. Diecinueve años, embarazada, de luna de miel y muy, muy enojada con mi esposo —dije.

—Ya veo. ¿Estás escondiéndote?

—Más bien estoy huyendo. Pero no se puede considerar huir a olvidarte de tu dinero en efectivo y esperar, en secreto, que tu esposo entre por esa puerta y llore pidiendo perdón de rodillas, con los pantalones rasgados y la mirada desesperada por no haberme visto esta mañana… ¿y lo peor? Estar dispuesta a dejar toda la ira si él me dice cuánto lamenta ser un imbécil al que le gusta romperme el corazón en millones de pedacitos y de astillas. Y es triste esperar eso porque ni siquiera me ha llamado, y lo sé porque no me he despegado del teléfono.

Respiré hondo después de ese largo discurso y pude notar que mis ojos se empañaban levemente con las lágrimas no derramadas.

Diego se quedó callado por un momento, inclinando la cabeza como si estuviera procesando la información. Finalmente asintió y me sonrió con la misma facilidad de antes. Había algo realmente familiar en él pero no lograba saber qué.

—Te entiendo —dijo asintiendo con la cabeza—, el amor puede ser idiota algunas veces. Me ha sucedido más de lo que me gustaría en realidad. ¿Puedo preguntar por qué los pantalones rasgados?

Tragué el nudo en mi garganta y forcé a mi voz a tranquilizarse.

—Porque así sabré lo miserable que se sintió sin mí.

—Umm… ya puedo imaginarlo. Y dime, ¿estás segura con eso de escapar? ¿Tanto quieres huir de él?

—Si me hubieras preguntado hace unas horas te hubiera dicho que jamás hablaría de nuevo con él, ni aunque lo estuvieran violando siete enanos y un unicornio salvaje y yo fuera su única ayuda en todo el mundo —hice una pausa cuando escuché la risa disimulada de Diego—. Ahora lo veo inútil, mi resolución se vino al suelo, sigo sin querer mirarlo a la cara de nuevo pero sufro si de igual forma no lo tengo. Al menos quiero estar enojada por hoy... o por el resto del año. Él dijo cosas muy feas y creyó la palabra de una zorra carismática antes de creer en la mía, no puedo dejar pasar eso así de fácil.

Y ahora que lo pensaba, Adam no me había dicho cómo era que la tipa de dos cabezas sabía que yo quería visitar a su hermano.

—Como dice mi abuela —la voz de Diego me sacó de mis cavilaciones—: la forma más fácil para desenredar un nudo es cortándolo de raíz. Sería bueno que hablaras con él.

Negué frenéticamente con la cabeza, dándole un sorbo a mi bebida de uva, viendo al chico de ojos azules hacer lo mismo con su soda.

—Lo nuestro va más allá de una simple charla —no sabía por qué le contaba a un perfecto extraño mis problemas pero sentía la necesidad de hablar con alguien, desahogarme con quien sea.

—Lamento escuchar eso. Pero soy de los que piensan que todas las cosas tienen reparo; más cuando se trata de una relación.

—Esta vez no estoy tan segura de eso —murmuré, dejando el pastel sin terminar, mi estómago sufriendo falta de apetito repentino—. Pero no hablemos más de eso, ¿sí?

Diego asintió con la cabeza.

—De acuerdo, prometo cambiar de tema —él imitó poner un zipper en su boca y se puso de pie—. Bien, por más que me guste pasar el tiempo contigo tengo clientes que atender. Espero nunca ganarme tu enemistad como para que desees que siete unicornios y un enano (o era al revés) quisieran abusar de mí. Este lugar puede ser tu escondite hasta las siete de la noche; eres bienvenida de pedir lo que desees, va por mi cuenta.

—Gracias... por todo. ¿Por qué eres tan amable conmigo?

—Porque veo que lo necesitas. ¿A quién no le gusta un poco de compañía y un trozo de pastel cuando más solo y deprimido se siente? —se encogió de hombros—. Ahora si me disculpas, tengo que regresar a la cocina.

Hizo una exagerada reverencia y luego se retiró mientras yo todavía me devanaba los sesos por pensar en si conocía o no al chico porque su cara no dejaba de hacérseme familiar.

Pasar toda la mañana en un restaurante era mortalmente aburrido. Como teníamos la orilla de la playa a una corta distancia decidí abandonar el lugar seguro de mi silla y caminar por donde las olas golpearan los dedos de mis pies.

Casi al instante de haber caminado por la arena, un calambre hizo que me tambaleara y tuviera que sujetarme el estómago. Este todavía seguía resentido por la gripe que me plantó en cama por tres días, tenía que tomarme las cosas con calma.

Tal vez lo más sensato de hacer era regresar al hotel pero no me veía tentada de escuchar a Adam decir que su gran amiga Rosie me acusaba ahora de cualquier estupidez que a la tipa se le viniera en gana.

Odiaba esta situación, la detestaba.

Tampoco sabía por qué no me iba directamente a casa de mi madre a refugiarme en sus brazos llenos de múltiples pulseras baratas y su famoso té de chocolate blanco que de alguna forma lograba alegrar mis días, o su actitud de "ya superé por completo dedicarme a leer la fortuna de la gente pero secretamente todavía acepto clientes".

Ufff, pero seguro también tendría que contarle la verdad a mamá, y decírselo a ella implicaba decírselo también a mi padre y eso sería motivo de tercera guerra mundial.

Tenía tantas ganas de llorar al pensar lo que haría una vez llegara a casa, pero desde el momento en que Adam pronunció las palabras más hirientes que me había dicho nunca, la decisión fue tomada. Iba a separarme de él antes que termináramos haciéndonos más daño. O al menos creía que eso era lo mejor para los dos. No quería ni imaginarme la cara de la pequeña Nicole cuando se enterara. Me miraría de una forma miserable por haberle roto el corazón a toda la familia.

Ese fue uno de mis últimos pensamientos antes de que otro calambre sacudiera mi sensible estómago y me hiciera vomitar sobre la arena, todavía preocupada.

////////

Me.quedé.jodidamente.dormido.

Eran más de las once de la mañana y mi mejilla seguía pegada al borde del sofá de la sala. Si no hubiera sido por los quejidos y los gritos de alguien en la habitación de al lado, jamás me hubiera despertado.

Parpadeé varias veces hasta que los gritos aumentaron e hicieron que mi mente nublada se peleara con el sueño.

Anna. Tenía que buscarla. Ella debía estar gritando.

Entonces lo entendí mucho antes de ponerme de pie: no era Anna la que gritaba, era Rosie. Los gritos aumentaron junto con los jadeos ahogados de ella pidiendo ayuda.

Mierda. Mierda.

Me desperté por completo y corrí a su habitación. Ella se encontraba encorvada en la cama, con las sábanas enredadas en sus puños.

—¡Adam! —chilló al verme. Su frente estaba llena de sudor y jadeaba bastante. Era definitivamente lo que yo creía que era, esto me lo habían enseñado en las extrañas clases prenatales a las que fui con Anna.

Mierda. Rosie estaba teniendo contracciones; era muy probable que estuviera a punto de dar a luz.

Corrí a su lado y me agaché para estar a su altura encorvada.

—¿Rosie? ¿Qué hago? ¿Quieres que te lleve al hospital o llame a emergencias?

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—Estoy bien, lo juuuu... ¡Ahh! —cerró los ojos y se sujetó el estómago con fuerza mientras alargaba la última palabra en esa oración. Su piel se enrojeció por el dolor, provocando que lágrimas se escaparan de sus ojos—. De acuerdo, hospital, ahora. Llévame.

—¿Dónde están tus cosas?

Ella señaló una maleta roja ubicada sobre un mueble y corrí a buscarla.

Traté de hacer que se levantara muy despacio de la cama pero apenas y podía moverse. Llevé mis manos detrás de sus rodillas y con poco esfuerzo ya la tenía entre mis brazos, levantándola para trasladarnos hacia el hospital.

De alguna forma pude llegar con ella hasta el elevador y luego al lobby en donde causé gran revuelo entre los empleados y clientes del hotel. Uno de ellos me ayudó a cuidar de Rosie mientras yo hacía una parada rápida en la recepción para comprobar mi teléfono y llamar a Anna y no preocuparla cuando no me viera en la habitación.

Precisamente lo tenía descargado. El inútil teléfono se descargó. ¡Mierda!

Corrí hacia el tipo que parecía gerente detrás del mueble de recepción y le lancé mi teléfono, resbalando de mi mano a su hombro. El apenas y pudo atraparlo antes que cayera al suelo.

—¡Por favor póngalo a cargar y llame a la habitación 613. Dígale a mi esposa que tuve que irme al hospital!

El hombre al que prácticamente le grité el mensaje se encontraba muy confundido, dividiendo su atención entre los gritos de Rosie que aún seguía en mi espera, y entre escuchar lo que le decía.

—¿Habitación 613? ¿La otra chica embarazada? —preguntó después de unos segundos.

Asentí con la cabeza y me incliné más cerca del mostrador para darle énfasis a mis palabras.

—¡Llámela inmediatamente! Dígale que se quede tranquila que yo ya vuelvo. Mi celular se descargó, vengo por él luego.

—Pero señor, la señorita se fu...

—Estaré probablemente en el hospital más cercano —comencé a caminar lejos del sujeto, ignorando cualquier cosa que decía. No tenía mucho tiempo para eso—, no se olvide decirle.

Corrí hacia el estacionamiento donde un par de hombres me ayudaron a acomodar a Rosie en el asiento trasero de mi auto; con eso me dediqué a intentar poner la llave correctamente antes de arrancar e irnos.

Podía escuchar a Rosie suspirando y dando leves patadas al asiento mientras yo intentaba asegurarme que todo estaba en su lugar.

Uno de los hombres que me ayudó se ofreció a acompañarme pero lo despaché con un simple gracias y un gesto de mano.

Arranqué sin mirar atrás.

—Tranquila —dije, respirando en fuertes jadeos que igualaban los de mi amiga—. A Anna le decían que respirara mucho en sus clases prenatales, creo que deberías hacerlo.

Rosie rechinó los dientes audiblemente.

—Yo asistí a la misma clase con ella —gruñó mientras atacaba el asiento a su lado con fuertes puños—. Respirar es una basura. Intenta respirar cuando logres sacar de tus testículos a un elefante bebé, luego hablamos de respiraciones.

Wow, ¿Anna se pondría igual de agresiva cuando estuviera en labor de parto? A estas alturas tendría que recubrir los asientos con material amortiguador de golpes.

Rosie pateó una vez más el asiento frente a ella y gimió con violencia.

—Casi lo olvido. Hay que llamar a Key para avisarle, ¿tienes tu teléfono? —pregunté. Sinceramente yo no sabía manejar esta situación. Me sentía fuera de mi elemento.

—No sé si lo traje, creo que lo dejé en mi mesita de noche.

Volvió a gritar, y luego, milagrosamente, se calló.

—Dios, eso fue feo —sonrió más tranquila—. Pero ya pasó… seguro no es nada…

Se quedó con la palabra en la boca cuando sus ojos se ampliaron de repente y pude ver por el retrovisor que ella miraba mucho entre sus piernas.

—Eh… —finalmente habló—. Definitivamente pagaré por esto, no te preocupes.

—¿Pagarás por qué?

—Por la limpieza de tu auto. Es que acabo de romper fuentes. Ensucié un poco el asiento…

Antes de que pudiera procesar lo que acababa de decirme, sus gritos estaban volviendo, y vaya si volvieron con más fuerza que antes.

—Muy posiblemente también tenga que pagar por esto —dijo ella en medio de los gritos y el llanto. Levantó un pedazo de lo que parecía… ¿Era eso la tapicería del asiento? Sí, lo era.

Increíble. Destruyó el asiento.

Wow… simplemente wow.

Después de eso conduje como poseso; no me detuve hasta que estuvimos justo afuera del hospital y recibí ayuda por parte de dos enfermeros.

Antes que se llevaran a Rosie en una silla de rueda, ella extendió su mano y tomó un puñado de mi camiseta.

—Sé que te parecerá una locura pero de verdad necesito esto —ella se empujó hacia arriba, hasta que su rostro quedó a la misma altura que el mío y de pronto sus labios estaba chocando contra mis labios. Me tomó del cuello de la camisa y profundizó el beso hasta que se cansó de permanecer levantada y me arrastró en el beso aun cuando ella tomó asiento.

Finalmente me soltó y me miró con ternura.

—Emilia tenía buenos gustos —murmuró cerca de mi boca—.Ya sabes, éramos hermanas y eso… totalmente te aprobaría en estos momentos.

Mi mandíbula se tensó al oír eso.

—Ella y tú probablemente estuvieran casados ahora. No estoy diciendo que Anna sea una mala persona, pero Emilia hubiera entendido por lo que estuvieras pasando. Sabes que ella era prácticamente una santa.

Torcí el gesto, dando una señal imperceptible a los enfermeros para que se la llevaran. Aunque Rosie volvió a tomar un puñado de mi camiseta para impedir que fueran más lejos.

—Por favor, solo te pido una cosa más antes de dejar que me lleven —tocó involuntariamente su estómago cuando otra contracción la atacó—. Bésame una última vez. Te lo suplico.

Y como siempre me sucedía cuando la miraba, pude ver a Emilia en ella, a esa pequeña que murió siendo demasiado joven. No podía decirle que no. Mi culpabilidad no me dejaba.

Entonces la besé, y luego otra vez hasta que finalmente me separé para dejarla avanzar, viendo cómo su pelo rubio ondeaba con el viento y escuchando sus leves quejidos de dolor.

Me sentía un imbécil.

//////

—De verdad lamento todo esto —dije realmente apenada con Diego. Su mano se envolvía entre las mías mientras me guiaba hacia el asiento trasero de su vehículo.

—No tienes por qué sentirte avergonzada. ¿Te sientes mejor? De igual forma te dije que conocía a alguien que tenía mucha experiencia en situaciones similares a esta.

Mi rostro debió ponerse pálido porque el chico se detuvo abruptamente y me examinó con detenimiento.

—¿Te duele demasiado?

Asentí con la cabeza mientras me sujetaba el estómago. Era otro calambre.

Cada uno era más fuerte que el anterior. Dolía con D mayúscula.

Había tenido que pedirle ayuda a Diego cuando uno de ellos se volvió demasiado como para soportar. Él inmediatamente buscó un reemplazo y me subió a su auto aparcado en las afueras del restaurante.

—Vamos —continuó tirando de mi mano, ayudándome a subir finalmente al auto—. Mi abuela es experta en partos. Al menos ella asegura serlo.

Esperaba que fuera cierto y no se estuviera aprovechando para llevarme a otro lado. Adam me había dejado traumada con las historias que me contaba sobre los ladrones de bebés o ladrones de órganos que se pusieron muy de moda en los noticieros.

Sacudí la cabeza, Diego se miraba realmente confiable.

—Bien —murmuré de mala gana cuando otro dolor me siguió. No quería alarmarme pero definitivamente podía sentir líquido deslizándose entre mis piernas.

Pero era imposible. Yo ni siquiera tenía los siete meses sino hasta dentro de una semana. No era el tiempo todavía para que nacieran los bebés.

—Estás muy pálida —dijo Diego con voz preocupada. Llevó el teléfono a su oreja y continuó marcando a quien sea el que llamara—. No contesta… Esto es malo. Eres la chica de Adam, ¿verdad?

Asentí distraídamente, asustada por querer saber de dónde se suponía que lo conocía.

Junté mis rodillas mientras me mordía el labio, intentando superar el dolor pero me costaba cada vez más.

—¿Lo conoces? —murmuré adolorida—. ¿Cómo?

Pude ver sus cejas elevarse mientras nos sacaba del estacionamiento y empezaba a recorrer las calles.

—¿No me recuerdas? Pensé que te ibas a acordar. Yo estuve esa noche en tu despedida de soltera, conozco a tu esposo por la pelea dura que nos dio. Yo era uno de los strippers.

Condujo aún más rápido, saltándose varias señales en rojo hasta que al fin pareció relajarse cuando nos detuvimos frente a una casa de dos plantas, ladrillos rojos, vigas expuestas y un césped abundante al frente.

—Llegamos —anunció.

Grandioso. En compañía de un stripper que sabía de alguna forma el número de Adam, en una casa desconocida, con un dolor del infierno quemando en mi vientre.

Perfecto.

Bajé la vista cuando el mismo dolor agudo y la misma sensación de líquido entre mis piernas me hicieron observar hacia ese lugar en particular. Chillé un poco cuando noté que la tela de mi ropa se encontraba manchada con una ligera línea de sangre.

Me paralicé por completo, entrando en pánico.

Esto no era bueno. Nada bueno.

No quería admitirlo pero necesitaba a Adam a mi lado. ¿Dónde estaba él?

Capítulo 18

¿Cuántos Noahs son suficientes Noahs?

Rosie fue ingresada en una habitación y luego fue llevada directamente a la sala de partos, en donde ella me suplicó que no la dejara sola mientras esperaba a que Key se apareciera y no se perdiera el momento exacto en el que conocería a su bebé.

Ahora ella sostenía mi mano como si yo me fuera a desmaterializar en cualquier segundo. Apretaba mis dedos cada vez que venía una fuerte contracción hasta que se tranquilizaba y su respiración se acompasaba.

Al poco tiempo, una enfermera la revisó y le indicó que estaba lo suficientemente dilatada como para comenzar el parto. El bebé ya venía en camino.

—¿Key no ha venido? —me preguntó Rosie, en sus ojos se podía ver el pánico que la invadía.

—Lo siento, no traje mi teléfono y ya las enfermeras hicieron el favor de avisar. No tardará en venir.

Esa era una pequeña mentira ya que estábamos a unas dos o tres horas lejos de casa... Definitivamente él tardaría en llegar.

—No me dejes, Adam —suplicó ella con lágrimas en los ojos cuando llegaron los del equipo médico para atenderla—. Si Key no puede venir, por favor entra tú conmigo.

Antes de que pudiera decir algo, una enfermera negó estrepitosamente con la cabeza.

—Solo se permiten familiares... o al padre del bebé —dijo ella mientras le tomaba la presión sanguínea. La mujer debía andar por sus cuarentas pero se miraba de mayor edad gracias a la mueca de amargura permanente en su cara.

Iba a disculparme con Rosie, cuando ella comenzó a gritar muy fuerte.

—¡Llama a Mia! —chilló otra vez justo cuando una contracción la atacó demasiado fuerte—. Mi hermana sigue en el hotel...

Cerró los ojos y apretó mi mano hasta el punto en el que pensé que me quebraría algunos huesos.

La misma enfermera amargada se acercó hacia mí y me tomó del codo, llevándome hacia el lado opuesto de la habitación, directo a la salida. Me encontraba indeciso sobre si salirme o hacer algo para quedarme.

—¡Adam! —gritó Rosie antes que me sacaran del todo. Su mirada me decía lo desgarrada que se sentía sin ningún conocido a su lado, sus ojos me suplicaban que me quedara con ella.

Si Emilia no se hubiera suicidado hace ya tanto tiempo atrás, ella luciría exactamente igual a Rosie ya que ambas compartían casi los mismos rasgos. Al ver sus ojos azules me entró el remordimiento y la culpa. Claro, Rosie ya sabía todo lo ocurrido con su hermana, se lo había contado meses después de su muerte, pero ella nunca me culpó de lo sucedido y me ayudó a sobrellevar la carga, sintiéndose dolida porque se lo ocultara durante tanto tiempo pero a la vez logró perdonarme con facilidad por haberme callado. Ahora era Rosie la que me necesitaba en este momento y yo no podía marcharme cuando lucía así de... vacía.

Con cuidado me zafé del agarre de la mujer quien me llevaba de salida, y me planté junto a la camilla de mi amiga.

—Me quedo —dije con cierto tono de autoridad, dirigiendo mis siguientes palabras hacia la enfermera con expresión aburrida. Iba a pronunciar las palabras que me harían ganar el título de tonto, pero eran para ayudar a una amiga... una amiga que quería lo mejor para mí y para Anna, así que lo haría, las diría—, y me quedo porque yo soy el encargado de ese bebé. Yo me hago responsable por él.

—¿Es usted el padre? —me interrogó la mujer, mostrándose escéptica.

No dije nada pero ella ni siquiera esperó una respuesta cuando ya se encontraba ladrando órdenes a alguien para que volvieran a llamar al doctor que atendería el parto.

Tragué saliva, declarando una guerra interna que me hundía poco a poco.

Rosie me dedicó una sonrisa cansada y alargó la mano para estrechar la mía.

—Gracias —murmuró—. No sabes lo mucho que aprecio que te quedes.

—Es lo menos que podía hacer después de que te mostraras comprensiva con mi situación con Anna.

—Hablando de eso, no te enojes con ella, ¿quieres? Pensé que tú ya sabías lo de su visita para ver a tu hermano. Lo siento, también lamento haberte contado lo otro.

Apreté mi mandíbula por un instante antes de obligarme a relajarla. Ese asunto seguía molestándome bastante.

—No te preocupes. Hablaré con ella cuando pueda.

Antes de decir algo más, Rosie ya se encontraba gritando de nuevo; a tiempo se asomó el doctor para comenzar.

///////

La sangre se había detenido, dejando una mancha un poco notable en mi ropa pero al menos ya no tenía que preocuparme... o eso me dijo la abuela de Diego quien se había portado muy amable conmigo. Por un momento pensé que se trataba de un aborto espontáneo pero ella se encargó de tranquilizarme y de explicarme que la pérdida de sangre no fue mucha como para crear una situación alarmante pero sí lo suficiente como para poner un llamado de atención. Era por el estrés, tenía que descansar y más cuando mi embarazo era múltiple. Si no empezaba a dormir bien y a tranquilizarme, podía complicar los riesgos de la salud de mis niñas.

Por supuesto, como si relajarme fuera fácil en estos momentos.

Por suerte para mí había subido mi pequeña maleta al auto de Diego y pude cambiarme con facilidad, poniéndome mis leggins favoritas y mi camisa de cuello bajo de color azul celeste que hacía resaltar mis ojos grises.

La casa de la abuela de Diego era acogedora y muy bonita. De dos pisos, con aire antiguo pero a la vez pacífico. Todo influía para hacerme sentir mejor.

—¿Ya mejor, chica Walker? —dijo Diego, asustándome cuando entró en el comedor donde yo me encontraba con una taza de té en las manos.

Él se sentó a mi lado y pasó su mano por mis hombros.

—¿Chica Walker? ¿Necesito preocuparme porque tengas el número de mi... de Adam? —iba a decir esposo pero la palabra se negaba a salir ahora que quería tenerlo cerca pero no podía porque él seguía enojado conmigo y yo seguía enojada con él.

Diego suspiró a mi lado.

—Lo conocí en tu despedida de soltera. Él me pagó una pequeña fortuna por dejarlo entrar y prestarle un uniforme de trabajo mientras se colaba en la fiesta para ir tras de ti. Después de eso me dio su número de teléfono y un jugoso anticipo a cambio de informarle si te aparecías en el club otra vez, sola o acompañada.

—¿Qué? ¿Te pagó para que me vigilaras?

Quitó su mano de mis hombros, como si presintiera que estaba a punto de golpearlo en cualquier segundo.

—No pregunté por sus razones, pero el chico de verdad se miraba desesperado porque lo llamara si tú volvías a poner un solo pie en ese lugar.

—No es justo —murmuré enojada—, él sí puede prohibirme ver gente... o hacer cosas, y yo, cuando le digo que sus amiguitas son zorras de piernas flojas, decide no creerme y me ignora.

Apreté mi mandíbula con fuerza, dejando el té de lado, sobre la mesa.

—Respira hondo —murmuró el chef/stripper con ceja perforada—, tu presión puede volver a subir y la abuela me golpeará en la cabeza por no cuidarte mientras ella está unos minutos en el baño.

Me obligué a respirar con más naturalidad.

—Bien. Pero es solo otra cosa que empiezo a detestar de Adam. Ojala de verdad lo violaran diez unicornios salvajes.

—¿No eran siete?

—Entre más, mejor.

—De acuerdo... —el timbre de su teléfono interrumpió lo que sea que fuera a decir—. Eh, perdón, debo contestar, es mi novia.

Se puso de pie no sin antes darme una ridícula reverencia y llevar el teléfono a su oreja.

—¿Hola? ¡Mi amor! —se perdió en la siguiente habitación, dejándome a mis anchas en el modesto comedor de su abuela.

Era obvio que él no estaría soltero; parecía buen chico, atractivo a su manera y con bonita personalidad. Tampoco era como si yo lo estuviera analizando desde el punto de vista romántico, porque aunque Adam no me mereciera, yo no entraría en el juego de la infidelidad.

No estuve sola por mucho tiempo ya que la abuela del susodicho apareció bajando las escaleras y sentándose frente a mí.

Llevaba una falda larga y acampanada que lucía vaporosa cada vez que la suave brisa nos golpeaba desde la ventana.

La señora era de cabello canoso, mas sin embargo ella no lucía como alguien de la tercera edad. Su cuerpo era robusto y su piel se miraba más blanca que el papel. Me sonrió al acercarse y ocupó el asiento que Diego había usado hace unos instantes atrás.

—¿Ya te sientes mejor? —preguntó amablemente—. Sé que puede ser algo mortificante estar rodeada de desconocidos, pero mi nieto es una buena persona y me alegra que te trajera a tiempo.

Le devolví la sonrisa. Ella insistió en que tomara una segunda opinión de alguien profesional pero sentía que ya no la necesitaba. De igual forma terminó convenciendo a su nieto para que me llevara al hospital más cercano a que me revisaran.

—Sé que su nieto es magnifico... Y entiendo que también pudo haberse sentido incómoda alojando a una extraña.

Ella hizo un gesto con la mano, restándole importancia al asunto.

—En esta casa sobran las habitaciones, eres más que bienvenida.

—Muchas gracias señora Ross.

—Por favor, llámame Lila. Me siento demasiado mayor cuando me dicen Sra. Ross.

Me guiñó un ojo y se levantó de su silla para caminar directamente a la cocina que se encontraba cruzando el comedor.

—Te traeré galletas de almendras con caramelo que acabo de hornear —dijo con serenidad.

No pude negarme, mi estómago ya estaba haciendo sonidos de ultratumba, protestando del hambre… nuevamente.

Me levanté para seguir a la señora Ross pero ella fue me regresó al comedor cuando intenté ayudarle a cargar la bandeja de las recién horneadas galletas.

—Pero qué se hizo ese muchacho —dijo ella cuando juntas tomábamos nuestros asientos—. Te va a acompañar a una rápida revisión en el hospital (que es lo primero que tuvo que haber hecho), y luego te llevará a donde te estés quedando.

Aparté la mirada de sus ojos escrutadores y me ahorré de decirle que si regresaba al hotel sería únicamente para recuperar mi billetera.

Luego di un buen mordisco a la galleta y... ya nada fue lo mismo. La cosa era tan deliciosa que se deshacía en la boca.

—Adivino que su nieto aprendió a cocinar de usted. Están muy buenas.

—Exactamente. Solíamos tener un restaurante... Bueno, más como una pequeña cafetería, con mi marido pero tuvimos que cerrar hace un par de meses; a pesar de eso Diego se mantuvo en la rama de la comida al igual que nosotros.

Él se había quedado en la rama de la comida y en la del baile exótico. Pero no abrí mi boca por temor a no saber si ella ya estaba informada sobre eso.

—¿Una cafetería? —pregunté—. Su rostro se me hace bastante conocido.

Era la verdad. Ella me parecía vagamente familiar, así como el rostro de Diego me pareció familiar desde un comienzo, pero no recordaba dónde la había visto.

—¡Tal vez entraste a mi cafetería en algún momento! Solía atraer a mis clientes regalándoles pequeñas rebanadas de pan.

No, definitivamente no me acordaba.

Me encogí de hombros, comiendo en un cómodo silencio y devorando bastante de las galletas.

—Diego me dijo que sabía de partos —finalmente hablé cuando me obligué a detener mi apetito.

—Así es. Hace diez años trabajaba en un hospital público, pero me retiré rápidamente cuando me casé y me dediqué a lo que verdaderamente me apasionaba: la comida. Todavía guardo el conocimiento pero es bueno que verifiques sobre el diagnostico que te di. ¿Dónde se metió Diego?

Y como si lo hubieran convocado, en ese momento apareció él con una sonrisa en la cara.

—¡Aquí estoy! Culpable —tomó una galleta y se la llevó a la boca, saboreando con lentitud—. ¿Estás lista Anna?

—Me siento muy avergonzada por quitarte tu tiempo —murmuré.

—Oh, no te preocupes. De todas formas mi novia me acaba de llamar para decirme que su hermana menor está dando a luz en el hospital, me reuniré con ella allá. ¿Puedes creer esa coincidencia?

—Wow, ¿en serio? Bueno, al menos no te estoy atrasando.

Me sonrió con simpatía y sacó de su bolsillo las llaves del auto.

—Entonces vamos, yo te acompaño.

//////

Parecía impresionante la velocidad y la eficacia con la que Rosie dio a luz. Tardó veinte minutos en traer a este mundo un muy saludable y hermoso niño.

La experiencia en sí fue muy aterradora. Rosie había comenzado a pujar y lo siguiente que pasó fue que el bebé ya estaba saliendo.

Al final tanto grito no fue necesario porque ahora ella ya se encontraba mejor, feliz, aliviada. Aunque Key todavía no aparecía, al menos pude avisarle a la hermana mayor de Rosie, quien me aseguró que ya venía en camino.

—Gracias por quedarte a mi lado —dijo ella con voz suave. Sus ojos seguían acuosos de todo lo que había llorado al ver a su hijo por primera vez.

—No hay problema, hermosa. Trata de dormir algo... Aunque creo que traerán al pequeño pronto.

Ella asintió, con mirada ausente.

En poco tiempo llamaron a la puerta de su habitación y en seguida entró una enfermera con el bebé dentro de una cuna de hospital.

—Es hora de darle de comer —murmuró ella ajustándolo a orillas de la camilla de Rosie.

El bebé era precioso. Tan frágil y pequeño que yo no sabía ni qué hacer.

Sus manos eran tan pequeñas y su cabello era del tono perfecto de dorado. Piel pálida y pecosa, hermoso.

Por alguna razón la enfermera lo puso en mis brazos y me dijo que me acercara a Rosie.

Lo siguiente que supe fue que ella estaba sacando una cámara fotográfica y la apuntaba en nuestra dirección.

—Espero que no les moleste. Siempre tomamos una foto de todos los niños recién nacidos en este hospital junto a sus padres, pegamos las fotografías en el mural que está al fondo —explicó la chica.

—Oh no —negó Rosie, su rostro se puso rojo de vergüenza—. Él no es el padre de mi bebé.

Bajó la cabeza para ocultar su rubor y luego sonrió amablemente a la chica todavía con la cámara.

—Pero sí aceptamos una foto como amigos —dijo en su lugar.

Yo aprobé con un asentimiento de cabeza, y la enfermera se apresuró a tomar la foto.

Nos dejó solos después de eso, prometiendo que hoy mismo se añadiría a la colección en el mural. Luego de darle unas indicaciones a Rosie, se marchó cerrando cuidadosamente la puerta.

—Espero que no te haya molestado —murmuró Rosie—. De verdad que aprecio que te quedaras a mi lado, pero bien sabes que no eres el responsable por este bebé.

Lo tomó en sus manos y lo acarició lentamente y con cuidado.

—Para mí no es ningún problema —dije encogiéndome de hombros—. ¿Y finalmente sabes qué nombre le vas a poner?

Ella hizo una mueca graciosa con la nariz y luego negó con la cabeza.

—No lo sé, solo se me ocurren nombres tontos y no quiero que mi hijo se llame Bruce Lee o Wilbur.

Casi me rio pero Rosie me amenazó con una mirada para que no lo hiciera.

—¿Sabes? —comenté después de unos segundos—. Anna y yo elegimos los nombres de todos nuestros hijos el otro día. Nuestra niña que viene en camino se llamará Belle, y los siguientes que le seguirán serán Bella y Noah; así nuestra familia de seis tendrán letras en común.

—¿Letras en común? No entiendo.

—Sí, ya sabes, Anna y Adam, A y A. Belle y Bella, B y B. Nicole (mi sobrina) y Noah, N y N. Estoy seguro que nos ganaremos nuestro propio reality show. Adiós a las Kardashians, hola a los Walkers.

Rosie se echó a reír alto y fuerte; detuvo su risa cuando notó que el bebé comenzó a protestar.

—Me gusta tu teoría... y también me encanta el nombre Noah.

Se mordió el labio mientras contemplaba a su hijo y le hacía mimos.

—Sé que esto sonará envidioso —dijo ella luego de unos momentos—, pero... ¿Le puedo poner Noah al bebé? Es que sólo míralo, tiene cara de Noah.

Traté de relajar el rostro para no expresar el pequeño disgusto que me provocó aquello. ¿Quería llamarlo Noah?

Sacudí mi cabeza y sonreí. Ella era libre de elegir el nombre; además, no era exclusivo solamente para Anna o para mí.

—Adelante, este amiguito sería un perfecto Noah. Solo recuerda comentárselo a Key. Ustedes tal vez quieran discutir sobre eso más adelante.

Ella asintió, entusiasmada.

—¡Entonces ese es, se llamará Noah! Me encanta ese nombre, estoy segura que a Key también le gustará. ¿Cómo se te ocurrió?

—Umm, es una larga historia... En ese tiempo quería ganarme el corazón de Anna.

Hice una mueca al recordar lo duro que luché por tenerla, solo para dejar que discusiones como esta nos separaran. Era un tonto.

Al parecer Rosie se percató de lo mismo porque suspiró mientras me miraba con interés.

—¿Has hablado con Anna? —esperó a que negara con la cabeza—. ¿Entonces qué haces aquí todavía? Ve a buscarla.

—¿Estás hablando en serio?

—Por supuesto. Yo te quiero mucho, Adam. Sé que lo que te pedí que hicieras antes de entrar al hospital fue un enorme sacrificio —ella se refería al beso—. Pero jamás había pasado por esto sola. No tengo a mis padres a mi lado, ni a Key, ni a mi hermana... Lo que trato de decir es que no te sientas presionado por eso. Yo no quiero seducirte ni nada; eres mi amigo y te respeto, aunque para serte sincera tal vez me sentí enojada en nombre de Emilia.

Mi ceja se alzó en una mueca para nada disimulada, y ella suspiró con cansancio.

—Sí, pensaba que estar con Anna era una manera de traicionarla...

—Rosie —tragué saliva—, teníamos trece años, ni se nos ocurría por la mente casarnos a esas alturas, ¿en qué sentido podría traicionarla? Además, ella está en un mejor lugar que nosotros después de tanto tiempo con su ausencia.

—Lo sé, lo sé. Solo trato de decir que lo siento. Me sentí molesta con Anna, aunque de verdad ella no tenía que ocultarte cierta información, como lo de tu hermano, supongo que eso me enojó...

—Ahora que lo pienso siento que fui muy duro con ella.

La escuché suspirar antes que el bebé empezara a llorar frenéticamente.

La enfermera que nos tomó la foto se pasó de nuevo por la habitación para verificar que todo estuviera bien, y finalmente dejé a Rosie sola para que alimentara al pequeño Noah, aunque no sin antes de decirme que arreglara las cosas con mi esposa.

/////

—¿Quieres que te acompañe a la consulta o eso resultaría demasiado incómodo? —me preguntó Diego mientras hacía maniobras para estacionar entre un Kia color rojo y una minivan golpeada. Todos los otros parqueos parecían llenos y ya llevábamos varios minutos en dar vueltas y vueltas.

—Puedo ir yo sola, no te preocupes. Ve a buscar a tu novia.

Él soltó un largo suspiro que hizo que el solitario cabello que caía por su frente se estremeciera.

—Ella todavía no ha llegado; está atrapada en el tráfico. Al menos eso me dijo antes que saliéramos de casa de mi abuela.

—Oh... Bien, creo que esta es nuestra última parada entonces. Después del chequeo me iré a casa, a esconderme de mis problemas.

Diego terminó de estacionarse y apagó inmediatamente el auto; me encontraba a punto de abrir mi puerta cuando él me detuvo con la mano.

—Espera —dijo con lentitud—, no puedo dejar que te vayas de esta forma. Si no te digo algo ahora me sentiré peor después.

—¿Qué es? ¿Qué quieres decirme?

Suspiró una vez más.

—Pienso que te estás dando por vencido demasiado rápido. En teoría, estás empujando a tu esposo a los brazos de su amiga.

No dije nada después de un momento, pero pronto comencé a abrir mi boca, mirando hacia sus ojos azules.

—Ella no es su amiga, es su "amiga", entre comillas. Y no lo estoy empujando a sus brazos...

—Lo haces —me interrumpió él—. Recuerda que ustedes son esposos, no puedes correr a la primera metida de pata que uno de los dos haga. Ambos tienen que estar comprometidos seriamente para que las cosas funcionen y dejen de portarse como niños.

—Lo intenté —murmuré viendo hacia otro lado; en realidad era feo ser regañada por un casi extraño—. Pero es difícil dejar de enojarse cuando tu esposo duda de su paternidad... O se refugia en los brazos de otra chica, y la verdad es que ya no tengo fuerzas para lidiar con nada de eso. Las perdí hace mucho tiempo.

Unas pequeñas gotas de lluvia comenzaron a caer en el parabrisas, sorprendiéndonos tanto a Diego como a mí. El cielo sobre nosotros se volvió nublado de forma repentina.

—Sigo muy furiosa con él —continué después de observar más gotas caer sobre el parabrisas—. Me dolió mucho lo que me dijo... Quizás es hora de madurar y reconocer cuando uno fracasa, y mi matrimonio con Adam ciertamente fracasó.

—Ni siquiera lo han discutido. Perdóname por meterme pero creo en el matrimonio de una vez en la vida... O tal vez sea en el amor de una vida; no digo que sigas en una relación tóxica que te produzca daños, pero sí que deberían hablar cara a cara.

—Es probable que tengas razón, aunque con Adam no funciona hacer las cosas de esa forma. Hablaremos, yo sé que sí, solo que no en este momento. Gracias por el consejo pero por favor déjame revolcarme en mi enojo.

Sonrió, abandonando el tema con un último suspiro de su parte.

—Bien, revuélcate en tu enojo. Ahora de seguro sería bueno salir del auto porque el olor me está mareando —dijo, cambiando de tema y mirando en dirección a la canasta de

pastelillos que su abuela tenía preparados y que lo obligó a llevar—. Mi estómago me sigue susurrando para que me coma uno.

El mío también me susurraba lo mismo, pero no le iba a decir eso.

Por desgracia mi estómago tenía otros planes ya que gruñó ahí mismo, fuerte y claro.

Diego elevó sus cejas de manera cómica y entonces se echó a reír.

—Veo que no soy el único que quedó con hambre —murmuró, luego llevó su mano hacia el asiento trasero, junto a mí, y tomó la canasta de pastelillos. Desenvolvió el arreglado paquete rosa en el que lo había envuelto la señora Ross, y al finalizar me tendió uno con trocitos de frutas.

—¡Son para la hermana de tu novia! —lo regañé.

—No importa —se encogió de hombros—. Se supone que ella está en una dieta especial... La cuestión de los cuarenta días y eso.

Sacó otro para él y luego le dio una enorme mordida.

—Menta con chocolate —dijo dando otra probada a su pastelillo—, es delicioso.

Mirándolo comer sin remordimientos, tomé el mío y también lo devoré con hambre, todo mientras la lluvia comenzaba a caer de manera frenética y nosotros nos encontrábamos refugiados dentro del coche.

—¿De qué es el tuyo? —me preguntó.

—De arándanos. Es muy bueno... Tu abuela es magnífica cocinera.

Él sonrió, viendo de forma distraída a la ventana y luego girando su cuerpo para verme en el asiento trasero.

—No sé si mi abuela te dijo pero ella tenía una pequeña cafetería a unas horas de aquí. Él y mi abuelo le pusieron "Noah y Lila". ¿Cursi, no crees?

Se echó a reír y yo me atraganté un poco con el bocado de pastelillo.

¡Recordaba esa cafetería! Claro, de ahí se me hacía familiar su abuela, la conocí cuando el hijastro de Laura (mi antigua jefa de la librería) me pidió encontrarme con él y llevarlo de paseo.

—Es increíble —murmuré—. Rara vez en mi vida había escuchado el nombre Noah, ahora parece seguirme a donde sea que vaya.

—¿De verdad? Curioso, ¿a quién más conoces que se llame así?

—Oh, Noah... solo era una broma entre Adam y yo, hace mucho tiempo.

Diego terminó su pastelillo en cuestión de dos bocados y no dudó en tomar otro de la canasta.

—¿Qué clase de broma? Cuéntame, claro, si no es mucho problema.

—Cuando empezamos a salir, tenía un ex novio que no dejaba de molestarme. Adam le dijo que yo estaba embarazada para que él desistiera y me dejara en paz... y hasta recuerdo con claridad que le mintió diciéndole que ya teníamos escogido el nombre de nuestro futuro bebé: Noah.

Diego comenzó a reír tan fuerte que todo el auto comenzó a moverse. La lluvia seguía azotando afuera, absorbiendo el sonido de nuestra risa.

—Y no solo le dijo a él sino que también se lo contó a todos nuestros amigos y conocidos —continué diciendo—. Lo gracioso es que, después de decirle a casi todo el mundo que yo estaba embarazada, aunque no fuera verdad, terminé estándolo.

Señalé mi estómago.

—Vaya... ¿funcionará si yo le digo a todos mis conocidos que soy millonario? De tanto repetirlo podría terminar siéndolo, quién sabe.

—Tal vez, hay que probar.

Comencé a reírme una vez más, pero me detuve cuando la mitad de mi pastelillo de arándanos cayó en la impecable alfombra del auto.

—Ay, lo siento —comencé a disculparme—. Mi culpa.

Intenté agacharme pero, en serio, era imposible a menos que me acostara a lo largo del asiento.

—Ya, déjalo así, yo lo recojo —dijo Diego. Se apresuró a agacharse, pero cuando lo hizo, su pastelillo también se cayó.

—Bueno, esto es grandioso —se quejó por el desastre.

—Déjame ayudar, yo soy la que provocó todo esto...

—Nop, espera un poco. Me voy a pasar al asiento trasero, de esa forma tengo un mejor ángulo para limpiar.

No esperó mucho más cuando él ya estaba desabrochando su cinturón de seguridad y saliendo del auto solo para pasarse a mi lado.

Entró en la parte trasera, su cabello ya se mostraba bastante mojado al igual que su camiseta. Me sonrió de forma simpática antes de empezar a recoger el desastre de los pastelillos.

—Deberías probar el de chocolate con menta, es delicioso.

—No puedo probarlo, eran para tu cuñada —además no me sentía con la libertad de hacerlo. Ya estaba abusando bastante de su tiempo como para también devorarme su comida.

Vi a Diego abrir la boca pero de manera rápida la volvió a cerrar. Su ceño comenzó a fruncirse en concentración, viendo hacia la parte delantera de su vehículo, olvidando por un instante la mancha en la alfombra y nuestra discusión sobre pastelillos.

—Mmm. No quiero alarmarte pero... —tragó saliva y comenzó a hacer señas para que dirigiera mis ojos hacia adelante—. Creo que alguien ha estado observándonos desde hace unos minutos.

Miré hacia donde indicaba, pero el agua que caía era tan fuerte que difuminaba todo a nuestro alrededor; aunque podía distinguir bien una camiseta azul a lo lejos. Una persona.

—¿Quién piensas que es? Debe ser sólo alguien que pasaba por aquí —murmuré, agachándome para apoyarme en el respaldar del asiento de adelante y tener una mejor vista.

—No lo creo, nos vigilaba desde que estacioné el auto. Es extraño.

—De seguro está pasando la lluvia, igual que nosotros.

—De acuerdo... Oh, espera —gritó de manera sigilosa—. Se está acercando.

Era cierto, la persona de camisa azul se abrió paso bajo la lluvia para dirigirse hacia nosotros.

—Debe ser un extraño que se perdió.

—Está más cerca...

Diego levantó ambas cejas cuando la persona de camisa azul se detuvo frente al vehículo. No fue hasta que tocara la ventana del asiento del copiloto, que pudimos verle la cara. La camiseta azul resultó ser de una chica.

—¡Es mi novia! Vaya, por un momento pensé que era algún psicópata con un bate en mano.

Yo también pensé lo mismo pero no se lo dije.

Él se apresuró a moverse hacia la parte delantera y apretar el dispositivo para abrir las puertas. Una vez abiertas, la chica se metió, frotándose los brazos y con la ropa empapada.

—Mia, ¿qué sucedió? ¿Por qué no solo me llamaste para saber que estabas ya en el hospital?

Mia era muy bonita, de cabello rubio y tez blanca de una textura parecida a la porcelana. Ella me miró de reojo antes de llevar ambos brazos en dirección a su novio y tomarlo de las solapas de su camisa para plantarle un beso posesivo en los labios.

—Es que me asusté por un momento. ¿Quién es ella?

Esta vez me examinó de mala gana.

Yo también actuaría igual si mi novio estuviera en la parte trasera con una chica... embarazada.

—Perdón por no presentarlas —se disculpó el chef/stripper—. Ella es Anna, Anna, esta es Mia mi novia.

Mia me dio un asentimiento de cabeza mientras hacía todo lo posible por no mostrar su desagrado.

—¿Puedo preguntar dónde la conociste, o cómo? —dijo ella de forma seca.

—La conocí esta mañana, en el restaurante. Se puso un poco mal y la llevé donde la abuela. Ya sabes cómo es ella y me pidió que la trajera aquí para una segunda opinión.

Mia suspiró, ya más calmada.

—Bueno, llegué hace diez minutos y reconocí tu auto. No quiero enfrentarme a esto sola.

Ambos se tomaron de la mano y de repente yo salía sobrando en la escena.

—Umm... Si alguno tiene un paraguas, yo podría marcharme justo ahora —indiqué.

Diego me dedicó una sonrisa mientras Mia simplemente negaba con la cabeza.

—La lluvia todavía está muy fuerte, espera un poco más —sugirió Diego.

No quería decirle que su novia ya me estaba viendo muy mal, como si yo fuera su competencia y tuviera que eliminarme.

—Como sea —respondió ella—. Estoy así de cerca de descubrir si ese bebé es o no de mi hermana… Bueno, de *él*.

—¿Sigues con ese asunto? —le preguntó Diego.

Ahora sí, me sentía tan inadecuada entre ellos dos.

—Es que no es justo. Rosie siempre quiso lo que yo tenía… ¡ahora esto!

Por un momento mi cerebro se congeló y no supe qué decir; hasta que al final pude balbucear las palabras.

—¿Rosie? ¿Cómo? ¿La conoces? —Ahora recordaba a Adam mencionando a una Mia, hermana de Rosie. ¿De verdad el mundo podía ser así de pequeño?

Mia me dio una mala mirada por interrumpirla y luego asintió.

—¿Conoces a mi hermana menor?

—Espera —dijo Diego—. ¿Conoces a su familia?

—No, yo solo…

—Mi hermana menor —interrumpió Mia—, la embarazada que acaba de dar a luz.

—Sí, a ella la conozco. Es la “amiga” de mi esposo, la que te conté —dije mirando a Diego. Traté de no dejar que Mia viera el desprecio que invertí en la palabra amiga.

—Rosie no es amiga de nadie —ella no disimuló el desprecio—. Deberías advertirle a tu esposo que ella solo anda buscando un padre para su bebé. Sigo negándome a creer que ese niño que lleva en el vientre es de… de él.

—¿De Key? —pregunté.

—Al parecer también lo conoces. Solo espero que no digas que también estás embarazada de él. Tengo miedo de entrar ahí y confirmar si es o no hijo de Key.

Diego no se vio muy entusiasmado por las palabras de Mia y se limitó a apretar la mandíbula.

—Déjame llevar a Anna adentro, primero, y luego regreso al auto —le dijo él a Mia. Ella asintió con la cabeza y se despidió de mí con dos dedos.

—Un gusto en conocerte, Ada.

Vaya, otra que se olvidaba cómo mencionar bien mi nombre. Al parecer era herencia de familia.

—Y escucha bien mis palabras —dijo cuando su novio se bajó para abrir mi puerta—: Rosie te va a devorar viva si la dejas cerca de cualquier hombre.

No dije nada y esperé a que Diego me ayudara a salir del auto.

—Lamento no tener paraguas, pero la lluvia ya se calmó —me dijo él justo cuando bajé del vehículo—. Y perdona la actitud de Mia, ella es bastante celosa y preocupada. No sabía que de la persona que hablábamos era su hermana, la misma “amiga” de tu novio. Lo siento.

—No te preocupes, soy yo quien lo siente ahora. Deberías decirle a Mia que yo ya estoy en un matrimonio complicado y que, por si no lo notó, estoy embarazada de un idiota que no eres precisamente tú o su ex.

Diego me llevó lo más lento posible, tomándome de la mano en todo ese tiempo para que no fuera a caerme con el suelo mojado, hasta que llegamos a la seguridad del hospital.

Terminé parcialmente empapada pero no me importó.

—Bueno... Gracias por ser una excelente persona y ayudarme. Creo que me puedes dejar hasta aquí, voy a llamar a Adam para que me recoja. Supongo que hasta ahí llegó mi plan de escape.

—Supongo —él me sonrió—. Ustedes dos son muy especiales. Nunca olvido un rostro y, en definitiva cuando te vi, te identifiqué con rapidez. Espero que las cosas vayan bien... Y fue un placer conocerte. Espero que más adelante nos encontremos otra vez; aunque el mundo es tan pequeño que estoy seguro que lo haremos.

Sonreí de lado y le di la mano.

—Un placer también. Gracias por los postres y la preocupación.

Nos despedimos y yo fui a la recepción a pedir información sobre donde podía examinarme.

Todavía estaba en shock por enterarme que todo este tiempo estuve con el cuñado de Rosie. Espera, se suponía que Diego venía a ver a su cuñada que acaba de dar a luz. ¿Entonces Rosie ya tuvo a su bebé? Ahora era yo la que se contagió del miedo de Mia. Solo que yo tenía miedo de encontrar a Adam al lado de Rosie. De seguro él tenía que haberla traído o como mínimo estar a su lado.

Pero no, esta vez no me iba a dejar. Diego tenía razón; no se lo iba a dejar a Rosie pero tampoco se lo pondría fácil. Eso no significaba que entre Adam y yo las cosas ya estuvieran bien.

Me pidieron hacerme unas muestras de sangre y me mandaron a maternidad. Aproveché a verificar si Rosie se encontraba en el mismo hospital.

Después que la amable señora de recepción me dijera que debía ir al tercer piso, subí el elevador directo a maternidad.

Para mi sorpresa, lo primero que encontré cuando las puertas se abrieron fue la cosa que más me dejó en shock.

Justo en una pared, de tamaño mural, se encontraban cientos y cientos de fotografías, y en medio, como centro de atención estaba... ¿Adam con Rosie y un bebé?

—¿Qué? —balbuceé. La foto tenía un tamaño mayor que las otras, por eso fue fácil identificarla.

Me acerqué para ver la fecha, y precisamente esa fecha era hoy.

—Tiene que ser una broma —dije para mis adentros. Ya sabía que él estaría donde Rosie estuviera pero no pensé que fuera de esta forma.

Sin pensarlo demasiado, me acerqué hasta el cubículo de enfermeras y pedí información.

No fue tan difícil encontrar la habitación de la vividora. La puerta se encontraba semi abierta y había tres globos azules amarrados al pomo.

Ahora era yo la furiosa. Me acerqué con sigilo y entré en la habitación dándome cuenta que Adam no estaba en ninguna parte de ella, pero sí la rubia con un bebé en sus brazos.

Me detuve por un momento, sin saber muy bien cómo manejar la manera en la que me sentía en esos momentos.

No pude retroceder por más que lo deseara porque Rosie me notó en ese exacto momento.

—¿Anna?

Ni siquiera dejé que terminara de hablar cuando, por impulso, me acerqué lo más que pude a su cama y levanté mi mano para golpearla directo en la cara.

Se quedó quieta y con la boca abierta, todavía con su bebé en brazos.

—Entiende que si no me lancé y te arranqué el cuero cabelludo fue debido a que estás cargando un bebé y tienes los brazos ocupados.

Ella abrió y cerró la boca, todavía en shock y sin hablar.

—Pero estoy cansada que sigas confundiendo mi nombre y que le digas cosas a mi esposo que lo único que hacen es lastimarme a mí —continué—. Si tienes algo que decir, dilo en mi cara y no a mis espaldas.

Pensé que ella estaría furiosa pero en cambio bajó la vista y se movió con lentitud sobre la cama, directo hacia la cuna que tenía a la par para depositar a su, debía admitirlo, hermoso bebé.

—En verdad, Anna. Lo siento muchísimo, supongo que Adam te contó lo del beso. Ni yo misma puedo justificar lo que hicimos pero lo necesitaba en ese momento. Sabía que entre él y yo no podía…

—¿Beso? ¿De qué beso me estás hablando?

Por primera vez desde que la conocí e invadió nuestra luna de miel, Rosie se miraba arrepentida.

—¿No te lo dijo? Nos besamos, Anna. Nos besamos varias veces pero fue por…

Me acerqué de nuevo y esta vez planté mi mano de forma más fuerte que la anterior. Su rostro se comprimió y su mejilla quedó roja.

—Deberías tener algo de vergüenza —murmuré echa una furia—. ¿Acostumbras besar hombres casados?

—Lo siento… él y yo siempre fuimos solo amigos y claro que lo veo como uno.

—¿Y eso que tiene ver con que le des ideas equivocadas o el beso que supuestamente tuvieron, o qué tiene que ver con que le cuentes sobre mi visita a la clínica de su hermano? No es asunto tuyo lo que sea que pasemos Adam o yo.

—La clínica me informó de la visita. No pudieron contactar con Adam y yo le comenté casualmente, pensando que él ya lo sabía. Yo soy la segunda persona en su contacto de emergencia; después de lo que le hizo a mi hermana yo quise vigilarlo más seguido…

—¿De lo que le hizo a tu hermana?

—Sí, a Emilia. Después de lo que le hizo, yo…

—¡Ahora entiendo! Es seguro que estás utilizando a tu hermana muerta para querer generarle simpatía a Adam, pero te lo advierto de una vez —la señalé con mi dedo índice—. No te metas más con nosotros, mucho menos pongas en duda su paternidad. ¿Qué querías lograr con eso? ¿Afectarnos? ¡Pues felicidades porque lo lograste!

—¡Yo intentaba hacerle un bien! ¿De verdad te afectó tanto que le comentara mi idea de si tu bebé era o no suyo? Es normal que quiera preguntarlo. Perdona por entrometerme.

—Ya que te parece tan normal este tipo de cosas, entonces déjame que te lo pregunte yo a ti. ¿De verdad Key es el padre de ese bebé?

—¡Por supuesto que lo es! Y no puedo creer que Adam te mencionara eso, es algo privado.

—Y no puedo creer que él también te mencionara lo que ocurrió hace meses atrás. ¿Verdad que no es bonito que alguien te confronte de esa manera?

—Anna, mira, ya me disculpé y te juro que lo siento. No sé qué piensas de mí pero yo no soy una mala persona… No trato de manipular a Adam de ninguna manera, y definitivamente no sé qué clase de complot crees que estoy armando; créeme que lo siento. Ahora tengo en mi vida a mi bebé Noah y nunca me ha importado nadie más. Lo único malo que hice fue besarlo… y sé que está mal, ya lo sé.

¿Noah? ¿Había escuchado bien? Esto era el colmo.

—No te creo nada; pedazo de basura que estás hecha —me limité a decir—. Ni una sola palabra de lo que dices es sincera. Nunca le voy a creer a alguien como tú, y por una vez te lo advierto: aléjate de nosotros. Deja de arruinar lo poco que queda de nuestro matrimonio. Y en definitiva, no creo ni de cerca que Key sea el padre, espero que tu hijo no crezca con la clase de madre que serás tú.

Para mi sorpresa, Rosie se echó a llorar de manera ruidosa y fuerte.

Grandes gotas de lágrimas salían de sus ojos, incluso llevó sus manos a su rostro para taparlo pero siguió llorando y sollozando con fuerza.

Una mano se cerró en mi codo y comenzó a llevarme en dirección a la puerta.

Esa misma mano me apretó hasta que logró sacarme.

—¡¿Qué se supone que estás haciendo?! —me gritó Adam—. ¿Qué mierda, Anna?

Su rostro se encontraba contraído y rojo. Jamás lo había visto tan enojado.

—¡¿Y qué mierda se supone que haces tú?! ¿Por qué siquiera estás aquí, con ella? ¡Ya hasta te consideran el padre de ese niño que apareces incluso en los murales! ¿Es una jodida broma?

—Soy su amigo…

—Vaya, qué buen amigo te has hecho. Esa misma frase la usan los infieles para excusarse con sus esposas. No llevamos ni un año de casados y ya estás mintiéndome como siempre. Estoy cansada de esto.

—¿Por qué la hiciste llorar de esa forma? —me reclamó. Me llevó cerca de los elevadores, otra vez pude contemplar el mural de fotos.

—¿Y por qué me lo preguntas a mí? Deberías estar preguntándoselo a ella. No puedo creer que lloré toda la noche por un imbécil que anda besando a sus “amigas”. Creo que no tienes idea de lo mucho que te odio justo ahora. Te odio.

Hice espacio para comenzar a caminar lejos de él, pero me detuvo con la mano.

—No me odias, esa es una palabra muy fuerte.

Lo odiaba del tal manera que él nunca iba a enterarse de mi parte que estaba esperando gemelas. De hecho, ese no era castigo suficiente… Me alejaría todo lo que pudiera de él. Me alejaría hasta que le doliera como a mí me dolían sus palabras.

—Siento que ya no te quiero lo suficiente como para aguantar nada de esto.

—Es que no entiendes las razones que tengo para acercarme tanto a Rosie… Su hermana, ella…

—Ya lo sé. Su hermana era Emilia, ¿no? Aquella chica que conociste a los ¿trece años? Déjame adivinar: ahora te sientes culpable por dejarla sola y te estás desquitando con nuestro matrimonio.

—No es tan sencillo…

—No te preocupes en explicarme —interrumpí—. Pienso apartarme de tu lado para que puedas pasar tiempo con tu Rosie. De todas formas recuerda que yo ya no te quiero y espero nunca quererte otra vez.

Adam frunció el ceño, viéndose ligeramente enojado.

—Sé que me quieres —dijo él en un tono firme—. Sé que lo haces todavía, no puedes simplemente despertar un día y decir que ya no me amas porque sé que mientes.

—No deberías darlo por hecho. Puede que te quiera pero estoy cansada de jugar juegos en los que tú siempre te apartas y yo quedo como la triste y desolada Anna.

Miré hacia otro lado y abracé mi estómago con fuerza.

—¿Entonces piensas apartarte primero para darme una lección?

—Yo no haría algo tan cobarde como huir —mentí. Esa misma mañana me escapé de él... así como haría de nuevo en el momento en que se diera la vuelta y no notara mi ausencia. Me iría porque sí, lo admitía, yo también era una cobarde.

Observé el suelo desgastado por un largo momento hasta que Adam finalmente habló, y no fue precisamente para decir lo que esperaba escuchar:

—Entonces haz lo que tengas que hacer Anna. Yo necesito estar aquí con...

Lo interrumpí poniendo un dedo sobre sus labios.

—No lo digas, ya lo sé. Necesitas estar aquí para Rosie pero no puedes estarlo para mí. Bien —mis ojos se estaban nublando a una rápida velocidad así que comencé a seguir mi camino—. Solo... estaré en el hotel.

Y sabía, por la mirada de arrepentimiento en sus ojos, que él notó el dolor que me había causado en ese momento. Esperé que me siguiera o que dijera que lamentaba ser un idiota, pero no hizo ninguna de esas cosas porque regresó junto a ella, junto a "su" Rosie, y consideré esta batalla perdida. Me alejé lo más pronto que pude para que nadie me viera llorar.

Era cierto, entonces, lo nuestro ya estaba acabado en varios niveles. No iba a pasar de nuevo por el papel de tonta, estaba cansada de todo. Ahora el que quedaría como tonto sería él, y me encargaría de hacérselo saber de todas las maneras posibles.

Adam Walker era un idiota de ligas mayores.

Capítulo 19.1

Donde duermen los peces

Existía la gente estúpida y existía Adam Walker.

Sabía que no tenía que dejar que me afectara pero de igual manera sus palabras se seguirían repitiendo en mi cabeza como una de esas canciones pegajosas que detestas pero que no puedes evitar parar de cantar.

No podía creer que después de todo lo que tuvimos que pasar, estuviera haciéndome sentir como la mierda misma. Porque así era como me sentía para él: como la mierda que se pegaba en el zapato y te morías por deshacer.

¿Qué había ocurrido para que actuara de esa forma? ¿Dónde estaba el Adam que el día de nuestra boda prometió hacerme feliz y cuidar de mí y de mis libros?

Y aunque traté de no llorar mientras presionaba el botón del ascensor, no pude evitar soltar una que otra silenciosa lágrima recordando sus palabras, dichas de labios para afuera.

Continúe presionando pero el elevador del hospital no subía, hasta que al fin las puertas se abrieron y fui a dar de narices con Diego y su novia Mia.

Ambos iban tomados de la mano, y había que admitir que la rubia se miraba nerviosa.

—¡Anna! ¿Ocurrió algo? —preguntó Diego al ver mi rostro; más específicamente las infames lágrimas que no se detenían.

Mia, de manera milagrosa, suavizó su dura expresión y me lanzó miradas de simpatía.

—Esto lo hizo mi hermana, ¿cierto? —preguntó ella.

La ignoré mientras me concentraba en no vomitar los pastelillos que acababa de llevar a mi estómago.

—Disculpen —hablé con voz ronca—, solo quiero llegar pronto a casa.

Me moví lejos de ambos y me abrí paso dentro del elevador; con la mirada fija al suelo y mis brazos cruzados a modo de protección.

—¿Anna? ¿Estás bien?

Era otra vez Diego, soltando la mano de su novia.

—Solo quiero irme pronto. Si no te importa, te sugiero que salgas del ascensor.

—De acuerdo, te dejaré en paz... Pero olvidaste algo tuyo en mi auto.

—¿Algo mío? ¿El qué?

—Tu maleta... La dejaste sobre el asiento trasero.

Era cierto. Mi maleta.

—¿Podrías dármela ahora? —dije casi en una súplica.

Noté vagamente que él asentía y le dijo algo a Mia al oído para luego dejar que ella saliera del elevador.

Las puertas comenzaban a cerrarse cuando una mano las detuvo.

—¿Sabes una cosa? —era Mia—. Todos piensan que yo soy la peor entre mi hermana y yo. Lo que ignoran es que ella es mejor actuando como si lo fuera.

Soltó las puertas y se dio la vuelta para marcharse. Cuando por fin comenzaban a cerrarse de nuevo, otra vez una mano las detuvo. Mantuve mi rostro inexpresivo y siempre en dirección al suelo.

—¿Qué? —reclamé un poco demasiado fuerte—. Ya sé que tu hermana es una perra, no tienes por qué decirm...

Me silencié al instante al notar que no era Mia quien había detenido la puerta esta vez sino Adam. El idiota.

—¿Creías que te iba a dejar ir así de fácil? —dijo él—. Voy contigo al hotel.

Entró en el elevador pero no sin antes fulminar con la mirada a Diego.

—Esta es una discusión de pareja, ¿podrías...? —le señaló la puerta.

—Ah no. Diego es mi amigo, me voy a ir con él —protesté.

—¿Desde cuándo este tipo es amigo tuyo? ¿De dónde lo conoces?

—Del mismo lugar que lo conoces tú, imbécil.

—¿Yo?

Adam seguía dentro del elevador y las puertas comenzaban una vez más a cerrarse. Aproveché mientras él examinaba a Diego, y lo empujé fuera del mismo.

—¿Podrías darme algo de espacio? —gemí—. Ya es lo suficientemente malo tener que soportar escuchar de otras mujeres que tú besas a cualquiera. Si te casaste conmigo solo porque me embarazaste, entonces... entonces es mejor que me dejes. Prefiero renunciar ahora a vivir en un matrimonio donde tú pones primero a tus mejores "amigas" y luego me dejas a mí y a tus hijas de lado.

—¿De qué carajos...?

—Y no solo eso —lo interrumpí— sino que también crees más en sus palabras que en mí, que se supone que soy tú esposa. Tú, bueno para nada... Oh, espera, sí que eres bueno en algo: en romperme el corazón. Además, no puedo creer que hayas dejado que ella le pusiera Noah a su hijo. ¡Noah era algo entre tú y yo! No puedo creer cuántas veces he repetido esto pero… eres un tonto.

Pronto me quedé sin energía para pelear y me callé.

Esperaba escuchar su respuesta pero él nunca respondió porque el elevador se puso en marcha y Adam no había logrado entrar a tiempo… o él había decidido dejarme continuar.

Suspiré, una parte de mí aliviada.

—No digas nada —le advertí a Diego cuando noté que abría y cerraba su boca para querer decirme algo.

—No iba a hacerlo —se apresuró a decir—, pero ¿hijas?

—¿Qué?

—Le dijiste a él que te dejaba a ti y a sus hijas de lado. "Hijas".

—Mierda. Solo he cometido errores este día. Supongo que ahora nos ves por lo que realmente somos: una pareja de inmaduros que contrajeron matrimonio como si fuera cosa de juego.

—No, no es así. Veo a dos personas demasiado pasionales y territoriales que solo no saben todavía cómo llevarse mejor.

Las puertas se abrieron en el primer nivel y, aunque en lo secreto esperaba que Adam me hubiera seguido, no lo vi por ninguna parte.

Yo y mis tontas ilusiones.

—De verdad solo lo estás endulzando con palabras bonitas... —le dije a Diego, caminando a paso rápido en dirección al estacionamiento— pero sé cuándo retirarme y estoy muy cansada para seguir con esto. Me voy a divorciar de él. Y no lo hago como una decisión apresurada; lo hago porque ninguno de los dos sabe lo que está haciendo. Siento que estamos jugando a ser una familia y no siendo en realidad una.

—Oye, espera. Para mí esto suena a una decisión apresurada; consúltalo con la almohada y...

—No —dije caminando más rápido—, las almohadas no siempre tienen la solución a mis preguntas. Si las cosas continúan como ahora, que es la luna de miel, no me quiero ni imaginar cómo será de aquí a unos meses. Era inevitable, me apresuré a casarme con alguien que no comparte nada de su vida.

—Yo no quiero entrometerme pero...

—Entonces no lo hagas. Por favor, mi maleta.

Diego lanzó un largo suspiro antes de desbloquear la puerta del auto para mí. Me ayudó a bajar la maleta pero le costó mucho entregármela.

—¿Vas a ir al hotel? —preguntó dubitativo.

—Sí, voy a recoger mi dinero y luego regreso a casa.

—Eh... Yo... Es tarde, la lluvia cesó por los momentos pero va a volver con fuerza después.

—Sí, ¿y?

—¿Te gustaría pasar al menos esta noche en casa de mi abuela? A ella y mi abuelo les sobran habitaciones... Estarás cien por ciento segura allí. Por favor, es probable que a esta hora ni siquiera haya transporte porque siempre que llueve se cancelan los viajes.

Una media sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Pues qué clase de empresa de transporte más deficiente tienen aquí para que no trabaje en días de lluvia.

—Es un asco, créeme.

—De acuerdo. Tal vez sea bueno que me calme primero y pase esta noche en casa de tu abuela.

Me obligué a no dirigir la vista en dirección a la puerta de entrada del hospital, buscando a Adam; de todas formas él no estaba ahí, decidió no volver a seguirme.

—Vamos —me indicó Diego—. Te llevaré yo mismo. Devuelve esa maleta.

—¿Estás seguro? Deberías estar con tu novia.

—Ella entenderá, estoy cien por ciento seguro. Ven.



Mi vergüenza fue absoluta cuando Diego me hizo el favor de explicarle a su abuela que me tendrían por una noche. Su abuelo, un señor de no más de cincuenta años y de cabello cano, fue muy amable conmigo cuando se presentó.

—Un gusto —dijo haciendo una leve reverencia de caballero—. Noah Ross, para servirlo.

Sí, el nombre me perseguía a todos lados.

Traté de no avergonzarme pero era imposible. Harían preguntas y no quería responder todavía nada.

—La cena estará lista a las siete —dijo la Sra.Ross—. Me encanta recibir visitas y que así prueben mis nuevos platillos; no te sientas incómoda y piensa en esta como tu casa.

Ambos me sonrieron amablemente y me indicaron mi habitación temporal. Diego cargó mi maleta hacia el segundo nivel, todo el tiempo con su celular vibrando en el bolsillo de su camisa.

—Debe ser tu novia. De verdad estoy bien, ve con ella. Te has portado mejor de lo que cualquier persona extraña se portaría.

—Sí, ella puede llegar a acosar un poco. ¿Estás segura que no quieres que me quede?

Asentí una vez y le di una sonrisa afable.

—De acuerdo —dijo suspirando—. Será mejor que conteste. ¿Paso por ti en la mañana? Es más seguro si soy yo quien te lleva a la central de transporte.

—Bien, muchas gracias. No tenías por qué ayudarme como lo has hecho.

Se despidió de mí con un beso en la mejilla y me dejó en mi habitación.

No sabía si estaba haciendo bien o mal al aceptar quedarme en casa de los señores Ross. Ojala tuviera todas las respuestas de mi vida, así nunca sentiría dudas de nada.

Me senté sobre la cama cubierta de un bonito colchón blanco, cuando mi celular comenzó a timbrar dentro de mi maleta. Había olvidado que lo tenía guardado.

La canción *Dangerous and Sweet* podía escucharse por todo el segundo piso.

Era Adam.

Lo silencié y lo mandé a correo de voz pero él fue insistente y continuó llamando.

Al final me cansé y le contesté con un simple y seco:

—¿Qué quieres?

Pero, para mi sorpresa, no fue su voz la que escuché al otro lado de la línea.

—¿Anna? Lo siento, soy Rosie. Adam regresó al hotel a recoger su teléfono porque lo había dejado en recepción… Él no te encontró en su habitación, y tampoco encontró ninguna de tus pertenencias, se puso como loco.

Rodé los ojos, furiosa porque ella tuviera a algo tan personal como el teléfono de Adam. Pero a estas alturas ya nada tenía que sorprenderme después de haberla visto usando su camisa. Era hora que él pagara caro sus estupideces.

—Vuelvo a repetir —dije de forma amargada—. ¿Qué quieres?

—Bueno… de verdad lamento todo. No espero que me creas pero en realidad solo quiero lo mejor para ti y para Adam; por eso sigo sin entender cómo pudiste hacerlo esto a él.

—¿Hacerle qué? ¿Irme? ¿Tener dignidad antes que se acueste contigo en mi cara y diga que lo hizo porque eres su mejor amiga y se lo pediste?

—Las cosas no son así, no todo es negro o blanco. Por favor no malinterpretes. Tengo un bebé, soy madre y ahora poseo una vida que debo cuidar y alimentar…

— Y déjame adivinar, ¿querías a mi esposo como suministrador oficial de dinero para tu hijo? Estás loca.

—No es eso… te lo juro.

—Ya me cansé de esto. Dile a Adam que mejor no me busque porque no me va a encontrar.

—Él es una buena persona… en serio. Escucha, no hagas algo de lo que puedas arrepentirte después. Veo a Adam como un hermano.

—Pues eres una mujer muy incestuosa.

—Déjame hablar, por favor. Yo… yo cometí un pequeño error al decirle los planes que tenías de ver a su hermano, pero no sabía que ibas a alterarte por eso. Lo siento.

—Deja de disculparte de una vez. Ya lograste separarnos y eso era lo que querías; además te pido que dejes de hablar en nombre de Adam. Deja que el perezoso encuentre la manera de disculparse solo.

—Está bien, me rindo. Si quieres irte entonces vete; pero hay algo que quería decirte primero: si tú abandonas a Adam, prometo que voy a esforzarme por tenerlo a mi lado. Si tú lo dejas ir sin dar una buena pelea… haré todo lo posible por ganarme su corazón. Puede que este bebé no sea su hijo pero lo amará más de lo que alguna vez te llegará a amar. ¿Quieres que pase eso? Dime, Anna, ¿estás segura de querer que te deje de lado?

Tragué saliva con fuerza, negándome a creer que Rosie estuviera diciendo todo esto. La perra sacó sus garras.

—Él ya me hizo de lado —murmuré con voz suave. Entonces colgué la llamada.

Quería echarme a llorar pero entonces mi teléfono volvió a timbrar. Era la canción de Adam, de nuevo.

Contesté por enojo.

—No me cuelgues —se apresuró a decir Rosie, de fondo comenzó a oírse el llanto de un bebé—. Eres una estúpida. Una estúpida que tiene todo al alcance de su mano pero decide ignorarlo solo por pequeñas idioteces. Pero yo no seré igual de estúpida como tú… yo quiero a Adam; lo he amado desde que ambos éramos pequeños asustadizos de robar galletas a escondidas… lo quiero como tú nunca lo vas a querer. Por favor, te pido que no vuelvas a llamarlo nunca. Me encargaré que no te busque si eso tengo que hacer. Eres una tonta.

Entonces colgó y mi furia alcanzó niveles nuevos porque comencé a llorar de cólera.

No podía creer mi suerte. Si no era Marie la que se interponía, era Rosie. No sabía cuál de las dos era peor. Pero lo que más dolía saber era que Adam seguía siendo el mismo que se dejaría influenciar, y yo, la tonta (como bien dijo Rosie) que terminaba llorando.

Capítulo 19.2

Donde duermen los peces

Lo sabía. Sabía que esa tipa iba a sacar sus garras en cualquier momento, ¿pero que fuera tan descarada? Jamás se me ocurrió.

¿De verdad pensaba que Adam podía amarla?

Ojala el imbécil haya escuchado toda la conversación, sino yo me encargaría de hacérselo pasar muy mal.

Y él que estaba seguro que Rosie sólo lo miraba como si fuera un "amigo" o un “hermano”. Pfftt, ¡pura mentira! Esa sabandija no tenía corazón.

Tuve que levantarme y caminar una y otra vez sobre la alfombra de la habitación para evitar que mis pensamientos se volvieran más tóxicos y dañinos, reproduciendo en mi mente las palabras de la víbora esa.

Me encontraba hecha una furia. A estas alturas era capaz de lanzar rayos laser con mis ojos y derretir el metal con tan solo pestañear.

Me estresé tanto que mis pantorrillas comenzaron a doler y mi vientre palpitaba ferozmente.

Me obligué a tranquilizarme y a relajarme; ni siquiera pude examinarme en la clínica porque fui directo a dar de narices en la cara de Rosie, o mas bien con su fotografía tamaño mural, así que tenía que confiar en el diagnóstico de la Sra. Ross; y según ella yo debía evitar el estrés.

Respiré hondo y me senté a orillas de la cama, deseando arrancarle el cabello a la rubia odiosa.

Decir que estaba enojada era quedarse corto.

Adam era un idiota que se dejaba manipular por una bruja sin escrúpulos. Un idiota que no dejaba de serlo aunque prometió cambiar por mí. Al final eso sólo quedó en promesas vacías.

Intenté llamarlo al móvil pero la llamada se cortaba.

Lo siguiente que hice fue escribirle un mensaje:

Tu amiga es una idiota. ¡Te dije que esa psicópata sentía algo por ti!

La respuesta llegó casi de inmediato, aunque sabía que sólo podía tratarse de Rosie, la perra en celo tenía todavía su teléfono.

Ya que decidiste renunciar a él, deberías irte por completo y no seguir hostigándolo. Él es un buen chico… pero no es para ti. Deja de escribir.

Respiré hondo antes de marcar el número de Adam que me sabía ya de memoria.

Obviamente contestó la psicópata.

—Eres demasiado insistente. No sé qué vio Adam en ti —esa fue su contestación—. ¿Estás segura que no le estás empatando al pobre ese bebé que llevas en el vientre?

—¿Y tú? ¿Estás segura que tu hijo es de Key?

—Tú no lo entiendes… —la escuché suspirar—, las cosas con mi bebé son complicadas. Y tú, despreciando a alguien tan valioso. Yo quiero a Adam, lo voy a cuidar como tú nunca podrías. Por favor, te lo vuelvo a repetir, si vas a alejarte, hazlo de una vez.

Colgó y me dejó más enojada que antes.

Esto era el colmo. ¡El colmo! ¿Cómo podía?

—¡Tonta! ¡Hija de… Ah!

Mi estómago se revolvió tanto que comenzaron a darme arcadas.

Me sujeté el estómago con las dos manos y empecé a hacer uso de las clases de respiración para tranquilizarme. Podía llegar a ser malo que mi presión aumentara. La Dra. Bagda siempre me lo decía.

En la habitación se encontraba un pequeño baño en el que tuve que encerrarme y echarme agua en la cara.

¡Esa zorra! Tan hipócrita.

Me quedé por al menos una media hora en el baño, rociando mi cara con agua y evitando las arcadas que no me dejaban en paz.

Mis pequeñas patearon mi estómago un centenar de veces y me hizo llorar mi desgraciada situación.

Me encontré con el valor suficiente para marcar una vez más el número de Adam pero me envió directo al buzón de voz.

Grité de cólera y poco a poco me trasladé de nuevo a la cama de la habitación, sobando mi estómago con náuseas y aferrándome a la sábana para evitar marearme y vomitar en las alfombras.

Odiaba a Rosie. Era una persona detestable a la que nunca debió concedérsele el honor de tener un hijo. Aggg…

Alguien tocó a mi puerta, dispersando los pensamientos de odio hacia Rosie. Era la Sra. Ross.

—Anna, ya está servida la cena. Puedes bajar en cuanto quieras.

Me sonrió amablemente y, en más de una ocasión me pregunté si había hecho lo correcto en aceptar pasar la noche en su casa. La mujer podía ser una asesina y yo podría ser su víctima.

Diego llegaría más tarde, aunque él no vivía en casa de sus abuelos, pero quería transmitirme algo de confianza y confort al no dejarme con completos desconocidos. Además me llevaría a la terminal de autobuses para mañana.

—Gracias —me acordé de responder ya muy tarde. Mi enojo lograba transmitirse hasta en el aire y ella también pudo notarlo. Solo alguien del tamaño de una hormiga no se daría cuenta de lo recargado que se puso el ambiente luego de esa llamada.

—¿Te pasa algo? —me preguntó enseguida—. ¿Te sientes bien o quieres que te llevemos al hospital? Mi esposo y yo estamos a la disposición.

—Gracias —repetí—. Pero creo que tengo algo que nadie puede resolver por mí.

—¿Qué es?

La Sra. Ross se acercó y se sentó a mi lado, esperando mi respuesta.

—Tengo un caso grave de decepción mezclado con un corazón roto.

—Esa siempre ha sido una mala combinación.

—La peor de todas.

—¡Pero eres tan joven! ¿A esta edad ya te han roto el corazón?

—Me lo han roto más de una vez, me temo.

—Es una lástima. Pero al menos estos errores nos sirven para aprender. ¿Te sentirás bien como para bajar a cenar o prefieres que te traiga algo ligero para comer aquí?

—Preferiría comer aquí, si no es mucha molestia. No creo que esté de ánimos como para ser buena compañía en estos momentos.

—Lo entiendo. Te traeré algo y te dejaré en paz para que descanses y estés tranquila.

—Muchísimas gracias.

Ella asintió con la cabeza y se despidió dándome un apretón en el hombro. Dejó la habitación no sin antes indicarme que podía encender la televisión en cualquier momento.

Tomé el control remoto y traté de acomodarme en la cama, mi espalda se encontraba muy adolorida y mis pies se habían hinchado mucho. No quería seguir pensando en el ridículo de mi marido o en mi patética huída, así que empecé a ver lo primero que encontré en la televisión.

Casi al instante mi celular comenzó a timbrar con las primeras notas de la canción Dangerous and Sweet.

No contesté.

Volvió a sonar luego de unos segundos.

Volví a no contestar.

Sonó unas tres veces más hasta me cansé y lo puse en vibrador.

Lenka no estaba ayudando en estos momentos.

Al final, mi teléfono vibró para indicar que mi buzón de voz se encontraba lleno, muy probablemente con mensajes de Rosie y no me encontraba de ánimos para escucharlos.

Intenté concentrarme en el programa de cocina que estaban dando, pero fue inútil porque mi móvil no dejaba de vibrar en ningún momento.

Lo tomé y, por curiosidad, escuché los mensajes de voz.

Para mi sorpresa eran todos de Adam.

>>Nena, ¿dónde carajos estás? Fui al hotel por unas horas y me dijeron que te habías ido desde la mañana. Responde el teléfono de inmediato.

>>Anna, no bromeo. ¿Dónde mierda está tu ropa? Me estoy volviendo loco, responde.

Y había un tercer mensaje que apenas acababa de enviar.

>>¡Mierda! Annabelle, no me hagas esto. Escucha, lamento lo que ocurrió con Rosie... Incluso hablé con ella y le pedí que respe...

No quise seguir escuchando y lancé el teléfono a la mesita de noche.

Apostaba que ahora él estaba sufriendo y dudando sobre el porqué me fui, pero no le iba a hablar y dejaría que la duda y el dolor lo carcomieran así como me sentí yo cuando me abandonó y me hizo todas esas preguntas estúpidas sobre su paternidad… ¡Aggg! Ojala se diera cuenta la clase de zorra que tenía como amiga.

Ignoré el resto de mensajes que fueron enviados al teléfono y traté de prestar atención al programa de televisión.

Dejaría que Adam sufriera y pagara por todo lo que hizo.

Cerca de cuarenta minutos después, el plato que la Sra. Ross había subido a mi habitación, todavía seguía intacto. La comida se encontraba fría a estas alturas pero mi estómago se encontraba cerrado en un nudo y no podía comer o sentía que iba a vomitarlo todo.

Pensé que mi teléfono se descargaría debido a que nunca paró de vibrar en ningún momento.

Por curiosidad volví a tomarlo y noté las… ¿era una broma? ¿110 llamadas perdidas? La mayoría eran de Adam pero también había llamadas de mi mamá, de Rita y hasta un número desconocido.

53 mensajes de texto, 1300 notificaciones en WhatsApp y otros cinco mensajes de voz.

¿Era normal recibir 1300 notificaciones de la misma persona?

Mierda.

Leí primero los mensajes de texto, los de Adam:

>>*No me hagas esto. Rosie me dijo que llamaste para despedirte. ¿DÓNDE ESTÁS?¿DESPEDIRTE DE QUÉ?*

>>*Anna, deja las bromas. Estás embarazada, deberías tener más cuidado con estas cosas. Llamé a tu madre y me dijo que no sabe nada de ti. No estás con ella, ¿dónde estás? Rita está conmigo, llegó con Key… estamos preocupados.*

Ignoré el resto y me fui a los mensajes del número desconocido.

>>*Soy Rosie. Tienes a Adam demasiado preocupado, ten el valor de responderle y darle la cara. Está agonizando, aunque es claro que no lo mereces. Haznos un favor y desaparece de verdad.*

Parpadeé repetidamente.

¿Quién se creía ella para hablarme de esa forma?

Respondí su mensaje con uno menos ofensivo:

>>*No vuelvas a escribirme… en tu vida. Tu falta de personalidad puede ser contagiosa.*

Envié el mensaje y casi de inmediato entró una llamada de Adam.

No le contesté e ignoré las cinco más que le siguieron a esa.

Después de unos segundos recibí otro mensaje del número desconocido, de Rosie.

>>*Sabía que huirías como cobarde. No eres lo suficientemente buena para alguien como Adam. No te lo mereces, cobarde.*

Será mejor que te detengas o le reenviaré estos mensajes a MI MARIDO. Deberías aprender a respetar a los hombres casados. Víbora.

<<*¿Insultos de secundaria? Claro.*

Perra desgraciada.

Pero no se detuvo ahí y envió otro mensaje.

>>*¿Sabes lo que va a ocurrir dentro de unos años?*

Después de leer ese mensaje ignoré el resto. Me concentré en ver la insípida televisión una vez más. Como no pude resistir mucho tiempo mientras escuchaba mi celular

vibrando en la mesa, fui lo bastante estúpida como para tomarlo y revisar los mensajes que Rosie no había parado de enviarme:

>>Ocurrirá que Adam me estará haciendo el amor de manera lenta y sensual, mientras logra conseguir la custodia del hijo que esperas. Lo siguiente que pasará es que ese niño me estará diciendo mamá en cuanto aprenda a hablar.

¡Perra!

Releí su mensaje sin podérmelo creer todavía.

¡Esa perra!

Enojada, lancé el teléfono de nuevo a la mesita de noche, sin importarme dónde cayera. Tras pensarlo mejor, reenvié cada mensaje que ella mandó y se los dejé a Adam.

¡Mira lo que tú “amiga” me escribe! Y luego te preguntas por qué me fui cuando deberías estarte preguntando por qué no me fui antes.

Su llamada no se hizo esperar. Esta vez respondí.

—¿Anna qué sucede?

—Sucede que estoy cansada —tragué saliva, las náuseas estaban volviendo—. No puedo creer que la hayas elegido a ella por sobre mí.

—¿Elegí a quién? ¿A Rosie? ¡Yo no la elegí! Entiéndelo, por favor.

—La elegiste desde el momento en que decidiste no seguirme por el elevador.

—Nena…

—La elegiste cuando decidiste estar ahí para ella y no para mí. ¿Por qué lo hiciste? ¿Querías verme llorar? ¿Tan mala persona soy? ¿Acaso te he causado tanto daño?

No pude evitar los sollozos que se escaparon de mi boca.

Las náuseas eran terribles para ese entonces.

—Me tienes al borde de la locura, nena. Dime dónde estás y voy por ti para que hablemos. No es lo que parece.

—¿Ah, no? Porque todo indica que te casaste por compromiso y no porque de verdad lo sintieras.

Me llevé una mano a la boca y sentí la bilis subiendo por mi garganta.

—No vuelvas a pensar de esa forma. Rosie me necesitaba y yo me siento en deuda con ella. No tienes ni idea de las cosas que ha vivido…

—No me hables de esa víbora de agua fría. La vuelves a elegir a ella, esto es cansado.

—NO LA HE ELEGIDO EN NINGÚN ASPECTO. Por favor hazme caso y entiende.

Iba a vomitar.

Me levanté de la cama con cierta dificultad y corrí lo más veloz que pude hacia el baño.

—¿Anna? Te amo, y sí, me enojé mucho contigo ayer por la tarde pero… lo comprendo, no me hagas esto. Dime dónde estás, no me hagas sufrir más porque siento que me estoy muriendo.

—Pues eso lo hubieras pensado antes de abrir tu boca y caer en la manipulación de esa tipa engendro del mal. De mi parte ella dormiría donde los peces duermen: en el fondo del océano, con los ojos abiertos.

—No digas eso, tú no eres de esa forma.

—¡Pero ella sí! Lee los mensajes que te reenvié, esa no es tu amiga y mucho menos tu hermana… es una oportunista de primera… ¡mierda!

Vomité sobre el lavamanos, apenas pudiendo alejar mi cabello para que no quedara cubierto de vómito.

Intenté sujetarme el estómago pero me sentía muy mal.

Vomité una segunda vez.

Al poco tiempo después noté que Adam seguía en la línea telefónica; sus gritos se escuchaban desde donde tenía el celular en mi mano.

—… ¿Qué carajos pasa? ¿No te sientes bien? Me vas a matar de un paro si continúas alejándote de mí. ¡Anna! ¿Anna?

—Me tengo que… sólo voy a colgar.

Apagué mi teléfono y me deslicé cuidadosamente por el suelo del baño. No valía la pena sentirme de esta forma por alguien que tenía demasiados remordimientos y secretos.

No valía la pena sufrir por Adam. Esta vez no habría nada que él pudiera hacer para tenerme de vuelta como antes; esa Anna se cansó de sufrir por terceras personas dentro de la relación. Esa Anna se cansó de un chico llamado Adam.

Capítulo 20.1

Ni por todos los venados del mundo

Fue una noche muy larga, me la pasé con la cabeza mareada, fuertes dolores de espalda y calambres en mis piernas. Los sueños donde Rosie se reía como hiena no pararon hasta que me desperté temprano y me puse lo primero que encontré en mi maleta.

Anoche, antes que la batería de mi teléfono colapsara, recibí una llamada de mamá. Por supuesto no la tomé porque ya podía imaginar que Adam contactó con ella y que ahora estaba de su lado. Me molestaba que nadie pudiera entender la necesidad que tenía de estar sola por al menos unos días; y principalmente me molestaba la actitud de Adam.

Nuestra luna de miel debería quedar registrada en la historia de la humanidad como la peor. Ya me imaginaba el encabezado que usarían para nosotros: esposo escapa con "mejor amiga" y deja a su esposa plantada por asistir al parto (y responsabilizarse del bebé nacido de dicho parto) de la mujer que arruinó la que debería ser una semana soñada.

Era la peor luna de miel de todos los tiempos, después de haber tenido una inolvidable boda.

No entendía qué mierda sucedía con Adam; pero que el chico era bipolar, era bipolar.

Ahora me encontraba a una hora de ser llevada por Diego a la estación de buses más cercana. Esperaba a orillas de la cama en la habitación, deseando que el sol se apresurara en salir y contando los minutos para escapar de la pesadilla y tomar una decisión.

De forma desprevenida, acaricié mi estómago y empecé a trazar patrones circulares por mi ombligo ya salido.

—Perdonen el padre que les di, hermosas. Pero hoy me encargaré de remediar la situación y darle una lección que no olvide —hablé bajito, solo para mis bebés.

Adam, jodido imbécil Walker, se sobrepasó y no había nada que hiciera que pudiera remediarlo. Ni aunque me prometiera bajarme las estrellas o la luna o el sol; ni siquiera por todos los venados parecidos a Bambi que habitaban el mundo. Adam tendría que suplicar, llorar y arrastrarse de aquí a China para obtener una mirada de mi parte.

Pasada media hora escuché algo de actividad en la cocina y en la puerta de entrada de la casa. Oí voces y presté atención a los sonidos de pasos veloces subiendo la escalera. Sin pensarlo, la puerta de la habitación fue abierta abruptamente y un muy agitado Diego se detuvo en el umbral, con sus ojos asustados recorriendo con la vista toda la habitación antes de detenerse en mí.

—¡Aquí estás! Qué bueno que estés bien —gritó, acercándose.

—¿Qué sucedió contigo? Parece como si hubieras corrido una maratón.

—Es que no te imaginas lo que pasó. Necesitamos irnos pronto, Anna.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es tu chico, me siguió desde el hospital cuando Mia y yo nos fuimos de la habitación de Rosie. El tipo está loco, histérico y enfadado como el infierno.

Me puse de pie con lentitud.

—¿Cómo que te ha seguido? No entiendo...

—Si ve mi auto estacionado afuera de la casa, va a saber que estás aquí, escondiéndote de él.

—No me importa, podemos irnos a la estación de buses sin ningún problema —comencé a ponerme en pie.

—No entiendes, está cerca. Anoche me partió el labio porque no le quise decir dónde estabas.

Al instante mis ojos fueron directo a sus labios y noté por primera vez, desde que entró, el pequeño corte y el inicio de una inflamación justo en lado derecho de su boca.

—Y el tipo hubiera seguido —murmuró él—, pero los de seguridad del hospital lo sacaron antes que me matara a golpes. Cuando fui a casa de Mia, él nos estaba siguiendo en su vehículo. No sé qué carajos pasó entre ustedes dos anoche pero eso lo hizo detonar como una bomba.

Tragué saliva con fuerza. Mis rodillas se doblaron y volví a sentarme con pesadez sobre la cama.

—Tal vez finalmente me hizo caso y leyó cada mensaje ofensivo que su psicópata "amiga" me envió.

—Sea lo que sea, está loco. Es mejor si te llevo ahora a donde tengas que ir... pero rápido porque él está cerca.

—De acuerdo, lo que menos quiero hacer es encontrármelo. Ayúdame con la maleta, por favor.

Él se apresuró a cargar mis cosas, su respiración seguía agitada y su frente llena de sudor.

—Rápido, rápido, rápido —habló, parecía en verdad asustado—. Ese loco, perdona el insulto, dijo que me tatuaría la entrepierna si no cooperaba y le daba tu ubicación. Y

créeme, yo estoy adornando las palabras porque no usó nada bonito para amenazarme.

—Lo siento mucho… —murmuré mientras bajaba cuidadosamente las escaleras—. Adam puede llegar a ser muy niño a veces.

—Pues ayer se pasó de la cuenta. No solo amenazó mis partes privadas, también juró que si me veía cerca de ti iba a exterminar por completo esas partes previamente mencionadas.

—Ahora estás exagerando. Adam no tiene ese poder.

—Créeme, lo tiene. Solo basta con tener conexiones y ¡Bam! Tatúas la entrepierna de alguien.

Al llegar al primer nivel, la Sra. Ross nos esperaba en la cocina, sorprendida de vernos tan apresurados.

—¿No van a desayunar? —preguntó, nos señaló con la espátula con la que daba vuelta a los panqueques que olían de manera tan deliciosa.

Diego fue el que respondió:

—Nos vamos abuela. A Anna se le puede hacer tarde.

—Oh… —ella dejó la espátula y se limpió las manos en su delantal—. ¿Tan pronto?

—No entiendes —sonrió él—. Mi entrepierna está en juego... tenemos que irnos ahora.

—Jovencito, tu madre no te crió para que hablaras de entrepiernas frente a las chicas.

—Solo por hoy hago una excepción. Llevamos prisa.

Asentí con la cabeza, todavía extrañándome que Diego le tuviera miedo a las amenazas sin sentido de Adam.

—Me siento muy agradecida por el recibimiento —hablé, apenada por no ayudar lo suficiente y por no llegar a profundizar lazos con la familia de Diego—. Usted y su esposo han sido muy amables.

—No te preocupes, linda. Quiero que sepas que eres bien recibida en esta casa y que puedes volver cuando quieras.

—Gracias, por todo.

Ella me abrazó y besó mi mejilla.

Se separó y se dio media vuelta, pidiéndome que le diera un segundo para rebuscar algo en los cajones del mueble de cocina.

—Este es mi número de teléfono —sacó un papel y escribió los datos con letra clara—. Llama siempre que quieras u ocupes volver a refugiarte aquí.

Tomé el pedazo de papel y me despedí de ella con último abrazo (y un trozo de panqueque que logré tomar).

Después de eso Diego no tardó en tomarme del codo y apresurarse a llevarme a la salida.

Me ayudó a subir a la parte trasera del vehículo y se aseguró de ponerme el cinturón de seguridad para luego posicionarse en su propio asiento. Arrancó al instante, girando a la derecha en una esquina, viendo en todas direcciones antes de soltar un suspiro de alivio.

—Bueno, no lo veo en ningún lugar —dijo él pasados unos cinco minutos—. Puedo respirar libremente.

Nos dirigimos sin ningún inconveniente por el camino, hablando un poco sobre Rosie y su extraña actitud cuando Diego y Mia la fueron a visitar, y escuchando una suave melodía de fondo... hasta que Diego se desvió por otra calle, una que no iba a dar a la estación de buses y que en su lugar nos acercaba un poco más a la carretera con vista al mar. Me preocupé momentáneamente.

No era tan tonta como para fiarme por completo en la palabra de un extraño, porque Diego era técnicamente uno; y el día anterior, antes que mi teléfono muriera sin batería, me había encargado de buscar las posibles rutas para acercarnos a la estación. Pero en ningún lado aparecía la que Diego estaba tomando.

De hecho, íbamos en la dirección opuesta. Comencé a sentirme nerviosa, recordando lo que pasó hace ya tanto tiempo cuando me fié de otro extraño que recién conocía y se hizo pasar por el hijo de mi antigua jefa. Las cosas no terminaron muy bien y pensé que ese día iba a ser violada. Sólo esperaba que ese hecho no se fuera a repetir como la vez pasada.

Busqué la mirada de Diego a través del espejo retrovisor, pero él parecía querer evitar encontrarse con mis ojos.

—¿No vamos a la estación de autobuses? —pregunté con la garganta seca.

—Sí, estoy tomando un atajo.

Sonó nervioso.

—¿Y por qué vamos por el otro camino?

—Porque... Lo que pasa es que... —dejó de hablar y se adentró en un bonito lugar frente al mar, rodeado de pequeñas casas y con bastante vegetación.

—Lo siento, Anna. Por favor no me odies pero...

Lo entendí todo cuando segundos después se detuvo frente a una casa en particular. Mis ojos se dirigieron de inmediato a la persona que se encontraba afuera, esperando a que yo bajara del auto.

—Te dije que no me odiaras —murmuró Diego en voz baja—. Perdona que te haya traído directo a la trampa pero era necesario. Lo entenderás después.

Lo miré sin poder creerlo.

—¿Cómo pudiste hacerme esto?

La puerta de mi lado fue abierta y una mano me tomó del brazo, sacándome del vehículo con cuidado de no hacerme tropezar. Ni siquiera pude verlo a los ojos, estaba furiosa por toda la situación y todavía no podía creer lo que había hecho Diego.

El susodicho también salió del auto, luciendo apenado conmigo, llevándose sus manos a los bolsillos delanteros de los pantalones y pareciendo verdaderamente arrepentido.

—Lo siento —susurró.

—Eres un traidor —lo acusé mientras enfrentaba lo que pasaría a continuación.



—¿No te parece una belleza? —preguntó Rosie mientras era dada de alta y cargaba al bebé.

Asentí vagamente con la cabeza, tratando de continuar leyendo los mensajes que Anna me había enviado.

¿Qué mierda era esa? Todavía seguía afectado por ir al hotel para querer hablar con ella sobre el por qué dejé que se marchara… ¡Pero ella no estaba ahí! Y para colmo, faltaban varias de sus cosas.

Me sentía un tonto. En primer lugar porque nunca debí dejarla ir, y en segundo por ocultarle cosas… cosas que no debí hacer estando casado con ella.

—¿Estás bien? Luces distraído —comentó Rosie.

Negué con la cabeza, despegándome un momento del teléfono y tratando de controlar le temblor de mis manos que se sacudían por la ira.

—Dime, ¿quién putas te dio el derecho de hablarle a Anna de la manera en que le hablaste?

Ella palideció al instante.

Abrió y cerró la boca demasiadas veces antes de tragar saliva y contestar:

—Sabía que ella te pondría en mi contra —agachó la cabeza y depositó al bebé en la cuna; todavía seguíamos en la habitación del hospital y ya no podía soportar el olor a antiséptico en todo el lugar.

—Anna me mandó los mensajes que le escribiste y verifiqué que fuera tu número de teléfono. Incluso me contó todo lo que le dijiste usando MI móvil… que hablando de eso, no tenías derecho a tocar.

—Lamento mucho que te enteraras de esta forma; pero lo hice por tu bien.

—¿Lo hiciste por mi bien? ¿Quieres explicarme eso?

—Adam… ¡se los envié para hacer que despertara de una vez por todas! No quiero que ambos estén enojados por mi culpa.

—Claro, y esto precisamente es la manera correcta de apagar un fuego —comenté con sarcasmo—. Lo que hiciste estuvo fuera de lugar, yo no te pedí que te entrometieras entre Anna y yo.

—Por favor baja la voz y no me hables así de feo —dijo ella al borde de las lágrimas—. Ya te dije que lo hice para que ella sintiera celos y quisiera luchar por ti. ¿Por qué siempre eres tú el que pide perdón y no ella?

—Porque por lo general lo hago mierda todo, justo como ahora —frustrado, me agarré con ambas manos el cabello y tiré con fuerza para al menos saber si esto era alguna clase de pesadilla y yo seguía dormido junto a Anna, peleando por ver a las tortugas y preocupándonos únicamente de quién se comía el postre primero. Pero como mi nombre era sinónimo de problemas, tenía que arruinarlo todo con Anna, como siempre hacía.

En estos momentos deseaba arrancarme la piel y sufrir de manera dolorosa.

—Adam, bebé —Rosie enrolló su brazo con el mío—. Perdóname por inmiscuirme en donde no me llamaron. Lo siento pero pensaba que estaba haciendo lo correcto. Si quieres hablo con Anna y le pido disculpas por la forma grosera en que le hablé.

Me separé al instante de su agarre y tiré de mi cabello con más fuerza. Tomé asiento en una de las sillas cerca de la cuna del bebé y apoyé mis codos en mis rodillas, encendiendo mi teléfono y buscando entre los mensajes.

—¿Pensaste que hacías lo correcto cuando le dijiste, y cito textualmente: Ocurrirá que Adam me estará haciendo el amor de manera lenta y sensual, mientras logra conseguir la custodia del hijo que esperas. Lo siguiente que pasará es que ese niño me estará diciendo mamá en cuanto aprenda a hablar?

Si antes ella se encontraba blanca, ahora estaba hecho un blanco cadáver.

—¡Dios mío! —chilló, llevándose una mano a su pecho y tomando asiento en la cama—. Pero… pero yo te juro que yo no le escribí eso. Sí, admito que se me fue un poco la mano mientras la amenazaba para que hiciera algo y te buscara, pero nunca le diría una cosa tan fea. Sabes que te quiero mucho pero te miro como un hermano… más precisamente como parte de mi familia, como si nunca hubiera muerto Emilia y siguiera a tu lado.

—¿Ahora me miras con afecto fraternal? —grité.

—Si te refieres al beso que te di… que nos dimos, de verdad lo necesitaba. Aunque no lo creas me siento sola. Viste perfectamente cómo Key entró en la habitación y miró al bebé por apenas unos segundos para luego marcharse. Me siento como la mierda y sólo necesitaba algo de afecto y cariño. Por eso te besé, no pienses mal.

—Y si tú no le enviaste los mensajes a Anna, ¿quién fue?

—No lo sé. Te juro por lo más sagrado… por mi bebé, que yo no le envié ese mensaje a Anna. Ya te expliqué que quería motivarla a que entre ustedes arreglaran las cosas. De seguro ella me odia y está inventando todo. Y la verdad es comprensible debido a todo lo que le dije pero…

—Pero nada —la ira hervía en mí como un volcán. Necesitaba golpear algo antes de apresurarme en cualquier cosa.

Me puse de pie y, cuando lo hice, precisamente entraron Mia y el chico que se quedó con Anna en el elevador.

No lo pensé demasiado, olvidando que hace unos segundos pretendía ser prudente, y me lancé en dirección al chico de ojos azules, sosteniéndolo por el cuello de la camisa.

—Tú, tú sabes dónde está Anna. Dímelo ahora o te rompo la mandíbula —lo amenacé.

Mia comenzó a gritar con esa voz chillona tan característica de ella.

—Yo no sé dónde está ella —respondió el chico—. Será mejor que me sueltes porque no tengo información de nada.

Retorcí más la camisa.

—Ella no estaba en nuestra habitación anoche. Dime dónde está, ahora.

Él apretó sus labios con fuerza, evitando mi mirada.

Claro, tenía que saber dónde se encontraba Anna.

En un abrir y cerrar de ojos lo solté, luego le di impulso a mi puño y tenía la intensión de golpearlo en la mandíbula pero se agachó antes de poder darle de lleno, aunque su labio no salió ileso.

Volví a tomarlo de la camisa y acerqué su rostro al mío.

—Dime dónde está mi esposa o me aseguro de arrancarte los testículos y dárselos de comer a mi hámster. Habla ahora, de una puta vez…

—Las amenazas no llevan a ninguna parte —dijo Rosie a mi lado. Ella y Mia trataban de separarnos pero ninguna tenía la fuerza suficiente. Fue consciente del llanto de un bebé en el fondo.

—Bien, tal vez deba amenazar más fuerte —dije—. Dame la ubicación de Anna. Sé que no está en casa porque ya hablé con su madre… y no está, claramente, en la habitación del hotel. Dime dónde y tal vez no considere tatuarte las bolas con mi nombre en ellas.

Tragó saliva, ahora luciendo nervioso.

—¡Voy a llamar a seguridad! —gritó Mia—. Aléjate de él, Adam.

—Quiero saber dónde está Anna. Me estoy cansando de preguntar.

—¿De verdad vas a tatuar mis bolas con tu nombre? —habló el chico—. ¿No sería un poco raro… o extremo? Lo digo porque no tenemos esa confianza aún como para hacernos tatuajes combinados porque, si tú tatúas tu nombre, tatúo yo el mío en tus bolas, ¿cierto?

La broma parecía graciosa pero no me reí. En su lugar lo sostuve contra la pared, enfocándome esta vez en su estómago y dándole un duro golpe.

—No estoy como para bromas. Habla rápido.

—Cielos, me pones nervioso.

Se quedó en silencio por unos momentos y, por primera vez noté los gritos de Mia y de Rosie.

—¡Adam Walker, suéltalo! —gritaba Mia. Ni siquiera me molesté en responderle y me concentré en el chico, resultándome familiar.

—Quiero que sepas que yo cumplo mis promesas —dije, empleando un tono mortal acompañado de un empujón contra la pared—. No bromeo cuando digo que soy capaz de cortarte los testículos usando únicamente mi mano… y lo hago todo por ella. Así que trata de no provocarme porque en cualquier momento estallo.

—Te creo… de verdad lo hago. Das miedo —me contestó—. Y quiero mi entrepierna a salvo, la necesito por si no te has dado cuenta. Ella y yo llevamos juntos 22 años y hemos pasado por muchas cosas. Por no hablar que si me cortas mis… partes privadas, tendré que vivir con prótesis y no podré orinar como persona normal.

—Hablas mucho y nada es sobre lo que me interesa.

—¡De acuerdo! Te llevaré con Anna, pero vas a esperar hasta mañana, y te diré dónde encontrarnos. Rosie me puede dar tu teléfono para avisarte.

—Me temo que las cosas no funcionan así. —Iba a lanzarle otro golpe pero alguien vino desde atrás y me apartó del chico, evitando que lo golpeara. Hasta mucho después noté a los de seguridad, quienes me escoltaron hasta mi auto.

Pero no me iba a quedar así, iba a esperar a que el hijo de puta saliera y lo iba a seguir.

Tenía que arreglar las cosas con Anna. Tenía que explicarle todo, la culpa que sentía, la carga con Rosie… no podía perderla. No la quería lejos de mí.



Estaba furiosa. No podía parar de fulminar a Diego con la mirada y a Adam, a su lado, por traerme hasta aquí.

—Antes que culpes al muchacho, yo le pedí que te trajera —habló la futura víctima de violación por unicornios, Adam.

—No quiero hablar contigo, ya tuve suficiente de esto. ¿Dónde está ese unicornio violador cuando más se le necesita?

Adam se acercó lentamente a mí, pero retrocedí de inmediato.

—No puede ser que apenas y pasemos por un momento difícil en nuestro matrimonio y ya quieras darte por vencida —dijo él.

—Yo no soy quien se está dando por vencido, eres tú. ¿Por qué estoy aquí?

—Para hablar conmigo, para dejarme disculparme por mi actitud en estos días.

—¿Vas a disculparte por besar a esa sanguijuela? ¿O disculparte por dejarme todo el tiempo sola? ¿O por la estupidez de preguntarme si tú eres el padre del bebé que estoy

esperando? ¿O simplemente disculparte por ponerme en segundo lugar? Ya tus palabras no me hacen nada... sé que te disculpas de labios para afuera, no hay sinceridad en lo que dices.

Respiré hondo y me di la vuelta, en dirección al auto estacionado a pocos metros de donde estábamos.

Adam llegó primero y me alcanzó.

—Oh, ahora sí vas a buscarme —comenté de forma seca—. ¡No te me acerques!

—Tranquila nena... esto se te puede salir de las manos. Respira hondo y haz tiempo para perdonarme porque sé que me perdonarás al igual que yo te perdonaré muchas cosas en el futuro.

Lo fulminé de inmediato con la mirada.

—¿De verdad crees que te voy a perdonar así de rápido? ¿Yo? ¡Ni por todos los venados del mundo!

Su sonrisa se ensanchó, sus ojos verdes jamás se habían visto tan divertidos como ahora, y lo peor de todo era que se miraba demasiado atractivo y mi resistencia comenzaba a flaquear.

¡Pero no! Me iba a encargar de darle un poco de su propia medicina.

—¿A dónde dejaste a tu querida amiga? ¿Leíste las cosas espantosas que me escribió?

Convoqué mentalmente a mil unicornios salvajes y a anguilas de mar para que le dieran una lección al estúpido de Adam, pero nadie acudió a mi llamado.

—Tranquila, nena. ¿Por qué no entramos primero a la casa? Come algo, te pones de mal humor cuando no desayunas.

—¡No te atrevas a hablar de mí! Yo soy la que está embarazada y sufriendo, tú eres el que se anda besando con cualquier perro de la calle. ¡Ojala te violaran mil renos y mil unicornios!

—No olvides a los enanos —susurró Diego, quien veía todo a una distancia segura, lejos de la zona de guerra.

—¡Ojala que todo animal con un cuerno te viole! —terminé de gritar, por alguna razón los gritos se volvieron llanto silencioso—. Te odio, me haces miserable y luego me haces sentir peor cuando sucumbo a la tentación de perdonarte. ¿Por qué no puedes solo alejarte de mí y dejarme en paz?

Me quedé en silencio, esperando a que protestara, pero en su lugar se quedó igual de callado que yo.

Cuando alce la vista, me miraba con… dolor.

Bien, que sufra, se lo merecía.

—¿Acaso soy tan insoportable? ¿Quieres que me aleje de ti?

—Prometiste que me darías mi espacio y que incluso tú mismo buscarías un lugar al que yo pudiera acudir en caso de necesitar estar distanciados. Pero sigues causándome daño, torturándome y haciendo que me enferme, ya no quiero eso.

—¿Ya no quieres nada conmigo? —preguntó. La manera en que lo hizo fue simplemente desgarradora.

—No quiero nada contigo, Adam. Al menos no por ahora.

—Bien, si quieres tu espacio entonces no hay nada que pueda hacer más que dártelo.

Y con eso se dio la vuelta, caminando en dirección a la casa y cerrando la puerta con un duro golpe.

Justo cuando creí que de nuevo las lágrimas volverían y la depresión seguiría, la puerta de la casa volvió a abrirse y Adam salió disparado hacia mí.

En un arrebato, y sin darme tiempo siquiera a pensar, me tomó de las caderas y juntó sus labios con los míos, besándome con dureza.

—Te daré tu espacio —murmuró, molesto—. Pero vienes conmigo a casa porque no te pienso dejar sola una vez más.

—Esto es una locura.

—Nena, desde el principio ambos sabíamos que esto iba a ser así.

—Pues los dos estamos locos.

—Siempre y cuando sea el loco más atractivo del manicomio, no tengo problema en estarlo.

Capítulo 20.2

Ni por todos los venados del mundo

Adam me tomó del brazo y me llevó dentro de la bonita casa, procurando sostenerme de la cintura cuando parecía que daría un mal paso por forcejear con él y querer zafarme de su agarre.

-¡No seas cavernícola y suéltame!

-Tenemos que hablar -dijo en voz baja. Logró hacerme entrar hasta la sala y luego me soltó, esperando que yo tomara asiento en el sofá.

Pero quise ser obstinada y me quedé de pie.

-¿Hoy sí sientes deseos de hablar? Porque te recuerdo que cuando quise hablar contigo, tú me dijiste que preferías dormir en la habitación de Rosie. Cuando me preguntaste si eras el padre del bebé que espero, no dudaste en lanzarte en mi contra.

-Soy un estúpido, lo sé.

-No, la palabra estúpido te queda pequeña.

-De acuerdo, me merezco que me coman vivo. Lo acepto.

-Eso es poco. Mereces que alguien meta tu pie en tu trasero... y luego te devoren vivo.

-Nena...

-No estoy de ánimos como para que me digas nena. Y además, ¿de quién es esta casa en la que estamos?

Adam bajó la mirada, luciendo un poco arrepentido.

-¿No me digas que es de esa tipa? -le advertí-. ¿Estamos en casa de Rosie?

Él se apresuró a negar con la cabeza.

-Esta propiedad la alquilé para los dos. Se suponía que iba a ser una sorpresa y que pasaríamos una semana extra de luna de miel. Es para no tener que estar en el hotel todo el tiempo. Además planeé invitar a toda la familia para que disfrutaran unas vacaciones con nosotros para la siguiente semana.

-Fue un bonito gesto, lástima que lo arruinaras todo eligiendo a zorras de pechos caídos antes que a mí.

-Rosie no es una mala persona, ella...

Levanté un dedo de forma amenazante.

-Ni se te ocurra nombrar a Rosie y "no es una mala persona" en la misma oración. ¿Acaso estás ciego? ¿No leíste nada de lo que te reenvié? ¡Tu amiguita está que moja los calzones por ti!

-No era necesario ser tan descriptiva, nena...

-Nada de nena. Se acabó esto Adam, se acabó todo. Ahora deja que el traidor de allá afuera me lleve a una estación de buses, me voy a casa y ni se te ocurra detenerme.

-En primer lugar, Anna, ya no necesitas al cabrón ese para que te lleve, además creo que él se está yendo justo ahora -señaló en dirección a la ventana, donde el auto de Diego comenzó a alejarse en la carretera. Sagitario traidor-. En segundo lugar, Rosie me juró que no te envió esos mensajes.

Esto era el colmo.

Terminé de ver cómo el auto de Diego desaparecía a final de la calle y luego me giré hacia Adam, llevándome las manos a la cadera.

-Por supuesto -dije de forma sarcástica-. Te creo, ella se ve tan pura y transparente, incapaz de engañarte.

-Me explicó que quiso ponerte celosa y que sí, quería que sintieras celos por mí. Nada más.

-Pues ella hizo una actuación formidable.

-Yo le advertí que no se volviera a meter contigo, con nuestra relación... Pero ya no sé qué creer.

-Obviamente a mí no me creerías, esa confianza se la das a Rosie.

-Por favor no te enojes. ¿Comiste algo? Puedo prepararte lo que quieras, solo trata de no exaltarte mucho, estás embarazada.

-Oh, por supuesto, ahora sí recuerdas ese pequeño detalle -dije de forma sarcástica.

-Créeme, si me entero que en verdad fue Rosie la que escribió todas esas horribles cosas, yo me aseguraré de darle una lección.

-¿Y todavía dudas que ella escribió los mensajes? No puedo creer lo ciega que estuve al enamorarme de ti. Ahora, si me lo permites, no me pienso quedar ni un segundo más aquí.

Di media vuelta pero casi al instante la mano de Adam se estaba cerrando sobre mi brazo. Sus dedos se clavaron en mi piel, provocándome calor y un malestar que sólo un hueco en el corazón era capaz de crear.

-Annabelle.... No lo hagas. No huyas.

Su pecho se pegó contra mi espalda, su mano fue bajando y se colocó sobre la mía.

-Te creo, nena. Perdóname. Es difícil para mí poder lidiar con la culpa. Discúlpame por enojarme tanto... por cegarme de esa forma.

Negué rápidamente con la cabeza.

-Este es un juego de nunca acabar -murmuré.

-Jamás cambiaría lo que tengo contigo, ni en un millón de años -susurró en mi oído, su mano acariciando mi barriga-, ni por todos los venados del mundo cambiaría el haberte conocido. Eres la única que ha logrado comprenderme, serme sincera y entenderme a la perfección.

-Pues últimamente ese radar falla muchísimo. Puede que te entienda pero no sé leer las mentes; necesito que te comuniques conmigo, que... -suspiré al pensar en lo siguiente-, necesito que no existan secretos entre tú y yo.

Los labios de Adam se posaron en mi cuello, mi piel se erizó al instante.

-¿Quieres que te siga enviando mis secretos, así como lo hice hace un tiempo atrás? Recuerdo haberte contado de mi primer enamoramiento por mi nana.

Rodé los ojos. Adam siempre lograba desviarse del tema con una facilidad impresionante.

-¿Quieres saber los míos? -dije con desprecio-: detesto a tu "amiga" Rosie. La odio como jamás creí que odiaría a alguien. Tampoco me gusta que le ponga Noah a su hijo... Ella no debería usar un nombre que signifique tanto para nosotros. ¿Por qué no le pudo poner otro?

-Bien, con respecto a eso, logré que cambiara el nombre -Adam sonó triunfante al decirlo. Me di la vuelta, aún entre sus brazos, y lo observé con atención-. Hablé de eso con ella y de lo mucho que ese nombre significaba para nosotros. Aceptó cambiarlo.

-¿Así de simple?

-Exacto.

-¿Cómo le va a poner a su bebé ahora?

Se encogió de hombros, evitando mirarme directamente a los ojos.

-Por favor Anna. Perdóname y habla conmigo.

-¿Y qué se supone que hacemos justo ahora? ¿Dormir?

-Necesito saber que no te he perdido y que todo está bien. Admito que soy un inmaduro que no sabe cómo lidiar con las cosas.

No le respondí nada y él aprovechó mi silencio para tomarme de la barbilla y darme un profundo beso.

Su lengua se abrió camino en mi boca y una de sus manos sujetó mi cuello, buscando nuevos ángulos para su lengua.

Me separé para tomar aire, sus besos me dejaron mareada.

-Te haré pagar lo mucho que me dolieron tus palabras -lo amenacé.

Él sonrió y besó mi mejilla.

-No me gusta estar enojado contigo -besó mi otra mejilla-. Soy un imbécil, yo pensé que Rosie era sincera. Sé que no quieres escucharlo pero estoy seguro que ella no es así de mala... jamás lo ha sido.

Torcí el gesto y Adam se apresuró a besarme en la nariz.

-Lo siento. No volveré a hablar de ella. Perdón.

-La verdad es que lo que más duele es que la hayas besado... Independientemente si fuiste tú o no quien inició el beso.

-Rosie nunca me provocará el millón de emociones que tú me provocas con tan solo parpadear en mi dirección. Soy el idiota con más suerte en el mundo. Ahora, por favor, ven conmigo a la habitación; dejaré tus cosas y puedes descansar. Solo no me dejes... Necesito arreglar esta luna de miel.

-Eso es algo muy difícil de lograr en estos momentos. Me siento furiosa contigo, me siento mal y no creo que lo nuestro vaya por buen camino.

-Déjame regresar a los viejos tiempos entonces...

Negué con la cabeza y él aprovechó para pegar su frente contra la mía.

-Por favor -susurró-, contrario a esos libros de alienígenas sexys que tanto amas leer, soy humano común y corriente que comete errores.

Suspiré, cansada de todo.

-Desearía que tus cambios de opinión se debieran a que eres de otro planeta. Pero no, tu bipolaridad no tiene remedio.

-Ven conmigo, nena -extendió su mano y, al igual que Eva con el fruto prohibido, la tomé ante todo pronóstico; luego asentí con la cabeza y dejé que me diera un último beso en la mejilla.

-De acuerdo -afirmé lo que ya sabía-. Te perdono pero tienes que asegurarte de saber recompensarme mucho. Más de lo normal.

Me sonrió como un niño. Como si acabara de mirar a su juguete favorito y este juguete le diera permiso de jugar con él. Probablemente eso era para él: tan solo un juguete más para su colección pero en esos momentos no me importaba.

Para cuando llegó el anochecer estaba tan llena por toda la comida que Adam tenía preparada y que nunca paró de salir mientras hablábamos hasta pasar las horas. Colocó mi ropa en los percheros y se aseguró de que tomara un baño en la enorme bañera del baño.

También acepté dormir con él, juntos otra vez en la misma cama. Sonreí al verlo caer rendido sobre una pila de almohadas y esperé hasta que su respiración se normalizó.

Dejé a un lado el libro que estaba leyendo y, sin hacer mucho ruido, tomé todo lo que pude del armario de ropa y lo metí dentro de mi maleta.

Acomodé todo en el baño y comencé a caminar a hurtadillas por la casa.

En cierta manera este juguete en particular se cansó de jugar siempre a lo mismo.

Rebusqué entre los bolsillos del pantalón de Adam y saqué unas llaves de la casa y de su auto. Las tomé y me moví sigilosamente mientras huía por segunda vez en esa semana.

Esta vez me perdería hasta que no me pudiera encontrar.

Y no me importaba si pensaba que estaba siendo inmadura. La realidad era que estaba tomando el control de mi vida, al menos por unos instantes.

Antes de irme le dejé una pequeña nota sobre la mesa del comedor, escrita en un viejo recibo que encontré entre mis cosas.

"Secreto # 1 de Anna: vas a ser padre de gemelas

Y como el recibo era pequeño, continué en otro papel que dejé exactamente a la par, con el próximo secreto:

"Secreto #2: Yo tampoco sé si casarnos fue una buena idea. Es obvio que siempre estuvimos destinados a sabotear nuestra relación

Y con eso abrí sigilosamente la puerta y dejé de pretender que todo era perfecto.

Me subí en el auto de Adam lo más silenciosamente que pude y me alejé con un destino en mente.

Esta vez haría las cosas bien, no dejaría que jugaran conmigo nunca más. Y amaba a Adam, pero era hora de que aprendiera la lección de la manera más dura.

Quizá ambos deberíamos aprender lecciones.

Capítulo 21

Jugando a las casitas

Cuando era pequeña y solía sentirme enfadada, siempre huía al mismo sitio cercano a casa: el parque. Era perfecto cuando tenía siete años de edad y era lo más lejos que me aventuraba a andar en la noche yo sola. El lugar se encontraba vacío y desprovisto de la música ruidosa que siempre ponían cuando mamá me acompañaba a jugar; además los juegos se encontraban a mi entera disposición desde que no había nadie que me obligara a hacer grandes colas.

Estando allí me sentía segura, a pesar de estar abandonado, y me sentía como en casa. Justo ahora quería correr a esconderme en ese lugar seguro en donde mis preocupaciones más grandes eran el color de pintura que usaría en mis dibujos o el vestido a usar en clases.

A veces desearía regresar a esa época, cuando en mi inocencia moría de ganas por crecer, sin saber que al crecer obtendría más responsabilidades y más obligaciones de las que nunca imaginé. Tampoco tenía que preocuparme en esos años sobre si un chico me rompía el corazón o si llegaría a pensar seriamente en enamorarme de alguien.

Quería desesperadamente regresar allí, de nuevo a ese mismo punto de mi vida, en ese mismo lugar. Pero no se podía, tenía que regresar a la realidad y no era precisamente algo bueno.

Mi mayor preocupación en este momento tenía dueño, contaba con un nombre y con un apellido: Adam Walker.

Estaba furiosa con él, furiosa y decepcionada por todo lo que tuvimos que pasar sólo para llegar a esto: Rosie. Por eso la primera lección que le enseñaría a Adam era la de la separación. Le mostraría lo mucho que dolía que alguien a quien amaras saliera repentinamente de tu vida, te abandonara abruptamente por culpa de la estupidez de no comunicarse y ocultarse las verdades.

Amaba a Adam y por eso tenía que separarme lo más rápido de él.

Ambos íbamos a colapsar si continuábamos ocultándonos todo.

Mientras conducía, mi primera impresión fue ir directo a casa de mis padres, a llorar y a ser reconfortada por las palabras de odio que sabía que mi padre le dedicaría cuando supiera lo herida que me sentí con todo el asunto de Rosie. Lo segundo que pasaría sería

que yo me vendría abajo y gritaría como un bebé; luego mamá trataría de consolarme con alguna canción cursi o con una frase "reparadora del alma". Ella me diría que todo iría bien, hasta incluso me convencería de regresar una vez más con el chico a quien no quería nombrar en esos momentos. Y eso era lo que quería evitarme.

Quería que Adam sufriera y se diera cuenta de lo imbécil que se había portado en toda nuestra luna de miel.

Sí, probablemente eso me hiciera masoquista pero no me importaba; además las gemelas también me apoyaban... Bueno, al menos una de ellas, la otra, la que era más pateadora y que justo ahora estaba pateando mi estómago como si me reprochara mis decisiones, parecía enfadada porque mami huyera como cobarde de papi.

Por esa misma razón me apresuré al único lugar en el que me sentí segura por al menos un corto periodo de tiempo. Me iría lejos de Adam para así reflexionar por una noche hasta que se me ocurriera un lugar mejor al que acudir. Pero el remordimiento era cruel y me carcomía la culpa. Mi mente evocaba ojos, ojos verdes a cada momento. Ojos reprochadores que tal vez me odiarían por ocultar la verdad una vez que la lea del pedazo de papel que dejé para él a la vista.

Ojos verdes. Ojos que traen malos recuerdos y a la vez traen los mejores y más emocionantes que alguna vez he vivido.

Los ojos verdes nunca volverán a ser lo mismo para mí. Adam los arruinó por siempre.

Lo extrañaba, demasiado para mi propio bien; pero nuestra separación fue una solución a algo que tarde o temprano se iba a romper. O tal vez fue una estupidez y yo estaba cometiendo la peor locura de mi vida, no sabía si quería creer que era así.

Después de unos minutos de conducir lejos de él, encontré lo más parecido a un parque como el que me recordaba a mi niñez. Era demasiado temprano en la mañana como para que todavía hubiera alguien.

El sol acababa de ponerse, pero parecía que ese día llovería fuerte. Podía ver nubes de tormenta aproximándose en el horizonte.

Estacioné en una plaza cercana al parque y me acomodé con todo y mi gran barriga en uno de los columpios del lugar. Era estrecho y pequeño pero me iba bien.

Comencé a balancearme con los pies en el suelo; pensando en si estaba haciendo lo correcto al alejarme de Adam. Cierto que no estábamos en nuestro mejor momento, pero yo lo amaba y se suponía que entre parejas era normal pelear. Nadie era perfecto.

Entonces sus palabras se vinieron a mi mente, esas que dolieron tanto ese día; esas sobre dudar acerca de su paternidad.

No me había dado cuenta que dejé de balancearme en el columpio y que mi puño se encerró en una de las cadenas. Estaba furiosa y pronto el cielo nublado alcanzó mi estado de ánimo. Lo mejor era huir, alejarme de él... aunque doliera.

Justo cuando pensaba levantarme del asiento recordé también sus otras palabras, esas sobre joder al destino si quería jodernos primero; o al menos esas fueron sus palabras exactas.

Sonreí ante el recuerdo agridulce que me sobrepasaba en esos momentos.

¿Qué estaba haciendo al huir de él? ¡Por todos los cielos, él era el padre de mis hijos y el chico al que amaba y odiaba con la misma pasión! Pero por eso habían dolido más sus palabras, porque provenían de alguien a quien yo quería mucho e hirieron fuerte.

Mordí mi labio más de cien veces pensando en sí debía volver o no con él, al final me llené de valor y frases positivas sobre no rendirme y huir al primer problema. Era una tonta por huir así de él, lo mejor sería hablar juntos y llegar a algo. No podía ser tan inmadura con él.

Dando un giro inesperado, me levanté del columpio y troté hacia el auto; una vez dentro, me aferré al volante como si la vida se me fuera en ello.

Jamás debí renunciar a él así de fácil, no le iba a hacer el camino sencillo a Rosie o a nadie más.

Tomé mi teléfono móvil y marqué el número telefónico de mi chico de atormentados ojos verdes y lo llamé. No iba a permitir que las cosas entre los dos se esfumaran de esta manera. Lo amaba, no tenía por qué adoptar esta actitud tan idiota.

Llamé continuamente a su teléfono, pero no me contestó, de seguro seguía durmiendo.

Hice un largo recorrido con el vehículo hasta que al fin di con la calle por donde Diego me había llevado esta mañana. Reconocí de inmediato la cabaña en la que ambos, Adam y yo, peleamos. Esta vez no dejaría que Rosie ni nadie se interpusiera entre nosotros.

Seguía mentalmente repitiéndome una y otra vez lo que Adam me dijo hace un tiempo atrás, que nosotros estábamos destinados a estar juntos y, si no era así, ¡que se jodiera el destino! Y eso era exactamente lo que pretendía hacer: forzar nuestro propio camino juntos, aun cuando no hubiera carreteras por las que caminar.

Lo amaba, y si él estaba dispuesto a luchar por nosotros yo iba a hacer lo mismo.

Muy pronto localicé la cabaña de donde hui y casi estacioné el auto para correr hacia él. Me detuve al ver que había ya otro vehículo en donde antes se encontraba este. Era de color rojo cereza y jamás lo había visto antes. Tenía una placa relativamente nueva y una calcomanía de una inmobiliaria que se encontraba pegada en el parachoques.

Me bajé del auto, dispuesta a tocar la puerta y regresar a los brazos de Adam, cuando abruptamente la puerta del vehículo se abrió y una hermosa chica rubia salió. Era Rosie.

Para alguien que se miraba como la mierda en apenas unas horas atrás mientras daba a luz, lucía sorprendentemente atractiva y caliente. No tenía esta vez al bebé en brazos.

Fruncí el ceño, no gustándome nada esa situación.

Rosie no había notado que me encontraba tras ella, y avanzó con paso lento hacia la puerta de entrada. Ni siquiera tocó el timbre porque abrió la puerta como si hubiera estado millones de veces antes en la misma casa.

Caminó a través de la sala hasta que la perdí de vista por las ventanas.

Entré detrás de ella, sin hacer el menor ruido y muy pronto escuché una conmoción que provenía de la habitación en donde Adam y yo estuvimos acostados hasta hace poco. Al parecer estaban teniendo una discusión a la que apenas pude escuchar, perdiendo el comienzo de la misma.

—¡No puedes entrar y sencillamente hacer eso! —escuché que gritó Adam—. Lárgate ahora mismo.

—Pero entiende, no fue mi culpa —sollozó Rosie—, no sé dónde está. Acabo de llegar, no tengo idea de dónde está tu mujercita.

¿Mujercita? Esa perra.

Me acerqué más a la puerta, con pasos delicados para no anunciar mi presencia.

—¿Dónde está Anna? —gritó Adam—, esta mañana ella dormía junto a mí, y ahora me encuentro con la sorpresa de que la que está a mi lado no es ella, sino tú. ¿Dónde está? ¿Qué le dijiste? Ella tenía razón todo este tiempo, eres insoportable.

—No digas eso, por favor —ella comenzó a sollozar realmente fuerte—. Adam yo te amo, eres como un hermano para mí y lo sabes.

—¿Entonces qué hacías acostada en el sitio de Anna? —¿Ella estuvo acostada en mi lugar? —. Mira, la situación entre los dos ha estado delicada, no quiero que lo compliques más. Aléjate de una vez. Amo a mi esposa, aunque todo en el mundo dictamine que estamos destinados al fracaso, quiero intentarlo con ella.

—Pero ya te dije que no sé dónde está ella, cuando entré no había nadie. ¿Y qué tiene de malo acostarme a tu lado? ¡Me diste un beso inolvidable en el hospital! Te presentaste como padre de mi hijo, aunque no fuera tuyo. Pensé que sentías lo mismo que yo.

Me asomé cuidadosamente para ver por la rendija de la puerta, Adam estaba poniéndose los pantalones y se encontraba sin camisa. Lucía furioso y aturdido, se agarraba el pelo con brusquedad, tratando de arrancarse algunas hebras.

—Eso fue cuando pensé que de verdad me mirabas como un hermano. Tú no me ves como familia, me miras como algo más.

—Tú ya lo sabías, Adam. Desde niños he estado enamorada de ti. Yo sé que también te gusto, lo noto por la mirada de hambre con la que me miras.

Adam resopló, disgustado. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no entrar y partirle la cara con su propio zapato de tacón.

—¡No es hambre! Ciertamente no lo es —argumentó mi chico—, es lástima. Hay una gran diferencia entre amar y sentir lástima por una persona. Te confundiste, Rosie. La cagaste y a lo grande.

—No es cierto, tú... —lloró de forma ruidosa, cortando lo que sea que iba a pronunciar.

—Es lástima. Punto. Lástima por cómo la vida te trató a ti y a tu hermana —suspiró nuevamente—. Mira, lo siento. Sé que por mi culpa tus padres sufrieron un golpe bajo cuando murió Emilia, luego todos ustedes se vinieron abajo. Realmente me castigo por

ello todos los días, incluso cuando aparento tranquilidad. De verdad lo lamento con toda el alma. Pero lo que siento por ti es lástima... y, oh sí, culpa. No tomes esto como algo personal, lo sabías desde un principio y te lo aclaré miles de veces.

Miré cómo ella negó con la cabeza, desconsolada y con lágrimas por toda la cara. Hasta a mí me estaba dando algo de pena verla.

—Y luego ocurrió lo de Key —murmuró él—. Él me contó cómo sucedió todo entre ustedes. Fue una noche donde se emborrachó horriblemente, fue una noche donde no pensó lo que hacía. No pienses que él quería quedar atrapado en medio. Él ama a alguien más, y la noticia de tu embarazo tambaleó demasiado las cosas para él. No solo estás destruyendo una pareja feliz como la suya, también estás destruyendo otra relación como la de Anna y la mía.

Escuché que ella sollozó aún más, sin control sobre sus lágrimas.

—Eres cruel, sin corazón —ladró ella, aun llorando como niña.

—Búscate algo que te haga feliz sin necesidad de arruinar la felicidad de los demás.

Con eso Adam encontró una camiseta tirada en el suelo y se la colocó rápidamente; evitó mirar a Rosie a los ojos cuando apuntó en dirección a la puerta.

—Ahora sal, por favor. Tengo que buscar a Anna.

No podía creer todo lo que estaba escuchando.

Me sentía alegre y a la vez destruida por ambos. ¿Estaba siendo una loca al sentir eso?

—No quiero que me alejes así de tu vida. Mi hijo necesitará alguien a quien mirar como hombre, como padre.

Y allí se fue mi lástima para con ella. La odiaba.

—Entonces... —balbuceó Adam—, ve a buscar a alguien más porque no podré hacerlo. Yo tengo reservado ese lugar para mis futuros hijos, mis futuros hijos con Anna.

Ella lució tremendamente ofendida por eso, apretó sus labios y sus puños, absteniéndose de decir algo más.

Antes que ella pudiera salir como alma que lleva el diablo, me alejé de la puerta del dormitorio y corrí hacia la sala, tomando asiento en el sofá.

Vi su figura coqueta caminar por el pasillo y en dirección a la salida, hasta que me notó sentada, viendo directamente hacia ella.

Se detuvo abruptamente y trató de limpiar las lágrimas que manchaban su cara, pero fue inútil. Más lágrimas continuaban saliendo.

—Que lo disfrutes —murmuró con voz ronca—, solo recuerda que él perdió su virginidad conmigo y yo perdí la mía con él.

Con esas gruesas palabras salió de la cabaña, formando puños con sus manos y dando un portazo con su huida.

Logró su propósito: herirme capa por capa.

Miraba hacia el suelo cuando noté a Adam correr hacia donde me encontraba.

—Nena —dijo en voz baja. No creía que él hubiera escuchado lo que me dijo Rosie—. Aquí estás. Creí que habías huido de mí a estas alturas.

Observé como zombi en dirección al suelo, pestañando de vez en cuando a sus pies descalzos.

—Adam...

No pude terminar lo que iba a decir porque inmediatamente después él estaba de rodillas en el suelo, a la altura de mis ojos. Tomó mi cara entre sus manos y limpió una solitaria lágrima que no sabía que se había escapado.

—Nos vamos ahora mismo a casa —dijo él.

—Pero...

—Sin peros. Nos vamos ya. Empaca tus cosas y nos vamos.

Él no sabía que yo ya había empacado todo. Lo que significaba que acababa de levantarse hace poco, con la entrada de Rosie.

—Adam aún hay algo que ten...

—Vámonos, por favor —apretó mi rostro con fuerza, sin hacerme daño—. No quiero que esta pesadilla continúe. Perdóname por ser un tonto. Tiendo a hacer ridiculeces muy seguido como te habrás dado cuenta.

—Escuché lo que le dijiste a Rosie —murmuré.

Él suspiró y miró a otro lado.

Esta vez fui yo la que tomó su cara en mis manos y lo obligué a mirar en mi dirección.

—Está bien. Lo aprecio y lo agradezco bastante...

—Anna, vámonos de aquí —interrumpió—. Fue un error haber buscado consejo en ella. Es algo que lamentaré por siempre. Quiero ser sincero contigo para que después no pasen errores como este.

—Escucha...

—No, escúchame tú a mí. Lo siento, lo siento por cada palabra que hirió tu corazón y borró esa hermosa sonrisa de tu cara. Perdóname y acepta venir a casa conmigo.

No pude decir nada más porque sus labios pronto estuvieron sobre los míos, acallando lo que sea que iba a decir.

Se retiró muy pronto y me sonrió con una disculpa dibujada por todo el rostro.

Acaricié su mandíbula y asentí con la cabeza.

—Está bien, vámonos.

Se levantó de un salto y tomó mi mano con fuerza, besándola una vez que me puse en pie. Pero todavía había inseguridades e inquietudes muy en lo profundo de mi ser. Tal vez las palabras de Rosie sí tocaron algo hondo. No estaba segura de por qué.

Adam se movió a buscar nuestras cosas, y palideció cuando notó que las mías ya no estaban allí.

Lo miré con culpa, ocultando la mirada. Mis ojos fueron a parar hacia donde había dejado aquellos pequeños recibos con los secretos que revelé. Por alguna razón no me sentía lista para enseñárselos.

Me moví inquieta por el lugar hasta dar con ellos y los arrugué en la palma de mi mano.

Sin saberlo, Adam apareció detrás de mí, tan silencioso y callado como una sombra.

—¿Qué ocurre? —preguntó mirando en dirección a mi mano—. ¿Por qué no estaban tus cosas? ¿Intentaste escapar esta mañana?

Tragué saliva con fuerza y asentí con pesar.

—Huir es mi instinto natural siempre que hay algo difícil que atravesar. Lo siento por eso.

—Está bien nena, espero que en un futuro tu instinto natural confíe en mí antes de escapar.

Besó mi cara con devoción y sonrió con malestar.

¿Qué hacíamos? Parecía que ninguno de los dos sabía lo que estaba haciendo y sólo jugábamos a las casitas como si fuéramos niños pequeños.

Alejé ese pensamiento de mi mente y dejé que Adam me tomara de la mano para llevarme al coche.

Subió sus cosas mal empacadas y corrió con velocidad para abrirme la puerta del auto.

Puso el vehículo en marcha e ignoró el hecho de que iba sentada en la parte de enfrente, junto a él, cuando hace unos días nuestra pelea más tonta había sido porque siempre me echaba a la parte de atrás por protección del bebé.

Había tensión en el auto, y para ocultarla Adam puso música suave por la radio.

Manejó por los caminos conocidos y pasaron diez minutos de esa manera, sin decir nada.

No pude más con la culpa y con ese nudo en la garganta así que hablé primero:

—Detén el auto.

Él eligió ignorarme y continuó avanzando por la carretera.

—Adam, detén el auto —repetí. Esta vez bajó el volumen de la radio y frunció el ceño ante mi petición.

—¿Qué ocurre? ¿Te sientes bien?

Asentí con la cabeza, pero no podía seguir con esa sensación de quedarme sin aire.

—Detén el auto, por favor.

Y así lo hizo. Se salió de la carretera y detuvo el auto, apagando el motor.

Tocó su frente y rascó su cuello mientras elegía mirar hacia otro lado.

—No puedes perdonarme, ¿cierto? —murmuró con pesar.

—No es eso. Pienso que ambos estamos lastimados y necesitamos recuperarnos de alguna manera.

Apretó sus labios hasta que se pusieron pálidos.

—Entonces recuperémonos, pero juntos —musitó él.

Negué con la cabeza, con lágrimas nublando la vista.

—Sabes muy bien que no.

—No hagas esto. Podemos recuperarnos de esta caída, tendremos peleas todo el tiempo, ninguna pareja puede evitar tenerlas. Ni siquiera los que dicen ser perfectos.

Me di la vuelta en mi asiento para verlo directo a la cara.

—Hace un tiempo atrás, cuando te llevaste todas las pertenencias de mi habitación, me prometiste darme mi espacio cuando lo necesitara; me dijiste que tú incluso buscarías un lugar cuando no aguantara la presión en mi pecho —él me miró con ojos vacíos y desprovistos de toda emoción. Mis palabras iban a romper su corazón—. Adam, siento esa presión justo ahora, y no puedo con ella. Sólo te estoy pidiendo mi espacio.

—¿No quieres compartir ese espacio conmigo? —preguntó desconsolado, a punto de echarse a llorar en cualquier momento.

Odiaba hacerle esto, pero era necesario.

—Claro que quiero, pero no siempre. Justo ahora necesito pensar con claridad. No quiero ver a nadie de mi familia y decir que la luna de miel fue perfecta porque no lo fue.

—Lo entiendo, quieres permanecer lejos de mí y todo lo que te recuerdo.

—No es algo permanente. Solo quiero...

—Solo quieres huir a tu zona de confort. Puedo entenderlo.

Me quedé en silencio por un momento, viendo cómo pequeñas gotas de lluvia comenzaban a golpear contra la ventana del auto.

—Entiendo si tú también quieres escapar a tu zona de confort —murmuré.

—No, lo que me provoca seguridad está huyendo de mí en este momento —dijo él, con los ojos enrojecidos, viéndome como si me escapara de sus manos.

—Aunque quieras evitarlo encontraré la manera de marcharme —respondí con convicción, aunque no la sentía—. Por favor...

—No. Nos vamos a casa —me contestó, con voz ronca y decidida.

—Adam, no hagas esto. Prometo que no será permanente.

—Este soy yo Anna, peleando por lo que quiero. No voy a dejar que mi mujer embarazada huya de esa manera. No está bien.

—Solo pido unos días. No puedo más con todo.

—¡Suficiente! —gritó, golpeando el timón del auto—. Esto no es una manera de solucionarlo.

Tragué saliva de manera ruidosa, sin poder creer que él no me entendiera en absoluto.

Quería arreglar todo hace unos minutos atrás pero ahora deseaba nunca haber aparecido en su puerta otra vez.

—¡Tú lo prometiste! —grité con fuerza, expulsando algunas lágrimas de ansiedad y dolor. El nudo en mi garganta era cada vez más grueso—. ¡Prometiste darme mi espacio! Lo necesito, no puedo más con toda la carga. No puedo considerar perdonarte todavía cuando incluso yo tengo cosas que perdonarme a mí misma. Déjame de una vez.

Respiré con dificultad e ira. Empañando los vidrios del auto entre más lloraba.

Nos quedamos así por un momento hasta que puso el motor del auto en marcha una vez más.

—Bien, haré como desees. ¿Dónde te dejo? —preguntó finalmente de mala gana.

—Déjame en ese café de la esquina —señalé el lugar que se encontraba a unos cuantos metros—. Yo llamaré a alguien para buscar un techo. No quiero que te preocupes por mí...

Adam resopló como si le hiciera gracia mi comentario.

—Eso sería imposible, aunque estuviera muerto siempre me preocuparía por tu bienestar.

—Lo siento... sólo necesito pensarlo.

—¿Pensar en qué?

—Pensar en si todavía podemos rescatar lo nuestro.

—Te lo advierto Anna, voy a pelear por ti, aunque tú no lo quieras.

Mordí mi labio y nuevamente reconsideré si tomaba la mejor decisión. Toqué mi vientre hinchado en busca de ayuda, pero no recibí respuestas por ningún lado.

—Hay cosas que no valen la pena pelear por ellas —dije enigmáticamente. Eso pareció enfurecerlo más de lo normal.

—Créeme, pelearé por ello.

Pronto me dejó frente al café que previamente había señalado. Ayudó a bajar mi maleta y vi el esfuerzo que le tomaba simplemente conducir lejos.

—Te amo, Anna —dijo de pie frente a mí—, y si para amarte tengo que dejarte ir, porque es lo que te hace feliz, entonces te dejo. Si lo que quieras es que me rinda... tal vez esté considerando hacerlo.

Subió de mala gana al auto y no volteó a verme cuando se alejaba más y más de mi vista.

Era lo mejor para ambos, me repetía una y otra vez. Esas pequeñas mentiras que decimos cuando sabemos que todo está perdido y no hay oportunidad.

Adam y yo juntos... nunca fue buena idea. Lo mejor, desde un principio, era haber permanecido lejos.

Deseabaque él simplemente se rindiera conmigo, dejara de pelear por mí. No valía lapena el esfuerzo y pensaba demostrárselo de una vez por todas.0

Capítulo 22

Bailar no significa nada

—¡Que hiciste, ¿qué?! Anna, cielo, lo siento, pero ¿qué en la vida pudo haber ocurrido para que ambos terminaran separados? ¿Lo encontraste en la cama con otra mujer?

—No, mamá, no es eso.

—¿Entonces qué? Todo parecía ir bien entre ustedes. No me malinterpretes tampoco hija, yo estoy de tu lado siempre, pero quiero saber, ¿Adam no fue bueno en la cama cuando estaban allá? Piensa que algunos hombres se ponen tímidos cuando no lo hacen en sus propias camas, tal vez eso te desanimó.

Casi me ahogué con mi propia saliva al escucharla. Si tan solo ella supiera que Adam y yo tuvimos nuestra primera relación en casa de Key. Eso de dormir en cama ajena no era problema para Adam.

—No, mamá. ¡Claro que no es eso! —respondí en el teléfono, exhausta mental y físicamente—. Es solo que...

—Adelante, Anna, puedes decírmelo en confianza.

Respiré hondo, tratando de controlar el impulso de llorar y contarle que quería a Adam de regreso. Me sentía tan tonta por alejarlo de mí.

—Necesito espacio para pensar. Pensar en si tomé la decisión correcta casándome con él y todo su equipaje.

Escuché que mamá movía un asiento al fondo, luego el timbre de la puerta sonó y ella resopló con molestia.

—Eso me parece una gran y gorda mentira —dijo mientras escuchaba sus pasos al caminar—, ¿dónde estará metido tu padre? Tocan a la puerta y en mi condición no puedo moverme mucho.

Fruncí el ceño ante sus palabras.

—¿En tu condición? ¿Cuál condición, mamá? ¿Estás bien?

Ella hizo una pausa y pronto se puso a balbucear palabras poco entendibles.

—¿Qué ocurre? —pregunté de nuevo.

Finalmente ella suspiró y detuvo sus pasos.

—Lo siento hija, esperaba darte esta noticia una vez que vinieras de luna de miel, no esperaba que sucediera lo que sucedió contigo y Adam —respondió con pesar.

—¿Qué noticias tienes para darme?

Me moví incómoda por la pequeña cabina telefónica ubicada dentro del café en el que Adam me había dejado refugiada hace más de dos horas. La chica del mostrador ni siquiera me observaba por mirar con atención a su revista de moda.

Regresé a la conversación con mi madre, quien suspiró una vez más por el teléfono.

—No quiero que te preocupes, Anna. Tampoco quiero que sientas la necesidad de detener tu vida solo para venir a verme... —hizo otra larga pausa y tragó ruidosamente—. Cielo, últimamente no me estuve sintiendo bien. Mi presión bajó varias veces en esta semana, y en una de esas ocasiones quedé inconsciente por breves minutos.

Jadeé en voz alta, preocupada al instante por ella.

—Pero, ¿qué pasó? ¿Pudiste ir al doctor? ¿Estás bien?

—Fui hace una semana atrás, con tu padre. Seguía sintiéndome mal... incluso en tu boda. Tuve fuertes mareos constantes y mi cabello estaba cayendo —respiró hondo, mientras tanto yo no dejaba de imaginar los posibles escenarios en mi cabeza. *Oh Dios, que no sea cáncer*—. Finalmente me atreví a ir y me hicieron unos exámenes de sangre. Pastel de calabaza, yo...

Pausó otra vez, casi podía presentir las malas noticias, saborearlas como un cubo de sal en mi boca. Esto iba a ser malo.

—Continúa, por favor. ¿Qué tienes?

—Anna, yo... Cielo, yo estoy embarazada.

Me detuve en seco de echarme a llorar. Mi mente procesaba sus palabras con incredulidad y con sorpresa.

—Di algo, calabacita —suplicó ella.

Abrí la boca para responder, pero nada salía. En blanco. Así era como uno reaccionaba ante su madre de más de cuarenta años cuando anunciaba que estaba embarazada. En shock.

—¿Cómo? —eso fue lo único que pude balbucear.

—Lo siento, hija. Quería decírtelo desde antes pero no quería robarle protagonismo a tu boda... o a tu embarazo. La doctora dijo que tengo tres semanas y media. ¿Adivina quién es mi nueva ginecóloga? ¡La Dra. Bagda! La misma que tú tienes.

Seguía en blanco. No siempre tenías la dicha de compartir ginecóloga con tu madre embarazada al mismo tiempo que tú.

—Mamá... ¿Qué? ¡¿Estás bromeando?! —grité demasiado fuerte. Esta vez sus palabras ya habían cavado su camino en mi cerebro—. ¿Estás embarazada? ¿Cómo pudiste quedar embarazada?

—Bueno, ya sabes, la anguila y la cueva, como te enseñé hace unos años. La chica deja que la anguila resbaladiza entre a su cueva y deje a sus crías para abrigarlas de noche... Se lo copié a un libro que luego fue película...

—No, no me refiero a eso y lo sabes.

La chica del mostrador volteó su cabeza en mi dirección, levantando su ceja perforada a medida que yo alzaba la voz. De inmediato bajé el volumen para no asustar a los otros clientes en el café.

—¿Es de papá? —pregunté. Tenía que saberlo.

—Pero claro que es de él. Ese imbécil me embarazó de nuevo. Debo tener cuidado porque puede ser de alto riesgo, pero todo va bien hasta ahora.

Ya la podía imaginar rascando su estómago todavía plano.

—Pensé que me dirías que te detectaron algún cáncer. Me preocupaste como no tienes idea.

—Jum, irónico —murmuró ella—, si yo te preocupé de esta forma, imagina cómo de desolado estará Adam.

—No tiene nada ver, no es lo mismo.

—Lo es, cielo. Pero tranquila que no hay enfermedad alguna; solo un embarazo. Serás hermana mayor.

—Y muy mayor. Mi hermano o hermana va a ser tío antes de haber nacido.

Si pudiera me reiría de la situación, pero todo lo que quería hacer era llorar.

—De nuevo, lo siento —se disculpó mamá—. No era mi intención que esto pasara... pensé que estaba en etapa de menopausia, no experimentando nuevamente un embarazo.

Ella realmente sonaba arrepentida e incluso un poco temerosa. Muy pronto comencé a sentirme culpable de ser la causa por la que lo ocultara.

—Te diría que existen métodos anticonceptivos para eso —comenté en son de paz—, pero no estoy en condición de juzgar eso.

La última parte la dije viendo en dirección a mi vientre.

Muy pronto la escuché reír con gracia y segundos después me estaba uniendo a su risa catártica. Era bueno reírse por ironías de la vida.

Después de eso ambas quedamos en silencio.

—Bien, creo que mi contacto ya vino a recogerme —mencioné cuando vi a Diego salir de su vehículo y dirigirse al café—. No te preocupes por mí, y si puedes, preocúpate por Adam. No quiero que quede solo, o que piense que lo amo menos por todo lo que está ocurriendo. Es solo que... quiero mi tiempo alejada de él. ¿Sueno egoísta acaso?

Mamá no dijo nada al principio, luego la escuché acomodarse en una silla, golpeando débilmente algún vaso con hielo contra la mesa.

—Hace un momento tocaban el timbre —comentó de manera criptica—, era la abuela de Adam. Él acaba de llegar a casa, borracho. Temen que condujo en ese estado todo el camino. ¿De verdad te vas a desaparecer, así como así? ¿Luego de todo lo que pasaron? Sí, comprendo, quiero también arrancarle el pelo a la chica esa, Rosie, pero también recuerda que no debes dejar que nada los perjudique tanto en su relación. Si tienen problemas, resolverlos; no correr a la primera oportunidad.

No dije nada porque sus palabras me hacían sentir peor de lo que ya me sentía.

—¿Él de verdad manejó en estado de ebriedad? —mordí mi labio para evitar decir algo más, algo que me llevara de regreso sólo para verlo de nuevo.

—No te estoy mintiendo. Ella está ahora llorando en la sala, tu padre está con consolándola.

—Pero, ¿Adam está bien? ¿No le ocurrió nada? —soné más preocupada de lo que quería.

—No, no le pasó nada. Está llorando junto a tus libros, pero más allá de eso debe estar bien... físicamente. El pobre debe tener el corazón roto, eso cuesta más en curar.

—Espera un momento —dije, calculando el tiempo en que mamá pudo haber recibido la noticia de la abuela de Adam si nunca dejó de hablar conmigo en primer lugar—. Me estás mintiendo. No has hablado con la abuela de Adam, sería imposible. Estuviste hablando conmigo todo este tiempo.

Hubo una pausa larga y luego ella balbuceó cosas incoherentes.

—Está bien —suspiró—, te mentí. Quien tocaba la puerta era el chico que vende donas. Pero, calabacín, te llevaste un buen susto. Al menos sirvió para que reconsideraras regresar.

Apreté las manos sobre el teléfono y me rasqué la cabeza cuando vi a Diego entrar al café y buscarme con la mirada.

—¿Sabes qué? Me tengo que ir. Eres malvada. Dime la verdad, ¿estás embarazada o no de papá?

—Bien, eso sí que es verdad —murmuró de mala gana—. En esto soy muy sincera, calabaza. Incluso mi miedo es real...

Respiré hondo y luego le hice una señal a Diego para que esperara por mí.

—Ya hablaremos de eso después mamá. Sigo sin poder creerlo.

—Si quieres te mando el ultrasonido que me hicieron.

Me estremecí un poco. ¿Mamá embarazada de nuevo? Eso era traumático.

—No es necesario, te creo. Te dejo mamá. Cuida de Adam.

—Lo haré. Aunque aún pienso que estás tomando una pésima decisión.

Colgué sin despedirme más. No quería procesar el resultado de mis acciones, al menos no todavía. Me sentía culpable por dañar a Adam de esta manera.

—Lamento la demora —escuché que dijo Diego detrás de mí—. Mi turno terminaba hasta más tarde y tuve que enseñarle unas cosas al chico novato que limpia mesas para que me cubriera.

—¿Qué tal lo hace? —pregunté.

Diego hizo un pulgar hacia abajo.

—Terrible. Pero sabe seguir recetas y le dejé unas cuantas mientras llego a atender el restaurante. ¿Lista para irnos?

Levantó su mano para recoger la maleta que descansaba a mi lado.

—Perdona si te llamé en un mal momento. No era mi intención volver a molestar a tus abuelos, pero las cosas no salieron como pensé que saldrían —comenté viendo hacia el suelo, a sus zapatos deportivos.

—No te preocupes, Anna. Para una chica hermosa siempre hay tiempo —contestó él.

Caminé mirando hacia el piso de baldosas y me despedí de la chica tras el mostrador. Ella me había regalado dos tazas de chocolate caliente mientras esperaba por Diego y mientras lloraba por Adam.

—Gracias. Nuevamente, perdóname por sacarte de tu trabajo —le repetí a él.

—Es un placer poder ayudar a una amiga.

Pronto subí a su auto y en todo el viaje me carcomían mis pensamientos. Me sentía más bipolar que nunca; había minutos en los que me daba una palmada mentalmente por mis malas decisiones, luego me felicitaba por haberlas tomado.

Pero tal y como decía el dicho: mi cama ya estaba hecha, solo quedaba dormir en ella.

La abuela de Diego, la Sra. Ross, me aceptó sin ningún inconveniente y no le molestó para nada que abusara de su hospitalidad de nuevo. Me abrazó como si supiera que necesitaba un buen abrazo y luego me alimentó con galletas de chispas de chocolate mientras escuchaba pacientemente mi historia. Cuando llegué a la parte final en la que le pedía a Adam algo de tiempo, y que las palabras de Rosie en verdad me habían afectado, ella puso cara comprensiva y se limitó a confortarme sin juzgar mis actos.

Comí hasta que me dolió el estómago y me desahogué hasta que me sentí vacía; luego subí a la habitación que los Sres. Ross asignaron para mí desde la primera que vez que había dormido en su casa.

El Sr. Ross era un señor encantador, de pelo blanco y barba espesa; me recordaba en cierto nivel a papá Noel. Él fue el primero en ofrecerme un lugar donde quedarme el tiempo que fuera necesario, pedí disculpas por cualquier molestia y luego me aceptaron sin recibir nada a cambio; aunque esperaba no estorbar demasiado y relajarme por al menos unos días mientras decidía si ir a casa de Rita o con mi madre recién embarazada.

Los días pasaron y caí en una rutina regular. Ayudaba como podía en el restaurante, pero Diego casi no quería que trabajara allí, así que me iba de ayudante de la Sra. Ross. A ella le gustaba hacer todo tipo de postres y pastas para la cena. Me enseñó a preparar galletas de avena y de cereal junto con sus deliciosas galletas con chispas de chocolate.

De esa manera pasaron dos semanas, hasta que vino la incomodidad.

Dos semanas después

—¿Ese de allí es Adam? —le pregunté a Diego mientras veía pasar a un chico con cabello un poco largo, de color negro azabache. El chico era de la misma constitución de Adam; miré atentamente hasta que lo perdí de vista cuando entró en la cocina del restaurante.

—¿Quién? —preguntó Diego a mi lado.

—Ese chico de cabello negro que acaba de entrar en la cocina —murmuré de nuevo.

Diego rodó sus bonitos ojos y regresó la vista a la pila de recibos y facturas por pagar.

—¿Es normal que te imagines a tu ex esposo cada vez que mires a alguien con el pelo negro?

Fruncí el ceño.

—Adam no es mi ex.

—Todavía.

—¿Eso qué quiere decir? Solo necesito un tiempo para pensar...

—Sí, sí. Lo tengo. Solo quieres pensar las cosas. Están en un "descanso".

Me crucé de brazos sobre la mesa.

—¿Y a qué viene esa amargura?

Él descartó el tema con un simple gesto de manos.

—Nada. No pasa nada.

—Oh —abrí los ojos enormemente dándome cuenta de la realidad—, lo siento. Probablemente tu familia debe estar aburrida de tenerme en su casa. Perdona; prometo estar solo unos días más y probablemente busque refugio en casa de mi amiga Rita.

Diego detuvo lo que estaba haciendo y me miró como si me hubiera vuelto loca.

—No se trata de eso. A mis abuelos, lo creas o no, les encanta que estés con ellos. Pasaron mucho tiempo sin cuidar de alguien, mi abuela tiene debilidad por casos como los tuyos.

—¿Casos como los míos? Te refieres a casos de caridad, ¿cierto?

—No lo malinterpretes, no me refiero a casos de caridad. Es más como... Bien, hace meses recibió a una chica que vivía a tan solo unas calles de aquí, su esposo la maltrataba y mi abuela decidió darle refugio. Se fue hace como un mes de la casa porque

su esposo desapareció en ese tiempo y ella pudo rehacer su vida; mis abuelos quedaron devastados porque volvieron a la misma rutina aburrida que tenían sin ella. Ellos adoran cuidar de la gente y aman cuando la casa se llena de personas y de... vida, en general.

Asentí en comprensión, sonriendo por lo caritativos y hospitalarios que fueron conmigo desde un principio.

—Tus abuelos son los mejores. Me gustaría aportar más para ellos.

Diego regresó a sus papeles y facturas mientras intentaba disimular una sonrisa.

—Ya lo haces, créeme. Les caes mejor que mi novia.

Escuché un suspiro hondo de su parte y pronto volvió a perderse en su mundo de finanzas mientras yo pensaba en la relación de la novia de Diego con Rosie, ambas hermanas y cómo ellas tenían relación con cierto chico de ojos verdes.

Me retorcí un poco en mi asiento. En todo este tiempo no había sabido nada de Adam, aunque siempre me comunicaba con mamá al menos una vez al día.

Me pedía consejo sobre cómo soportar las náuseas matutinas ya que no recordaba lo que era sentirlas con puntualidad. Por lo general no me tocaba el tema de Adam o su familia, ni siquiera lo mencionaba por accidente, aunque me moría de ganas por saber más de él. Pronto entendí que comenzaba a alejarme de ellos, de mi familia y amigos, y se me encogía el corazón. Me sentía como una mala persona. La peor.

Diego notaba mi preocupación como si fuera mi segunda piel, al instante tendió su teléfono celular a mi alcance.

—Toma —me indicó—, llama a tu madre. Parece como si la necesitaras en este momento.

—¿Tanto se me echa de ver?

Diego solo asintió con la cabeza y de nuevo me instó a tomar su teléfono. Lo sujeté con fuerza y me levanté para tener algo de privacidad con mamá, tenía la urgencia de saber cómo estaba Adam y me daba pena que Diego viera lo patética que yo era.

Justo cuando me dirigía a marcarle a mamá, cayó un mensaje al teléfono; fue inevitable no notar que el dueño de dicho mensaje era Rosie.

Observé por el rabillo del ojo a Diego mientras él continuaba haciendo cálculos. Sabía que era de mala educación revisar sus textos o su información privada... pero tenía tantas ganas de hacerlo que mis dedos picaban por abrir el mensaje; noté que tenía una imagen adjunta y mi mente se obsesionó al respecto. Ahora más que nunca quería verlo.

Y lo hice.

Lo abrí.

Y luego me arrepentí con el alma de haberlo hecho.

Solté el teléfono y cayó al suelo con un ruido sordo. Se me aceleraron los latidos del corazón y llevé mis manos a mi garganta, observando mientras la mitad de la gente en el restaurante prestaban su atención a mis torpes intentos por recuperar el teléfono.

Diego llegó a mi rescate y se tomó la molestia de recoger el aparato.

—Lo siento —me disculpé de inmediato. El teléfono perdió la batería y tenía el presentimiento que también había causado daños en la pantalla—. Prometo que te lo voy a pagar, en caso de que esté inutilizable ahora. De verdad, simplemente resbaló de mis manos.

Él estaba tranquilo y descartó mi oferta con una sonrisa y un guiño.

—Tranquila, vaquera, no le pasó nada al teléfono. ¿Ves? —lo puso frente a mi cara para que lo apreciara. No tenía ni un rasguño—. Ahora, ¿tú estás bien? Te noto un poco agitada, ¿qué ocurre? ¿Recibiste malas noticias?

Negué con la cabeza, no pudiendo sostener su penetrante mirada. Al menos no después de lo que había visto.

—¿Quieres intentar llamar de nuevo? —preguntó él.

Asentí, con el rostro sonrosado.

Me pasó otra vez el teléfono y se alejó para darme privacidad. Ahora me sentía culpable por revisar sus mensajes; no tenía por qué haberlo hecho. Yo merecía una patada mental.

Esperé hasta que el móvil estuviera encendido y mi dedo titubeó cuando Diego recibió otro mensaje casi al instante, era de la misma persona que le había enviado el anterior. Dudé por medio minuto, pero me atreví a ver el segundo mensaje. Tenía miedo de encontrar el primero de nuevo así que entrecerré los ojos para evitar ver la imagen que me traumatizó esa primera vez.

Nop.

Allí estaba de nuevo. Rosie había reenviado el mismo texto con imagen de antes, esta vez tenía una oración bajo la fotografía: "Bailando en parejas".

Era, por segunda ocasión, una foto de Diego. Desnudo. Desnudo sobre una cama. Desnudo sobre una cama con una chica igual de desnuda que él. Desnudo sobre una cama con una chica desnuda que actualmente se llamaba Rosie y que acosaba a Adam.

¿Ella y Diego se acostaron? Pero, ¿cuándo?

Ignoré la parte que más sobresalía de Diego y me concentré en hacer un acercamiento a la cara de la chica de pie detrás de él, sin duda era Rosie. ¿Por qué ella necesitaba enviarle esas imágenes a Diego? Hice un poco más de acercamiento y sí, era ella. ¿Qué pasó con su hermana? ¿Sabía ella que Diego y Rosie tuvieron algo?

—¿Terminaste de llamar?

La voz de Diego tras de mí me hizo sobresaltar de una manera inesperada. Entré en pánico y presioné la pantalla con fuerza.

No había terminado de girarme para tenerlo al menos cara a cara, cuando él ya estaba viendo por sobre mi hombro. Sus ojos se abrieron enormemente cuando notó lo que observaba en su teléfono.

—Oh, vaya —comentó, su rostro comenzando a colorearse. Tosió un poco y se rascó el cuello con incomodidad.

¡Qué vergüenza! Me atrapó viendo la fotografía.

—Yo... puedo explicarlo —patética. Así me sentía. Patética y avergonzada.

—No sabía que mirabas... eso, en el teléfono.

—Perdona —me disculpé casi de inmediato—. No pude aguantar las ganas de verlo. Mis dedos fueron rápidos y...

—No, nop. Sin explicaciones —volvió a rascar su cuello con urgencia—. Solo... esto es incómodo. No sabía que necesitaras ver eso.

—No, no lo necesito. De verdad, fue mi torpe curiosidad —procedí a enseñarle la pantalla de su celular, con arrepentimiento porque ahora conocía la foto con Rosie—, ¿ves? Pura curiosidad.

Diego tosió y se puso más rojo de ser posible.

—Sí... yo no... Creí que ya habías visto una, pero... —abrió la boca, mirando hacia la pantalla, sin poder procesar palabra alguna.

—Yo sé —lo interrumpí—. De hecho, esta es la segunda que veo.

—Oh, guau —tosió nuevamente, incómodo—, no necesitaba saberlo. Si gustas, tengo videos y una computadora en donde puedes ver más.

—¿Qué? —¿él tenía videos con Rosie, más fotografías con ella? —. No, para nada. Eso ya sería demasiado. La verdad es que no sabía que existían videos. Es fuerte.

—¿No sabías? Pero claro. Tengo uno donde hay colgado un columpio para techo y...

—En realidad... ahora soy yo la que no necesita saber eso.

—Bien. Puedo conseguirte más imágenes si las quieres. Tengo un par en mi oficina.

Se quedó en silencio mientras sus mejillas se volvían el doble de rosadas. Su cuello ya debería estar en carne viva debido a la urgencia con la que lo rascaba.

—¿Estarías dispuesto a enseñármelas? No es que quiera ver más, créeme. Tengo suficiente con esta.

—Puedes ver más, te lo aseguro.

—No lo creo, pero igual, mil disculpas —volví a repetir—. Entiende que me obsesioné con verlo.

—Claro, urgencias femeninas, supongo.

—¡Exacto! Y es que somos tan curiosas, no pude evitarlo. ¿Estás enojado conmigo?

—¿Yo? ¿Por qué veas porno en mi teléfono? No, para nada.

Fruncí el ceño. ¿Ver porno? Pero si era él el de la imagen.

Diego apuntó a su celular haciendo un gesto con la boca.

—No lo esperaba de ti —continuó diciendo—, pero si es lo que necesitas.

Se encogió de hombros, rascando su cuello otra vez.

Pronto volteé el teléfono en mi dirección, observando lo que él creía que estaba viendo.

¡Queridos patitos bebés! El acercamiento que había hecho a la cara de Rosie se había movido de lugar y ahora estaba convenientemente ubicado en... el... miembro de Diego. Era un acercamiento de primera plana para una imagen de tan buena calidad. Se podía apreciar todo. TODO. Cada fisura y cada... agg, cada pequeña cosa en su lugar.

Oh mierda. Ahora él creía que miraba el paquete de tipos desnudos al azar, en su teléfono.

Mi rostro se calentó con fuerza.

—Esto... —me quedé sin habla. Abrí y cerré la boca, muriendo de vergüenza poco a poco—. No es esto a lo que me refería cuando dije que solo había visto dos.

—¿Fueron más? —preguntó él, como si hablar del miembro masculino fuera lo más normal de la vida—. Es... interesante, Anna. No te juzgo.

—No, de verdad no fueron más. No entiendes... —vergüenza. Trágame tierra.

Él se encogió de hombros, siempre con el rostro en rojo.

—¡Tampoco pienses que paso viendo el... paquete a desconocidos! —grité un poco más fuerte de lo que quería—. El de la foto eres tú.

Si su cabeza pudiera explotar debido al fuego interno, estaba segura que la suya ya hubiera colisionado. Retrocedí las palabras en mi mente, pensando en lo que había dicho y muy tarde me di cuenta del error. ¡Le dije que estaba viendo su "paquete"! ¡El suyo! ¿Qué clase de pervertida creeróía ahora que era?

—Diego, eso sonó mal —comencé a tener palpitaciones desagradables—. Sí, eres tú, pero fue un accidente... Está bien, tenía curiosidad, ya luego me arrepentí con toda el alma.

Él trató de aclararse la garganta y de igual forma falló en el intento.

—¿Cómo...? ¿Soy yo? No sabía que te atraía tanto.

Me mordí el labio, sintiéndome estúpida.

—Oh, no. No me atraes... Bueno, sin ofender. Tienes bonitos ojos azules, y tu cara es tan limpia que parece piel de bebé, pero... No, no eres mi tipo.

—¿Entonces ese es mi...? —señaló la imagen, todavía en acercamiento a su "paquete" recién depilado.

Casi de inmediato la moví de lugar. Lo que fue un error porque se acercó aún más, cubriendo toda la pantalla. Intenté presionar mis dedos para alejarla, pero ambos no querían cooperar. La pantalla táctil del celular no funcionaba correctamente.

—Déjame a mí —se ofreció Diego, pero yo negué con la cabeza.

—Ya lo tengo, espera.

Presioné tantas veces que accidentalmente terminé tomando una captura de pantalla. Tomé.Una.Captura.De.Pantalla.A.Su.Entrepierna.Completa.Su.Paquete.

Mis nervios estaban a su nivel máximo.

Una pequeña notificación sobre "compartir imagen" se presentó en la pantalla y pulsé "cancelar" pero no se cancelaba. ¡La pantalla estaba congelada!

—Esto... —murmuré con los dientes apretados, muriendo de vergüenza—. Creo que la caída lo afectó.

Volví a presionar cancelar, aunque parecía que no se movería de lugar. Finalmente, el enunciado sobre compartir cambió a uno de "compartir con..." Mis pulgares se movían a gran velocidad para evitar compartirla, pero una lista de sus contactos se desplegó por accidente.

Sudor bajaba por mi frente, intentando cancelar cualquier acción, pero parecía como si el teléfono tuviera vida propia. Al parecer mi constante presionado de dedos hizo que "Diego" compartiera la imagen con "Tía Amy" y "Padre Salomón" en sus muros de Facebook.

—¡Mierda! Lo siento tanto —dije en voz alta—. Oh por... Se compartió la captura de pantalla. No puede ser, no puede ser, no puede ser. Lo siento tanto.

—¿Qué? —Diego respingó—. Anna, ¿qué?

Ya era muy tarde. La foto ya circulaba por internet, más específico en el Facebook de ambos contactos. Tía Amy contestó con una cara indignada, y al parecer, en cuestión de segundos, sus amigas ya estaban dándole "me gusta" a la imagen.

Por otro lado, Padre Salomón no había respondido nada... aún.

Tragué saliva y miré nerviosamente a Diego.

—¿Era "Padre Salomón" un cura de verdad? ¿O era tu padre? —pregunté, avergonzada—. Espero que no fuera alguien cercano.

Diego frunció el ceño.

—Es el cura de la pequeña capilla de la iglesia. Nos contactó para servir la comida en un evento este fin de semana para contribuir con la desnutrición infantil. Anna, ¿qué hiciste?

Estaba a punto de llorar desconsoladamente.

¿Se podía morir de vergüenza?

Ahora era buen momento para desmayarme y poner de excusa un bajón de presión.

¡Vamos gemelas, apoyen a la causa para mami!

Pero ninguna obedeció y el momento se hacía eterno.

Diego me arrebató el teléfono casi al instante.

—¡Anna! ¿Qué? —él no podía creer lo que estaba viendo—. Fantástico, ahora el Padre Salomón me envió un mensaje privado. Dice que soy un depravado y que espera que corrija mis caminos de promiscuidad, pero que no me estará necesitando para el evento de fin de semana.

—Perdóname, perdóname, perdóname, perdóname. Lo que pasa es que estaba a punto de llamar a mamá cuando recibiste un mensaje. Era de Rosie —ahora su rostro tomó otro color, ya no era sano—. Fue mi culpa, abrí el mensaje y vi la imagen que ella mandó adjuntada. Eran tú y ella.

—¿Rosie lo envió? —preguntó él, tragando saliva.

Asentí con la cabeza mientras mi estupidez llegaba a un nuevo nivel.

—Y luego envió otro texto —continué—, es la misma imagen, pero ahora puso palabras en él. Decía "Bailando en parejas". El título parecía inofensivo, ahora sé que "bailar" no significa bailar realmente.

Diego relajó el rostro, aunque todavía lo podía ver pensando en cómo borrar y pedir disculpas públicamente sobre la imagen que accidentalmente yo envié. Su rostro comenzó a suavizarse tanto que terminó por reírse de la situación. Pronto él se estaba riendo en voz alta. Sosteniendo su estómago, apretando sus costillas.

Yo no lo encontraba gracioso.

—Oh, espera —dijo en medio de sus risotadas—. La tía Amy me respondió. Dice que no le hable nunca más, y que ya sé qué hacer con la imagen, que la meta por donde no me dé el sol.

Se rio con más fuerza de la normal.

Pronto se secó las lágrimas que salían de sus ojos llorosos de tanto reír. Mientras tanto yo me encontraba mortificada.

—Perdón, pero todo esto es un mal entendido —dijo él, tratando de controlar los impulsos de reír de nuevo que le ganaron miradas extrañas de los comensales— ¿Si recuerdas que yo soy stripper a medio tiempo? Hace años lo vengo haciendo, paga las facturas cuando el restaurante tiene poca demanda, y paga la universidad. Esa imagen que viste es vieja. Solo era para una revista francesa un poco subida de tono. Nos habían pedido una pareja para ese artículo de "bailar" es más que bailar. Le pedí a Rosie que fuera mi pareja debido a que ella solía modelar desnuda; ella la enviaría hoy porque quería descartarla de una buena vez. Rosie me la transfirió para eliminarla. Con esa imagen fue cómo conocí a su hermana, Mia. Y luego ella y yo nos hicimos novios.

Ahora la que rascaba su cuello era yo.

—Disculpa —murmuré, me sentía ridícula por husmear entre sus cosas.

—Ésta será una increíble anécdota para después —dijo él, moviendo sus cejas de arriba abajo y riendo de nuevo —. Por eliminarla, compartiste una ampliación de mis bolas a mi tía y a un cura.

—Ya me disculpé —contrarresté, avergonzada.

—¿Qué Adam no te la ha contado? —se volvió a poner serio—. Ese día nos contrataron a los dos, pero el que se quedó con el trabajo fue él. Después de eso no lo volví a ver, obviamente él ya no recuerda quién soy porque eso ocurrió hace años, pero...

—Espera allí —lo detuve, tratando de recopilar lo que él había dicho—, ¿dijiste que Adam se quedó con el trabajo? ¿Cuál trabajo?

—El de modelo porno —dijo Diego como si fuera lo más natural—. ¿No te habló de esa época? Él realmente parecía estar constantemente enojado consigo mismo. No hablaba casi con nadie y lo conocí en el club de stripper, el mismo club donde tuviste tu despedida de soltera. No hablaba con él, nadie hablaba con él, ni siquiera su familia o al menos eso tengo entendido, aunque era el mejor bailarín. Pronto nos llamaron a ambos a modelar para esa revista y él se quedó con el puesto. Él y Rosie se conocían desde antes.

—Entonces, ¿Adam sí fue stripper? —comenté apretando los dientes. El bastardo me había mentido cuando le pregunté—. ¿Y Rosie? Ya sabía que era una prostituta, pero desconocía su otra carrera.

—Ella solo me ayudó porque ocupaba una modelo femenina y no había nadie disponible. La foto —señaló al teléfono que aún sostenía en su mano—, fue como un currículo para ver quién se quedaba con el puesto de trabajo. Nada más.

Ahora yo me encontraba realmente furiosa. Si pudiera echaría humo por las orejas, todo este tiempo Adam me había mentido.

—No le digas que yo te conté —suplicó Diego demasiado tarde—. Olvidé que no podía comentarte nada. Sácalo de tu mente, por favor.

Pero eso era imposible, no podía simplemente eliminarlo y ya, lo mismo había ocurrido con la fotografía cuando traté de eliminarla o cancelar. Estaba furiosa.

—¿Sabes cuándo renunció de ser stripper? —pregunté con los labios apretados.

—Fue hace un par de años, cuando su familia tuvo un horrible accidente y él se quedó con todo el dinero... Bueno, eso es lo que se rumora entre los demás empleados.

Adam Tadeus Walker, stripper.

Me había mentido el hijo de puta. ¡Stripper!

Definitivamente le enseñaría más de una lección con mi separación. Nunca le iba a comentar lo de las gemelas a este paso. Él era un mentiroso de pacotilla.

Hoy era uno de esos días en los que me premiaba por haberme ido de su lado de esa manera. Se lo merecía.

Nunca volvería con él. Jamás.

—Pero mira el lado bueno —comentó Diego, sacándome de mis pensamientos y de mi ira—. Nunca me agradó la tía Amy, daba calcetines blancos en los regalos de navidad. ¿Quién da calcetines para navidad? Fue bueno que compartieras mis bolas con ella. Son unas buenas bolas de todas formas.

—Ordinario —murmuré—. Ya dije que fue un accidente.

—Sí, claro. Lo que sea que te haga dormir por las noches, Anna.

Capítulo 23

Tu boca es solo mía, y mi boca es toda tuya

Me encontraba en la semana treinta seis (casi treinta siete) de mi embarazo, y desde ya podía decir que la sentía con pesadez e incomodidad. Transpiraba el doble de lo que hacía antes, mi espalda dolía tanto que hasta tuve que dormir sentada en varias ocasiones y mis pies se encontraban tan hinchados que tuve que andar descalza la mayoría del tiempo. Casi no quería levantarme en las mañanas porque siempre me sentía fatigada y cansada, y precisamente hoy no era la excepción a los síntomas.

Según la Dra. Bagda tenía que evitar a toda costa hacer mucho esfuerzo y estresarme de cualquier forma; también me programó una cesárea para dentro de una semana ya que, aparentemente, mis bebés casi no tenían espacio en la bolsa, crecían a toda velocidad y estaban obteniendo más volumen. La Dra. Bagda me aseguró que ese era un procedimiento normal en estos casos, aunque eso no me quitó los nervios en cuanto a dar a luz; estaba muerta del miedo y no quería pasar por esto sola, lejos de mi familia. Con cada minuto que pasaba sentía que ya era hora de volver a casa, llevaba demasiadas semanas de silencio entre Adam y yo. Estaba actuando como una inmadura (o al menos eso era lo que me decía mamá siempre que la llamaba por teléfono), y ya era hora de poner fin a mis días de "buscar espacio". Adam se había portado como caballero y me había dado mi espacio tal y como le pedí y se sentía como que ya era tiempo de regresar.

Con el pasar de los días me estaba poniendo más y más lenta, me quedaba dormida en el momento justo cuando mi cabeza tocaba la almohada, y apenas podía levantarme a la mañana siguiente. Me sentía como una carga para los Sres. Ross y no quería que tuvieran que lidiar con lo que sería el parto o cualquier dolor que comenzaba a sentir últimamente. Así que ese mismo día llamé a Rita, la única en la que podía confiar por los momentos, y esperé a que ella atendiera el teléfono.

—¿Hola? —fue lo primero que me dijo a través del teléfono. Su voz se escuchaba preocupada y desde ya podía admitir que extrañaba su compañía al igual que la de Shio y Mindy.

—¡Rita! —chillé, emocionada.

—¿Anna? —su voz pasó de preocupada a incrédula— ¿Annabelle Green?

—Es Walker ahora, ¿recuerdas? —le dije por bromear, aunque la broma me dolió en el alma. Era cierto, era una Walker.

—¡Santos girasoles, chica! Llevo semanas de no escuchar tu voz. ¿Dónde, en la tierra, estás? Nos estás matando a todos. No puedo creer que nos hagas esto, ¿por qué te apartaste de esa forma?

Me mordí el labio y miré en dirección a la cocina, en donde La Sra. Ross cocinaba panqueques y cantaba alguna canción italiana mientras batía la mezcla. Inmediatamente me sentí peor que antes.

—Lo siento. Supongo que la situación ya se me salió de las manos, y era por eso que quería hablar contigo.

—Bien, aquí me tienes. Derrama tus pensamientos antes que te ahoguen, cuéntame el por qué tengo que consolar a tu esposo cada día para evitar que se colapse.

Volví a morder mi labio de forma exagerada y apreté el teléfono contra mi oreja.

—Solo quería saber si me podrías hacer un favor. ¿Podemos no hablar de Adam en estos momentos? —supliqué.

—Bien —contestó ella de mala gana—, pero para que lo sepas, Marie se ha pasado mucho tiempo visitándolo. Ella y Nicole se están llevando de las mil maravillas y hasta la lleva a comer helado siempre que puede.

Las palabras de Rita se sintieron como un golpe directo al pecho, con fuerza y provocando daño a mi adormecimiento.

—¿Qué? ¿Marie? —repetí, incrédula, olvidando momentáneamente sobre el favor a pedirle—. Nicole no se le puede acercar a ella ni de broma. Marie no es buena para nadie.

—Pues créelo o no, pero a la niña le agrada. Además, ¿qué esperabas si tú los abandonaste a ambos?

—Yo no los abandoné...

—Sí, lo hiciste.

—No, no lo hice —pero gran parte de mí sabía que sí, efectivamente, lo había hecho—. Dios, creo que sí lo hice, ¿verdad?

—Ujum —murmuró mi amiga, pronto escuché la voz de mi ex jefe, Cliff, de fondo mientras llamaba por ella—. Escucha, Anna, tengo que irme. Aparentemente hay problemas con Mirna, otra vez está acosando a uno de los clientes y no logra entender lo que es el espacio personal.

—No sabía que estabas en el trabajo —comenté—, pero tranquila. Solo quería saber si podrías darme cabida en tu casa para esta otra semana. No quiero molestar más a la amable familia que me está dando un lugar en la suya.

Escuché a Rita suspirar mientras le daba órdenes a alguien.

—Sabes que no hay problema, te puedes ir a mi casa. Eso sí, recuerda que vivo con mi abuelo, mi padre y mis dos hermanos menores. Verás mucha ropa interior en esta época porque todos miran una serie sobre zombies en la televisión y les gusta hacerlo usando únicamente calzoncillos.

Arrugué la cara e intenté mentalizarme con la imagen completa. No era agradable.

—De acuerdo, creo que puedo sobrevivir a eso —murmuré—. Perdona que te moleste tanto, pero no sabía a dónde más ir.

—No hay problema, querida. Pero recuerda que sí tienes un lugar al que ir y es donde está tu esposo, esperándote para solucionar esto de una vez por todas.

—Rita, por favor no...

—Bien, bien, bien. Ya no digo más, sólo piensa en lo que te dije. No queremos que la niña te odie y elija a tu prima en primer lugar.

Imaginarlo, a Nicole con Marie, me rompía el corazón de una manera degradante.

¿Qué estaba mal conmigo? Hace no mucho tiempo atrás le estaba prometiendo a la niña que nunca la abandonaría, y aquí estaba ahora, dejándola de lado.

—Me siento estúpida —le dije con sinceridad y a punto de llorar.

—Oh, Anna. No te pongas así, todos cometemos estupideces en la vida. Nadie es perfecto y nace sabiéndolo todo. Sino mira a tu prima, nació desnuda, creció sin ropa y ahora se dedica a abrirse de piernas con cualquiera que tenga un objeto dispuesto.

Le iba a preguntar por qué tenía que sacar a Marie a colación cuando, de fondo, escuché su voz irritada mientras le gritaba a mi amiga.

Suspiré con cansancio. Me estaba perdiendo de muchas cosas en mi inútil intento por encerrarme en mí misma.

—Adam fue stripper —solté de repente, queriendo compartir con ella de lo que recién me acababa de enterar hace unos pocos días atrás.

Hubo silencio al otro lado de la línea.

—¿Qué? —balbuceó Rita—. Eso ya lo venía venir. ¿Recuerdas aquel baile de mesa que hizo en el restaurante? Se movía con experiencia.

—Posiblemente también fue modelo porno. O no sé, tal vez también actuó en alguna película triple equis y no tengo idea. O puede que haya hecho un calendario donde posaba desnudo junto a gatitos bebés, y ahora, de seguro, es parte de la colección de alguna abuela con artritis que lo codicia en privado de enero a diciembre.

—¿De qué estás hablando? No entiendo.

—Me acabo de enterar del trabajo de Adam.

—¿Ladrón profesional? —dijo Rita, por bromear.

Negué con la cabeza, como si ella pudiera verme a través del teléfono.

—No, era stripper.

Rita quedó en silencio y luego la escuché meditar.

—Oye, Channing Tatum también fue stripper antes de saltar a la fama en las películas.

Rodé los ojos, sabía que diría eso. Me había pasado varias tardes buscando por Google a algún Adam Walker de profesión desnudista, pero ninguno era mi Adam; aunque encontré varias historias sobre Channing... y lo admitía, también había videos muy gráficos. Los vi todos.

—Al parecer Adam no es tan famoso porque no logré encontrarlo por ningún lugar de la web.

—Tranquila, tú y yo buscaremos juntas cada rincón hasta demos con algún video secreto. Incluso podemos acosar a abuelitas con calendarios prohibidos de tu hombre abrazando a un gatito bebé.

Sonreí con pesar, extrañaba a mi amiga.

—De acuerdo. Ya quiero verte en persona, te extrañé tanto —contesté.

—Y yo también a ti. Tengo mucho que contarte.

—Comenzando por tu relación con Key. ¿Cómo están las cosas ahora que él es padre?

Rita suspiró largo y doloroso.

—Realmente es una mierda. Pero no lo puedo culpar cuando fui yo quien le dijo en primer lugar que superara de una buena vez a su ex novia con otra mujer. ¿Sabes? En ese entonces creí que me elegiría a mí, que yo sería su "otra mujer"; supongo que me equivoqué.

—No sabes cuánto lo siento.

—Pero no importa, eso ya es pasado. Y juntos hemos superado muchos obstáculos, saldremos de esta, estoy segura.

—Me gustaría tener tu optimismo —me quejé.

—Lo que pasa es que estoy en deuda con él. ¿Sabías que orinó sobre el cepillo de dientes de mi ex?

—¿Cómo? —me reí en voz alta—. ¿Cómo ocurrió eso?

—Naaa, esa es historia para otro día. Ahora sí, Annabelle Walker, te dejo porque me voy. Regresa pronto porque aquí todos te extrañamos.

—Y yo los extraño a todos ustedes.

Y era verdad, los extrañaba a todos. Quería regresar con ellos. Pero en su lugar, suspiré y terminé con la llamada, y me moví hacia la cocina para ayudar con el almuerzo.

Pronto estaría cara a cara con Adam para poder hablar de todo y no sabía qué pensar de los dos. Era hora de enfrentar las cosas y eso me asustaba como nunca.



—¿De verdad le tomaste captura de pantalla a su entrepierna?

Las risas de la Sra. Ross se alzaron por toda la sala y más allá de la casa. Mientras tanto mi rostro ardía en vergüenza y sentía como si hubiera cometido un error al decirle la razón del porqué su nieto y yo no nos hablábamos.

Cada vez que Diego llegaba de visita, mi rostro se encendía como un faro y lo evitaba a toda costa; me sentía también furiosa por contarme acerca de Adam ya que probablemente yo hubiera sido muy feliz en la ignorancia, sin saber su profesión.

Así que la Sra. Ross me había interrogado hasta que me sacó la verdad; ella era buena en persuasión.

—Fue un accidente —volví a repetirle—. No sabía que la imagen se había movido de lugar. En mi mente estaba enseñándole la fotografía de Rosie, pero resulta que no era eso.

La Sra. Ross se echó a reír más alto. Al menos se había tomado tranquilamente la noticia sobre su nieto siendo stripper.

—Ya me lo sospechaba —comentó ella, como si pudiera leerme el pensamiento—. Estábamos pasando por una mala situación y, de la nada, él comenzó a generar bastante dinero. Sabía que no andaba en buenas cosas así que un día lo seguí sin que él se diera cuenta. Terminé entrando a un club de striptease y salí realmente traumada al enterarme; dejé que terminara su carrera en la universidad y lo persuadí para encontrar un trabajo real.

Ella suspiró y miró hacia la taza de café que sostenía en la mano.

—Lo entiendo, ¿sabes? —continuó diciendo ella—. Pero nunca he aprobado sus decisiones. Lo confronté el otro día y juró que no seguía en ello, que se dedicaba cien por ciento al restaurante. ¿Te dijo algo de esto? ¿Sabes si lo sigue haciendo?

Miré a otro lado y evité encontrarme con sus ojos preocupados. No iba a decirle que su hijo todavía se dedicaba a eso. Nop. Yo no.

—Realmente no lo sé —la evadí, si me creyó o no nunca lo sabré ya que cambié de tema con rapidez—. Quería comentarle otra cosa. Mi amiga, Rita, habló conmigo ayer y parece que todo está listo para que yo regrese a casa mañana mismo. Ella vendrá para ayudarme con mis cosas, le di la dirección para que me encontrara.

La Sra. Ross asintió, en comprensión y con pesar.

—De mi parte sabes que puedes quedarte todo lo que quieras; no tienes por qué irte tan rápido.

Su callosa mano tomó la mía y la apretó con cariño.

—Lo sé —dije—, y agradezco enormemente que me haya brindado espacio en su casa. Es la mejor, debo decirlo.

Ella me sonrió y me abrazó largo y tendido.

—Te echaremos de menos. Demasiado. ¿Quién cocinará conmigo ahora?

Le dediqué una sonrisa triste.

—Creo que sobrevivirá sin mí.

Pronto ella estaba dándome otro abrazo reparador y luego de eso dejó que yo tomara otra siesta en la habitación. Últimamente dormir era mi segundo nombre y se me daba mejor que la cocina.

Mañana sería otro día y Rita vendría con Key para llevarme a su casa. Para ese entonces ya presentía que Adam estaba al tanto de mi regreso mientras que yo, por otro lado, me encontraba más nerviosa que antes.

Esa noche preparé mi maleta, pensando en lo primero que haría al ver a Adam. ¿Golpearlo? ¿Besarlo? Ese era mi dilema. Tal vez lo golpearía primero y luego lo besaría, después lo volvería a golpear por ser un mentiroso, y para finalizar lo besaría otra vez, con lengua y con sentimiento.

Sí, eso iba a hacer.

Seguía perdida en mis pensamientos sobre besar a Adam que, muy tarde, noté cierta molestia en mi vientre. El malestar continuó de manera leve y me hizo detener lo que sea que estuviera haciendo.

Sujeté mi vientre con fuerza y respiré de forma pausada. El dolor fue pasajero y me permitió volver a mi labor de doblar mi ropa para acomodarla en la maleta.

El resto de la noche pasó de la misma forma que las demás: con dolores de espalda y con apenas unas horas de sueño.

Pronto llegó la mañana tan temida de todas; Rita quedaría de enviarme un mensaje de texto para cuando saliera de casa para recogerme con Key.

Gran parte de mí sabía que ese día iba a ser diferente al resto. Lo sabía desde que me había despertado esa mañana con otro leve dolor en el vientre y mis piernas apenas soportaban estar de pie. No era normal y me preocupaba.

Olvidé el dolor momentáneamente cuando una notificación en el teléfono me avisó que tenía un mensaje de texto de Rita.

—*Surgieron problemas, alguien arruinó las llantas del vehículo de Key. Iremos en el auto de Adam. ¿Está bien?*

—*¿Viene Adam con ustedes?*

—*Sí.*

Esa palabra puso mi mundo de cabeza. No, no, no. Adam no debería de verme todavía, tal vez hasta que supiera qué decir o al menos hasta que tuviera cabeza para pensarlo mejor.

Rápidamente le envié otro mensaje a Rita.

—No, que no venga. No todavía.

—Se rehúsa a ser dejado atrás.

—Dile a Key que no venga todavía, que arregle el vehículo y después venga contigo.

—Adam no nos deja, a menos que lo llevemos.

—Entonces vengan a escondidas.

—Imposible. Creo que fue él quien reventó las llantas. Ese desgraciado hijo de pato se lanzó frente al auto y no se quita del camino. Te mando una imagen si quieres.

**No quise decir pato, la palabra era pato.*

**¡Tonto auto corrector! Es PATO. PATO.*

—Rita...

—Lo siento. Pato. Entiendes la palabra, ¿verdad? Pato, pato, pato.

¬¬ Miércoles.

**Miércoles.*

**Mierr...*

—¡Rita, basta! Lo capto bastante bien... Y no envíes nada. Haz algo, no tengo cara para verlo todavía. Siento que le defraudé bastante :(

—¡Entonces deja que vaya! Estoy segura que correrá a perdonarte lo que sea que dices haber hecho. Ese hijo de pato tiene pelotas para haber hecho lo que hizo. Key adora su camioneta.

—Lo siento. ¿Qué tal si vienes otro día, sin que él se dé cuenta? Por favor.

—Está bien. Será mañana. Iremos con Key a recogerte. Perdona no haber podido ir hoy, pero Adam lo hace difícil.

—Entiendo. Me avisas si tienes más noticias o si podrás venir hoy.

—Te lo prometo, nena ;)

¿Te lo prometo, nena? Esa no sonaba como a Rita.

—¿Adam?

—Siempre el mismo.

—¿Qué hiciste con Rita?

—Estaaaa trrrratanddddddo de recipeor el telefdoon

—Lo siento, Anna. Me quitó el teléfono cuando supo que era contigo que hablaba. Soy Rita de nuevo.

Mis nervios saltaron todos a la vez y mi corazón latió más rápido que cuando él usaba sus frases coquetas para conquistarme.

—Dile a Adam que no se meta. No todavía, por favor.

Pasaron unos minutos sin recibir respuesta hasta que llegó una notificación alta y clara:

—Tu tiempo de descanso se ha acabado, Anna. Es hora de recuperar lo mío, te guste o no. Voy también con ellos o no va nadie. Elige. Me cansé de apartarme para que busques espacio. Tu espacio está aquí, conmigo. Recuerda que tú eres toda mía y yo soy todo tuyo. ¿Por qué desconfías tanto? No me alejes.

Pato. Adam era un pato. Pero con una sólo frase había logrado calentar mi rostro de una manera que nadie había logrado antes; no sólo calentó mi cara, también había calentado mi corazón.

No respondí nada y lancé el teléfono a la cama. Me había cansado de pensar; de una u otra forma Adam siempre vendría.

Sudor frío cubría mi frente y sentía que moriría si lo pensaba demasiado.

Pasaron dos notificaciones de mensajes más hasta que se detuvieron y se mantuvieron en silencio por el resto de la tarde.

No quise revisar ninguna por temor a que fuera él. Anteriormente me había tocado ignorar sus llamadas perdidas y eliminar sus textos, pero por alguna razón no quería eliminar estos.

Con algo de temor alcancé de nuevo el teléfono y lo acerqué a mi pecho; suspiré y leí los mensajes que él envió:

—Quiero que recuerdes dos cosas, y que queden bien claras: tu boca es solo mía y mi boca es toda tuya.

Abrí el segundo mensaje:

—Y tu cuerpo es solo mío y mi cuerpo es todo tuyo, de nadie más. ¿De acuerdo?

Al terminar de leer sus mensajes empecé a sentir no sólo un dolor del alma, sino también un dolor bastante fuerte en mi vientre. Mi frente se llenó con más del sudor frío y me doblé a la mitad, tratando de sentarme sobre la cama y presionando mis ojos de manera fuerte hasta que comencé a ver manchas rojas detrás de mis párpados. Mi respiración se puso pesada y rápida. Dolía como nunca había dolido.

Tonto y posesivo Adam. Sus palabras se metieron en lo profundo y no podía dejar de alternar mis pensamientos entre el dolor que sentía, y en él. Ambos iban a acabar conmigo.

Mi vientre comenzó a relajarse así que ahogué un pequeño grito y me obligué a tranquilizarme, no era un dolor que no pudiera controlar. Lo tenía que controlar.

Pasados unos minutos el dolor mitigó y respiré otra vez con normalidad, pensando en lo fuerte que se sintió. Me preocupaba tener esos síntomas, ¿por qué los estaba sintiendo ahora?

Inhalé y exhalé. Me relajé sobre el colchón de la cama y pensé en sí debería o no escribirle a Adam. Mejor no. No era para preocupar a nadie.

Mañana regresaría a casa y todo estaría bien. Con o sin Adam a la par. Aunque de verdad comenzaba a echarlo de menos.

Cerré los ojos por un momento hasta caer dormida y así pasé la mayoría de la tarde, durmiendo. No tenía que preocuparme de nada ya que los dolores no siguieron y probablemente no iban a seguir. Suspiré, agotada. Mañana sería otro día, otro día para tratar de evitar a Adam y fallar en el intento.

Capítulo 24

Amiguita Inocente

Me Sentí un pequeño cosquilleo en la nariz, pero como tenía los ojos cerrados ignoré por completo la comezón y regresé a mi mundo de sueños en donde estaba teniendo otra pesadilla sobre el nacimiento de las gemelas. Constantemente me invadían malos sueños en donde comenzaba a dar a luz mientras caminaba por algún supermercado, justo en la sección de frutas; o incluso mientras iba al baño y empezaban a salir disparadas de la nada.

Lo sabía. Era algo patético. Pero tenía antecedentes en la familia donde las mujeres Green daban a luz de manera vergonzosa, como la tía Charlotte cuando nació Marie.

La versión oficial que ella dio al resto de la familia fue que Marie nació sin problemas, a las 11:44 am de un sábado ligeramente nublado. Solo pocos miembros de la familia sabemos lo que en realidad ocurrió; Marie nació mientras la tía Charlotte se sentía traviesa con su esposo una noche y decidió sorprenderlo con un baile erótico. Ella se tomó el costo de construir un aparato de baile (todavía me pregunto qué era) en su habitación, y justo ese día se enfundó en un travieso y, según las fotos que escondía mamá en una caja de zapatos, vergonzoso traje de cuero. Al parecer ella hizo un movimiento en falso y eso activó sus dolores de parto. ¿Lo peor? Ella estaba demasiado grande y su pierna había quedado colgada en una extraña posición mientras hacía un paso en donde arqueaba la espalda. Tuvieron que llamar a los de emergencia para descolgarla, y la ingresaron usando su traje de cuero, que taparon disimuladamente con una bata, mientras todos sus familiares cercanos la observaban. Tal vez por eso Marie había salido tal y como lo hizo: ninfómana, desquiciada, promiscua y rebelde.

Quería creer que yo no pasaría por lo mismo que pasaron la mayoría de mis familiares, pero ya no estaba segura. Al menos sabía que sería con ropa normal puesta... o sin involucrar ningún baile erótico en el futuro.

Otro cosquilleo me arrastró fuera de mi sueño e hice un mohín.

Llevé mi dedo a mi nariz, aún con los ojos cerrados, y rasqué el área afectada. El cosquilleo volvió diez segundos después.

Abrí los ojos, pensando que vería algún animal extraño, pero para mi sorpresa tenía a Diego justo frente a mi cara. Él sostenía lo que parecía ser una pluma de ave y la estaba presionando contra mi nariz.

Me senté casi de inmediato. Asustada por la cercanía.

—¡¿Qué haces aquí?! —grité, aunque no era mi intención hacerlo.

—Lo siento —se disculpó él—, es que llevas horas dormida y la abuela me pidió venir a buscarte. Despierta, despierta, bella durmiente. ¿Te encuentras bien?

—¿Qué hora es...? —no pude acabar la frase cuando un molesto dolor bajó por mi vientre, haciendo que me doblara.

—¿Anna? Oh mierda, ¿vas a dar a luz?

Respiré hondo para calmarme. El dolor parecía que acabaría pronto.

Pasados un minuto, el dolor finalizó.

—Estoy bien —comenté de mala gana—. Solo necesito ir al baño. ¿Qué hora es a todo esto?

Diego hizo una mueca e intentó ayudarme a ponerme de pie, pero negué la ayuda.

—Son las seis de la tarde. No bajaste nunca a almorzar. ¿Segura que puedes tú sola?

No hizo caso a mi afirmación y me ayudó a salir de la cama.

—Estoy bien, de seguro comí mucho en el desayuno. Rita, mi amiga, va a venir por mí más tarde ¿o era mañana? ¿Qué día estamos? Lo siento, no puedo recordarlo.

—Anna, es obvio que estamos en el año 2020, en agosto. No recuerdas porque eres ahora una mujer de 92 años.

Lo fulminé con la mirada para dar énfasis a su mal sarcasmo.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué tienes una pluma en la mano? —cambié de tema.

—La traje para romper el hielo. Como ya no me hablas desde lo del accidente con mi sujeto de allá abajo —sus ojos y su boca apuntaron hacia la dirección de su entrepierna— entonces me vi en la obligación de hablar de nuevo contigo.

Rodé los ojos y avancé con lentitud al baño. Cada día me sentía más inflamada que antes.

—¿Romper el hielo con una pluma de ave?

—Es pluma de ganso, en realidad.

—¿Cómo tienes acceso a plumas de ganso?

—Estamos probando nuevas recetas en el restaurante.

Fruncí el ceño al pensarlo.

—¿Nuevas recetas con gansos? Es asqueroso.

—No cocinaré con la carne, no soy tan criminal. Es con los huevos de ganso. Los huevos que ponen, no los que alguien fotografía como captura de pantalla y reenvía a una de mis tías y a un sacerdote de buenas causas.

—De nuevo, lo lamento. ¿Por qué me lo tienes que echar en cara?

—Porque así es más divertida la vida. ¿Pensaste bien sobre irte?

Asentí con la cabeza y quité su mano de mi brazo, en donde él sujetaba para ayudarme a andar.

—Ya lo pensé —respondí a secas—, ahora si me permites...

Le señalé la puerta.

—¿Qué? ¿Quieres que me vaya? —Diego hizo un puchero—. Fueron los chistes de huevos, ¿verdad? ¿Qué tal si hablamos de tu novio stripper? Él y yo tenemos mucho en común.

—Vete, por favor —no quería que me tocaran el tema de Adam.

—Sé que te mueres de ganas por ver las fotografías donde sale él. Pues lastimosamente no las conseguí, pero tengo un amigo que tiene una amiga que conoce al primo de una chica que sabe dónde conseguirlas.

—No necesito hablar de esto ahora.

—Rosie tiene copias.

Mi ira subió a niveles crónicos.

—No hables de esa mujerzuela. Dime la verdad —lo miré fijamente a la cara—, ¿te acostaste con ella?

Diego lució verdaderamente avergonzado. Rascó su nuca y miró hacia otro lado.

—¿No tienes que ir al baño? —me señaló la puerta justo frente a nosotros.

—Dímelo.

—Melo.

—¡Que me lo digas!

—¡Quemelo!

Negué repetidamente con la cabeza.

—Eres peor que Adam.

Diego suspiró con desanimo.

—No le vayas a decir nada de esto a Mía —murmuró por lo bajo, como si tuviera miedo que las paredes lo escucharan— pero sí. Me acosté con ella hace mucho tiempo atrás.

Mis ojos se abrieron enormemente al igual que mi boca.

—¡Lo sabía! Naces zorra, mueres por enfermedad sexual o a manos de una novia celosa.

—Pero fue cuando Mia y yo terminamos. Me sentía dolido, ¡y sólo ocurrió una vez!

—¿Acaso eres tú el padre de su hijo? Porque si tú eres, es mejor que le pongas correa a ese perro.

—¡No lo soy! Me acosté cinco meses antes de que ella dijera que estaba embarazada. Eso es obra de alguien más, yo no tengo nada que ver allí.

Lo miré con mala cara, dudando si era en verdad o no el padre.

—Bien, ya que no me dirás nada importante, ¿puedes irte?

—¿Ya? ¿Tan rápido quieres que me vaya? ¿No hay nada de "eres un excelente chef, Diego"? o alguna pregunta sobre mi bienestar social.

—No necesito saberlo. Ahora vete.

—¿Por qué me alejas tanto? ¿Me odias?

—No. ¡Simplemente estoy llena de gases y quiero entrar cómodamente al baño sin tener que dar explicaciones de por qué hay sonidos graciosos mezclados con tos para disimularlos!

Eso le cerró la boca y lo hizo sonrojarse al mismo tiempo.

—Estoy mintiendo —le aclaré—, pero ahora vete. En serio.

—Bien. Te dejo en paz, bella durmiente. Estoy seguro que los siete enanos vendrán a tu rescate.

—Siete enanos serán los que contrataré para tu nueva sesión de fotos si no te largas ahora.

Diego levantó ambas manos al aire, haciendo señas que se rendía.

—Vaya, alguien no ha dejado la teoría de los enanos descartada. Está bien, me retiro.

Se fue dando inclinaciones y caminando de espaldas hasta que llegó a la puerta. Mientras tanto yo suspiré realmente cansada. No entendía la razón para mi irritación.

Bajé a cenar pidiendo disculpas por el retraso y escuché una y otra vez mientras Diego hacía malos chistes de huevos, bolas, capturadas en fotografías.

Quería golpear su lindo rostro. Muy fuerte. Y también el de Adam. Muy fuerte. O ambos al mismo tiempo. Muy fuerte. Con bolas de ganso, probablemente. Pero no dejaba de darle vueltas a la teoría de que él era buen candidato para ser padre del bebé de Rosie.

Yo era capaz de hacerle todo un programa dedicado a ello, en lugar de "Buscando a Nemo" sería "Buscando al verdadero padre del bebé de Rosie" y tendría una gran audiencia.

Pronto terminamos la cena y Diego regresó a su departamento mientras yo paré de divagar sobre el asunto del bebé. Esa noche me dormí sin sueños, pensando en lo que vendría después: confrontar a Adam. Porque era más que seguro que él vendría cuando Rita y Key lo hicieran.

¿Lo gracioso de la vida? Siempre tenía preparados otros planes y terminé confrontándolo más temprano que tarde.



El primer golpe llegó de manera inesperada. Comenzó como un simple dolor que nacía desde mi vientre y se extendía hasta mis caderas, algo soportable comparado a lo que anteriormente me había tocado sentir. Pero cuando el segundo golpe vino, tuve que erguirme en la cama y sostener mi abultado estómago con una mano mientras que la otra se enredaba entre las sábanas.

Presioné mis ojos cerrados hasta que empecé a ver puntos rojos detrás de mis párpados. Dolía tanto que quería herir otra parte de mi cuerpo para que ese punto de mi vientre dejara de reclamar mi atención. Gemí en voz alta cuando no pude soportarlo.

Luego todo se calmó, dejándome agitada y jadeando momentáneamente; mi respiración era irregular y sabía por experiencia que este tipo de dolor venía por partes. Me levanté rápidamente y di unos pasos hasta llegar al baño, estaba a punto de echarme agua en la cara cuando el dolor atacó de nuevo.

Me agarré a los bordes del lavamanos, doblándome a la mitad, apretando mis dientes y llorando en voz alta porque no podía soportarlo. Respiré, así como se me había indicado en esas clases que Shio insistió que tomara sólo porque a ella le gustaba el instructor, y me tranquilicé. Todo iba a estar bien, todo iba a... De repente sentí un líquido que comenzó a bajar de entre mis piernas. Me paralicé por unos segundos, asustada y en estado de shock, hasta que finalmente llevé mi mano hacia el lugar en donde sentí la fuga y comprobé que no fuera sangre. No lo era.

—Ay no, ay no... —comencé a hiperventilar realmente fuerte. Se suponía que yo tenía una cesárea programada para esto. No podía sucederme justo ahora. No en ese momento.

Hice un rápido recorrido hasta mi armario provisional y saqué el primer vestido suelto y sencillo que tenía a la vista.

Me cambié mi bata de dormir por el vestido, procurando asearme un poco antes de avisarles a los demás que precisamente acababa de romper fuentes.

Iba a dar a luz. Hoy sería mamá.

Tomé la maleta que tenía preparada desde hace meses y me encaminé lentamente hacia la habitación de los dueños de la casa.

Toqué la puerta dos veces antes de que una somnolienta mujer de cabello canoso la abriera y me mirara en confusión.

Sonreí a medias, con mi frente sudada por el esfuerzo.

—¿Anna? —preguntó ella. Vi cómo buscaba sus lentes en la mesita al lado de su cama y regresaba junto a mí con ellos puestos.

—Yo... —respiré un par de veces, sintiendo que el dolor quería regresar en cualquier momento— creo que necesito que me lleven al hospital.

Apenas y podía decir las palabras, nunca había sentido tanto dolor en mi vida.

Ella abrió enormemente los ojos y llevó su mirada hacia mi enorme barriga de casi nueve meses.

—¿Rompiste fuente?

Asentí con la cabeza, balanceando mi maleta de un lado a otro para poder equilibrarme.

Ella se movió rápidamente, despertando a su marido, provocando que se cayera de la cama.

—¡Anna está lista para dar a luz! —gritó, emocionada.

—¿Ya? —su marido también dirigió su mirada hacia mi vientre, así como ella lo había hecho anteriormente.

Él se apresuró a cambiarse de ropa, ambos lograron hacerlo en un tiempo record de cinco minutos y luego me ayudaron a bajar las escaleras cuidadosamente para evitar que diera un traspié.

Apenas y logré entrar en el vehículo todo terreno cuando el dolor comenzó de nuevo, y esta vez fue más fuerte que la anterior.

Cerré los ojos, y aunque trataba de respirar para tranquilizarme, terminé gritando y llorando mientras apenas era consciente del movimiento del auto.

Mi mano siempre presionada contra mi abultado estómago.

—Anna, respira, tranquila.

Aunque la señora Ross tratara de calmarme, no podía dejar de pensar en otra cosa que no fuera más dolor.

Grité y me arqueé cuando vino una contracción muy fuerte.

—¿Quieres que llame a alguien? —me preguntó ella en desesperación—. ¿No quieres que llame a Adam?

Negué rápidamente con la cabeza.

—Mi teléfono está en la maleta... busca mi última llamada, a la doctora Bagda... Tengo que avisarle...

Ella asintió y se apresuró a hacer como le pedí.

La escuché hablar brevemente con la doctora y luego le dijo el nombre del hospital al que nos dirigíamos.

Comencé a lloriquear de nuevo. La señora Ross tomó mi mano y me la apretó para tal vez infundirme valor. No estaba funcionando.

—Anna, cariño —preguntó ella— ¿Estás segura de que no quieres que le diga nada a Adam? Él es el padre, necesita saberlo. Y además creo que tú también necesitas de él.

Lo pensé durante unos segundos mientras intentaba hacer las estúpidas respiraciones y trataba de no mandarlas a comer mierda.

—Está bien, llámalo.

Tragué saliva con fuerza. El sudor haciendo enormes gotas que se escurrían por mi cuello y por el pequeño escote de mi vestido de flores.

Me recosté contra el asiento del vehículo y jadeé sintiéndome incómoda, siempre inhalando por la nariz y exhalando por la boca.

—¿Adam? —escuché que decía la señora Ross, hasta ahora fui consciente que ella se había venido en la parte trasera conmigo mientras su esposo manejaba pasándose varios semáforos en rojo—. No... Sí, escucha... ¡Espera! Estamos de camino al hospital, ella está a punto de dar a luz. Está bien... Sí. Te la paso.

Ella me alcanzó el teléfono y yo quise llorar, pero no tanto por el dolor (que a estas alturas logró volverse leve pero constante), más bien se debía a que lo extrañaba y quería escuchar su voz.

Me pegué el teléfono contra la oreja, sollozando levemente.

—¿Nena? —preguntó él inmediatamente.

Eso bastó para quebrarme. Lloré desvergonzadamente mientras lo escuchaba susurrarme palabras tranquilizadoras.

—Voy para allá, no desesperes. Nicole quiere verte, tus amigas están preocupadas porque te fuiste y no dijiste nada. Nena, estoy destruido. ¿Qué hice para que te alejaras así?

Yo sollocé, apoyándome en la puerta del auto.

—No fue tu culpa —le dije entre llantos— yo hice algo muy malo, Adam. Yo... Yo te oculté cierta información y ahora... —las contracciones regresaron. Traté de calmarme para no asustarlo, pero no funcionó. Me dolía la espalda y otras partes internas de mi cuerpo. Respiré hondo antes de hablar con él nuevamente. Las contracciones estaban viniendo cada vez más seguidas.

—No quiero estar sola —admití entre jadeos—. Te necesito.

—Key me está llevando. No te preocupes, jamás me perdería este momento. No tengas miedo, pequeña.

—Pero yo... Yo hice algo demasiado malo. Nunca me vas a perdonar.

Adam hizo un sonido estrangulado con la garganta y luego escuché cuando entre él y Key le gritaban obscenidades a un vehículo que aparentemente los estaba retrasando.

—Anna, no existe nada en el mundo que me haga amarte menos. Cuéntame lo que hiciste.

—Es que... yo estaba muy molesta contigo así que... Yo... —No podía encontrar las palabras para decirle lo que sabía desde hace meses—. Yo no voy a tener únicamente un bebé.

La línea quedó muerta del otro lado, pero todavía podía escuchar su respiración a través del teléfono.

—¿Adam?

—Sí, sip. Aquí estoy. —Sonaba nervioso— ¿No vas a tener únicamente un bebé? ¿Qué significa eso? ¿Qué más vas a tener? ¿Un bebé alien? ¿Un unicornio? ¿Una...?

—Son gemelos —lo interrumpí, soltando el secreto que guardé tan incómodamente durante mucho tiempo.

—¿Cómo? ¿Ge...? ¿Gemelos?

—Sí —mi voz estaba desvaneciéndose debido a que me concentraba más en respirar y en apoyar mi frente contra el asiento delantero—. Vamos a ser padres de dos bebés, no solamente de uno.

Esperé por su respuesta, pero no llegaba.

—Adam, di algo —supliqué.

—Es que... yo —se detuvo y comenzó a balbucear de nuevo. Esto no era nada bueno.

—Lo siento, sé que no actué de una manera correcta, pero... —respiré hondo, avergonzada y adolorida a partes iguales—, admite que no hiciste muchos méritos para ganarte el derecho a saberlo.

Él seguía callado, sin decir nada.

—¿Podrías decir algo? —repetí.

—De acuerdo, nena. No sé cómo te vayas a tomar esto, pero... yo también te estuve escondiendo cosas.

—¿Más cosas? —dije, incrédula.

—¿Cómo que "más cosas"?

—Sí, además de ser stripper y/o modelo porno para calendarios de ancianas —respiré hondo cuando otra contracción me alcanzaba. Mis caderas comenzaban a doler por la presión.

—¿Qué? —sonaba perplejo—, ¿de qué hablas?

—Diego ya me lo dijo todo.

—¿Qué te dijo?

—Que eras stripper y que modelaste desnudo para una revista.

Por el rabillo del ojo noté a la Sra. Ross ponerse de todos los colores mientras palmeaba cariñosamente mi vientre mientras murmuraba algo sobre familias poco convencionales.

—Nena, yo te dije eso hace unos meses, pero creo haberte aclarado que fue en broma. No fue real, ¿recuerdas?

—Bien, pues Diego no piensa lo mis... —mordí mi labio cuando un dolor agudo punzó en el lado izquierdo de mi vientre. Era algo soportable pero muy incómodo. No pude terminar mi oración.

—No sé con qué clase de mierda te llenó la cabeza ese tipo, pero espera a que lo vea —juró por lo bajo—. Nunca fui stripper. Te lo dije antes como una broma, pero no es eso, nada más. Tú sabes todo lo que hay que saber sobre mí y pensé que eso ya había quedado claro.

Fruncí el ceño.

—¿Entonces por qué me mentiría de esa manera? No tiene lógica. Además, ¿por qué te creería cuando no has sido muy honesto conmigo?

—Tú tampoco lo has sido conmigo. Si no fuera por la Dra. Bagda nunca me hubiera enterado que estabas esperando gemelos. No te había dicho nada antes porque quería saber cuándo me lo dirías tú, pero no imaginé que sería hasta el momento en que estuvieras dando a luz.

Abrí y cerré la boca en varias ocasiones.

—¿Ya sabías que iba a esperar gemelos? —contesté, exasperada.

Lo escuché suspirar mientras de fondo se distinguían los gritos de Key y muy posiblemente los de Rita que chillaba a su lado, pidiéndole ir más despacio.

—Eso es lo que quería decirte que escondía; llevo meses sabiéndolo —confesó, sonando avergonzado—. Tu madre incluso me pasaba algunas ecografías cuando tú no me querías mostrar ninguna.

Entonces lo recordé; en la boda. Cuando mamá me había dicho que había perdido las ecografías de mis bebés por accidente, porque alguien se las robó. Ella y Adam estaban confabulados en eso.

—¿Desde cuándo lo supiste?

—Fue precisamente en tu despedida de soltera, cuando me hiciste la broma de que esperabas trillizos. Me asustó no ser parte de algo tan importante. Busqué a la Dra. Bagda y ella me lo dijo todo; a partir de entonces ella me informaba siempre, cada vez que ibas a verla, sobre el progreso de nuestros bebés. ¿Creerías que yo te dejaría sin protección o que no cuidaría de ti aun cuando tú no me querías decir nada? Ahora la verdadera duda es, ¿por qué no me lo dijiste antes?

Respiré hondo, de repente muy cansada por todo.

Pasé ocultándolo mucho tiempo solo para descubrir que Adam ya lo sabía. Me sentía demasiado avergonzada y demasiado boba como para afrontarlo.

—No te lo dije porque ocurrió algo llamado Rosie. Rosie la come hombres. Rosie, a quién le creíste más que a mí, ¿recuerdas? Dejaste entrar a una víbora a tu vida, no esperes que se vaya a ir sin dejar daños.

Las lágrimas comenzaron a bañar mi cara, mis dolores olvidados por el momento.

—¿Todavía no me perdonas por eso? Nena, ¿cuántas veces te tengo que pedir perdón para que de verdad me creas? Lo siento, soy un idiota épico, digo cosas estúpidas la mayoría del tiempo y la otra parte la paso pensando en las cosas que debo hacer para remediarlo; soy un asno, lo entiendo, pero merecía al menos saber que estabas esperando gemelos desde el momento que lo supiste.

—Lo sé, lo entiendo. Pero ponte en mi lugar, si Mason hubiera llegado y me besara en tu cara, o si yo te dejara de lado sólo para irme con él, ¿cómo te sentirías? Estoy confundida con todo —sollocé muy fuerte—. Quiero olvidarlo todo y regresar corriendo a tus brazos porque no sabes lo mucho que te extraño y lo mal que me siento por ocultarte lo de las bebés, pero una enorme parte de mí quiere golpearte con una silla en la cara y pedirte que te alejes, que te vayas porque haces demasiado daño. Y lo sé, me lo advertiste todo este tiempo, me dijiste lo peligroso que eras y sobre cómo destruyes toda buena relación, pero ya me enredé y estoy hasta el cuello de Adam Walker.

Negué con la cabeza, sabiendo que él no podía ver mi gesto a través del teléfono.

—Me haces parecer la mala en todo esto, no tienes idea de lo difícil que fue para mí —continué—. Me siento bipolar...

Me aferré al asiento frente a mí para buscar apoyo cuando de pronto otra contracción me alcanzó. El dolor duró un poco más que antes y comenzaba a agotarme por todo lo ocurrido esa noche.

—Lamento que te sintieras de esa manera, Anna —dijo él—. Pensé que dándote tu espacio lograríamos aclararnos todo después.

Me incorporé en el asiento del auto, limpiando mi cara y sorbiendo mi nariz.

—Tal vez ya no quiero un después. Al menos no contigo. Aunque para serte sincera ya no sé lo que siento.

—Pensé que me perdonarías por ser un asno.

—Ese es el problema. Te perdono hoy pero mañana vuelves a lo mismo. Y te amo tanto que soy así de tonta como para permitirlo. Te quiero a mi lado, pero a la vez no lo hago.

Escuché cómo resoplaba al otro lado de la línea y le pedía a Key ir más rápido.

—Muy bien, no tienes de qué preocuparte ahora —comentó crípticamente—. Déjame que yo haga la decisión correcta para ambos.

—¿Qué es? ¿Cuál decisión?

Escuché sus suspiros.

—Yo pienso... —suspiró de nuevo, con pesar—. Anna, creo que...

—¿Qué? —pregunté, pero la línea estaba muerta. No escuchaba a Adam o su respiración, nada. —¿Sigues ahí? ¿Adam?

Retiré el teléfono de mi oreja para ver si seguía en la llamada. Nada.

—Creo que la llamada se cortó —dije, mirando a la Sra. Ross.

Ella me quitó el teléfono de las manos y lo revisó.

—Esta es un área con mala señal. No tenemos cobertura —confesó, apenada—. Pero ya estamos cerca del hospital, ya lo veras.

—Dijo que tenía tomaría la decisión por los dos. ¿Decisión de qué?

La Sra. Ross me tranquilizó poniendo su mano en mi hombro.

—Es mejor que ambos dejen de ser testarudos y hablen entre ustedes de una vez por todas.

—Tengo miedo de saberlo

Lloré en todo el camino al hospital, con el rostro escondido en el hombro de la Sra. Ross. Estaba siendo inmadura y era hora de remediarlo.

Amaba a Adam y lo quería de vuelta en mi vida y en la de mis hijas. Pero mis sentimientos eran de lo más bipolares en ese momento.

Pronto llegamos al hospital e inmediatamente una enfermera empujó una silla de ruedas en mi dirección.

Todavía venían contracciones seguidas y aumentaban cada vez más rápido.

Me llevaron a una habitación privada donde una muy hermosa Dra. Bagda esperaba con una sonrisa radiante en la cara. No entendía cómo ella pudo llegar más rápido de lo que lo hicimos los Sres. Ross y yo.

—No puedo creer que ya sea la hora —dijo al verme—, permíteme revisarte primero que todo.

La fulminé con la mirada mientras resoplaba del dolor.

—Al parecer tengo una futura madre gruñona esta noche —comentó alegremente—, es lo normal. Todas aseguran que no van a gritar o a maldecir, pero rompen esa promesa.

Y yo estaba a punto de hacerlo.

—No puedo creer que le dijera a Adam sobre las gemelas —le reclamé en medio de mi agonía.

—¿Se suponía que sería un secreto? —comentó de buen humor. La odiaba.

—¡Sí! ¿Sabe lo preocupada que estuve todo este tiempo pensando que le estaba mintiendo? ¿Todas esas veces en las que quise decirle pero tuve miedo? —respiré hondo por millonésima vez mientras sujetaba mi vientre. Dolía. Mucho.

—Oh —su cara hizo una perfecta O—. Se lo dije incluso a tu hermosa prima, la otra chica embarazada.

—¿Qué? —pregunté perpleja—, ¿cuál prima embarazada?

—Ya sabes, la chica alta, rubia, ojos bonitos.

¿Rosie?¡Ella ya lo sabía todo este tiempo!

—Tiene una boca muy grande —protesté justo cuando otro dolor punzante amenazó con hacerme llorar—. Esa mujer no es nada mío.

—Lo siento, no lo sabía. Contrario a lo que la mayoría cree, no soy muy partidaria a guardar secretos. Si quieres puedo contarte otro de parte de ella, para que queden a mano.

Mi curiosidad pudo más que el dolor.

Asentí, nerviosa y a punto de un colapso.

—Pero, espera, dijiste que no es familiar tuyo. Así que esto es ilegal. Lo siento pero no puedo.

—¿Qué? ¿Ahora sí habla de asuntos legales o moral? Finjamos que es mi prima y hable.

La Sra. Ross, a mi lado, no dejaba de vernos a ambas con expresión extraña mientras tomaba mi mano y trataba de acariciar mi estómago.

—Bien, pero es algo jugoso así que, shhh —la Dra. Bagda se llevó un dedo a los labios—, secreto. Cuando ella llegó a mi consultorio la primera vez, vino con un chico quien supuestamente era el padre; le dijo que tenía recién un mes o dos de embarazo. La verdad ella ya estaba muy avanzada, lo que me lleva a creer que el padre es otro. Y como yo odio las mentiras... pues en ese momento yo le dije la verdad al chico. Él me lo agradeció y prometió que dejaría avanzar la mentira, aunque no estoy muy segura del por qué. Tal vez lo utilice en su contra más adelante.

Sonreí como no lo había hecho desde hace semanas.

Key no era el padre del bebé de Rosie. Rita era sabia por decir una frase que reflejaba muy bien a las chicas como esa: "nació desnuda, creció sin ropa y ahora se dedicaba a abrirse de piernas con cualquiera que tuviera un objeto dispuesto".

Toma Adam, allí tienes a tu "amiguita inocente"

Capítulo 25

Dos mantas de color rosa

Quería seguir hablando pestes de Rosie, pero otro fuerte dolor me trajo a la realidad. Mis bebés no se iban a detener solo porque mami quisiera andar de chismosa sobre la vida de cierta chica que se imponía a dejarlas sin papá. Cierta chica que estaba a punto de perder todo su cabello si decidía mostrarse frente a frente de nuevo conmigo.

Sollocé con fuerza mientras, entre varias enfermeras, me ayudaban a subirme a una camilla.

Intenté respirar de forma normal, pero pronto me di cuenta que estaba a punto de mandar a comer mierda las respiraciones... como por millonésima vez en la noche.

Sudor bajaba por mi frente y los únicos momentos donde podía reponerme era mientras se detenían las contracciones. Lo único que quería a este punto era tener rápido a estas bebés y conocerlas de una vez por todas.

—¿Ya puede comenzar a sacar a las bebés? —pregunté, desesperada, a la Dra. Bagda.

Ella hizo una mueca mientras daba órdenes a un grupo de tres enfermeras que poco a poco se ubicaron junto a mí y empezaron a examinarme y a encender alguna clase de maquinaria a mis espaldas.

—Primero debemos hacer una revisión rápida. Luego vas para el siguiente piso, para la sala de cirugías, a realizar la cesárea.

Tenía miedo al oír sus palabras. Creo que todos nos asustamos más de alguna vez por tener que visitar el hospital y yo no era la excepción; estaba muerta del miedo, al igual que ansiosa.

Vi cómo la Dra. Bagda sacaba un iPod de su bolsillo y lo conectaba a los parlantes discretamente ubicados sobre una mesa para luego colocarse guantes en ambas manos.

—Esto será rápido —dijo ella—. Vas a ver que en cuestión de minutos tendrás a tus bebés en brazos. Ahora, tengo que hacerte una pregunta muy importante, es de vida o de muerte. Elige sabiamente.

Sus palabras aumentaron mi ansiedad y mis dolores. ¿Era más información sobre el bebé de Rosie y cómo Key no era el padre?

—De acuerdo, pero me está asustando —murmuré, extrañada por lo que fuera a decir.

—No te preocupes, es algo rutinario —ella hizo una pausa profunda y suspiró con fuerza—: ¿Quieres a Robbie Williams con Rock DJ? —señaló al iPod—, ¿o prefieres a Spice Girls con Wannabe?

Fruncí el ceño, el sudor ahora bajaba cerca de mis ojos, estropeando mi visión.

—¿Qué? ¿Esa es la pregunta de vida o muerte?

—Así es, por eso te pedí que eligieras con prudencia.

Resoplé, sintiendo que quería bajar de la camilla y golpearla directo en la cara.

—¿De verdad está bromeando conmigo en este momento?

—Todas las madres son gruñonas a la hora de concebir —murmuró—. Solo dime a cuál de los dos.

—A ninguno —respondí secamente—. ¿Puede, por favor, hacer que salgan las bebés ya, pronto?

Ella arrugó la nariz y de igual forma presionó play en el reproductor.

—Será Robbie entonces. Amo esta canción —dijo, y acto seguido comenzó a balancear sus caderas al ritmo de la música—, con esta conocí a mi ex marido, en una convención en Nuevo Mexico. Bebí hasta caer desmayada, recuerdo aquellos tiempos.

Suspiré en voz alta, quejándome mientras otra contracción se acercaba. Esta vez hice puños sobre la cama, agarrando las sábanas con fuerza y retorciéndome cuando noté que el dolor era más intenso que antes y parecía no tener fin. Traté de no lloriquear en voz alta al ver la cara de preocupación de la Sra. Ross a mi lado, tratando de acariciar mi cabello.

—De verdad —murmuré cuando al fin pasó el dolor—, no necesito música. ¿Puede comenzar ya?

El dolor volvió de nuevo, peor que antes, y fue allí cuando mi boca cobró vida propia.

—¡Mierda! —grité—. Eso es incómodo.

—Tranquila chica, déjame revisarte primero. Ya les pedí a las enfermeras preparar el área donde te haremos la cesárea, van a llevarte allí en unos minutos.

Ella continuó tarareando la letra de la canción de Robbie Williams mientras hacía pasos de disco.

Mis respiraciones se volvían fuertes, así como mi actitud al verla.

—¿Siempre hace eso, o soy la primera desdichada? Es ridículo.

—Es un rito antes de empezar con el parto —dijo mientras meneaba su cabeza y cantaba el coro—. Tranquila, después será Eminen.

Suspiré, irritada.

—¿Y el padre? ¿Viene pronto? —preguntó la Dra. Bagda, cambiando de tema.

—Eso espero. Estaba en camino, o eso fue lo que me dijo. Perdí la señal mientras hablábamos por teléfono.

—Debería tener cuidado. Hay una curva en la carretera, no muy lejos de aquí, en donde varias personas ya han perdido la vida por no manejar cuidadosamente.

Ella continuó tarareando, mientras que yo agonizaba por dentro.

¿Qué tal si a Adam le había pasado algo malo? ¿Qué pasaba si lo perdía justo en el día en que ganaría dos hermosas razones más para vivir?

—No haga eso —hablé con lágrimas en los ojos—, no me diga esas cosas porque me va a dar algo. Me estoy imaginando lo peor.

—Cielo, no lo dije para hacerte sentir mal, lo dije solo para sacar plática. Bien, voy a revisarte así que tú tranquila.

Ella me pidió que abriera las piernas mientras metía sus dedos en mis asuntos privados. Sentí una pequeña presión en mi núcleo y lloriqueé en voz alta.

—Eso duele —me quejé, juntando mis rodillas, obligando a su mano a salir.

—Tranquila, solo es para ver cuán dilatada estás o si puedo...

—¿Y? —la interrumpí, respirando con dificultad. Me sentía como perra rabiosa.

—Si pudieras dejarme revisar esta vez sería fantástico —me miró con desaprobación.

Asentí de mala gana e hice lo que me pidió.

Otra vez su mano serpenteó de manera intrusiva y no pude controlar el dolor que causaba la presión que ejercía con sus dedos. Cerré las rodillas de nuevo.

—Anna, necesito que te controles y me dejes examinarte —dijo ella con amargura. Las enfermeras dentro de la habitación simplemente sonreían con complicidad.

—Duele mucho, yo pienso que estoy lista, no necesita revisar nada más.

—Tengo que tomar el tiempo entre cada contracción para saber si estás lista o no.

—¡Estoy lista! —me quejé—. Mi bolsa se rompió, debería estar atenta a eso.

—Abre las piernas entonces.

Negué repetidamente con la cabeza, pegando todavía más mis rodillas.

—Oh no, usted no va a meter su mano allí. ¿Tiene idea de lo mucho que duele? La mayoría de mujeres se queja de cargar el peso de una sandía en el estómago, yo debo cargar dos. Así que créame cuando le digo que ya estoy lista.

—Muy bien, me rindo.

La Dra. Bagda se quitó los guantes y suspiró con pesadez.

—Dejaré a la enfermera Daysi a cargo, ella tratará contigo —mencionó mientras salía por la puerta.

A los pocos minutos entró una mujer realmente corpulenta, alta y fornida como un tronco. Tragué saliva mientras leía el nombre en su gafete de etiqueta: Daysi Brooke.

—Me contaron que aquí tenemos una madre temerosa —murmuró ella—, se niega a examinarse apropiadamente. Pero esas son mis favoritas, de hecho. Así que vamos chica, abre las piernas para mí, no me obligues a hacerlo de una manera brusca.

—¿Quién se cree que es? ¿Christian Grey? —resoplé en voz alta.

La Sra. Ross me vio con ojos de lástima y a la vez con miedo al ver a la gran mujer llamada Daysi y asintió en mi dirección para que cooperara con ella.

Respiré con dificultad cuando vino otra contracción y me doblé sobre la cama.

—Estoy teniendo una contracción —le escupí a la enfermera—, déjeme en paz.

—Abre las piernas —exigió la enfermera Daysi, observándome irritada. Se colocó sus guantes e hizo un mohín.

Miré en dirección a la Dra. Bagda y le escupí lo siguiente:

—Usted es una perra.

Entonces otra contracción, más fuerte que la anterior, me agarró desprevenida y me encogí de dolor en la cama.

Las enfermeras aprovecharon ese momento para conectar un pequeño aparato en mi dedo y para tomar mi presión, la Dra. Bagda se reía de fondo mientras cambiaba la canción y, tal como lo prometió, era de Eminem.

—No tienes ni idea de cuantas veces me lo han dicho —comentó ella con una sonrisa nostálgica—, pero hazme caso, es por tu bien y el de tus bebés.

Otro dolor me sobrecogió y me agarré el estómago.

—Tranquila, dulzura, ya pasará —me tranquilizó otra enfermera. Se miraba entretenida y fresca con mi situación. Ella era otra perra por lucir radiante y sonreír mientras yo lloraba por dentro.

Cuando ella me dio una mirada horrorizada, me di cuenta que había dicho esas palabras en voz alta. Mierda.

—Lo siento —protesté—, no soy yo. Estoy irritada, demasiado. En mi familia siempre ha sido muy vergonzosa la manera de dar a luz e intentaba cambiar la tradición. Además, no sé nada de mi esposo, o de mi familia. Siempre imaginé este momento rodeada de todos a quienes apreciaba.

La enfermera se retiró, indignada.

—Fantástico... —otro dolor más, como un calambre muy extraño en mi estómago. El sudor bañaba mi cuerpo entero y no pude evitar quejarme como una niña.

—Bien, que alguien le abra las piernas a la señorita —gritó la enfermera Daysi, incluso su voz sonaba monumental y varonil—. Así acabamos con esto de una buena vez.

Negué repetidamente con la cabeza y le pedí comprensión a la Dra. Bagda que rapeaba al ritmo de la nueva canción que puso en reproducción.

—*"Two trailer park girls go round me outside, round me outside, round me outside"* —me cantó ella, negando con el dedo índice.

—Perra insensata—repetí. Aunque tal vez era mala idea decirle perra a quien estaba a punto de liberarte del dolor, o meterte otra vez la mano donde no querías que la metiera. Gran problema de quedar embarazada: los bebés, tarde o temprano, iban a nacer y alguien tendría que revisarte allá abajo, en la zona privada, quisieras o no. Ese era el precio a pagar. Adiós al pudor y a la poca decencia que te quedaba.

De pronto se escuchó una conmoción afuera de la sala. Alguien pedía a gritos entrar a la habitación. Solo pude alcanzar a ver un mechón de cabello negro y piel pálida entrando rápidamente por la puerta.

Mis ojos fueron directos a los suyos, tenía semanas sin saber nada de él y me sentía nostálgica. ¡Pero estaba aquí! Era Adam.

—¿Es usted el señor Adam Tadeus Walker? —escuché que preguntó una de las enfermeras que custodiaban la entrada.

—Sí, soy yo —escuché la voz de Adam responder.

La misma enfermera lo examinó de pies a cabeza, deteniéndose en sus calzoncillos del hombre araña y en su camiseta color piel. Más de una vez me pregunté si Adam estaba bien de la cabeza o si algún laboratorio clandestino había experimentado drogas con él. ¿A quién se le ocurría presentarse así al nacimiento de sus hijos?

—Bien, venga por aquí —me señaló el estómago—. Si usted es el padre necesito que mantenga abiertas las piernas de su esposa. Ella no ha estado muy cooperativa que digamos y no se deja examinar.

La fulminé con la mirada.

Adam dio un paso inseguro en mi dirección. Apenas sentí el toque de su mano en una de mis piernas, le gruñí aún con dolor y murmuré una promesa de muerte.

—Si no te mueves de allí juro que te dejo sin cabello y te tatúo la cara.

Lució horrorizado y entretenido a partes iguales.

—¿Qué? ¿Piensas privar a toda la población femenina de admirar mi buen rostro? Adelante, tendrás que vivir con mi fea cara para toda la vida, y si pides el divorcio déjame decirte que nunca te lo voy a dar; estarás anclada con el chico cara tatuada de por vida.

Escuchar sus palabras trajo nostalgia a mis pensamientos y no pude evitar llorar mientras una sonrisa boba se dibujaba en mi cara. Él estaba bien, a salvo. Nada había pasado.

—Eres un tonto —lloriqueé.

—Nena, no llores —dijo él, inclinándose en la camilla para estar al nivel de mis ojos—, aquí estoy. Aquí me tienes.

—Te extrañé —murmuré aun con las lágrimas en los ojos.

—Y yo casi muero sin saber de ti. ¿Sabes la cantidad de mini infartos que me provocas al día con imaginar que estabas sola y perdida? Morí un millón de veces cada minuto por las últimas semanas.

Puso sus manos sobre las mías, besando mis dedos y acariciando mi cabeza con ternura.

—Te extrañé demasiado —volví a repetir, sollozando—. Y no entiendo por qué estás en calzoncillos en este momento.

Adam miró hacia abajo, a sus calzoncillos, sorprendido por verse usándolos.

—Mierda, ni siquiera recordaba que dejé los pantalones en el auto. Cuando recibí la noticia estaba con Key, duermo en su sofá de vez en cuando.

Sonreí con pesar.

—Ustedes dos harían una buena pareja —comenté en broma, en medio de otro ataque de dolor.

Adam simplemente se rio y me dio un beso en la sudorosa frente.

—Le pediré a Key un par de pantalones —dijo él, separándose de mi lado. Justo cuando iba a protestar para que no se alejara, una muy furiosa y llorosa Rita entraba a la habitación cargando dichos pantalones.

El cabello normalmente corto de Rita había crecido bastante, ahora sobrepasaba sus hombros, de igual manera se miraba hermosa y sonreía con calidez al verme.

—Anna —sollozó ella, lanzándole los pantalones a Adam en la cara y corriendo a mi lado para abrazarme—. No puedo creer que mi amiga vaya a ser mamá hoy. ¿Estás asustada? ¿Lo que te dije sobre Nicole adelantó tu parto? ¿Fue todo el estrés de la situación? Adam ya me contó lo que pasó con Rosie... ¡Esa perra arruina matrimonios! Hay que colocar una docena de gatos hambrientos en su habitación, llevarnos a su bebé para que lo críen los elfos mágicos y castrar a tu marido por ser un imbécil.

Ella le lanzó otra mirada cargada de odio a Adam.

—¿Tienes ganas de algo helado? ¿Quieres que contrate a alguien para que le dé una paliza a Walker? —siguió preguntando ella, al azar, sin dejarme responder—. ¿Necesitas más almohadas? ¿Te sientes cómoda? ¿Quién es esa mujer velluda que me mira como si fuera a arrancarme la cabeza ahora mismo? ¿Es tu doctora? ¿Dónde golpeamos a Rosie, en la cara o le arrancamos el pelo? ¿Te sientes bien?

—Rita... tranquila. Una pregunta a la vez —me quejé de dolor después de eso. Había más incomodidad ahora.

—Lo siento. ¿Estoy haciendo muchas preguntas? Es que cuando me pongo nerviosa hablo demasiado y sonrío con toda la boca, ¿ves? —se señaló los labios—. Perdona por decirte lo de Marie; a todos nos pareció buena idea meterte presión para que regresaras y dejaras la estúpida idea de huir. Pero ahora entiendo por qué lo hiciste. Y lo de Marie fue mentira, a ella probablemente le dé gonorrea para el final de la semana, le presenté a mi primo Lalo, el que bandea celulares, y él tiene su buena cuota de infecciones que gustosamente aceptó compartir con Marie. Ella no lo sabe aún, pero se va a llevar una grata sorpresa cuando la infección comience. Por cierto, Nicole te extraña, pero no sabe que Adam y tú están separados, ella está en un campamento para niños amantes del ballet. Resulta que es muy buena en matemáticas. ¿Quieres hielo? Leí que era bueno para embarazadas que...

—Rita, tranquila —le volví a pedir. Entre la música de Eminem y los gritos de las enfermeras al pedirle a Adam que se pusiera los pantalones y, entre mis respiraciones agudas, estaba a punto de enloquecer.

—Es que... ¡Lo siento mucho, Anna! —sollozó mi amiga—, rompí el código ético entre amigas. Pensé que era lo correcto, que volvieras con él; sabía que Adam era un tiburón y tú eres... tú eres más como una sardinita. No me malinterpretes, eres una sardina adorable, pero sabía que te comería viva. ¿El tiburón come sardinas? No apestas como una sardina...

—Rita —Key la interrumpió esta vez, tomándola por los hombros—. Deja en paz a Anna. Le preguntas todo después, ahora la noto incluso hasta pálida. Hola bella Anna, me llevaré a esta loca de aquí.

Key me guiñó un ojo y alejó a Rita de mi lado.

Le sonreí como pude. Sentía los labios secos y de verdad me dolía demasiado.

Leí hace un tiempo, en un blog para futuras madres, que los dolores son soportables en su mayoría. Pero estaba demostrando que no tenía control sobre ellos.

Adam finalmente se terminó de poner los pantalones y se acercó a mi lado para tomar mi mano.

—Adam, aléjate de Anna —gritó Rita—. Sabía que serías un tiburón con ella. Tú, bestia peluda.

—Por favor los dos —dije entre jadeos, ya no iba a aguantar más—. No es momento, no ahora.

Ambos se quedaron callados y Adam guardó silencio mientras me miraba con adoración.

—Tu mamá y tu papá están en camino. Me escribieron y en unos minutos llegan, no se quieren perder esto por nada del mundo. De hecho —comentó él—, todos quieren venir a verte. Shio y Mindy vendrán mañana.

—¿Ellas estarán aquí? —dije con los ojos llorosos.

Adam asintió con la cabeza y sonrió pacientemente.

Justo cuando iba a decirme algo más, la Dra. Bagda comenzó a aplaudir y a llamar la atención de todos.

—No sé quién los dejó entrar, pero se organizan como puedan. Anna tiene que ser trasladada en unos instantes y no se permite a nadie que no sea familiar estar aquí adentro.

—Todos somos familiares —respondió Rita—. No nos puede sacar. Esto es una anarquía, usted no nos manda.

La Dra. rodó los ojos y le indicó a la enfermera Daysi que abandonara toda esperanza por examinarme; ella salió por la puerta, no sin antes murmurar en nuestra contra.

—Bien, repito —dijo la Dra. Bagda—, necesito que hagan espacio, hay demasiadas personas...

Ella no terminó de decir su frase porque justo en ese momento la puerta de la habitación se abrió de nuevo y esta vez era mamá, usando un enorme y colorido vestido con estampado de lunares.

—¡Anna! —sollozó. Yo suspiré nuevamente, transpirando por todo el cuerpo, tratando de evadir el insoportable dolor. A estas alturas las niñas nacerían aquí, en medio de una habitación llena de personas.

Papá entró después de ella, sus ojos llorosos mientras cargaba dos enormes osos de peluche de color rosa pálido.

—¡Mi niña! —gritó él, haciendo espacio a mi alrededor—, estás pálida. ¿Quién es el responsable de atenderte? Hacen un pésimo trabajo. ¿Estás con dolor?

—No la agobies de preguntas —mencionó mamá—. Bebé, ¿cómo te sientes?

En ese momento vino otra contracción que fue particularmente dolorosa y me hizo llorar un poco más de lo que ya estaba llorando. ¿Cómo pedirles a todos que se fueran de una vez para acabar con este sufrimiento?

Adam corrió a mi lado al oír mis quejas, papá lo miró con odio puro.

—¿Quién llamó a este irresponsable? —se quejó él—. ¡Dejaste a mi hija embarazada! Tuvo que huir de tu maltrato. Pero haré todo lo posible para que acabes preso, hijo de pu...

—Por favor, pido orden —gritó la Dra. Bagda—. Anna ya está en labores de parto, tenemos que operarla para sacar a los bebés. ¿Podrían dar algo de espacio? Además, no me dejan escuchar mi parte favorita de la canción.

Había demasiada actividad y ruido dentro de la habitación, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mandarlos a comer mierda a todos.

—Muy bien —gritó la Dra. Bagda—, toda aquella persona que no esté embarazada, por favor dejar la habitación. La única que puede quedarse es la que está embarazada.

—Mejor especifique, hay más de una embarazada —señaló mi madre.

—Bien, todas las que estén embarazadas, levanten la mano.

Mamá levantó la mano, luego de unos segundos Rita observó a mamá y la levantó también.

Casi se me salieron los ojos al ver la mano de Rita en el aire. Creo que Key sufrió un mini infarto al ver lo mismo que todos.

—¿Rita? —pregunté—, ¿estás embarazada tú también?

—¿Quién? ¿Qué? ¿Yo? —ella se dio cuenta de su mano levantada e inmediatamente la bajó—. No, ¿por qué?

—¿Por qué levantaste la mano entonces?

—Es que no escuché la pregunta y como vi que tu mamá levantaba la mano, pensé que tenía que hacerlo igual. Lo siento, no escuché bien. A veces hacía eso cuando estaba en la escuela; terminaba haciendo voluntariado forzoso millones de veces por la misma razón. Pero no, no estoy embarazada.

Key pareció respirar con alivio después de escucharla decir eso; al parecer a él se le había abierto la mandíbula y casi golpeó el suelo.

La Dra. Bagda suspiró en voz alta y finalmente sacó a todos del cuarto. A todos menos Adam.

—Deja que las demás enfermeras te preparen. Ellas te llevaran a la sala de cirugías para realizar la cesárea —comentó ella de mala gana—. Tienes exactamente un minuto, no más, Walker.

Ella se retiró y nos dio un minuto de privacidad.

Adam tomó mi mano y se acercó lentamente, como si tuviera algo que temer.

—¿Pensaste en la decisión? —le pregunté— ¿la que dijiste ibas a tomar?

Él asintió con la cabeza.

—Lo pensé.

—¿Y a qué conclusión llegaste?

—Llegué a la conclusión que... no es mí decisión para ser tomada. Es solo tuya. Déjame o tómame o haz lo que quieras hacer. Lo aceptaré con toda el alma y te apoyaré incluso si eso me rompe el corazón. Supongo que me lo merezco.

—Yo...

—No es necesario que respondas todavía, toma tu tiempo, nena.

Me acarició la frente y besó por última vez mi vientre. Una enfermera apareció a tiempo para sacarlo de la habitación y para ayudarme a colocar una bata cómoda y enviarme al área de cirugías.

—En unos minutos tendrás a esos bebés fuera —comentó ella—. El padre no puede entrar contigo, pero podrá verlos cuando los trasladen al departamento de neonatología. Todo será rápido, ya verás.

Esperaba que todo saliera bien y que ella tuviera razón.



En menos de diez minutos ya estaba lista y siendo trasladada a otra sección. La Dra. Bagda se encontraba usando ahora otra bata y un gorro similar al del resto del personal allí presente. Estando allí me colocaron más aparatos y comenzaron con la aplicación de la anestesia.

Me encontraba nerviosa y podía escucharlos murmurar cosas y términos que no entendía muy bien. Y sí, estaba despierta, ¡despierta!

Por alguna jodida razón pensé que me anestesiarían completamente, pero no, fue una anestesia epidural, según me dijeron, y estaba consciente; podía ver cuando se pasaban entre ellos piezas extrañas con forma de sierra y picos afilados... De acuerdo, tal vez no tan terroríficos como los estaba describiendo, pero igual daban miedo.

Intenté con todas mis fuerzas respirar con normalidad, aunque fuera imposible; me sentía nerviosa y asustada a partes iguales. No me creía capaz de ver sangre sin colapsar primero.

La Dra. Bagda había traído su música para "relajar" el ambiente, según dijo, y esta vez se reproducía fiebre de sábado por la noche.

Ella tarareaba mientras colocaban una fina manta como telón para ocultar mi vista sobre las cosas desagradables que me harían para sacar a las bebés. Pero estaba despierta, ¡despierta! Podía no ver lo que harían, pero sí podía escuchar y eso era más que suficiente para darme náuseas.

—Estamos a punto de comenzar, respira tranquila. Ya vas a conocer a tus pequeñas, será una incisión horizontal justo por encima del hueso púbico, un procedimiento de lo más normal —murmuró una enfermera a mi lado. Las enfermeras siempre eran tan lindas y comprensivas, te hacían sentir cómodo... excepto por la enfermera Daysi, ella era la pesadilla de cualquiera.

Sentía más náuseas, pero logré tranquilizarme lo suficiente. En su lugar me concentré en escuchar la música, imaginándome otras cosas para no traumarme.

En mi mente pasaron años, cuando en realidad lo máximo fueron diez minutos, hasta que comencé a escuchar, muy sutilmente, el llanto de un bebé.

Me quedé en silencio, sorprendida por lo que estaba oyendo.

Sin saberlo, lágrimas acudieron a mis ojos. ¿Ese era mi bebé? Claro, lo era. ¿Lo era?

Todo el peso de la realidad me cayó encima. ¡Estaba teniendo a mis bebés! Oh por Dios, iba a ser mamá. ¿Yo, mamá?

Escuché cómo murmuraban sobre su peso y sus signos vitales. No podía verlo todavía porque la vista continuaba tapada, pero no fue necesario esperar más cuando una enfermera me mostró a mi primera bebé. Su carita todavía llena de placenta y sangre.

—Es una saludable niña —dijo la mujer, sonriendo en mi dirección—. La revisaremos primero pero ya te la muestro cara a cara.

Asentí sin poder creerlo.

Pasados unos minutos, escuché otro llanto, más fuerte que el primero.

Mis lágrimas no habían parado de caer, era demasiada emoción para una sola persona.

¿Se podía morir de felicidad? Porque había algo calentando mi pecho justo en ese momento.

—Viene saliendo la segunda bebé —dijo alguien, tal vez la Dra. Bagda.

Indicaron su peso y sus signos vitales al igual que lo hicieron con la primera. La envolvieron en una manta de color rosa y nuevamente me la mostraron.

Ambas eran perfectas. Ya las quería tocar, ver de cerca, comer a besos. Eran tan lindas y únicas. No podía dejar de llorar, me sentía tan emocional y a la vez cansada. No había hecho mucho esfuerzo, pero sentía la pesadez invadir mis ojos.

El momento más feliz de mi noche fue cuando por fin las pusieron cerca para apreciarlas mejor. Una enfermera cargaba a ambas.

Las dos envueltas en mantas de color rosa, ambas llorando y sin abrir los ojos. Todavía no estaban limpias, pero no me importó.

Le pedí a la mujer que las acercara y pude poner mis labios en sus frentes. Sus manitas eran tan pequeñas y apenas podía ver asomar un pie a una de ellas; de piel rosada y perfecta. Después de unos segundos, una abrió los ojos, enseñando un bonito color gris muy usual en recién nacidos. Las acercaron para ponerlas sobre mi pecho, con mucho cuidado, haciéndolas llorar aún más. Tan pequeñas y llenas de vida.

Sollocé con fuerza cuando se las llevaron para terminar de limpiarlas y para terminar de sacar la placenta fuera de mí y cerrar la herida.

—El padre las verá en unos momentos —me dijo la misma enfermera que me las mostró—. Ahora relájate, lo hiciste muy bien. Todo salió perfecto.

Y con esas palabras pude respirar con tranquilidad, pensando que todo estaría bien de ahora en adelante. El llanto de las bebés fue lo mejor que pude escuchar y con eso mis lágrimas salieron desbocadas junto con los sollozos incontrolables.

Conocí por fin a las gemelas. ¡A mis bebés!

Nada podía quitarme la felicidad.

Nada.

Capítulo 26

Punto y seguido

Vomité luego de terminar la operación.

Me sentía cansada y lo único que quería era dormir por más de veinticuatro horas seguidas. Pero pronto descubrí que eso no podría ser tan fácil o sencillo como parecía. Casi después de llevarme a la habitación, ésta se llenó más rápido de lo que se llenaría un concierto de música pop con entradas gratis.

Mamá lloraba, grandes y enormes lágrimas en los ojos, papá lloraba junto a ella. Rita sollozaba con fuerza, abrazándose a un muy afectado Key. Los Sres. Ross tenían los ojos húmedos y sonreían sin parar. Por alguna extraña razón, todo el que entraba a la habitación se encontraba llorando casi al instante; era como un aura extraña que tocaba a la persona con simplemente poner un pie en el lugar.

Apenas podía mantener mis ojos abiertos, pero fue notable la forma en la que sabía que faltaba cierto chico de ojos verdes dentro de la habitación. Parpadeé varias veces, exhausta como nunca pensé estarlo en la vida. Mamá murmuraba algo que no podía entender, y papá trataba de hacerse el fuerte, pero terminó llorando de igual forma. Me dio un mal presentimiento al verlos llorar a todos. ¿Le pasaría algo a una de las bebés? ¿Qué pasó con mis niñas? Desperté de inmediato ante ese pensamiento.

—Mamá —murmuré en voz demasiado baja y delicada—, ¿por qué todos están llorando? ¿Qué ocurrió?

Mamá se sorbió la nariz y me dedicó una enorme sonrisa, pegándose a mi lado.

—Lloramos porque son perfectas —sollozó al decirlo—. Son tan hermosas y pequeñas, tan inocentes. No les pasa nada, están saludables. Lloro por querer saber a quién se parecerán dentro de unos años, ¡y también lloro porque al fin soy abuela y porque estoy embarazada y las hormonas me afectan, carajo!

Más lágrimas acudieron a sus ojos, pero mi tranquilidad fue absoluta al saber que mis niñas estaban en perfecto estado. Las deseaba ver de nuevo, abrazarlas y comérmelas a besos, pero parecía que el sueño me iba a vencer y no tenía las fuerzas para combatirlo.

Rita corrió a mi lado cuando mamá se excusó para ver una vez más a las bebés en la otra sección del hospital, asegurándome de regresar pronto después de tomar varias fotografías para el recuerdo, llevándose a papá con ella.

—Anna, tus niñas son tas hermosas —habló mi amiga—. Tengo ganas de tener mis propias gemelas... Pero luego recuerdo que terminaré soltera, viviendo con ocho gatos que me odiarán con fervor porque se me olvidará alimentarlos y me comerán el brazo por la noche mientras duermo.

Sonreí en medio de mi somnolencia.

—Estarás bien —dije, aunque no estaba segura que Rita lo hubiera escuchado—. Tendrás a Key.

—No lo creo Annita, pero gracias. Aunque deberías ver a Adam, está... —ella se quedó callada y fue como si su rostro se hubiera iluminado por completo al recordarlo.

—¿Dónde se encuentra él? ¿Ya conoció a sus hijas?

Rita asintió, mordiéndose el labio.

—Fue... wow. Anna, mirar a Adam es una forma de arte la mayoría del tiempo, pero ahora fue... fue increíble. Creo que hasta yo me enamoré un poco más de él al ver su reacción cuando le presentaron a las gemelas. Justo ahora debe estar todavía pegado en la vitrina de la sala de maternidad, viendo a sus bebés. Jamás había pensado que ver a un hombre llorar fuera sexy, pero Santas Manzanas, Anna, eso fue caliente al extremo. Él no lloraba como niño desconsolado o como esos chicos sensibles que terminan siendo cursis, sino que lo hacía con... como con respeto y admiración. Fue... uff, fue un nuevo tipo de arte simplemente el verlo.

Escucharla decir eso me conmovió como no tenía idea. Fue un alivio saber que Adam no había huido del país a estas alturas, o que fuera a asustarse al enfrentarse con la realidad cara a cara.

—Él será un buen padre —sonreí a medias—, o al menos quiero creer que va a serlo.

—Será el mejor, o tal vez el más consentidor. Eso te lo aseguro, amará a esas niñas con locura. Pero mejor le iré a avisar que ya estás en la habitación, creo que muere por verte.

Rita se inclinó sobre la cama y depositó un beso en mi frente. Salió de la habitación dejándome a solas con mi somnolencia y mi pesadez. Cuando Rita salía por la puerta, recordé que tenía que contarle la importante noticia sobre el bebé de Rosie. ¡No era el bebé de Key! Pero al igual que no pude decir nada por el momento, tampoco pude ser testigo de la reacción de Adam al verme porque lentamente me fui quedando dormida y ya no volví a abrir los ojos sino hasta mucho tiempo después.



Parecía que apenas habían pasado dos segundos desde caí dormida cuando alguien estaba llamando mi nombre y tocando mi rostro.

No quería despertar, pero la luz que provenía cerca de una ventana me anunciaba que dormí más del tiempo debido. A pesar de eso, quería seguir durmiendo por horas y horas.

—Anna, las bebés ya están aquí —murmuró otra vez la voz.

Abrí los ojos sin querer hacerlo, y me encontré con una mirada de adoración total. Era Adam, quien frotaba mi frente y murmuraba cerca de mi oído.

—Nena, despierta. Tenemos a dos niñas hambrientas que quieren conocer oficialmente a mami.

Sus palabras hicieron eco en mi mente e inmediatamente abrí los ojos por completo.

—¿Dónde están? —pregunté con una voz ronca y frágil.

No lo había notado, pero Adam cargaba a una de ellas, envuelta en una manta rosa con el logotipo del hospital. Papá cargaba a la segunda, profundamente dormida, envuelta en otra frazada rosa.

—Dile hola a mami —murmuró Adam. La pequeña cosita envuelta se sacudió y bostezó. Era el bostezo más lindo que haya visto jamás, ella era increíble—. Te presento a Walker 2.

Tocó su piecito y me enseñó un brazalete que decía Walker-Green 2. Papá se acercó con la otra cosa pequeña y rosada que tenía en su brazalete: Walker-Green 1.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—La que sostiene tu padre es Walker 1, nació a las 3: 32 am. La que yo sostengo fue algo perezosa y quiso nacer unos minutos después, a las 3: 36 am —continuó diciendo él—. No estaba seguro sobre si todavía querías nombrar a nuestras hijas Belle y Bella así que las identificamos por el apellido únicamente.

Se encogió de hombros.

Hice el esfuerzo de sentarme sobre la cama, pero sentía que todo el cuerpo me dolía y protestaba por lo incómodo. Puse una mueca y al instante Adam estaba ayudándome e inclinándose para acomodar mis almohadas.

—Tranquila, nena. Toma tu tiempo para sentarte, tranquila.

—Quiero tocarlas —dije con ansias.

Él sonrió enormemente. Podía notar sus ojos enrojecidos por querer contener las lágrimas al cargar a sus bebés. Amablemente depositó a la pequeña cosita entre mis brazos, indicándome la posición correcta para sostenerla. Pronto papá le estaba dando a la otra pequeña para que me la pasara a mí. También la depositó con cuidado, haciendo espacio en la cama para sentarse a mi lado y así ayudarme a sostener a ambas, abrazándome por la espalda para darme soporte.

Después de eso papá nos dio una mirada complacida y salió de la habitación, llevándose a mi madre con él para dejarnos a solas a Adam y a mí.

—Y aquí están, las gemelas Walker —murmuró él para no despertarlas—. Tienen un llanto potente. Las podías escuchar por todo el hospital, no hubo alguien que se resistiera a verlas. Lo hiciste muy bien, nena.

Sonreí mientras tocaba a mis bebés. Logré apoyarlas entre mis piernas, sosteniendo sus cabecitas con las palmas de la mano. Su piel era tan suave y rosada, sus manos eran pequeñas y estaban cerradas en puños. Tenían cabello oscuro en su cabeza y una nariz respingona. Las adoraba absolutamente.

—Creo que ya lo he dicho un millón de veces en mi cabeza, pero son perfectas —susurré.

—Claro que lo son, se parecen mucho a ti. Me hubiera gustado poder entrar contigo a la hora de la cesárea. Pero dime, ¿cómo te sientes? ¿Sientes dolor? ¿Quieres que te consiga algo? Lo que sea.

Negué con la cabeza. Claro, me sentía agotada y adolorida a partes iguales, pero valía la pena solo por tener a mis hermosas pequeñas en mis brazos; tenía todo lo que quería en esa misma habitación.

—Estoy bien, de verdad.

Adam besó mi cuello y me invadieron miles de burbujas bajo la piel.

—Lloré demasiado cuando las vi por primera vez —admití—. No sabía que este momento sería así.

—Yo tampoco lo sabía.

Adam continuó besando mi cuello, observando a las bebés por sobre mi hombro, en silencio, por varios minutos hasta que decidió hablar de nuevo.

—No puedo procesar el hecho de que ya seamos padres —dijo él con una mirada de adoración en el rostro—. Tampoco puedo creer que me merezca tenerlas, estoy impactado.

Sonreí y lo observé fijamente. Las siguientes palabras que le dije fueron las más sinceras que pude haberle mencionado:

—Mereces ser parte de la vida de las bebés, mereces la felicidad que estás sintiendo en este momento. No te castigues por eso.

Él me dedicó una sonrisa que casi me parte el corazón. Adam era tan lindo, un asno, pero lindo.

Sus labios buscaron los míos y me vi incapaz de rehuirlos; nos besamos en medio de tanta dicha y felicidad compartida. Su boca sabía a cielo. Nos despegamos cuando escuchamos a una de las bebés gimotear mientras dormía.

—Gracias por tus palabras, Anna. Necesitaba escucharlas —susurró él—. Pero también necesito escuchar tus respuestas a otras preguntas: ¿soy merecedor de tu perdón? ¿Merezco ser parte también de tu vida, además de ser parte de la vida de las niñas?

Mis ojos rehuyeron su mirada y me aferré a mis bebés. Abrí la boca para contestar, pero la cerré rápidamente. Entonces, como si supiera de mi incomodidad, una enfermera (más específico la enfermera Daysi) apareció por la puerta, frunciendo el ceño cuando vio a Adam sobre la cama y a las bebés en mis brazos.

—Esa cama es para una sola persona, joven —dijo ella, realmente molesta con Adam—. Y esas bebés tendrían que haber comido para estas alturas. Ahora, abra la bata y póngalas cerca de sus pechos para amamantarlas. Al principio puede que se resistan, pero las tiene que forzar a succionar el pezón para así sacar la leche.

Se acercó a la cama, inspeccionando a las bebés y también inspeccionando a Adam. Definitivamente esta mujer estaba acostumbrada a forzar muchas cosas, lo suyo no parecía ser la paciencia.

—¿Piensa bajarse de esa cama algún día, caballero?

Adam se retiró de mi lado, veloz como un rayo. Probablemente le tuviera miedo a la enfermera. La mujer suspiró y me pasó un enorme cojín firme, indicándome cómo ponerlo para que no me afectara la herida de la cesárea y, junto con un asustado Adam, me enseñó a colocar a las bebés de la forma correcta, sosteniendo sus cabezas al mismo tiempo mientras exponía mis senos y las acercaba para que comenzaran a beber. Me dijo que usualmente se le conocía como "la postura del rugby" y que me iba a ser útil para más adelante.

Al principio, las bebés se resistieron, pero fueron cediendo cuando una de ellas comenzó a llorar y pronto le siguió la otra. Adam no mentía, lloraban con potencia.

Se tranquilizaron cuando acerqué mi pecho a sus boquitas sin dientes y comenzaron a encontrarle una función. La enfermera Daysi se fue después de eso, prometiendo regresar más tarde para llevarse a las bebés nuevamente y amenazando a Adam con una mirada cargada de odio.

—Cada vez que las oigo llorar tengo deseos de comprarles lo que sea que quieran —admitió Adam mientras volvíamos a encontrarnos a solas— hasta un pony, todo con tal de que dejen de hacerlo porque me rompen el corazón. Si me pidieran el mundo entero, yo se los daría.

Sonreí con afecto, sintiendo las pequeñas boquitas de las bebés que me causaban cosquillas en los pechos.

—Estoy segura de eso —murmuré—. Míralas, son tan demandantes hasta para comer. Se parecen a ti.

Le indiqué a una de ellas que colocó su manita en mi seno e hizo el intento de acercarse más a él.

—Es que saben reconocer un buen y sensual pecho cuando lo miran —respondió de lo más tranquilo.

Reí mientras entrecerraba mis ojos y le lanzaba miradas de advertencia.

—No me refería a eso y lo sabes.

—Pues yo sí me refería a eso. Por cierto, Nicole no ha dejado de escribirme y pedirme que le envíe fotos de las bebés. La pequeña piraña está emocionada por el nacimiento.

—¿Vendrá para verlas?

—No se lo perderá por nada en el mundo. Está de camino junto con mi abuela; también vienen Shio y Mindy... y según tengo entendido todas tus compañeras de trabajo vendrán a verte. Alquilaron un autobús y todo.

Rodé los ojos ante tal exageración, pero extrañaba verlas, en especial a Nicole. Luego continué observando a las bebés mientras comían.

—Creo que me gustaría mucho ponerles Belle y Bella —comenté luego de unos minutos—. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Nena, por supuesto que sí. Quiero lo que sea que tú quieras; además recuerda, tendremos a Belle y Bella, Nicole y Noah, Adam y Anna. Seremos más famosos que las Kardashians. Nuestros nombres combinan juntos.

Reí ante su sentido del humor.

—No hay un Noah, al menos no todavía.

—Ah, pero la palabra mágica aquí es "todavía". Todavía no, pero algún día sí.

Volví a rodar los ojos y continuamos viendo a las gemelas mientras lentamente caían dormidas.

—Adam... —susurré en voz realmente baja para no despertarlas, era hora de admitir cómo me sentía con él, de contarle mi decisión sobre nosotros—. Con respecto a lo que me preguntaste... Te quiero en la vida de las bebés y te quiero en la mía, pero no estoy segura si cometerás otra estupidez como la que hiciste, o si vendrá otra Rosie u otra Marie y te descontroles por completo o decidan manipularte y termines destruyéndome el corazón. Siento como si fuera la única que terminara rota en esta relación. Me lastimaste, mucho; y aunque pueda que te cueste creerlo, las palabras destruyen mil veces más que una acción.

Lo miré con culpabilidad y él lució realmente apenado.

—Lo sé, Anna. Lo arruiné todo, lo entiendo —se pasó una mano por su cara, suspirando profundamente—. Me siento como el peor hombre sobre la tierra. Ni siquiera sé por qué sigues dirigiéndome la palabra cuando sé perfectamente el daño que causé. Te dije que era tóxico y me duele con toda el alma tener la razón en este caso.

Negué con la cabeza, intercambiando la mirada entre él y mis hijas.

—No eres tóxico, ya habíamos hablado de eso, deja de pensar de esa manera porque lo único que haces es auto sabotearte —murmuré finalmente—. Sí, lo admito, no está todo bien entre nosotros, te oculté cosas que no debía ocultarte y nos mentimos mutuamente, pero espero que todo sea distinto a partir de ahora; así que no intentes tapar el sol con un

dedo. Trata de arreglar eso primero, intenta de verdad cambiar. Y si no puedes cambiar por mí, hazlo por tus hijas. Lamento decirlo, pero ya perdí mi confianza en ti y será difícil recuperarla nuevamente.

Su rostro se descompuso por completo, pero sabía que era necesario pronunciar esas palabras para que entendiera de una vez por todas lo que yo estaba sintiendo.

—A veces... —continué diciendo— a veces solo desearía volver a empezar justo en el momento en el que nos conocimos; detener el tiempo en esa escena y regresar atrás, a los buenos recuerdos. Pero la vida no es perfecta, y tú mismo me dijiste: los finales perfectos venden libros, solo para eso fueron específicamente diseñados. Tal vez tú y yo no podamos tener nuestro perfecto final, al menos no juntos.

Él negó con la cabeza, mirando hacia la nada.

—Yo sé que no existen los finales perfectos, pero existen los finales imperfectos y felices. Aunque yo no quiero ninguna de esas dos cosas contigo Anna, yo simplemente no quiero un final. ¿Recuerdas cuando hablamos de eso? Yo quiero un para siempre, quiero un punto y seguido contigo, o pueden ser puntos suspensivos o incluso una coma para poner pausa y espacio a la relación cuando sea que lo necesites, pero nunca un punto final. Quiero que sigamos escribiendo nuestra historia, juntos. No quiero un "él por su lado, ella por el suyo". Anna, yo... yo quiero todo contigo.

Respiró hondo para agarrar aire, mis ojos no pudieron evitar nublarse por sus palabras. Yo tampoco quería un punto final y también quería todo con él, signos de exclamación incluidos.

—No sé si a estas alturas podamos empezar desde cero —dije finalmente, observé la respiración de las bebés, me encontraba hipnotizada por el subir y bajar de sus pechos. Trataba de evitar la mirada de Adam.

—Prometo volver a ganarme tu confianza. Solo no me saques de tu vida, todavía no, Anna.

—No entiendo cómo piensas reparar todo el daño hecho.

—Pues de la única forma que se puede hacer: comenzando a armarnos de nuevo.

Lo observé atentamente por unos minutos, esperando que ambos no estuviéramos lo suficientemente heridos como para acabar dando por terminado lo nuestro; pero si él iba a solucionar esto, yo iba a cooperar para el bien de los dos. Lo haría, y lo haría por él, por mí, por las bebés. Pero al final, si las cosas no se podían solucionar, no era mi deber tratar de hacerlas encajar ni tampoco era el deber de Adam.

Tal vez esta era la manera en que el destino nos gritaba a la cara que nunca debió haber existido una Anna para un tal Adam y que no era bueno jugar con él. Esta vez entendería el mensaje, claro y fuerte. Aunque doliera, me separaría de Adam porque no quería seguir tentando al destino de esa forma.

Era lo mejor para hacer en esos casos. Era lo inevitable.



—¡Anna, tienen tus ojos! Oh por todos los cielos, son tan lindas.

—Claro que no tienen los ojos de Anna. La mayoría de recién nacidos nacen con ojos grises y luego van cambiando de color.

—¿En serio? No lo sabía. Aunque, ¿estás segura? —preguntó una muy frustrada Shio a una igual de frustrada Rita—. Tú eras la que tenía la teoría de que Anna estaba encubando a una lombriz "solitaria" en el estómago cuando comenzó con sus etapas de embarazo.

—Habla la que sugirió que era una gripe estomacal. Además, tengo experiencia con lombrices; le pasó a mi tía, la que vive en Londres. Le descubrieron una lombriz de seis pulgadas en el estómago...

—Eso es imposible.

—¡Eso fue lo que pasó! Pero, shhh, estamos despertando a las bebés. Baja el volumen.

—¿Ya dije que son las bebés más lindas que haya visto? —murmuró Shio, llevó sus manos sobre sus mejillas y comenzó a dar brinquitos—. Tengo ganas de tener unas iguales, aunque recuerdo que estoy soltera, seguiré soltera, adoptaré gatos o hamsters (lo que sea que salga más barato) y viviré sola, así que se me pasa.

—Oye, yo dije lo mismo esta tarde. Bienvenida al club.

—Al menos tienes a Key... podrías tener lindos bebés con él. Aunque no tan lindos como los de Anna. Enserio, ¿qué hicieron? La mayoría de recién nacidos son horribles, parecen aliens y tienen demasiado pelo, como un mono bebé. Pero estas niñas son hermosas.

Rita suspiró a su lado

—Yo puedo tener lindos bebés con Key, no me subestimes.

—¡Entonces ve y haz algunos bebés con el hombre! Solo así probarás si tu teoría es cierta.

—Ojalá fuera tan sencillo como eso.

Suspiré al escucharlas a ambas mientras se debatían en quién sería la próxima en recibir la noticia de un embarazo. Quería contarle todo a Rita, todo lo que la Dra. Bagda me había comunicado, pero tenía que contenerme porque ocupaba respuestas de otra persona primero y dicha persona todavía no había aparecido aún.

La habitación estaba aún más llena que antes, todos con celulares en la mano, no importándoles para nada que las bebés podrían despertar en cualquier segundo. Ellas dormían bastante y lo hacían abrazadas porque todavía no sabían cómo no estar juntas. Eran absolutamente adorables.

Les pusieron una cuna dentro de la habitación y las consideraron aptas para estar conmigo y no en revisión. Tenían un poco más de peso que un bebé regular, pero no era causa de problemas, se encontraban perfectas de salud.

Yo todavía tenía que permanecer acostada en la cama, me habían puesto una buena parte de analgésicos que podía tomar para el dolor y comenzaban a surtir efecto. Mis párpados se cerraban y se sentían pesados, pero de igual forma traté de sonreír cuando un nuevo ramo de flores o un regalo para las nuevas bebés era traído a la habitación junto con un nuevo invitado.

Nicole ya se encontraba aquí y lo primero que hizo fue correr a abrazarme y a decirme lo mucho que me extrañó. La niña venía, efectivamente, de un campamento y me contó todo sobre el lugar. Ya después se percató en las bebés ubicadas en la pequeña cuna de la esquina y desde entonces no se despegaba de su lado.

—Hola Belle, hola Bella —les hablaba—, seré algo así como su hermana mayor. Ahora, les quiero enseñar lo más importante en esta vida, y lo que toda chica debe conocer: sus nombres son Harry y Zayn. Claro que están los otros miembros, pero descobi... descurbí, como sea, que ellos dos son mis favoritos.

Ella continuó hablándoles sobre sus otros cantantes favoritos y sobre su amor por las películas de Harry Potter mientras que más personas entraban por la puerta.

La abuela de Adam tuvo la misma reacción de mamá y se puso a llorar de la emoción. Le siguieron Mirna, Dulce, Gustavo (quien ya no tenía tantas espinillas) y una muy seria Mindy con su nuevo cabello de color violeta.

Todas pasaron primero a saludarme, o a Adam, y luego se prendaban en la cuna de las bebés, completamente hipnotizadas, así como yo lo estuve al sostenerlas.

La habitación era de un tamaño regular pero pronto se fue llenando demasiado, hasta que la enfermera más enojada de todas, la enfermera Daysi, los obligó a salir. Cuando todo se despejó, hizo pasar a la Dra. Bagda para revisar mi herida y recomendarme algunos ejercicios para hacer lo más pronto posible. Se marchó no antes de asegurarme que se pasaría al día siguiente para darme seguimiento.

El resto del día pasó de la misma forma: recibiendo visitas y regalos, durmiendo o dando de comer a las gemelas, desesperada por al fin llegar a casa porque la comida de hospital no tenía sal y era insípida.

Lo Sres. Ross regresaron a su casa, pero prometieron pasar dentro de unas horas. Diego no daba señales de vida y me preocupaba no poder decirle la nueva información que sabía ahora que él era el papá del bebé de Rosie. Para colmo, quería reclamarle el haberme mentido en cuanto a Adam, ¿o era Adam el que mentía? De igual forma quería hablar con él antes de soltar la bomba.

Pasaron varias horas y las visitas cesaron por completo, ya era de noche y mis ojos no podían estar abiertos por mucho tiempo; las gemelas lloraban, demasiado. Durante la madrugada fui despertada por un cansado Adam, quien me acercaba a las bebés para alimentarlas. Luego dormirían por unas cuantas horas hasta que la primera bebé lloraba y le seguía la otra.

La mañana siguiente fue agotadora. Entre varias enfermeras, y un muy ojeroso Adam, me levantaron de la cama y me obligaron a estar de pie y luego caminar al menos hasta el baño. Obviamente mi boca cobró vida propia y maldije a todo el universo y al centro de enfermeras y a sus métodos para curar pacientes. Esperaba, por su bien, que ellas entendieran mi frustración. Debería ser prohibido hacerle eso a una persona recién operada por cesárea.

Por la tarde llegaron más visitas, entre ellos la que más esperaba: Diego.

Él entró sonriendo, incómodo cuando la acosadora de mi madre se le pegó al brazo y le preguntó si él sería la nueva competencia de Adam.

—¿Puedo hablar a solas contigo? —pidió él cuando logró llegar a mi lado. Una enfermera se había llevado a las bebés para bañarlas y las regresaría a la habitación un poco más tarde. Adam la había seguido para asegurarse que hicieran un buen trabajo; lo regresaron dos minutos después, prohibiéndole la entrada. Ahora en la habitación solo estaban él, mamá y papá, y una muy ocupada enfermera Daysi custodiando la entrada cada cinco minutos.

Miré a Diego y luego alterné la vista con Adam que lo fulminaba con la mirada, parado tras él.

—Lo que quieras hablar con Anna lo hablas conmigo también —dijo él, malhumorado.

Fruncí el ceño a ambos, tratando de sentarme en la cama.

—Pero lo que tengo que decir no les incumbe a tus oídos —respondió Diego.

—Es mi esposa.

—No por mucho tiempo.

—¿Qué? —Adam parpadeó, perplejo—. Anna, dile a este hijo de p...

—Adam, ¿podrías conseguirme un jugo de naranja? —intervine—. Por favor.

—No te voy a dejar a solas con este caza ballenas —lo apuntó con el dedo índice—, te dije que te alejaras de Anna y te alejaras de nosotros. ¿Qué mierda haces aquí?

—De verdad muero de sed —le supliqué, todo con tal que nos dejara a solas—. Por favor...

Adam suspiró y me miró con ojos suplicantes.

Negué con la cabeza y él resopló con disgusto. Luego de eso salió de la habitación.

—Papá, mamá —hablé en dirección a ellos, quienes vieron la reacción de Adam y Diego— ¿Pueden dejarnos a solas?

Mamá asintió con la cabeza y arrastró a papá que no dejaba de fulminar a Diego.

—Entre dos males para mi hija —murmuró mientras se iba— prefiero el mal conocido, no puedo creer que diga esto, pero prefiero al jodido Walker.

Mamá lo regañó y se lo llevó a la fuerza.

—¿Querías hablar conmigo? —le pregunté una vez a solas—. Adelante, te escucho.

Diego apartó la mirada y llevó su mano a su cuello, movimiento que hacía siempre que estaba nervioso.

—Dilo de una vez —lo amenacé.

—Primero que todo —habló—, tus hijas son preciosas. Lamento no haber estado ayer o haber ayudado a mis abuelos a traerte al hospital. Me disculpo.

Murmuré un gracias y observé que él llevaba un ramo de flores en la mano.

—Traje estas para ti —las extendió y luego las apartó al ver la habitación entera rodeada de flores—. Creo que no fui muy original.

—Gracias, pero Diego, ve al punto.

—Presiento que ya lo sabes.

—¿Saber qué? ¿Que mentiste y negaste ser el padre del bebé de Rosie? ¿Que mentiste al decir que Adam era tu compañero de stripper?

—Es una larga historia...

—Pues comienza pronto.

Llevó una vez más su mano a su nuca y la rascó con fervor. Colocó las flores cerca a otras similares sobre una mesa. Suspiró y miró al suelo al decir lo siguiente:

—Es cierto, yo soy el padre de ese bebé de Rosie. Pero no lo entiendes... Rosie fue una equivocación.

—Pero es tú bebé, tú responsabilidad. ¿Cómo pudiste dejar que otro asumiera la culpa por algo que tú hiciste?

—¡Lo sé! Eso es lo peor. Amo a Mia, nunca pretendí lastimarla metiéndome con su hermana menor.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

—Debes entender primero que conocí a Mia cuando ella intentaba... intentaba suicidarse. Ella fue novia de Key, el amigo de tu esposo, y le fue infiel con su psicólogo hace ya varios años. Ella y Key habían intentado volver a ser novios, pero ya era muy tarde, él conoció a tu amiga, Rita. Mia estaba frágil y deprimida, intentó suicidarse pero logré detenerla justo a tiempo. Ella y yo pasamos momentos juntos y comenzamos a salir; Mia volvió a deprimirse cuando se enteró que Key había dejado a Rita por Rosie.

Rodé los ojos, Rosie era un destruye hogares.

—Cuando Mia comprobó que la noticia era cierta —continuó hablando Diego—, ella se fue del país sin decirme nada. Me abandonó por tres meses, meses en los que a Rosie también la abandonó Key. Ella y yo tomamos de más y... una cosa llevó a la otra. Nos acostamos y semanas después ya estaba dándome la noticia de su embarazo.

—¿Y por qué le hicieron creer a Key que él era el padre?

—Porque fue sencillo. Porque semanas antes de saber sobre el embarazo de Rosie, Mia ya estaba escribiéndome y haciéndome saber que regresaría por mí, que finalmente se encontraba en paz con todo sobre Key y que quería intentarlo conmigo. ¿Cómo iba a ser capaz de decirle que yo, de todas las personas, había embarazado a su hermana? Ella volvería a recaer y a intentar suicidarse de nuevo.

Tragué saliva, intentando darle comprensión al asunto.

—¿Qué tiene que ver Adam en todo esto? ¿Por qué mencionarlo a él?

Diego suspiró.

—Antes que nada, tienes que saber que Rosie es insistente. Ella desea todo lo que su hermana mayor tiene; me dijo que no me hiciera cargo de su hijo, que le haría creer a Key que él era el padre.

—Vaca rastrera —murmuré, quería ponerme de pie, buscarla y golpearla—. Y tú, animal de cueva.

—Rosie quería a Key. Por eso mintió —se encogió de hombros—. Resulta que pasaron los meses y se dio cuenta que no podía manipularlo; hasta que un día, o eso tengo entendido, se reencontró con alguien a quien no miraba hace mucho tiempo. Adam. Me parece que lo vio cuando iba a una de sus consultas con la ginecóloga, lo encontró contigo. Y de nuevo, a ella le gusta manipular. Fijó su objetivo y disparó.

No me había dado cuenta, pero mis manos se enredaron en puños sobre la sábana. Rechiné los dientes y quise, esta vez, golpear con odio a Diego.

—¿Qué tienes que ver en todo esto? ¿Por qué mentirme? ¿La estás solapando? —lo acusé.

—Mira, lo siento. Yo no te conocía antes, la primera vez que supe de ti fue una coincidencia, ya te lo había explicado: cuando fue tu despedida de soltera. No conozco a Adam de nada, solo lo vi esa vez cuando me pagó para dejarlo entrar al club de striptease para sacarte del lugar. Luego apareces en mi restaurante y me hablas de Rosie, y termina siendo la Rosie que yo conozco. Ella nos vio juntos, ¿qué crees que hizo? Me manipuló al igual que a todos y me amenazó con delatarme con Mia si no intentaba ampliar la grieta entre tú y Adam. La imagen que envió, y que tu viste por accidente, fue tomada cuando ella y yo nos acostamos; no lo supe nunca, pero ella la tomó sin darme cuenta. Rosie estaba a punto de enviársela a Mia si no hacía algo rápido.

Mis ojos se humedecieron.

—Creí que eras mi amigo —murmuré realmente enojada.

—¡Lo soy! Por eso quise contarte todo. Lo siento, las cosas entre tú y Adam ya estaban débiles y yo solo llegué a empeorarlas. Soy un...

Diego no pudo acabar su frase porque unas manos lo agarraron de la espalda y luego un puño salió disparado a su rostro. El golpe resonó por toda la habitación.

Pude ver cómo cayó al suelo, inconsciente.

—Imbécil. Sí, eso eres —susurró Adam, su mano todavía sujetaba la camiseta de Diego.

Abrí la boca para decir algo, pero estaba demasiado sorprendida.

—¿Escuchaste todo? —pregunté, aun viendo que Diego no se levantaba del suelo. ¿Estaba fingiendo?

—Cada palabra. Aquí tienes tu jugo, nena —me tendió un jugo de naranja en una cajita. Soltó a Diego y luego procedió a cargarlo de los hombros.

—¿Qué...? —seguía sin procesarlo—, ¿qué vas a hacer con él?

—Pensé que era obvio —murmuró, realmente molesto—. Es basura, y la basura se pone en su lugar.

—¡Espera! —grité—. No lo puedes sacar así, este es un hospital y pueden pensar lo peor. ¿Se desmayó? ¿Está muerto? Te pueden acusar y llevarte a prisión.

—Acepto los cargos, no soy este pedazo de mierda que no sabe aceptar sus errores.

—Adam, no...

—No lo defiendas. ¿Escuchaste lo mismo que yo?

Asentí con la cabeza.

—Solo no lo lastimes más —sugerí—, no quiero que presente cargos en tu contra, además sus abuelos están por llegar pronto, ellos se portaron demasiado bien conmigo. No causó graves daños, créeme.

—Causó daños —contradijo Adam—. Se merece todo lo malo que le está por pasar. Ya le envié un mensaje a Key, está de camino. Mi ojo morado será nada comparado con lo que xle espera.

—¿De verdad Key le dará una paliza? Me parece una medida muy drástica.

Adam negó con la cabeza.

—No me preocupa el trato que le dará Key sino el que le dará Rita cuando lo sepa.

Suspiré, agotada por todo lo que pasaba. De todas formas, seguía molesta; tal vez Diego sí se lo merecía después de todo. ¡Estaba asociado con Rosie!

—De acuerdo, pero no hagas nada extremo con él. Entiende el estado de su novia.

—Entiendo el estado de su idiotez — Adam se detuvo por unos breves segundos y miró pensativo hacia mí—. Tal vez eso sea la solución, una buena paliza.

—¿Solución a qué? ¿A la idiotez?

—Es probable que también necesite una por haberme dejado manipular tan fácilmente, soy otro idiota y tuviste razón todo este tiempo —murmuró él al cabo de unos minutos.

Sin esperarlo, papá atravesó la puerta en donde parecía también haber escuchado toda la conversación, y lanzó su puño contra la cara de Adam.

—¡Papá! —grité. Me erguí sobre la cama, asustada.

Para su suerte, el golpe que recibió Adam no fue dado con mucha fuerza así que no cayó al suelo como el desmayado Diego.

—Gracias —dijo Adam, abriendo y cerrando la boca, tratando de reacomodar su mandíbula golpeada—. Lo merecía.

—Yo sé —respondió papá—. Fue un placer.

Mamá, quien permanecía lejos, se acercó a nosotros, observando la escena con ojos abiertos al igual que los míos.

—¿Es el día internacional de dale un puñetazo a la persona más cercana? —preguntó ella.

Entonces, inesperadamente, alzó su mano hacia papá y le dio una cachetada que nos sorprendió a todos.

—¡Mamá! ¿Qué sucede con ustedes? —grité, histérica—. La violencia no es la solución.

—¡Cecile! —comentó papá, sorprendido.

Mamá se encogió de hombros.

—Tú también has sido imbécil. Te lo mereces.

—¿Terminaron ya con los golpes? —me quejé—. No puedo creer que no tengan control.

—Es un ejercicio sano —comentó mamá—, deberías ponerlo en práctica.

—Ya lo puso en práctica —les informó Adam—, golpeó a una chica hace unas semanas.

Mis mejillas enrojecieron al recordar el golpe del que hablaba él, fue cuando le pegué a Rosie, cuando ella tuvo a su bebé.

—Se lo merecía, y lo volvería a hacer si la tuviera enfrente —dije, en mi defensa—. Ahora, ¿es saludable que Diego no despierte todavía?

Todos se encogieron de hombros.

Sorprendente. Deseaba que esto acabara pronto.

—Si se despierta —comentó Adam—, lo vuelvo a golpear. Así de simple.

Y como si fuera el destino, Diego comenzó a abrir los ojos en ese momento. Parpadeando varias veces y maldiciendo por lo bajo mientras intentaba ponerse de pie.

Adam lo tomó del cuello de la camisa y lo acercó a su cara.

—Será mejor que no hagas otro movimiento o esta vez el golpe va directo a tus bolas —lo amenazó.

Diego tosió y carraspeó, todavía se encontraba desorientado.

—¿A mis bolas? —preguntó—. No lo hagas, Anna sabe de primera mano que tengo las más bellas y grandes-llena-pantalla-de-celulares bolas.

Me puse roja cuando papá inmediatamente me miró con acusación y Adam parecía no caber en la habitación de lo molesto que se encontraba.

—Te lo advertí —fue lo último que murmuró él, a eso le siguió un golpe directo en la entrepierna de Diego. Chillé cuando escuché su quejido de dolor.

Odiaba admitirlo, pero, esta vez sí se lo tenía bien merecido.

Capítulo 27

Rosie debe morir, otra vez

No sabía que los bebés pudieran hacer popó tantas veces en el día. Bueno, tenía una cierta noción de que lo hacían, pero no tenía idea que iban a ser así, demasiadas.

Al principio, mamá sugirió usar solamente pañales de tela... Lo que iba bien hasta que las bebés defecaron. Fue un desastre, todavía no lograba sacar la mancha marrón del suelo y ya llevaba más de tres días en el mismo lugar, eso, o era una cucaracha muerta. Después intentamos usar pañales desechables, y nos dimos cuenta que no había suficientes pañales en el mundo para cubrir toda la popó que las bebés hacían. Actualmente Adam estaba sosteniendo a una mientras yo sostenía a la otra, tratando de dormirla. La que sujetaba él se encontraba desnuda porque nos habíamos quedado sin pañales desechables y porque yo pensaba hacerles una limpieza tal y como me enseñaron las enfermeras a hacer, cuidando su ombligo.

—Deberías mejor ponerle un pañal a Belle —le sugería a Adam—. Aunque sea de tela; acaba de comer y pronto hará popó de nuevo y te va a ensuciar.

—Esta no es Belle, Anna. Tú tienes a Belle, fíjate bien.

Negué con la cabeza, pero de igual forma procedí a examinar el pie de la bebé que estaba sosteniendo. Belle tenía un pequeño lunar justo en el dedo gordo mientras que Bella no lo tenía. La que se encontraba en mis brazos definitivamente tenía el lunar.

—Es cierto, lo siento. Esto me está costando —admití—. Tengo a Belle, tú tienes a Bella. Ahora, ¿puedes cambiarla antes que...?

Pero la bebé fue más rápida y se hizo popó sobre Adam. Luego de eso se puso a llorar.

Belle, al escuchar a su hermana, lloró con la misma fuerza e intensidad.

—Somos un desastre —suspiré.

Adam no decía nada, simplemente se quedó estático, sujetando la cabeza de Bella con una mano y el cuerpecito con la otra, intentando, de alguna manera, limpiarse la camisa lo mejor que podía sin soltar a la bebé.

—Quiero creer que no lo somos —dijo él, arrugando la nariz al ver la bomba marrón en su camiseta—. Lo que pasa es que ninguno de los dos ha dormido bien, el sueño nos está pasando factura.

Y le daba toda la razón por eso. Las pequeñas tenían ocho días de nacidas y desde ya podía decir que no sabía lo que era dormir; desde que me habían dado de alta hace cuatro días la casa ya no era un lugar silencioso.

—¿Quieres que sostenga a Bella mientras te limpias un poco? —pregunté—. Tienes cara de "ya vomito".

—Es que creo que tengo popó en la cara y, contrario a lo que dicen, el popó de un bebé no huele a talcos perfumados o a brisa del bosque. ¿Sí tengo popó en la cara?

Examiné su bonito y cansado rostro. Y sí, tenía algo marrón cerca de su oído. ¿Cómo había llegado eso ahí?

—Sip.

—De acuerdo, esto es desagradable. Me limpiaré primero y luego regreso para seguir ayudándote a asearlas y dormirlas.

Asentí con la cabeza, tratando de no reírme de su cara de asco cuando depositó a Bella en la cama, junto a mí, y su mano entró en contacto con su camiseta sucia.

—Ciertamente no hueles a brisa del bosque —admití—. Ve a darte un baño y yo llamaré a mamá para ver si ella puede ayudar con algo.

Con eso él entró al baño y escuché casi de inmediato el sonido de la ducha al ser encendida.

Las bebés seguían llorando y yo intentaba con todas mis fuerzas no cerrar los ojos del agotamiento.

Deposité con cuidado a Belle junto a su hermana y comencé a mover una sonaja brillante que les había comprado Adam para ver si con eso se distraían. Obviamente no funcionó y solo las hizo llorar más.

Ya no sabía qué otra cosa hacer.

—¿Qué les pasa, bebés? ¿Quieren dormir? ¿Más comida? —les pregunté como si de alguna manera ellas fueran a responder.

Tomé el teléfono y llamé de inmediato a mi madre.

—¡Están llorando! —fue lo primero que dije/grité cuando ella respondió—, ¿qué hago? Ya las revisé, no tienen fiebre, ya comieron, Bella acaba de defecar... o, espera, Belle también acaba de defecar sobre la sábana de la cama. ¿Qué más hay que hacer? ¿Será que les duele algo?

—Anna, cielo, tranquilízate —me pidió ella—. En primer lugar, límpialas cuando acaben de ensuciar los pañales. Tal vez eso las tiene frustradas. Una vez hecho eso, y si siguen llorando, abrígalas un poco; tal vez sea frío lo que tengan. No te estreses, si ya las revisaste y están bien, entonces no hay de qué preocuparse.

—Gracias mamá, eres un genio. Voy a hacer como me dijiste.

Me despedí muy optimista y comencé a limpiar a las bebés.

Luego de unos minutos, y con el trasero limpio y con ropita nueva, las niñas seguían llorando. Llamé a mamá nuevamente.

—¡Siguen llorando! ¿Qué les pasa? No se quieren dormir, ¿qué hago? Oh no, soy terrible mamá.

—Hija, ¡Anna! Tranquilízate —me gritó ella—. ¿Las abrigaste? A veces eso les da la sensación de estar en el vientre materno y sienten comodidad.

—Ya las abrigué. No dejan de llorar.

—Bien. ¿Qué tal si les cantas una canción? Eso ayudaba a calmarte a ti. Recuerdo que te cantaba e inmediatamente caías dormida. Prueba con eso, y por favor, deja de decir que eres una mala mamá porque no es verdad. Estás en proceso de aprendizaje, nadie nace sabiéndolo todo. Excepto Thor, Thor sabía cómo ser apuesto e increíble desde pequeño.

—¿Sigues viendo películas de superhéroes?

—Así es, y déjame decirte, Thor es mi favorito hasta ahora. Bien, prueba lo que te dije sobre cantarle a las bebés y luego me cuentas. Adiós calabacita, debo seguir viendo a Chris Hemsworth en su traje de dios nórdico mientras vence a los malos con sus maravillosos pectorales.

Suspiré en voz alta y finalicé la llamada.

¿Qué les iba a cantar a las bebés?

Intenté concentrarme en una canción, pero no se me venía ninguna a la mente. Comencé a tararear la melodía de Star Wars ya que no podía recordar otra.

Las bebés se quedaron en silencio, escuchándome, luego se echaron a llorar al mismo tiempo. Yo era mala para esto.

Sentía que iba a llorar de la frustración junto con ellas, pero entonces, mi salvadora llegó a tiempo tocando la puerta de la habitación: Nicole.

—¡Ya estoy en casa! —gritó la pequeña—. ¿Cómo están las niñas?

—Siguen llorando —me quejé.

—¿Quieres que juegue con ellas para ver si se calman?

Asentí, sin saber qué más hacer. Nicole era como medicina para las bebés; usualmente solo necesitaban escucharla hablar de su amor por los artistas famosos y ellas se tranquilizaban.

Nicole comenzó a contar sobre su día. Sobre las veces que escuchó una nueva canción de sus cantantes favoritos y sobre cómo de deliciosa sabía la pizza. Pero las bebés no lograban tranquilizarse.

—¿Y si les cantamos algo? —preguntó la pequeña—. ¿Qué tal algo de One Direction? ¿O de Selena Gómez?

—Canta lo que quieras con tal y las duermas o hagas que dejen de llorar.

—Mmm... ¿lo que quiera? Bien, es una difícil decisión. ¡Oh, oh, ya sé! Esta es una nueva canción que aprendí la semana pasada en clase de ballet.

Nicole puso cara pensativa, tratando de recordar los pasos, y luego comenzó a mover las manos como cisne y el cuerpo como si alguien la estuviera electrocutando. Ella empezó a cantar las primeras letras de la canción Anaconda de Nicki Minaj.

Abrí los ojos cuando comenzó a mover el trasero con ritmo.

—¡Nicole! ¿Eso fue lo que te enseñaron en clase de ballet? —la interrogué.

Ella se encogió de hombros.

—La maestra dice que es sano conocer otros ritmos y un poco de cultura actual, lo que sea que eso es.

La niña siguió cantando y moviéndose. Las gemelas se quedaron calladas, observándola con curiosidad mientras sacudía el trasero.

—¡Funciona! —la animé a que continuara—. Solo que ocultaremos este pequeño detalle del tío Adam. No creo que apruebe el baile.

La niña siguió y hasta la acompañé a cantar en la parte del coro, o al menos en lo que creía era el coro.

—¡Mira que felices están! —dijo Nicole—. Anna, deberías ayudarme con el baile. Adelante, los pasos son sencillos, solo te mueves como si estuvieras sacudiendo polvo con un... con un... sacudidor, ubicado en tu parte trasera. Bueno, eso fue lo que dijo la profesora.

—Es difícil moverse para una recién operada —comenté intentado hacer algún movimiento, pero simplemente no podía, para mí dolía demasiado.

—Tienes razón, lo siento —dijo la niña, dándose por resignada. Luego siguió cantando Anaconda una vez más.

Seguíamos tan entretenidas que ninguna de las dos escuchó cuando Adam se deslizó detrás de nosotras, recién salido del baño.

—¿Puedo saber por qué le cantan eso a las bebés? —preguntó él.

Nicole detuvo su baile improvisado casi de inmediato. Nos quedamos en silencio por un momento, intentado pensar en una excusa creíble.

—¿Y bien? —dijo Adam, esperando una explicación.

Me di la vuelta y le sonreí con vergüenza.

—Estamos intentando dormir a las niñas. Parece que les gusta Anaconda —expliqué—. Míralas, están calmadas.

Adam las observó con ojo crítico. Una de las bebés jugaba con su pie mientras la otra sonreía enseñando su falta de dientes.

Él asintió después de un momento, mirando a Nicole con intensidad.

—¿De dónde aprendiste esa canción? —le preguntó él a la niña.

—En ballet. Nos enseñan cultura actual.

Adam rodó los ojos y respiró hondo.

—Debí habérmelo imaginado. Y para que lo sepan, hicieron muy mal las dos —nos señaló a Nicole y a mí con el dedo—. La próxima vez que las escuche cantando esa canción, al menos espero la cortesía de ser invitado a bailarla; dicen por ahí que soy experto en mover el trasero.

Nicole se echó a reír y pronto estuvo cantando nuevamente la canción. Adam empezó a moverse y a agitar e trasero al aire tal y como lo hacía Nicki Minaj en sus videos. Nicole se le unió y juntos cantaron Anaconda.

Oh my gosh, look at her butt

Oh my gosh, look at her butt

Oh my gosh, look at her butt

Debería haberlo sabido mejor, ambos eran como niños. Nicole tenía excusa porque era, de hecho, una niña. Pero Adam no. De igual forma sonreí con ganas al verlos mover los traseros. El de Adam era una vista espectacular, olía a limpio y no se había puesto camiseta que ocultara esos bellos abdominales y toda su historia en tatuajes. Él me vio cuando lo observaba descaradamente. Me guiñó un ojo y continuó su baile esta vez viendo directamente a mis ojos.

Luego de unos segundos, se acercó de manera sigilosa y murmuró lo siguiente en mi oído:

—Apuesto que me estás imaginando desnudo en estos momentos —se retiró y continuó cantando y bailando junto a una alegre y feliz Nicole.

Le susurré la palabra "Asno" y simplemente se limitó a guiñarme un ojo.

—Soy el asno de tus sueños, nena. No lo olvides.

Me limité a rodar los ojos.

Definitivamente era prohibido obsesionarse con Adam Walker, yo lo sabía mejor, creaba un daño irreparable en el sistema nervioso.



—¿Adivina quién está punto de orinar sobre las cosas de la adorada "Rosie"?

—¿Rita? Son las tres de la mañana. Déjame en paz.

Apenas había logrado dormir a las bebés en no menos de diez minutos y sentía que no tenía fuerzas para llegar a la cama. Me recosté sobre el sofá más cercano ubicado en la habitación e intenté desconectar el teléfono, en donde Rita no paraba de textearme.

Decidí hacerle caso antes que despertara a las bebés o insistiera con más mensajes de texto.

—Me acabas de responder, lo que significa que estás despierta. Eso cuenta.

Podía escuchar de fondo los ronquidos de Adam, el pobre apenas y había dormido en estos días, siempre ofreciéndose de primero para cuidar a las bebés o para velar por su sueño. Esta noche era mi turno de desvelo.

—Bien, ¿qué quieres?

—Vuelve a leer el primer mensaje que te envié y luego respondes.

Hice como me dijo y procedí a leerlo nuevamente.

—¿Orinar sobre sus cosas? ¿De qué hablas? ¿En qué estás metida ahora Rita Fiorella Day?

—Tranquila, estoy con Key. Bueno, técnicamente él se quedó en el auto porque dice que no aprueba mi actitud peeeero...

—¿Orinar es la nueva clave para algo? No lo entiendo.

—Estoy, literalmente, orinando sobre sus cosas. Verás, hace más o menos un año atrás Key y yo nos metimos a la cabaña de mi ex novio para orinar sobre sus cosas... fue épico. Esta es mi venganza contra esa perra. ¡Acabo de orinar su cepillo de dientes! ¿Quieres que orine algo en tu nombre?

Abrí los ojos como platos y releí su último mensaje. ¿Rita orinó sobre el cepillo de dientes de Rosie? ¡Era un genio! ¿Por qué no se me había ocurrido antes?

—Pasa su cepillo para el cabello sobre agua de retrete. ¡Orina en sus bebidas...! Oh, espera. Mejor no porque ella, me imagino, tiene que darle pecho a su hijo. No quiero que le pase nada al bebé que no tiene la culpa.

—Pfftt... eso es pura miércoles. Estoy en su casa, contrató a una niñera para que hiciera todo el trabajo que ella no quería hacer... la niñera duerme en una habitación junto al niño mientras Rosie está de lo más linda, durmiendo... o mejor dicho roncando... ¿crees que ese tipo de mujer le da pecho a su hijo?... lo dudo... el pobre tragaría veneno de ser así...

—Bien, orina en sus bebidas entonces. Y Rita, ¡basta con los puntos suspensivos! Me estresas.

—Oh... ¿esto te estresa?... Claro... que... no...

—Me hubieras dicho antes que ibas a vengarte de ella el día de hoy. Hubiera aportado con algo.

Deja... los... puntos... suspensivos...

—¿Con qué? ¿Con qué hubieras ayudado? Lo más anti-puritano que has hecho fue acostarte con Adam y embarazarte de mis sobrinas :3 Pero ya en serio, no eres de las que se vengan.

—Podría haber ayudado con los pañales sucios de mis bebés. Tengo varios en un basurero en este momento que pueden servir de decoración en la vivienda de Rosie. Por cierto, ¡No soy puritana! Hice cosas sucias en el pasado. Y... ¿cómo conseguiste su dirección?

—¿Cosas sucias? Puaj, no necesito saber lo que has hecho con Adam, y... ¿Pañales para Rosie? ¡Oh, tengo una idea con eso! Wow, Annabelle Walker, la chica de mente malvada. Me gusta :D Puedo pasar por ellos en unos minutos, los dejaré debajo de la cama de Rosie para que no sepa de dónde viene el mal olor $_$

PD: Key sabe dónde vive (¬_¬)' le saqué a punta de navaja la dirección. Ella y ese cerdo capitalista de genitales pequeños, alias "Diego" me las pagarán.

—Te recomiendo pegar los pañales con cinta adhesiva al colchón, por la parte de abajo. Así nunca los descubre.

—¡Te has pasado al lado oscuro! Eres la mejor. Paso por tu casa en diez minutos. La perra hija de pato tiene que caer. Hija de pato. Pato. De verdad que no entiendo este teléfono, escribo PATO pero vuelve a escribirse PATO. ¿Será que mis hermanos jugaron con él?

—Mejor continúa con la venganza, deja lo del pato para otro día. Oye, ¿cómo sabes que Diego es de genitales pequeños?

—Doy todo un discurso, ¿y eso es lo que llamó tu atención? El chico es de genitales pequeños porque yo misma se los golpeé esta mañana.

—Adam hizo lo mismo hace unos días, cuando supo que Diego era el verdadero padre del bebé de Rosie y finalmente se dio cuenta que estaba siendo usado.

—Y ese mismo día se lo hizo saber a Key, y él me lo dijo a mí. Lo que claramente fue un acierto porque estoy loca, y a la gente loca no nos importa cometer actos delictivos como el que estoy cometiendo.

—Vale más que Diego ya dejó herencia en este mundo, no creo que sea capaz de dejar a nadie más embarazado por un buen tiempo.

—Se lo merecía, por cubrirle las porquerías a esa rubia poco natural. Me caía mal su hermana mayor, pero ella se llevó el premio gordo. Deberían crear un sitio especial para ella, Elena y Marie. ¡Oh, espera! Ya existe y se llama prostíbulo; esas tres son idénticas, igual de jodidas y patos. PATOS. PAAATOOOOS. Patos.

—Rita, detente en este instante.

—Está bien... puntos suspensivos... más puntos suspensivos...

—¡Basta!

—Anna, eres mi mejor amiga de toda la vida, sabes que te molesto porque te quiero con toda el alma. ¿Te lo había dicho antes? Entiendes a la perfección mi mente maléfica. Lamento que las cosas no vayan tan bien con Adam en este momento :(¿Quieres que lo haga entrar en razón a punta de golpes?

—No es tu culpa. Y no, necesito golpearlo para eso.

—No dejo de sentir que sí, que es mi culpa, yo te metí mucha presión... Bueno, todos te metimos mucha presión para que volvieras con él y le dieras otra oportunidad. La decisión es tuya. Yo sé que tomarás la correcta.

Sonreí ante sus palabras. No estaba muy convencida de alejar a Adam en este momento. Lo necesitaba como mi apoyo, aunque eso me hiciera muy egoísta.

—A veces pienso que lo mejor sería separarnos. Nos estamos haciendo daño mutuamente.

—Recuerda: el amor todo lo puede. ¿No te gustaría, dentro de diez años, reírte de este momento de indecisión y pensar en que ésta fue solo una prueba por superar? Podrías dar testimonio a todas aquellas parejas jóvenes que pasan por un momento similar.

—Si te hubiera pasado a ti, lo que me pasó a mí con Adam, ¿lo hubieras perdonado?

—Bueeeeno... digamos que para este momento ya estaría castrado. Nadie juega con Rita Day y vive con sus pelotas intactas para contarlo. Pero dejando de lado eso, creo que ambos deberían comunicarse mejor entre ustedes; la confianza se gana. Deja que tiburoncín trate de reparar este problema, y si no lo logra... Lamentablemente lo mejor será que renuncies a él, pequeña sardinita.

—Lo sé, lo entiendo. ¡Y deja de decirme sardina!

—Ok, te dejo porque debo seguir en mi misión. Ahora estoy llenando sus botes de agua con agua del retrete. Deja los pañales de mis sobrinas en donde pueda verlos ;)

—De acuerdo, lo haré. Suerte y... quema su ropa si es posible :)

—Claro, puntos suspensivos, cambio y fuera.



Tenía comunicación constante con la Sra. Ross, ella llamaba casi a diario para saber cómo me encontraba y para saber cómo estaban creciendo las gemelas. Hacía ya varios días me tuve que despedir de ella y el Sr. Ross porque Adam no había querido que fuera a otro lugar que no fuera casa.

No tuve valor para decirles que Diego los haría bisabuelos, dejaría que fuera él quien diera la noticia. Tan jodida como era la situación, no quería entrometerme en donde no me llamaban y, además, los Sres. Ross se portaron de manera increíble conmigo. Estaría eternamente agradecida con ellos, no quería entregarles tan impactantes noticias en ese momento.

Justo acababa de terminar de hablar por teléfono con la Sra. Ross, cuando alguien tocaba el timbre de la casa de manera insistente. Las gemelas se encontraban dormidas en su cuna, casi abrazadas, y tenía miedo que las fueran a despertar. Recién cumplía los veinte

días de estar operada y era para mí todo un reto intentar bajar las gradas del segundo piso al primero.

Me encontraba sola en casa, con la promesa de Adam, Nicole y su abuela, de volver pronto de hacer las compras en el supermercado. Ninguno esperaba visitas y tampoco era como si pasáramos siendo constantemente visitados.

El timbre seguía y seguía mientras bajaba lentamente y con mucho sacrificio. Alguien estaba deseoso porque abriera la puerta.

Cuando finalmente alcancé a abrir, no esperé volver a ver su rostro de nuevo, y mucho menos cargando una pesada bolsa negra que inmediatamente lanzó en mi dirección. Logré moverme unos centímetros para que no me diera en directo.

—¿Qué es esto? —pregunté atónita. Solo el verla hacía cosas extrañas a mi mente y sentía la necesidad de saltar sobre ella y atacarla. Estúpida operación que no me dejaba ser ágil de nuevo.

Rosie se encontraba de pie en mi puerta, usando ropa deportiva y luciendo realmente molesta. Su boca rosada hacía un mohín y llevaba lentes de sol que se quitó al verme de pie.

—Eso, querida, son los pañales que tú y la sucia de tu amiga dejaron bajo mi cama. ¡Por más de diez días! —gritó esta última parte, haciendo que una vena de la frente se le resaltara.

Pude sentir que de la bolsa salía un muy mal olor. Esos eran, sin duda, los pañales usados que le di a Rita para completar su venganza.

Comencé a reír en voz alta.

—¿Qué es tan gracioso para ti? —preguntó la serpiente—. Me parece un acto de inmadurez y cobardía. La próxima vez al menos ten la decencia de dar la cara.

—Te podría decir lo mismo a ti. La próxima vez al menos ten la decencia de dar la cara cuando trates de pegarle un hijo, que no es suyo, a un tipo. ¿Qué pretendías hacer? ¿De verdad eres así de estúpida?

Ella se limitó a elevar una ceja e intentó avanzar más, pasándome para tomar asiento en el sofá.

—No te dije que podías entrar —le reclamé. Me estaba haciendo enojar como no tenía idea.

—Tengo que hablar de unas cosas con Adam, ¿dónde está? —se sentó como reina en su trono y se acomodó en la sala, observando todo con un mohín en el rostro.

—Él no está —me crucé de brazos—. Ahora, sal de nuestra casa.

Le señalé la puerta, pero ella simplemente me ignoró.

—No me voy a ir sin que él sepa que estoy aquí. ¿Dónde está su habitación?

—Nuestra habitación no es de tú incumbencia —recalqué la palabra *nuestra* con mucha fuerza—. No puedes irrumpir en una casa cómo y cuándo te dé la gana.

—Adam siempre me consideró su amiga, las amigas tenemos derecho a venir cuando queramos. Y él y yo ya hemos estado juntos en habitaciones, para que lo sepas.

—Pero no eres amiga para mí, así que vete de una buena vez. No me interesa escucharte.

Rosie me evaluó de pies a cabeza. Observando atentamente a mi calzado cómodo y a mi pantalón de dormir con estampado de estrellitas de mar.

—¿Sabes que hay algo que me causa gracia? —preguntó de forma retórica—. Adam y yo tenemos muchas cosas en común; lo conozco muchísimo antes que tú. Él y Key han sido mis amigos de casi toda la vida. El que hagas estas cosas solo me demuestra lo muy superior que soy a ti.

—¿Y tú punto es?

—Mi punto es que yo debería merecer quedarme con uno de ellos.

—No necesito escuchar esta porquería.

Me di la vuelta para marcharme, pero la voz de Rosie me detuvo en mi lugar.

—No eres lo suficiente para Adam —habló—, no entiendo cómo una persona como tú se puede quedar con alguien como él. No tienes nada, no eres nadie y aun así te das el lujo de huir de él. Anda, sigue huyendo que pronto le enseñaré que existimos mujeres de calidad superior.

Formé puños con mis manos, quería arrancarle cada cabello de su cabeza, hebra por hebra.

—¿Y tú si eres alguien? No eres mejor persona que yo. No tienes a nadie, y el único que podía haberte aceptado decide que no vales la pena.

—Adam es como un hermano para mí —continuó ella, como si yo no hubiera dicho nada—. Nos casamos cuando éramos niños, si me caía él me levantaba de nuevo, si lloraba él hacía cualquier cosa para que dejara de hacerlo. Teníamos algo especial.

Esta vez la miré por completo, deteniéndome en su cara.

—¿Estuviste presente en la última conversación que tuvieron él y tú? Creo que dejó muy en claro que ya no quiere saber nada de ti. Ahora tiene una familia por la que responder, no te necesita y no intentes manipularlo con una historia que ya es pasado. ¿Y sigues pensando que él quiere tener de hermana a alguien como tú? Jamás, en tus sueños.

—Tú no lo quieres, yo sí.

—Tú solo intentas buscar un padre para tu bebé. Deja que Diego se haga responsable.

Rosie apartó la vista, pareciendo avergonzada.

—No quiero que Diego sea el padre de mi hijo...

—Pues muy tarde, ya lo es. Hablaste de lo inmadura que soy, pero no estás notando que justo en este momento te estás pasando de inmadura también.

—Tengo una vida difícil.

—Todos tenemos vidas difíciles, por eso tratamos de no complicar la de los demás. Ahora, vete de aquí. Adam no se encuentra y de seguro, aunque estuviera, no querría hablar contigo.

—Adam siempre quiere hablar conmigo. Tú le estás metiendo ideas locas en la cabeza. Él es más que un hermano para mí, yo estaría dispuesta a entregarme a él una vez más. La relación que tienen ambos es más inestable que un borracho tratando de encontrar el camino a casa. Si lo vas a dejar, déjalo de una vez por todas. Ten coraje de pedir el divorcio, además, no creí nunca que llenaras ese puesto de esposa con mucha facilidad.

—Lárgate de una vez, si no lo haces, pañales sucios serán las menores de tus preocupaciones.

La serpiente negó con la cabeza, mordiendo su labio.

—Yo no soy una mala persona. Tú eres la mala persona, al menos yo admito siempre haber querido a Adam; tú lo engañas y luego huyes porque no sabes qué hacer. ¿A qué estás jugando? Déjalo ir, que él tiene brazos a los que volver en caso de que ya no lo aceptes, y chica a quien follar cuando ya no lo puedas satisfacer. Llévate a esas criaturas, que según tú son de Adam, y no vuelvas más.

Escucharla me enfureció más de lo que estaba.

—Vete ahora. No estoy de ánimo para escuchar esta basura. Pareces grabadora repitiendo lo mismo. Ve a hacer infeliz a otra persona, deja de meterte con nosotros, y definitivamente no te metas con mis hijas.

—No me estoy metiendo entre ustedes, tú te estás metiendo entre nosotros. Oh, Adam, allí estás —ella se levantó del sofá, haciendo una postura elegante cuando, al parecer, Adam recién llegaba de hacer las compras, atravesando la puerta de entrada.

—¿Qué es esto? —preguntó él, confundido— ¿Qué haces aquí?

—Vine a verte, ¿te gustaría tomar algo conmigo? Tengo cosas de las que hablar y explicarte.

Los brazos de Adam venían cargados de comestibles en bolsas. Nicole y su abuela le siguieron a él, ambas hablando alegremente sin notar la presencia de Rosie en la sala.

—¿Anna qué es ese olor? —preguntó Nicole, lamiendo una paleta de helado. Se quedó inmóvil cuando al fin vio a Rosie.

—Hola pequeña —la saludó ella—, ¿te acuerdas de mí? Soy tu tía Rosie.

Adam se tensó a mi lado, preparado para dar pelea en caso de ser necesario.

—¿Tía Rosie? —preguntó la niña, confundida.

—Tú no eres tía de nadie —interrumpió Adam, esta vez lucía realmente enojado—. Lárgate de mi casa. Déjanos en paz.

—No decías lo mismo cuando me estabas besando y cuando te responsabilizaste por mi bebé.

—¿Besaste a esta mujer? —dijo Nicole, impactada.

—Claro que lo hizo —argumentó Rosie—. Fue un beso muy bueno.

—Creo haberte explicado que fue por un acto de lástima —respondió Adam, enojado—. De haber sabido que te volverías de esta manera te hubiera dejado a tu suerte. Nicole, ¿puedes, por favor, subir a vigilar a las gemelas?

Nicole asintió con la cabeza, asustada. Le fue seguida por su bisabuela, dándonos una mirada cargada de dudas y más dudas a medida que subía por las gradas en dirección al segundo piso.

—Te dije que no te volvieras a involucrar en nuestras vidas —le dijo Adam a Rosie—. No sé de qué otra manera decirlo para que lo entiendas, y deja de decirle a Nicole que eres su tía porque no es así. Tú no eres parte de mi familia.

—Oh, tonterías —murmuró sonriendo—. Hace unos meses no me tratabas así, ¿qué ha cambiado entre nosotros?

Adam negó con la cabeza, sin poder creer lo que salía de labios de la serpiente. Al menos yo ya me lo esperaba.

—¿Qué ha cambiado? —gritó— ¡Todo ha cambiado! En primer lugar: me manipulaste, creí de corazón lo que me decías, me engañaste todo este tiempo. Me pusiste en contra de Anna, y yo, de imbécil, te creí.

—Eso tiene una explicación —respondió ella, viendo en mi dirección—. Tu mujer no es alguien que sea suficientemente buena para ti y solo buscabas una excusa para dejar su patético trasero.

—Eso no es así —dijo Adam, frustrado y a punto de quebrar lo que sea que estuviera a su alcance—. No hables así de mi esposa, no te lo permito. Y no te atrevas tampoco a decir cosas fuera de lugar frente a Nicole, mi sobrina. No tienes permitido entrar de nuevo a esta casa, o volver a buscarme.

Rosie rodó los ojos.

—¿Podemos tener esta conversación en otro lado? —preguntó ella—. No es saludable para alguien como tú "esposa" escuchar lo que tengo que decir.

—No vamos a hablar de nada. Ya nos dijimos todo; pensé que eras una buena persona, te traté como a una hermana y en cambio te volviste peor que un virus para mí. ¿De qué otra forma te puede quedar eso claro en tu cabeza? No quiero saber nada de ti. Lástima o no, no quiero que me vuelvas a buscar.

—Claro que no lo tengo claro —se defendió ella—. Siempre me das señales confusas.

—No sé de qué otra forma te puedo dar las señales claras, te lo vuelvo a repetir: no quiero estar con alguien que me causó tanto daño. Eres peligrosa y espero, por tu bien, que te alejes de mi matrimonio, de mi vida.

—Deberías de darle el mismo trato que le diste a Diego para que aprenda —sugerí—, ya sabes, un buen golpe quita la idiotez. Prueba con al menos unos cien más.

Rosie se echó a reír en voz alta al escucharme.

—Adam es incapaz de golpear a una mujer —susurró ella, elevando una de sus cejas—. Y te recuerdo que yo fui alguien muy importante en tu vida.

—Tengo deseos, en este momento, de romper con toda mi moral y educación —murmuró él, luciendo muy frustrado.

—A ver, cielo, entonces golpéame.

Rosie se llevó el dedo índice a su mejilla, señalando el lugar.

—Golpea fuerte, cariño —continúo diciendo entre risas—. Sin miedo.

Podía ver a Adam tratando de contener sus impulsos, viéndose tentado a hacerlo.

—Vamos, Adam —Rosie hizo un puchero, sin dejar de reír y sin dejar de señalarse con el dedo—. Hazlo mi vida.

Si él no era capaz de pegarle, yo sí lo sería. ¡Ella lo estaba pidiendo a gritos!

Hice un esfuerzo monumental, del cual jamás me arrepentiré, y con mi puño cerrado golpeé directamente al área que Rosie señalaba tanto con el dedo.

Quedó sorprendida por al menos unos segundos y luego se recobró, viéndome como si me fuera a comer viva. Golpear a alguien por una estupidez era tan liberador que ahora entendía a Adam cuando lo hacía. Así que lo repetí una vez más porque el primer golpe no fue tan fuerte como quería. Cerré mi mano en puño y golpeé con fuerza, haciendo a mis dedos doler horriblemente.

Adam me sujetó por los brazos antes que pudiera darle un tercer golpe.

—Tranquila, fiera —susurró en mi oído—. Tú tenías toda la razón antes, la violencia no es la solución. Deja que yo me encargue de esto.

—Tú también tenías razón, dar un golpe, de vez en cuando, le hace bien al alma.

—Esas no fueron mis palabras.

—No, pero me da igual. Se lo merecía.

Rosie se llevó una mano en el área afectada. Sus ojos se pusieron húmedos por la indignación.

—¿Vas a dejar que me trate así? ¿Viste lo que me hizo, Adam? —gritó ella—, y para tu información, tu mujercita llevó pañales sucios a mi casa y los pegó, junto con la psicópata de su amiga, bajo mi cama.

Rodé los ojos, Oh, pobre víctima.

—Tú suplicaste por ser golpeada —me defendí—. Ahora lárgate. No tienes nada que hacer aquí.

—Cuando te canses de jugar con ella, llámame.

—No te va a llamar nunca, ya supéralo. Y, por cierto, en caso que no lo supieras, te has estado lavando los dientes con un cepillo pasado por agua de retrete y orines.

Ella se limitó a levantar esa ceja que venía levantando desde que entró por la puerta.

—¿De qué hablas?

—Hablo que mi amiga, Rita, te hizo una visita en casa la otra noche. Rita, ¿recuerdas? La actual novia de Key.

Rosie seguía aguantando su mejilla con la mano, mordiéndose los labios y viéndome con furia.

—¡Todos ustedes son unos ignorantes!

Ella salió furiosa de la sala, en dirección a la salida. Iba a ir tras ella, pero Adam me detuvo, de nuevo.

—Espera aquí —murmuró—, deja que yo me encargue.

—¿Qué vas a hacer? Espero que tengas en consideración el tatuarle la frente, así como hiciste con Mason.

Él simplemente se rio y me dio un beso en la mejilla. Luego de eso corrió tras Rosie, llamándola por su nombre.

No me gustaba que Adam fuera por ella, la odiaba. ¿En verdad trataba de hacer el papel de víctima? Esa mujer era peor que un virus y debería ser erradicado por completo.

Adam regresó luego de unos minutos, realmente no estuvo mucho tiempo con ella. Pasó por la bolsa negra que de pañales sucios que había traído Rosie y se detuvo para observarme.

—¿De verdad pusiste pañales bajo su cama? —me preguntó con una sonrisa.

Me encogí de hombros.

—En realidad fue Rita la que hizo todo, yo solo sugerí algunas cosas.

—Eso fue excelente. Ahora, si me permites, me tengo que deshacer de esta peste. Creo que hasta agarró gusanos.

Arrugué la nariz y Adam hizo lo mismo, negando con la cabeza.

—¿Quién lo iba a decir? Anna, malévola.

—Ella se lo merecía, ¿viste cómo se puso? Sigo sin poder pensar que creyeras más en su palabra que en la mía.

Adam soltó la bolsa de pañales apestosos y se acercó a mí, tomándome de los hombros.

—Nena, yo de verdad estoy muy arrepentido.

Rehuí su mirada.

—Dolió peor que mil puñetazos.

—Lo siento. Mi mente fue débil por esos momentos.

—Y es probable que ese momento de debilidad te haya costado tu matrimonio —suspiré, viendo en dirección al suelo—. Lo lamento pero... no quiero verte por los momentos. No quiero seguir con este mismo tema una y otra vez. Todo esto es muy agotador para mí.

—Lamento, con el alma, que sea de esta forma.

Negué con la cabeza, sintiendo cómo mis ánimos se esfumaban.

—Si no te molesta, me gustaría llevarme a mis hijas a casa de mamá, serán solo unas noches. Necesito estar lejos de este drama.

—¿Qué? Anna, no puedes... No puedes hacerme esto. No puedes tampoco hacerles esto a nuestras hijas.

—Siento como si necesitáramos distancia de nuevo. Por eso lo hago.

—¿Necesitas distancia? Bien. Me mudaré a otra habitación, tú quédate con la nuestra. Solo... no te vayas. No de nuevo.

—No es mi intención hacerlo —hablé más para mí misma que para él—. Pero mi cerebro sigue sin procesarlo todavía. Adam, no sé si llegaré a superar esto algún día. ¿Qué pasa si nunca lo hago y me quedo estancada con este mismo sentimiento? No creo que sea justo para ti o para nadie.

Él alejó sus manos de mis hombros y me miró con intensidad.

—Recuerda que prometiste intentarlo, mantén tu palabra, por favor.

Asentí con la cabeza, recordando el momento.

—La mantendré, pero recuerda que no estaré esperando por mucho tiempo.

Con eso último dicho, caminé lentamente lejos de él, sin muchas esperanzas para ambos. Y tal vez eso era lo mejor. Las visitas de Rosie siempre lo dejaban claro.

Capítulo 28.1

¿Él por su lado y ella por el suyo?

Adam

¿Necesitábamos de verdad tanto espacio? Esta era mi segunda noche durmiendo en la incómoda cama de la habitación de invitados, era frío, solitario... y además la extrañaba a ella, a Anna, la que rompía mi corazón de igual forma en que yo rompía el suyo.

No quería dormir esta noche solo. La quería a ella, solo a ella. Fui de puntillas en medio de la noche, acercándome a nuestra habitación, escuchando los suaves ronquidos de Anna. Se encontraba durmiendo, junto a la cuna de las gemelas, quienes dormían pacíficamente también. Abrí la puerta con sumo cuidado, procurando no despertarlas, y me escurrí en la cama junto a ella. Estaba de espaldas, así que la abracé rodeando su cintura, tal vez un poco más arriba de la cintura. Ella murmuró algo en su sueño y se retorció entre mis brazos. Me puse nervioso por unos momentos, pensando que iba a despertar y a echarme de la habitación, pero apenas y reconoció mi presencia.

Me relajé.

—¿Qué haces aquí? —murmuró dormitada.

Adiós a mi entrada sigilosa.

Suspiré, pegando aún más mi pecho a su espalda.

—¿Qué crees que hago? Es obvio que soy sonámbulo y he venido a tu habitación sin darme cuenta. No soy yo realmente, el verdadero yo cree que está dormido. Soy otro Adam.

—¿Mmm? ¿En serio? Entonces déjame informarte, Otro Adam, que él duerme en la habitación al final del pasillo —susurró realmente bajo.

Hice una mueca. Odiaba esta distancia entre ambos. Ni loco dormiría en otra habitación por más tiempo; respeté su espacio demasiado ya, era hora de invadirlo de nuevo.

—¿Mmm? —comenté.

—Mjum.

—Mjumjumjum

—¿Mmm?

—Incluso en gruñidos tú y yo nos entendemos a la perfección, nena.

Besé su nuca y eso la motivó a alejarse unos centímetros de mi cuerpo.

Me pegué de nuevo a su espalda, teniendo cuidado en no lastimarla.

—Adam...

—Shhh, por favor, tengo sueño y en esa habitación hay una cama tan dura como el pavimento —comenté—. Solo por esta noche, déjame dormir aquí. Ya no estés enojada conmigo.

Ella no dijo nada por unos minutos, hasta llegué a pensar que había caído dormida, pero de pronto habló con voz suave:

—Está bien. Solo por esta noche. Mañana regresas allí.

—Mmmm...

—Jum.

—No sé cuántas noches serán, me temo que debo comprar una cama más suave que esa.

—Mañana la puedes comprar.

—De acuerdo, te aseguro que para mañana ya habrá una nueva cama.

—Bien...

Esta vez ella se quedó dormida y yo la abracé más fuerte.

Siguiente noche

—¿Qué haces aquí otra vez? —preguntó ella de forma incoherente, se encontraba a punto de caer en el coma del sueño—. ¿No dijiste que ibas a comprar la cama hoy?

—Lo hice, pero tardarán en enviarla. Te prometo que será la última noche.

Ella suspiró en su sueño. Yo la abracé más fuerte.

—No es necesario el contacto físico —comentó intentando alejarse.

—Sí es necesario, por si hace frío esta noche. Te mantendré caliente.

Me le pegué de nuevo.

—No es época de frío.

—Entonces seré tu sauna personal. Ya duerme.

Ella no dijo nada y cayó dormida de nuevo... al menos hasta que las gemelas lloraran dos horas más tarde, y luego una hora después de eso, y otras tres horas después de la última vez. Ya hasta había olvidado lo que era dormir más de cinco horas seguidas.

Cuando las bebés se calmaban, volvía a la misma posición de abrazar a Anna, aunque ella siempre se negaba y se apartaba, yo la perseguía hasta que lo aceptaba.

Dos noches después

—Lastimosamente la cama fue enviada por error a otra persona —hice un sonido de falsa desaprobación—. Tendré que dormir de nuevo aquí.

—¿Por qué siempre vienes cuando estoy a punto de caer dormida en el mejor sueño? —reclamó—. Comienzo a sospechar que nunca ordenaste una nueva cama.

—¡Lo hice! Lo prometo. La pedí con forma de Ferrari, solo había en tamaño de niño, pero llegué a hacer un trato con el vendedor para que la adecuara a mi estatura.

—Está bien. Hoy también ayudas con las bebés, siento que no he dormido como en mil años.

—Por supuesto.

—Y no estás respetando mi espacio —comentó, frustrada.

Para calmarla, tomé una de mis almohadas y la coloqué entre los dos.

—Listo —dije.

—¿Listo qué?

—Ya puse espacio.

Ella se dio la vuelta, observando el lugar en donde se encontraba la almohada.

—Eso no es suficiente.

—Pues ese es todo el espacio que te puedo conceder.

Ella resopló y luego se dio la vuelta, dándome la espalda.

Sin importarme la almohada, me volví a pegar a ella para abrazarla.

—¿Qué haces? —murmuró.

—No especificaste qué espacio debo o no tener en contacto contigo. Solo asumí que esta era una posición muy cómoda para los dos.

Ella suspiró pero durmió todo lo que pudo, dejándose rodear por mis brazos, en donde debería estar.

Cuando las bebés lloraron más tarde, Anna las amamantó en nuestra cama mientras yo la observaba bajo la escasa luz de la lámpara. Ellas tres, y mi pequeña Nicole, eran mi mundo entero. Me volverían loco, sí, pero las amaba.

Finalmente las bebés se sintieron satisfechas y entre Anna y yo ayudamos para hacerlas eructar. Eran las cosas más bellas que hubiera visto, incluso sacando los gases de su cuerpo.

—Las amo un poco más cada día —murmuré—. No sabía que fuera posible.

Anna no dijo nada, simplemente quedó en silencio.

Cuando las bebés terminaron de eructar, ambas volvieron a dormir.

Me encontraba colocando a la pequeña Belle en la cuna, cuando noté los suaves ronquidos de Anna.

Bella se encontraba acomodada en la cama y Anna la abrazaba mientras dormía.

Deseaba capturar este momento. Se miraban preciosas, ambas.

Tomé a Bella de los brazos de Anna y la acomodé junto a su hermana. Luego sustituí su lugar y apoyé la cabeza de Anna en mi hombro. Dormimos así por las siguientes tres horas.

Tres noches después

—¿Y la famosa cama con forma de Ferrari? —preguntó Anna.

—El envío se atrasó. Pero prometen que será pronto.

—Mmm...

—Mjum...

Dos noches más, después

—Tengo una mala noticia —comenté en susurros contra el cabello de Anna—. La cama se perdió y, como era un diseño exclusivo, tendrán que crear otra solo para mí. Tardará al menos una semana más.

—Empiezo a creer que la cama nunca vendrá.

—No pienso que eso sea un problema ahora. ¿Dormimos de nuevo en cucharita?

—Ya lo haces, sin mi permiso, todas las noches.

—Anna, yo soy de los que toma sin pedir permiso, recuérdalo.

Ella simplemente suspiró, pero de igual forma se dejó abrazar.

Una semana después

—¡Se quedaron sin inventario! —comenté—. Esos desgraciados, malnacidos, hijos del peor enemigo de Gokú, no se habían tomado la molestia de hacerme saber que ya no tenían materiales para fabricar mi cama especial con forma de Ferrari.

—¡No puede ser! —dijo Anna, con fingida sorpresa—. ¿Y ahora qué va a pasar contigo? Creo que tendrás que dormir en el suelo por culpa de esos hijos de Freezer.

—O... ¡Puedo quedarme aquí contigo por otro par de noches! Esta cama es muy grande y espaciosa... Espera, espera. ¿Dijiste hijos de Freezer? Nena, ¿sabes de Gokú? Creo que me volví a enamorar.

Ella se dio la vuelta para verme directo a la cara. Me dedicó la primera sonrisa después de tantos días de estar enojada conmigo. Apenas me hablaba usualmente, pero este gesto sabía a gloria para mí.

—En realidad no lo sé. Freezer es el único nombre que conozco de Dragon Ball.

Sonrió de nuevo. Esto era un milagro.

Creo que ella se dio cuenta que la miraba como imbécil y se dio la vuelta otra vez, dándome la espalda, lista para dormir.

—Si no te pueden hacer la cama en forma de Ferrari —dijo ella—, deberías de pedir una normal.

Bufé.

—Lo normal es aburrido. No soy normal, tampoco tú.

—¡Entonces pide de otra marca de auto!

—Mmm... quería un Ferrari. Pero mi otra opción era una cama con la forma de Rayo Mcqueen, es adorable.

—Y es para niños.

—Si Nicole tiene una con forma del pony rosado que tanto admira, yo merezco una con forma de Rayo Mcqueen.

—De acuerdo, me rindo. Pide la que quieras.

—Bien.

—Bien.

—O puedo pedir una con forma de Gokú... ¡Las posibilidades son infinitas!

—Ya quiero ver cómo queda ese invento de Gokú en una cama.

—¿Quieres verlo en una cama? Si quieres me disfrazo de él y vengo a dormir así mañana.

Anna intentó tragarse una risa, pero fui rápido en escucharla.

—Ni se te vaya a ocurrir.

—De acuerdo... era una idea.

—Buenas noches, Adam.

—Buenas noches, Nena. Duerme sabiendo que aquí estoy para cuidarte.

Ella suspiró y durmió.



—¿Cuánto tiempo más crees que ella se va a comprar esa historia de la cama? —dijo Key, mi amigo. Se llevó un trago de cerveza a la boca mientras yo hice lo mismo con la mía.

—No lo sé. El único momento en que hablamos más de tres palabras es en la noche, en el dormitorio. Ella sigue enojada conmigo desde la visita de Rosie. Ya ha pasado una semana, tengo miedo de perderla.

Key no dijo nada y ambos nos quedamos en silencio por unos momentos, simplemente disfrutando de la vista que teníamos desde la terraza de su dormitorio.

—¿Qué pasaría si ella decide nunca perdonarte y simplemente pedir el divorcio? —preguntó él.

Casi exprimo, en ese instante, el cuello de la botella en mi mano.

—Eso no va a pasar. No la puedo dejar ir. Yo la amo.

—¿Y si para ella ya es suficiente? Te perdonó varias veces, me sorprende que no haya superado esta.

Hice una mueca, herido por sus palabras.

—Entonces intentaré hacernos espacio aun cuando ella no quiera. Seguiré intentando hasta que me canse.

—Todos tenemos un límite. Creo que no lo estás intentando lo suficiente.

Key elevó sus pies sobre la mesa de centro colocada frente a nuestras dos sillas. Llevó su mano detrás de la nuca y silbó una melodía suave.

Tomé otro trago de mi cerveza.

—Pero me he esforzado —comenté—. Me he esforzado mucho.

Él negó con la cabeza.

—Piensa en Anna en estos momentos como una paciente cuyo corazón se detuvo. ¿Qué se hace para salvar su vida cuando llega a un caso extremo? Se usa una de esas máquinas que dan choques y reviven a la persona. Necesitas un choque fuerte que la haga salir de su entumecimiento.

—Pero, ¿qué puedo hacer? No se me ocurre nada.

Key sonrió como una astuta serpiente.

—Recuérdale todo lo que se está perdiendo.

Movió sus cejas de arriba abajo, sugestivamente.

Entonces ahora era yo el que sonreía como astuta serpiente.

—Tienes razón —comenté—. Tienes toda la razón. ¿Eso hiciste con Rita para que te perdonara la mentira que dijo Rosie y que los separó a ambos?

—Más o menos... Digamos que con Rita funcionan otras cosas.

—¿Cómo qué? Nunca me has contado.

Key hizo una mueca, quitando los pies de la mesita.

—Bueno pues... tuve que llevarla a conocer al tipo que tanto ama.

Elevé mis cejas, extrañado.

—¿Cómo? —pregunté, incrédulo.

—Sí, así como lo oyes. Ella ama a un personaje ficticio de libros, y la autora de dichos libros estaba firmando autógrafos en un tour literario. Al parecer iba a ir también el chico en el que se inspiró la mujer para hacer el personaje y... Rita moría por conocerlo y tomarse una foto con él. Tuve que llevarla.

Me reí en voz alta.

—¿Y funcionó?

—No. Resulta que me equivoqué, el tour era falso y el actor resultó ser un estafador que nos robó hasta los calzones. Fue uno de mis momentos más vergonzosos de toda la vida. Tuvimos que andar desnudos unas cuantas calles hasta que encontramos una tienda de ropa.

Me reí aún más fuerte que antes.

—Lamento oírlo.

Él se encogió de hombros.

—Eso nos unió más. Así que no me molesta.

—Me alegra por ambos. Se merecen el uno al otro.

—No fue fácil —dijo él—. Lo de Rosie fue la prueba más grande. No puedo creer que Diego haya sido el padre del bebé todo este tiempo.

—¿Qué hiciste con él? O mejor dicho, ¿qué hizo Rita con él? ¿Qué hizo con Rosie? Porque Anna le dio dos puñetazos que después le hincharon la mano.

Key se echó a reír casi de inmediato.

—Con Rosie: me hizo orinar en una copa todo el día, ella contribuyó, para después ir a su casa y marcarla por completo. Fuimos, esa misma noche, a tu casa por los pañales de las bebés y los colocó en sitios estratégicos para que dejaran huella.

Me reí junto con él.

—Y con Diego —murmuró—. Creo que tuvieron que hacerle cirugía de pelotas. Lo golpeó en la entrepierna hasta que el pobre se desmayó. Rita es toda una bravucona... igual es perfecta.

Key sonrió y yo envidié por un momento su suerte. Pero recordé que tenía un plan y que era hora de sacar la artillería pesada con Anna. Tendría que hacerla recapacitar antes de cansarme de toda la situación. Lo haría por ambos.

—Oye, Key, ¿de casualidad conoces a algún fotógrafo? —le dije, cambiando de tema.

—¿Para qué quieres un fotógrafo?

Entonces le comenté mi idea. La aprobó totalmente.

Traería de vuelta nuestra relación. Por completo.

Tres noches después

—La cama con forma de Gokú tendrá que esperar, el fabricante dice que le parece imposible hacerla —dije mientras Anna cepillaba sus dientes. Aproveché ese momento para entrar con ella al baño, comenzando a desvestirme.

Anna vio cómo me quitaba la camisa desde el espejo y pronto frunció el ceño.

—¿Qué crees que haces? —preguntó con espuma saliendo de su boca.

—Me voy a bañar.

—Sigo en el baño.

—¿Y?

Procedí a quitarme el pantalón y noté, disimuladamente, cómo había detenido el extensivo cepillado que les daba a los dientes por observarme. Rápidamente salí también de mi bóxer, dejándole una vista perfecta de mi trasero.

Ella abrió la boca, observando todo por el espejo.

Me di la vuelta para que tuviera vista frontal y luego sonreí con descaro cuando accidentalmente dejó caer el cepillo al suelo.

Para cuando me metí en la ducha, ella ya estaba limpiando su boca y salió corriendo como si la estuvieran persiguiendo.

Muy bien. Esto era solo el comienzo.

Cuando salí, ni siquiera me molesté en ponerme una toalla.

Anna descansaba sobre la cama, con la cara sonrosada. Alzó la vista para decirme algo, pero se quedó en silencio cuando notó mi falta de ropa.

—Nena, ¿y las toallas?

Ella abrió y cerró la boca, comiéndome con los ojos.

—Están... má... maá... sobre el... la cosa esa, la cosa del baño... no otra cosa, en la cocina.

—¿Las toallas del baño están en la cocina? —pregunté, tomándole el pelo. Ella pareció recapacitar y sacudió su cabeza de un lado a otro.

—En el mismo lugar de siempre, en el baño. ¿Qué haces desnudo?

—Ya me has visto desnudo antes —murmuré mientras buscaba entre los cajones por algo de ropa interior—. Las pruebas de lo que hicimos estando desnudos están por allá, durmiendo después de devorar los pechos de mami. Oh, y no olvidemos defecar sobre papá. ¿Por qué Bella siempre tiene que hacer popó sobre mí?

Esta era la tercera vez que lo hacía. Negué con la cabeza mientras rebuscaba en el cajón inferior, agachándome para darle vista completa a Anna.

—Es suficiente —dijo ella de forma incoherente—. Es demasiada piel. Es demasiado... demasiado... no sabía que... Oh por...

Me acerqué a ella, aún desnudo, y le puse un dedo sobre la boca.

—¿Estás bien, Anna? Estás roja como una cereza. ¿Te sientes enferma?

—Nooooouuu...

Me senté en la cama, dándole una vista espectacular de mi primera plana. Sinceramente me estaba gustando esto de andar desnudo por la casa. Se sentía una frescura única, tanta libertad. Lo haría más seguido.

—¿Te molesta que ande desnudo por la habitación?

—Sí, ¿por qué... po, po, por qué lo andas... digo, lo haces?

—Somos pareja, te guste o no, y las parejas conocen todo sobre la otra. Tanto mentalmente, así como físicamente.

Me levanté para dejarle espacio para respirar.

Eso pareció aliviarla.

Encontré un par de calzoncillos en mi gaveta y me los coloqué con cuidado porque esta vez sentía, más que ver, la mirada de Anna a mis espaldas, despertando a la fiera que tenía que permanecer quieta mientras ella hacía el reposo después del parto.

Me quedé un rato más en ropa interior y luego saqué el arma letal fuera de mi armario.

—Nena, por cierto, olvidaba decírtelo —comenté de casualidad—. Estuve pensando el otro día en cuando creías que modelaba para revistas porno.

Anna, de ser posible, se sonrojó más.

—¿Recuerdas? Pues bien, una idea vino a mí y...

Le enseñé el calendario que mandé a hacer especialmente para ella.

—¡¿Qué es eso?! —sus ojos se abrieron con sorpresa, observando al calendario en mi mano como si fuera una bestia prohibida.

—¡Te hice un calendario personalizado!

Lo dejé sobre la cama, dándole tiempo para que lo procesara.

—Anda, míralo. Es todo tuyo.

—¡No soy una pervertida! —gritó, sorprendiéndonos a ambos.

—Yo sé que no lo eres. Pero yo sí lo soy, especial y únicamente cuando se trata de ti. Ahora, te recomiendo comenzar por el mes de junio, es un mes muy bueno.

—No yo... no.

—Tú sí, debes verlo. Aunque enero es muy bueno también. En realidad, no es por presumir, pero cada fotografía es increíble.

Empecé a caminar en dirección al baño para buscar una toalla y secar las gotas de agua que aún mojaban mi pelo y el resto de mi cuerpo. Aproveché para dejar a Anna sola, con el calendario.

Me atreví a observarla por la rendija de la puerta.

Al principio ella miraba en dirección contraria al calendario; cuando aseguró que yo no iba a salir del baño todavía, lo tomó entre sus manos y comenzó a ojearlo. Su boca se abrió ligeramente al ver la primera foto.

Oh, enero fue el mes de tapar lo esencial con un sombrero de vaquero. Nada más. Nada de ropa.

Le dio vuelta a la página y ahora miraba febrero: el mes donde utilizaba una guitarra eléctrica para cubrir, de nuevo, las partes privadas.

Ella pareció avergonzada por un momento, hasta que se saltó de página en página, tratando de no sonrojarse más de lo que ya lo hacía.

Era bueno saber que aún le afectaba.

Sonreí con orgullo.

Siempre insistiría en nosotros. Valía la pena intentarlo.

Dos noches después... sin nada de cama, por lo visto

—Creo que ya se te hizo costumbre andar desnudo —comentó Anna mientras le cambiaba le pañal a Belle. Yo sostenía, con mucho cuidado, a Bella.

—No ando desnudo —bajé la vista a mi cómodo y bonito bóxer de color negro—. Estoy demasiado vestido.

—Bien, como quieras. Estás jugando sucio y lo sabes.

—¿Yo? Sería incapaz, nena.

—Lo haces.

Anna cambió y limpió a la bebé con eficiencia. Me pidió luego que le pasara a Bella.

—¿Y al fin? ¿La famosa cama vendrá algún día? —comentó.

—Oh, claro, la cama. Será de Ferrari, como quería desde un principio.

—Bien. Ten, carga a Bella, ¿quieres? Tengo que conseguir más crema para su traserito.

Me entregó a una Bella desnuda.

Tuve miedo de que sucediera lo que solía suceder entre Bella y yo.

—No vayas a defecar sobre papá —le susurré—. Déjalo reservado para tu abuelo, cuando venga de visita mañana.

—¡Oí eso! —murmuró Anna, rebuscando la crema de la bebé en alguna de las gavetas—. Deja que la niña lo haga donde se sienta más cómoda.

—¿Y mi pecho es el sitio más cómodo para hacer popó? A ti no te pasa esto.

—No, pero el otro día Belle orinó en mi brazo cuando la cambiaba.

—Ya dijiste, orinó. Orina y popó son cosas distintas, Anna.

Observé a Bella detenidamente, era preciosa, besé su cabecita, así como la besaba siempre que la tenía en brazos a ella y a Belle. Esperaba que conservaran los ojos grises tal como los de Anna.

—En unos días, o cuando sea el tiempo adecuado, les presentaré a Carlo —murmuré para ambas bebés—. Es el perro de esta casa, y está resentido porque ahora le toca dormir afuera.

—Carlo no está resentido —murmuró Anna, regresando con la crema—. Oh, olvidé el nuevo pañal.

Salió en busca del nuevo pañal en otra de las gavetas con cosas solo para las bebés. Ellas tenían su propia habitación, pero a ambos, a Anna y a mí, nos daba miedo dejarlas solas por la noche. Las queríamos cerca, al menos hasta que estuvieran más grandes y las pudiéramos dejar en la otra habitación.

—Carlo sí está resentido. Como alguien a quién conozco y está en este mismo dormitorio.

La última parte la susurré para que Anna no escuchara.

—¡Oí eso! —gritó desde el otro lado de la habitación.

Mierda.

—¡Es verdad! Nena, llevas más de dos semanas enojada conmigo.

—No estoy...

—No digas que no lo estás porque ni siquiera me diriges la palabra en el día —comenté, la situación estaba saliéndose de mis manos. Tenía que hablar de una vez por todas—. Anna, yo no soy de hierro. Tengo sentimientos, aunque te cueste creerlo.

Ella se acercó hasta donde me encontraba, sosteniendo a Bella.

—Adam, te pedí tiempo...

—Y te he dado demasiado. Mucho. Ya no creo que pueda soportarlo más.

Ella no dijo nada, mordiéndose el labio inferior.

—Lo siento —susurró. Su mirada se fijó al suelo—. Sé que he actuado de la peor forma. Pero lo que no sabes es que me siento insegura la mayor parte del tiempo.

—No tienes por qué. Te ganaste mi alma entera desde hace mucho tiempo atrás. No sería capaz de entregársela a nadie más. Eres la dueña de todo lo que siento, Anna. De mis tristezas y de mis alegrías, de mis triunfos y mis batallas, pero siento que estoy

insistiendo demasiado por algo que no sé si tiene futuro. ¿Puedes decirme, en este momento, si tú y yo tendremos un futuro juntos? Estoy cansado y pronto dejaré de insistir más. Lamento cada error que cometí, lo entiendo, lo estoy pagando caro y me aseguraré de no cometerlo jamás, pero dime, ¿será "él por su lado y ella por el suyo"? ¿O será juntos, a pesar de las dificultades y los problemas?

Ella mordió aún más su labio.

—¿Sabes qué? —continué, sin dejarla responder—. Esta es la última vez que te lo voy a preguntar, aquí y ahora. Si me dices todavía que no puedes superar lo sucedido, que no puedes perdonarme y seguir conmigo, que necesitas tiempo porque quieres pensarlo, que prefieres huir y dejarme; entonces prometo, desde este instante, que jamás volveré a insistir en nada entre tú y yo. Prometo dejar de molestarte con mi presencia y hasta prometo entregarte el divorcio si eso es lo que quieres.

Noté cómo los ojos de Anna se humedecían y se perdían en los míos.

Las primeras lágrimas comenzaron a salir sin control y algo dentro de mí se revolvió; no soportaba verla llorar. Pero me desgarraba más la manera en que nos encontrábamos, tan separados y distantes.

—Te lo pregunto una vez más, Anna, porque ya no creo que pueda vivir con esta indiferencia entre tú y yo —hice una pausa—. ¿Cómo será? ¿Él por su lado y ella por el suyo? ¿O será juntos, sin importar lo que pase?

—Es... —ella sollozó aún más fuerte, buscando apoyo en la cama, sentándose junto a Belle—. ¿Por qué me haces esto?

—Anna, responde la pregunta.

Ella tragó saliva, tomando en sus brazos a la bebé.

—Yo... Adam, yo... —me miró a los ojos, los míos comenzaban a nublarse.

De sus siguientes palabras dependía mi felicidad absoluta o mi completa ruina.

Suspiró, y luego pronunció las palabras que se quedarían conmigo para siempre.

Capítulo 28.2

¿Él por su lado y ella por el suyo?

Anna

3 meses y 5 días después

—Firme aquí, por favor.

El hombre en traje gris señaló una línea punteada donde al final se aceptaba la petición de divorcio por parte de los involucrados. Este era el documento oficial, después de aproximadamente tres meses de pedir y suplicar por él, al fin se encontraba disponible y al alcance. Para ser un papel tan importante parecía común y simple; varias firmas juntas y listo, divorcio al instante. Pero era, a la vez, un papel muy poderoso.

La primera firma fue escrita con letra cursiva y redondeada, tinta fresca derramada sobre la hoja. Luego, y con mucho pesar, le siguió la otra, más masculina y con muchos giros y formas. Después de unos instantes, ambos nombres se encontraban uno junto al otro, anunciando su separación inevitable.

—Bien. Ahora ambos —dijo el hombre encargado de llevar a cabo el divorcio— después de apelar por este documento hace varios meses atrás, están oficialmente divorciados.

Miradas de resignación, de odio, de dudas y de tristeza fueron lanzadas de un lado de la habitación al otro, sintiéndose como dagas entre ambos. La decisión ya había sido tomada y no se podía cambiar, no se podía dar un paso atrás ahora.

—Supongo que este es el final —habló él.

—Es el final, tú lo dijiste —se hizo un nudo en mi garganta al escucharlo—. Hay ciertas cosas que una chica puede tolerar, pero lo que tú hiciste ya no tiene perdón.

Esas palabras parecieron golpear un punto frágil entre ambos.

—Te pedí perdón demasiadas veces, pensé que era hora de superarlo. ¿Cuánto más necesito decírtelo?

—¡No supero nada! ¿Acaso eres tonto? Nunca podría perdonarte lo que me hiciste. No sé por qué te molestaste en pedirme matrimonio primero y luego arruinarlo todo. No te entiendo.

—¡Yo tampoco te entiendo! Deberías aprender a dejar el orgullo de lado —comentó él.

—Esto no es cuestión de orgullo. Nunca lo fue. Lo que sucedió es que hiciste algo por lo que nunca podré aceptarte en mi vida de nuevo. Ahora, invertí mucho dinero en este divorcio como para que sigamos en lo mismo. Cada quien por su lado, no lo olvides.

De pronto mamá se levantó con dificultad de su asiento, buscando apoyo en la silla.

Papá frunció el ceño, desviando su mirada hacia el suelo.

—¡Anna, vámonos! Deja a tu padre y a su ridiculez juntos.

Rodé los ojos, cansada de ambos.

—¡Solo te pido que me perdones una vez más, por un insignificante error que cometí, y tú corres y me pides el divorcio! —gritó papá, histérico.

—¿Un insignificante error? ¡Te acostaste con Susan! ¿Recuerdas ya? ¿Susan, tu ex mujer?

Mamá se apoyó en mi hombro para buscar estabilidad mientras caminaba. Su embarazo ya era muy notable y le molestaba permanecer mucho tiempo de pie.

—Te dije que sí, me acosté con ella —gritó mi padre, arrastrando los papeles de divorcio recién firmados—. Pero fue literal, ¡literal! Acostados, de dormir. No hicimos nada. No tuvimos sexo salvaje como piensas que hicimos.

Escuchar a mi padre decir "sexo salvaje" fue como un detonante. Arrugué el rostro y tomé el cochecito doble donde llevaba a las gemelas, lista para salir corriendo de allí. Ambas ignoraban el hecho de que sus abuelos se estuvieran divorciando, por segunda vez.

—¿Acostarse, de estar dormidos? Wow, palabras sabias —murmuró mamá. Estaba más insoportable que nunca, no pensé que embarazada ella sería diez veces peor.

—Mamá, no es bueno para tu salud que te estreses de esa forma. Deja de pelear, por favor —le comenté en un tono suave, últimamente hablar a nivel normal la molestaba. ¿Fui igual de insoportable estando embarazada?

—Es tu padre el que empieza. ¡Casados por tres días y ya comete semejante cosa imperdonable!

—Ustedes debieron hablar primero —insistí—. No le diste la oportunidad, no cometas el mismo error que yo cometí con Adam, de cortar la comunicación.

—Lo hice, Anna, hablé con él pero tu padre es un mentiroso. Se acuesta con Susan, olvidando que se casó de nuevo conmigo y espera que no me dé cuenta, ¿pero adivina? ¡Los encontré durmiendo en el sofá!

Suspiré con cansancio, escuchando la misma historia una y otra vez.

Mamá se había ido por una noche a dormir conmigo para dedicar algo de tiempo con las gemelas y ayudarme a cuidarlas, pero decidió regresar antes a casa porque, al parecer, a papá le dolía la espalda. Ella dice que llegó solo para encontrarlo a él acostado con Susan, ambos en el sofá de la sala.

El divorcio fue lo siguiente en ocurrir y fue uno muy apresurado ya que, aparentemente, no se lo podían dar sino hasta después de un año de casados. Mamá aseguró tener pruebas de infidelidad y pronto el divorcio se estaba procesando.

Salimos juntas de las oficinas de los abogados y papá nos seguía de cerca, murmurando cosas incoherentes que hacían enojar más a mi inestable madre. Papá tuvo que quedarse atrás mientras ella y yo subíamos al elevador juntas, sin él.

—Anna, lo siento —sollozó mamá una vez dentro—. Te metí en esto y lo lamento tanto, por ti y por las niñas.

Luego comenzó a llorar descontroladamente desde el piso doce hasta el primero, donde bajamos y salimos del edificio.

—Deben ser las hormonas —murmuró ella una vez que se calmó—. Odio estar embarazada. Creí que a mi edad ya no podía.

—No te preocupes, yo entiendo. Y tampoco es que estés vieja, mamá. Sabías que los riesgos estaban allí y de igual forma los seguiste.

—Yo sé que sí. Ahora, por mi culpa, mi nuevo bebé tendrá padres divorciados, tal y como sucedió contigo. Me arrepiento tanto de haberme vuelto a casar con tu padre; solo mira lo que te pasó a ti con Adam, debió haberme servido de lección.

Hice una mueca, sus palabras doliendo en más de un sentido.

—No fue tan grave —me defendí.

—Claro que lo fue, los arruinó, los hizo trizas, los despedazó y luego...

—Y luego todo resultó tal y como debería ser —la corté.

—¿Se supone que las cosas sean así?

Mamá y yo tomamos asiento en uno de los bancos que bordeaban la acera frente al bufete de abogados; papá salió pronto del edificio, buscando por nosotras. Se detuvo a unos metros de distancia para darnos privacidad. Las gemelas me acompañaban mientras mamá no detenía el llanto.

—Escucha —murmuré luego de unos minutos—, si de algo me ha servido todo lo que pasé con Adam es que hay que romperse para poder rehacerse de nuevo. Es simple, pero funciona; no siempre es el mismo caso, pero tiene efecto. Puedes rehacerte con alguien más, o contigo mismo o incluso con tu propia pareja, pero funciona.

—¿Ha funcionado para ti?

Medité bien en su pregunta. ¿Habían funcionado las cosas entre Adam y yo? Fueron difíciles e incómodas por un tiempo, pero no sabría si habían funcionado o no. Entonces, como si lo hubiera convocado con la mente, él apareció en su auto, deteniéndose a una buena distancia de nosotras. Salió del vehículo usando una camiseta ajustada de color blanco, enseñando los hermosos tatuajes de su brazo. Le hice una señal para que me esperara allí y él asintió con la cabeza, apoyando su cadera en el capó del auto.

—Sí —respondí la pregunta de mamá—. Funciona de alguna manera. ¿Quieres saber lo que me dijo hace unos meses atrás? ¿Lo que me hizo darle una respuesta definitiva a nuestra relación?

Mamá asintió con la cabeza, aun sollozando.

—Me dio un ultimátum sobre nosotros —continué, rememorando ese día en mi cabeza, y los que le siguieron a ese—, me preguntó si quería seguir con él a pesar de las dificultades o si me iba de su lado nuevamente. Me dijo exactamente: ¿cómo será? ¿él por su lado y ella por el suyo, o juntos, sin importar lo que pase?

—No sabía que había sucedido eso —dijo mamá con voz constipada—, ¿qué le respondiste?

Respiré hondo y solté todo el aire.

—Le respondí algo que tuve que haberle dicho desde el principio, algo que era necesario ser dicho. Le dije que lo amaba y que lo perdonaba, que me perdonara él también por habernos hecho tanto daño, pero...

Miré nuevamente en dirección a Adam, se había acercado a mi padre y ahora se encontraba platicando con él, sonriendo mientras hablaba. Él era algo precioso de ver.

Suspiré.

—¿Pero? —dijo mamá, interrumpiendo mis pensamientos.

—Pero...

3 meses y 5 días antes

—Anna, responde la pregunta —dijo él. Su tono de voz ya era el de una persona desesperada.

Tragué saliva, sintiéndome acorralada por completo, sintiendo todo el daño que le había provocado en este tiempo. Tomé a una de las bebés en mis brazos.

—Yo... Adam, yo... —cometí el error de verlo a los ojos, los suyos ya nublados, su mandíbula apretándose sin soltar su agarre. Supongo que él estaba preparado para una respuesta negativa, pero nos sorprendí a ambos con mis siguientes palabras:

—Adam —continué en medio de mis sollozos—, me desesperas la mayoría del tiempo, me frustra lo fácil que puedes arruinar todo, así como lo fácil que logras que se arregle. Siento que te odio por momentos, y a los siguientes, quiero comerte a besos. Sé que no eres perfecto, y tampoco lo soy yo, pero adoro que no lo seas. Adoro todas tus imperfecciones, así como un día tú mismo dijiste que adorabas las mías.

Sollocé de nuevo, deteniendo por un breve momento lo que iba a decir.

—Te amo —continué—. Quiero estar contigo, luchar por nosotros. Acepté casarme con todo y tu letra pequeña incluida en el contrato; te dije hace no mucho tiempo atrás que merecías sentirte feliz, ahora lo entiendo: ambos merecemos ser felices y no dejaré que pequeñas situaciones o estúpidas personas nos quiten esa felicidad que nos ha costado tanto. Te perdono, así como tú tienes que perdonarme a mí, por favor. Pero...

Me quedé en silencio por varios minutos, tratando de poner en orden las palabras que quería vocalizar.

—¿Pero? —me instó a continuar, sus ojos rojos y sus rasgos tensos.

—Pero, no sé cómo comenzar esto desde cero. Quisiera tener un botón de reinicio y borrar todo el daño hecho, el que tú me hiciste, el que te hice yo, el que me hice a mí misma... solo no puedo.

Mis palabras parecieron aliviar la pesada carga de Adam, suspiró como nunca lo había escuchado.

—No se puede borrar —habló en voz baja—, no puedo cambiar lo que dije, lo que hice, porque todo eso le pertenece al pasado. Ya está dicho, está hecho... pero te aseguro que no las volverás a oír en el presente o en el futuro. Jamás. Por favor no me vuelvas a excluir de tu vida, así como yo nunca te volveré a excluir de la mía, o en ninguna de mis decisiones. Volvamos a comenzar de nuevo, aunque no sepamos cómo, aunque nos equivoquemos muchas veces y estemos aprendiendo. Hagámoslo, juntos. Equivócate conmigo, vive conmigo; solo no me alejes como lo has estado haciendo en estos días, y no salgas huyendo nuevamente de mi lado. Me dueles, Anna.

Asentí con la cabeza, sin poder controlar mis lágrimas.

—No te quiero perder —susurré en voz realmente baja que él perfectamente escuchó.

—Nunca podrías perderme, hemos pasado por tanto, nos merecemos otra oportunidad. Prometo que será la última y la definitiva —respondió—. Ya no quiero ser tóxico para ti, para nuestras hijas, para nadie.

—Lamento haberte guardado demasiados secretos, no haberte contado desde un principio lo de las gemelas —murmuré realmente arrepentida.

—Lamento no haberte dicho antes que ya lo sabía, que lo supe todo este tiempo. Lamento haberte herido como lo hice, me siento un completo imbécil por haberme dejado manipular así de fácil.

—Creí que serías tú el que huiría, pero terminé huyendo yo.

—Ya pasó Anna, ya no podemos controlar lo sucedido. Pero por favor, comienza de nuevo tu vida conmigo.

Asentí con la cabeza, viendo en dirección a nuestras hijas.

—Está bien. Hagámoslo —respondí luego de unos instantes—. Prometo esta vez poner de mi parte por completo, porque te quiero y te quiero en la vida de nuestras hijas. No sé cómo, pero volvamos a comenzar de cero.

Él se movió para darme un abrazo, acomodando a una de las bebés mientras yo acomodaba a la otra. Nos abrazamos, los cuatro. Luego él besó mi cabeza, seguido de mis mejillas húmedas de tanto llorar; la última parada fueron mis labios.

Su beso se sintió como sellar un contrato... uno con letra pequeña que decía que no todo en la vida sería perfecto, que habría problemas y dificultades, sus altos y sus bajos, pero que podría mejorar solo si ambos estábamos dispuestos a mejorarlo. Y lo acepté, firmé con mis labios el contrato y él me devolvió el beso con la misma fuerza.

Luego de eso se separó lentamente de mí, apoyando su frente contra la mía, suspirando en mis labios.

—Tienes esa mirada bizca que tanto amo —comentó él en voz baja, aun sin despegarse—. Extrañaba verla siempre que te besaba... aunque apareció cuando viste mis fotos del calendario. Dime que te encantó.

Sonreí con ganas, de corazón.

—Por tu culpa tendré ojos bizcos para siempre.

—Umm, ya lo creo.

Besó mi frente y luego besó la de nuestras hijas.

—¿Cómo se te ocurrió hacer un calendario? —pregunté luego de unos segundos—. Estás loco.

Me guiñó un ojo.

—Loco por ti, siempre.

Besó mis labios una vez más, lento y moderado. De la forma correcta.

—Dime una cosa —murmuré entrecortadamente.

—Una cosa.

Rodé los ojos, ¿por qué los chicos se portaban de esa manera cuando uno hablaba de temas serios?

Adam se rio de mi expresión y luego procedió a besarme nuevamente con lentitud.

—A ver, cuéntame.

—Dime que no compraste esa cama con forma de Ferrari. Dime que no la mandaste a fabricar realmente porque te aseguro que enviaré al perro a dormir en ella.

De ser posible, él se rio aún más que antes.

—No, tranquila nena, no la pedí. ¿Creíste todo este tiempo que iba a dejar que me echaras de nuestra habitación? Nunca. Tenía que buscar una excusa.

Sonreí a medias, sabiendo muy bien desde el principio sus intenciones. Pero yo lo aceptaba cada noche porque quería simplemente que me sostuviera por unos minutos, aunque no iba a admitírselo en voz alta; al menos no todavía.

—Bien, es hora de dormir a estas bebés —señalé a la pequeña dormida desde ya en los brazos de Adam—. Me alegra que solo haya sido eso, una broma, lo de la cama. ¿Te imaginas con una cama de Ferrari en la habitación?

—Correcto —Adam evitó mi mirada, observando a la bebé—. Espero que no te moleste entonces que tengamos una cama de Gokú... ¡No es un Ferrari!

—¿Pediste una cama de Gokú? ¿Es broma?

—No me pude resistir. Quería saber si la podían fabricar y resulta que sí pueden... vendrá la próxima semana.

—ADAM.

—¿Anna?

—No pienso dormir en una cama de Gokú.

—¿Cambiara algo si digo que es de Vegeta?

Lo fulminé con la mirada.

—Bien, bien —respondió—. Pediré que se quede en la habitación de invitados. Ahora, deja que comencemos con el pie correcto.

Amablemente depositó a Bella en la cama y tomó a Belle de mis brazos, me ayudó a ponerles un pañal fresco y a vestirlas, una de color morado y la otra de azul celeste. Ambas bebés quedaron dormidas después de eso y no fue necesario cantarles ninguna clase de canción para que alcanzaran el sueño. Después de unos minutos de observarlas dormir, Adam me tomó la mano y me plantó un beso en el cuello. Justo ahí recordé que él se encontraba únicamente usando un diminuto bóxer.

—Ven —me susurró cerca del oído—, hay un lugar al que quiero que me acompañes.

—¿Qué lugar?

—Un lugar en el que ya has estado antes. Vistámonos y acompáñame a verlo.

—No podemos dejar a las bebés todavía.

—No está muy lejos, además, le pediremos a mi abuela que las cuide por unos minutos.

—Pero... ¿y si se levantan con hambre?

—Estaremos de vuelta pronto —me aseguró—. Vamos, acompáñame.

—Bien. Pero ¿y si lloran pidiendo a su madre? las extraño desde ya.

—Te mostraré algo y luego regresamos. Prometido.

—¿No serán más calendarios, de casualidad?

Se rio en voz baja.

—No, pero es igual de bueno.

***

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté una vez que llegamos al lugar que Adam quería mostrarme.

El sitio se encontraba algo concurrido, había una farmacia en una esquina y un salón de billar al lado contrario, nada extravagante.

—Date la vuelta —susurró Adam.

—¿Qué? ¿Qué va a pasar?

—Voltéate, nena.

—Bien. Pero no te entiendo.

Hice como me dijo, dándole la espalda a él. Entonces sentí algo golpeando mi cabeza levemente.

—¿Qué estás...? —me quería girar, pero me retuvo de los hombros.

—Shhh.

Pronto sentí otro golpe leve en mi cabeza.

Una pelota, del tamaño de una pelota de tenis, rodó cerca de mis pies, eso era con lo que me había golpeado. Recogí la pelota y esta vez Adam dejó que me girara para verlo.

—¿Qué ocurre contigo? ¿Me acabas de tirar esto a la cabeza?

Él me observó detenidamente, de pies a cabeza, sonriendo de oreja a oreja como si yo tuviera restos de comida en el rostro o como si me creciera bello de las mejillas. Hice lo mismo con él e imité su mirada aguda.

—¿Puedo saber por qué me observas tanto? —pregunté, rompiendo la concentración de ambos.

Adam carraspeó y luego hizo la cosa más extraña que podía hacer: sacó tres paquetes de ¿condones? de su bolsillo, y los lanzó al suelo.

—Yo no te golpeé. Te golpeaste con ese letrero —señaló arriba de mi cabeza. Alcé la vista, observando que, de hecho, sí había un letrero acerca del lanzamiento de un nuevo producto capilar.

—No, no me golpeé —lo acusé—. Tú me lanzaste una pelota a la cabeza.

Llevó su mano a su boca, haciendo como si estuviera a punto de contarme un secreto.

—La pelota es de espuma, en realidad el golpe no duele —carraspeó nuevamente y sonrió de lo más tranquilo—. La próxima vez ten más cuidado, aunque entiendo la urgencia.

Miró al suelo, señalando los condones.

—¿De qué hablas? Los acabas de tirar al suelo.

—Que no te dé vergüenza decir que son tuyos... aunque te aconsejo que lo dejes.

—¿Que deje el qué? ¿A qué estás jugando?

—Digo que dejes a ese perezoso que necesita de otro para comprar protección.

Y entonces lo entendí. Ese día se vino a mi cabeza con perfección. Fue el día que conocí a Adam. Él estaba recreándolo para mí. ¡Y estábamos en el sitio donde todo ocurrió!

Abrí y cerré la boca mientras lo observaba con atención. No podía creerlo.

—¿Puedo saber tu nombre? —preguntó él después de unos instantes.

Decidí seguirle el juego, no sabía qué pretendía con eso. Tal vez esta era su forma de "comenzar desde cero".

—Mi nombre es Annabelle, pero muchos me dicen Anna.

Tomó mi mano, estrechándola.

—Es un gusto, Anna. Mi nombre es Adam, Adam Walker.

—Suena... peligroso.

—Lo soy. Romperé tantas veces tu corazón, así como tú vas a romper el mío, pero nos amaremos con intensidad. Te propondré matrimonio con una canción de Bruno Mars, te quedarás embarazada de mis bebés. Serán niñas, por cierto, espero que tengan tu mismo color de ojos. Diré demasiadas cosas estúpidas que te harán pensar si lo nuestro valió la pena; te dolerán y me dolerá a mí también recordarlas. Arruinaré nuestra luna de miel aun cuando tenía demasiadas cosas buenas preparadas y luego desaparecerás de mi vida como si no dejaras huellas en mi cuerpo, en mi alma, en todo lo que soy.

Tomó aire y agachó la mirada.

—Me dejarás, dirás que me perdonas pero que nuestra relación es tóxica —continuó—. Vas a proponer irte a casa de tu madre y yo, mientras muero por dentro, te suplicaré que

no lo hagas. Te pediré mil disculpas y tú me dirás que lo único que querías en la vida era guardar los buenos recuerdos, o regresar el tiempo y capturar una imagen de ambos cuando nos conocimos. Así que aquí estoy, recreando nuestro primer encuentro para ver si de esa forma aceptarías empezar desde cero a partir de aquí, ahora.

Guardé silencio por unos segundos, observándolo de pies a cabeza.

Lucía apetecible en su camiseta de botones, sus pantalones rasgados y su actitud de chico malo-reformado a bueno.

¿Qué puedo decirte acerca de Adam Walker que no haya dicho ya? Cierto, el chico cometía errores más rápido que un cohete viajando a la velocidad de la luz, pero tenía que admitir que los sabía remediar con la misma facilidad.

—Wow, sabes muchas cosas sobre nosotros, apenas nos acabamos de conocer —murmuré, siendo esta mi manera de aceptar comenzar desde el principio.

—Podríamos decir que vengo del futuro.

—Supongo que en esta ocasión no está incluida Marie...

—¿Quién?

—Oh, solo es el nombre de un animal rastrero conocido muy comúnmente como cucaracha.

—Entonces no, las cucarachas no son bienvenidas a esto.

—Creo que me empiezas a agradar, Adam.

—Eso es algo bueno, Anna, porque también me empiezas a caer bien. En especial si eres amante de camas con forma de Gokú.

—Eso nunca va a suceder.

—¡Vamos, nena! Es Gokú, ¿cuándo tendré la oportunidad otra vez?

—No.

—Nena...

—Nop.

3 meses y 5 días después... en la actualidad

—Oh —mamá se sorbió la nariz con un pañuelo.

—Oh —respondí, sonriendo con locura cuando Adam se cansó de esperar junto a papá y se acercó a mamá y a mí. De hecho, él ganó la discusión sobre la cama y ahora éramos propietarios de una lujosa y cómoda cama matrimonial con aspecto de Gokú. La odiaba. Pero Adam la amaba y eso me hacía feliz a mí. Además, las bebés se entretenían viéndola, ellas adoraban los picos que formaban el cabello del personaje. Era una locura. Hasta Nicole se había enamorado de ella. Eran todos contra mí.

—Pero no lo has entendido, Anna —comentó mi madre—. Adam y tú tenían una solución, la usaron y todo salió bien. Tu padre y yo... es irreparable.

—¿De verdad viste que papá estaba desnudo, en el sofá, con Susan?

Tomó mi mano, sollozando y tratando de sacudirse la nariz de nuevo.

—La verdad, salí corriendo, pero creo que tu padre estaba vestido por completo. De igual forma, ¿por qué tenía que dormirse con ella? No, no lo perdonaré jamás.

Ahora comprendía muy bien cómo me debieron haber visto las demás personas cuando yo aseguraba nunca perdonar a Adam. ¿Fui así de dramática?

—Te diré algo que me dijo Rita una vez —comenté—. Puede que tal vez, en el futuro, te rías de toda esta situación cuando pienses en ello. Creo que tomaste una decisión apresurada y no le diste tiempo a papá de explicarse.

—¡Tu padre es un vago! Mi futuro bebé no merece ni siquiera saber su nombre. Creo que lo mejor es que huya a casa de la abuela. ¿Qué dices?

—Esta historia se me hace conocida —murmuró Adam cuando al fin nos alcanzó, escuchando la última parte de nuestra conversación—. Hola, nena.

Me saludó plantando un beso en mi boca, uno no muy apto para mis padres, pero que de igual manera disfruté.

—Hola, bebé —le guiñé un ojo.

Adam sonreía mientras se acercaba a las gemelas y les daba, a cada una, besos en los cachetes. Por último, saludó a mamá, quien lloraba sin control.

—Cómo me hubiera gustado tener a mi propio Adam Walker —comentó ella—. No sé cómo me fui a enamorar de un hombre que se está quedando calvo, debí haber visto las señales con tu padre. Siempre se le caía el pelo cuando intentaba peinárselo.

—¡No soy calvo! —gritó papá detrás de nosotros, exasperado por escuchar a mamá—. Es cosa de genética.

—Al menos Adam no tendrá ese problema.

—Cecile, recapacita —suplicó mi padre—. Necesito que creas en mí. Confía en mí, por favor.

—La confianza es algo que se gana.

Mamá comenzó a ponerse de pie con dificultad. Rodé los ojos, oh, espera. Yo fui peor que ella... tal vez las chicas Green teníamos ese problema en nuestra genética.

—Me voy, quiero pasar unos días sola. Iré a casa de mi madre —habló ella.

La iba a ayudar a andar, pero negó con la cabeza, queriendo hacerlo sola.

—No me sigan. No puedo con tanto.

Mamá se despidió de todos menos de papá quien tomó su lugar junto a mí.

—¿Qué hago ahora? —suspiró él.

—En primer lugar —lo aconsejó Adam, tomando a la bebé Belle en sus brazos—. Vaya tras ella, en segundo lugar, ¿el chico que aprobó el divorcio era el que contrató?

Parpadeé mientras miraba entre uno y el otro.

—Sí, es el que me dijiste. Le pagué para que falsificara los papeles —confesó papá.

—¿Qué? —me metí en la conversación—. ¿Falsificaste tu divorcio? ¡Papá!

—Adam me dio la idea... No quería divorciarme de nuevo.

Adam se encogió de hombros, dejando que Belle babeara su cuello. Belle tenía algo con el cuello de Adam, lo adoraba. Bella en cambio, amaba sus orejas.

—¿De verdad tengo que seguirla? —preguntó papá luego de ver los intercambios babosos de Belle con el cuello de Adam—. Ella pidió distancia. No cree que Susan solo llegó a la casa porque estaba deprimida. No fue mi intensión quedarme dormido en el mismo lugar que ella.

—Regla número uno —respondió Adam—: La mayor distancia que puede haber entre los dos es del tamaño de una uña de bebé. Así que persígala, aunque pida espacio. Claro, hay que saber cuándo retirarse. Por ahora, simplemente sígala a todas partes y hágale saber que usted va a estar allí.

Papá suspiró, poniéndose de pie.

—Está bien, iré tras ella. Gracias por tus consejos, hijo. Espero que Cecile no me mate cuando sepa que aún estamos casados.

Papá palmeó la cara de Adam. Él simplemente sonrió.

Me despedí de mi padre y su drama con mi madre, mientras tanto, saqué a Bella del cochecito y la acomodé en mis piernas.

—¿Mi padre te acaba de llamar "hijo"? —pregunté aun sin podérmelo creer.

—Así es. Pero no te preocupes, un movimiento en falso y me rompe la mandíbula como la vez pasada.

—Te lo merecías.

—Yo sé, nena. Yo sé.

—¿Nos vamos a casa? —pregunté.

Adam asintió con la cabeza.

—Es hora de ir a casa. Por cierto, Shio llamó hace un par de horas a tu celular, lo dejaste en la cama.

—¿Qué quería?

—Simplemente molestar por lo mismo de siempre.

—¿Sigue con lo del calendario?

Adam asintió con la cabeza.

—¿Cómo es posible que ella encontrara ese calendario? Era únicamente para tus ojos.

Me encogí de hombros, realmente apenada. Shio llegó de visita hace unas semanas, le pedí buscar por algo de ropa en uno de los armarios, olvidando por completo que allí guardaba el calendario erótico que me había dado Adam, y ella lo encontró casi de inmediato.

Terminó por llevárselo a escondidas, todavía no lo devolvía.

Ahora Rita sabía sobre el calendario.

Y también Mindy.

Y Mirna, quien pagaba una gran suma con tal de verlo. En general, era mi culpa.

—No sé cómo lo consiguió —comenté, sin decirle nada más.

—Bueno, será tu culpa si mi abuela se llega a enterar de él. La pobre anciana sufrirá un colapso.

—Ya seremos dos.

Adam me ayudó a ponerme de pie, colocando a las gemelas de nuevo en su cochecito.

—¿Te puedo preguntar algo? —hablé mientras caminábamos hacia el auto—, si te hubiera pedido el divorcio, ¿hubieras hecho lo mismo que hizo papá?

Él no dijo nada por unos segundos, luego sonrió como lobo mientras pensaba en el asunto.

—Definitivamente. No te hubiera querido lejos de mi vida. Nunca.

—Oww, te has vuelto sensible.

—Me has vuelto romántico.

Tomé su brazo mientras él llevaba el cochecito de las niñas. Descansé mi cabeza en su hombro mientras caminábamos lentamente.

—Hubo un momento en que pensé que ese era el único final que podríamos tener —admití dolorosamente.

—Nena —él besó mi cabeza—. No existe final entre nosotros, nunca existirá, ¿recuerdas? Además, no podía dejar que fuera de esa manera.

—No podemos ser eternos, Adam.

—Pero quiero ser eterno a tu lado, Anna. Déjame serlo. Prometo largas duchas y sesiones de besos intensos, incluso prometo no llevar nada de ropa, si es lo que quieres.

—Ya me lo habías mencionado antes, sigo creyendo que nadie es eterno en esta vida, Adam.

—¿No eras tú la que dijo que escribiría nuestra historia? Hasta te había dicho que consideraras a David Bekham para el papel.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Escribe una historia sobre nosotros, quedaremos inmortalizados en papel. Ya lo puedo imaginar. El título sería "Mi emocionante vida con Adam"

—El título nunca llevaría tu nombre. No seas presumido.

—Y dedicatoria: Para la pareja más cursi, irritante, terca, amorosa, maravillosa y necia que he conocido: Adam y Anna.

—Hay que hacer énfasis en irritante —comenté—. "Porque a pesar de todo siguen intentándolo, aprendiendo de sus errores (y volviéndolos a cometer una y otra... y otra, y otra, y otra vez)"

—Hay que hacer énfasis en una y otra, y otra, y otra, y otra, y otra vez.

—Hay que hacer énfasis en "ya cállate y bésame de una buena vez".

—Si eso es lo que quieres.

Entonces se inclinó para rozar sus labios con los míos, abriendo mi boca para profundizar el beso, su brazo tomando mi cintura mientras mis manos hacían nudos con su camisa.

Y aquí haríamos énfasis en cursi... pero delicioso. Muy delicioso.

—Allí está mi chica —murmuró cuando nos separamos—. Esos ojos bizcos que tanto amo.

—No los pongo bizcos.

—Como venado.

—No es así.

—Como Bambi.

—No es verdad.

Quedó en silencio por unos minutos mientras acomodaba a las bebés dentro del auto.

—Sí, lo es —susurró tan bajo que apenas pude escucharlo.

Rodé los ojos.

—Asno.

—Siempre y cuando sea el asno más lindo de la granja, no hay problema.

Lo era. Él era el asno más lindo. Pero nunca lo admitiría en voz alta.

Jamás.

¿Epílogo?

—Anna, despierta. Hoy es el día —susurró Adam en mi oído.

De mi parte gruñí y me di vuelta sobre la cama, quedando boca abajo, dándole la espalda.

—Quiero dormir —me quejé—. Ve tu solo, yo me quedo.

—Mmm... no creo que funcione. Arriba, arriba dormilona.

Después de eso plantó un beso en mi hombro izquierdo, metiendo su mano bajo el cobertor y deslizándola luego debajo de la vieja camiseta que había tomado de su cajón. Como no llevaba nada más que la camiseta le fue fácil llegar a donde quería.

Sus dedos acariciaron la piel de mi espalda y subieron muy lentamente hasta descansar en el costado de mi pecho, haciendo movimientos tentadores.

—No lo hagas —murmuré de mala gana. Pero de igual forma él lo hizo, su mano se coló por mi pecho y comenzó a darle suaves caricias que pronto me robaron el aliento y me hicieron despertar poco a poco mientras lo sujetaba con fuerza.

—Adam... no —me quejé mientras me daba la vuelta y comenzaba a elevarse sobre mí.

—No, ¿qué? —preguntó él con fingida inocencia.

Muy fácilmente levantó mi camisa hasta mi cuello y su boca tomó el lugar de su mano.

Este hombre era mi perdición. Este hombre y su boca.

Sentía que no tenía el control de mi cerebro así que comencé a murmurar cosas poco claras cada vez que sus dientes mordían o su lengua experta hacía maniobras para enloquecerme. Llevé mis manos sobre su cabello y comencé a tirar de él haciendo notables esfuerzos. Jadeé cuando llevó su mano por mi estómago y comenzó a descender cerca de mi ombligo.

—Adam... las niñas... —jadeé realmente fuerte.

—Shhh —respondió él, divertido con mi expresión—. Vas a despertar a toda la casa con esos soniditos tan sensuales que salen de tu boca.

—Se van a despertar de todas formas —me quejé cuando bajó su cabeza de nuevo para tomar prisionero a uno de mis pechos. Sus manos, que minutos antes exploraban mis zonas bajas, ahora tomaban con arrebato mis caderas y las movieron a su ritmo.

Él llevaba puesto su pantalón de pijama, pero moría porque se deshiciera de él.

Mi respiración se estaba volviendo errática a medida que su boca continuaba con el trabajo; mi espalda se elevaba cada vez que tocaba los lugares correctos.

Entonces, como un balde de agua fría, alguien llamó a la puerta de manera insistente.

—¡Mami, papi! —gritó una vocecita al otro lado—. Quiero entrar.

Adam detuvo sus movimientos, liberando mi pecho de su boca muy lentamente y deslizando su mano de nuevo a lugares más seguros.

—Recuérdame comprar un seguro doble para la puerta —habló él luego de unos momentos.

—¡Papi, está cerrado! —repitió la misma voz.

—¿Por qué, en la vida, se tienen que levantar tan temprano? —siguió diciendo Adam.

Me reí en voz alta, retirando ciertos mechones de pelo de su frente.

—Debe ser Bella. Adora despertar antes que todos —murmuré.

Él suspiró y pronto se puso de pie.

—¡Ya voy, nenita! —gritó. Me dio un último beso en la boca, metiendo su lengua hasta el fondo y tomando mi rostro con una mano, dejándome mareada —. Yo me encargo.

Me liberó y se movió para abrirle la puerta a una Bella que esperaba impaciente. Sabía que era ella porque de pequeña se golpeó su nariz, ahora la nariz de Bella tenía una diminuta cicatriz que la hacía diferente a la de su hermana.

Como pude, me acomodé nuevamente la ropa y le sonreí a nuestra pequeña de cinco años cuando entró corriendo como un remolino a través de la habitación, usando su pijama rosa de conejitos.

—¡Mami, mami, mami! —chilló. Se abalanzó sobre la cama y comenzó a saltar en ella—. ¡Hoy es el día! ¡Hoy es el día!

—Nenita —comentó Adam, cargándola entre sus brazos, levantándola del suelo—. No saltes en la cama de papi y mami. Es una reliquia.

—¿Qué significa reliquia?

—Significa viejo, pero valioso.

—¿Tu cama de Gokú es vieja pero valiosa?

Adam asintió con la cabeza, compartiendo sabiduría milenaria con la pequeña Bella.

—Ve despidiéndote de la cama, ya vio sus mejores momentos —lo amenacé. Este era el colmo, quise deshacerme de la cama hace más de un año atrás, pero ciertas personitas se oponían. Era suficiente.

—Me diste plazo hasta la otra semana para conseguir una cama "normal".

—Sí, pero me gusta recordártelo para que no haya problemas con el envío.

Adam suspiró audiblemente.

—Mami ya no quiere dormir en la cama de Gokú —afirmó Bella, sonriendo al vernos.

—No, nenita. Mami quiere algo aburrido.

—¿Por qué no pides una de mariposa? Belle y yo amamos las que nos compraste.

Adam dio un pequeño beso en su frente.

—Yo sé que sí. ¿Y tu hermana? ¿Sigue dormida?

La niña asintió enérgicamente.

—Belle sigue dormida —respondió ella saltando esta vez desde los brazos de su papá—. Creo que volvió a orinarse sobre la cama.

—¿Qué les dije sobre beber agua antes de dormir? —la regañé—. Ayer fuiste tú, cariño. Ya están grandes, si quieren hacer pipí tienen que correr al baño, como les enseñé.

La niña me miró con sus enormes ojos verdes, haciendo un puchero.

—Ya lo sabemos mami. Pero no lo podemos detener.

—Bien, iré a ver a tu hermana.

Intenté ponerme de pie, pero Adam me detuvo con una mano.

—Iré yo —dijo—, quiero hablar con estos dos pájaros madrugadores.

—Oye, papi. ¿No te parece graciosa la palabra pipí?

—Mmm... me da más risa la palabra popó. Por cierto, cuando eras realmente pequeña te encantaba hacer popó en mí.

La niña se echó a reír con fuerza.

—¡Mentiras!

—¡Es cierto!

La pequeña negó con la cabeza, todavía riendo.

—No es verdad, papi. ¿Sabes de dónde viene la popó?

Las gemelas estaban en la etapa de las preguntas, querían saberlo todo.

Un día vinieron a casa después de sus clases de ballet, y me preguntaron si sabía de dónde venían los bebés. Para mi suerte, Nicole salió al rescate:

—Es obvio que los bebés vienen cuando un papi y una mami se besan por más de treinta minutos. Pero eso sí, solo resulta si son mayores —había dicho ella, guiñándome un ojo cuando recordaba las mentiras que le había dicho Adam sobre los bebés hace años atrás.

—¿Qué edad hay que tener? —había preguntado Belle—. ¿Quince, igual que tú?

—Nop, hay que tener por lo menos veintisiete —contestó Nicole.

Las niñas habían hecho un exagerado O con la boca totalmente abierta.

—¿Qué edad tienes tú, mami? ¿Tienes veintisiete?

—No, bebés. Pero basta de preguntas. Son muy curiosas.

—Oye, mami, ¿qué es el sexo? Escuché a la abuela decirle al tío Thomas que desde ahora le enseñaría todo sobre el sexo oposuesto.

Suspiré al pensar en mamá. Esta era la última vez que dejaba a las niñas a su cuidado.

—Sexo opuesto —la corregí—, y no es nada. Tu abuela está un poco mal de la cabeza.

—También dijo que le iba a cortar las pelotas al abuelo —repitió Belle—. ¿Cuáles son las pelotas del abuelo? Yo no le he visto ninguna en la casa, ¿se parecen a las que tú y papá nos compraron?

A eso le siguió toda una plática sobre pelotas que no eran pelotas, sino que eran... pelotas. Eso.

Regresando a la actualidad, Adam me miraba con diversión mientras cargaba a Bella y la sacaba de la habitación para ir en busca de su hermana mientras tenían una acalorada conversación sobre la popó y de dónde provenía.

Solté el aliento cuando me dejaron sola y me relajé en la cama, pensando que hoy era el día. ¡Hoy era el día!

Sonreí con todas las fuerzas.



—Mami, ¿cómo conociste a papi? —preguntó la pequeña Belle. Usualmente siempre nos preguntaban este tipo de cosas.

Nos encontrábamos en el vehículo de Adam, de camino a recoger a Nicole del centro comercial porque había salido con sus amigas; las gemelas se encontraban muy bien aseguradas en el asiento de atrás mientras comían helado que les habíamos comprado en el camino.

Observé a Adam con diversión antes de responder a esa pregunta.

—Él me golpeó en la cabeza con un balón. Golpeó tan fuerte que me desmayé por unos instantes.

—¿Papi, golpeaste a mami? —gritó Belle.

Las mejillas de Adam se pusieron de color rojo.

—No fue así —comentó—. Mami era demasiado guapa y distrajo tanto a papi que no se fijó cuando la golpeó por accidente en la cabeza.

—La tía Marie nos dijo que mami le robó el novio. Dijo que ella hubiera sido nuestra mamá si papi y ella continuaban juntos, ¿es verdad eso?

Torcí el gesto, al igual que lo hizo Adam.

—¿Dónde viste a la tía Marie? —pregunté. No sabía de ella desde hace ya varios años, lo último que escuché fue que contrajo una enfermedad y/o que estaba embarazada y que simplemente le dio el bebé a su madre para que lo criara mientras ella desaparecía del mapa.

—Llego a casa de la abuela, pero la abuela la sacó rápido de su sala. No sabía que tenía una tía de pelo naranja —confesó la pequeña mientras daba una lamida a su helado.

—Y no la tienen —contestó Adam, furioso—. No quiero que vuelvan a tener contacto con esa mujer, ¿está entendido? Si la vuelven a ver quiero que griten "ladrona" con todas sus fuerzas.

Ambas niñas asintieron al mismo tiempo.

—¿Pero es verdad? ¿Ella hubiera sido nuestra mamá? —insistió la pequeña.

Adam sujetó con fuerza el volante del auto mientras las observaba por el retrovisor.

—No es cierto. Ustedes no tuvieran esos hermosos ojos o esas hermosas caritas si no fuera por la combinación de mami y papi. No quiero que le crean nada a esa mujer.

—Bien. Estoy confundida. Pero la ignoraré, así como ignoro a Rebecca, la que roba mis crayones y luego quiere vendérmelos —confesó la pequeña—. Pero prometo gritarle ladrona si la volvemos a ver.

—Perfecto —murmuró Adam—. Y de Rebecca ya me encargaré yo. En mi tiempo de juventud solía hacer muy buenas venganzas; tal vez esos tiempos vuelvan.

—Nada de usar la violencia —le dije, deteniendo sus planes—. Nada de venganzas.

Adam resopló, riendo a grandes carcajadas.

—Habla la que se vengó muy cruelmente de Ros... —se detuvo cuando notó mi expresión de completa molestia.

—¿De quién? —pregunté, retándolo a que dijera el nombre. Era increíble como una persona podía arruinar un nombre tan simple y hacer de él lo más odiado e impronunciable.

—De nadie, nena. Ignora lo que dije. Ignórame como Belle ignora a Rebecca, la roba crayones.

Lo ignoré por el resto del camino, tal y como me dijo que hiciera.

—La tía Rita nos dijo que ustedes peleaban bastante —comentó Bella luego de unos minutos—. ¿Están peleados ahora? No quiero que peleen.

Suspiré al escuchar sus confesiones.

—No —respondí—, no estamos peleados. A papi le divierte mucho provocar a mamá, pero no estamos peleados.

—¿Es cierto que peleaban mucho?

—Para nada, nenita —comentó Adam—. Amo a tu madre con locura, y ella lo sabe.

Sonreí ante sus palabras, recordando que no siempre fue fácil, pero que tampoco fue imposible de superar... A excepción de aquellas veces, aquellas cuando Adam era Adam y yo era inevitablemente yo.

El primer año de casados fue el más difícil, la luna de miel no fue agradable, pero la superé y la dejé atrás cuando él me regaló otra en su lugar. Aunque la arruinó cuando entendí su propósito original, todavía le reprochaba por eso.

1er Año de casados

—¿Tu madre ya solucionó el problema con tu padre? —preguntó Adam.

Negué con la cabeza mientras intentaba ponerles la ropa a las gemelas. Era imposible ya que seguían corriendo y cayéndose por toda la habitación.

—Siguen enojados desde la última vez. Papá finalmente tuvo el valor para decirle a mamá que seguían casados. Ella está tramitando el divorcio... de nuevo.

—Tal vez sea lo mejor, tu hermano menor hubiera crecido en medio de tantas peleas.

Mordí mi labio y asentí en acuerdo.

—Por cierto, Adam —comenté, saliéndome del tema—. ¿Cuándo nos traerán nuestra nueva cama? Es suficiente de dormir con Gokú a la par, mirando cada cosa que hacemos.

Adam sonrió como lobo.

—Ya pronto. Y no entiendo qué tienes en contra de Gokú, el tipo merece un monumento.

—Eres muy extremo, ¿lo sabías?

—Tal vez él nos traiga al pequeño Noah este año...

—¡Ni se te ocurra! —lo detuve a mitad de oración—. No podemos ahora con dos terremotos, peor si le agregamos un tercero. Nop.

—Está bien, está bien. Solo quería ver tu reacción. Es todo.

Me crucé de brazos, fulminándolo con la mirada.

—Ni se te ocurra.

—Tranquila nena, yo solo decía —se quedó en silencio por unos minutos mientras me veía acomodar la ropa de las niñas en su respectivo armario—. Anna, ¿ya pensaste en algún lugar para pasar nuestra segunda luna de miel?

—¿A qué viene la pregunta? Todavía no lo sé. Solo espero que no intentes recrear el mismo del año pasado.

El solo recordarlo le traía amargura a todo mi cuerpo.

—Para nada. ¿Qué te parece si vamos a Austria?

—¿Qué hay en Austria?

—Está Viena.

—¿Y qué hay en Viena?

—Pues verás, estuve leyendo el otro día sobre una famosa estatua de la fertilidad. Dicen que trae buena suerte si la tocas; tal vez podamos...

—No —lo interrumpí—. Ya sé por qué camino vas, pero te digo que Noah puede esperar.

—Pero es Noah...

—Dije que no. Si fueras tú el que se pudiera embarazar, entonces lo aceptaría totalmente.

—De acuerdo, muy bien —respondió él, resignado—. Pero el otro año...

—Aggg.

2do año de casados

Vomité de nuevo sobre el retrete. Esta era la segunda vez que lo hacía por este día.

Adam fue paciente conmigo y me ayudó a levantarme del suelo y asear mi boca, pero eso nunca quitaría el hecho de que odiaba vomitar. Odiaba esa sensación de sentirme enferma.

—¿Quieres que te alcance tu cepillo de dientes? —me preguntó él.

Simplemente asentí con la cabeza.

—Por favor.

Me cepillé los dientes con mucha paciencia y, cuando me sentí mejor y las náuseas pasaron, golpeé el hombro de Adam.

—¡Esto es tu culpa! —grité.

—¿Mi culpa? ¿Te hizo mal la comida? Es la que preparó Rita cuando te vino a visitar ayer.

Lo volví a golpear en el mismo lugar.

—No es por la comida —lo golpeé de nuevo—. ¿Por qué me tenías que convencer de ir a Viena? Tú y tu estatua de la fertilidad. Sabía que no debía ir contigo.

Le di otro golpe en el hombro.

—¿Qué tiene que ver la estatua de la fertilidad en esto?

Me sostuve el estómago cuando sentí nuevamente las ganas de vomitarlo todo.

Respiré hondo para que las náuseas pasaran y me moví lentamente en dirección a la cama para descansar.

—Tiene mucho que ver —murmuré de mala gana—. Creo que... creo que estoy embarazada, tengo un retraso y no he dejado de vomitar.

Admitirlo, con las gemelas siendo tan pequeñas todavía, me daba dolor de cabeza.

—¿Estás embarazada? —Adam amplió mucho los ojos y sonrió como bobo—. ¡Sí! Anna, esas son buenas noticias. Eso quiere decir que Noah viene en camino.

—O quiere decir que estás a un paso de ser golpeado con mi almohada. ¡Te dije que todavía no era el tiempo!

—Oye, hacen falta dos para bailar un tango.

—Sí, claro. Pero no es un juego justo si alguien reemplazó mis pastillas anticonceptivas con vitaminas, no fue un tango si la otra persona no sabía siquiera que estaban bailando.

—No las reemplacé, te lo aseguro.

—Sí lo hiciste. ¡Mamá me lo confesó todo anoche cuando vino a dejar a Thomas!

—Te estoy diciendo que yo sería incapaz de hacerlo. No lo hice. Tu madre está mintiendo.

—¿No lo hiciste?

—No. Respeto la decisión que tomaste, Anna. Entiendo que todavía no quieras a otro bebé en nuestras vidas. No tomaría esa decisión sin tu consentimiento previo.

Asentí con la cabeza.

—¿Entonces cómo me embaracé?

—¿Quieres la respuesta detallada?

Lo exterminé con la mirada.

—Ni se te ocurra.

—Bien, bien. ¿Quieres que vayamos al médico para salir de dudas?

—Sí, sería estupendo.

No fue necesario ir al médico ya que cierta visita apareció esa misma tarde, sacándome de dudas acerca de mi retraso. No, no era ningún Noah, fue más bien una infección estomacal. Adiós Noah y hola infección estomacal.

—El próximo año, vamos a Francia. A visitar la tumba de Victor Noir, escuché que, si frotas su entrepierna varias veces, tienes mayores posibilidades de quedar embarazada.

—Ni loca.

3er año de casados

—¡Te lo repito de nuevo! —grité en su cara—. Deja de reemplazar mis pastillas anticonceptivas. Sé que has sido tú todo este tiempo, mamá.

—Pero calabaza, estás a buen tiempo para tener tu segundo... bueno, tu tercer bebé.

Enrojecí de la cólera. Thomas, mi hermano menor, que se encontraba jugando con las gemelas, se había acercado para reírse de mi expresión.

—Es mi decisión por ser tomada, gracias —le respondí de mala gana a mamá.

Sujeté a Thomas en mis brazos, besando su cabeza. Casi al instante las gemelas llegaron corriendo a mi lado, queriendo que dejara a Thomas para sostenerlas a ellas. Eran estas pequeñas cosas posesivas.

—Lo siento —admitió mamá—, prometo no volver a hacerlo. Pero, lo más curioso es... ¿por qué no has quedado embarazada si las he reemplazado tantas veces? ¿Adam está siendo cumplidor en la cama?

Me sonrojé enormemente.

—No pienso responder a eso.

—Pero, calabaza. Tu padre y yo éramos como conejos en todos nuestros primeros años de casados...

—Ahh, no quiero escucharlo. Gracias, pero no, gracias.

Mamá abrió su boca para seguir comentando su vida sexual con papá, pero fui salvada por el timbre de mi celular. Era una llamada de Rita.

—¿Puedes cuidar a las niñas por mí mientras hablo con Rita por unos minutos? —pregunté, levantándome de la mesa en la que nos encontrábamos, comiendo del pastel de fresas que había comprado recientemente.

Mamá asintió con la cabeza.

Busqué el lugar menos ruidoso dentro de la casa y tomé la llamada.

—Hola, Rita.

—Eres malvada —chilló mi amiga en el teléfono—. Eres mi inspiración, ¿lo sabías?

—Y la mía —gritó Shio al fondo.

—¿De qué hablas? —pregunté—. ¿Shio está contigo?

—¿Cómo que de qué hablo? ¡Pues de Rosie! Y sí, Shio y Mindy, mis nuevas compañeras de hogar, me acompañaron al concierto que tuvo el grupo donde toca Key.

—De acuerdo, pero sigo sin entender a lo que te refieres. ¿Qué pasa con esa mujer?

Rita pegó un chillido monumental.

—¡Lo que hiciste fue muy... demasiado bueno! —gritó sin contener la emoción.

—¿Qué hice?

—Obviamente fuiste tú la que copió su número de teléfono en todos los lugares públicos habidos y por haber. Te envío una foto para que mires, acabo de ver uno grabado en la pared de un baño.

Entonces, a los segundos, ya me encontraba recibiendo una notificación con una imagen adjunta.

—Mírala, está muy buena.

Me despegué del teléfono por unos instantes y observé lo que Rita me había enviado.

Era la imagen de una puerta maltratada en donde se leían obscenidades, pero entre todos destacaba un anuncio escrito con un llamativo color rojo:

¿Quieres pasar un buen momento? Sólo tienes que llamar al siguiente número. Se hace de todo: trabajos manuales, anal, posiciones del yoga invertido, misionero estándar, y cualquier petición extra. Solo tienes que llamar y decir cómo lo quieres... ¡y lo tienes!

Pregunta por Rosie Makowski ;)

Luego ponían información de contacto, su número de teléfono y hasta su correo electrónico con una fotografía reciente. Todo bien asegurado y pegado en la misma pared.

Llevé de nuevo el teléfono a mi oreja.

—¿Por qué dices que está en todos los lugares públicos? ¿Y por qué asumes que fui yo?

Rita resopló muy audiblemente.

—Si voy al baño de un restaurante, ¡Bam! Allí está el anuncio. Si voy a la gasolinera... ¡Bam! Anuncio. Si voy a una tienda de ropa, en los probadores ¡Bam! No encuentras a un Zac Efron, pero sí encuentras hojas de papel con el mismo enunciado sobre los servicios de prostitución de Rosie. Chica, tú llenaste la ciudad con la cara de esa bestia. No sé cómo hiciste tampoco para meterte en los baños de hombres, pero Key ya me ha confirmado que los ha visto por allí también.

—Pero... pero yo no fui. No sé de ella desde hace mucho tiempo. Desde que nos visitó en casa, y Adam la sacó, ella nunca regresó. ¿Dónde se supone que conseguí toda su información personal?

—Pues si no fuiste tú, debo agradecerle a la divina divinidad por el milagro. Ella no deja de molestar a Key para decirle que hay gente extraña llamándola y pidiéndole cosas exóticas. Ya cambió de número de teléfono al menos unas tres veces y, por alguna extraña razón, el número siempre se actualiza en los anuncios que están escritos en los baños. Ya lo comprobé.

La risa de Rita se escuchó aún más allá del teléfono. Me reí con ella.

—Gracias, divina divinidad —dije en voz alta—. Pero en serio, yo no fui. Espera, ¿Rosie sigue llamando a Key? Y oye, ¿No me habías dicho la semana pasada que Key y tú ya no estaban saliendo?

—Bueno —ella hizo una pausa—. Lo que pasa es que entre Key y yo todo es complicado. Rosie sigue diciendo que el papá del bebé es Key y no Diego. ¡Incluso lo obligó a hacerse pruebas de paternidad! Y dieron los mismos resultados: Key no es el padre.

—A eso llamo yo ser pegajoso. ¿No has hablado con ella? De seguro con una de tus amenazas reflexiona.

—Créeme, ya lo hice. Hasta hablé con Diego que, por cierto, me ha preguntado por ti.

Llevaba mucho tiempo de no saber de Diego. Llamaba a sus abuelos, que eran grandes personas conmigo, pero no sabía qué había sido de él y la Sra. Ross nunca lo mencionaba tampoco para no remover viejos rencores.

—Creo que él de verdad se siente arrepentido —murmuró Rita después de un momento.

—Me alegra, y se lo merece. Pensé que era un amigo, pero resulta que simplemente quería salvar su pellejo de la responsabilidad, haciéndome sentir tan mal con todo lo que estaba pasando con Adam.

—Aggg, hombres. No hay duda que son de otro planeta. En especial Key, lo más seguro es que... no, espera, ya no sé qué es lo más seguro entre él y yo.

—Eso es triste, lo lamento de verdad.

—Bueno, solo llamaba para decirte eso. Oh, y si la llegas a ver alguna vez, a Rosie, no le digas que soy yo la que le envía pescados muertos a su casa todos los viernes.

—Rita... el pescado ya está muerto desde el momento que dices pescado —la corregí.

—¿Y cómo le dices al pescado cuando está vivo?

—¿Le dices pez?

—Mmm, suena más dramático si le digo "pescado muerto". Me quedo con ese. Hasta luego, hermosa. Llegaré mañana para ver a mis sobrinas y corromperlas con dulces.

Suspiré de mala gana.

—Está bien. Y de nuevo, yo no soy la que puso la información de Rosie.

—Claaaaro.

Me despedí de ella y regresé de nuevo con mamá.

4to Año de casados, casi 5to

—Sabía que te gustaría Paris —murmuró Adam, besando mi oreja y haciendo pequeños sonidos exóticos mientras yo miraba la única fotografía que pude tomar en donde aparecía la Torre Eiffel.

Me separé como pude y lo fulminé con la mirada.

—Pensé que me llevarías a los típicos lugares románticos una vez que estuviéramos allí. Veo que me equivoqué.

—Ser original es mucho mejor, nena.

—Pero, ¿llevarme al cementerio? ¿De verdad?

Adam nos había llevado a toda la familia a Paris hace un par de meses atrás. Nicole y las gemelas fueron las que más lo disfrutaron porque se quedaron haciendo turismo con una muy obsesionada Rita mientras cuidaba de ellas.

Yo por mi parte me sentí agobiada cuando en realidad él me había llevado al cementerio, a frotarle las partes privadas a una estatuada de un tal Victor Noir. Se decía que frotar la entrepierna de la estatua traía una vida sexual saludable y altas probabilidades de fertilidad. Se suponía que tenía también que besar sus labios, pero ni loca iba a poner mi boca allí.

—Visitar la tumba de Victor fue lo mejor de todo el evento —comentó Adam.

Volví a fulminarlo.

—Rita subió a la Torre Eiffel y comió en un *bistró* elegante. Yo le froté las partes a un objeto inanimado.

—Pero disfrutamos mucho después de eso, solos, en la noche. Toda la noche —afirmó, elevando sus cejas de manera sugestiva.

Me puse roja, tanto de la ira como de la vergüenza al recordarlo.

—No fue gracias a la estatua, Adam.

—En gran parte sí...

—No lo fue.

Lo dejé en medio de la discusión y me movilicé a la cocina para tomar una hermosa manzana verde que parecía llamarme a gritos. La comí tal y como me gustaba, con sal y otros condimentos. Sabía deliciosa.

—Dime, nena —comenzó Adam—. Yo no recuerdo que te obligara a frotar su entrepierna.

—¡Me empujaste al suelo! —hablé con la boca llena—. No me quedó otra opción más que poner la mano sobre su entrepierna abultada. Eso fue asqueroso, y había demasiadas personas viéndonos.

—Fue pura cuestión de táctica. Además, esas personas iban a frotar de igual manera la reverenda entrepierna del hombre.

Me terminé la manzana en cuestión de cinco minutos. Deseaba otra.

—Pero, de todas formas —me quejé—, eso no se hace.

Creo que observé la segunda manzana con tanta hambre que, Adam tuvo que pasármela. Me miró detenidamente antes de dármela.

—Esto es curioso —comentó—. Las únicas veces que te vi comiendo manzanas verdes fue cuando estabas embarazada de...

Se detuvo a mitad de frase, y yo me abstuve de morder la manzana.

Mierda.

Era verdad.

Oh no, oh no. No, no, no.

—Adam, no estoy embarazada —finalicé, abandonando con mucho pesar mi manzana—. Mi cuerpo me lo haría saber.

En definitiva, nop. No estaba embarazada, pero de igual forma quería esa manzana.

—¿Estás segura de eso? —él se acercó a mí, inclinándose para susurrarle a mi vientre—: ¿Noah, estás allí?

Retiré la mano que él había puesto y le di un pequeño golpe en la frente.

—No seas ridículo. No estoy embarazada.

—Si tú lo dices...

5to año de casados, a principios.

—Anna, dime que sí, por favor —suplicaba Nicole, sus labios color cereza hacían un puchero mientras ella juntaba sus manos en forma de súplica—. Solo tienes que hablar con Adam.

—No lo voy a hacer.

—Eres la única que lo puede tranquilizar.

—¿Quieres que me mate? Le tienes que decir tú. Y mejor díselo ahora porque si se entera que vas a una cita con un chico, él se enfadará como nunca.

—Es que a él no le han caído bien los otros chicos que le he presentado —dijo ella. Su hermosa cara mostrando las quemaduras que había sufrido cuando era pequeña. Aún con todo y sus cicatrices, los chicos eran atraídos por su dulce carácter y su exótico color de ojos verdes.

—Entonces asegúrate de presentarle al que actúe correcto.

Ella frunció el ceño.

—Puedes invitarlo a cenar con nosotros esta noche —sugerí, suspirando—. Le puedes decir a Adam que el chico será tu cita para mañana en el cine. Es una pre-presentación. ¿Te parece?

—¿Crees que funcione?

Asentí con la cabeza.

—¿Qué puede salir mal?

Horas más tarde me lamenté de la decisión.

Adam no estaba muy tranquilo cuando le conté quién nos acompañaría a cenar, frunció el ceño de principio a fin y murmuró cosas sobre sacar el bate de béisbol que tenía guardado para ocasiones como esta. La cita de Nicole llegó puntual para la cena, se había presentado en su propio auto, con su cabello rubio cenizo bien peinado y hasta con una buena camiseta que, contrario al chico anterior que Nicole presentó, sí creía en el uso de las mangas.

Las gemelas adoraban el drama y se reían de su hermana mayor, cantándole canciones sobre besos y chicos que sacaban la lengua para besar; eso no le hizo mucha gracia a Adam.

—Y cuéntame, ¿Fabián? —comentó Adam, en medio de la enorme mesa del comedor, con todos sentados alrededor y devorando un jugoso pedazo de carne—. ¿Quieres salir con mi hija?

—Es Faviel, señor, y sí quiero salir con ella mañana —contestó un muy nervioso y algo intimidado Faviel.

—¿A dónde la vas a llevar?

—Al cine.

—¿Qué van a ver?

—Están presentado la nueva película de Disney sobre...

—¡Mentiras! —gruñó Adam, golpeando la mesa con su puño. Ambas, Nicole y yo, nos encontrábamos nerviosas—. Yo solía hacer esas técnicas cuando tenía tu edad. Sé lo que "Películas de Disney" significa.

—¿Es por eso que tiene la cara de Bambi tatuada en el brazo? —se atrevió a preguntar el muchacho.

Adam lo fulminó con la mirada.

—El que hace las preguntas aquí soy yo. ¿Cuáles son tus intensiones con mi hija?

—Bueno, señor... yo espero llegar a conocerla mejor.

—Ya la conoces. No se necesita gran ciencia.

—Quiero conocerla más.

—¿Más? —Adam resopló.

—Adam, contrólate —le susurré.

Él decidió ignorarme.

—Vamos a hacer algo, te haré un sencillo interrogatorio sobre Nicole, para ver si de verdad mereces salir con ella —dijo él, comiendo de manera furiosa—: ¿Cuál fue la primera mascota que tuvo Nicole cuando era niña?

—¿Qué? —respondió un aturdido Faviel

—Te doy cinco segundos para responder, no los desperdicies.

—Emm, ¿un gato?

—Cinco, cuatro...

—¿Un cuervo?

—¿En serio? ¿Un cuervo? Error, fue un perro —respondió un muy malvado Adam—. También tuvo una mofeta de mascota, pero el perro fue el primero.

—¡Se llamaba Carlo! —comentó Belle, riéndose con su hermana.

Las silencié.

—Segunda pregunta —Adam señaló con su tenedor hacia el muchacho—. ¿Cuáles eran los cantantes favoritos de mi hija cuando era pequeña?

—Eh, ¿Zoboomafoo? Esos eran los míos.

—Estás tan equivocado, chico.

—Adam, basta con el interrogatorio —lo interrumpí—. No es justo preguntarle eso cuando él ni siquiera lo sabe. Suenas igual que mi padre cuando lo llevé a conocer tu casa.

—Tu padre fue muy sabio al hacerme esas preguntas —dijo él—. Ninguna de mis hijas tendrá una cita con un flojo, holgazán que usa los pantalones por debajo de las caderas. ¡Fabián, levántate de la mesa inmediatamente y muéstrame tus pantalones!

—¡Adam! —gritamos Nicole y yo al mismo tiempo.

Faviel hizo caso y se levantó del asiento, elevando sus manos al aire para enseñarle a Adam que sí usaba sus pantalones de la manera correcta y que incluso usaba un cinturón.

—Señor, créame que cuidaré de Nicole.

—¿Cuántos años tienes? —lo interrumpió Adam.

—Acabo de cumplir dieciocho. Señor.

—¿Dieciocho? Mi Nicole tiene apenas quince años. No quiero que salga con un pervertido mayor de edad.

—Pero le estoy diciendo que solo quiero llevarla al cine...

—¡Al cine donde todo es oscuridad! Jamás, muchacho, jamás.

—Pero la película es...

—No.

—Yo quiero conocer a Nicole, y aunque usted lo prohíba, siempre encontraré una manera de verla. El destino es el destino y a veces hay que dejar que se joda.

Faviel se dio cuenta muy tarde de sus palabras y rápidamente se tapó la boca con las manos.

Observé la expresión de adoración en el rostro de Nicole.

Adam se levantó de la mesa, en toda su altura y con el rostro lleno de barba sin afeitar por más de una semana. Se miraba sexy... pero intimidante.

—¿Qué me acabas de decir? —preguntó él, furioso.

—Señor, yo... —el coraje de Faviel huyó momentáneamente—. Es que... Señor.

—Adam —le pedí—, deja de intimidar al chico. Es suficiente.

—¿Qué es intimar, mami? —preguntó de repente Belle, haciendo a un lado los vegetales de su comida.

—Intimidar —la corregí—. Lo comprenderás cuando llegues a la edad de tu hermana mayor y quieras traer un chico a casa.

—Bien, bien.

—¿Por qué el cine es malo, papi? —preguntó esta vez Bella, imitando a su hermana y apartando los vegetales también.

Adam torció el gesto, tratando de componerse para responderle a su pequeña.

—Porque en esta casa tenemos una regla: mis hijas salen en citas solo cuando sean mayores de veintisiete años.

—Es cierto —confirmó Bella, Belle la respaldó asintiendo con la cabeza—. Papi dice que nada de novios hasta que cumplamos veintesete.... Vientesetei.

—Veintisiete —corregimos Adam y yo.

Faviel hizo una mueca y miró con nostalgia a Nicole.

—Hice lo que pude —murmuró de mala gana.

—¿Hiciste lo que pudiste? —habló Adam—. Te diré algo, chico, ya casi me tenías ganado con la frase del destino... que por cierto tiene derechos de autor porque yo la cree básicamente, pero darse por vencido me demuestra que no estás listo para salir con una chica Walker.

—¡Estoy listo! —gritó Faviel—. De verdad. Deme otra oportunidad; sabré todo lo que hay que saber de Nicole.

—Por favor, papá—suplicó Nicole. Sabía que Adam se volvía sensible cuando le decía papá, aun sabiendo que era su tío y que su verdadero padre no era una persona honorable que actualmente se encontraba con problemas de salud mental.

Adam suavizó su expresión, tomando asiento de nuevo y pidiéndole a la cita de Nicole hacer lo mismo.

—Bien. Los dejaré salir, pero ya que la película es de "Disney", iremos todos también.

—¡No! —gritó Nicole—. No seas así...

Adam la detuvo con una mano.

—Tranquila. Nos sentaremos en otro lado, les daremos privacidad.

Eso pareció tranquilizar a la joven pareja y se sonrieron el uno al otro.

—¿Hay trato o no lo hay? —preguntó mi esposo.

—De acuerdo, señor.

—Bien.

Después de eso la cena volvió a la normalidad, aunque Adam de vez en cuando daba miradas amenazadoras a Faviel. Pronto la noche iba terminando, todo parecía que iba bien, hasta que Faviel cometió el error de darle un beso en la mejilla a Nicole cuando se estaba despidiendo. Adam los había visto y juraba que sus labios estaban a un centímetro de los de ella.

Como celoso y posesivo que era, tomó del cuello al muchacho y lo enfrentó cara a cara.

—Mejor mantén tus labios fuera de los labios de mi hija, lujurioso. Eres mayor que ella, y el que te haya dado permiso de salir al cine no quiere decir que te haya dado completa libertad para hacer lo que quieras. Recuerda que te estaré vigilando. Siempre.

—Adam, deja al chico en paz —lo regañé—. Suéltalo. Tú eras peor que él cuando tenías su edad.

—Anna, ahora no. Recuerda chico: ¿vas al baño? Te estaré vigilando, ¿vas al club nocturno porque te crees hombre? Te estaré vigilando. Incluso cuando trates de ligar con otras chicas, te estaré observando. Tengo ojos en la nuca, tengo ojos hasta en mi tonificado trasero.

—Eres peor que mi padre —murmuré—. Déjalo ya.

—Papá, por favor —suplicó Nicole.

—Adam, reacciona. No lo vayas a golpear.

—¿Por qué no? Él se lo ganó —preguntó de mala gana.

—Porque...

—Este tipo es solo un vago. Veo que tienes un auto lujoso, ¿de dónde lo sacaste? ¿Eres estafador o algo?

—Adam, no exageres —lo regañé.

—¡Responde! —gritó él, todavía sujetándolo del cuello.

—Señor, yo... no —el chico estaba muy asustado—. Mi padre tiene dinero, él es dueño de varios hoteles.

—Adam, por favor, no...

—Ahora no, Anna.

—¡Estoy embarazada! —grité esta vez para que me prestara atención a mí.

Eso pareció hacer efecto porque pronto soltó al chico y fui dueña de toda la atención, no solo su atención sino también la atención de todos en la sala.

—¿Qué? —preguntó él sin parpadear.

Nicole imitó su expresión de tremenda sorpresa.

Asentí, enojada con Adam.

—Sí, ¿contento? Ahora suelta al chico y deja que se vaya.

—¿Qué es estar embarsada? —preguntó una de las gemelas, rompiendo el silencio.

Nadie respondió, en su lugar Adam finalmente hizo como le pedí y le indiqué a Nicole que rápidamente se llevara a Faviel. Después de eso él me siguió cuando yo corrí a la habitación y me alcanzó a tiempo, antes que cerrara la puerta en sus narices.

—Nena, ¿es verdad lo que dijiste allí? ¿Estás embarazada?

—¡Sí! Hoy me enteré de la noticia. ¿Ya estás feliz? Funcionó cada frotada de estatua de fertilidad a la que me llevaste.

Él se acercó lentamente, no queriendo perturbarme.

—¿Y eso es una mala noticia para ti? —murmuró realmente bajo.

—No lo es, pero hubiera deseado que no fuera tan pronto. Además, me pongo demasiado sentimental y extraña con tantas hormonas.

Mis ojos comenzaban a aguarse.

—¿Ves? —le enseñé mi cara—. Ya comienzo a llorar.

—Oh, nena. Eso es bueno, estás embarazada de otro bebé Walker. Vamos a dejar mucha herencia para la humanidad.

Adam me abrazó con fuerza, dándome un beso en los labios. Beso que no respondí.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—Es que... no quiero que se repita nada de lo que ocurrió con el embarazo de las gemelas.

—No se repetirá nada de lo que sucedió antes —aseguró él—. Te lo prometo. Rosie no será mencionada ni siquiera como nombre para algún veneno. Yo me aseguré de que así sea.

—¿Cómo? ¿Cómo te vas a asegurar de que así sea?

—Digamos que hablé con ella. En realidad, la amenacé. ¿Recuerdas cómo te conté que había amenazado a Marie? Bueno, use el mismo método con ella.

—Oh, ¿no fuiste entonces el que dejó su nombre y su número de contacto en todos los lugares público?

—Ya me habías preguntado lo mismo antes, y no, no fui yo. No sé cómo pensaste eso.

Me sorbí la nariz con fuerza.

—Yo sé que no fuiste tú, te tengo que confesar que... en realidad sí fui yo.

Adam se separó ligeramente de mí, aun sosteniéndome en sus brazos.

—¿Fuiste tú? ¿Pero cómo? Y lo más importante, ¿cuándo? Ni siquiera lo noté.

—Bueno... ocupé ayuda de alguien. No te vayas a enojar, pero Diego me pasa el número de teléfono de ella.

—Pensé que Diego y tú ya no se hablaban. ¿Debo preocuparme por eso?

—Sabes que no. Y quien me ayuda en realidad son Diego... y Key. Ellos son los que se encargan de actualizar en el baño de los chicos —admití con una enorme cantidad de vergüenza—. Pero si me tocas el tema nuevamente, lo negaré todo y dejaré de hablarte.

—Prometo no decir nada.

Adam hizo una señal como de cerrar un zipper con la boca.

—Y ahora, deja de intimidar a todos los chicos que pretenden a nuestra Nicole —lo regañé.

—¡Es una niña! Solo tiene quince años. Tartamudeaba hasta que cumplió nueve, y le costaba hablar aún a los diez; ella merece a alguien que le dé la misma calidad que ella da. Esa niña es oro, quiero a alguien mejor que el oro para ella.

Sonreí con afecto, sentía que se me formaban unas lágrimas en los ojos.

—Yo sé que así es, pero dale al menos la libertad de salir y elegirlo por ella misma.

—Me cuesta hacerlo —él suspiró en voz alta—. Pero por ti, nena, lo intentaré. Oye, ¿estás llorando de nuevo?

—Es el embarazo.

—Mmm... recuerda que si es niño le pondremos Noah.

Rodé los ojos.

—¿Y si es niña? —pregunté.

—Si es niña... me volveré loco porque, del estrés de cuidar a otra pequeña de acosadores o de futuros pervertidos, quedaré calvo y desquiciado.

Me reí con ganas.

—Espero que sea Noah entonces... nadie quiere a un Adam Walker calvo. Aunque yo te aceptaría de igual forma.

Besé su boca y estuvimos así por unos minutos más. Nunca me cansaría de los besos de este hombre.

—Ahora, nena —murmuró Adam—. Creo que dejamos a los pequeños terremotos solas, en la sala. Vamos antes que prendan fuego a toda la casa.

Me reí nuevamente y nos movimos a buscarlas.

5to año de casados, en la actualidad

Recogimos a Nicole del centro comercial, aunque claro, sólo yo sabía que acababa de verse con Faviel, su pronto-a-convertirse-en-novio chico.

Nicole era muy hermosa, con grandes ojos verdes muy similares a los de las gemelas. En su cara siempre se mantenían las viejas cicatrices, pero eso nunca le restó autoestima. Ella soñaba con convertirse en veterinaria desde que tenía diez años de edad, y seguía con la misma pasión en la actualidad.

Ella abordó el auto, sonriendo al vernos a todos.

—¿Ya es la hora? —preguntó, emocionada—. ¿Vamos a tiempo?

—Sí, hoy es el día —gritó Belle—. Hoy sabremos si lo que está en la pancita de mami es niño o es niña. Yo quiero que sea otra niña, Bella es muy mandona.

—Buuu —respondió Bella—. Quiero que sea niño porque son menos llorones.

Nicole besó a ambas en la cabeza y luego habló:

—Yo quiero que sean trillizos. Sería divertido.

—¡No! —respondí—. No más de uno, por favor.

—Pero, nena, si son tres podemos hasta formar nuestra propia banda: Los Walkers Express —comentó Adam.

Negué con la cabeza, deseando que nada de eso sucediera.

—Por tu bien, espero que no pase —le comenté, fulminándolo con la mirada.

Adam no había puesto al auto en marcha todavía, así que pudimos ver muy claramente cuando una chica de rostro familiar se estacionaba a la par de donde nosotros estábamos. Me sorprendí cuando noté que era, de hecho, mi prima Marie.

—¡Mami! —gritó Belle—. Allí está la ladrona.

—¡Ladrona! —comenzó a gritar Bella, muy pronto Belle le siguió la corriente y le comenzó a gritar lo mismo.

—¿Por qué el ruido? —preguntó Nicole, tapando sus orejas con sus manos.

—Les dijimos que cada vez que miraran a Marie gritaran ladrona —respondió Adam—. Y esa de allí es Marie.

Nicole frunció el ceño, viendo con desdén a la chica de pelo naranja que nos ignoraba mientras salía de su auto.

—Adam, vámonos de aquí —le supliqué—. No quiero que Marie nos escuche.

Él sonrió y comenzó a poner el auto en marcha.

Mientras pasábamos junto a ella, quien iba distraída con su teléfono, las niñas bajaron las ventanas del coche y gritaron juntas "ladrona".

Marie nos observó detenidamente y, cuando notó quiénes eran los que venían en el auto, nos sacó el dedo medio y nos vio desaparecer del estacionamiento del centro comercial.

Adam comenzó a reír con fuerza. Nicole le siguió.

—¿Mami? —preguntó una de las niñas—. ¿Qué fue eso?

La pequeña enseñó su dedo medio al igual que lo había hecho Marie. Adam rio con fuerza.

—¡No lo vuelvan a hacer! —las regañé—. Eso significa algo malo. Muy malo.

Nicole se echó a reír junto con Adam.

Aggg, me desesperaban.

—Dejen de reír —los regañé a ellos también—. No les enseñen nada de eso a las gemelas.

—Pero Anna —habló Nicole mientras reía—. Esa no es una mala señal; esa señal quiere decir "buena suerte".

—¿Buena suerte? —preguntó Bella—. Oh, es interesante.

—No, basta —volví a quejarme. Suspiré en voz alta y comencé de nuevo a explicar que ellas, por ningún motivo del mundo, tenían que hacer eso con su dedo medio. Parecieron captar.

Ellas asintieron con la cabeza, entendiéndolo todo.

Una vez en el consultorio de la Dra. Bagda (sí, siempre con ella), todos quisieron pasar al mismo tiempo. La asistente de la doctora nos dejó entrar únicamente a Adam y a mí.

Les pedimos a las gemelas que esperaran junto a Nicole y ambas asintieron.

—Mami —comentó Bella—. Buena suerte.

Entonces comenzó a sacarme el dedo medio, Belle la imitó a la perfección.

—¡Eso no significa buena suerte! —las regañé—. Bajen esos dedos antes que me enoje.

Ellas hicieron caso de inmediato.

Adam simplemente se encogió de hombros, como haciéndome ver que no había sido culpa suya. Asno.

Pasamos juntos al consultorio, entramos tomados de la mano. La Dra. Bagda nos esperaba con una enorme sonrisa en el rostro.

—Muy bien —comentó ella—. Ha pasado mucho tiempo ya. ¿Cómo va ese embarazo?

—Excelente —respondí—. Venimos para saber si este pequeño o pequeña ya nos deja saber qué es.

—Perfecto. Anna, ya sabes qué hacer. Usa la bata que dejé para ti y sube a la camilla.

Hice como me dijo, con ayuda de Adam, y esperé por ella mientras me moría de nervios por dentro.

Adam tomaba mi mano mientras la doctora pasaba una crema fría por mi vientre, buscando señal de movimiento y latidos del corazón.

—Bien, creo que veo algo —comentó ella, pasándose la lengua por los labios mientras fruncía el ceño en apreciación.

—¿Qué es? —preguntó Adam, ansioso.

—Mmm... —la Dra. Bagda se rio repentinamente—. No puede ser verdad, voy a revisar de nuevo.

Movió nuevamente el aparato, observando la pantalla con atención.

—Sí, bien —contestó ella—. No van a creerlo... pero son gemelos.

Mi boca se abrió y se cerró.

Esto no podía estar sucediendo. No de nuevo. ¿Era siquiera posible?

—Wow —murmuró un muy afectado Adam—. ¿Es en serio? Vaya, debo ser muy potente. ¡Gemelos de nuevo! Frotar estatuas sí ayuda en verdad.

—No, no, no, no —dije realmente frustrada—. Tiene que estar bromeando.

La Dra. Bagda sonrió con diversión reflejada en el rostro.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo captaste —habló con una sonrisa ladeada—. No son gemelos. Espero que solo sea uno.

Me relajé al instante. Definitivamente debería haber buscado a otra persona para hacer la revisión. Adam suspiró audiblemente.

—Gracias, Dios. No sabría qué hubiera hecho con dos bebés más.

—Lo siento —dijo la Dra. Bagda—. No me pude resistir.

—¿Y qué será? ¿Niño o niña?

—Bien. Veo que claramente es...

—¿Y bien? —preguntó Adam, desesperado.

La Dra. Bagda frunció el ceño mientras aun observaba a la pantalla.

—Si la vista no me falla creo que será una niña... No, espera. Es un niño. Sí, un niño.

Al decir esas palabras fue como si alguien hubiera puesto un foco sobre la cara de Adam. Su rostro se iluminó por completo. El mío también.

—Al fin tendremos a nuestro pequeño Noah —susurró él.

Asentí con la cabeza, emocionada por todo.

—Mmm... —comentó la Dra. Bagda, frotándose la barbilla mientras congelaba la imagen—. Esto es raro.

Me preocupé.

—¿Qué es? —preguntó Adam, adoptando un rostro serio.

Mis nervios estaban a flor de piel.

—Es que me aparece que sí, efectivamente tendrás un niño... —dijo ella— y también una niña. Sí, son dos.

Adam y yo nos quedamos en silencio por varios minutos. Mi cerebro todavía no procesaba la idea.

—¿Está bromeando de nuevo? —preguntó Adam—. Porque no es gracioso.

La Dra. Bagda me miró realmente apenada, sus mejillas rojas.

—Anna, los porcentajes de tener otra vez un parto múltiple suelen ser bajos. Son pocos, pero no imposibles. Estás esperando mellizos... no bromeo esta vez. Lo siento.

Entonces hice algo que no creí posible hacer en un momento como ese: me reí, con fuerza.

Me doblé a la mitad mientras reía con grandes carcajadas. Esto solo podía pasarle a alguien que se involucrara con un Walker.

Era como si yo creyera por un momento que tenía el control de mi vida cuando, en realidad, el destino se encargaba de demostrarme lo contrario. No pude evitarlo y reí con ganas.

—Esto solo podía pasarme a mí —solté entre risas.

—¿Nena? ¿Estás bien? —preguntó Adam—. ¿Crees que puedes soportarlo?

Asentí con la cabeza, sintiendo repentinos deseos de llorar. Agg, mis sentimientos estaban por todo el lugar, casi los podía palpar.

—¡Vamos a ser papás de dos más! Creo que el sueño de formar una banda se volvió real —comenté cuando logré dominar la risa loca.

—¿Qué te parece si empezamos por poner a una de las gemelas en clases de guitarra y a la otra en clases de piano? Así se hacen a la idea.

—Me parece excelente.

Decidí tomar las cosas de buena manera. Iba a ser complicado, sí, pero esta era la letra pequeña que siempre vendría en el paquete con Adam y conmigo.

—Prometo no volver a hacer que toques otra estatua encantada por el resto de nuestras vidas —murmuró Adam después de unos instantes—. Esto es tan inesperado.

Volví a reír al ver la expresión en el rostro de Adam.

Cuando salimos del área de revisión y terminamos la consulta, nos dirigimos directamente a las niñas todavía esperando por nosotros.

—¿Y? ¿Qué será? —preguntó Nicole.

Adam y yo sonreímos al mismo tiempo.

—¡Es un niño! —gritó él.

—¡Noah viene en camino! —gritaron las tres, emocionadas.

—¡Y también viene una niña! —grité, sin poder creerlo todavía.

Nicole se quedó seria por un momento, luego abrió su boca para decir lo siguiente:

—¿Están bromeando? ¿Entonces serán dos más? ¿Cómo...?

Adam y yo nos encogimos de hombros.

—¡Seremos los nuevos Kardashians! —gritó Adam, agregándole humor al momento más sorpresivo de mi vida, después de las gemelas.

Ninguno pudo evitar no reír con eso. Excepto las gemelas, ellas solo imitaron nuestros movimientos.

—¿Quién iba a decir que yo iba a ser padre de cinco hijos? —preguntó Adam, en su momento más reflexivo—. Nunca lo hubiera visto venir.

Yo tampoco lo vi venir. Cuando pensaba en Adam Walker, pensaba en estas tres cosas: caliente, estúpido y peligroso. Nunca pensé en él como futuro padre de mis hijos. Mucho menos como padre de cinco de ellos.

Al menos me quedaba el consuelo que en nuestra casa nunca habría silencio, y que los días serían agotadores, pero bien invertidos.

—¿Nena? —preguntó Adam—. Me tiemblan las rodillas, creo que me voy a desmayar.

—Sigue caminando, bebé.

—No siento las manos. Es demasiada emoción.

—Oye, la embarazada aquí soy yo. No tienes permitido desmayarte.

—Quedaré calvo.

—Y aun así te amaría... —le prometí. Así lo haría.

—Gracias —murmuró mientras me abrazaba—. ¿Me veré bien usando peluquín?

—Te ves bien en cualquier cosa.

—Tú también, nena. Tú también. Esto va a ser interesante, ¿no lo crees?

—Demasiado.

Él no tenía idea de cuánto, siempre y cuando siguiera a mi lado sería capaz de soportarlo... y definitivamente él iba a estar cambiando demasiados pañales por el resto de sus días. Me encargaría de que hiciera todo el trabajo sucio.

Oh, sí. Nadie embarazaba a Annabelle Green y se salía con la suya para contarlo, a menos que tu nombre fuera Adam Walker porque entonces sí, ese hombre siempre lograba sacar mi lado bizco, mi lado Bambi.

Comprobado.

Agradecimientos

Primero que todo: gracias a todos aquellos que ignoraron mis pequeños errores (o grandes, no lo sé) de ortografía y no se dedicaron a señalarlos o juzgarlos. Sigo en proceso de aprendizaje y agradezco sus críticas constructivas que me enseñaron algo nuevo.

Y lo más importante: **gracias** a quienes esperaron y apoyaron esta historia por más de un año para que finalmente tuviera un final. Aprecio cada uno de sus comentarios, tanto los buenos como los malos; así como también aprecio cada anécdota que revivieron al leer y que decidieron contarme. Cada palabra de apoyo y cada voto o comentario que me mantenían inspirada para terminar cada capítulo.

Sé que no seré la mejor escribiendo, o la más original. Pero a pesar de todo eso eligieron leerme y seguir cada locura que describía entre mis historias... eso no tiene precio para mí.

Gracias a todos y todas por hacer de Adam el egocéntrico que es hasta el día de hoy.

Espero me sigan leyendo en futuras historias... y para los que preguntaron por Rita y Key, ellos tienen una historia. Se llama **Prometo Fingir que me Gustas**, y será actualizada muy pronto. Mismo canal, misma hora ;)

Gracias por leer mis **164,641** palabras... o eso dice mi documento Word que leyeron.